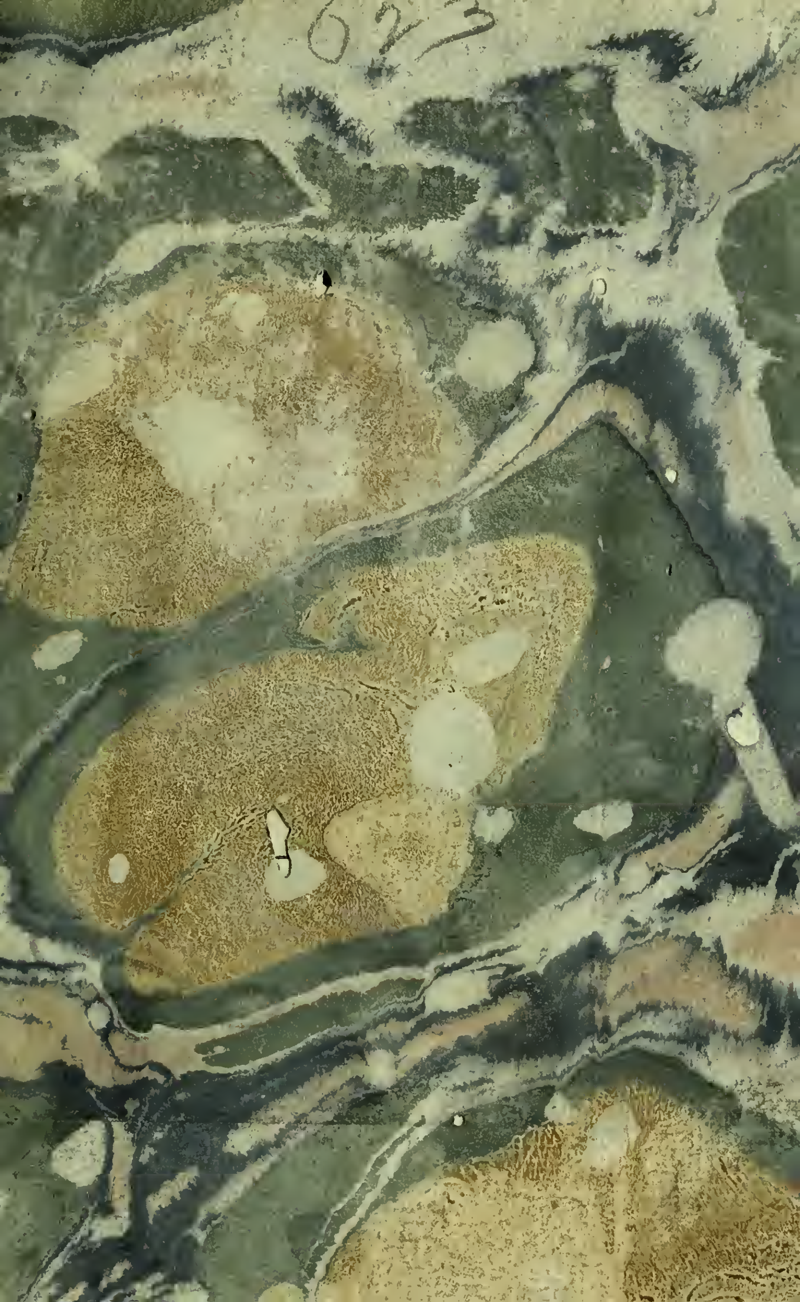






HISTORIA
ECLESIÁSTICA GENERAL
Ó
SIGLOS DEL CHRISTIANISMO,

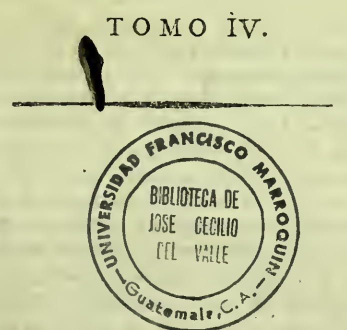
Que contiene los dogmas, liturgia, disciplina, concilios, heregías, cismas, y lo demas acaecido en la Iglesia desde su establecimiento hasta el año de 1700.

ESCRITA EN FRANCES

Por el abate Ducreux, canónigo de la santa Iglesia de Auxerre, traducida al castellano, con algunas notas, y aumentada con todo el siglo próximo pasado hasta el presente pontificado de N. SS. P. el papa Pio VII.

SEGUNDA IMPRESION.

TOMO IV.



EN MADRID POR CANO AÑO DE 1805.

Si quis aliter docet, & non acquiescit sanis sermonibus Domini Nostri Jesu-christi, & ei, quæ secundum pietatem est, nihil sciens sed languens circa quæstiones & pugnas verborum: ex quibus oriuntur invidiæ, contentiones, blasfemiæ, suspiciones malæ, conflictationes hominum corruptorum, & qui veritate privati sunt. I. ad Tim. cap. 6. vers. 3.

C

HISTORIA ECLESIÁSTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y PROGRESOS.

SIGLO DUODECIMO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado del imperio durante el siglo XII.

Alexo Comneno ocupó el trono de Constantinopla hasta el año 18 de este siglo, que no fué el tiempo ménos brillante de su reynado. Propuso y concluyó tratados ventajosos con los príncipes de la cruzada, establecidos en el Asia. Tomó las armas contra los mahometanos, habiéndoles hecho la guerra con tanto suceso, que les obligó con sus victorias á pedir la paz, y á restituir todas las plazas de que se habian apoderado desde la cautividad del emperador romano Diógenes. Quando Alexo se aproxîmaba á su fin, se formaron cabalas cerca de su persona para darle un sucesor. La emperatriz Irene, su esposa, le instaba continuamente empeñándole á dexar el imperio á Nicéforo Briennio, su yerno, y á excluir del trono á Juan Comneno su hijo, príncipe digno de estimacion por sus bellas calidades, y asociado habia ya tiempo á la soberanía. No cesaba Irene de importunar á su marido, exâgerandole en sus vivas y eficaces solicitudes el talento y la capacidad de Nicéforo, desacreditando á Juan Comneno, atribuyéndole vicios que no tenia, y quitándole el mérito que conocia todo el mundo. El motivo de esta conducta que sorprehende en una madre, era el ciego amor que habia concebido por Ana Comnena, su hija, esposa de

Nicéforo Briennio, á quien queria colocar en el primer lugar, sin atender á lo que la razon y la naturaleza, de acuerdo con la política, debian inspirarle á favor de su hijo. Alexo, que habia estudiado siempre en hacerse impenetrable, oia las representaciones de la emperatriz, sin dexar percibir lo que pensaba hacer. Pero no debia experarse que este príncipe ambicioso y político, que habia trabajado tan largo tiempo por el engrandecimiento de su familia, consintiese en perder en sus últimos dias el fruto de toda su vida, poniendo la corona imperial sobre extrañas sienes, en perjuicio de un hijo á quien habia cuidado de enseñar el gran arte de reynar. Sin embargo, llegando ya á los últimos momentos, aun no habia respondido á la emperatriz sino de un modo vago é incierto, que no manifestaba sus intenciones. En estas circunstancias hizo que se acercase su hijo, y le entregó sin ser visto de nadie el anillo que llevaba, que era el sello imperial, Habiéndole Juan Comneno recibido, montó de repente á caballo, seguido de Isaac su hermano, y de todos los que le eran adictos, y se fué al gran palacio para hacerse proclamar. La guardia ganada por la emperatriz y su hija le negó la entrada. Fué preciso combatir, y habiendo sido deshecha aquella insolente milicia, se forzaron las puertas, y el príncipe se mostró al pueblo que le proclamó con voces de gran júbilo. Pocos instantes despues falleció el emperador Alexo, y se conservó en la ciudad tan buen órden, que este acaecimiento no produxo el menor disturbio.

Así que Juan Comneno tributó á la memoria de su padre los debidos honores, se entregó totalmente al cuidado del gobierno. Dió las dignidades á los sugetos, cuyo zelo habia ya experimentado, haciendo entrar en su consejo hombres sabios é instruidos, capaces de ayudarle á llevar el peso de los negocios. La princesa Ana, que no habia perdido la esperanza de elevar á su esposo sobre el trono, tramó una conspiracion contra su hermano; y aquel príncipe hubiera sido asesinado por sus guardias, si Nicéforo Briennio no hubiera sido tán tímido como su esposa atrevida. La conjuracion se descubrió, siendo el destierro el único castigo de los culpados. Exâsperada Ana de haber sido tan mal auxîliada de su esposo, se quejaba de la naturaleza que no la habia hecho hombre ántes que á él. El reynado de Juan Comneno fué señalado por célebres

victorias sobre los turcos; por una continua vigilancia sobre todos los ramos de la administracion interior, por un gran zelo de la religion, y por una regularidad de conducta que jamas se desmintió. Su prudencia y su bondad le hicieron amar de todo su pueblo; su valor y su pericia militar le hicieron formidable á sus enemigos; y si hubiera reynado mas tiempo, el Imperio griego resarciria sin duda sus pérdidas. Pero un accidente imprevisto le arrebató de un modo funesto para sus vasallos y para su patria, quando empezaba á gustar las dulzuras de un gobierno fundado sobre la justicia y la religion. Estaba cazando y acababa de herir un jabalí formidable; el animal furioso se revolvió y hizo bambolear al emperador; con el extremecimiento cayó su aljaba, y una flecha envenenada le hirió al soslayo en la mano; no hizo caso, se le inflamó, y bien presto el mal llegó á ser incurable. Declararon los médicos que no habia otro medio de salvar la vida del príncipe que el de cortar el brazo. No quiso consentir, y prefiriendo la muerte á aquella cruel operacion, se preparó á ella con gran fortaleza. De quatro hijos que habia tenido, dos habian muerto de muy tierna edad; y de los dos que le restaban el mayor llamado Isaac no anunciaba sino vicios, en tanto que el menor llamado Manuel, prometia talento y virtudes. El príncipe al espirar, propuso éste á los grandes y á los principales oficiales del exército que habia hecho juntar. Todos aplaudieron su eleccion. Manuel fué aclamado emperador, y le prestaron juramento de fidelidad sobre los santos evangelios. Despues de haber así proveido á la tranquilidad del estado, y á la sucesion del trono Imperial en su familia, falleció Juan Comneno sentido de todo el Imperio; en 1143 á la edad de 55 años, de los quales habia reynado con gloria cerca de 25.

Manuel estaba en Cilicia con su hermano miéntras pasaba todo esto. Envió sin dilacion un oficial de confianza á Constantinopla para precaver todos los movimientos que el príncipe Isaac, su hermano, podria causar. El senado y el clero, instruidos de las últimas disposiciones del difunto emperador, confirmaron su eleccion, y Manuel habiéndose dirigido á su capital, fué proclamado á su llegada por todos los ordenes del estado. El príncipe Isaac renunció públicamente á sus derechos, queriendo mas ser la segunda persona del Imperio, que suscitar una guerra civil que ha-

bria hecho derramar mucha sangre, y que no se hubiera podido terminar sino con su muerte, ó la de su hermano. En el mismo año de su exâltacion al trono declaró Manuel la guerra á Masoul, sultan de Iconia, y despues de grandes ventajas, le obligó á pedirle la paz; pero ésta duró poco, y estos dos príncipes estuvieron casi siempre armados uno contra otro; habiéndose solo unido para oponerse á los proyectos de los príncipes latinos, que fueron otra vez al socorro de los christianos de Oriente, como diremos en el artículo de las dos cruzadas emprendidas en este siglo. Aunque Masoul era al mismo tiempo muy experimentado en el arte de la guerra, y político hábil, Manuel le excedia en ambas cosas. Era tan gran capitan como su padre, y tan gran estadista como su abuelo; pero no imitó ni á uno ni á otro en la pureza de sus costumbres. Se habia casado con Bertha, cuñada de Conrado II. emperador de Occidente, princesa de una rara piedad, á quien dieron el nombre de Irene. Manuel se disgustó de ella á poco tiempo de su union, para entregarse á la pasion que tenia por su sobrina Teodora; comercio criminal y escandoloso, que obscureció la reputacion del jóven monarca, y le hizo perder la estimacion de sus súbditos. Sin embargo respetó siempre la virtud de su esposa; pero vivia abandonada y reducida á los vanos honores de su casa.

Los estrechos enlaces que Manuel contraxo con los príncipes musulmanes para desvanecer las empresas de los cruzados, le han hecho sospechoso de alguna propension á la religion de Mahoma; pero se debe desechar esta idea injuriosa, persuadiéndonos que sola la política dió lugar á las inteligencias secretas que tuvo por algun tiempo con soberanos que no podia mirar sino como á enemigos naturales del imperio. Ademas de las inquietudes que le causaron los exércitos numerosos de los cruzados, y los ocultos designios que recelaba de ellos, tuvo tambien que resistir los ataques de Roberto I. rey de Sicilia, que le quitó la isla de Corfu, y asoló las costas de la Grecia, transportando á Sicilia las manufacturas de estofas de seda que hacian el principal artículo del comercio de los griegos. Con ocasion de esta guerra para atraerse Manuel la bendicion de Dios sobre sus armas, expidió un decreto llamado la bula de oro, por el qual confirmaba á todas las iglesias la posesion de sus haciendas, y suplia quanto pudiese haber defectuoso en sus

títulos. No era Manuel muy viejo, pero su continua aplicacion, y la fatiga de las marchas y de los combates, habian disminuido sus fuerzas de tal modo, que cayó en una languidez, cuyo aumento hizo en breve desconfiar de su vida. El solo se lisonjeaba de prolongar su carrera, fiado en la palabra de un astrólogo que aun le prometia 14 años de vida. Habiéndole alucinado esta esperanza sobre el riesgo en que éstaba, murió sin haber tomado las medidas para la administracion de los negocios, durante la minoridad de Alexo Comneno, su hijo, que apénas tenia 13 años, y que debia arribar al trono por su muerte. Este príncipe vivió siempre en comunion con la santa sede, mostrándose bien dispuesto á la reunion de las dos iglesias á exemplo de su padre y de su abuelo.

El jóven emperador Alexo II fué generalmente reconocido por sucesor de Manuel, baxo la tutela de la emperatriz María, su madre, hija de Raymundo, príncipe de Antioquía. Era esta princesa ambiciosa, sin talento y amiga de mandar, sin tener nada de lo que se necesita para hacerse obedecer. Se entregó á los consejos del Protosebasto Alexo Comneno, sobrino del último emperador, hombre duro, imperioso, y que solo se sirvió de la autoridad soberana depositada en sus manos, para cometer impunemente las mas horribles vexaciones. La deferencia de la regente á la voluntad de su ministro era tan ciega, que se hizo sospechosa de sentimientos mas tiernos que una simple confianza. Los enemigos de la emperatriz y del que hacian pasar por su amante, acreditaban con sus injuriosos discursos una murmuracion que el odio y la malignidad difundian con cuidado. El descontento de los grandes y del pueblo creció hasta el punto de conspirar contra la vida del Protosebasto, y apostaron asesinos para matarle. La princesa María, hermana del emperador, era la cabeza de esta conspiracion, y aunque la empresa no tuvo efecto, fué un orígen de turbaciones en la corte y la ciudad. El odio que se habia jurado al ministro se hizo mas violento, y las murmuraciones se aumentaron quando se supo que el sultan de Iconia se habia apoderado de varias ciudades, sin que la emperatriz y su consejo se tomasen el trabajo de resistirle. En medio de esta agitacion el jóven emperador no cuidaba sino de sus placeres, sin mostrar alguna de aquellas prendas que pudiese hacer esperar un tiempo mas feliz.

Andrónico, príncipe de la casa Imperial, que en el reynado de Manuel se habia visto precisado á refugiarse entre los extrangeros, supo desde su retiro todo lo que pasaba en Constantinopla. Era éste un genio faccioso, inquieto, dominado de las mas vivas pasiones, y que se habia hecho famoso por aventuras extraordinarias. Manuel, su primo hermano, habia inútilmente empleado el rigor y la prudencia, para hacerle mas circunspecto y moderado. El artificio era su elemento, y la disimulacion, que llevaba tan léjos como podia, era el velo con que cubria sus pérfidos designios. Apénas se informó de los partidos que despedazaban la corte, y de la mala conducta de los que gobernaban baxo el nombre del jóven Alexo, quando se avivó su ambicion, y vió mas facilidad que nunca de cumplir los deseos de hacerse emperador, que ocultaba largo tiempo habia. Antes de emprender cosa alguna quiso conocer la disposicion de los ánimos. Con esta mira escribió varias cartas al jóven emperador, al patriarca, y á las personas que sabia eran mas adictas al bien público. Lamentabase de los males del estado, y se mostraba dispuesto á sacrificarse á sí mismo, si fuese menester, para remediarlos. Este artificio produxo buen efecto; admiraron su zēlo, su generosidad, y se persuadieron que nadie era mas capaz que él de evitar la total ruina del imperio por su talento y experiencia. Le convidaron á ir prontamente al socorro de la patria. Habiéndose preparado así las cosas, se puso en camino reuniendo en él algunas tropas, con las quales se presentó á las puertas de Constantinopla. Fué allí recibido como un libertador que venia á lavar las manchas del trono, y abatir la tiranía. El jóven emperador, incapaz de conocer lo que exîgian sus verdaderos intereses en semejante coyuntura, movido ademas de sus protestas llenas de respeto, y de sus lágrimas, le entregó todo el poder. El primer uso que de él hizo fué condenar al Protosebasto á perder la vida, y á la emperatriz primeramente al destierro, y despues á la muerte. Dueño de todo, adquirió bastante número de partidarios para executar sus ambiciosos proyectos. El veneno le desembarazó poco á poco de quantos podian servirle de obstáculo. Entónces dexando el disimulo, se hizo proclamar emperador, no decia para reynar solo, sino para servir de guia y de apoyo al jóven Alexo. A todo el mundo engañó su lenguage. Pero debieron conocer bien al nue-

vo soberano, quando al dia siguiente de su coronacion supieron que habia hecho ahogar y echar al mar aquella noche á su desgraciado cólega, por quien habia la víspera manifestado un interes tan vivo.

Un monstruo tal como Andrónico no podia gozar mucho tiempo del fruto de sus crímenes, ni tener el poder absoluto sin cometer cada dia otros nuevos. Su crueldad, sus zelosos recelos que le hacian ver enemigos armados contra su vida en todos los que ocupaban algun puesto en la corte, sus bárbaras venganzas, y en una palabra, su tiranía que no podia saciarse con la sangre que cada dia derramaba, le hicieron para todo el mundo un objeto de exêcracion y de horror. Tanto ménos se esperaba ver en él sentimientos mas humanos, quanto ya pasaba de 70 años, y que á esta edad nunca se suaviza un natural feroz y cruel. Añadió á la sed de la sangre otro vicio de los tiranos, que es la supersticion. Siempre inquieto y temeroso de su vida, se valió de un mágico para saber quien seria su sucesor. El adivino le hizo ver en la vasija en donde executaba sus operaciones mágicas las primeras letras del nombre de Isaac. De repente las sospechas del tirano recayeron sobre Isaac Angelo, biznieto de Alexo I, y se resolvió su pérdida. Pero él la evitó echándose sable en mano sobre Esteban, primer ministro de Andrónico, que habia entrado en su casa con soldados para conducirlo á palacio. Despues de esta accion generosa se refugió á la iglesia de santa Sofia, en donde habiéndose amontonado el pueblo, puso en su cabeza la corona de Constantino, que estaba colgada sobre el altar mayor. La revolucion fué tan funesta al tirano, como repentina. Se apoderaron de él, y despues de haberle hecho todos los ultrajes que un pueblo amotinado puede inventar en su furor, le dieron muerte. Digno premio de los crímenes en que habia delinquido, y de la sangre inocente que con tanta barbarie habia derramado.

Los principios de Isaac Angelo hicieron concebir la esperanza de un gobierno justo y sabio. Llamó á los desterrados, y restableció en sus bienes á los que Andrónico habia injustamente despojado. El primer año de su reynado se señaló con una victoria ganada sobre los sicilianos, y con la gloriosa paz concluida con Guillermo II su rey. Debió estos primeros sucesos al valor de Urano su gene-

ral. Pero sus armas no fueron tan felices en las otras dos guerras, que casi á un tiempo sostuvo contra el sultan de Iconia, y los valacos sublevados. Sus exércitos fueron batidos, aunque él mismo los mandaba, y no carecia de talento para la guerra. Estos reveses, juntos con los desórdenes y las impiedades de que Isaac hacia su entretenimiento, le enagenaron todos los corazones, y le hicieron despreciable. De todas partes se levantaron impostores y rebeldes que aspiraban al trono. Apénas se habia disipado una rebelion, quando otra nacia. Finalmente, su hermano Alexo, habiendo ganado los principales personages, formó un poderoso partido para destronarle. El odio publico favoreció á este nuevo usurpador. Se hizo proclamar emperador, y el cobarde Isaac, que habia huido en lugar de defenderse, habiendo sido preso le sacaron los ojos, y le encerraron en una prision, de donde aun le veremos salir para reynar á principios del siglo XIII. El acaecimiento que le precipitó del trono corresponde al año de 1195, y así nos parece á propósito quedarnos en esta época por evitar la repeticion.

ARTICULO II.

Estado del poder musulmano baxo los sarracenos y los turcos.

La historia musulmana perteneciente á este siglo está mas obscura y complicada que nunca. La multitud de príncipes que se levantan, se combaten y se destruyen sucesivamente, la variedad de sus intereses, sus rápidos sucesos, y su caida muchas veces tan pronta como su elevacion; sus guerras y sus alianzas, ya entre sí, ya con los príncipes christianos; sus querellas, sus confederaciones, que se forman y se desaparecen de repente segun las circunstancias y la movilidad de sus intereses; su respectiva potencia, que crece ó disminuye por causas sujetas á continuas variaciones; finalmente, las relaciones mas ó ménos directas de los emires ó pequeños soberanos, con los grandes príncipes ó sultanes de que eran súbditos, y las de estos con los califas de Bagdad, cabezas de la religion, y supremos señores del imperio musulmano, que colocaban sobre el trono de Mahometo, ó que precipita-

ban mas freqüentemente por capricho, que por consideraciones políticas: todo esto digo ha introducido tanta confusion en los sucesos, que es muy dificil seguir el hilo de ellos, y coordinarlos sin entrar en una muchedumbre de discusiones que no son de nuestro objeto.

Hemos visto en el siglo precedente formarse en el seno del imperio musulman tres grandes potencias, á saber: la de los sultanes de Persia, la de los califas fatimitas en Egipto, y la de los sultanes de Iconia en Natolia; otras dos ménos considerables, que fueron: la de los sultanes de Alepo, y la de los de Damasco en Siria; y una infinidad de pequeñas que se extendian ó limitaban segun les era feliz ó contraria la suerte de las armas. La primera cruzada habia hecho nacer entre estos diversos soberanos nuevos intereses y nuevos proyectos de engrandecimiento. Los unos se coligaron con los griegos para oponerse á los christianos de Occidente; los otros se unieron á los príncipes cruzados para valerse de ellos contra vecinos zelosos, cuya ambicion querian refrenar, ó contra dueños poderosos cuyo yugo deseaban sacudir, varios, en fin, movidos del bien comun, y animados por el zelo de la religion, se ligaron con el generoso designio de oponer una fuerte barrera á todos los enemigos del eslamismo. Apenas se puede decir quales fueron los principios del sistema que adoptaron unos y otros en medio de las guerras y revoluciones de que fué testigo aquel borrascoso tiempo. Nos acercariamos mas á la verdad juzgando que no tuvieron ningun principio, y que para formar ó romper sus alianzas solo atendieron al acaso de las circunstancias y al interes de aquel momento. Esto es en efecto lo que influye mas poderosamente en las revoluciones y suerte de los pueblos que no tienen otra ley que la fuerza y el derecho de la espada.

Desde que los príncipes cruzados empezaron á formar establecimientos permanentes en el Asia, las cosas mudaron de aspecto, debiendo adoptarse, tanto de parte de los christianos, como de los musulmanes un nuevo plan de conducta mas fixo, mas conforme al interes comun de cada nacion; y mas exâctamente seguido por unos y otros. Parece que los príncipes latinos unidos entre sí por la gloria nacional, junta con la religion, no debian formar sino una sola potencia baxo la direccion del rey de Jerusalen, su gefe supremo; y que los mahometanos por su

parte haciendo cesar sus divisiones y rivalidades, no tenian otro partido que abrazar que el de concurrir todos á la destruccion de las soberanías, aun mal consolidadas, cuyos cimientos acababan de poner los occidentales. Pero la historia nos enseña que ni unos ni otros se arreglaron jamas á una política, cuya necesidad debian hacerles conocer la razon y la prudencia. Guiados por un espíritu general de ambicion, y arrastrados de los sucesos, consultaban poco las reglas inmutables de un gobierno ilustrado; rara vez meditaban en lo por venir para dirigir sus empresas hácia un objeto fixo y útil á la posteridad.

Así los príncipes christianos, que solo debieran formar una república animada de un mismo espíritu, y conducida de unos mismos designios, se dividian muchas veces baxo pretextos agenos del interes comun, se atacaban, se maltrataban, y ponian una falsa gloria de tenerse unos con otros en un estado de temor y de desconfianza. El honor y la religion eran alguna vez el único lazo que los estrechaba, y que suspendia los efectos de aquella rivalidad suspicaz de que la mas funesta experiencia no podia apartarles. Aun era preciso que el riesgo fuese evidente, y las circunstancias propias á despertar el entusiasmo, para que se les viese abrazar la causa comun, y unirse por algun tiempo baxo un mismo estandarte. Esta falta de armonía fué el principal origen de sus reveses. Este detuvo sus progresos, hizo su fortuna incierta y vacilante, extravió su valor apartándolos del verdadero objeto, y vino á ser mas de una vez el salvamento de los turcos y de los sarracenos. Estos de su parte no tenian designios mas justos, ni un plan de conducta mejor concertado. Obraban á la ventura, sin designio, mudando de amigos y enemigos, sin consultar ni el bien público ni el interes general, tomando hoy las armas contra un príncipe de la nacion, mañana contra otro, no escuchando sino su capricho ó á un interes momentáneo; ya sometidos al sultan de Persia, y recibiendo sus órdenes, ya al de Iconia, y combatiendo por extender sus dominios; zelosos defensores del califa de Bagdad por el respeto á su dignidad, poco despues sitiadores de su capital, saqueando sus tesoros, y tratando su persona con el último desprecio. Tal era la confusion que reynaba entre aquellos príncipes, siempre inquietos y zelosos, siempre prontos á destruir á los que habian eleva-

do, sin seguir otro impulso que el de un valor impetuoso y mal arreglado, que no parecia tener otro objeto que el estrago y la desolacion. Esta desunion y este desconcierto contribuyeron mas que todo á sostener el poder de los príncipes latinos que se habian establecido en el Asia.

En los primeros años de este siglo formó el sultan de Persia el proyecto de restituir á su dependencia todos los emires que se habian substraido unos á exemplo de otros. Desde que los turcos habian conquistado aquellas vastas regiones á los califas, los soberanos, cuya dominacion reconocian, habian sido siempre superiores en poder y grandeza á todos los príncipes musulmanes. Habiendo Mohamed usurpado á Malek-Schah su sobrino en 1104 el trono de Persia, reputó por obligacion suya el abatir los emires y atabekes haciéndoles volver á la obediencia, cuyo yugo habian sacudido. La empresa era digna de un gran príncipe; pero era preciso para salir bien con ella una política firme, una conducta seguida, y fuerzas proporcionadas á las que los vasallos del imperio musulmano iban á oponerle. No empleó mas que este último medio, que no era suficiente sin los demas; y esta tentativa, á pesar del gran número de tropas que puso en campaña, y á pesar del valor y la experiencia de los generales, á quien confió el mando, no hizo otra cosa que derramar mucha sangre, sin mudar en nada el estado de las cosas.

Despues de haber hecho la guerra inútilmente sus vasallos, Mahomed abrió los ojos sobre los progresos que hacian los christianos á favor de los disturbios que dividian el imperio, y á los riesgos que amenazaban á la religion mahometana. Esta consideracion, que hasta entónces no le habia ocurrido, le hizo abandonar su primer designio, y volver su actividad contra los enemigos de su culto. Todos los príncipes zelosos de la ley de Mahoma vinieron á reunirse baxo sus banderas, y dentro de poco se halló con doscientos mil hombres, un exército tan numeroso, á quien hacia mas formidable el entusiasmo de la religion, hubieran debido sin duda sorber y arruinar para siempre á los latinos de Asia con todas las fuerzas que podian oponerle. Pero á esta muchedumbre de gente les faltaba caudillos capaces de dirigirla. No porque los generales del exército musulmano no tuviesen valor ni capacidad; pero no tenian aquellos proyectos combinados y calculados, que son in-

dispensables para el buen éxîto de las operaciones militares, cuyas resultas se desea sean permanentes. Sucedió, pues, lo que mas de una vez habia ya acaecido en aquellos paises. El aparato de aquel numeroso exército no produxo sino un terror pasagero, se ganaron algunas fortalezas, se dieron algunas batallas indecisas, se saquearon ciudades, se asolaron campiñas, se usaron estratagemas que surtieron efecto, y otras que fueron inutilizadas, es decir, que se perdió tanta gente poco mas ó ménos por una y otra parte, y que despues de una larga guerra los turcos y los christianos, sucesivamente vencedores y vencidos, se hallaban casi encerrados en los mismos límites que ántes de ella.

Entre la multitud de soberanos que se disputaban entre sí los despojos del imperio fundado por Mahoma, y hecho tan dilatado y poderoso por las conquistas de sus sucesores, la historia distingue dos que fueron la gloria del nombre musulmano, y el terror de los christianos de Asia durante este siglo. Bien se dexa ver queremos hablar de Norandino y Saladino, ambos príncipes ilustres, valerosos, guerreros y grandes hombres. Sus hazañas militares, sus conquistas, sus prendas personales, y el papel importante que hicieron en el Oriente en la época en que estamos, exîgen de nosotros que los demos á conocer por alguna descripcion de sus acciones, y por algunos rasgos de su carácter.

Norandino, hijo de Emadeddino-Zenghi, sultan de Mosoul y de Alepo, excedió en reputacion á su padre, aunque los historiadores árabes y christianos esten acordes en mirarle como uno de los grandes capitanes de su tiempo. A la muerte de Zenghi, Norandino dividió sus estados con uno de sus hermanos. Pero este príncipe criado entre las armas, tenia demasiada ambicion, y estaba inflamado de un deseo demasiado vivo de adquirir gloria para limitarse á la soberanía de Alepo que le habia tocado. Se entregó pues al ardor de su corage y al exemplo de los conquistadores que le habian precedido, emprendió sojuzgar á los emires y príncipes latinos que reynaban en aquel clima. Igualando su pericia á su valor, y su tolerancia haciéndole superar constantemente las mayores fatigas de la guerra, llegó á someter en poco tiempo la mayor parte de los príncipes contra quienes habia tomado las armas. El sultan de Ico-

nia fué vencido, el de Damasco no obtuvo la paz sino obligándose á dar una gruesa suma de dinero, y pagar tributo; el principado de Edesa vino á formar parte de sus estados; Tusselino de Courtenai, que le poseia, se vió en el número de sus cautivos, y el califa de Egipto estuvo á punto de aumentar el número de los soberanos destronados que componian su corte. Balduino III, rey de Jerusalen, fué el único enemigo que se mostró digno de hacerle frente, y capaz de detener sus conquistas. Fué Norandino bastante justo para estimar el valor y el talento militar de un príncipe que acababa de vencerle; y quando supo la muerte fué bastante generoso para sentirla, y para rehusar embestir sus estados en los primeros momentos del dolor que su pérdida habia ocasionado á los christianos. Atento á la conservacion de sus conquistas, y sensible á las desgracias del pueblo, hizo reparar un gran número de ciudades casi arruinadas por terremotos, y los edificios públicos que la violencia de los vayvenes habia ó trastornado ó maltratado. Religioso observador de sus empeños para con todos, y aun para con sus enemigos, exîgia la misma fidelidad de parte de aquellos con quienes trataba, y habiendo los francos observado mal las condiciones de una tregua que habian concluido con él, tomó las armas para castigar la infraccion. Defensor del Egipto despues de haberle vencido, rechazó las tropas con que diversos príncipes latinos le atacaron, obligándoles á retirarse sin haber executado nada en esta provincia, que formaba parte de su imperio. Se preparaba á nuevas empresas, quando una esquinencia le arrebató de repente en medio de sus victorias el año de 1173. Este príncipe igualmente admirado de los musulmanes y de los christianos, se habia adquirido tan gran reputacion por su justicia y desinteres, como por su valor y sus conquistas. Fiel observador de su ley, llenó todos sus deberes con tanta piedad, que los turcos honran aun en el dia su memoria mirándole como uno de sus santos. A su muerte comprehendia su imperio, ademas de Mosoul y sus dependencias, la Cicilia, la Siria, la Mesopotamia, el Diaberk, el Egipto y el Ieman.

Muerto Norandino, Saladino, hijo de Nodgemeddino-Ayond, nacido en la Taurida, era ya un príncipe poderoso y famoso conquistador, formado en el arte de la guerra en la escuela de Norandino, que le habia hecho su virey

en Egipto, y en la de su tio el general Siracon. A la ambicion de que estaba inflamado, acompañaban todas las prendas brillantes y sólidas que dan una gran reputacion. Era por carácter equitativo, generoso y humano, con todo, por política se hizo injusto, pérfido y cruel. El interes de su grandeza y de su gloria fué la única regla de su conducta, teniendo por nada la justicia y el reconocimiento siempre que no concordaban con sus proyectos. Quando Norandino, que habia penetrado sus ambiciosos designios, fué sorprehendido de una muerte inopinada, pensaba llamarle cerca de su persona para mejor descubrir sus miras, en aquel punto estaba Saladino en Egipto, en donde exercia la autoridad soberana en nombre de Norandino que le habia dado el mando de sus tropas. Este príncipe á su muerte solo habia dexado un hijo que apénas tenia doce años. Saladino se declaró tutor del jóven sultan para mejor destronarle. Teniendo los exércitos baxo sus órdenes, y gozando de la confianza de los capitanes y soldados, le fué fácil invadir los estados de su pupilo; pero esto no bastaba para satisfacer su ambicion, queria reunir el reyno de Jerusalen y todas las posesiones de los príncipes christianos en el Asia al Egipto, y los demas paises de que ya se habia hecho dueño.

Encaminó todas sus medidas para la execucion de este gran designio. Tropas numerosas y disciplinadas quanto era posible, generales diestros, cuyo ardor supo dirigir y contener una actividad que nada podia debilitar: una constancia capaz de superar los mayores obstáculos, y una prudencia que al instante reparaba las faltas ó accidentes que no habia podido preveer; tales eran los medios sobre que Saladino fundaba la esperanza del suceso. Una enfermedad que casi le puso á las puertas del sepulcro, y una derrota que su exército no hubiera padecido á estar él en disposicion de mandarle retardaron algo su empresa. Pero apénas se restableció, quando se ocupó enteramente en ella. Roha, Edesa, Racça, Necibena, Amida, y finalmente Alepo cayeron sucesivamente en sus manos. Los príncipes latinos, aterrados de unas conquistas tan rápidas, y del aumento de su poder, que eran su fruto, propusieron á Saladino una tregua. La concedió por quatro años; pero habiéndola violado los christianos, á quien tanto interesaba observarla, robando y maltratando las carabanas de pere-

grinos que iban á la Meca, irritado Saladino de esta perfidia, comenzó la guerra con mas ardor que nunca. La completa victoria que ganó sobre los príncipes latinos cerca del lago de Tiberiades en 1187 puso el colmo á su gloria, suceso tanto mas funesto para los christianos, quanto ademas de la pérdida de sus mejores tropas ocasionó la de todas las ciudades que aun poseian en la Siria y la Palestina. Recibieron la ley del vencedor, y entre ellas Jerusalen. Quando esta ciudad pasó al dominio de los musulmanes, hacia 90 años que estaba en poder de los christianos. Despues de esta pérdida tan considerable, solo les quedaban tres plazas importantes en Oriente, que eran Antioquía, Tiro, Trípoli y algunos castillos.

Desde aquel punto todos los años de Saladino fueron señalados con nuevos triunfos. Pero los nuevos socorros que los christianos recibieron de Occidente por la llegada de los reyes de Francia y de Inglaterra, Felipe Augusto y Ricardo, los pusieron en estado de oponerse en fin á los progresos de aquel conquistador. La ciudad de Acre ó Ptolemaida reconquistada por los dos monarcas; una completa victoria alcanzada por Ricardo sobre las tropas musulmanas despues de la partida de Felipe; la rendicion de Cesarea y Jaffa; en fin otros sucesos de los cruzados capaces aun de mayores conseqüencias hicieron creer á Saladino que la fortuna se cansaba de favorecerle, y determinarse á concluir una tregua de tres años. Esta le aseguraba parte de sus conquistas, dándole tiempo para disponerle á nuevas expediciones que meditaba. Pero quando comenzaba á gozar de algun reposo despues de una vida agitada, la muerte terminó su carrera el año de 1192 á los 58 de su edad. Despues de los primeros fundadores de la potencia musulmana aun no se habia visto un héroe semejante. Reunia en el mas alto grado todas las calidades que forman los grandes príncipes y los grandes hombres. Era tan desinteresado, que á pesar de las inmensas rentas que percibia de sus vastos dominios, y de las riquezas innumerables que habian sido fruto de sus victorias, no dexó ni tesoros ni muebles preciosos. Tenia muchos hijos: tres dividieron su imperio, los demas obtuvieron ciudades y gobiernos, lo mismo que la mayor parte de sus parientes; pero se encendió entre ellos la discordia, y las guerras que de ahí se originaron, desmembraron aque-

lla gran monarquía que habia costado tantas fatigas á Saladino, y tanta sangre á la nacion turca.

ARTICULO III.

Estado de las monarquías y de la sociedad política en Occidente.

Entre las monarquías mas ó ménos dilatadas que dividian la Europa, la de los reyes de Germania era la mas vasta y formidable; como asimismo la mas agitada de discordias civiles y de guerras extrangeras. La potencia de estos príncipes, que tenian otros muchos por súbditos y vasallos, estaba fundada en los derechos anexos á la corona de Alemania, y en los que por el cetro imperial se añadian á ella. Pero los unos eran freqüentemente combatidos por la ambicion é independencia de los grandes, que baxo diferentes títulos de duques, condes y barones exercian la soberanía en sus pequeños estados; los otros estaban ó mal conocidos ó limitados por los papas, por los príncipes de Italia, y por las ciudades que aspiraban á quedar libres, siempre que los emperadores ocupados léjos de ellas, no tenian exércitos en pie para sostenerlos.

Henrique IV no vivia ya. Este príncipe, que habia hecho temblar á la Europa, y halládose en 66 batallas vencedor siempre, habia muerto en Lieja en la miseria y el abandono. Perseguido hasta mas allá del sepulcro por un hijo desnaturalizado que le habia precipitado del trono, se le rehusaron los honores de sepultura sagrada, sin que este hijo, autor de su último desastre, se tomase el trabajo de impedir el ultraje hecho á sus cenizas. Comenzó Henrique V, su reynado año 1107 con apariencias que no anunciaban á la Iglesia y al imperio mas quietud que habian disfrutado en tiempo de su padre. Apenas se vió en tranquila posesion de la corona, quando persiguió y declaró la guerra á los príncipes que habian sido fieles al último emperador. En seguida volvió sus miras al lado de la Italia, y sostuvo con extremado calor las pretensiones que en el reynado de Henrique IV habian causado tan grandes disturbios, y acibarado tan cruelmente los dias de aquel desgraciado príncipe. La querella de las investiduras se reproduxo haciéndose mas viva que nunca. Los papas,

á exemplo de Gregrio VII, imaginaron herido el honor del sacerdocio y los derechos sagrados en dar un príncipe secular á los obispos el báculo y anillo pastoral. Pasqual II, Gelasio II, y Calixto II exercieron toda la actividad de su zelo y todo el aparato de las censuras eclesiásticas para forzar á Henrique V á renunciar á las pretensiones que se mostró mas zeloso de sostener y conservar que ninguno de sus predecesores. Los anatemas, de que le cubrieron los pontífices, y que quiso menospreciar, sublevaron contra él parte de los señores y obispos de Alemania. Estas desavenencias, que podian ocasionar una general rebelion, hicieron conocer á Henrique quanto interes tenia en reconciliarse con la santa sede. Juntó, pues, una dieta en Wormes, en la qual renunció, con el consentimiento de los estados, el nombramiento de los obispos y abades, dexando á los cabildos y monasterios su libre eleccion, y prometiendo no dar á los prelados la investidura de los bienes temporales por el báculo y anillo, y sí solo por el cetro, para mostrar que estos bienes eran concesion del príncipe que conservaba sobre ellos la soberanía. Despues de este acuerdo fué Henrique admitido al ósculo de paz por los legados del papa; y murió en Utreht en 1125, á la edad de 44 años, el 19 de su reynado, contando desde la muerte de su padre.

Por muerte de Henrique V. salió el cetro imperial de la casa de Franconia, en que estaba habia mas de un siglo. Los príncipes y obispos de Alemania se congregaron en Maguncia para dar una cabeza á la nacion germánica y al imperio. Eran muchos los candidatos, y cada uno tenia un partido considerable para elevarse á esta primer dignidad del Occidente; pero el mayor número de votos se reunió en favor de Lotario, duque de Saxonia. Federico, duque de Suabia, habia tenido muchos, y Conrado su hermano, que aspiraba á la corona de Lombardía, sostenido de algunos partidarios adictos á su persona, se ligó con él para negar á Lotario la obediencia y el homenage que se le debia como á cabeza del cuerpo germánico. Federico tomó, pues, el título de rey de Alemania, y Conrado habiendo pasado á Italia, se hizo consagrar rey de Lombardía por el arzobispo de Milan. La rebelion de estos dos príncipes obligó á Lotario á tomar las armas para someterlos. Reunia en sí todas las fuerzas del imperio, y sus ene-

migos solo podian oponerle una débil resistencia. Su pérdida era inevitable si se obstinaban en sostener quiméricas pretensiones contra un soberano universalmente reconocido. Tomaron el prudente partido de precaver por una sumision voluntaria los males de que estaban amenazados. Satisfecho el emperador de verles entrar por sí mismos en su deber los recibió en su gracia, volviendo sus armas contra Rogero, rey de Sicilia, que se habia apoderado de algunas tierras de la santa Sede. Esta nueva guerra, cuyos motivos hacian honor á la piedad de Lotario, se terminó felizmente; pero no gozó este príncipe largo tiempo de la gloria que habia adquirido, pues volvia á Alemania quando le acometió la enfermedad de que falleció en 1137, despues de haber reynado 12 años y poco mas de tres meses.

Los estados de Alemania se juntaron en Maguncia para elegir el sucesor de Lotario que no habia dexado hijos varones. Se temió que Henrique, por sobrenombre el soberbio, duque de Baviera, de Saxonia y de Toscana, yerno del difunto emperador, que se habia apoderado del tesoro é insignias imperiales, llegase á hacerse elegir. Era este un príncipe poderoso por sus vastas posesiones y gran número de vasallos, ambicioso, lleno de orgullo, cuyo gobierno no habia dexado de ser funesto á la libertad del cuerpo germánico. Para desconcertar sus proyectos y las medidas que ya tomaba, muchos príncipes, condes y prelados, juntos en Comblenst, se apresuraron á elegir y hacer consagrar aquel mismo Conrado, duque de Franconia, que baxo el reynado de Lotario habia usurpado la corona de Lombardía. Esto no obstante, Henrique el soberbio, sostenido por un gran número de señores, reclamó contra una eleccion que inutilizaba los medios de que se habia valido para elevarse al imperio, preparándose á sostener su reclamacion con las armas en la mano. Pero se le declaró enemigo del estado en una asamblea de príncipes y de grandes, y ademas se pronunció la confiscacion de sus ducados y todos sus feudos. Se armaba poderosamente para vengar tal afrenta, quando murió segun unos de pesadumbre, y segun otros de veneno. Se siguieron á su muerte algunas guerras particulares, ocasionadas por las pretensiones de diversos príncipes á diferentes porciones de la rica sucesion que quedaba vacante. La prudencia y va-

lor de Conrado lo terminaron todo felizmente. Este príncipe, que con otros muchos habia ido á la cruzada, animado de las vivas exhortaciones de san Bernardo, murió á su regreso de la tierra santa en 1152, despues de haber reynado cerca de 14 años. Se refiere al tiempo de este emperador el orígen de los nombres, despues tan famosos, de los güelfos y gibelinos. El nombre de Güelfo ó Welfo era el del duque de Baviera, que habia tomado las armas contra Conrado, y lo invocaban en la guerra sus tropas; el de los imperiales era Weinblingeno, nombre de un lugar en donde se habia criado Federico, duque de Suavia, hermano de Conrado. Estos dos nombres, que degeneraron por corrupcion en los de Güelfo y Gibelino, sirvieron para distinguir los dos partidos; y de ahí nació que en las guerras que desolaron tan largo tiempo la Alemania y la Italia, se dió el nombre de gibelinos á los partidarios de los emperadores, y el de güelfos á sus enemigos.

Conrado III solo dexó un hijo, llamado en lo sucesivo Federico de Rothemburgo, demasiado jóven para sostener el peso del gobierno. Habia, pues, aconsejado á los príncipes de Alemania elegiesen por sucesor suyo á Federico duque de Suavia, su hermano, llamado Barbarroxa, á causa del color de su barba; príncipe que unia á su mérito personal la ventaja de combinar por sus alianzas las dos facciones de los güelfos y gibelinos que dividian el imperio. Todos los votos se reunieron á su favor en la dieta celebrada en Francfort en el mes de Marzo del año 1152. Nada hay mas contradictorio que los retratos de este emperador delineados por los historiadores alemanes, y los escritores italianos. Segun los primeros ha sido uno de los mayores príncipes que ocuparon el trono de Alemania. Al valor mas esclarecido juntaba una firmeza de ánimo incontrastable, una maravillosa destreza para insinuarse en los corazones y ganar las voluntades, y una eloqüencia natural y persuasiva; sabia recompensar y castigar oportunamente, y poseia los talentos propios á realizar sus grandes proyectos y desconcertar los de sus enemigos. Los segundos por el contrario, le representan como un tirano duro y desapiadado, un ambicioso que queria tragarlo todo, y hacer á los soberanos vasallos suyos, un príncipe sin fe que se burlaba de las promesas y de los tratados, que nada respetaba quando su grandeza y sus intereses estaban por me-

dio, y que sacrificaba la quietud de la Europa á los deseos que tenia de dominar como soberano absoluto desde las extremidades del Norte al centro de la Italia. El rigor, tal vez excesivo, con que castigó las freqüentes rebeliones y la indocilidad obstinada de los lombardos, sus largas desavenencias con los papas, y el escandaloso cisma de que fué autor y principal apoyo, son sin duda los motivos que han hecho la pluma de los autores ultramontanos ó italianos tan severa, por no decir tan injusta, hácia él.

Pero la historia, que juzga de los príncipes sin parcialidad porque está desnuda de pasion y de interes, contará siempre á Federico I entre los grandes hombres y los héroes. Ningun emperador le habia precedido que mejor conociese los derechos del trono, y que mejor supiese hacerlos respetar. Su carácter era elevado, su alma noble é incontrastable, su valor incapaz de ceder á los reveses, su política tal vez demasiado ambiciosa y poco flexible; si alguna vez llevó demasiado adelante su venganza, es menester confesar tambien que los rebeldes que tuvo que someter irritaron su severidad con ultrajes que un príncipe ménos zeloso de su autoridad hubiera tenido trabajo en no castigar de un modo propio para servir de exemplo, y á contener los facciosos siempre dispuestos á tomar las armas. Ningun príncipe fué mas activo y mas aplicado á los negocios, mas atento á aprovecharse de los sucesos, y á reunir todas las circunstancias al plan que se habia propuesto. Siempre en accion, se le vió casi á un mismo tiempo mandar sus exércitos, dar batallas, sitiar y tomar ciudades, negociar con los papas, y dictar leyes á los príncipes de Alemania en las dietas en que los diferentes órdenes del cuerpo germánico parecian haberse solo juntado por sujetarse á su voluntad.

Halló Federico en los papas Adriano IV, y Alexandro III dos contrarios dignos de él. Pero despues de haberles resistido largo tiempo, se vió, sin embargo, obligado á ceder al ascendiente que una política firme, constante, y disfrazada con el velo sagrado de la religion, daba á estos pontífices sobre un príncipe, confiado solamente en sus armas y su valor. Por el tratado que hizo con el último de ellos en 1177, renunció al derecho de las investiduras, causa de tantas guerras y calamidades. Le determinaron á tomar este partido las ventajas que los rebeldes de Italia, tan rigurosa y freqüentemente castigados, pero

siempre indomables, habian adquirido sobre él; el carácter inflexîble de Alexandro III, que se mostraba mas fuerte y mas absoluto en las desgracias que en la prosperidad; y últimamente, la vergüenza de que toda la Europa christiana le mirase como perseguidor de la cabeza de la religion. A todas estas razones se agregaba un motivo de interes y de política, qual era el de unir para siempre la Sicilia á sus demas estados, haciendo recaer este reyno en su familia por el casamiento del príncipe Henrique, su hijo y sucesor en el imperio, con Constanza, tia y única heredera del rey Guillermo II. Siendo el reyno de Sicilia feudatario del papa se necesitaba su beneplácito para asegurar el fruto de esta alianza; este fué el motivo de reconocimiento y condescendencia, al qual creyó habia de ceder Federico. Este príncipe, cuyo valor no podia estar ocioso, no teniendo mas enemigos en Europa, fué á buscar nueva fortuna del otro lado del mar. Engañado por los griegos, y extraviado por caminos peligrosos por la perfidia de sus guias, y continuamente observado de los turcos, debió mas de una vez su vida á su espada. El Asia, testigo de los prodigios de su valor, por los quales se hizo famoso, tanto contra los griegos, como contra los infieles, vino á ser su sepultura. Se ahogó, pues, en las aguas del Cisno, en que entró á bañarse. Se refiere al año de 1190, la desgraciada muerte de este gran príncipe, siendo á los 69 de su edad, y 39 de reynado.

Los estados de Alemania no se juntaron para elegir la nueva cabeza del cuerpo germánico, porque Henrique, hijo de Federico, habia sido coronado rey de romanos en 1169, y como tal destinado para sucesor del trono. Despues de haber determinado en Alemania algunas guerras de poca entidad, pasó á Italia con un numeroso exército para hacer valer los derechos de Constanza, su esposa, sobre la Sicilia y demas estados del rey Guillermo II que acababa de morir. Los sicilianos, temiendo la dominacion de un príncipe extrangero, habian elegido un soberano de su nacion en la persona de Tancredo, hijo natural de Rogero, duque de Pulla, y nieto de Rogero II, primer rey de Sicilia, príncipe amable y valeroso, que habia cautivado los corazones de todos sus vasallos por las bellas prendas de que estaba dotado. Se hallaba sostenido del papa Clemente III, que no temia ménos que los sicilianos la union del

reyno de Sicilia con los demas estados de la casa imperial. Henrique VI marchó contra este rival, infundiendo el terror por todas partes por los rigurosos tratamientos que hizo sufrir á las ciudades que cayeron en su poder. Desde el principio de esta guerra el rey Tancredo fué arrebatado al amor de sus súbditos por una muerte anticipada. No dexaba otra esperanza á los sicilianos, que un hijo aun de tierna edad, á quien habia hecho coronar ántes de su muerte, y á quien la nacion reconoció por legítimo heredero del trono, en cuya posesion se puso baxo la tutela de la reyna Sibilla, su madre, princesa que juntaba el valor y la firmeza de los héroes á todas las virtudes de su sexô. Henrique VI nada dexó de hacer para apoderarse de la madre y del hijo. Y no habiéndolo conseguido por fuerza á pesar del buen éxîto de sus armas y del descaecimiento de los sicilianos, recurrió al engaño y á la perfidia para lograr su intento. Sibilla, vencida por sus promesas, y destituida de todo recurso, se puso en sus manos con el jóven rey su hijo. Apénas se vió dueño de esta presa, quando entregándose á toda su barbarie, trató á la madre, al hijo, y á todos los señores que le habian sido fieles, con una crueldad que horroriza. La horca, la hoguera, y los suplicios ordinarios no eran suficientes á su rabia; inventó otros de nuevo, llevando la atrocidad hasta hacer desenterrar los dos últimos reyes, para despojar á sus cadáveres de la diadema y mas insignias con que habian sido sepultados. Despues de haber Henrique exterminado á todos aquellos cuyo valor y zelo temia, se preparaba á hacer la guerra al emperador de Oriente, quando murió en Mesina el año de 1197, á los 32 de su edad, y 9 de reynado. Su inclemencia, su sed de sangre y su poca fe, han hecho odiosa su memoria, y que se le colocase en el número de los tiranos, que solo reynaron para desdichas de los pueblos y deshonra del trono.

Miéntras que la Alemania y la Italia eran víctimas de las guerras y facciones, originadas de la perpetua rivalidad de los papas y emperadores, la Francia desolada por todos los males de la anarquía feudal, empezaba á hacer débiles esfuerzos para ponerse en equilibrio con las potencias que la rodeaban. Al principio de este siglo era su rey Luis VI, llamado el *Grueso*, príncipe activo, valeroso, y mas político y meditativo en sus designios que solian ser-

lo los príncipes de su tiempo. Con una conducta sólida, y sostenida con su valor y su talento, asentó ó puso los fundamentos del poder á que llegaron sus sucesores despues de fatigas y empresas dificiles, cuyo plan habia trazado. Se puede juzgar por un solo exemplo del triste estado á que la autoridad real se hallaba entónces reducida; y es lo que costó á Luis VI muchos años para someter con todas sus fuerzas un señor de Puiset, que en un castillo de la Beosa despreciaba con insolencia el pequeño exército de su soberano. Despues de haber sojuzgado los pequeños tiranos de la isla de Francia, volvió sus miras hácia los grandes vasallos tan dificiles de contener como de sujetar, porque varios de ellos eran mas poderosos y temidos que su monarca. En este reynado y con motivo de la guerra que Luis el Grueso tuvo que sostener contra el emperador, ligado con los enemigos de la Francia, fué quando comenzó la usanza de ir á tomar sobre el altar de san Dionisio el famoso estandarte, llamado el Oriflamma, que llevaba á los combates el conde de Vexin, patrono de aquella abadía.

El abad Sugerio, religioso edificante en el claustro, súbdito fiel, buen ciudadano, y político diestro en el gobierno, que habia auxîliado á Luis VI, sostuvo el peso de los negocios en tiempo de Luis VII, llamado el Jóven, que subió al trono de francia en 1137, conservando al reyno la estimacion que habia adquirido por el valor y la prudencia del príncipe que acababa de perder. Este sabio ministro previno ó reparó los males que la inquietud, la debilidad y la devocion mal reglada del nuevo monarca causaron al estado. Si el rey le hubiera dado crédito, no habria abandonado el cuidado del gobierno en un tiempo en que era necesaria su presencia por ir á llevar su inquietud al Asia, en tanto que los grandes vasallos, humillados por su padre, aspiraban á sacudir el yugo que ajaba su orgullo y estrechaba su ambicion. Luis VII, príncipe animoso, pero imprudente y ligero, no supo aprovecharse de los consejos de un hombre versado en los negocios, y que conocia mejor que él los verdaderos intereses del estado. Partió, pues, para la tierra santa, llevando consigo á su esposa Leonor de Aquitania, á quien amaba tiernamente, y le deshonraba por una conducta á lo ménos muy equívoca; hizo patentes á vista de los príncipes cruzados sus sospechas y su deshonra. Esta primer flaqueza le precipitó en

otra. Los zelos y tal vez el disgusto le hicieron repudiar aquella reyna, que acaso no era culpable sino de algunas imprudencias. El le restituyó la Aquitania y el Poitou, que habia llevado en dote, como heredera de Guillermo, último poseedor de estas bellas provincias, que pasaron bien presto al competidor mas peligroso de la Francia. El abad Sugerio, que preveia las conseqüencias de aquel divorcio, se opuso á él miéntras vivió, no habiéndole Luis VII consumado hasta despues de la muerte de aquel grande hombre, acaecida en 1152. Este error, que por todas razones debia excusarse, fué para el reyno un manantial inagotable de calamidades, y para la Inglaterra un principio de poder que la hizo tan largo tiempo formidable á los monarcas y pueblos franceses. Leonor se casó de segundas nupcias con el príncipe Henrique, conde de Anjou, y duque de Normandía, que reynó poco tiempo despues en Inglaterra con el nombre de Henrique II, por cuyo medió se vió baxo sus leyes la mitad de la Francia. El reynado de Luis VII duró hasta el año de 1180, en el qual murió despues de una peregrinacion que hizo á Inglaterra al sepulcro de santo Tomas de Cantorberi, cuyo protector y amigo habia sido; estaba en la edad de 60 años, y habia reynado mas de 43. Hubiera sido un gran príncipe, si las prendas del espíritu hubieran correspondido á las del corazon que tenia lleno de rectitud y de franqueza. Algunos autores han pretendido que el sobrenombre de Jóven no se le habia dado por haber llegado á la corona quando solo tenia 18 años, sino por haber vuelto á Leonor la Guiena y el Poitou al repudiarla, accion que se miró como una puerilidad, ó por mejor decir, como una imprudencia ó ligereza.

Apénas subió al trono Felipe II, hijo de Luis VII, quando la Francia entrevió en las bellas calidades de aquel príncipe los principios de prosperidad y de gloria de que iba á gozar. Su siglo le dió el nombre de Augusto, y la posteridad le ha confirmado en él. Lo mereció por su valor sobresaliente, por su talento vasto y sólido, por su profunda y segura política, por su ingenio que igualmente le hacia diestro en la guerra y en el gobierno, por su amor á las ciencias y artes, por su grandeza de alma y su generosidad, por sus victorias y conquistas, y en una palabra, por todo lo que hizo por el honor de la corona y la felicidad de su pueblo. Su reynado de 43 años es uno de los

mas bellos y memorables de nuestra historia, por los grandes sucesos que en él se vieron, y por las reuniones que se hicieron, por las quales recobró la magestad real una parte del poder de que habia sido despojada en un tiempo de floxedad y confusion. La nacion viendo á su frente un gefe digno de mandarla, desplegó baxo aquel príncipe su carácter noble y generoso, su valor, su industria, su pasion por la gloria, el amor á sus soberanos, y todas las demas calidades brillantes y sólidas que la hacen capaz de las mayores empresas quando se le conduce segun su genio.

Si Felipe cometió algunas faltas, si no obró con política ni con equidad, expeliendo á los judíos del reyno, cuyo comercio, y por conseqüencia una parte de las riquezas movibles estaba en sus manos, y declarando á sus deudores absueltos de las deudas; si olvidó durante la tercer cruzada el juramento que habia hecho á Ricardo, rey de Inglaterra, de no atacar sus estados miéntras estuviese combatiendo con los infieles del Asia; si se comprometió facilmente con Roma, repudiando la reyna Ingerburga, que se le obligó á volver á tomar; y en fin, si le arrastraron algunas flaquezas de que no estan exêntos la mayor parte de los mas grandes hombres, con quántas bellas acciones no compensó sus errores mas perdonables aun en un siglo medio bárbaro, en que la razon estaba aun tan léjos de perfeccionarse, y en que los derechos de la justicia y de la humanidad no se conocian muchas veces? La victoria de Bouvines, ganada al emperador el 27 de Julio de 1214, siempre celebrada en los fastos de la nacion, en que favorecido Felipe de la principal nobleza, hizo prodigios de valor; el destino de un archivo en donde los títulos de la corona guardados cuidadosamente no estuviesen expuestos á caer en manos de los enemigos, como acababa de suceder por una conseqüencia de la perjudicial costumbre que habia subsistido hasta entónces de conducirlos, siguiendo al rey en campaña; la Normandía y demas tierras que el rey de Inglaterra poseia en Francia, restituidas baxo la autoridad inmediata del príncipe por un juicio solemne; la Turena, el Anjou, el Maine, el Poitou, el Auvergñe, el Artois, el Vermandois y otros varios feudos de menor importancia, reunidos de diferentes modos al dominio de la corona, un cerco de muralla levantado al rededor de París

para adorno y defensa de esta capital , ya muy extendida en comparacion de lo que hasta entónces lo habia sido; una milicia reglada y permanente pagada por el príncipe , y siempre dispuesta á executar sus órdenes ; finalmente otras muchas instituciones igualmente útiles, fruto de su prudencia y de su política ; tales son los títulos que deben asegurar á Felipe augusto el reconocimiento de los franceses , y los elogios de la posteridad. Dexó á la Francia con doble aumento por sus conquistas y reuniones , y respetable á toda la Europa. Se le debe mirar como á un segundo fundador de la monarquía , y nuestros reyes le son particularmente deudores de esta autoridad , que en lo sucesivo no ha hecho sino extenderse y consolidarse.

Habia gemido la Inglaterra baxo el duro gobierno del imperioso y feroz Guillermo el Roxo , muerto el año último del undécimo siglo , sin hijos legítimos y sin haberse casado. Enrique I su hermano , tercer hijo de Guillermo el Conquistador , se apoderó del trono en perjuicio de Roberto , duque de Normandía , su primogénito , que aun no habia vuelto de la cruzada en que se habia empeñado algunos años ántes , y que segunda vez se halló excluido de la corona. Este príncipe valiente y generoso , á quien en parte se debe el buen éxîto de la primera cruzada , hizo vanos esfuerzos para arrojar á su hermano del trono de Inglaterra , que le habia usurpado. Se vió otra vez despojado de sus estados en el continente por el ambicioso Henrique , que violando con frívolos pretextos el tratado que con él habia concluido , se echó sobre la Normandía haciéndose dueño de ella por la sangrienta batalla de Tinchebrai. Las discordias de Henrique con los obispos de su reyno á causa de las investiduras , introduxeron la turbacion en la iglesia de Inglaterra. Su dureza con los prelados que le resistieron , y la persecucion que hizo sufrir á san Anselmo el mas valeroso de todos , como tambien el mas ilustrado , son una tacha para su memoria. Por lo demas fué este príncipe valeroso , hábil en la ciencia del gobierno , humano con sus súbditos , y sabio para en aquel tiempo , lo que le hizo dar el sobrenombre de Beloclerigo. Abolió la ley gravosa y tiránica de los hogares , establecida por Guillermo el Roxo , é hizo en favor del pueblo una carta llena de privilegios ; carta preciosa para la nacion inglesa porque fué el orígen de la libertad de que se

muestra tan zelosa, y que en lo sucesivo extendió tanto.

Viéndose Henrique I sin hijos varones, habia tomado varias medidas ántes de su muerte, acaecida en 1135, para asegurar la corona de Inglaterra á su hija Matilde, viuda del emperador Enrique V, y casada de segundas nupcias con Gofredo Plantageno, conde de Anjou. Pero Esteban, nieto de Guillermo el Conquistador por su madre Adela, esposa de Estevan, conde de Blois, habiéndose apoderado de los tesoros del rey difunto, se sirvió útilmente de ellos para granjearse los votos de los grandes, y la aficion del pueblo. El obispo de Winchester, su hermano, poderoso por su nacimiento y su dignidad, y aun mas por su carácter de legado de la santa sede, interesó á su favor de tal modo al clero, que á su arribo á Londres fué proclamado rey de Inglaterra sin el menor obstáculo. No obstante Matilde, auxîliada del conde de Glocester, su hermano, se disponia á hacer valer sus derechos á un trono, al qual le llamaban igualmente su nacimiento y la última voluntad de su padre. Al principio no manifestaron los ingleses un gran interes por esta princesa, porque no querian ser gobernados por un rey de una familia extrangera. Preferian, pues, á Esteban descendiente de Guillermo el Conquistador que unia la clemencia, la afabilidad, el valor, y el talento militar á una presencia magestuosa, y á un exterior agradable.

Dos faltas esenciales le hicieron perder las ventajas que podia sacar del afecto de la nacion, que le prometia un reynado apacible. Fué la primera permitir á los señores fortificar sus castillos, condescendencia que favorecia demasiado al espíritu de faccion y de independencia, para que no abusasen de ella. Hubo en poco tiempo mas de mil y cien de aquellas fortalezas que servian de asilo á otros tantos tiranos. La segunda, indisponerse con el clero que le habia sido de un gran socorro para subir al trono, y cuyos privilegios habia jurado conservar. Irritados los obispos del proceder violento de que habia usado con algunos de sus compañeros indiciados de favorecer á la princesa Matilde, se declararon contra él, y el obispo de Winchester su propio hermano se puso á su frente. El pueblo tomó parte en la querella de los pastores, y bien presto Matilde se vió soberana de Londres, en donde fué recibida y proclamada reyna con la solemnidad ordinaria. Nada faltaba á

su triunfo, hecho Esteban su prisionero en la batalla de Lincoln, que el conde de Glocester le habia ganado. Pero esta princesa no gozó largo tiempo de su prosperidad, perdiendo por su altivez y su dureza lo que solo habia adquirido por la imprudencia de su competidor. Esteban habia recobrado su libertad. El descontento de los grandes, y la aversion del pueblo, indignados del menosprecio que la nueva soberana hacia de ellos, le proporcionaron un partido poderoso que le volvió á colocar en el trono, en donde Matilde apénas habia tenido tiempo de sentarse. Esteban, enseñado por las adversidades, se conduxo con tanta prudencia y circunspeccion, que en poco tiempo volvió á atraerse todos los corazones. Sus últimos dias fueron tristes por la pérdida del príncipe Eustaquio, su hijo, á la edad de 18 años, á quien habia hecho coronar y reconocer por su sucesor. La muerte de este príncipe inspiró al jóven Henrique Plantageneto, hijo de Matile, el designio de resucitar los derechos de su madre; y la guerra civil iba á reproducirse con mas viveza que nunca: pero los obispos mediaron entre Esteban y este nuevo competidor, quedando resuelto que Esteban adoptaria á Henrique, y que él reynaria miéntras viviese. Murió en 1154. Por este medio la corona pasó tranquilamente de la familia de Guillermo el Conquistador á la casa de los Plantagenetos, que dió una larga série de monarcas á la Inglaterra.

Henrique II habia recibido la mejor educacion que se podia dar á un príncipe en el siglo en que vivia. Su reynado comenzó con los anuncios mas felices, y los ingleses esperaban que reynase con sabiduría y con gloria. Ya se habia adquirido una gran reputacion por el arte de la guerra, y anunciaba con las brillantes prendas que constituyen los héroes el sólido mérito, la madurez de juicio y la política ilustrada que forman los grandes reyes. Hubiera llenado mas bien las esperanzas de los ingleses, si hubiese sido ménos impetuoso en sus pasiones, ménos absoluto en su voluntad, y ménos pronto á irritarse contra los que le hacian alguna oposicion. Todos sus males y los de su pueblo provinieron de aquel carácter fogoso, de aquella propension al despotismo que jamas supo contener en los justos límites. El ímpetu de sus primeros movimientos, junto con una ambicion desmesurada, le arrastró muchas veces mas léjos de lo que queria ir, haciéndole cometer una in-

finidad de faltas de que se arrepintió tarde casi siempre. Así por espacio de 30 años que reynó sobre la Inglaterra, casi estuvo en continua guerra y agitacion.

Las funestas discordias de este príncipe con Tomas Bequet, que de canciller del reyno habia pasado á ser arzobispo de Cantorberi, y por la preeminencia de su silla primado de la iglesia de Inglaterra, fueron la principal causa de los disturbios de que fué víctima todo su reyno. La inmunidad eclesiástica que Henrique intentó anular y que debiera contentarse con restringir por medios prudentes y suaves, fué el orígen de estas desavenencias. Tomas, respetable por sus costumbres, é interesante por la persecucion que padecia, halló acogida en Francia, y amigos en todos los hombres de bien. Su causa vino á serlo de toda la Iglesia; y quando fué sacrificado á los resentimientos de su soberano, que tal vez habia deseado su muerte, pero no ordenado, su santidad se manifestó por tantos milagros, que mirado Henrique como su verdugo, se hizo odioso á los ménos amantes de la religion. Despues de este suceso solo fué la vida de Henrique una série de reveses y de desgracias opresivas. La guerra se encendió en sus estados por todas partes; sus hijos tomaron sucesivamente contra él las armas, y hallaron partidarios animados por el odio y el deseo de vengar sus personales injurias; los remordimientos y la vergüenza de pasar en el público por el homicida de un santo, le hicieron ir descalzo y en postura de suplicante al sepulcro de mártir, en donde recibió la penitencia. Algunos favorables sucesos le consolaron en medio de sus reveses; débiles chispas de su antigua gloria que en breve fueron eclipsadas por nuevos infortunios. El rey de Escocia habia sido batido y hecho prisionero; los príncipes rebeldes habian vuelto á su deber; se habia concluido la paz con Francia, y la calma parecia á lo ménos restablecida por defuera, en tanto que el despecho y el dolor despedazaban el corazon de Henrique. Mas Felipe Augusto empezó de nuevo la guerra, y Ricardo llegado á ser heredero presuntivo del trono de Inglaterra, abandonó á su padre uniéndose á su enemigo. El desgraciado Henrique visiblemente perseguido de la venganza del cielo, batido por todas partes, y desamparado de sus súbditos, se vió obligado á someterse á las mas baxas y duras condiciones para obtener la paz. El disgusto que le devoraba

no le dexó sobrevivir largo tiempo á este último golpe, pues murió en el mes de Julio de 1189 maldiciendo á sus hijos, y dudando si la posteridad le contaria entre los grandes reyes, ó entre los perseguidores de la virtud.

Ricardo I, á quien su valor intrépido y grandes hazañas hicieron llamar corazon de leon, llegó á ser rey de Inglaterra en 1189 por muerte de su padre Henrique II. La justicia y la beneficencia señalaron los principios de su reynado, que en el corto espacio de diez años vió los sucesos mas extraordinarios. El Asia fué por mas de dos años el teatro de su gloria y de sus triunfos. Despues que el entusiasmo y el gusto por las aventuras extraordinarias conduxeron á Oriente una multitud de héroes devotos y galantes á un tiempo, ninguno habia igualado en valor á este príncipe, ni habia obtenido victorias mas brillantes. Casi no le faltó un instante para ganar al paso el reyno de Chipre. Acre, una de las mas fuertes plazas de la Palestina, se vió abatida á su llegada; y otras muchas ciudades fueron conquistadas con la misma rapidez, ó se sometieron voluntariamente para evitar el furor de aquel príncipe que su resistencia hacia algunas veces cruel. En fin el héroe del Oriente, Saladino, á quien los príncipes christianos no osaban hacer frente, se vió obligado á reconocer en Ricardo un capitan mas hábil que él, siendo la victoria que alcanzó sobre el sultan la última de sus hazañas en Asia. Los desórdenes de que era víctima su reyno por la mala conducta de aquellos a quienes habia confiado el gobierno durante su ausencia, le llamaban á la Europa. No sabia que volviendo cargado de laureles hallaria cadenas, viéndose obligado á oprimir á sus súbditos para comprar su libertad. Vuelto en sí, y restituido á las funciones de rey, de que habia descuidado demasiado tiempo, encontró la Inglaterra exhausta de dinero y turbada por facciones; sin embargo, necesitaba dinero y tropas para sostener dos nuevas guerras, una civil contra Juan su hermano, y otra exterior contra Felipe Augusto. Mostró el mismo valor y pericia de que habia dado tantas pruebas en las demas expediciones: acababa de firmar las paces con Felipe, y sin duda se hubiera aprovechado de ella para reparar los daños de toda especie de que estaba su reyno oprimido, quando murió de resultas de una herida que recibió sitiando un pequeño castillo del Limosin el año de 1199

de edad de 42 años. Juan Sin-Tierra, su hermano, de quien hablaremos en el siglo XIII, le sucedió.

En España la diversidad de religiones fué en este siglo como en los precedentes un motivo perpetuo de guerras entre christianos y musulmanes. Esta parte de la Europa abundó mas que nunca de grandes príncipes y de héroes. Entre otros, quatro reyes de un mismo nombre hicieron la gloria de la nacion, y el terror de los árabes. Eran estos, Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon; Alfonso I, rey de Navarra y de Aragon; Alfonso Raymundo, rey de Castilla, y Alfonso Henriquez, rey de Portugal al fin del siglo duodécimo, á los quales añade la historia á Sancho I, tambien rey de Portugal, despues de la muerte de Alfonso Henriquez, su padre. Todos estos príncipes se hicieron célebres por sus conquistas contra los moros, y por las repetidas victorias que hicieron perecer una multitud de infieles casi innumerable. Hubieran llegado al punto de arrojarlos enteramente de la España, si las discordias y los repetidos derechos que entre sí tuvieron que arreglar, no les hubiera hecho dexar de perseguir al declarado enemigo de la religion y del estado por volver las armas unos contra otros.

Miéntras estas guerras nacionales se ocupaban los moros en reparar sus pérdidas, disponiéndose para rechazar los nuevos ataques que los príncipes christianos no tardarian en hacerles luego que los intereses que los habian dividido se conciliasen. Quando los monarcas españoles se reunian contra los infieles, el poder musulmano se humillaba á su vista, sus plazas caian en sus manos; experiencia que les hubiera hecho conocer el precio de esta union, si el patriotismo y la religion hubiesen dirigido siempre sus miras, ó si los intereses personales no sofocasen todos los demas afectos, mas aun en los soberanos que entre el comun de los hombres. Continuaba el Africa en proveer de socorros á los sarracenos de España, y sus exércitos reforzados constantemente por estas nuevas reclutas, apénas se notaban las pérdidas que sufrian en los sitios, en las batallas y en los lances de ménos consideracion. El rey de marruecos era el aliado mas útil que tenian los mahometanos de España del otro lado del estrecho. Tenia siempre fixos los ojos sobre los sucesos prósperos ó adversos que interesaban á la nacion musulmana, y á la religion que los unia. No

contento con enviarles socorros, venia algunas veces en persona con todas sus fuerzas á participar de sus riesgos, y combatir con su furor. Quando estas invasiones hallaban divididos á los príncipes christianos, los moros quedaban superiores causando muchos daños en los paises que experimentaban el furor de su venganza. Pero quando los reyes españoles estaban unidos ó dispuestos á recibir el enemigo, tanto mas completo era el triunfo de los christianos, quanto mayor la multitud de los infieles.

Se vieron algunas veces entre los gefes de las dos naciones, divididas por religion, intereses políticos, y alianzas que fueron el escándalo de la Iglesia, sin contribuir á la prosperidad del Estado. Reyes christianos se desposaron con princesas musulmanas (*a*). Seducidos de sus encantos y de sus caricias, llegaban á ser ménos opuestos á los compatriotas de las que reynaban sobre su corazon por una pasion tan poderosa como la del amor. Por otra parte, estas mugeres extrañas llevando entre la familia de sus esposos las preocupaciones de educacion, el zelo del mahometismo y la inclinacion tan natural y permanente que se conserva siempre por su patria y por la sangre de que estaban formados, era imposible que las casas en donde entraban no fuesen turbadas por estas uniones mal concertadas, ni seria raro que resultasen muchos inconvenientes por lo tocante al bien público. Una princesa mora hecha reyna de un pueblo christiano, no permanecia ménos adherida á su culto y á su nacion; era, pues, natural que se aprovechase del ascendiente que la ternura de un esposo le daba sobre su corazon á fin de empeñarle por consejos artificiosos ó vivas solicitudes á executar lo que el interes del estado y de la religion ordenaban igualmente. Ademas, de ahí nacian desconfianzas y zelos entre el príncipe y sus súbditos, cuyas consequencias eran siempre perjudiciales á la armonía que debiera haber reynado entre ellos para trabajar con buen éxito en el abatimiento de la potencia musulmana.

(*a*) No consta de la historia de España mas enlace con princesas musulmanas, que el de Don Alonso el VI. con la Zaida, que se hizo christiana, y de quien hicimos honorífica mencion en el tomo anterior, por lo que en honor de la verdad debemos decir, que las amistades que supone Ducreux, y demas reflexîones en el particular, son absolutamente arbitrarias y destituidas de todo fundamento.

Si hubo competencia y guerras entre los soberanos que reynaban en las diferentes partes de la España christiana, no habia ménos entre los pequeños reyes moros que se habian establecido en las mas bellas provincias de aquel rico pais. Zelosos unos de otros, ambiciosos y vengativos, se armaban muchas veces, mas para destruirse que para oponerse á los progresos del enemigo comun. Ya se ligaban muchos á un tiempo con el designio de invadir las posesiones de un vecino que les hacia sombra, cuyos despojos venian á ser un nuevo objeto de discordia entre aquellos que habian concurrido á apoderarse de ellos; ya veian á ligarse con los christianos contra su misma nacion, prontos á romper con ellos luego que con su ayuda obtuviesen lo que era el objeto de su ambicion, porque aquellas confederaciones mal combinadas entre enemigos naturales, no podian subsistir largo tiempo, ni tener favorables conseqüencias. Si los príncipes christianos hubieran conocido bien sus verdaderos intereses, jamas se hubieran mezclado en las desavenencias de los infieles; ántes bien espectadores tranquilos de las guerras civiles que entre ellos se encendian, suficientes para acarrear su ruina, hubieran aguardado que se hubiesen recíprocamente debilitado para acabar con ellos. Por falta de esta política ilustrada los príncipes christianos tuvieron que combatir largo tiempo con los musulmanes, y aun contribuyeron á la exîstencia de aquellos enemigos formidables que hubieran podido destruir bien presto.

En Suecia, en Dinamarca, en Rusia, en Polonia, y en Bohemia solo se vieron durante todo el curso de este siglo guerras obstinadas y sangrientas, rebeliones, matanzas, soberanos destronados y fugitivos; algunos príncipes belicosos que hicieron la guerra con buen éxîto, y muy pocos que fuesen bastante sabios y bastante justos apreciadores de la verdadera grandeza para preferir la gloria de una administracion pacífica que hace el bien de los pueblos, á aquel vano esplendor que envanece á los conquistadores, y no dexa sino ruinas en su carrera. Hubo, no obstante, en el Norte monarcas, cuyos nombres merecieron transmitirse á la posteridad con elogio. Tales fueron en Suecia san Errico, que recopiló las antiguas leyes del pais en un solo código, al qual añadió otras nuevas para proveer á lo que las antiguas no habian prevenido; que

abolió las costumbres peligrosas, y castigó los delitos con severidad sin excepcion de personas; en Rusia Wolomiro II. que reunió baxo su poder los pequeños estados que rodeaban el suyo, y que gobernó con una prudencia que se hubiera admirado en un tiempo de mas luces; en Dinamarca Woldemaro I. que poseyó todas las calidades de hombre grande y de héroe; que desvaneció los ambiciosos proyectos del emperador Federico, y sostuvo la dignidad de su corona, á pesar de las pretensiones de aquel príncipe emperador; que sometió los rugianos y vandalos; que echó los cimientos de la célebre ciudad de Dantzick, y vió comenzar baxo sus auspicios los de Compenhague, que despues llegó á ser la capitad del reyno.

La Bohemia continuaba formando una potencia considerable, y conservaba un notable ascendiente sobre las naciones vecinas. Sus príncipes, entre los quales hubo guerreros hábiles y valerosos, tomaron mas interes en los negocios de Alemania y en las revoluciones del imperio germánico, que los demas monarcas del Norte, siendo casi todos ó aliados útiles, ó enemigos formidables de los emperadores, y muchas veces obligando á aquellos monarcas tan poderosos y fieros á congraciarlos ó temerlos.

La Hungría se conservaba en la estimacion que la sabiduría y el talento de Esteban I. le habia adquirido. Tuvo en este siglo príncipes de un mérito distinguido, que no descuidaron del gobierno á pesar de las guerras que tuvieron que sostener contra los extrangeros, y de la atencion que les exîgia el carácter inquieto de los que aspiraban á turbar el estado por medio de facciones. Esteban II. venció á los búlgaros y á los griegos, combatió contra los venecianos, les quitó la Croacia, y puso límite á sus conquistas. Bela II, aunque privado de la vista, supo disipar los rebeldes que temian su resentimiento, ó querian aprovecharse de la debilidad con que le suponian. Mostró por el vigor de su espíritu y la sabiduría de su gobierno, que bastan los ojos de la razon para reynar próspera y gloriosamente. Geisa, hijo de Bela el ciego, fué en todo digno del padre que le habia engendrado. Ocupado únicamente en hacer feliz á su pueblo, reynando la justicia y el buen órden, no tomó las armas sino obligado á ello por vecinos inquietos y envidiosos. La victoria fué el premio de su valor siempre que le forzaron á hacer la guerra, impi-

diéndole su moderacion de llevar mas léjos sus ventajas quando halló á sus enemigos dispuestos á pedir la paz. El último príncipe que reynó en Hungría en este siglo, se hizo célebre por una accion de valor y de fortaleza, de que se hallan pocos exemplos en la historia: se llamaba Emerico. Aunque subió al trono con el unánime consentimiento de la nacion, tuvo un competidor en un hermano. Estaban á punto de llegar á las manos, y el ordinario furor de las guerras civiles daba ya señales de mortandad, quando Emerico por ahorrar la sangre de sus vasallos, se avanzó solo y sin armas hácia los rebeldes. Allí les habló con tanto vigor, favorecido de una figura tan noble y gallarda, que le rindieron las armas, y se hizo la paz entre los dos hermanos.

ARTICULO IV.

Estado del entendimiento humano, con respecto á las ciencias y á las letras.

En medio de las revoluciones que agitaron el imperio de Oriente, y que daban tan freqüentemente soberanos al trono de Constantinopla, las ciencias y las letras se conservaban siempre con vigor en esta capital. Si la servidumbre y la corrupcion habian hecho degenerar á los entendimientos; si el gusto habia perdido su delicadez y pureza; si se habian alterado las ideas de la verdadera belleza; se estimaban aun los buenos modelos, se les estudiaba con ardor, y se conocian sus grácias; y el idioma griego, aunque desfigurado por un falso ingenio, aún conservaba parte de sus gracias primitivas, siendo siempre la mas bella lengua, la mas rica, varia y armoniosa. Los sabios de Constantinopla y demas ciudades cultas del imperio griego, á quien la Europa debió despues la restauracion de las letras y el buen gusto, se miraban como los conservadores del sagrado fuego de las ciencias y del ingenio, de que solo habian llegado á las demas naciones unas débiles chispas. De ahí aquel menosprecio con que miraban á los pueblos del Occidente, á los quales no concedian ni amenidad de entendimiento, ni viveza de imaginacion, ni elegancia, ni gusto en el estilo, bien que no podian negarles alguna extension de conocimientos y erudicion.

A pesar del concepto favorable que formaban de sí mismos los griegos, no dieron á luz produccion alguna de ingenio. En la eloqüencia y poesía no pasaron de medianos. No brillaban ni por la invencion, ni por la fecundidad, ni por la nobleza y verdad de sus pensamientos. Aunque mostrasen grande aprecio de los antiguos, y que hiciesen mérito de hablar la misma lengua, estaban tan léjos de seguir sus pasos, que ni aun pensaban tomarlos por modelo de las materias que exîgen fuego, energía, sublimidad y la riqueza de una imaginacion viva, sabia y abundante. Todo lo que pertenece á la energía del alma, á la fuerza del genio, á la elevacion de los pensamientos, y á aquel espíritu capaz de esfuerzo, de osadía y de un calor durable, no podia alcanzarlo una nacion envilecida por la esclavitud, y enervada por la malicia. En este estado, que era el de los griegos, apénas tenian buen éxîto sino en las cosas de puro entretenimiento, en las materias en donde solo se necesita finura, sutileza y chiste. No pudiendo ni abrazar grandes objetos, ni concebir planes vastos ni executarlos; no escribian ya sino movidos de la lisonja, de la sátira ó del deleyte.

Los buenos ingenios que hubo entre los griegos en la época de que hablamos se dedicaron á la gramática, á la crítica de los antiguos (cuyos escritos aclaraban con escolios y comentarios), á la filosofía y á la historia. Pero el espíritu de servidumbre y de adulacion ha llenado de defectos sus escritos. Se ve demasiadas veces que el temor detenia su pluma, ó que los resentimientos y la acritud se mezclaban en sus escritos y en sus reflexîones, segun el parecer del literato y del filósofo. Se advierte principalmente en las obras históricas sobre los sucesos recientes la fuerza de las pasiones y parcialidad de que se dexaban llevar los escritores; por cuyo motivo es menester hacer uso con mucha precaucion de las historias publicadas en aquel tiempo, y del crédito que se dispensa al testimonio de sus autores. Es preciso exâminar su propension, sus intereses personales, sus relaciones con los que gobernaban, que gozaban de estimacion sobre todo en la corte; los partidos que en ella se formaban, el carácter, la conducta y costumbres privadas de los príncipes y ministros. Con estas precauciones se pueden sacar grandes auxîlios de las historias generales y particulares que salieron de la pluma de

los griegos en la época que describimos; y mucho mas teniendo el cuidado de cotejar los unos y los otros, y de combinar sus testimonios, para de ellos formar un resultado mas cierto y averiguado.

Los meros literatos que se dexáron ver en aquel siglo entre los griegos, no tienen ninguna relacion con nuestro objeto, tales son los gramáticos, los escolásticos, los filologos, y los autores de obras eróticas, así en prosa como en verso. Nosotros debemos limitarnos á notar que aquellos escritores hiciéron grandes servicios á la literatura, cuidando de conservar las obras que los tiempos ilustrados habian producido. Se sabe la utilidad que ha resultado en lo sucesivo de sus tareas sobre la inteligencia de los antiguos, quando finalmente se conoció la necesidad de recurrir á las fuentes, y de estudiar los buenos modelos. Eustatho, obispo de Tesalónica, es el mas habil crítico y mas sabio filósofo de que se hace mencion en el siglo XII. Los comentarios que ha dexado de Homero, son aun consultados por los que quieren profundizar el verdadero sentido de aquel príncipe de los poetas, y conocer las costumbres de la antigüedad. De todos los tiempos que han precedido á la restauracion de las letras en Occidente, solo Servio, gramático del siglo IV, y comentador de Virgilio se le puede comparar.

Las artes que dependen del dibuxo, como la arquitectura, la pintura, la escultura, el arte de los plateros, el del grabado, de tallar, de embutir las piedras ricas, y el de cincelar el oro y la plata, ó de combinarlos en diversas formas, se cultivaban con el mejor suceso en Constantinopla y las demas ciudades opulentas del imperio de Oriente. Quando se emprendieron en Francia y en otras partes grandes edificios, como la iglesia de san Dionisio, y la de Cluni y otras, se hicieron venir de Constantinopla, arquitectos, pintores, escultores, y en una palabra, todo género de artífices, ya para trazar los planes, ya para dirigirlos. De entre los griegos venian tambien los ricos bordados y las estofas de seda. La magnificencia y la vanidad de los grandes, de los favoritos y de los hombres recien ensalzados, habia llevado la industria hácia los objetos de luxo. En un pais en donde las revoluciones eran tan freqüentes, las fortunas tan rápidas, en donde los hombres desconocidos un dia ántes, eran súbitamente co-

locados en los mas importantes puestos, era preciso que se encontrase sin dilacion todo lo que sirve para presentarse con ostentacion, y para la comodidad y deleytes de la vida. Elevados aquellos á quienes el acaso proporcionaba de improviso las riquezas y los honores, nada omitian para realzarse á los ojos del pueblo con todo lo que mas deslumbran el brillo exterior y la profusion. Dentro de sus casas querian facilitarse todas las satisfacciones que lisongean el amor propio, siendo tan vivos estos deseos, quanto nuevos y extraordinarios para ellos. Nada era costoso para satisfacer los gustos que producia el ardor impaciente de las pasiones. De ahí nacia que todas las artes que subsisten por el luxo estaban como fixas en la capital del imperio. Las otras naciones, cuya industria no cultivada habia hecho ménos progresos, iban á esta ciudad por las ricas estofas y los demas objetos del uso de los grandes y de los ricos que no se hallaban en otras partes; porque tambien la barbarie tiene su luxo y magnificencia.

Las disputas que se habian suscitado entre la iglesia de Oriente y la de Occidente, sobre los dogmas y disciplina, el cisma que de ella habia resultado; los freqüentes ataques que recíprocamente se hacian, y la necesidad que tenian muchas veces de defenderse, habian obligado á los teólogos griegos á estudiar las materias de controversia. Habia sido preciso recurrir á las fuentes, consultar la antigüedad, y á los padres que habian escrito ántes del orígen de las qüestiones que los dividian, para ponerse en estado de establecer sus opiniones sobre pruebas que les diesen á lo ménos alguna apariencia de verdad, y para responder á las objeciones de sus adversarios con alguna superioridad y erudicion, no se podian dispensar de hacer investigaciones, de reunir testimonios, de escribir y de razonar. Estos motivos llamaron la actividad de los sabios de la iglesia Griega hácia la crítica sagrada, hácia la controversia y la teología polémica. La jurisprudencia canónica fué tambien uno de los objetos de su aplicacion y de las tareas de aquel siglo. Los derechos de los patriarcas y de los metropolitanos, los privilegios de ciertas iglesias, y las reglas de disciplina distintas en Oriente de las de Occidente formaban el cuerpo de esta ciencia, que se dividia en diferentes ramos, segun las diversas relaciones, baxo cuyos respetos se miraban. Daremos una noticia de estos

sabios, de sus talentos y de sus obras, en el artículo de los escritores eclesiásticos que han florecido en el siglo XII.

Aunque los musulmanes estaban casi siempre en guerra ya unos contra otros, ya contra los griegos y los latinos, las ciencias y las artes se cultivaban mucho entre ellos. Las freqüentes revoluciones que hacian caer á los califas, á los sultanes y visires, para elevar á otros que no tardaban en verse precipitados, no alteraban la consideracion y quietud de que gozaban los literatos en todas las cortes mahometanas de Oriente. Habian hecho estos príncipes en favor de las ciencias, de que eran amantes, y á que aun ellos mismos se dedicaban, establecimientos sólidos; y la suerte de los sábios estaba asegurada por las ricas fundaciones que los soberanos miraban como una obligacion el sostener, y se gloriaban de aumentar. Hubo, pues, filósofos, geómetras, astrónomos, químicos, poetas y teólogos por todo el imperio musulmano, por dividido que estuviese en el órden civil y político. Entre los teólogos árabes, se aplicaron los unos á combatir los sistemas filosóficos y religiosos, cuyos principios les parecian mas contrarios al Alcoran; otros emprendieron justificar el mahometismo, y responder á las objeciones de los filósofos y de los christianos; otros, en fin, trabajaron en refutar ó conciliar las diferentes sectas que se habian formado en el seno del eslamismo. Las artes de luxo y de placer estaban tan brillantes y seductoras en las cortes de los califas de Bagdad y del Cayro, como en las de los sultanes de Persia, de Iconia, de Damasco, y de los miramamolines de España.

De todos los sábios que se hicieron famosos entre los árabes, Averroës, filósofo médico, fué aquel cuya reputacion se extendió y duró mas: nació en Córdoba, y mereció la proteccion de los príncipes moros de España y Africa, que le elevaron á empleos distinguidos. Se hizo estimable por sus desvelos, su penetracion, su gran sabiduría y su exâcta probidad. La envidia turbó sus dias, como sucede de ordinario á los que obtienen honores y recompensas por un mérito poco comun. Se esparcieron sospechas contra su religion, á causa de ciertos principios tomados de los antiguos filósofos sobre el orígen del mundo, y el alma universal que habia introducido en sus escritos, y explicado en sus lecciones. Fué, pues, perseguido, privado de sus empleos y de sus bienes, errante en diversos

paises, y obligado á ocultarse; pero habiéndose esta borrasca disipado con el tiempo, recobró el aprecio y la estimacion de que sus enemigos solo le habian hecho mas digno, siendo causa de que brillase mas su virtud. Murió á principios del siglo XIII, con la reputacion de un hombre distinguido por sus virtudes, igualmente que por su talento. Su traduccion y comentarios de Aristóteles, le hicieron célebre en todo el Occidente. Su veneracion por este filosofo era tanta, que le miraba como el ente que mas se habia acercado á la divinidad por el privilegio de conocer todas las verdades, y no incurrir en ningun error. Su entusiasmo se comunicó en breve á la mayor parte de los sabios de la Europa, perpetuándose largo tiempo.

El ardor del estudio que se habia inflamado en el siglo precedente, y el gusto de las ciencias excitado por el exemplo, la emulacion y las recompensas, produxeron en éste una mudanza mas feliz, y circunstancias mas favorables para la literatura. Si no se hicieron nuevos descubrimientos, si no se extendieron los límites del espíritu humano por esfuerzos poderosos, ó por felices acasos, se dilató á lo ménos la esfera de los conocimientos, y las luces que en todos ramos se difundian por tareas continuas, abrazaron un horizonte mas vasto que nunca. Las escuelas públicas se multiplicaron; se establecieron otras de nuevo en muchos parages en donde las ciencias y las letras casi no se conocian; y las antiguas tomaron una forma y una consistencia, que aseguró el estado de los sabios consagrados á la instruccion, y que hizo aquellos establecimientos fixos y permanentes con el nombre de universidades, colegios, y casas únicamente destinadas al estudio; porque á este tiempo se debe referir el verdadero orígen de las sabias sociedades que dirigian la educacion de la juventud, y que conservaban de algun modo el depósito de los conocimientos y de las luces, aunque su principio fuese mucho mas antiguo.

Hubo, pues, en Occidente mas emulacion entre los literatos, mas aprecio de los sábios, escuelas mas arregladas, profesores mas célebres, un mayor concurso de oyentes á sus lecciones, y un curso de estudios mas metódico en el siglo XII, que en los que le habian precedido. Las antiguas casas religiosas no querian perder el crédito que habian adquirido en las ciencias; y las órdenes nuevamen-

te instituidas, como las de los cistercienses, premostratenses, y canónigos regulares ambicionaban la gloria de tener sábios y escuelas florecientes. El clero secular que habia experimentado mas que los otros cuerpos eclesiásticos los efectos de la ignorancia y disipacion, recobró poco á poco el gusto de los estudios, entregándose á ellos bien presto con loable ardor. Los príncipes, los señores, y las gentes del mundo comenzaron á avergonzarse de una ignorancia de que pocos ántes hacian alarde; y si no cultivaron todas las ciencias y artes, á lo ménos las honraron con su proteccion, dispensaron á los sábios distinciones lisongeras, y los hombres de mérito llegaron á los puestos y dignidades, á que los llamaban sus conocimientos, su erudicion y sus virtudes.

El gusto de las letras se introduxo hasta en los monasterios de monjas; pues dexando de ser la lengua latina el idioma vulgar, y establecida la regla de que no se admitiesen mugeres á la profesion religiosa que no hablasen ó á lo ménos entendiesen el latin; era para ellas un motivo de aprender una lengua que era la de la liturgia y las otras partes del oficio. El estudio del latin, que las era necesario, las conduxo al de la santa escritura y padres de la Iglesia. Varios sábios y escritores piadosos de este siglo les dirigian cartas y tratados sobre la doctrina de los libros santos y de los doctores venerados de la Iglesia, como se ve en la coleccion de las obras de san Bernardo, de Pedro el Venerable, de Abelardo y algunos otros. Ellas se aplicaban tambien á la medicina, á la cirugía y á la farmacia, tanto para la utilidad de sus monasterios, como para el alivio de los pobres de su sexô que cuidaban en sus enfermedades. Hubo tambien entre las vírgenes consagradas á Dios en los santos asilos de la piedad un gran número que estudiaron la gramática, la retórica, y lo que entónces llamaban artes liberales. Otras cultivaron la poesía con buen éxîto, ya en latin, ya en lengua vulgar. Se cuentan entre estas sabias religiosas, ademas de la célebre Heloisa, abadesa de Paraclet; Cecilia, hija de Guillermo el Conquistador, abadesa de la Trinidad, en Caen; Emma, abadesa de san Amando, en Ruan, y Marsilia su sucesora; Matilde de Anjou, segunda abadesa de Fontebrault; Angelucia, religiosa del mismo monasterio, y otras muchas cuyos nombres es inútil referir aquí.

No fueron las religiosas las únicas personas de su sexô que se dedicaron al estudio de la literatura, hubo mugeres sabias en el siglo como en los monasterios. Se vieron algunas de la esfera comun; pero muchas mas entre las personas, cuya clase y fortuna ponian mas en proporcion de tratar á los hombres versados en las ciencias, y mas en estado de subvenir á los dispendios que el estudio exîgia entónces, atendiendo á la variedad de los libros, y á las considerables sumas que se necesitaban para adquirirlos. Así los monumentos que sirven á la historia literaria de este siglo nos conservan los nombres de Adela, hija de Guillermo el Conquistador, y esposa de Esteban, conde de Blois, de Hermengarda, hija de Fulques, conde de Anjou, y muger de Alaino Fergent, duque de Bretaña; de Aldelaida, hija de Simon, duque de Lorena; de Gisela, hija del conde de Magon, primera esposa del emperador Federico I; de Beatriz de Borgoña, segunda muger del mismo príncipe; de Matilde, hija de Henrique I, rey de Inglaterra, y viuda del emperador Henrique V; de Margarita, hija de Estevan, conde de Borgoña, y muger de Guido, delfin del Vienois; y últimamente por no hacer mas larga esta enumeracion, el nombre de Adela, esposa del rey de Francia Luis el Jóven, é hija de Tibatdo, conde de Champaña.

La poesía en lengua vulgar ó provenzal era la diversion de los grandes y de las cortes; al principio no la cultivaron sino los Juglares, los quales eran por profesion y por gusto poetas, músicos y farsantes. Estos iban de quinta en quinta declamando y cantando sus versos, acompañándose con algun instrumento y expresivos gestos semejantes á los de los antiguos saltadores y bayladores de los griegos y romanos. La galantería y las hazañas de los caballeros eran el asunto ordinario de sus poemas, ó por mejor decir de sus canciones, el placer de oirlos produxo la idea de imitarlos los grandes ingenios, y tambien las gentes de calidad, entre las quales se contaban algunos de estos, lo tomaron por diversion, y los hombres mas distingidos por su nacimiento aspiraron á la gloria de saber versificar: bien se vió á Federico Barbaroxa, emperador; Ricardo, corazon de Leon, rey de Ingalaterra; Henrique y Gofredo sus hermanos: varios príncipes, y una multitud de señores de menor clase, seguir los pasos de los poetas de pro-

fesion, y algunas veces excederlos. Se juntaban en dias determinados en casa de los condes y de los castellanos que se complacian en manifestar alguna magnificencia y finura en sus cortes. Los caballeros que se gloriaban de reunir los talentos del entendimiento al valor y á la lealtad, virtudes esenciales de su profesion, llevaban á aquellas juntas las obras que habian compuesto. Estas eran exâminadas por un tribunal cuyos jueces eran las damas, y el vencedor recibia de ellas un premio que le incitaba á hacerse acreedor á otros. Los juicios de este tribunal y la emulacion que excitaron entre la jóven nobleza no hiciero brillar obras maestras, sirvieron á lo ménos á sacar los espíritus de la rusticidad en que hasta entónces habian permanecido, y contribuyeron á despojar poco á poco la lengua vulgar de la rudeza y grosería que por tan largo tiempo la desfiguraron. A fuerza de uso adquirió dulzura y flexîbilidad. Sus elementos se simplificáron, sus frases recibieron mas elegancia, y su curso, aunque aun no tuvo mucha regularidad, siguió mas de cerca que hasta entónces el órden natural de los pensamientos. No debemos olvidarnos de contar entre las riquezas literarias de este siglo la invencion del verso Alexandrino, llamado así ya porque fuese su inventor un poeta por nombre Alexandro, ya porque se hubiese empleado la primera vez en un poema cuyo asunto eran las victorias de Alexandro (*a*).

(*a*) Tampoco se debe olvidar para gloria de España, que segun las conjeturas de buenos autores críticos, el uso de la Rima se comunicó á los franceses por los españoles, que lo tomaron de los árabes: de este dictamen es el erudito frances *M. Massieu* en la historia de la poesía francesa que publicó en Paris el año de 1739, en donde añade que por los puertos de Tolon y Marsella se ha introducido por el comercio de España; á cuya opinion se inclina tambien como muy verosímil el docto padre maestro Sarmiento en sus memorias para la historia de la poesía, pág. 59, de que se sigue que los trobadores no fueron los que inventaron la Rima, sino los que mas contribuyeron á extenderla con sus freqüentes composiciones. Asimismo la poesía provenzal, tan celebrada y comunmente atribuida á solo los franceses, debe confesarse por hija en gran parte de la España en Cataluña, como parece lo acredita la famosa disputa de Alberto y del Monge que se encuentra en los manuscritos del Baticano, y cita Vastero en la prefacion á la Crusca Provenzal, y mas á la larga *M. de Sainte Pelaye* en la Academia de inscripciones. Lo cierto es que la lengua provenzal se llamó antiguamente Catalana, y se consideró como una de las lenguas de España, segun consta de Gaspar Escolano, escritor de Valencia; y no faltan escritores franceses que atribuyen á la introduccion del imperio Catalan en Provenza a de la poesía de este nombre. Así lo prueba larga, y eruditamente el abate Lampillas en el *ensayo apologético de la literatura española. Part.* I. *Tom.* 2.

Los sabios que se dedicaron al estudio, ó por un amor puro y desinteresado de las letras, ó por ambicion ó deseo de la gloria, no se limitaba á los encantos de la poesía, ni al mérito de escribir con elegancia un idioma que aun no era el de las ciencias. Se elevaban á mas graves asuntos, mas interesantes y mas dignos del noble ardor que los animaba. La historia general y particular; la filosofía reducida entónces á la dialéctica, y algunos elementos de ética moral; la jurisprudencia canónica y civil; la inteligencia de las escrituras y sobre todo la teología, eran el asunto de sus tareas y el objeto de su emulacion. Tampoco descuidaron de la eloqüencia; y el arte de escribir con elegancia no se habia aun cultivado con mejor suceso desde que se dexaron de imitar los buenos escritores de la antigüedad. Tenemos buena prueba de ello en los escritos de san Bernardo, de Heloisa, de Abelardo, de Ivon de Chartres, de Pedro de Blois y de otros varios que han sido el ornamento del siglo XII, y que aun en el nuestro se estiman justamente. No sucedió lo mismo en la física y en las ciencias naturales que ésta comprehende. Los sabios estaban, respecto de ellas, al nivel del pueblo; participaban de sus mas ridículas preocupaciones, y de sus mas absurdos delirios. Una admiracion fria, y una credulidad vergonzosa eran los únicos sentimientos que la vista de las operaciones de la naturaleza excitaba en los hombres. Creian la tierra plana: la dividian solo en dos partes Europa y Asia, confundiendo con esta el Africa de que solo conocian las costas. Ignoraban el curso de los astros y la causa de los eclipses. Los hombres que pasaban por mas hábiles no observaban los fenomenos celestes sino para inferir de ellos presagios de lo futuro. Se reduxo á arte el conocimiento de los pronósticos, y se formaban colecciones de ellos para cierto tiempo, lo que fué orígen de los almanaques. Se adoptaban con entusiasmo todos los absurdos que la astrología era capaz de producir no teniendo el menor deseo de estudiar la naturaleza, tomándola por guia y por maestro. La física y las demas ciencias que de ella dependen permanecieron largo tiempo en este estado, y los errores acreditados por el falso saber se perpetuaron en el mundo.

Hay otros tres géneros de estudios que son mas de nuestro asunto, porque forman la ciencia de la religion, habla-

mos de la interpretacion de las santas escrituras, de la crítica sagrada y de la teología. Estos tres importantes ramos de la erudicion eclesiástica ocuparon los mas sabios personages de este siglo, pero con diversos sucesos de que es preciso dar una idea ántes de terminar este articulo. Los libros santos, que no son otra cosa que la palabra divina escrita por hombres inspirados, fueron siempre mirados como una fuente principal en donde los doctores debian ir á beber los dogmas de la fe, las máximas de la moral, las reglas de la virtud, los principios y modelos de la piedad; en una palabra, el verdadero espíritu del christianismo, y el conjunto de verdades que á los hombres importa conocer. Se experimentó en este siglo ser imposible el adquirir la inteligencia de la escritura sin estudiar la lengua original, y sin que la crítica trabajase en expurgar el texto sagrado de los defectos que se habian introducido. Muchos sabios volvieron su atencion á estos dos importantes objetos. La lengua santa no les fué por mas tiempo desconocida; se sirvieron á este efecto de los judíos que en diferentes ciudades habian establecido academias en que se enseñaba todo lo que tiene relacion con el sentido gramatical, y las dificultades del idioma. Todos los que se hicieron célebres en la iglesia por sabiduría, tenian á lo ménos alguna tintura del hebreo, y algunos le poseian bastante para entrar en qüestion con los rabinos sobre los puntos mas escabrosos de la controversia, y sobre los textos cuya interpretacion únicamente depende del sentido propio y genuino de los términos que emplearon los escritores sagrados. Los primeros religiosos del Cister facilitaron tambien el estudio tan esencial de la escritura, por el trabajo que emprendieron de dar á la Iglesia y á los sabios una edicion correcta del sagrado texto. Lo tomaron, pues, con un zelo y ardor á que se siguió el buen éxito que se debia aguardar, es la primera empresa de esta clase que se haya ideado despues de san Gerónimo. Los copiantes por su parte se ocuparon en multiplicar los exemplares de esta edicion, que por este medio vino á ser tan comun como útil.

Los intérpretes continuaron asimismo á extender el gusto de los libros sagrados por los comentarios que publicaron sobre toda la escritura. En ningun siglo habian parecido tantos como en éste; aunque no todos de igual mérito y utilidad. Porque entre el gran número de los que

estudiaron las santas escrituras para entenderlas, muchos se alejaron de la senda que los padres y antiguos comentadores habian abierto. La afectacion de sutilizar las cosas de menor entidad para obstentar un ayre vano de penetracion y profundidad, junto con el mal gusto del tiempo que no estimaba lo que era sencillo y natural, precipitó á la mayor parte de los expositores en una especie de explicaciones mas ingeniosas que sólidas. El sentido literal les arrastró ménos que el espiritual y el moral, porque con el pretexto de penetrar lo superficial de las palabras y hasta el espíritu, siguieron un libre curso por abandonarse á las ideas nuevas y arbitrarias á las alegorías, á las moralidades puramente imaginarias, y para dar lugar á una infinidad de qüestiones tan raras y frívolas, como agenas del texto de que se valian para proponerlas. El mayor mal que resultó de las interpretaciones alegóricas, fué haberles erigido en principios, y que en lo sucesivo se sirvieron de ellos para deducir conseqüencias totalmente opuestas al sentido de la escritura. Un buen comentario que hubiera fixado el verdadero sentido de los libros sagrados, segun el juicioso dictámen de los autores de la historia literaria de Francia, habia impedido la multiplicacion de tantas obras malas sobre la Biblia, que ya no se leen, y han llegado á hacerse deshechos de las bibliotecas. Pero creyendo cada uno sus pensamientos mas bellos ó mas nuevos que los de los otros porque eran mas singulares, querian hacer prueba de sabiduría y sagacidad; de aquí aquella muchedumbre de comentarios que los sabios se disputaban la gloria de publicar con recíproca emulacion, y cuya mayor parte eran ménos á propósito á explicar los libros sagrados que para obscurecerlos, y aun algunas veces á envilecerlos con aplicaciones profanas.

El estudio de los padres de la Iglesia, segundo depósito de la sana teología, y segundo objeto de la sagrada crítica, se cultivó poco mas ó ménos como el de la Biblia. Con todo no hubo librería en donde no se quisiesen tener sus obras, se les buscaba con esmero, se copiaban con cuidado, aplicándose asimismo á apurar sus textos, y á distinguir sus verdaderas obras de las que falsamente les atribuian. Pero la inquisicion de estos escritos tan preciosos no eran las mas veces sino un objeto de mera curiosidad, y una especie de luxo y ostentacion literaria de que

la vanidad de los sabios se preciaba entónces como en todos tiempos. Los buenos entendimientos se dedicaban á este estudio, buscando en él el conocimiento de las verdades christianas, y el método sólido y claro que los antiguos habian usado para establecerlas. Leian los padres griegos, ya en su lengua original, ya en las traducciones. Los latinos aun les eran mas familiares; entre estos san Agustin y san Gregorio el Grande eran del mas ordinario uso, como se ve por las obras de san Bernardo, de Juan Salisburi y otros célebres doctores de este siglo. Pero faltaba mucho para que los teólogos fuesen tan juiciosos en la eleccion de maestros que seguian. El gusto dominante, por las raras sutilezas de las qüestiones curiosas, y razonamientos mundanos, precipitó el mayor número por vias totalmente opuestas, y les hizo despreciar los verdaderos manantiales de la ciencia eclesiástica. La lectura de los antiguos exîgia mucho tiempo, no satisfaciendo aquella viva pasion de saberlo todo en poco tiempo, de razonar, de disputar, y obstentar una falsa sabiduría por el método que los dialécticos habian introducido en las escuelas.

Se formaron, pues, en conseqüencia de estos diferentes modos de estudiar la religion dos distintas clases de teólogos que ya se habian dexado ver al fin del precedente siglo. Trataban los unos de la ciencia de las verdades divinas segun la autoridad de la escritura, de los concilios y de los padres de la Iglesia, añadiendo algunas veces proposiciones demostradas por la luz natural; los otros solo empleaban los razonamientos filosóficos y el arte silogística segun los principios de la dialéctica. Se llamó la de los primeros teología positiva, porque se ceñia á explicar y desenvolver por un método claro y natural lo que se contiene en los libros de la revelacion; y se dió el nombre de teología escolástica á la de los segundos, porque se adoptaba en ella la forma y el lengage que se habian apoderado de las escuelas desde que la dialéctica de Aristóteles reynaba en ellas. Este último método, igualmente favorable á la pereza y á la vanidad, prevaleció de tal modo, que se ponia reparo en llamar teólogos al corto número de los que aun seguian el método de los antiguos. No se conocieron otros en las escuelas públicas en donde los maestros y discípulos usaban solo de la forma silogística. El gusto de disputar, orígen de las qüestiones curiosas y de las especulaciones frí-

volas, se hizo tan general, que fué causa de los mayores abusos. Se abandonaron las materias mas interesantes á la fe, y las pruebas mas sólidas de la verdad para entregarse á una multitud de investigaciones tan agenas del dogma como de instruccion. Se proponian qüestiones de poca entidad ó ridículas, que se exâminaban con toda gravedad, y en las quales se empleaba todo el aparato de las sutilezas y razonamientos sofisticos que todo se hacia para dar un ayre de importancia á estas puerilidades, que se las trataba con un lenguage extraordinario de abstracciones, de distinciones, y en una palabra de aquella xerga ridícula y bárbara que en nuestras escuelas han renovado por muchos siglos, y que ha dado el título de sábios á infinitos ignorantes. Finalmente, como el entendimiento humano no conoce límites quando se ha abandonado á sí mismo, los nuevos teólogos llegaron á poner en problema los dogmas mas incontestables de la fe; lo que se dirigia á someter todas las verdades al temerario exámen de la razon, á multiplicar las disputas sobre todos los puntos de la revelacion, y á dividir los ingenios sobre lo mas esencial de la doctrina evangélica. En efecto, esto fué lo que se vió en breve; y los errores de Abelardo y Gilberto, Porretano, y los demas que hicieron tanto ruido en el curso de este siglo, no tuvieron otro principio que aquella funesta manía de sujetarlo todo á las ideas de la razon y á la forma dialéctica. San Bernardo y los otros doctores católicos, que combatieron con el mayor zelo estas peligrosas novedades, hicieron ver el estrecho enlace que tenian en sus principios y procederes con el abusivo método de las escuelas; y Abelardo desengañado de sus errores lo confiesa ingenuamente.

Se refiere á este siglo los principios de un nuevo ramo de teología que se ha señalado con el nombre de teología mística. Se le llamó así, porque ocupándose toda en cosas espirituales, no tiene otro objeto que conducir las almas á la perfeccion, y unirlas con Dios por la contemplacion de sus atributos y el fuego de su amor. En todos tiempos habia habido piadosos y sublimes contemplativos que, tomando á Dios por único maestro, como por único objeto de su pensamiento y de su estudio, se habian elevado al mas alto grado de la virtud. Pero se entregaban al atractivo cuyo imperio experimentaban, y á la direccion del espíritu divino que purificaba é inflamaba su corazon. No ha-

bian aun intentado reducir á método los secretos de la vida interior, y no poner á las almas reglas y medios para dirigir sus pasos en esta misteriosa carrera, en que parece deberian mas bien entrar por impulso que por eleccion. Los antiguos maestros de la vida espiritual habian propuesto máxîmas y prácticas para el adelantamiento de las almas; pero toda su doctrina se ceñia á combatir las pasiones, á suscitar las potencias interiores, y á arreglar tanto las acciones y palabras, como los deseos y pensamientos, segun la ley divina de que prescribian á sus discípulos, no el estudio, sino solo la meditacion. San Basilio, san Pacomio, san Antonio, y en una época posterior san Benito y san Bruno, no tenian otras ideas sobre la espiritualidad que los demas legisladores de la vida monástica. Pero en este siglo parecieron contemplativos, que para formar discípulos, y transmitirles las prácticas de que se habian servido con buen suceso, abrieron un nuevo camino, haciendo de la teología mística una ciencia distinta de la moral comun para el uso de aquellos que aspiraban al estado mas sublime de la vida unitiva. Escribieron, pues, sobre estas materias abstractas y misteriosas, publicaron tratados sobre la contemplacion, enriquecidos y explicados en lo sucesivo. Pero como el error y el exceso tocan de cerca á la verdad en materias tan delicadas, los falsos ascéticos no tardaron en deshonrar la religion por el abuso de los principios y máxîmas, que en el orígen solo se habian establecido para facilitar los progresos de la piedad, alejándola de las ilusiones y escollos que la flaqueza humana encuentra en el camino de la virtud. Este abuso se aumentó con el tiempo, y ya veremos los delirios monstruosos de que fué ocasion.

ARTICULO V.

Estado del christianismo en todas las regiones del mundo.

Si el cisma renovado, ó por mejor decir, consumado en el siglo precedente por Miguel Cerulario, no hubiera continuado en tener la iglesia griega separada de la latina, se pudiera decir que el christianismo estaba mas floreciente en Constantinopla y en todo el imperio de Oriente, que se habia visto desde largo tiempo. La paz interior reynaba, y ningun nuevo disturbio agitaba la sociedad christiana;

la mayor parte de los emperadores protegieron á la Iglesia, y procuraron se executasen sus leyes; muchos la enriquecieron con sus dones, y señalaron su piedad fundando nuevos monasterios; algunos formaron leyes en su favor, emplearon su autoridad en extirpar las heregías, principalmente el maniqueismo, que hacia esfuerzos para reproducirse baxo una nueva forma en algunas provincias; en fin, que casi todos estos príncipes dieron testimonios de disposiciones pacíficas que hicieron esperar la reunion de las dos iglesias, y monumentos auténticos nos aseguran de que vivian en comunion con la santa sede, que se correspondian por escrito con los papas, y que enviaban magníficos presentes á las basílicas de Roma y demas célebres templos del Occidente.

Los ánimos se mostraban ménos acalorados y ménos irritados; parecia que se miraban con ménos aversion; se hallaban juntos en la corte de los emperadores y en las ceremonias públicas con mas recíproca confianza; se trataban con mas miramiento indicando por este proceder algun deseo de unirse; el qual siendo sincero en los corazones rectos, hizo creer que la reunion no era tan dificil como se imaginaba; y para buscar los medios se convino en juntarse para conferenciar tranquilamente, y exponer los que estuviesen encargados de los intereses de cada Iglesia sus dificultades, y proponer arbitrios. La proposicion se apoptó por unos y otros con una celeridad y un zelo por la paz, que hicieron esperar las mas felices consequencias. Se tuvieron, pues, con el beneplácito de los emperadores y en presencia de los magistrados públicos varias conferencias en Constantinópla. Todo se hizo con el mejor órden; y los que hablaban por los griegos ó los latinos se comunicaban sin acrimonia las razones en que se fundaban las objeciones que se hacian mutuamente. Convinieron los griegos en que el pan acimo, el ayuno del sábado, y las otras prácticas de que los autores del cisma y sus mas ardientes sectarios hacian un crímen á los latinos, eran indiferentes en sí, y que cada Iglesia tenia por esta parte la libertad de seguir lo que hallaba establecido por una antigua tradicion y largo uso. Pero el dogma de la procesion del Espíritu Santo, ó mas bien la adicion hecha en el símbolo de la palabra *Filioque* en que se expresa esta doctrina, y el celibato de los clérigos, eran dos puntos en los

quales parecian mas distantes de conciliarse que nunca. Las cosas quedaron casi en el mismo estado que tenian ántes de las conferencias; y aquellas felices disposiciones para la paz de que se lisonjeaban sacar algun fruto, solo sirvieron para inclinar á la celebracion de un concilio general, en donde los prelados de ambas iglesias trabajasen en una reconciliacion que se habia juzgado mas próxîma.

Pero á pesar de estas bellas apariencias, el odio y la rivalidad, que habia sido el orígen de la division entre los orientales y occidentales, fermentaban sin cesar. No faltaba mas que una ocasion para manifestarse y para mostrar en los mas tristes efectos quán enemigos eran en el fondo los griegos de los latinos. Se presentó, pues, al principio del reynado del usurpador Andrónico. El emperador Manuel Comneno habia atraido á Constantinopla un gran número de latinos; se habia confiado de ellos en los mas importantes negocios, y recompensado sus servicios con gran liberalidad. Se habian conservado en el mismo favor durante la menor edad del jóven Alexo, hijo y sucesor de Manuel. Pero quando Andrónico por su disimulacion y sus crímenes se apoderó del imperio, creyeron los griegos que habia llegado el tiempo de exterminar una nacion odiosa, cuya prosperidad les inspiraba zelos. Andrónico por agradar al pueblo auxîlió su intento. Sus tropas atacaron á los latinos en sus quarteles, pasando sin piedad á cuchillo á los que por la fuga no se habian escapado de la carnicería. Incendiaron sus casas, y todo el barrio que habitaban fué reducido á ceniza. No era solamente el baxo pueblo y los soldados quien se entregaban á estas horribles violencias; los sacerdotes y los monges eran los mas encarnizados; ellos excitaban á la tropa y populacho á no perdonar aquellas infelices víctimas; y temiendo que alguna se escapase, entraban en los lugares mas ocultos, sacándoles de allí para entregarlos á los homicidas; un cardenal que el emperador Manuel habia pedido al papa para trabajar en la reunion de las dos iglesias, fué comprehendido en la mortandad con circunstancias tan atroces, que hicieron ver quán arraigado estaba el ódio de los griegos. Los mas humanos de ellos vendieron á los turcos é infieles los latinos que se habian fiado en las promesas que les habian hecho de salvarlos. Los historiadores de aquel tiempo hacen subir á mas de quatro mil el número de aquellos que por este medio fueron he-

chos esclavos sin distincion de sexô, edad ó condicion. Esta horrible mortandad, en la qual no perdonaron los griegos á aquellos de las familias latinas que habian llegado á ser sus parientes y aliados por mútuos casamientos, sucedió en el mes de Abril del año 1182.

Hemos dicho como al asomar esta borrasca huyeron un gran número de latinos; pero quando supieron se habia tratado á los que no habian podido seguirles, arrebatados de cólera y animados del deseo de la venganza, volvieron atrás y recorieron, llevándolo todo á fuego y sangre, las costas del Elesponto y del Mediterraneo, y las islas vecinas hasta la Tesalia, matando á quantos encontraban, quemando y saqueando los monasterios, quitando la vida á monges y clérigos, y indemnizándose por un inmenso botin de lo que les habia hecho abandonar su fuga precipitada. Tales fueron las conseqüencias del odio que se habia inflamado entre las dos naciones, y que el curso del tiempo habia aumentado. Exemplo espantoso de los males que se originan del odio nacional sobre todo, quando el falso zelo de la religion les sirve de pretexto.

En lo demas la iglesia griega estuvo bastante tranquila y el órden gerárquico continuó en ella con regularidad hasta el reynado de Isaac Angelo. Este príncipe, de un carácter imperioso y falso, quiso dominar sobre el clero con tanta tiranía y dureza, como sobre los demas órdenes del estado. Hizo servir á los obispos á su capricho, exîgiendo de ellos una ciega condescendencia; hizo y deshizo los patriarcas á su antojo, haciendo las otras prelacias amovibles segun su voluntad, para darlas á los que le agradasen, y quitárselas arbitrariamente á los que le disgustaban. Empleó sucesivamente la astucia y la autoridad para hacerse dueño de la eminente silla de Constantinopla, la primera de todo el Oriente por la extension de su poder, y la estimacion que se hacia del que la ocupaba. En los diez años que reynó hasta la revolucion, que le privó del trono, se cuentan cinco prelados, que hizo elevar y descender sucesivamente de la silla pontifical, sin que los motivos de esta alternativa de favor y de desgracia sean bien conocidos. Con todo, no se ve que los obispos ni el clero se hayan quejado de una conducta tan contraria á las leyes de la Iglesia. Hacemos esta reflexîon para dar una idea de la esclavitud y dependencia en que el órden del

sacerdocio habia caido en el Oriente, aun en aquellos paises en que se conservaba la dominacion de los príncipes christianos.

Entre las iglesias de Occidente, la de Francia brilló con el mas vivo esplendor durante el siglo XII; produxo un número tan grande de hombres ilustres por sus virtudes y talentos, que parecia haber las ciencias y la piedad elegido esta porcion de la república christiana para fixar en ella su mansion. Los príncipes que reynaron en Francia por esta época amaron la religion, no conociendo un uso mejor de su autoridad, que el de emplearla en proteger á la Iglesia, en auxíliar el zelo de los pastores, y reprimir en quanto estaba de su parte los abusos que interesaban las costumbres y la piedad. No se debe exceptuar de este elogio á Felipe Augusto, á pesar de sus diferencias con Roma, aunque su carácter le haya llevado mas presto hácia las empresas militares y la política, que á la práctica de las virtudes christianas. Su abuelo, Luis el Gordo, fué un príncipe religioso, fiel observador de todos los deberes exteriores de la piedad, liberal con las iglesias y los pobres; Luis el Jóven, su padre, edificó la nacion con una vida pura é inocente; alejó de su corte los vicios y el escándalo, respetó mucho á los hombres de bien, y testificó siempre un temor grande y religioso de los juicios divinos. Félipe, que tenia el alma de un héroe, no fué ménos adicto á la religion que su padre y abuelo, aunque no tuvo como ellos el exterior devoto. Este príncipe, que fué grande aun en sus flaquezas, imprimió su carácter en sus vicios como en sus virtudes. Su piedad, de que siempre conservó el fondo hasta en los extravíos de su corazon, era noble y franca como sus demas afectos. Dió de ella un testimonio harto brillante quando partió para la guerra santa. Se le vió en la iglesia de san Dionisio postrado en el pavimento, y derramando lágrimas, rogar al cielo protegiese sus armas en una causa que era de la religion.

La Francia era siempre el asilo de la gente honrada, que la envidia ó la política perseguia en su patria. Los papas se refugiaban allí, ya para escapar de los malos designios de sus enemigos, ya para evitar los ultrajes á que hubieran podido atreverse los anti-papas que se les oponian. Aunque viniesen armados de todas las prentensiones, y presentasen á los franceses cadenas odiosas, hallaban en

ellos príncipes generosos que los colmaban de honores, y pueblos fieles que veneraban en ellos las cabezas de la religion. Los cismas que dividian la Italia y la Alemania, no causaron en Francia turbacion alguna. La nacion ilustrada por sus pastores, y conducida por la sabiduría de sus reyes, permaneció inviolablemente adicta á los legítimos pontífices. En los mismos tiempos mas borrascosos, ni el resentimiento que Felipe Augusto tenia contra Inocencio III, ni la pena que le ocasionaba el entredicho, puesto á todo el reyno por el legado de la santa sede, ni el vigor con que el clero de Francia observó este entredicho, no pudieron hacerle desconocer el sucesor de san Pedro en un pontífice que le trataba tan mal.

Quando santo Tomas de Cantorbery huia del odio del rey de Inglaterra, encontró en Francia acogida. Su soberano Enrique II. disgustado de ello, se quejó á Luis VII, afeándolo como cosa contraria al comun derecho de los príncipes la proteccion que dispensaba á un súbdito rebelde; así llamaba aquel príncipe violento y altivo al santo arzobispo, porque no queria condescender con sus injustos caprichos. Respondió Luis al rey de Inglaterra, que si él no queria dexar costumbres que decia haber recibido de sus mayores, aunque hombres muy ilustrados y piadosos las juzgasen contrarias á la ley divina, no debia admirarse de que un rey de Francia procurase conservar uno de los mas esclarecidos privilegios de su reyno, en donde la inocencia oprimida habia hallado en todos tiempos una declarada proteccion, y los hombres de bien desterrados por la justicia un seguro abrigo contra sus perseguidores. Respuesta digna tanto en la animosa piedad de Luis VII, como de la generosidad de un monarca frances.

La desavenencia de las investiduras calmada, ó mas bien suspendida, por el tratado del papa Pascual II. con el emperador Henrique V, se renovó bien presto sumergiendo á la iglesia de Alemania en turbaciones, cuyo fin habia creido ver. Pascual, prisionero de Henrique con una parte del clero romano, habia sido forzado á expedir á este príncipe una bula, que consagraba todas sus pretensiones sobre las investiduras. Pero los obispos de Francia é Italia, que miraban estos derechos tan deseados de los emperadores como una usurpacion, y aun como heregía, se que-

jaron de la bula arrancada al pontífice. Se ve bien que esto era obra de la sorpresa y violencia. No podia Henrique servirse de ella, sin recordar á todo el mundo los odiosos medios que habia empleado para obtenerla. Se revocó en muchos concilios, y el emperador fué nuevamente anatematizado por haber abusado de la captividad del papa para arrancarle un título, de que no tuviera necesidad creyendo él mismo sus derechos tan bien fundados como aseguraba. De esta suerte continuaban desolando la Alemania y la Italia los males y los desórdenes que causaba este funesto asunto desde tan largo tiempo.

En los últimos años de Henrique V. parecieron los ánimos dispuestos á una sólida reconciliacion. El papa Calixto II. hizo con aquel príncipe un nuevo acuerdo que se habia premeditado con mas reflexîon, y en que se fixaban los respectivos derechos del sacerdocio y del imperio, de un modo bastante justo y claro para evitar las dificultades que pudiesen aun suscitarse, se distinguió en él lo que por tanto tiempo se habia afectado confundir. El emperador restituyó á las iglesias la libertad absoluta de las elecciones, y el papa reconoció los derechos que tenia este príncipe, como cabeza del Estado, sobre las temporalidades de los eclesiásticos. No se ve que este acuerdo se haya roto ó debilitado por ningun acto en los reynados del piadoso Lotario II., y del sábio Conrado III. Parece que á san Bernardo, cuya autoridad era tanta en todo el Occidente, y á quien en particular estos príncipes respetaban tanto, debió la iglesia de Alemania la paz de que gozó miéntras ellos reynaron. A lo ménos es cierto que habiendo Lotario solicitado del papa le restituyese el derecho de las investiduras, este santo abad le reduxo con sus exhortaciones á desistir de una solicitud, que á pesar del deseo que se tenia de conservar la paz, comenzaba ya á hacer impresion en el ánimo de los romanos.

Pero quando la corona de Alemania hubo pasado á las sienes de Federico I., las cosas mudaron de semblante repentinamente. Este príncipe, fiero por naturaleza, arrebatado y zeloso de dominar, resucitó todas las pretensiones de sus predecesores, y empleó todos los medios de la política y el terror de las armas para sostenerlas. Emprendió sojuzgar á los romanos, y poner al papa baxo su dependencia. Su altanería excitó quejas al principio, y despues con-

mociones. No se pensó de una y otra parte sino en ofenderse quando no podian hacerse daño. Se renovaron las antiguas llagas y nuevas injurias, y reproduxeron las que ya se habian perdonado. La Alemania, la Italia y la Sicilia se abrasaban, se cometieron violencias que apénas se disimularian á pueblos bárbaros que hiciesen la guerra con el mas justo motivo. Pero el papa Alexandro III tuvo la gloria de humillar á este príncipe que queria poner en cadenas á toda la Italia, y despojar á la santa sede de todas sus posesiones temporales. Federico aceptó todas las condiciones que se le impusieron, y rindió al pontífice romano honores que debian costar infinito á su orgullo. La calma pareció que renacia, especialmente despues que Federico resolvió pasar al Oriente á unir su valor con el de los demas príncipes cruzados, contra los enemigos del nombre christiano. Murió en esta expedicion; y su hijo Henrique VI que llevó adelante todas sus pretensiones, sin tener tanto talento, renovó las turbaciones, reproduciendo la funesta querella del sacerdocio y del imperio, que habia ya sido ocasion de tantos escándalos y desórdenes.

No eran la Alemania y la Italia los únicos teatros de las funestas escenas, producidas por la competencia de la potestad civil armada contra los prelados. No era ménos lastimoso lo que pasaba en Inglaterra. Henrique II. que juntaba muchas buenas calidades á un carácter violento, que jamas supo reprimir, desplegó todo su poder contra el hombre mas virtuoso é ilustrado de su reyno, á quien mas estimaba. Era éste, Tomas arzobispo de Cantorbery, prelado de una austeridad de costumbres, qual apénas se habia visto desde los tiempos apostólicos, y de un inflexîble zelo en todo lo que pertenecia á su obligacion y á los derechos de su dignidad. La jurisdiccion eclesiástica y las inmunidades del clero fundadas en una posesion inmemorial, fueron la causa de la division que se introduxo entre el príncipe y el arzobispo. Henrique se irritaba siempre que hallaba resistencia, y Tomas era incapaz de ceder en las cosas que veia ser del interes de la Iglesia, que para él era la causa misma de Dios. Toda la iglesia de Inglaterra tomó parte en esta funesta discordia. Los artificios y las violencias, los destierros y las confiscaciones fueron empleados por el rey Henrique para vengarse de un prelado que miraba como á un sedicioso y á un rebelde. Pero na-

da pudo trastornar su firmeza; y solo la muerte, que recibió de mano de unos asesinos, puso fin á estos combates, cuya gloria fué para aquel que pareció vencido.

Sin embargo, el christianismo hacia maravillosos progresos en los paises vecinos de la Alemania. La Pomerania, que Boleslao, duque de Polonia, habia sojuzgado, recibió la luz de la fe por la predicacion de san Oton, obispo de Bamberga, que se dedicó á aquella mision con un zelo verdaderamente apostólico. No sin gran fatiga y riesgo el varon santo logró el buen éxito de esta empresa. Experimentó de parte de los sacerdotes idólatras y de los zelosos partidarios del paganismo todo lo que el interes y las preocupaciones pueden oponer á la conversion de los pueblos. pero su paciencia y magnanimidad le atraxeron á los gefes de la nacion, y por medio de ellos logró hacerse escuchar del pueblo. Quando las principales ciudades de Pirits, Camin, Stetin, y Wollin abandonaron el culto de los ídolos los aldeanos y habitantes de la campaña siguieron su exemplo. Solo en dos viages que el santo misionero hizo á la Pomerania conquistó para Jesu-christo toda esta hermosa provincia, desde donde la luz del Evangelio se comunicó á las regiones vecinas por el zelo y trabajos de los varones apostólicos, formados en la escuela de san Oton.

La religion christiana se hacia cada dia mas floreciente en los paises del Norte. Tuvo la Suecia en el rey san Erico un príncipe justo, pio, bienhechor, y zeloso misionero. El mismo trabajaba en convertir á los idólatras, y sosteniendo con su exemplo el ardor de los misioneros, de cuyas fatigas participaba sin descuidar las obligaciones de la soberanía. Habiendo ganado una tan gran victoria sobre los filandios paganos, todavía se postró en el campo de batalla, mas para llorar la suerte de las almas, cuyas vidas habia quitado su triunfo, que para dar gracias al cielo del suceso de sus armas. Penetrado de estas ideas concedió la paz á sus enemigos, con tal que admitiesen á los predicadores encargados de anunciarles el Evangelio. Aceptaron gustosos esta condicion. Se les instruia; despues de lo qual gran número recibieron el bautismo. Se edificaron iglesias, proveyéndolas de sacerdotes, y Henrique, obispo de Upsal, gefe de aquella empresa, quedó entre los nuevos christianos para confirmarlos en la fe y la piedad. El zelo de este santo apóstol de la Filandia tuvo por recompensa la co-

rona del martirio. Un pecador escandaloso que habia querido reducir á la penitencia, se levantó contra él, y le mató. El virtuoso rey Erico tuvo la misma suerte, lleno de heridas que le hicieron unos malvados miéntras oia la misa el dia de la ascension de nuestro Señor. Los milagros obrados sobre los sepulcros del prelado y del príncipe consolaron á los fieles de su pérdida, y fueron á los ojos del pueblo testimonios auténticos de su santidad.

La Livonia, provincia confinante con la Filandia, recibió tambien en este siglo las primeras lecciones del christianismo por los cuidados de un canónigo de Sigeberga, llamado Meinardo. Antes de emprender este piadoso eclesiástico la conversion de los libonios, hizo muchos viages á aquel pais para estudiar su lengua, carácter y costumbres. Quando estuvo bien instruido de todo, y que los enlaces que habia formado en el pais le hicieron esperar una acogida favorable, empezó á predicar el Evangelio y á combatir la idolatría. Bendixo Dios de tal modo sus trabajos, y los que se le unieron le ayudaron con tanto zelo, que llegó en breve á estado de fundar una iglesia en Riga, capital del pais, y darle sacerdotes. El virtuoso misionero fué el primer obispo de esta nueva iglesia, que tardó poco en hacerse numerosa. La nacion de los esclavos rugianos, aun idólatras, abrazó el christianismo hácia aquel tiempo; debiendo su conversion al zelo de Valdemaro I, rey de Dinamarca, príncipe religioso, que se aplicaba igualmente á la propagacion de la fe y prosperidad del estado.

El estado del christianismo en España era qual le vimos en el siglo precedente. La rivalidad de los christianos y musulmanes ocasionaba muchos males; pero tambien producia algunos buenos efectos; obligando á los fieles á instruirse para disponerse á argüir contra los mahometanos, refutar sus objeciones, y poner patentes los absurdos del alcoran. Precisaba á los pastores á velar sobre sus rebaños, para alejarlos de la seduccion, ilustrándolos y exhortándolos, á fin de fortificarlos en los puntos que eran el asunto ordinario de las controversias entre los sectarios de mahoma y los christianos. Observados los católicos continuamente por unos enemigos envidiosos y sagaces, se veian forzados á vivir con la mayor circunspeccion, y honrar su fe con la regularidad de su conducta. Sin duda se debe

atribuir á esto el zelo, la luz y pureza de costumbres que brillaron en las diferentes partes de la iglesia de España. Los papas miraron de un modo particular esta porcion importante del imperio christiano, en que su autoridad habia adquirido un grande influxo desde el pontificado de Gregorio VII. Ademas de los intereses de la fe, tenian motivos poderosos para desear la conversion ó expulsion de los moros; y así veremos que trabajaron con ardor en esta empresa, empleando en lo sucesivo en este objeto la actividad de los cruzados.

ARTICULO VI.

Observaciones sobre la iglesia de Roma, y sobre el carácter de algunos de sus pontífices del siglo XII.

La Iglesia no tuvo el dolor de ver sobre la silla de san Pedro en este siglo papas escandalosos y desarreglados que la deshonrasen, como habian hecho algunos en el precedente. Diez y seis ocuparon la santa sede en este espacio de tiempo; todos fueron irreprehensibles en sus costumbres, muchos tuvieron prendas que les hicieron aptos para gobernar bien la república christiana, y algunos fueron tan recomendables por sus talentos, como por sus virtudes; tambien los hubo entre estos que mostraron en las mas sérias coyunturas una superiodad de luces y de valor, digna del supremo lugar que ocupaban. Si no desplegaron todo el zelo que de ellos debia esperarse contra los abusos que servian de pretexto á los enemigos de la Iglesia para levantarse contra ella; si pareció que cerraban los ojos á los que reynaban en la corte de Roma; esto no fué, sin duda, porque ignorasen lo que las obligaciones de su ministerio exîgian en esta parte. Pero la desgracia del tiempo, la naturaleza de las circunstancias, lo arduo de los negocios, y la necesidad que tenian de apoyarse de los que los rodeaban, y por consegüencia de congraciarles, los arrastraron á una condescendencia que imaginaban necesaria á sus intereses y seguridad. Se quisiera solamente que estos pontífices mas atentos á los males de la Iglesia y á las obligaciones esenciales del sacerdocio, hubiesen cuidado ménos de las cosas temporales. Pero desde Gregorio VII. la ocupacion de los papas, sin exceptuar muchos virtuosos y moderados,

fué el engrandecimiento de la santa sede, y la conservacion de los derechos que sus predecesores se habian atribuido.

De aquí nacian las perpetuas desavenencias de los papas, ya con los emperadores sobre las investiduras y los dominios que ellos llamaban el patrimonio de san Pedro, y con los romanos sobre dominar como soberanos en la ciudad; ya con los príncipes normandos acerca de la Pulla, de la Calabria y de la Sicilia, que se miraban como feudos de la santa Silla; de aquí tambien la condescendencia que hacia disimular á los papas mejor intencionados aquella multitud de abusos que reynaban al rededor de ellos, aquella avaricia de los cardenales, aquel fausto y aquella magnificencia profana con que se presentaban en su corte. La misma indiferencia, ó por mejor decir, la misma política, los hacia sordos á las quejas que de todas partes se levantaban contra la codicia de los oficiales Romanos. Para juzgar de los abusos introducidos en la corte de Roma, del luxo con que en ella se vivia, y de las vexaciones que se exercian para subvenir á los dispendios de los grandes, es preciso leer las cartas de san Bernardo al papa Eugenio III., y principalmente sus libros de la consideracion dirigidos al mismo pontífice. Aquel santo doctor pinta allí con los colores mas vivos la voracidad de una muchedumbre casi innumerable de abogados, procuradores, escribanos, y de otras gentes de negocios que vivian á expensas de los que iban de todo el mundo christiano á defender sus causas al tribunal del papa. Se extiende en él por menor de las tramas, de los altercados, y de las vexaciones, que era el único estudio de esta especie de hombres: pinta sus gritos, sus movimientos, el tumulto y la confusion que ocasionaban; describe el tropel de los litigantes y pretendientes que estaban en movimiento al rededor del papa y de sus ministros; hace ver todas las pasiones activas é inflamadas que se agitan, se chocan, que toman todas las formas, y se doblan de todas maneras para sorprehender ó arrancar lo que desean. De todo esto concluye, que Roma era una morada de disturbios, un teatro en donde la ambicion, el interes, la venalidad, la mala fe renovaban cada dia las escenas de mas turbacion: se lamenta de que su discípulo hubiese dexado el reposo de la soledad para vivir en un lugar, en que la piedad y

la inocencia eran tan extrañas como el desinteres, la modestia y la probidad.

Todos los santos personages de aquel tiempo hablaban del mismo modo, aunque no entrasen en el exámen tan individual de lo que pasaba en Roma. Pedro el venerable, abad de Cluni, Pedro de Blois, y generalmente todos los escritores sólidos y piadosos de Occidente, declamaban contra los mismos abusos, y los pintaban casi con los mismos colores. Pero nada hay mas notable ni que haga mas fuerza á este respecto, que los coloquios de Juan de Sarisberi con el papa Adriano IV., su compatriota y amigo. Descontento Adriano de los romanos, habia puesto á la ciudad entredicho, y retirádose á Benevento. Juan de Sarisberi fué á verle, y estuvo tres meses con él. En una de sus conferencias particulares preguntó Adriano á su amigo lo que se decia de la iglesia de Roma, y de él mismo que era su cabeza. Juan le respondió con una franqueza y libertad, que hacia honor á los dos: »se dice en alta voz que la iglesia de Roma mas se muestra la madrasta que la madre de las otras iglesias; que en ella se ven hombres vanos y ambiciosos, mas zelosos de dominar sobre el clero, que de hacerse el exemplo del rebaño; que solo se ocupan en acumular mucho oro y plata, y que parece hacen consistir su religion en el amor de las riquezas perecederas; que todo es venal en aquella ciudad, hasta las cosas mas santas y aun la misma justicia; que el papa mismo es un gravámen para todas las iglesias, por las sumas que de ellas exîge para mantener el fausto de su corte, y alimentar la codicia insaciable de los que le rodean." Esta era la pintura que uno de los mas sábios y virtuosos prelados de la iglesia de Francia hacia de la corte de Roma, hablando con uno de los papas de este siglo, á quien adornaban las mas apreciables calidades.

Los cismáticos que tomaron el partido del anti-papa Gregorio VIII., y los que siguieron el del cardenal Octaviano, y sus dos sucesores en tiempo de Alexandro III., autorizaban su rebelion declamando contra los abusos y los desórdenes que los pontífices no reprimian. Estos eran los pretextos con que los enemigos de la santa sede disfrazaban los motivos de odio ó de ambicion que les hacian obrar. Reprochaban al papa sus vastos dominios, su numerosa familia, sus palacios llenos de muebles precio-

sos, el fausto de sus cortesanos, la altivez de sus curiales, el imperioso tono de sus legados, y la pompa mundana que brillaba al rededor de ellos. Tal era el ordinario asunto de las indecentes declamaciones de Arnaldo de Bresia y sus partidarios. Los griegos no cesaban de repetir lo mismo, y sus escritos contra la iglesia Latina, la afectacion de grandeza y autoridad, por lo qual echaban en cara á los pontífices romanos que se igualaban á los reyes de la tierra, era el objeto ordinario de sus quejas. Los grandes de Roma, por su parte, á la cabeza de las facciones que dividian la ciudad, suscitaban cada dia nuevas dificultades á los pontífices para retardar los progresos de su poder que les daba zelos; habian levantado fortalezas en los diferentes quarteles de Roma; estaban armados con los de su partido; siempre dispuestos á hacer irrupciones para atacar á los peregrinos, saquear las iglesias, alterar las elecciones quando la santa sede estaba vacante, procurar la de un sugeto que fuese de su agrado, y arrojar y perseguir á los pontífices, cuyo zelo y firmeza temian.

De este modo la iglesia de Roma, centro de la unidad católica, cabeza y maestra de las demas, por la extension de su jurisdiccion como por la pureza de su doctrina, estaba en una continua agitacion. Qué habilidad, qué talentos, qué aptitud para los negocios, qué cúmulo de qualidades, las mas raras, no se necesitaba para ocupar un puesto cercado de tantas borrascas? Por qué medio se habia de dar expediente á tantos negocios, decidir tantas qüestiones, arreglar todas la diferencias, sostenerse contra todas las potestades, resistir á una multitud de enemigos, abrazar todas las partes de la república christiana tan distantes unas de otras, y proveer á las necesidades de todas las iglesias, siguiendo siempre el mismo plan, afirmando mas y mas el poder que se invocaba de todas partes en el mismo tiempo que se aspiraba á ponerle límites? Esta obra, maestra de política, fruto de la prudencia y de la constancia mas admirable, es tanto mas pasmosa, quanto los otros gobiernos carecian aun de principios fixos y ciertos en la administracion interna, y en la conducta exterior. Lo que sorprehende aun mas es el ver un sistema tan profundo, seguido con tanta exâctitud por una corte, cuyo gefe era electivo, y muchas veces se mudaba. Pero si hubo

algunos papas ménos hábiles ó ménos atentos á aprovecharse de las circunstancias, los hubo tambien que por un ingenio elevado, y por un gran uso de los negocios, eran muy propios para seguir y perfeccionar lo que sus predecesores habian tan felizmente comenzado.

Pascual II. que ocupaba la santa sede al principio de este siglo, se habia formado en la escuela de Gregorio VII. y tomado sus principios. No fué ménos zeloso de la disciplina, que hábil en los negocios. Mas flexîble que su maestro, supo acomodarse á las circunstancias; y un pontificado de mas de 18 años le puso en estado de consolidar por la práctica las máxîmas que se habian hecho en cierto modo el derecho público de la Europa. El emperador Henrique V. que le tenia prisionero, obtuvo de él quanto quiso miéntras estuvo en su poder. Pero qué ventajas pretendia este príncipe sacar de un título que la fuerza arrancaba á su prisionero, que debia esperar fuese disputado y anulado, como en efecto sucedió luego que pudieron desmentirle y retratarle impunemente? Por esta conducta, Henrique no parecia anunciar que él mismo dudaba de la legitimidad de un derecho que tenia necesidad de apoyarse con actos forzados? Sucedió lo que Henrique debia preveer. El decreto que Pascual le habia concedido por premio de su libertad habiendo sido dado por nulo y abusivo por el consejo del pontífice y los obispos, solo sirvió á mostrar la debilidad de una causa que estribaba en semejantes medios. La retractacion pública y solemne que se hizo, vino á ser una nueva preocupacion contra las investiduras, y la corte de Roma supo convertir á favor de sus pretensiones el título que el emperador creia haber adquirido contra ella.

Gelasio II., sucesor de Pascual, fué un pontífice de una piedad edificante, de un carácter pacífico, y de una admirable paciencia en las pruebas que tuvo que sostener. La faccion de los frangipanes, adicta al emperador, no habiendo podido impedir su eleccion, resolvió turbar su pontificado por todos los medios que el artificio y la violencia pudieron sugerirle. No contentos los sediciosos con maltratar al papa y los cardenales que le habian elegido, llegaron al extremo de obligarle á huir de Roma, y Henrique V. que los protegia acabó lo que ellos habian empezado, haciendo elegir un anti-papa con el nombre de Gregorio VIII.

Gelasio perseguido en Italia, y habiendo muchas veces estado en peligro de caer en manos de sus enemigos, despues de fatigas y riesgos halló finalmente un asilo en Francia, y murió en Cluni con las disposiciones de piedad que habia manifestado siempre en medio de los trabajos que no habian cesado de abrumarle despues de su exâltacion.

Calixto II., que subió á la santa sede en aquellos tiempos de turbaciones y partidos, supo reunir las prendas de un grande hombre á las virtudes de un sábio papa. Era arzobispo de Viena en el delfinado, quando le eligieron para ocupar la silla apostólica. Su nacimiento era ilustre, pues estaba emparentado con el emperador, los reyes de Francia y de Inglaterra. Pero su valor, su firmeza, y su grandeza de alma, le hacian superior á su noble nacimiento. Su entrada en la capital del mundo christiano fué un verdadero triunfo. La ventajosa idea que se tenia de su mérito, hizo se le recibiese como á un libertador que venia á restablecer el buen órden, y reducir á su deber á los que la turbaban. Justificó con su buena conducta y su talento el concepto que de él se habia formado. Las facciones se disiparon; el anti-papa fué despojado de la autoridad que habia usurpado; los frangipanes perdieron su reputacion, y los castillos en que se habian fortificado los demas pequeños tiranos que los imitaban, vieron que podian ser reducidos; y la calma y seguridad volvieron á aparecer en Roma, de donde tantos sediciosos parecian haberlas desterrados para siempre.

Los pontificados de Honorio II., de Inocencio II., de Celestino II., y de Lucio II., fueron breves, y no ofrecen otro suceso de consideracion que el cisma de Pedro de Leon, conocido baxo el nombre de Anacleto II., que disputó la santa sede á Inocencio II. Pero habiendo reconocido la mayor parte de los reyes christianos á Inocencio por papa legítimo y el sucesor de Anacleto, habiendo voluntariamente desistido de toda pretension á la silla, se terminó felizmente la division que durante algun tiempo habia habido en la Iglesia.

Despues de estos papas un monge educado en la virtud baxo la escuela de san Bernardo fué elevado á la silla apostólica; éste era Eugenio III., abad de san Anastasio en Roma. En su eleccion tuvo, como la mayor parte de sus predecesores, grandes desavenencias con los romanos

siempre tumultuados y conducidos por cabezas de faccion, que los entretenian con las esperanzas quiméricas de restablecer el gobierno republicano, y acaloraban los ánimos con sus discursos, poniéndole delante continuamente al pueblo el valor y las hazañas de los antiguos romanos, á los quales estaban tan léjos de semejar. Solo se hablaba de restablecer el capitolio, el senado, el órden eqüestre, los cónsules y los demas magistrados de la república. Inflamados los sediciosos con los razonamientos de Arnaldo de Brescia que exhortaba á la rebelion con una audacia sin exemplo, llenaron la ciudad de turbacion y de violencias. Forzaron las casas de los cardenales y de los otros eclesiásticos, y las saquearon como en una guerra, obligaron á los peregrinos á entregarles las ofrendas que llevaban, y mataron un gran número. Aunque Eugenio con su prudencia y fortaleza calmó la discordia, y reduxo los romanos á pedirle la paz, la morada de Roma se le hizo tan desagradable que resolvió alejarse de ella. Pasó á Francia, en donde Luis el Jóven y los obispos le recibieron con los testimonios de honor y respeto que los soberanos pontífices allí habian experimentado siempre. Visitó la catedral de París y la iglesia de santa Genoveva. Reformó el clero, poco exemplar, de esta última, y puso los canónigos regulares de san Victor. Fué tambien á Claraval, en donde habia sido monge y bebido el gusto de la piedad, y edificó tanto aquella comunidad con su modestia y humildad, quanto experimentó una buena acogida de parte de los religiosos que la componian. Habiéndole llamado á Italia las cosas de la Iglesia, pasó allí los últimos años de su pontificado tan tranquilos como los otros habian sido penosos y agitados, muriendo en Tivoli el año de 1153.

Entre los sucesores de Eugenio III., la mayor parte, exceptuando á Lucio III., fueron hombres de mérito que honraron la silla apostólica con su zelo y exemplares virtudes. La historia nos pinta con estos bellos colores á Urbano III., piadoso, caritativo, de costumbres edificantes, y de una sabia conducta; á Gregorio VIII., sábio, de una vida pura é irreprehensible, pero que no vivió bastante tiempo para hacer todo el bien que de él se esperaba; Clemente III., hábil y prudente en el gobierno y que ardia en zelo por el recobro de la tierra santa; á Celestino III., que reunia la piedad mas eminente á la ex-

periencia mas consumada en el manejo de los negocios. Pero los mas célebres y dignos de ser conocidos por sus grandes prendas y carácter sublime, fueron Adriano IV. y Alexandro III.

Adriano nacido en la obscuridad, solo debió su elevacion á su mérito. La Inglaterra era su patria; la extremada pobreza de sus parientes no le dexó en su infancia otro arbitrio que el de entrar á servir en una comunidad de canónigos Reglares de san Rufo. Allí fué en donde estudió los primeros elementos de las ciencias; al cabo de algunos años su talento y piedad le hiciéron admitir en el número de los religiosos, llegando con el tiempo á ser general de la órden. Eugenio III., que conocia su mérito, le creó cardenal, y le dió el obispado de Albano. Para hacer aun mas útiles á la Iglesia su talento y capacidad, le envió este papa á Dinamarca y Noruega en calidad de legado. Trabajó en aquellos remotos climas con tanto zelo y constancia en la conversion de los infieles, que reduxo un gran número á Jesu-christo. De regreso á Roma, despues de haber desempeñado su comision tan gloriosamente, esperaba gozar de algun reposo, quando fué elegido para ocupar la santa sede, vacante por muerte de Anastasio IV., sucesor inmediato de Eugenio III. Elevado contra su esperanza y sus deseos á la cátedra pontificia, halló á Roma nuevamente agitada de facciones, que hacian á la capital del mundo christiano ménos segura que un bosque infestado de salteadores. Los sediciosos, animados siempre de Arnaldo de Brescia, llevaron la violencia hasta herir al cardenal Gerardo. Adriano para mostrar á los romanos quanto le desagradaba su atrevimiento, puso á la ciudad entredicho, hasta tanto que no se anulase el pretendido senado que habian osado restablecer, y que no se expeliese á los sequaces de Arnaldo de Brescia, autores de todos los males. La misma fortaleza manifestó en sus desavenecias con Guillermo II., rey de Sicilia, á quien excomulgó hasta que este príncipe restituyó los bienes que habia quitado á la santa sede; y con el emperador Federico I., que reduxo, á pesar de todo su orgullo, á servirle de escudero ántes de ceñir sus sienes la corona imperial. Jamas se desmintió en las circunstancias mas delicadas, y qualesquiera que fuesen los intereses que tuvo que conciliar, y enemigos que combatir, sostuvo hasta la muerte aquel carácter vigo-

roso y prudente, que constituye la verdadera grandeza de los que han nacido para regir á los demas hombres.

Alexandro III, que subió á la silla inmediatamente á la muerte de Adriano, tuvo aun mayores asuntos que manejar, y enemigos mas formidables que disipar ó reducir que su predecesor. De un espíritu fuerte, de un ingenio vasto y eminente, entendimiento dotado del mas raro talento, se mostró mas digno del sublime lugar en que estaba colocado que ningun de sus predecesores. Sin t er la fortaleza y severidad Gregorio VII. poseyó t lo apreciab'e y verdaderamente grande de este pontífic En circunstancias mas embarazosas, con enemigos mas formidables, combatido por un cisma poderoso que servi de pretexto á los que el interes ú la venganza excitaba á despreciarle, fué por sus decisiones el oráculo de la Igles : por cabeza no queria envidia reconocerle. En vano tr anti-papas sostenidos por el emperador y el rey de Sicilia le disputaban su dignidad, en vano los derechos que se oponian al suyo parecian autorizados por un concilio numeroso; disipó toda estas borrascas conduciendo las cosas al término que deseaba con su paciencia y habilidad vió á los príncipes que le rehusaban el nombre de papa reunidos á aquellos que nunca habian desconocido la legitimidad de su eleccion; y el último de sus rivales, abandonado de todo el mundo, vino á caer á sus pies, teniéndose por feliz en ser contado entre las hechuras de aquel cuyo igual se habia constituido. La Francia, que fué tambien el asilo de Alexandro mientras se le disputaba la silla, no contribuyó poco su triunfo por el exemplo de sumision que dió á las mas naciones christianas. El momento mas glorioso de su pontificado fué aquel en que el soberano Federico puso á los pies de Alexandro sus pretensiones y su orgullo, confesándose culpable, recibiendo una absolucion pública de las mismas empresas que habia mirado como sus mas ellas acciones. Este dichoso término de tantas discordias, debido únicamente al talento y sabia política de Alexandro, es su mayor elogio y la mejor prueba de la mente elevada que toda la Iglesia admiró en este ilustre papa.

Habiendo sido la cátedra pontificia ocupada por unos hombres tan superiores en capacidad y luces, á la mayor parte de los soberanos que regian los diferentes estados de

la Europa, su poder ya respetable por la religion, debia ser mayor que el de todos los otros, y elevarse notablemente sobre todos los príncipes christianos. El estado de las cosas y su natural curso debian conducir á los papas al punto de verse á un mismo tiempo los oráculos de la christiandad, y los árbitros de la sociedad política en Occidente. Todo concurria á llevarlos á aquel término, al qual aspiraban constantemente muchos siglos habia, por todos los medios que les habian proporcionado el acaso y la religion. Llegaron en fin á él en medio de las contradicciones y obstáculos, porque supieron esperar los momentos favorables, y aprovecharse de ellos avivando ó suspendiendo su carrera segun los tiempos y circunstancias, recobrando por un camino lo que parecia haber perdido por otro. Era, pues, imposible que el poder temporal no llegase á unirse con el espiritual en los pontífices de Roma, y que uno y otro no se acrecentasen mas y mas.

ARTICULO VII.

Segunda y tercera cruzada. Estado de la iglesia latina en el Oriente.

Hemos referido la historia de la primer cruzada hasta el fin del onceno siglo. Las cosas de los príncipes latinos, y el estado de las iglesias que habian fundado no habian tenido mudanza alguna al principio del duodécimo. El reyno de Jeruselen, gobernado por Balduino I, permanecia tan débil; los principados que se habian formado en Palestina y en Siria no lo estaban ménos; aquellos numerosos exércitos que amenazaban la próxîma ruina de la potencia musulmana se habian disipado con las sangrientas guerras; los efectos del clima, y los desórdenes, y la division que reynaba entre los príncipes mahometanos habian toda la fuerza de los christianos. Pero no supieron valerse casi de aquellas felices circunstancias, que bien aprovechadas hubieran dado lugar á consolidar su establecimiento y extender su dominacion. Mutuamente entregados á viles zelos, y despedazados con funestas discordias, tornaron los unos contra los otros aquellas mismas armas que la religion les habia puesto en la mano solo para vengar sus injurias y destruir á sus enemigos.

Estas competencias y las guerras de que fueron orígen favorecian demasiado los proyectos de los sarracenos para que se descuidasen en sacar ventajas de ellas. El interes comun los reunió contra unos príncipes divididos y debilitados, de quienes era fácil triunfar mientras se ocupaban solo en sus discordias y venganza. Atacaron sucesivamente los musulmanes los estados de los latinos, mal defendidos por tropas extenuadas, y que habian perdido su antigua bravura con el calor del clim y la molicie: la mayor [illegible] rte de las plazas que la prime cruzada habia sometido a yugo de los christianos caye [illegible] n manos de sus enemi[illegible]. El reyno de Jerusalen, [illegible]defenso y casi reducido al cinto de la ciudad, se ap oxîmaba cada dia á su ruina. L. batalla que Balduino I [illegible]rdió junto á Joppe, por empe arse temerariamente en el combate con fuerzas inferio[illegible]s, acrecentó mas la supe ioridad de los infieles, haciéndo[illegible] mas atrevidos en sus mpresas. Con todo, habiendo es príncipe recibido alg nos nuevos socorros de Occident reparó algun tanto us pérdidas, y los negocios de l[illegible] christianos tomaban un nuevo aspecto quando muri en 1178.

Balduino II, qu subió entónces al trono de Jerusaler tenia talento para l guerra y el gobierno. Estuvo continuamente armado c ntra los infieles; pero el suceso de sus expediciones no siempre correspondió á su valor y capacidad. Despues de ganar algunas ventajas sobre los sarracenos, tuvo la desgracia de caer en su cautiverio, no pudiendo recobrar su libertad sino á costa de agotar sus rentas. En vano proc ó borrar el sonrojo de su cautividad con la conquista [illegible] Alepo y otras empresas. Sus armas fueron casi siempre esgraciadas, y murió sin tener la satisfaccion de vengars[illegible]. Sin embargo, dexó el reyno de Jerusalen mas dilatado y mas en estado de defensa que lo habia ha lado á su exâltacion al trono: habia asimismo mas union y concierto en re los príncipes christianos que e[illegible] tiempo de su predece or, y la causa comun que les interesaba mas que nunca tenia mayor influxo en sus resol[illegible]ciones y conducta.

Pero esta concordia no duró mucho. Fulques, c[illegible]de de Anjou, yerno de Balduino II, á quien sucedió, se o[illegible]pó muchas veces en reconciliar ó someter á los príncipes latinos, que los zelos ó el interes dividian hasta el pu[illegible]o de

hacerse la guerra, con un furor que tornaba inevitablemente en perjuicio de la Iglesia y del estado. Apénas las discordias calmaban quando volvian á renacer baxo el menor pretexto, y de ordinario originaban injurias ó venganzas. Estos disturbios, y los males que de ellos resultaban, eran conseqüencia necesaria del sistema feudal que los señores cruzados llevaron consigo al Asia. El rey de Jerusalen era el gefe y soberano de los príncipes y varones que habian form o pequeños estados en aquella region. En calidad de t estaba precisado á tomar p e en sus desavenencias, decl andose por unos ó por otr , porque la via de la neg iacion rara vez tenia lugar, y nada podia emprender contra el enemigo comun sin ue ellos le auxîliasen. De este modo el gobierno que los cruzados habian estabi cido en las conquistas de Asia, ademas de los inconve- r entes del pais y otras circunstanc as locales, tenia tamien todos los vicios que hacian á os estados de Europa n agitados y mal regidos.

El rey Fulques era muy valeros y entendia perfecta- nente la guerra. Se proponia hacer l confederacion chrisana de Oriente mas floreciente y re petable que nunca á os infieles. Con esta mira emprendi poner los dominios de los francos al abrigo de sus insulto , y asegurando de este modo las antiguas conquistas, s preparaba á hacer otras de nuevo. Este príncipe hubiera logrado buen éxîto en una empresa tan útil si hubiera sido auxîliado por los señores cuya reunion le pondria en estado de realizarla. Pero no halló en ellos el zelo que una tan buena causa y un designio tan justo debian inspirarl . Algunos, á la verdad, se le juntaron para cubrir y pro eger las plazas que los christianos poseian del lado de Eg pto, por ser las mas expuestas á los ataques del enemigo. Mas los otros, ocupados en sus enemistades personales y sus particulares guerras, no conocieron quanto les interesaba á ellos y á toda a república christiana ir de concerto con su gefe, y nir sus tropas á las de él en una empresa cuyo único bjeto era la comun seguridad. Así las armas de este prínci e no tuvieron todo el éxîto que debieran, y los musu nanes, á quiênes hubieran podido reducir al estado de no mprender nada, se derramaron por las tierras de los fran os, y las asolaron impunemente. La poca resistencia que ncontraron los hizo mas atrevidos, sus hostilidades

se multiplicaron por todas partes, atacaron castillos y plazas, y se pusieron en campaña haciendo abiertamente la guerra.

El mas formidable enemigo que tenian entónces los christianos era Emad Eddin-Zenghi, que las historias de las cruzadas llaman Sanguino. Este príncipe, fundador de los atabekques de Siria, habia sido nombrado por el sultan de Persia Mahamud gobernador de Moussol, y comandante general de sus ércitos. Se habia formad en el arte militar baxo los m hábiles capitanes de su tie o, y llegado á ser, tanto p r su experiencia como por s lecciones, el mayor gue ero que tenian los musulman . El zelo de eslamismo y l amor de la gloria inflamaban un mismo tiempo su cor zon: animado de estas dos pasiones emprendió de una ve enfrenar la independencia de los emires, y quitar á los c ristianos sus mejores conquistas. Tuvo un éxîto casi igu en estos dos grandes proyectos, y el ascendiente que to ó sobre todos los demas soberanos de aquel pais llegó hast hacer sombra al monarca persiano, que le hubiera des ojado del mando de sus tropas á haber tenido otro general que oponer á los christianos.

Zenghi se habia hecho enemigo del conde de Edessa, Joselino de Courtenai, cuyo aliado habia sido en la guerra que habian hecho combinados á Boemundo, príncipe de Antioquía. El mulsulman, que deseaba despojar al jóven conde de uno de los principales establecimientos que los christianos tenian en Siria, aprovechó el momento en que este príncipe estaba léjo de su capital para sitiarla. Privada la ciudad del mas ir resado en su defensa, y no recibiendo socorro alguno los otros príncipes christianos, no pudo resistir á las fu zas y actividad del sitiador. Fué tomada por asalto, y el vencedor abandonó á sus moradores casi todos christianos al furor del soldado. La mayor parte fueron sin piedad pasados á cuchillo, las iglesias saqueadas, y los ministros de la religion experimentaron todas las crueldades que pueden inspirar la barbarie y el fanatismo. La pérdida de Edessa llenó de consternacion á los christianos, haciéndoles aun preveer otras desgracias, conseqüencias inevitables de ésta. El rey Fulques no se halló en ella, habiendo muerto algun tiempo ántes de la caida ue dió de un caballo estando á caza. Balduino III., imogénito, de edad de 13 años habia sido coronado p

su sucesor baxo la tutela de Me elinda su madre, hija de Balduino II. Esta princesa no carecia de talento; pero los embarazos de una minoridad, la debilidad del Estado, y el g neral abatimiento ocasionado por las victorias de Zenghi, la obligaron á ceñirse á los cuidados que exîgia el gobierno interior del reyno de Jerusalen.

La toma de Edessa, seguida de las de otras varias plazas, armó á los christianos de Asia, y les hizo temer veria n poco tiempo caer en m o de los infieles todas las ci des que aun poseian, á n cibir de Oriente prontos y oderosos socorros. Con tan stos temores enviaron á R oma al obispo de Gabala en Si a, para representar al pa a el mal estado de la Iglesia y e toda la sociedad christ ana, cuya ruina era inevitable si los príncipes de Occidente los abandonaban en aquella ex remidad. Eugenio III. se afligió mucho con las malas nuev s que le dió el prelado de Oriente, y con la pintura penetr nte que puso á su vista. Este pontífice escribió eficazmente al rey de Francia Luis el Jóven y á los otros monarcas catól os, exhortándolos á una nueva expedicion contra los opreso es del christianismo. No pudo ver el piadoso rey sin enternecerse las calamidades á que los fieles estaban expuestos por parte de los musulmanes ensoberbecidos con sus progres s. Para discurrir los medios de remediarlos sin dilacion, y deliberar sobre lo que el papa proponia, señaló una asamblea de los grandes y prelados en Vezelai en Borgoña. San Bernado, á quien Eugenio habia encargado trabajase en el éxito de su proyecto, se halló en ella. No se habia visto desde mucho tiempo tantos obispos y señores congregado n un mismo lugar. Todos los personages de Francia se h an apresurado á asistir á ella. El pueblo era innumerable, y no habiendo edificio capaz de recibir esta multitud, se puso en medio del campo un tablado, desde el qual el abad de Claraval, teniendo el rey á su lado, pudo hacerse oir desde lejos. San Bernardo, cuyo zelo se habia exâltado po el objeto de su mision y la presencia de un auditorio tan brillante como numeroso, correspondió á quanto de él debia esperarse en ocasion tan oportuna para hacer brillar sus talentos. Habló con tanta nobleza y eloqüencia, hizo retratos tan penetrantes del triste estado de las iglesias latinas de Oriente, que habian ostado tantas fatigas y tanta sangre á los generosos guer os sus fundadores, y conmovió de tal modo los áni

mos y los corazones, que toda aquella muchedumbre recibió las impresiones que intentaba hacerle. Todos los que le oian derramaban lágrimas, y le interrumpian con grandes voces pidiendo la cruz. No hubo bastante tela para surtir á tanta gente, de modo que el santo abad se vió obligado á cortar sus hábitos para suplirla.

Este eloqüente monge no se contentó con su primer súceso. Recorrió la Alemania, y deteniéndose en la mayor parte de las grandes ciudades, inspiró á los grandes y al pueblo el mismo ardor de la cruzada. Tuvo sin embargo mucha dificultad en determinar al emperador Conrado á unirse con los demas príncipes que con tanto zelo habian concurrido al designio del soberano pontífice. La eloqüencia de san Bernardo y la vehemencia de sus exhortaciones no bastaron para vencer la repugnancia que alejaba á la cabeza del cuerpo germánico de esta piadosa empresa: ya indiferente, ya político se negó largo tiempo á todos los motivos de gloria, de generosidad y de religion que el abad de Claraval hizo presentes para obligarle; pero finalmente no pudo resistirse á la voz poderosa de los milagros con que se hizo escuchar. Bernardo los obró á su vista tantos y tan portentosos en todas las ciudades en que predicó, que no quedó duda de que el cielo autorizaba su mision y la guerra santa que era su objeto. Estos milagros, de que Colonia, Maguncia, Francfort, Wormes, Spira, Basilea, Constanza y otras muchas ciudades de Alemania y sus monarcas fueron el teatro, se han escrito en el mismo tiempo por testigos de vista, que no pudieron ser seducidos ni engañados. Por otra parte estos prodigios eran tan diferentes unos de otros, tan multiplicados, tan repentinos, y el que los obraba hacia tan poca gloria de ellos, que sospechar engaño ó dudar de la sinceridad de los que nos han transmitido su noticia, seria un exceso de pirronismo el mas intolerable. Una empresa formada baxo tales auspicios, solo hacia concebir el éxîto mas brillante y las mas felices conseqüencias.

Conrado con los señores y demas cruzados que componian su exército partió en el mes de Mayo de 1147, y atravesando la Hungría, la Bulgaria y la Tracia, llegó en Septiembre siguiente á vista de Constantinopla. Luis el Joven, que habia salido un mes despues seguido de una numerosa nobleza y de una prodigiosa muchedumbre de o-

dos estados, tomó el mismo camino, uniéndose con el príncipe aleman en tierra del imperio griego; era Manuel Comneno el que entónces ocupaba el trono de Constantinopla. Estos grandes exércitos de alemanes y franceses, que iban á arrojarse sobre el Oriente, alarmaron en gran manera á aquel príncipe naturalmente sospechoso y zeloso de su autoridad. A pesar de sus protestas de no llevar otro designio que el de visitar los santos lugares, y libertar las iglesias de la opresion de los infieles, Manuel los miró con malos ojos, no pudiendo persuadirse que la devocion y la generosidad fuese el móvil que hiciese obrar á tantos guerreros, cuyas costumbres y conducta no indicaban que la piedad y humanidad fuesen sus principales virtudes. Creyó fuesen otros los motivos, mirándolos solo como enemigos disfrazados que querian apoderarse de él y de sus estados. Con esta idea ocultó, baxo el velo de la concordia, la resolucion que habia concebido de frustrar su expedicion quitándoles el deseo de volver á emprender otra; aunque tuviese para esto que unirse con los infieles, y hacer marchar sus tropas baxo unas mismas banderas.

Fué Manuel igualmente hábil para engañar á los cruzados con las demostraciones de una fingida amistad, y seguir el pérfido plan que se habia propuesto de su total ruina. Despues de haberlos colmado de dones, les ofreció guias que los conduxesen con seguridad, ahorrándoles parte del camino, llevándolos por el mas corto. Sobre la fe de estos pérfidos conductores, que habian tenido la órden de su soberano, y que la executaron demasiado bien, se intrincaron los cruzados en un pais estéril, impracticable, y en que continuamente se veian atacados de sus enemigos. Los obstáculos se hicieron mayores quando percibieron que sus guias los habian abandonado durante la noche. No conocian ni el lugar en que estaban, ni cómo podrian salir de él, porque no habia sendero alguno en medio de aquellas abrasadas y yermas llanuras. Fuera de esto, el sultan de Iconia, advertido por Manuel del camino que habia hecho seguir al exército de Conrado, se echó sobre él quando ménos lo esperaba, y lo derrotó. Los alemanes, en número de 60000 hombres de armas, sin contar una multitud casi infinita de gentes de á pie que los seguian, fueron tan mal tratados, que apénas quedaron 10[illegible] despues de este desgraciado lance para volver á con-

ducir á Conrado á Nicea, de donde pasó á Constantinopla. Los griegos, que le habian conducido á la carnicería, pusieron el colmo á su negra traicion, contando al rey Luis el Jóven á su vuelta que los cruzados habian batido á los infieles, y que siguiendo sus primeras ventajas habian infundido el terror en toda la Siria. Estas relaciones impidieron que el monarca frances fuese al socorro del príncipe aleman, dando lugar á los turcos de debilitarle mas en su retirada con freqüentes y vivas escaramuzas. Fu´ Luis cruelmente desengañado por el arribo del emperad , y el lastimoso estado á qu vió reducido aquel exérci tan pujante pocos meses hab a. Esto era para él una lec on que conoció, pero de l qual no supo aprovecharse.

Habiéndose este pri icipe puesto en marcha, pene ró hasta las riberas del Me ndro. Los turcos se habian acar -pado de la otra parte p ra impedirle el paso; pero él l emprendió felizmente á pesar de su oposicion ganándole una ventaja considerab e. Se usaba entónces dividir el exército en tres cuerpos a go distantes unos de otros, la vanguardia que observab los movimientos del enemigo, el centro de batalla en donde iban los bagages, y la retaguardia que cubria la marcha, y que velaba contra las sorpresas del enemigo; y se paraban en sitios señalados á fin de estar en proporcion de socorrerse mútuamente en caso de nece idad. La vanguardia de los franceses no siguió con exâctitud este órden de marcha dictado por la prudencia. El que la mandaba en lugar de acampar en el parage señalado, se situó mas léjos; de suerte que habiendo los turcos atacado el grueso del exército en que iba el rey, y no estando la vanguardia en disposicion de venir á su socorro, fueron s s tropas derrotadas, teniendo este príncipe mucha dificult d en salvarse. Se restituyó á Antioquía con el resto de su exército en donde el príncipe Raymundo queria detenerle para emplear el exército frances en el sitio de Alepo , y echar á los turcos de la Siria. Pero Luis impaciente en cumplir sus votos, quiso ántes de todo ir á Jerusalen; Conrado le siguió, y despues de haber satisfecho su devocion, uniendo sus fu rzas estos do príncipes con las de Balduino III, rey de Jerusalen, y l s de sus barones, pensaron en señalarse con alguna empr sa útil y gloriosa.

Habiendo los dos reyes convocado en Ptolemaida na

asamblea á que asistieron todos los príncipes latinos de Oriente, resolvieron sitiar á Damasco, habiendo elegido á Tiberiades por punto de reunion para esta jornada, de que se prometian un feliz éxîto. Todos los que debian concurrir al sitio de Damasco se dirigieron alli, y dividiendo el exército en tres cuerpos se avanzaron hácia la plaza. Antes de comenzar los ataques, fué preciso ganar espada en mano algunos puestos en que los turcos se habian atrincher 'o. Se les desalojó de ellos á pesar de su resistencia, y p lieron mucha gente, y bi presto fué embestida la pla y apretada con extremado gor. Ya su pérdida parecia evitable, y sus moradores s esperanza alguna pensab n en rendirse, quando hallaro el medio de sobornar un parte de los francos, y empeñ rlos en hacer traicion á s companeros. Eran estos los fran cos nacidos en Siria des aes de la primera cruzada, que e decir, los mas interesa ios en el éxîto del sitio y en la co servacion del exército hristiano. Persuadieron á los dos reyes que mudasen el taque llevándole por otra parte. os creyeron, porque siendo del pais debian conocer la tuacion de la ciudad mejor que nadie. Pero el parage qu indicaron era el mas fuerte y bien defendido de la plaza. Los sitiadores se fatigaron inútilmente. Cansados de los obstáculos, enflaquecidos con los trabajos, y faltos de víveres, se vieron precisados á abandonar la empresa. Disgustados los dos reyes con tan malos sucesos, determinaron volverse á Europa sin haber recogido por fruto de un viage tan largo y peligroso, ni la propia gloria, ni ventajas para los christianos de Oriente, á cuyo socorro hab n ido. Conrado partió el primero, y poco despues le guió Luis VII. Los cruzados que volvieron á Francia y lemania se quejaron de san Bernardo que los habia empeñado en aquella expedicion asegurándoles del modo mas terminante su buen éxî o; pero el santo abad tornó sus reconvenciones contra ellos mismos, alegando en su justificacion y la del papa, cuyo órgano habia sido, los excesos de toda especie, á que los cruzados se habian abandonado, y la horible depravacion de los christianos de Oriente mas corr mpidos y ménos religiosos que los mismos infieles. Desp es de la retirada de los dos mayores príncipes de Occidente y la inútil tentativa que acababan de hacer, la situacion de s latinos que quedaban expuestos á todas las fuerzas de

los musulmanes, llegó á ser mas deplorable que nunca.

Las reconvenciones de san Bernardo tenian sobrado fundamento, y las causas que daba del infeliz suceso de la cruzada eran demasiado ciertas. Por una parte los cruzados, tanto el gefe como el soldado, se habian entregado á la disolucion y molicie mas desordenada; y por otra las costumbres de los christianos de Oriente eran tan depravadas, y sus desórdenes tan monstruosos y tan notorios, que hacian horror á los mismos musulmanes, y aumentaban el odio de aquellos infieles á la religion que profesaban hombres tan corrompidos. El clero de las iglesias, que debia su restablecimiento ó su fundacion á las cruzadas, no era generalmente ni ménos disoluto, ni de conducta mas recatada. La silla patriarcal de Jerusalen habia sido primeramente ocupada por Arnoldo, que de capellan del duque de Normandía habia sabido con sus tramas abrirse el camino á esta dignidad. Se habia hecho indigno de ella por su vida licensiosa antes de obtenerla, y aunque se vi en ella no mudó de conducta. Sus desarreglos eran tan escandalosos, que se quejaron de ellos al papa Pascual II. que envió un legado á Siria para juzgarle. Arnoldo fué depuesto en un concilio congregado por el legado, y todos los que amaban la razon aplaudieron esta sentencia. Pero habiendo el patriarca ido á Roma, halló medio de grangearse protectores en aquella corte en que el oro y las dádivas podian tanto. Fué, pues, restablecido, y volvió á subir sobre su silla, que continuó deshonrando con el mismo género de vida.

Entre los sucesores de Arnoldo tuvieron algunos las virtudes de su estado, y se aplicaron á restablecer la disciplina, reanimar la piedad, y hacer reynar las buenas costumbres. Tales fueron Gormundo, cuyas sencillas costumbres y exemplar vida hicieron renacer los mas bellos tiempos de la Iglesia; Guillermo, que durante un episcopado de 15 años empleó todos los recursos del zelo y de la caridad en instruir y corregir á su pueblo; Fucherio, que llevó sus quejas al mismo pontífice contra la vida licenciosa de los templarios; y finalmente Monaco, prelado sábio y virtuoso, que apoyaba sus exhortaciones con el exemplo. Pero tambien se vieron ocupar esta silla algunos semejantes á Arnoldo, entre otros Amauricio, que debió su elevacion al enredo y al favor; y Heraclio el hombre

mas corrompido é infame que se habia visto desde largo tiempo; y como uno ó dos malos obispos causan mas perjuicio en pocos años, que muchos buenos pastores pueden hacer útil en medio siglo, en el tiempo de aquellos indignos ministros los desórdenes que autorizaban con su desarreglada vida, se multiplicaron infinito, y toda especie de vicios se manifestaron con una desvergüenza, que nada podia refrenar. Las demas sillas de la Siria y la Palestina es ıban casi siempre ocupadas por sugetos semejantes. Aco .nbrados á la vida licenc sa de los exércitos en que .bian vivido, se conducian mas presto como guerrer , que como obispos, y dexa do ver en el santuario inc iaciones totalmente opuestas á la santidad del minister y á las obligaciones pacíficas ue debian desempeñar. El clero de segundo órden imita a á sus superiores, y lc legos á quien tan malos exem los fortificaban contra s remordimientos de la conciencia, no tenian otro límite en sus pasiones que la imposibilid d de satisfacerlas. No irecia segun el órden de la provider ia, que el cielo ben eciria las empresas de unos christi nos tan distantes de quellos sentimientos, que debian haber en la moral tan ura de su religion, y san Bernardo tenia razon quando atribuia á sus desórdenes las desgracias que por todas partes sofocaban á las iglesias latinas de Oriente.

Las experimentó aun mas funestas que las que le hacian gemir largo tiempo habia, quando Saladino, vencedor de todos sus rivales, volvió las armas contra los christianos. Este conquistador, que unia todas las prendas de un grande hombre, á todos los talentos de gran capitan, tenia tanto zelo por el eslamismo, omo deseo de gloria. Despues de haber sometido ó h cho tributarios á todos los príncipes musulmanes que se oponian á su designio de engrandecerse, solo le quedaba que subyugar los príncipes christianos, que miraba como los enemigos de su poder y religion. Saladino convirtió toda su atencion á este objeto para poner el colmo á s gloria, y hacer sus emas sucesos útiles á la secta en que habia nacido. Este s tan, que habia hecho humillarse á todas las potencias m ulmanas de aquel pais á vista de la suya, era tanto ma formidable á los christianos, quanto ellos estaban divid os entre si por sus discordias y continuos disturbios: ener ados por otra parte con una vida mole y voluptuosa,

estaban tan poco versados en el arte de la guerra, como él experimentado por una larga costumbre de combatir y vencer.

El reyno de Jerusalen gobernado por Guido de Lusiñan, enflaquecido sucesivamente por defuera por las ventajas que habian adquirido los musulmanes baxo la conducta de un héroe que los habia acostumbrado á vencer, no lo estaba ménos interiormente por las disensiones que le despedazaban. Saladino unido con Raymundo, conde de Trípoli, que se habia ligado con él para vengarse del rey de Jerusalen su enemigo, atacó á los christianos con un exército de mas de cincuenta mil hombres. Sitió la ciudad de Tiberiades de que se apoderó á poca costa; pero la ciudadela se defendió tan vigorosamente, que suspendió por algun tiempo los progresos del vencedor. Guido de Lusiñan, habiendo reunido sus fuerzas con las de todos los señores latinos sus vasallos, marchó á su socorro. Saladino habiéndole salido al encuentro, le halló cerca de Acre, por otro nombre Ptolemaida, y le presentó la batalla. Guido la aceptó, y los dos exércitos se acometieron. El combate fué obstinado y sangriento por ambas partes; duró dos dias; pero por último los christianos fatigados y muertos de sed cedieron á la muchedumbre. La carnicería fué horrible, y su pérdida infinita. El rey Guido, Renaldo de Chatillon, el maestre de los templarios, el de los hospitalarios de san Juan, y otros muchos señores con multitud de oficiales y soldados quedaron prisioneros. La ciudadela de Tiberiades se rindió despues de esta derrota, y Saladino se apoderó sin dificultad de todas las plazas fuertes que quedaban á los latinos. La misma Ascalon, plaza importante, que era su baluarte del lado de Egypto, pasó al dominio del sultan á quien se le cedió por el rescate de Guido. El vencedor marchó de repente á Jerusalen de que se hizo dueño despues de catorce dias de sitio el dos de Octubre de 1187. Hizo mezquitas todas las iglesias á excepcion de la del santo sepulcro, que conservó por no privar la ciudad de las ventajas que le producia el concurso de peregrinos que la devocion llevaba á ella. De este modo volvió al yugo de los musulmanes la ciudad santa, habiendo estado 88 años en poder de los christianos. Despues de esta conquista solo quedaban á los latinos tres importantes plazas en Oriente: á saber, Tiro, Antioquía y

Trípoli, que cada dia se veian á punto de perderse, á no recibir nuevos socorros de Oriente.

Quando se supo en Europa que Saladino habia arrebatado á los christianos la ciudad santa, y que las iglesias consagradas al verdadero Dios servian al culto de Mahoma, fué general la consternacion. Guillermo, arzobispo de Tiro, habia venido á dar cuenta al papa del triste estado en que se hallaban los christianos de Asia. Urbano III á estas lastimosas nuevas fué penetrado de un dolor tan vivo que perdió la vida. Sus sucesores Gregorio VIII. y Clemente III enviaron legados á todos los príncipes de la christiandad, y cartas circulares á todos los fieles exhortándolos á tomar las armas, y hacer una liga poderosa para recuperar los santos lugares. Se prescribieron con el mismo objeto ayunos y abstinencias durante cinco años, no olvidando nada á fin de excitar el zelo de los soberanos y de los pueblos, en ocasion que se trataba de conservar el christianismo en Oriente. Habiendo el emperador Federico I oido á los legados y al arzobispo de Tiro en una dieta, le movieron tanto sus discursos, que resolvió ir en persona al socorro de la tierra santa, y consagrar el resto de sus dias á la defensa de la religion, piadoso designio que executó fielmente, como lo hemos visto en el retrato que hicimos de este príncipe. Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo rey de Inglaterra que estaban en guerra, la suspendieron, y determinaron pasar á Oriente con todas sus fuerzas. A su exemplo la mayor parte de los señores de Francia é Inglaterra tomaron la cruz, y para que no se confundiesen las naciones, se determinó que los franceses la llevasen roxa, los ingleses blanca, los flamencos verde, los alemanes negra, y los italianos amarilla. Se hicieron ordenanzas para conservar tranquilos los paises de Europa, de donde los príncipes iban á alejarse y prevenir los desórdenes, orígen de los males que acababan de experimentarse. Era menester fondos para la subsistencia de los cruzados, las ofrendas voluntarias no eran suficientes para tan grandes gastos; por otra parte eran casuales, y por consiguiente inciertas. Se señaló, pues, con la autoridad del papa Clemente III una imposicion pecuniaria sobre las rentas eclesiásticas para costear esta expedicion de que la religion era el motivo. Esta imposicion, primera en su especie, se llamó *diezmo saladino*. Solo quedaron

exêntos los bienes de los cruzados y los de las ordenes del Cister, de los cartujos, y de Fuente Elbrando. Los hombres juiciosos, y que preveian las cosas, concibieron las conseqüencias, y Pedro de Blois entre otros habló altamente contra esta novedad, que miraba como totalmente opuesta á la inmunidad de las rentas eclesiásticas. El tiempo justificó sus temores, y los papas en lo sucesivo se valieron de este primer exemplar para exîgir del clero socorros extraordinarios, ya con ocasion de nuevas cruzadas, ya pretextando necesidades particulares de la iglesia romana; y algunas veces en su propio provecho.

Los dos reyes Felipe y Ricardo partieron en 1190. La rivalidad que entre ellos reynó se manifestó mas de una vez en el curso de esta expedicion, contribuyendo mas que nada á su poco fruto. Sitiaron juntos á Acre, y se apoderaron de aquella importante plaza que cubria los estados de los latinos de Palestina. Lo que hizo mas preciosa esta conquista fué el recobro de la verdadera cruz que habia caido en poder de los mahometanos en la infeliz jornada de Tiberiades. El rey de Francia ciñó sus empresas á esta conquista, y volvió á Europa dando la alteracion de su salud por pretexto de una vuelta tan precipitada, cuyo verdadero motivo era su mala inteligencia con Ricardo. Este continuó solo la guerra contra los infieles, y aunque la dureza de su carácter obligó á muchos señores á embarcarse con sus tropas, su exército era aun de casi cinco mil hombres. Con estas fuerzas se apoderó de Cesarea, de Joppe y de Ascalon á vista de Saladino que seguia inquietándole con vivas escaramuzas. Por último estos dos guerreros se dieron batalla en una llanura cerca de Antipatrida. Se disputaron largo tiempo la victoria; pero despues de un reñido y sangriento combate se declaró por el monarca ingles. El terror se apoderó de los musulmanes que tomaron la fuga por haber visto á Saladino caido en tierra de un golpe que Ricardo le habia dado en aquella confusion, y del qual le creyeron muerto. Si hubiera Ricardo sabido aprovecharse de la consternacion de los infieles despues de esta derrota, y hubiera marchado en derechura á Jerusalen, hubiera infaliblemente coronado sus hazañas con la toma de esta ciudad. Pero no dió este golpe decisivo, dexando á Saladino y sus tropas lugar de rehacerse, y quando quiso tentar esta conquista, encontró una resistencia que le obligó á aban-

narla. Este desacierto, junto con los intereses de sus estados de Europa que exîgian su presencia, le obligaron á embarcarse despues de concluir con Saladino una tregua de tres años, cuyas condiciones eran favorables á los christianos de Oriente, pues les aseguraba la posesion de las ciudades de Cesarea, de Joffa ó Joppe, de Aros, de Acre y de Hiffa, y de otras varias plazas y castillos de menor entidad. Tal fué el éxîto de la tercera cruzada de que se habian esperado mayores ventajas, tanto por el poder y pericia de los príncipes que iban dirigiendo la empresa, como por las buenas medidas que parecian haber tomado para conservar el órden y la disciplina en sus exércitos. Esta nueva emigracion de los christianos de Occidente solo produxo en Asia una conmocion pasagera, y Jerusalen, cuya conquista era el único objeto de la expedicion, permaneció baxo el yugo de los musulmanes.

ARTICULO VIII.

Errores contra los dogmas y la moral suscitados en el siglo XII.

Los errores que se suscitaron en el duodécimo siglo, sobre todo en Occidente, y que causaron á la Iglesia una conmocion tan violenta, preludio de mayores males, tenian á un tiempo su orígen en la ignorancia y la corrupcion de costumbres que aun quedaban de los siglos precedentes; en las luces que la renovacion de los estudios y la multiplicacion de las escuelas empezaban á difundir, y en las ideas mal dirigidas de reforma y de perfeccion de que se alimentaban los espíritus amigos de la novedad. Las desavenencias de los papas y emperadores, los desórdenes del clero, la vida ostensosa y profana de un gran número de obispos habian dado motivo á muchos escritos en que se exâminaban la naturaleza de la potestad eclesiástica, los derechos legítimos del ministerio espiritual, y las obligaciones del episcopado. Se habian escrito ademas algunos tratados sobre la moral, en los quales exâgerando los vicios y los escándalos de los clérigos y monges, se declamaba contra sus riquezas, y lo mal que las empleaban. Finalmente el principal objeto de aquella multitud de doctores, cuya voz resonaba en las escuelas, era conciliar los dogmas de la fe

con los principios de la filosofía de Aristóteles mal entendida, y no mejor explicada. Los conocimientos adquiridos participando todavía de las preocupaciones de la ignorancia que aun no se habian desvanecido enteramente, no eran bastante profundos y acrisolados para que se estuviese en estado de tomar el partido de la razon en todos los asuntos que intentaban discurrir, y de fixarse en el punto delicado que separa la verdad del error De esta suerte las peligrosas novedades, cuya semilla empezó á brotar en este siglo, dimanaron todas de que no siendo el christianismo tan estúpidamente ignorante como en los siglos precedentes, tampoco estaba bastante ilustrado ni diestro en el uso de sus luces. Lo que vamos á referir será la prueba de estas reflexîones.

Pedro de Bruys, nacido en las montañas del delfinado, simple lego, es uno de los predicantes del siglo XII á quien los pretendidos reformados han puesto en el número de sus patriarcas. Enseñaba que el bautismo nada sirve ántes de tener uso de razon; que el sacrificio de la Misa es solo una ceremonia vana é inútil sin objeto ni eficacia; que no se debe adorar la cruz ni invocar á los santos; que las oraciones, ruegos y ofrendas por los muertos nada valen; que los templos, los altares y los ritos católicos son obra de la superstición; y que para perfeccionar la religion se deben abolir. Habiendo este fanático grangeadose seqüaces, pasó de la enseñanza á la execucion. Recorrió las provincias meridionales de Francia declamando contra el clero, y censurando agriamente la conducta de los pastores, y llevando tras sí un tropel de gente á quien excitaba á la violencia y al tumulto. Demolia las iglesias, echaba por tierra los altares, quemaba las cruces, y rebautizaba á los que de niños lo habian sido. Hizo grandes progresos en la Provenza, en Langüedoc y los paises vecinos. Pero indignados los católicos de sus blasfemias y extorsiones, le prendieron y quemaron en la pequeña ciudad de san Gilles, en Langüedoc.

Entre un gran número de discípulos tuvo Pedro de Bruys uno que hizo mas estrépito y estragos que su maestro. Era este un ermitaño ignorante y fanático, imbuido en la falsa doctrina de los petrobrusianos, y que se creyó enviado de Dios para extenderla. Pedro de Bruys habia empleado la fuerza y los medios violentos atacando á

cara descubierta el culto de la religion y los objetos consagrados por la veneracion pública. Henrique (así se llamaba este fanático) siguió otro rumbo mas eficaz y seguro, que fué la insinuacion y la hipocresía. Era jóven, bien proporcionado, y de un rostro en que todas las pasiones que queria exprimir se pintaban al vivo. Tenia una voz de trueno, cuyo espantoso sonido era propio para conmover al pueblo, y hacer profundas impresiones en todos sus oyentes. A todo esto juntaba un singular género de vida, andaba descalzo, comiendo solo lo que le daban, y durmiendo á la inclemencia en parages solitarios y elevados. No era menester mas para arrastrar hácia sí la multitud ignorante, y grangearse la reputacion de un santo. Su autoridad, la vehemencia de su predicacion, y aquel órgano retumbante de que la naturaleza le habia dotado le adquirieron una gran celebridad. Le llevaron á la ciudad de Mans, en donde el clero y el pueblo se apresuraron á oirle. Pero no se tardó en conocer el espíritu que animaba al nuevo predicador, y los perjudiciales efectos que producia en las imaginaciones que tenia la funesta habilidad de mover y de inflamar. Acalorado el pueblo con sus declamaciones contra el clero, se enfureció levantándose con violentos excesos contra los eclesiásticos, y solo se hablaba de echarse sobre sus bienes, incendiar sus casas, y aun apedrear ó ahorcar á sus dueños. En vano el cabildo de Mans ordenó al sedicioso predicador, baxo pena de excomunion, de volver al silencio propio de su estado; despreció sus órdenes y sus amenazas, respondiendo solo con nuevos arrebatos, y el populacho que le miraba como á un profeta favorecia sus excesos. El calor de los ánimos y la confusion que producia, habian llegado al mas alto punto quando Hildeberto, obispo de Mans, vino de Roma. Era uno de los prelados mas sábios de la iglesia de Francia. Pero aquel obispo no tentó disipar el prestigio, por cuyo medio Henrique habia alucinado los espíritus refutando seriamente sus errores; se contentó con hacerle á presencia del pueblo algunas sencillas preguntas sobre las prácticas mas comunes de religion, y oraciones mas usadas de la Iglesia. Su ignorancia se descubrió por la confesion que él mismo se vió precisado á hacer, y los que mas se habian admirado se avergonzaron de haberse dexado engañar de un impostor tan despreciable. Echado de Mans se retiró

hácia el mediodia de la Francia, y predicó sus errores en Provenza y Langüedoc, en donde Pedro de Bruys habia dexado un gran número de sectarios. Se reunieron baxo la conducta de Henrique, y el fanatismo se volvió á encender en aquellas provincias. San Bernardo acompañado de un legado de Eugenio III., pasó á ellas para conducir al pueblo á la verdad con instrucciones luminosas y eficaces. Al acercarse este formidable adversario, el novator que no se juzgaba capaz de resistirle huyó; pero le prendieron y llevaron á la cárcel del arzobispo de Tolosa, en donde murió poco despues. San Bernardo y el venerable Pedro de Cluni han refutado los errores de los petrobrusianos y henriquianos con los mismos argumentos que los padres habian empleado contra los donatistas, Vigilancio, y los iconoclastas, cuyas falsas opiniones renovaban, y de que nosotros nos servimos en el dia contra los protestantes que no tuvieron rubor de llamar á estos antiguos fanáticos sus precursores.

Miéntras que Pedro de Bruys y Henrique turbaban el medio dia de la Francia, un lego de Amberes, llamado Tanquelino ó Tanquelmo, causaba los mismos estragos en las provincias Bélgicas. Enseñaba que los sacramentos de la iglesia católica son abominaciones, los templos lugares de prostitucion, el sacrificio de la misa una ceremonia vana é inútil; que los pastores de la Iglesia, papas, obispos y sacerdotes no tenian mas facultades que los simples legos; que la verdadera Iglesia la componia la sociedad, de que él era cabeza, y que no era preciso pagar el diezmo á los eclesiásticos. Al principio solo predicó á escondidas; pero quando hubo formado una secta numerosa que le puso en estado de no tener que temer de las potestades, se dexo ver en público, y difundió á cara descubierta sus errores. Habia comenzado declamando contra los vicios y la corrupcion de costumbres: era su moral entónces austera y penitente; pero viendo á una multitud del pueblo seguirle en tropel, y habiendo su fanatismo seducido cantidad de hombres y mugeres, se dió al fausto, y se abandonó sin pudor á su pasion por el otro sexô. Se vestia muy ricamente, marchaba escoltado de gente armada, hacia llevar delante de si un estandarte desplegado, y una espada desnuda en señal de su poder; y llegó su impiedad hasta igualarse á Jesu-christo, diciendo que él era Dios co-

mo él, pues que habia recibido del mismo modo la plenitud del Espíritu Santo. Le rindieron los honores divinos, y recibian el agua en que se habia bañado para beberla, como un remedio saludable al alma y al cuerpo. Este impostor habia de tal suerte deslumbrado al estupido pueblo, que las mas bellas mugeres de su secta ambicionaban el honor de recibir testimonios de su pasion, y que las madres y los maridos, testigos de sus placeres, quedaban reconocidos á la preferencia que dispensaba á sus hijas y á sus mugeres.

Este heresiarca no era ménos avaro que voluptuoso. Nunca se le daba bastante, y para excitar la liberalidad de los que habia seducido, se valió de una estratagema digna de su impiedad. Predicando en una plaza pública, hizo acercar una imágen de la santa vírgen, y juntando su mano á la de la efigie, *madre de Dios*, dixo con desvergüenza, *yo os tomo hoy por esposa*; despues dirigiéndose al pueblo á quien aquella profanacion hubiera debido conmover, *veis*, continuó, *que yo acabo de desposarme con la santa Vírgen*; á vosotros toca subvenir á los gastos de tan bella alianza; veis aquí dos tronos; que los hombres y las mugeres traigan con separacion sus ofrendas, á fin de que yo pueda conocer qual de los dos sexôs es mas apasionado de mí y de mi esposa. Las mugeres se distinguieron por su generosidad, y se despojaron de lo que tenian mas precioso para ponerlo á los pies del impostor. Por medio del dominio que se habia adquirido sobre el pueblo, hizo grandes estragos en la Zelanda, en Utrech, en Flandes, y sobre todo en Amberes. El clero de este pais ignorante y vicioso no estaba en estado de oponersele. San Norberto fué el único que emprendió confundirle. Pero el pueblo estaba demasiado ciego para sufrir que se le desengañase sobre este impostor. Tanquelino añadió la violencia á la seduccion. A la cabeza de sus mas zelosos seqüaces llenaba de asesinatos todos los parages en donde no recibian su doctrina. Se atrevió á ir á Roma con dos de sus discípulos en hábito de monge, pero salió de allí prontamente, sin duda, porque no vió medio de hacer grandes progresos, ó que no se creyó en seguridad. Fué arrestado á su vuelta por órden del arzobispado de Colonia, y puesto en prision con los dos compañeros. Pero halló arbitrio de escaparse. Dios, en fin no permitió que abusase mas tiempo de las almas cré-

dulas, y fué muerto por un sacerdote, unos dicen que en 1115, y otros en 1125. Por su muerte, su secta que era numerosa y muy corrompida, se mezcló con los demas fanáticos que inundaban los paises baxos, igualmente que la Alemania y la Francia.

Despues de los sectarios que hemos dado á conocer, compareció Arnaldo de Brescia, monge sedicioso, que siguiendo sus principios atacó la autoridad del papa, el poder de los obispos, las riquezas de la Iglesia, y los derechos temporales agregados á un gran número de sillas. Algunas nociones superficiales de teología que habia adquirido en la escuela del famoso Abelardo, algun talento para predicar, y un deseo inmoderado de hacerse famoso siendo gefe de secta, le conduxeron á declararse de esta suerte contra el pontífice. Roma, víctima de las facciones, y luchando á un tiempo contra los emperadores y los papas, le ofrecia un teatro en que podia manifestar el funesto talento que poseia de inspirar al pueblo el tumulto y la sedicion. Vestido de monge, y baxo un exterior humilde y penitente, conmovia al pueblo que le rodeaba en tropel produciendo invectivas contra los papas y los cardenales, animando á los romanos á sacudir el yugo que llaman tiranía sacerdotal, exhortándolos á exemplo de sus mayores á restablecer una forma de gobierno que habia extendido tanto en otro tiempo el poder y la gloria de la república. Aunque el papa Inocencio le condenó en un concilio de Letran en 1179, y que se vió obligado á refugiarse á las montañas de la Suiza, volvió á la capital del mundo christiano en el mismo pontificado en 1181, y habiéndose juntado con los sediciosos que despedazaban la ciudad, excitó nuevas turbaciones. Favoreciendo su doctrina á los que se habian apoderado de los bienes eclesiásticos ó que aspiraban á enriquecerse por esta via, tenia por defensores todos los señores legos que la Iglesia trataba de robadores y sacrílegos. Con este apoyo no cesó de soplar en Roma el fuego de la sedicion hasta el pontificado de Adriano IV. Este papa forzó á los romanos por un entredicho general á echarlo de sus muros. Halló asilo entre los señores de la Campania que necesitaban valerse de sus principios para cohonestar sus usurpaciones. Pero finalmente, el emperador Federico obligó á estos señores á entregarle á los cardenales, que despues de haberle juzgado como á herege le entregaron al

prefecto de Roma para que le castigase como á sedicioso y turbador del sosiego público. Se le condenó á las llamas en 1155, y sus cenizas se echaron en el Tiber, temiendo que el pueblo simple no las recogiese y honrase como las reliquias de un mártir.

Apenas la secta de los arnaldistas se habia disipado por el justo castigo de su autor, quando se formó otra de nuevo, producida casi de las mismas semillas, y animada del mismo espíritu. Hablamos de la de Pedro Valdo, y uno de aquellos sucesos espantosos para las imaginaciones vivas y sombrias, y que el comun de los hombres mira todos los dias con indiferencia, le dió principio. Varios ciudadanos de Leon se habian juntado en cierto parage, sin duda para tratar de negocios de comercio, quando uno de ellos cayó muerto á sus pies. Pedro Valdo, negociante rico, se conmovió de tal modo con este accidente, que resolvió renunciarlo todo y abrazar la pobreza. Distribuyó sus riquezas entre los infelices que acudieron á él; y teniendo algun conocimiento de la literatura, les explicaba la Biblia en lengua vulgar, deteniéndose principalmente en los pasages en que se recomienda el despego de las riquezas y menosprecio de las cosas terrenas. A fuerza de predicar el desinteres, llegó á persuadirse que sin una pobreza absoluta nadie podia ser discípulo de Jesu-christo. De ahí se seguia que los obispos, los abades, los eclesiásticos y monges, que poseian todos grandes riquezas, y que vivian por la mayor parte en el luxo y la molicie, estaban descarriados, y no merecian el nombre de christianos. Por tanto, Valdo se puso á declamar contra el clero, censurar las costumbres de los eclesiásticos, y inspirar el mayor desprecio de ellos. La iglesia de Leon miró al principio los discursos de Valdo y de sus discípulos como desvaríos de un zelo inconsiderado, y que seria facil atraerlos á la verdad. Pero su secta solo oyó los avisos y censuras del clero como cosas de una autoridad que le era odiosa. Se hizo mas atrevida, y pretendiendo que el ministerio evangélico pertenecia á todos los christianos que son llamados al *Sacerdocio real*, estos novatores, cuyo número se aumentaba de dia en dia, empezaron á predicar en las ciudades y aldeas. Exhortaban á los christianos á la pobreza, y hacian invectivas contra el clero, cuyas riquezas y potestad atacaban.

Habiendo sido inútiles los medios prudentes y suaves

de que la iglesia de Leon se habia valido al principio para reducirlos á los justos límites, el papa Lucio III. los condenó como heréticos hácia el año de 1182 ó 1183. Pero irritados con la justa severidad del pontífice, y despreciando los rayos de la Iglesia, se levantaron con mayor audacia contra la potestad que contra ellos se fulminaba. Añadieron nuevos artículos á su primera doctrina, pretendiendo que la iglesia romana habia dexado de ser la verdadera Iglesia de Jesu-christo desde que poseia b nes temporales, y concluyendo de ahí que solo ellos fo aban la verdadera Iglesia, eran sacerdotes, y tenian el c echo de instruir, derechc usurpado ántes de ellos poi os obispos, y los pastores que se habian hecho indignos renunciando la pobreza que Jesu-christo y los apóstoles habian enseñado. Valdo y sus discípulos habiendo sido echados de la ciudad y territorio de Leon, se derramaron por las comarcas vecinas, en el delfinado, en Saboya, en Piamonte, en el Aubernia y en el Berry. Hallaron protectores por donde quiera que habia señores culpados de haber usurpado los bienes de la Iglesia. Fué preciso tomar las armas para arrojarlos de los asilos que aquellos protectores les habian dado en sus tierras y castillos. Enfurecidos con esta persecucion, y no respetando ya autoridad alguna, se armaron tambien, y cometieron las mas horribles violencias en los paises en que que se habian esparcido. Llegaron, por último, á destruir y trastornar toda la religion, las ceremonias del culto, la invocacion de los santos, la veneracion de las reliquias y de las imágenes, la gerarquía, los sacramentos, y el ministerio sacerdotal. En este estado se hallaba al fin del siglo XII la fanática secta que principió hácia el año 1160. Todavía hablarémos de ella en lo sucesivo, obligándonos las nuevas turbaciones que suscitó en la Iglesia y el estado civil á hacer nueva mencion de ella hasta que se confunde con las demas sectas que de su seno verémos producirse. Se llamó primeramente á los dis ípulos de Valdo los pobres de Leon, en lo sucesivo tu vieron otros nombres, pero aquel porque son mas conocid os y que han conservado, es el de valdenses, ya porque les viniese de su gefe, ya por el lugar de Vaud en el delfinado, en donde habia nacido.

En el mismo tiempo con corta diferencia, es de ir,

baxo el reynado de Alexo Comneno, se habia manifestado en Oriente una secta de fanáticos, cuyos principios poco diversos de los paulicianos, se dirigian á renovar el maniqueismo. Un médico búlgaro, llamado Basilio, fué su autor. Era este un viejo de aspecto venerable, y de una virtud austera; se vestia de monge; tenia un ayre grave y un rostro penitente. Se llamaron estos nuevos sectarios bogomiles, nombre compuesto de dos palabras esclavonas, que significan implorar la misericordia; porque una de sus prácticas ordinarias, era decir siete veces de dia y cinco de noche la oracion dominical para pedir á Dios misericordia. Negaban la Trinidad, condenaban el matrimonio y el uso de la carne, desechaban la Eucaristía, y igualaban el culto de los santos á la idolatría, de que Jesu-christo habia purificado la tierra. Al principio Basilio tuvo solo doce discípulos á quienes llamó sus apóstoles. Los imbuyó en sus opiniones, y los envió por diversos paises á difundirla, pero mandándoles ser circunspectos, y asegurarse de los que se presentasen ántes de manifestarles el fondo de su doctrina. El emperador quiso verle, y conversar particularmente con él. Basilio se prestó á los deseos del príncipe, y le descubrió francamente sus opiniones. Pero Alexo habia hecho ocultar secretarios en un sitio de donde oyesen y pudiesen escribir todo lo que Basilio decia. Algunos dias despues de esta conferencia juntó el emperador al patriarca, al clero, al senado y á los grandes cortesanos. Hizo despues llamar á Basilio, é introducirle en la asamblea. Leyeron todo lo que se habia escrito de sus discursos. Basilio reconoció su doctrina, y ofreció probar todos sus artículos, declarando ademas que estaba pronto á sufrirlo todo ántes que renunciarla. Se emplearon sucesivamente los razonamientos y las insinuaciones para desengañarle, pero todo fué inutil. El sectario permaneció obstinado en sus errores. Le condenaron, pues, á ser quemado, y el emperador aprobó la sentencia: el dia del suplicio fué llevado Basilio al hypodromo, en donde de un lado se habia enarbolado una cruz, y encendido una hoguera del otro; propusieron á Basilio que eligiese, y él prefirió las llamas, esperando que los ángeles, lo que no sucedió, vendrian á librarle. Así pereció aquel fanático, cuyos seqüaces empezaban á formar una secta numerosa.

La doctrina de todas estas sectas solo era en su fondo

un maniqueismo, disfrazado y modificado por la mezcla de algunos nuevos errores, como se ve en los escritores que los han refutado y en los historiadores. Estas diferentes sociedades de fanáticos que inundaban la Francia, despues de haber estado separadas y cada una con su gefe, se unieron en lo sucesivo haciendo un solo cuerpo con los albigenses ó nuevos maniqueos que comparecieron hácia el fin de este siglo. Esta nueva secta la mas formidable que se habia dexado ver en el mundo por el número de los que la formaban, y por el furor de que estaban animados, [illegible]mó á todo el reyno en su defensa y destruccion, causó daños inauditos, y produxo un sin número de crímenes atroces, cuya memoria aun nos hace estremecernos. Aunque nacida en el siglo XII, el órden de los hechos nos obliga á referir su historia en el siguiente, en que pasaron sus principales sucesos. Por este medio evitaremos el inconveniente de truncar la narracion, y separar las cosas que se deben tratar unidas.

Pasemos á hablar de errores ménos groseros y ruidosos. El abuso de la dialéctica, y la mala aplicacion de las sutilezas escolásticas á los objetos de la fe, produxeron los de Abelardo y Gilberto Porretano, de que vamos á dar una idea la mas clara y exâcta que nos sea posible. Abelardo, tal vez el mas bello ingenio del siglo XII., sin exceptuar á san Bernardo, nació en la aldea de Palais, en Bretaña, á tres leguas de Nantes, el año de 1079, de una familia noble y distinguida. Los extravíos de su corazon, sus desgracias, su talento, sus disputas literarias y sus errores, le han hecho célebre entre sus contemporaneos y para nosotros. El gusto de las ciencias y el deseo de saber se manifestaron temprano en él. Fué su primer maestro Roselino de Compiegne, cuyos dictámenes sobre el misterio de la Trinidad habian parecido sospechosos de heregía á los obispos del concilio de Compiegne que le condenaron en 1092. A principios del siglo XII. vino á París para perfeccionarse en las ciencias en la escuela de Guillermo de Champeaux, uno de los mas célebres profesores de aquella capital. Desde los primeros pasos que dió Abelardo en la carrera de las letras, manifestó un espíritu curioso, inquieto, y de una sutileza artificiosa. La dialéctica era la ciencia que á la sazon estaba mas en auge. Todos la estudiaban, porque adquirian en poco tiempo por medio de ciertas formas ge-

nerales y un uso fácil el arte de disputar, que era el gusto dominante en las escuelas. Abelardo que aspiraba á una reputacion igual á la de aquellos doctores, cuyo saber realzaba, hizo de ella su principal estudio. Llegó á ser muy diestro, y conoció mejor que ninguno de su tiempo todas las sutilezas de este arte perjudicial. La teología, que por el método nuevamente introducido en las escuelas estaba estrechamente ligada con la filosofía, solo mereció que se tomase como un estudio subalterno. La amenidad de su ingenio, su penetracion maravillosa, y la suma facilidad con que se expresaba, le habia dado ya á conocer quando abrió una escuela en el monte de santa Genoveva, que aun estaba fuera de los muros de París. En breve Abelardo se vió rodeado de una prodigiosa multitud de discípulos, y el producto de sus lecciones, que entónces se pagaba, le facilitó las dos cosas que mas le agradaban, la fortuna y la fama. Pero una y otra fueron orígen de sus desastres proporcionándole los medios de satisfacer su inclinacion á los placeres. Es bien sabida la historia de su enlace con la célebre Heloisa, y del bárbaro modo con que Fulberto, canónigo de París, tio de esta jóven tan conocida por los encantos de su ingenio y la ternura de su corazon, vengó el honor de su sobrina. Despues de este cruel suceso se retiró Abelardo al monasterio de san Dionisio al mismo tiempo que Heloisa fué á ocultar su dolor en el de Argenteuil, que era entónces una abadía de monjas.

La soledad y el silencio no convenian con el carácter de Abelardo. Un talento vivo y ardiente como el suyo necesitaba un objeto que le fixase, y un alimento que le nutriese. Encontró uno y otro en la nueva escuela que formó en el priorato de Deuil, dependiente de la abadía de san Dionisio. Una multitud innumerable de discípulos acudieron á ella luego que se supo que habia recobrado la facultad de enseñar. Entónces fué quando Abelardo se entregó totalmente al estudio de la teología mas conveniente á su estado. Sus miras en esta nueva carrera fueron hacer servir la dialéctica á la defensa de la religion, y refutar los argumentos que se tomaban de esta ciencia contra los misterios. Escribió con este designio un tratado de la Trinidad, en que se creyó ver opiniones y expresiones contra la fe; pero han estado poco acordes sobre la doctrina que se le reprobaba enseñase en esta obra. Le acusaban

unos de no distinguir bastante las tres divinas personas, y de indicar que solo eran tres denominaciones relativas á los diferentes aspectos, baxo los quales se consideraba en Dios el poder, la sabiduría y el amor. Pretendian los otros al contrario, que desmembraba la divinidad, y que su modo de hablar se dirigia á hacer pensar que habia tres Dioses. Esta contrariedad de opiniones provenia sin duda de los términos obscuros y de las buscadas sutilezas de que se servía para dar á sus ideas un ayre filosófico. Sea lo que fuere, se le citó en 1121 al concilio que se celebró en Soissons, en presencia de Conon, obispo de Palestina y legado del papa. Abelardo compareció, y ofreció aclarar los lugares obscuros de su obra, y retractarse de lo que hubiese podido decir contra la fe. A pesar de sus ofertas se condenó su obra, y se ordenó que él fuese entregado al abad de san Medardo para que le tuviese en estrecha reclusion. Al cabo de algun tiempo le volvieron á enviar al monasterio de san Dionisio, de donde era religioso. Tuvo allí disputas con los monges, porque no queria admitir todo lo que el abad Hilduino habia escrito en el siglo IX. de san Dionisio en su libro intitulado *Areopagética*. Esto se le tuvo por un crímen, y se trató su crítica de incredulidad. Para huir de esta nueva persecucion, se retiró á una soledad de la diócesis de Troyes cerca de Nogent sobre el Sena. Allí construyó un oratorio y una celda, que llamó el *Paráclito*, porque era éste despues de una vida agitada lugar de consolacion y de reposo para él. Heloisa fué á verle con algunas religiosas despues de la reunion del monasterio de Argenteuil á la abadía de san Dionisio, obtenida por el crédito del abad Sugerio, siendo á un mismo tiempo el director y maestro de esta nueva comunidad, en donde se vieron florecer el amor al estudio y la mas exâcta disciplina: por este medio el Paráclito se hizo una abadía de religiosas, cuya abadesa fué Heloisa. Los antiguos discípulos de Abelardo, habiendo sabido el parage de su retiro, acudieron á él de todas partes, y la soledad, que solo habia buscado para ocultarse, contribuyó mas que todo á su celebridad.

La envidia de dos antiguos condiscípulos vino á turbar la apacible vida que pasaba en el seno de las ciencias y de la piedad. Habia escrito dos obras importantes y de profunda discusion segun los principios que se habia propus-

to para tratar de las materias teológicas. En ellas explicaba los misterios y las verdades de la religion christiana, haciéndolas sensibles por comparaciones tomadas de la naturaleza, y combatia con el método filosófico las dificultades que los falsos dialécticos oponian á los dogmas de la fe. Tal es la idea general de la introduccion á la teología y de la teología christiana. Alberico y Lotulpho, que habian denunciado por herege á Abelardo al concilio de Soisson, exâminaron estos nuevos escritos con ojos preocupados y dispuestos á descubrir errores en ellos. Guillermo, abad de san Teodorico, se les juntó sin duda con mas puras intenciones. Este último compendió las obras de Abelardo en 14 proposiciones, de las quales algunas solo contenian opiniones puramente filosóficas. Pero la mayor parte eran condenables, porque casi renovaban los errores de Sabelio, Nestorio y Pelagio. Guillermo envió este compendio y la obra que habia hecho refutando su doctrina á Godofre, obispo de Chartres, y á san Bernardo. Habiendo el abad de Claraval leido estas obras, se conmovió; y no dudando de la buena fe de Guillermo en la analisis que habia hecho de los tratados de Abelardo, le escribió exhortándole á retractarse y corregirlos. Pero éste, que no reconocia sus verdaderas opiniones baxo los colores con que se habian esforzado á pintarlas, lejos de deferir á las exhortaciones de san Bernardo se quejó de él como de un enemigo que desacreditaba su doctrina, y trabajaba en hacerle odioso. Es cierto que san Bernado, entregándose á su zelo, se excedió algo en las cartas que escribió al papa, á los prelados de Roma y obispos de Francia contra los escritos y persona de Abelardo: exemplo bien propio para enseñarnos quanto nos debemos guardar de las impresiones poco favorables á los otros, y de las que se dirigen á condenarlos, y hacer su fe sospechosa. »Si en una alma tan pura é ilustrada como la de san »Bernardo, dice un escritor, que ya hemos citado algu»nas veces, se ha propasado el zelo, quánto no debemos »desconfiar del nuestro nosotros que estamos tan léjos del »desinteres y caridad de aquel grande hombre?» (El abate Pluquet diccionario de las Heregias. T. I. página 9.)

La controversia suscitada entre san Bernardo y el solitario del Paráclito no podia terminarse sino por un juicio eclesiástico. Se hizo, pues, presente al concilio congre-

gado en Sens en 1140. Los dos antagonistas se hallaron en él. Abelardo iba con intencion de pedir se le permitiese explicarse; pero san Bernardo le apuró tan vivamente, y vió los ánimos tan prevenidos contra él, que tomó el partido de apelar al papa, tanto respecto de su persona, como de sus escritos. El concilio creyó debia ceñirse á la doctrina, y condenó las proposiciones sacadas de las obras de Abelardo sin pronunciar nada contra él. La asamblea escribió al pontífice dándole parte de todo lo obrado, é Inocencio II confirmó la sentencia que habia dado.

Antes de ir á Roma para seguir su apelacion, publicó Abelardo una apología atribuyendo en ella á la malignidad de sus enemigos los errores que se le imputaban. Protestaba que jamas habia pensado escribir ni decir nada contra la fe, y que estaba pronto á reformar todo lo que habria podido escapársele condenable é inexâcto. La profesion de fe inserta en esta apología era totalmente católica en todos los puntos, en los quales se le acusaba haber errado. Habiendo así justificado su catolicismo, partió para Roma; pero habiéndose al paso detenido en el monasterio de Cluni, Pedro Venerable suspendió su viage, y le reconcilió con san Bernardo. Edificó á los religiosos con su modestia, dulzura y piedad. Como su salud se habia debilitado por los trabajos y las pesadumbres le enviaron para restablecerse al monasterio de san Marcelo, situado en un lugar delicioso y de un ayre puro sobre el Saona, en donde murió en el mes de Abril de 1142, de edad de 63 años. Su cuerpo fué llevado al Paracleto para ser allí sepultado segun sus deseos. Heloisa le recibió al frente de su comunidad, y el abad Pedro escribió con este motivo una carta, que aun se conserva, dirigida á la abadesa del Parácleto, en que hace justicia á las virtudes y á la erudicion de Abelardo. Nos hemos extendido en este personage, cuyo talento y desgracias le hacen interesante, porque nos presenta un poderoso exemplo de los errores en que se puede incurrir por una imaginacion viva y un corazon sensible, quando no los arreglan la prudencia y la razon.

El espíritu sistemático es tal vez lo que hay mas contrario á la fe, sobre todo quando le guia una dialéctica sutil y aguda, entónces nada hay que no se suponga y conjeture por obtener la gloria de disipar las tin-

blar que cubren los misterios del christianismo, y que le son esenciales. Los errores de Gilberto Porretano acerca de la naturaleza divina son buena prueba de ello. Este teólogo nació en Potiers, y siguió sus estudios con los mas sabios maestros de su tiempo. Despues de haberlos concluido, enseñó en su patria y otros varios parages la filosofia y la teología con extraordinaria reputacion: llegó á ser canónigo de la Iglesia de Potiers, y habiendo vacado la silla de esta ciudad en 1141, fué elegido para ocuparla. Habia ya escrito varias obras, entre otros, comentarios sobre los salmos, sobre las epístolas de san Pablo, sobre los libros de la consolacion de Boecio, y un tratado teológico sobre la Trinidad. El método de que se sirvió era el que reynaba en las escuelas de Occidente desde que se habian adoptado las obras de Aristóteles y los comentarios de Aberroes. Este método consistia, como se sabe, en reducir las ideas á ciertas clases generales, y á colocar los objetos que se trataban en algunas de estas clases que llamaban las categorías, y no eran en realidad sino nomenclaturas sin sentido, generalidades vagas y nociones abstractas de que no se sacaba otro fruto sino el de parecer hábiles sin profundizar nada. Semejante método, que se miraba como la llave de las ciencias, extravió á Gilberto como habia hecho á tantos. Aplicó al misterio de la Trinidad las ideas generales de esencia, naturaleza, substancia, personas, atributos y propiedades. Exâminó las relaciones y las diferencias de todos estos objetos, y como cada uno tenia una distincion propia, concluyó que la esencia divina, la naturaleza, las personas, los atributos y las propiedades eran otras tantas distintas cosas, otras tantas formas, las quales tomadas separadamente no eran Dios. Así la sabiduría, el poder, la bondad, la justicia y de los demas atributos divinos, considerados por sí mismos, no eran una misma cosa con la naturaleza y esencia del ser supremo é infinitamente perfecto; sino que solo la reunion de estos atributos y propiedades era Dios. Infirió de este modo de entender y explicar el misterio, que habia distincion y composicion en Dios, y que siendo la naturaleza divina diferente de las personas, no habia encarnado quando la segunda persona tomó un alma y un cuerpo semejante al nuestro. En estos dos puntos se contenian los errores de Gilberto Porretano.

Hecho obispo este teólogo conservó el sistema que se habia formado estudiando estas obscuras materias, y se le oyó exponer en sus sermones los principios de que se habia imbuido en su estudio. Los dos arcedianos de Potiers, Arnaldo y Calon se escandalizaron de esta doctrina, que se dirigia á dar una falsa idea del misterio de la Trinidad presentándole con expresiones de que la Iglesia jamas se habia servido, y que aniquilaba el misterio de la Encarnacion reduciéndole á una simple apariencia, ó solamente á la union de las propiedades personales del Hijo de Dios con la naturaleza humana. Denunciaron, pues, estos errores al papa Eugenio III, que estaba para ir á Francia. A su llegada convidó este pontífice al obispo de Potiers á que asistiese á una asamblea de prelados que debia celebrarse en París el año de 1147. Se exâminó en ella su doctrina, pero nada se concluyó, dexándose el asunto para exâminar con mas madurez, para el concilio que se celebró el año siguiente en Reims en presencia del papa y de los cardenales de su comitiva. San Bernardo se halló en él, y apuró vivamente al obispo acusado, que no ocultó sus sentimientos, porque no los consideraba sino como un modo de explicar el misterio, que nada tenia de reprehensible. Pero el santo abad de Claraval mostró con mucha sutileza y eloqüencia el riesgo de las proposiciones que Gilberto habia producido tales como estas: la esencia de Dios, su divinidad, su naturaleza y su sabiduría no son Dios; y esta otra, la naturaleza divina no encarnó. Despues de largas discusiones, los cardenales que acompañaban al papa querian se dexase la cosa indecisa, para reservarse el juicio con exclusion de los obispos. Los arzobispos y obispos para impedir esta usurpacion de sus derechos hicieron una profesion de fe contraria á los errores de que Gilberto habia sido convencido, y la presentaron al papa. Habiéndola Eugenio recibido, obtuvo sin dificultad una retractacion del obispo de Potiers, que subscribió sinceramente á la condenacion de su doctrina y escritos. Su docilidad reparó su culpa en presencia del concilio y de toda la Iglesia. Sus discípulos le imitaron, y sus errores no causaron turbacion alguna. El término apacible que tuvo este negocio, sin duda nació en parte de que las ideas de Gilberto eran demasiado abstractas, y demasiado sutiles para que las

adoptasen muchas personas, y para excitar en los ánimos aquel calor y tenacidad que forman y eternizan las sectas.

ARTICULO IX.

Personages ilustres por su santidad; fundacion de algunas nuevas órdenes religiosas y militares.

El siglo XII, época de la restauracion de las ciencias en Occidente, aunque las tinieblas de la ignorancia cubriese todavía una parte de la Europa, vió tambien aparecer con esplendor varios ilustres personages de eminentes virtudes y extraordinarios dones del cielo. La providencia los oponia á la corrupcion del siglo y á la multitud de escándalos que continuaban en inundar la Iglesia. Vamos á dar una succinta idea de algunos de estos varones prodigiosos que la gracia se complacia en formar para gloria de la religion, refiriendo los hechos mas notables y edificantes de su historia.

San Malaquías, por quien comenzamos, nació en la ciudad de Armach en Irlanda, de padres nobles, y fué educado allí mismo en las ciencias y la piedad por un varon santo llamado Imario, cuya vida era muy austera. Este inspiró á su discípulo el amor al retiro, penitencia y oracion. Los progresos que Malaquías hizo en la virtud fueron tan notables, que mereció se le elevase al diaconado, y despues al sacerdocio ántes de la edad prescrita por los canónes. Hecho sacerdote, el arzobispo de Armach para unirle mas estrechamente á su Iglesia y á su persona, le confió una parte de su autoridád con el título de vicario. En este puesto trabajó Malaquías con actividad en la instruccion del pueblo, que era ignorante, grosero, superticioso y casi bárbaro. Por sus cuidados en breve se vió esta Iglesia mudar de aspecto. La luz, la piedad, la pureza de costumbres, la decencia y el fervor en los exercicios públicos de la religion sucedieron á los vicios, escándalos y prácticas suspersticiosas que se habian introducido por la negligencia de los prelados.

Estos desórdenes dimanaban de otro mas condenable y opuesto á las santas reglas. La silla de Armach se habia hecho como hereditaria en una familia poderosa, que la

conservaba cerca de 200 años habia. El actual arzobispo la habia obtenido en conseqüencia de este abuso, y conociendo quan digno era de condenarse, resolvió cortarle. Para el mejor éxîto señaló á Malaquías por su sucesor, y mandó, por consejo de san Patricio, cuyo nombre era tan venerado en toda Irlanda, que se le eligiese despues de su muerte. Quando se verificó, se cumplió la voluntad del arzobispo; pero Malaquías, ya obispo de Conclet, no quiso dexar su Iglesia, ni encargarse del gobierno c la de Armach, sino por el tiempo que se necesitase para tinguir los abusos, y restablecer el buen órden. La f ilia que se hallaba en posesion de esta silla hizo los ma ores esfuerzos para conservarla, y suscitó sucesivamente dos competidores á Malaquías; pero los obispos, los hombres sensatos, y generalmente todos los que conocian sus calidades eminentes, desvanecieron todos los obstáculos que le impedian exercer su zelo. Quando este varon santo tuvo reparados los males que en una larga serie de años, po la negligencia de los obispos y su abandono de las obligaciones del episcopado, se habian originado en esta Iglesia, le buscó un pastor capaz de continuar la reforma de costumbres que habia comenzado, y se restituyó á su primera Iglesia. Allí se proponia vivir en el retiro, y entregarse á la inclinacion que Dios le habia dado á la austeridad y la penitencia; pero con la celebridad que le habian adquirido sus virtudes, se atraia una multitud prodigiosa de personas de todos estados que iban las unas á consultarle sobre casos de conciencia, y otras á obtener por sus oraciones la curacion de sus enfermedades. Para librarse de estas importunidades, y dar noticia al papa del estado de la iglesia de Irlanda, emprendió el viage de Roma. Al pasar por Francia se detuvo en Claraval, y contraxo una amistad muy estrecha con san Bernardo. Su inclinacion á esta devota soledad era tanta, que pidió como especial gracia al papa Inocencio II el permiso para acabar allí sus dias. Pero conociendo el pontifice quan útiles eran á la iglesia de Irlanda el zel y los exemplos de un hombre tan lleno del espíritu apost lico, no le permitió renunciar la conducta de las almas.

Quando Malaquías volvió á su patria, aumentando su poder el título de legado que Inocencio II le habia dado, redobló sus trabajos y su ardor por la extirpacion de los

vicios y restablecimiento de las buenas costumbres. Habia dexado en Claraval algunos de sus discípulos para aprender las reglas de aquella santa casa, é informarse de las observancias monásticas. Quando estuvieron bastante instruidos, los llamó sirviéndose de ellos para fundar el monasterio de Milifont, que formó en lo sucesivo varias casas de santos religiosos en Irlanda. Malaquías, lleno siempre de la austeridad de Claraval, y esforzándose á imitar los grandes exemplos de virtud de que habia sido testigo, era por la santidad de su vida el modelo de los mas santos monges. De esta suerte gozaba de toda la consideracion debida á su virtud. Se recibian sus órdenes como las del cielo, y sus sentencias se recogian como otros tantos oráculos. Sostenia Dios con el don de milagros y el espíritu de profecía la autoridad que le habia grangeado para provecho de los fieles. San Bernardo, que escribió su vida, refiere un gran número de exemplos, de que sale por fiador como testigo de vista, siéndolo tambien de la santa muerte de aquel grande obispo. El deseo de ver al papa Eugenio III, y de consultarle sobre varios puntos relativos al gobierno de la iglesia de Irlanda, le conduxo de nuevo á Claraval, en donde debia terminar su vida y sus trabajos. Algunos dias despues de su arribo enfermó, y todo el tiempo de su enfermedad fué una continua prueba de paciencia, de humildad, de contemplacion, de dulzura y resignacion. Murió en fin como lo habia predicho el 12 de Noviembre de 1148. Su memoria recibió de la boca de san Bernardo, su amigo, el justo tributo que merecia, y todos los moradores de Claraval, que le habian conocido y admirado, juntaron sus elogios á los del abad. Se atribuyó á san Malaquías una profecía acerca de los papas, desde Celestino II, hasta el fin del mundo; pero es supuesta, y se sabe que la fabricaron largo tiempo despues, en un cónclave que se tuvo en 1190, los partidarios de un cardenal llamado Simoncelli, queriendo elevarse á la santa sede.

La iglesia de Irlanda produxo ademas en este siglo un santo obispo, cuyas luces y fatigas contribuyeron mucho á purificar la religion, y á extender en su patria el reyno de Jesu-christo. Se llamaba Lorenzo, y su padre Mauricio, era uno de los mas distinguidos señores de la isla. Tenia este muchos hijos, y queriendo desti-

nar uno á la Iglesia, suplicó al obispo de Glindalac que lo sortease; Pedro Lorenzo dixo que era inútil emplear este medio, que él habia tomado su partido, y se dedicaba á Dios voluntariamente para solo pensar en él. Se educó el jóven Lorenzo de un modo propio de su destino en el estudio de las letras y prácticas de piedad. Sus progresos en ambas carreras fueron tan rápidos, que á la edad de 25 años se le nombró superior de los monges que componian el clero de la iglesia de Glindalac. En este cargo se conduxo con la prudencia y madurez de un anciano. Esta sabiduría y experiencia anticipadas que le hacian tan apto para el gobierno espiritual, hicieron fixar en él los ojos para ocupar la silla de Glindalac; pero su humildad fué causa de que rehusase tan constantemente aquella dignidad, que se eligió á otro. Algun tiempo despues no pudo evitar de ser electo obispo de Dublin por mas que se resistió. En este cargo, de que conocia todo el peso, redobló los cuidados y desvelos para servir de modelo en todas las virtudes al rebaño que Dios le acababa de confiar. Reformó su cabildo, estableció en él la regularidad, tomando él mismo el hábito de canónigo reglar, y abrazando su instituto. Asistia á todos los oficios, aun á los nocturnos, comia en el refectorio, y siguiendo con toda estrechez las prácticas de mortificacion dictadas por la regla, se abstenia del uso de la carne en todo tiempo. Todos sus momentos empleaba de tal modo, que apénas le quedaba lugar para conceder á la naturaleza algun descanso. Dividia su tiempo entre la enseñanza de su pueblo y los exercicios de caridad y oracion, que eran el orígen de su zelo y fortaleza.

Habiendo sido la ciudad de Dublin sitiada, rendida y saqueada, este pastor compasivo y zeloso se dedicó sacrificando su vida al cuidado de los pobres y heridos; les procuraba los auxîlios y consuelos de una caridad fecunda en recursos; y quando no podia libertarlos de la muerte, conseqüencia funesta é inevitable de sus heridas ó de su miseria, los sepultaba con sus propias manos. Los asuntos de su Iglesia le determinaron á emprender un viage á Roma; haciéndose admirar en esta capital del mundo christiano por su profundo saber y por el espíritu de Dios, de que estaba inflamado. El papa Alexandro III le honró con el título de legado apostólico de toda la Irlanda, título que

san Malaquías habia ya tenido. El obispo de Dublin solo se sirvió de esta nueva dignidad y el poder que le daba para trabajar con mas eficacia en corregir los abusos, destruir la superstición popular, y reformar el clero. Afligió en su tiempo á la Irlanda una horrible hambre, que le dió una nueva ocasion de manifestar su inmensa caridad. Mantenia á todos los pobres que imploraban su auxîlio: Las madres que no podian sustentar á sus hijos los llevaban á su puerta, á los que hacia recoger y dar todo lo necesario á su subsistencia. Le llevaron hasta 200, que fueron cuidados y nutridos por su órden. Murió este santo obispo año de 1181 en Normandía, adonde habia ido á ver á Henrique II, rey de Inglaterra, para reconciliarle con el rey de Irlanda. Así la última accion de su vida fué un efecto de aquella tierna caridad, verdaderamente pastoral, en que siempre se habia empleado.

Ya hemos hablado de santo Tomas de Cantorberi, con motivo de sus diferencias con el rey de Inglaterra, Enrique II.; pero este es el lugar mas propio de dar á conocer este grande obispo. Tomas Bequet, que así se llamaba, nació en Londres en 1117; su familia era de una mediana condicion, y si llegó á los primeros cargos del estado y de la Iglesia, no lo debió sino á su mérito. Su madre le educó en las máxîmas de la piedad, y de una tierna devocion á la sagrada Vírgen. Habiendo concluido sus estudios en Oxford y en París, el arzobispo de Cantorberi, que conocia las calidades de entendimiento y de corazon de que estaba Tomas dotado, le confirió el arcedianato de su iglesia, para tenerle cerca, y emplearle en el gobierno de su diócesis. Hizo varios viages á Roma por órden de su prelado, para tratar con el pontífice diversos negocios concernientes á las iglesias de Inglaterra, cuya primacía estaba, como se sabe, anexa á la silla de Cantorberi. Adquirió en aquella corte mucha estimacion por su prudencia y capacidad. Durante su mansion en Italia se aplicó á estudiar las leyes, volviendo á su patria mas capaz de servirla por los nuevos conocimientos que habia adquirido. Habiendo vacado el empleo de canciller de Inglaterra, el primado que tenia mucho influxo sobre Enrique II., le propuso á Tomas para ocupar este puesto eminente. El rey vino en nombrarlo, y el nuevo canciller mostró tanta prudencia en su conducta, descendiendo con

tanto ardor y aplicacion á todos los por menores de su empleo, y llenó todas sus obligaciones con tanta exáctitud y desinteres, que sus mismos émulos hicieron justicia á su talento y probidad. Viviendo en la corte en medio de los placeres no perdió sus costumbres; cercado de quanto puede inspirar el orgullo y el desórden, conservó la modestia y la frugalidad, el alejamiento del fausto y la molicie, sin olvidar por esto la decencia propia de su estado; una firmeza inflexîble á las mas poderosas solicitudes y el amor á la equidad, caracterizaban todas sus acciones. De este modo exerciendo la primer magistratura manifestó las virtudes de un obispo, cuya dignidad obtuvo bien presto.

El arzobispo de Cantorberi murió en 1161, y á lo último de su vida habia pedido al rey que le diese un sucesor capaz de hacer el bien que no habia sabido sino desear, y remediar los males que él no habia podido curar. Los grandes, el pueblo y toda la nacion fixaron los ojos en el canciller, como él único que era digno de aquella gran silla. El rey pensaba del mismo modo, y se le declaró así á él. Este que conocia el carácter vehemente de Henrique, y la imposibilidad que tendria de conservar la amistad de este príncipe cumpliendo con su obligacion de arzobispo y primado, empleó las mas fuertes razones para persuadirle eligiese á otro: sin embargo, Henrique insistió, y Tomas fué consagrado; pero lo que habia previsto no tardó en verificarse. Henrique combatió los derechos de la iglesia Anglicana, y los privilegios de la silla de Cantorberi. Resistió Tomas á todas las injusticias del príncipe con todo el valor é intrepidez de un espíritu elevado, que solo conoce las reglas de su obligacion. Los envidiosos y aduladores de que las córtes estan llenas, se aprovecharon de estos principios de enemistad entre el monarca y el primado, para abrazar al uno y perder al otro. En breve hicieron concebir á Henrique un odio implacable á Tomas, y que abiertamente le persiguiese y al corto número de valeroso obispos que se le habian unido. Pues la mayor parte de ellos, esclavos del favor ú oprimidos del miedo, le abandonaron cobardemente; llegando su baxeza y el olvido de su obligacion hasta condenar formalmente á un prelado que solo se habia desgraciado con el príncipe, por haber defendido las prerogativas é inmu-

nidades de la Iglesia, cuyo interes les era comun; pero ni esto ni los ultrajes de los cortesanos trastornaron su zelo. Abandonado de todos, y con la idea de que padecia por la justicia, dexó su patria yendo á buscar un asilo entre los extrangeros. La Francia le recibió con la estimacion debida á sus virtudes, y la abadía de Pontiñi tuvo por gloria servirle de refugio. Vivió Tomas entre los piadosos moradores de esta soledad, como si nunca hubiera tenido otros exercicios ni obligaciones que los de la vida religiosa. Las tramas de los enemigos que tenia en la corte de Inglaterra, y las amenazas del rey, le suscitaron asechanzas en la órden de los cistercienses, que le habia dado acogida, y de parte de los cardenales de que muchos se declararon contra él; pero su fortaleza jamas le desamparó, y su esperanza se fundaba en Dios, mas poderoso que todas las potestades de la tierra.

Todas las esperanzas parecia se habian agotado, y Tomas proscrito, sin defensores y sin asilo, se veia próxîmo á ser víctima de la venganza de un príncipe que no sabia desconfiar de sí mismo, ni de los que le aconsejaban, quando se reconcilió con su soberano por mediacion del rey de Francia y de algunos obispos. La reconciliacion pareció sincera por parte de Henrique, que dió al santo arzobispo todos los testimonios de una amistad tierna y del aprecio debido. Pero esta union de que Tomas pensaba aprovecharse para reparar los desórdenes que la division habia introducido ó fomentado, no duró mucho tiempo. Las mismas pretensiones renovadas por el príncipe y la misma inflexîbilidad del prelado, volvieron á poner las cosas en peor estado que nunca. Henrique altivo y violento se abandonó á los enagenamientos que muchas veces le arrebataban, y en su cólera exclamó que era bien desgraciado en no hallar entre tantos como habia colmado de beneficios un vasallo fiel que le librase de un rebelde eclesiástico que turbaba su reyno. Estas palabras, cuyas resultas no conocia Henrique, ocasionaron la muerte del primado. Quatro cortesanos que creyeron asegurar su fortuna lisonjeando los deseos del monarca, y desembarazándole de un hombre á quien aborrecia, privaron de la vida al santo arzobispo, al tiempo que oraba en su Iglesia en medio de su clero. Tal fué el fin de aquel grande hombre. Su muerte acaeció en el mes de Diciembre de 1170

estando en la edad de 54 años y 9 de episcopado. Justificó Dios su zelo y hizo su apología, si se puede hablar de este modo, con los milagros que se obraron en su sepulcro. La paciencia de este grande obispo, y su valor heroico en medio de una tormenta en que apénas tuvo defensores, es uno de los mejores exemplos que se pueden presentar á la virtud perseguida, y á los que sufren por la causa de la Iglesia.

Uno de los mas grandes obispos de este siglo fué san Pedro de Tarantesa, nacido año de 1102 en una aldea de la diócesis de Viena, en el delfinado. Eran sus padres de obscura condicion, pero de una virtud eminente. Habiendo Pedro hecho sus estudios, entró en el clero; pero el deseo de una vida mas perfecta le hizo abrazar el estado monástico en la abadía de Valbuena, del órden del Cister, 5 leguas de Viena. Habiendo pasado diez años en este monasterio, y desempeñado diferentes cargos con prudencia y edificacion, le destinaron sus superiores á gobernar la abadía de Tamies, diócesis de Tarantesa. Exerció en este monasterio, aunque pobre, dos virtudes que habia heredado de sus padres, la caridad con los pobres y enfermos. Habia fabricado un hospital para recibirlos, en donde les prodigaba los mas tiernos cuidados. Amadeo III, conde de Saboya, que le estimaba singularmente, hacia dar por mano de este santo abad parte de sus limosnas, asegurado de que adquirian nuevo mérito para con Dios por el sabio destino que las daba. Habiendo vacado la silla episcopal de Tarantesa, fué elegido para ocuparla el abad Pedro. Pero fueron menester toda la autoridad de san Bernardo, y las órdenes del capítulo general del Cister, para obligarle á ceder á los deseos del pueblo y del clero. La dignidad de que acababa de revestirse no le hizo mudar en nada su género de vida. Su hábito, su alimento, sus muebles, y todas las cosas de su uso eran las mismas que ántes; y resarcia los exercicios religiosos que no podia practicar con oraciones y penitencias que hacia.

Halló su Iglesia en un estado lastimoso, un pueblo mal instruido, un clero mal disciplinado, los estudios desatendidos, los sagrados oficios casi abolidos, las rentas eclesiásticas usurpadas, y muchos templos próxîmos á arruinarse. Todos estos objetos exercieron su zelo á un mismo tiempo, y dentro de poco hizo tan maravillosas mudan-

zas que el pueblo y el clero presentaron la imágen de una Iglesia enteramente nueva. Sus cuidados se dirigieron principalmente hácia los ignorantes pecadores, los pobres y enfermos; instruia los unos, movia y convertia á los otros, y su caridad, fecunda en recursos, socorria y consolaba á todos los menesterosos. El santo prelado se habia encargado contra su voluntad del gobierno de la iglesia de Tarantesa, y el temor que aquel peso le habia inspirado no hizo sino aumentarse Su corazon amaba siempre la soledad y no tenia otros momentos agradables que los que pasaba léjos del tumulto y de los negocios. Este amor al retiro se avivó tanto, que tomó en fin la resolucion de dexar su diócesis para ocultarse en algun remoto monasterio, en donde esperaba vivir desconocido. Partió, pues, una noche á escondidas de su clero para verificar su designio. Se ignoró su paradero hasta que un jóven de su diócesis viajando por Alemania, habiendo pedido hospedage en un monasterio del órden del Cister, halló al santo obispo confundido con los demas monges. Este jóven le dió á conocer; de improviso los monges se echaron á sus pies mirándole como á un santo, y pasmados le persuadieron que Dios no le queria entre ellos. Por mas que este suceso le afligiese, conoció debia sacrificar su gusto á su deber, y despidiéndose de aquel santo lugar lleno de lágrimas, se restituyó á su Iglesia. El papa Alexandro III le estimaba tanto, que le hizo pasar á Italia para trabajar en la extincion del cisma que entónces despedazaba la Iglesia. Despues de haber el santo obispo correspondido á las intenciones del pontífice segun su zelo, quiso volverse á su diócesis; pero enfermó en el camino, y murió el año de 1174, á los 73 de edad, en el monasterio de Belleval, diócesis de Besanzon, en donde se habia visto precisado á quedarse.

Dos religiosas hubo célebres en este siglo por los dones extraordinarios con que el Espíritu Santo se dignó enriquecerlas, y por las exquisitas luces que les comunicó. Una de estas ilustres vírgenes fué santa Hildegarda, abadesa de monte san Ruperto, diócesis de Maguncia: la otra santa Isabel, que habia abrazado la vida monástica en el monasterio de Schnouge, diócesis de Tréveris. Ambas adquirieron grande reputacion por las particulares gracias que Dios les concedió, y por sus revelaciones que

hicieron mucho ruido en la Iglesia. Las de santa Hildegarda fueron despues de un maduro exámen aprobadas por san Bernardo y por el papa Eugenio III sobre la relacion que el santo abad de ellas le hizo. Pero no sucedió lo mismo con las que se esparcieron con el nombre de santa Isabel, que no sostienen igualmente los ojos de la crítica á causa de muchos hechos contrarios á la verdad de la historia, de que estan entretexidas, fuese que las hubiese introducido la persona de que se sirvió para recopilarlas, fuese que ella no supiese distinguir las inspiraciones del Espíritu Santo y los efectos de la imaginacion. Sin duda por esto Gregorio XIII en la reforma del martirologio romano hizo suprimir todo lo concerniente á las revelaciones de esta piadosa muger.

Entre los santos personages que la Iglesia de Francia produxo en este siglo, hubo algunos, cuyas fatigas influyeron en las edades posteriores por las órdenes religiosas que instituyeron, y los piadosos establecimientos que fundaron. Vamos á señalar los que vinieron á ser mas importantes en lo sucesivo y útiles á la religion, ciñéndonos siempre á los límites que prefixa nuestro plan.

El monasterio de Molesmo, diócesis de Langres, solo contaba 20 años desde su fundacion, y ya el relaxamiento se habia introducido en él con las riquezas. Roberto, Esteban y algunos otros religiosos de aquella casa, afligidos de ver que el silencio y el espíritu de oracion y de recogimiento estaban desterrados de ella, resolvieron buscar en otra parte un retiro en que pudiesen observar la regla de san Benito que habian profesado. Se establecieron, pues, en un bosque, á cinco leguas de Dijón, y allí edificaron un monasterio llamado Cister, palabra que segun se dice trae su etimología de varias cisternas que hicieron para su uso los primeros moradores de aquella soledad. Esta fundacion fué en el año de 1098, y se perfeccionó con los beneficios de Oton I, duque de Borgoña, de Hugo, arzobispo de Leon, y Gotfero, obispo de Chalons. Estando este nuevo monasterio en estado de recibir los 21 religiosos que habian salido de Molesmo con Roberto, le eligieron por su primer abad le sucedió san Alberico, á este el beato Estevan que habia contribuido con tanto zelo á formar aquel santo establecimiento del qual le nombraron abad, al duodécimo año de su fundacion, es-

to es, el de 1110. Baxo la direccion de este varon santo, tomó el monasterio del Cister una forma mas sólida que la que habia tenido en sus principios, y la célebre órden de que fué cabeza, echó los cimientos de la grandeza á que llegó con el tiempo. Desde entónces empezó á extenderse por algunas colonias, que de allí salieron, principalmente por la de Claraval, de que san Bernardo fué la guia y fundador.

Antes que llegasen al Cister los religiosos conducidos de Roberto, era esta soledad un espantoso desierto, solo habitado de reptiles y fieras. En breve mudó de aspecto por el trabajo y actividad de los religiosos que lo habian escogido por asilo. Pero no le cultivaban para enriquecerse; solo pedian á la tierra lo puramente necesario, y el fruto de sus sudores que les sobraba lo empleaban en sustentar á los pobres. Su vida era tan austera, y su amor á la religiosa pobreza era tal, que á excepcion de los cálices para ofrecer el santo sacrificio de la misa, no tenian mas plata en su Iglesia. Las cruces eran de madera, los incensarios de metal ó de fierro, los ornamentos sacerdotales de lana ó hilo. Para conservar el precioso tesoro de la pobreza, habia roto el abad Esteban todo comercio con las personas de afuera, y aun con el duque de Borgoña, hijo del que habia contribuido á la fundacion del monasterio. Esta total separacion del mundo reduxo muchas veces á la comunidad á carecer de pan, y habiendo perdido el beato Esteban gran número de religiosos que fallecieron, temió ver su instituto aniquilado casi en la cuna, y tal vez hubiera sucedido si san Bernardo con 30 compañeros que habia ganado para Dios, no hubiera vuelto á poblar este monasterio en 1113. Tales fueron los débiles principios de esta órden, que despues se propagó por toda la Iglesia, y cuyo general, á pesar de muchas supresiones, extiende aun su jurisdiccion sobre 1800 monasterios de hombres, y casi otros tantos de mugeres.

El órden de Fuente-elbrando, establecida en este siglo sobre un nuevo plan, debe su orígen á san Roberto de Albriselles. Este personage extraordinario nació en un pueblo de la diócesis de Rennes, de que tomó el nombre. Despues de haber hecho en París sus estudios distinguiéndose en ellos, pasó á la ciudad de Angers, en donde hizo una vida muy austera, no teniendo otra ocupacion que

la de orar y meditar las santas escrituras. Se dedicó despues al ministerio del púlpito, exerciéndole con tan buen suceso, que el papa Urbano II que le oyó, le mandó se consagrase únicamente á la predicacion, cuyo talento habia recibido de Dios, y á predicar en todo lugar. Tenia el don particular de intimidar los pecadores, y de mover las conciencias mas endurecidas. Pocos de estos oian sus sermones que no se convirtiesen. Reprehendia con tanta libertad como fortaleza los vicios de los sacerdotes y superiores eclesiásticos. El animoso zelo con que habló contra los prelados que vivian en la opulencia y las delicias le acarreó censuras bastante vivas que con un poco de mas dulzura hubiera evitado. La muchedumbre de los que dexaban el mundo en fuerza de sus exhortaciones le seguian por todas partes adonde iba á predicar. Este séquito numeroso y confuso acarreaba grandes inconvenientes á causa de la dificultad que muchas veces habia en separar los dos sexôs, de modo que se evitasen los escándalos. El piadoso misionero lo conoció en tiempo; y para obviar el mal que podia resultar, resolvió fixar sus discípulos de ambos sexôs en un lugar en donde se les pudiese sujetar á una disciplina exâcta, y á una vida conforme á la ley y á la virtud. Halló Roberto en los confines de la Turena y del Poitou un sitio propio para executar su designio. Este era un desierto llamado Fuente-elbrando, y habiendo comprado á su dueño aquel terreno, echó en él los fundamentos del célebre monasterio, orígen y primer casa de su instituto. Dividió los dos sexôs, de modo que las mugeres consagradas á la piedad y exercicios interiores estaban servidas por los hombres encargados de los cuidados externos y de la administracion temporal.

Al principio el beato Roberto gobernó por sí mismo las diferentes casas de su órden, porque se formaron durante su vida muchas por el modelo de la de Fuente-elbrando. Pero en lo sucesivo queriendo dar la última mano á su obra, y una forma constante á su instituto, despues de haber consultado varios obispos y abades á quien habia juntado para tomar sus dictámenes, puso una abadesa para el gobierno de la órden, y de quien debian depender todos los monasterios. Petronila de Craon de Chemillé fué elegida para este cargo, al qual estaba unida la superioridad general. Lo que hubo de particular en este ins-

tituto, y lo que le distinguia de las demas órdenes fué que Roberto quiso que los religiosos viviesen sujetos á las religiosas, mirándolas y sirviéndolas como á sus madres, como san Juan á quien Jesu-christo mandó al espirar que mirase á la santa Vírgen como á su madre. Por esta razon la santa Virgen debia ser el modelo de las religiosas de Fuente-elbrando, y san Juan el de los religiosos. Despues de haber tomado las medidas convenientes para el gobierno y estabilidad de su instituto, murió el bienaventurado Roberto de Arbrisella, en el priorato de Orsan en el Berry, por el mes de Febrero de 1117. Su cuerpo fué llevado á Fuente-elbrando para ser allí sepultado segun sus deseos.

Una virtud tan resplandeciente como la de Roberto de Arbrisella no podia dexar de ser vituperada de la malignidad de los mundanos. Su zelo por la conversion de las mugeres, y el cuidado que tuvo de conducirlas por el camino de la piedad, ofrecieron á sus émulos el mismo pretexto para calumniarle de que se habian servido los de san Gerónimo para desacreditarle. Con este fin esparcieron voces que se dirigian no ménos que á hacerle pasar por un hipócrita que ocultaba una horrible corrupcion baxo el velo de la virtud. Dos respetables varones de su tiempo, Godofre, abad de Vandoma, y Marbodo, obispo de Rennes, le escribieron, no porque le creyesen capaz de lo que se le imputaba, y sí solo para participarle lo que se esforzaban en hacerle ridículo. Estas cartas transmitidas á nuestros dias han dado lugar á renovar las acusaciones formadas durante su vida por unos hombres que seguramente eran tan enemigos de la virtud y piedad como suyos. Para desvanecer estas acusaciones aun mas absurdas que odiosas, basta decir que los mayores personages del siglo de aquel piadoso fundador, papas, reyes, prelados, abades y escritores distinguidos han elogiado á qual mas sus costumbres y procederes.

El siglo XI habia visto instituirse otra órden de que hemos diferido tratar hasta ahora, porque no tuvo forma regular hasta el siguiente, y no recibió de Adriano IV el sello de la aprobacion de la santa sede hasta 1156. Esteban, hijo del vizconde de Tiers en Auvernia, fué su fundador. Este santo personage nació en el palacio de Tiers en 1046. Su padre le llevó á Italia de la edad de 12 años,

y le confió á Milon, arzobispo de Benevento, prelado muy virtuoso, que se complació en formar el corazon de su discípulo, y en cultivar las disposiciones favorables que en él veia. Destinó al jóven Esteban al servicio de la iglesia, haciéndole pasar por todos los grados de la clerecía hasta el diaconado. Muerto Milon pasó Esteban á Roma donde permaneció 4 años, al cabo de los quales volvió á su patria, y despues de haber estado allí algun tiempo, se retiró á la montaña de Muret, diócesis de Limoges. Fabricó una choza de ramas de árboles metidas en las rocas y enlazadas entre sí. Allí vivia solo en una continua oracion y una penitencia muy austera, olvidandose muchas veces de las necesidades de la naturaleza, y no sustentándose sino con un poco de pan grosero que los pastores de la comarca le llevaban. Su fama se esparció poco á poco, y varias personas llamadas de Dios se le juntaron, consagrándose á un mismo género de vida. El los dirigió mas con el exemplo que con las exhortaciones y los preceptos. El retiro, el silencio y la pobreza eran la basa del edificio de perfeccion que levantaba, reduciéndose á estos tres puntos los consejos que daba á sus discipulos. Cerca de 50 años vivió en aquella soledad sin salir de su celda, y sin romper el silencio á no ser en caso de extrema necesidad. Hacia el fin de su vida, yendo á visitarle dos cardenales legados de la santa sede, le preguntaron si era canónigo, monge ó ermitaño. Nosotros no somos, respondió el humilde solitario, sino unos pecadores que trabajamos en obtener la misericordia de Dios; no merecemos el nombre de canónigos, monges ni ermitaños, porque no tenemos sus virtudes; pero habiendo dexado el mundo y su corrupcion, esperamos que Jesu-christo nos mire con indulgencia el dia del juicio. Murió este santo fundador en el mes de Febrero de 1124, de edad de 78 años.

A poco de haber muerto Esteban, los monges de Ambazac inquietaron á sus discípulos alegando que aquel territorio les pertenecia. Estos religiosos, que nada tenian sobre la tierra, se guardaron bien de entrar en contestaciones; pero para evitar qualquiera dificultad abandonaron aquel sitio, y se retiraron á otro. Era este un monte llamado Grandmont. Llevaron consigo el cuerpo de san Esteban, y de aquel lugar tomó su nombre la órden. Pare-

ce que los primeros moradores de aquella nueva soledad vivian como eremitas, no teniendo al principio otra regla que las sabias máxîmas y piadosos exemplos de su fundador, conservados por tradicion. Pero hácia el año de 1150 se puso por escrito lo que se habia hasta entónces practicado, y esta coleccion de observancias fué la regla de todas las comunidades que se formarón sobre el modelo de la de Grandmont. Esta congregacion se gobernó por pr... es hasta mediados del siglo XVI, que su prelado obtu... el título y la dignidad de abad.

La órden de los premonstratenses, que se multiplicó tan rápidamente en toda la Europa christiana, sobre todo en Alemania, debe tambien su orígen al siglo XII. San Norberto su fundador era de una familia ilustre, y poseia grandes rentas. Nació en Santen en el pais de Cleves, el año de 1080. Siguió sus estudios distinguiendose en ellos, y entró en el clero; pero sus miras é inclinaciones nada se conformaban con la santidad de su estado, aunque habia recibido la órden de subdiácono. Amaba el fáusto, la disipacion y los deleytes. Con todo rehusó el obispado de Cambray que el emperador, que era su pariente, le ofrecia, no por desinteres y espíritu de religion, sino por no dexar los pasatiempos del siglo, y renunciar á su libertad. Su elevado nacimiento, las gracias de su espíritu y de su persona, que era noble y aliciente, le daban mil ocasiones de perderse. De este modo le ocupaban totalmente las dulzuras de esta vida, estando la contemplacion de la futura muy léjos de su corazon. A pesar de esto la divina misericordia teniá grandes miras respecto de él, y los medios de que se sirvió para convertirle son bien semejantes á los que empleó para mudar á san Pablo de enemigo de Jesu-christo en apóstol. Norberto caminaba un dia seguido solo de un criado, y atravesaba un risueño prado, quando de repente se cubrió el cielo de nubes, y los truenos hacian un ruido espantoso. Cayó un rayo á sus pies, y el caballo se echó en tierra. Espantado y medio muerto de miedo estuvo cerca de una hora sin sentido. Vuelto en sí, no pensó sino temblando en el riesgo de que habia escapado, no tanto por la vida del cuerpo, como por la del alma. Desde aquel punto resolvió consagrarse enteramente á la virtud, y emplear su talento en solo la gloria de Dios. Habiendo participado sus nuevos pensamientos al

Arzobispo de Colonia, le pidió las sagradas órdenes, recibiendo á un mismo tiempo el diaconado y el sacerdocio, por una violacion de las reglas canónicas que el vivo ardor de su zelo no le permitió conocer entónces, pero que toda su vida le causó remordimiento á pesar de la absolucion que el papa le dió despues.

Norberto, enteramente nuevo por su feliz mudanza, nada quiso conservar de lo que poseia. Se vistió pobremente, y entregándose al amor que Dios le habia inspirado de la penitencia, se privaba casi de lo necesario para castigarse de haber abusado tanto de lo superfluo. Se le veia en los inviernos mas rigorosos andar descalzo, y vestido con una sotana hecha de pellejos de carnero mal cosidos, recorriendo la ciudades y campiñas con algunos compañeros que se le habian juntado, y predicando con un fervor que rara vez dexaba de conmover á los pecadores mas obstinados. Sostenia el santo misionero su predicacion con todas las virtudes que podian asegurar su buen efecto, ganaba diariamente almas á Dios, y esta bendicion que el cielo dispensaba á su palabra, inflamaba mas y mas su zelo.

De este modo penoso y edificante vivió muchos años, hasta que por consejo de Bartolome, obispo de Laon, que queria se fixase en su diócesis, eligió la soledad de Premontré, en un valle cercado de bosques, para vivir con sus discípulos. Allí echó los cimientos de su órden en 1120. Tenia entónces 13 compañeros, á los quales se juntó presto un gran número, y entre ellos algunos del mas distinguido nacimiento. Les dió la regla de san Agustin, y constituciones particulares que los distinguieron de los demas canónigos reglares. Llevaban el hábito blanco, que era entónces el de los clérigos, y que lo fué hasta mitad del siglo XVI. Vivian pobremente, observaban un rigoroso silencio, y ayunaban en todo tiempo. En el oficio del coro, trabajo de manos, la lectura y la oracion ocupaban el dia y aun la noche, pues daban muy pocas horas al sueño.

Veia el fundador que su obra crecia de un dia á otro, y habia ya fundado ocho abadías además de la Premontré, quando hizo un viage á Roma para obtener del papa la confirmacion del nuevo instituto. Honorio II, que ocupaba la santa sede, se la concedió en 1126 en los tér-

minos mas honoríficos para él y para sus discípulos. A su vuelta no pensaba Norberto sino en perfeccionar mas y mas su obra, quando se vió precisado á ir á Alemania con Tibaldo IV, conde de Champaña, que se habia puesto baxo su conducta. Habiendo llegado á Spira encontraron allí al rey Lotario II con diputados del clero de Magdebourgo, que iban á pedir á aquel príncipe un obispo para su Iglesia. La presencia de Norberto decidió inmediatamente á su favor todos los votos, y á pesar de su resistencia y de sus lágrimas, se le obligó á recibir la imposicion de las manos. En este nuevo ministerio mostró Noberto toda la actividad de su zelo. Halló su iglesia en un estado deplorable, un clero sin luces, un pueblo ignorante y corrompido, abusos monstruosos, y los bienes usurpados ó disipados. Eran necesarios todo su espíritu y talento para emprender el remedio de tantos males, y salir con buen suceso. La pasion, el interes y el hábito de vivir sin regla, le suscitaron mil obstáculos. Se tuvo tambien la osadía de atentar contra su vida, pero nada pudo intimidarle, y por espacio de casi 8 años que duró su episcopado, se ocupó sin descanso en llenar todas las obligaciones de un buen pastor, muriendo en 1134, de edad de 53 años y medio. Sepultaron su cuerpo en su iglesia de Magdebourgo; pero habiendo esta ciudad caido en poder de los luteranos en el siglo XVII, fué transferido á Praga en 1627.

Las mortificaciones de los christianos que caian en mano de los infieles, y el continuo riesgo en que estaban de renegar por libertarse de los malos tratamientos que sufrian, inspiraron en este siglo á dos hombres virtuosos la idea de una órden religiosa, cuya principal ocupacion fuese la redencion de los cautivos. Estos dos varones, cuyo zelo ilustrado y conducido por la caridad les habia hecho formar tan loable designio, eran Juan de Mata, natural de la villa de Faucon en la extremidad de la Provenza, nacido en 1160, y Felix de Valois que nació en 1127, en el pais cuyo nombre tuvo. El papa Alexandro III, á quien estos piadosos compañeros fueron á hacer presente su pensamiento, aprobó una obra cuyo objeto era tan útil á la humanidad, como gloriosa á la religion. La bula de aprobacion es del año de 1198. A su regreso de Roma se fixaron Juan y Felix en las cercanías de Meaux, en un lugar llamado Gerfroy, que Gautiero de Chatillon, tercero de

este nombre, les dió para edificar un monasterio que fué cabeza de la órden. Se llamó este instituto el órden de los trinitarios porque fué fundado baxo el patrocinio de la Santísima Trinidad, y porque todas las iglesias de las diferentes casas debian estarle dedicadas. No tardaron en recoger el fruto de este piadoso establecimiento. Habiendo ido san Juan de Mata á Berbería el primer año del siglo XIII, y traido 120 christianos cuyas cadenas habia roto, fué este santo fundador testigo de los progresos de su órden, que se extendió rápidamente en Francia, Alemania, España y aun en ultra mar: murió en Diciembre de 121 y san Felix de Valois en el año precedente.

Para terminar el artículo de las órdenes regulares establecidas en este siglo nos falta dar una idea de las órdenes militares, cuyo orígen se refiere á esta época. »Hasta el siglo doce, dice el piadoso y sabio abad Fleury »(6.° Disc. sobre la Historia Eclesiástica N. X.) se habian »contentado con creer á la profesion de las armas permi»tida á los christianos, y compatible con su salvacion; »pero aun no habian discurrido establecer un estado de »perfeccion juntando á la profesion militar los tres votos »esenciales de la vida religiosa En efecto la observancia de »estos votos exîge grandes precauciones contra las tenta»ciones ordinarias de la vida; la soledad, ó á lo ménos »el retiro, para evitar las ocasiones del pecado; el re»cogimiento, la meditacion de las verdades eternas y la »oracion freqüente, para alcanzar la tranquilidad del al»ma y la pureza del corazon. Parece, pues, bien dificil »concordar estas prácticas con la vida militar, que toda »es accion y movimiento; y en que de continuo está el »hombre expuesto á las mas peligrosas tentaciones, ó á lo »ménos á las pasiones mas violentas.» Fuese que no estuviesen bastante ilustrados sobre las obligaciones y verdadero espíritu de la vida religiosa, ó que las ideas guerreras de que estaban imbuidos no les permitiesen conocer la poca compatibilidad de la profesion de las armas con la religiosa, se miraron las órdenes militares como institutos muy ventajosos á la Iglesia. Estas órdenes, que juntaban los deberes de la piedad y el abandono del siglo con el tumulto de las campañas y el valor guerrero, debieron su orígen á los peregrino de la tierra santa y á las cruzadas.

La órden de san Juan de Jerusalen es la primera de este género, y se hace subir su orígen á la mitad del siglo XI. Unos negociantes Italianos, que traficaban en Siria y en Palestina; obtuvieron de los califas fatimitas, soberanos de Jerusalen, permiso para edificar cerca del santo sepulcro un monasterio en que los peregrinos de Europa, que la devocion conducia á la tierra santa, hallasen hospitalidad. Se lleváron de Occidente religiosos de la órden de san Benito para ocupar aquel monasterio, que fué dedicado á la santa Vírgen, y llamado santa María de los Latinos. Despues varios seglares animados de la caridad se juntaron á los monges de aquella casa, y se consagraron al servicio de los pobres baxo la conducta y la autoridad del abad. Habiendo poco á poco aumentádose el número, fabricaron un hospital con la invocacion de san Juan el Limosnero, y eligieron entre ellos un superior, que tomó el título de maestre, y que salió de la dependencia del abad de santa María. Los hospitalarios de san Juan se habian visto en la precision de armarse por la seguridad de los peregrinos, á quienes los árabes y sarracenos molestaban en el camino; tanto por codicia del pillage, como por odio al christianismo. Tal fué el primer estado de esta institucion; en breve las cruzadas dieron á estos religiosos guerreros una consideracion y un crédito que hasta entónces no habian tenido. Tomáron parte en todas las expediciones de los príncipes latinos que de Occidente iban á la conquista de la Palestina. La mas distinguida nobleza tuvo á honor abrazar una ptofesion cuyo objeto era tan semejante al de la caballería ya tan célebre en Europa. En poco tiempo se enriqueció mucho la órden, ya con el fruto de sus conquistas, ya por los bienes que la dieron y por los que estuvo en estado de adquirir. Obtuvieron entónces de los papas diversos privilegios, y sobre todo el de ser independientes por lo espiritual y temporal de toda jurisdiccion, excepto de la de la santa sede. La distincion en tres clases, que componen aun en el dia esta ilustre órden, se introduxo al mismo tiempo como se ve por las bulas de los pontífices. Estas tres clases eran entónces, y aun son la de los caballeros destinados al servicio militar, la de los clérigos dedicados al culto divino y al ministerio espiritual, y la de los hermanos sirvientes destinados al servicio de los peregrinos y de los enfermos.

Despues de la conquista de Jerusalen el instituto de los hospitalarios de san Juan, que estaba en su primer fervor, sugirió á algunos caballeros de los que habian seguido á Godofre de Bullon, el designio de consagrarse al servicio de la religion, y de emplearse en glorificarla, ya con sus virtudes, ya con sus hazañas, juntando la penitencia y las armas. El año de 1118 es la verdadera época de aquel nuevo establecimiento. La conservacion de los santos lugares ganados por los christianos, y la pe ecucion de los salteadores que infestaban los caminos pa robar á los que la piedad llevaba á Jerusalen, fueron s objeto. Los primeros caballeros que fundaron esta órden tan célebre por su poder y su desgracia eran nueve. El rey de Jerusalen les dió un alojamiento en el palacio que tenia cerca del templo, de donde tomaron el nombre de templarios. Se les consignaron algunas rentas para su subsistencia; porque al principio su vida era pobre y mortificada. Profesaron ante el patriarca de Jerusalen, y á los tres votos de la religion añadieron otro, obligándose por él á armarse contra los infieles. Asi se ve que la órden de los templarios fué militar en su institucion, quando los hospitalarios de san Juan solo llegaron á serlo variando su primer destino.

Los templarios no tardaron en hacerse ricos y poderosos, y su primer fervor se disminuyó bien presto. Olvidaron el servicio de la religion para solo pensar en engrandecerse por medio de las conquistas, y grangearse grandes rentas é expensas así de los christianos como de los infieles. La fiereza, el orgullo, la independencia, las malas inclinaciones y todos los excesos de una vida brutal y licenciosa, en breve hicieron perder de vista á aquellos religiosos el piadoso objeto de su instituto. Lo mismo se les echaba en cara á los caballeros de san Juan. Unos y otros abusaban de los privilegios que habian obtenido. Despreciaban á los obispos, no haciendo caso de sus reconvenciones baxo el pretexto de no estar sujetos á su jurisdiccion. Tampoco lo estaban al papa, á quien solo obedecian en lo que les era favorable. No observaban los tratados con los infieles, lo que muchas veces daba lugar á venganzas y á represalias muy fu estas. Algunas veces se ligaban por interes con ellos para hacer la guerra á los príncipes christianos que hubieran debido auxîliar, como estaban obliga-

dos por sus votos. Apénas habia corrido la mitad del siglo XII, quando los obispos justamente indignados de una conducta tan poco conforme á unos religiosos, se quejaron amargamente á la santa Sede. Fuchero, patriarca de Jerusalen, de cerca de cien años, hizo con este objeto un viage á Roma en 1155 con varios prelados latinos de Asia. Peró en vano se tomaron tanto trabajo, pues á pesar de las buenas intenciones y luces de Adriano IV, papa entónces, el oro y las dádivas de los caballeros les grangearon tantos protectores entre los cardenales, que el patriarca y sus compañeros se vieron obligados á repasar el mar sin haber obtenido justicia.

Habiéndose divulgado en 1158 que los moros de España habian juntado un numeroso exército con el que venian á sitiar á Calatrava, pequeña plaza de Castilla la nueva, los caballeros del temple que tenian su guardia, desesperando de su defensa la entregaron á Don Sancho III, rey de Castilla. Raimundo, abad de Fitero, del órden del Cister, la pidió á aquel príncipe á persuasion de Diego Velazquez, uno de sus monges, hombre de calidad, y que ántes de abrazar el estado religioso habia servido en la milicia con gran reputacion de valiente. Los moros no atacaron la ciudad; pero entre los muchos caballeros que habian acudido á su defensa, varios abrazaron el instituto del Cister, uniendo á las prácticas de esta órden la obligacion de combatir con los sarracenos. Tomaron el hábito del Cister en una forma acomodada á el exercicio de las armas, é hicieron correrías contra los infieles ganando sobre ellos grandes ventajas. Tal fué el orígen de los caballeros de Calatrava. Los papas Alexandro III é Inocencio III aprobaron este instituto, el primero en 1164, y el segundo en 1169. Esta órden subsiste aun con gloria, siendo el rey de España su gran maestre.

Infestando los sarracenos los caminos reales de la provincia de Asturias, en España y sus cercanías, molestaban á los peregrinos que iban á Santiago, impidiendo á los christianos hacer este viage (*a*). Trece caballeros se obli-

(*a*) Es constante que la carrera á Santiago iba por Asturias, así para el mayor resguardo de los peregrinos, por estar mas distante los moros de aquel pais, como para el abrigo y buen hospedage que encontraban en los hospitales de Tineo, Borres, Fonfaragon y otros que se habian fundado con dotaciones competentes en toda la carrera de As-

garon en 1170, por comun voto, á tomar las armas para asegurar los públicos caminos contra las incursiones de los infieles. De esta piadosa asociacion nació la órden militar de Santiago de la espada, una de las mas ilustres que hay en la Iglesia. Los caballeros que formaron este instituto, propusieron á los canónigos de san Eloy, que tenian muchos hospitales para los peregrinos que se uniesen con ellos, en lo qual se convinieron. De ahí vienen las dos clases que componen esta órden, una de caballeros y otra de clérigos. En sus principios los caballeros de Santiago eran realmente religiosos, y parece que tal era su instituto quando le aprobó Alexandro III en 1175. En lo sucesivo obtuvieron la facultad de casarse. Posee esta órden quantiosas rentas con el título de encomiendas y prioratos. Disponia de ellas el gran maestre, lo que ha determinado á los reyes de España á unir esta dignidad á su corona (a).

turias, que aun hoy exîsten, para el hospedage y socorro de los peregrinos que pasaban á visitar el cuerpo del glorioso apóstol Santiago; y de consiguiente á principios del siglo XIII, pasando á la villa de Tineo el rey Don Alonso, llamado de Leon, con toda su corte y los obispos, *tota curia Regis & episcopis*, y celebrando córtes para atajar ciertos litigios ruidosos y vexacionesque causaba á dicho monasterio un caballero muy poderoso de Tineo, llamado García Garciez, con pretexto de derecho de patronato, y otras cosas, como consta de la sentencia y executoria á favor de los monges, firmada del rey, prelados y señores que le acompañaban, que exîste en el archivo del referido monasterio, por afecto á este y particular devocion á santa María de Obona, formó una ordenanza ó itinerario, concebido en el latin bárbaro de notarios de aquellos tiempos, que decia así, *Concedo Deo, & monasterio de Obona, quod caminus qui vadit de sancto Salvatore ad sanctum Jacobum vadat per populationem meam de Tineo, deinde per prædictum monasterium de Obona, & mando quod nullus sit ausus desviare peregrinos per alium caminum: hoc facio ob remedium animæ meæ & propter peregrinationem quam ego facio, quod ipsum sit in servitium B. Mariæ, &c. Iepes Cent.* 3. *pag.* 277. *Carballo antig. de Asturias pag.* 354. *y el Becerro del monasterio de benedictinos de san Juan de Corias en Asturias.*

(a) No debió aquí omitir el autor la órden de san Julian del Pereiro, llamada despues de Alcántara, que tuvo principio en el lugar del Pereiro en el año de 1176 á solicitud de Don Gomez Fernandez, su primer maestre en el reynado de Don Fernando II de Leon, que se declaró su protector, y la hizo aprobar por Alexandro III en 1177, y habiendo nuevamente caido la villa de Alcántara en poder de los moros, la reconquistó el rey Don Alonso X de Leon, é hizo donacion de ella á los caballeros de Calatrava para que la defendiesen de los moros, con cuyo motivo, desde el año de 122[illegible] siendo su quarto maestre Don Diego Sanchez, se llamó de Alcántara y aunque al principio estuvo baxo la filiacion y regla de los caballeros de Calatrava, se hizo con el tiempo enteramente exênta, obteniendo á este efecto una bula del papa Julio II, y en el año de 1495 se reunió como los demas maestrazgos á la corona. Mendez Silva, poblacion de España pag. 61.

La órden de los caballeros teutónicos, de que nos resta hablar, tuvo su orígen en 1190, en el campo de los alemanes delante de la ciudad de san Juan de Acre ó Ptolemaida. Habia ya habido en Jerusalen un hospital para los pobres enfermos y peregrinos de la nacion germánica; pero aquel establecimiento habia tenido la misma suerte que los demas de aquella especie, quando la ciudad santa cayó en manos de Saladino. La caridad de los alemanes se inflamó durante el sitio de Acre en favor de sus compatriotas, de que gran número habia enfermado por las fatigas del asedio y las influencias del clima. Muchos cruzados emplearon sus personas y bienes en alivio de aquellos desgraciados. Con este objeto pusieron una tienda de campaña con la vela de un navio, y recibieron en ella á todos los enfermos y heridos alemanes, cuidándolos con toda la solicitud de una caridad compasiva. Varios caballeros de la misma nacion se unieron á aquellos piadosos hospitalarios, y tuvieron parte en el mérito de esta buena obra. El rey de Jerusalen, el patriarca y los prelados elogiaron justamente su zelo. Federico, duque de Suavia, que mandaba los cruzados alemanes, escribió al rey de Germania Enrique VI, su hermano, empeñándole para que solicitase de la santa sede la aprobacion de aquel establecimiento. El papa Celestino III confirmó en 1191 el instituto de los caballeros teutónicos, á solicitud de este príncipe, con la invocacion de nuestra señora del Monte Sion, ó de santa María de Jerusalen, con todos los privilegios concedidos á los hospitalarios de san Juan y á los templarios; ademas del cuidado de los pobres enfermos, estaban obligados á defender la Iglesia y los lugares santos, proviniendo de ahí el que se hayan hecho militares como los otros. Esta órden se extendió en poco tiempo, y se elevó á un gran poder, mediante sus conquistas sobre los paganos del Norte de Alemania, á los quales se les autorizó para hacer la guerra. Aun subsiste, pero bien distante de su antiguo esplendor, aunque compuesta de la mas ilustre nobleza de Alemania. Las revoluciones que en aquella parte de la Europa experimentó la religion en el siglo XVI, la despojaron de los vastos dominios que poseian, y que la hacian temible á los mismos gefes del cuerpo germánico.

ARTICULO X.

Autores eclesiásticos que florecieron en el siglo XII.

Siendo este siglo mas ilustrado que todos los que le habian precedido despues de la decadencia de las letras, fué tambien mas fecundo en escritores de mérito. Aun estaban los hombres muy léjos del floreciente estado de que habian caido al fin del siglo VI, pero ya empezado á dexar tras de sí parte de las tinieblas y de la barbarie que reynaban en la Europa habia mas de quatro siglos. Sin embargo, aun no habian sacudido totalmente el yugo de la ignorancia que los agoviaba tanto tiempo habia; pero por los generosos esfuerzos de varios literatos, que tal vez hubieran llegado á la mas alta esfera de sabiduría en edad mas ilustrada, se habia á lo ménos comenzado á romper por una parte el tenebroso velo que cubria al universo desde tanto tiempo. Si aun no se conocian los principios de la crítica, las reglas del gusto, las gracias del estilo, y todo su mérito; es cierto, á lo ménos, que por lo comun á mediados del siguiente siglo, hubo mas viveza en los entendimientos, mejor eleccion en los conocimientos, mas órden en las producciones, y mas dulzura y correccion en el modo de escribir. Vamos segun nuestro método á sacar entre la muchedumbre algunos escritores eclesiásticos de este siglo, ciñéndonos á los mas distinguidos, y dando de ellos una noticia que sirva de prueba á esta reflexîon.

Ivon de Chartres, así llamado porque fué obispo de aquella ciudad, ilustró sucesivamente los siglos XI y XII, viviendo en ambos; en el primero porque fué en el que nació; y en el segundo porque fué en el que murió y recogió el fruto de sus trabajos. Este hombre, célebre por sus virtudes, erudicion y zelo en el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, nació en la diócesis de Beauvais, año de 1040, de una familia noble y rica. Fué su maestro en las ciencias divinas y humanas el famoso Lanfranco, que daba entónces tanto lustre á la escuela del Bec como ya hemos visto. Baxo la conducta de un hombre tan hábil y tan piadoso, hizo Ivon grandes progresos en las letras y en la virtud. Durante su mansion en Bec se aplicó particular-

mente al estudio de los padres y de los concilios, continuando en lo sucesivo en cultivar este género de erudicion de que gustaba singularmente. Por este medio llegó á ser en su tiempo el hombre mas versado en los cánones, y el mas instruido en las reglas de la disciplina y del gobierno eclesiástico. Un conocimiento tan profundo de las leyes canónicas le hizo capaz de grandes servicios á la Iglesia ántes y despues de su elevacion al obispado. Habiendo Guido, obispo de Beauvais, fundado cerca de aquella ciudad un monasterio de canónigos reglares en 1075, nombró á Ivon por superior. Restituyó á su vigor en aquella casa las antiguas prácticas de la vida canonical, que la relaxacion habia destruido ó alterado por la mayor parte, en donde la regularidad no era mas que un nombre vano. Su comunidad llegó á hacerse como un seminario, cuyos individuos formados en las verdaderas máxîmas del espíritu clerical, difundieron por toda la Iglesia los sentimientos de piedad que habian bebido en las lecciones y exemplos de su superior. No se contentó Ivon con ser su guia en la senda de la virtud, pues quiso ser su maestro en las ciencias convenientes á su estado; les enseñaba la teología, la escritura y los cánones. Y en esta época de su vida fué quando formó su gran coleccion de cánones de que hablarémos en breve.

En 1091 habiendo depuesto Pasqual II á Godofre, obispo de Chartres, convencido de simonía y de otros muchos crímenes, fué electo Ivon para ocupar aquella silla, y habiéndose suscitado por parte del metropolitano de Sens algunas dificultades, respecto de esta eleccion, el papa ungió por sí mismo al nuevo obispo. Colocado Ivon en la silla episcopal con tan vivas y acrisoladas luces, y un zelo tan activo y generoso, no podia ménos de cumplir como bueno y vigilante pastor. Pero su amor á las santas reglas le hizo caer en desgracia de su soberano, y aborrecer de sus compañeros ménos ilustrados y firmes que él; porque no podia aprobar, como lo habian hecho algunos obispos poco instruidos ó aduladores cobardes, el divorcio del rey Felipe I, y Berta de Holanda, su legítima esposa, y el matrimonio escandaloso de este príncipe con Bertrada de Monforte. Se le confiscaron sus rentas, le encerraron en un castillo, pero nada pudo disminuir su valor, ni arrancarle una aprobacion que las leyes de la Iglesia no le per-

mitian conceder. Restituido á su libertad, continuó gobernando su diócesis segun las mismas prácticas, y esparciendo la luz de su doctrina en toda la iglesia Galicana, cuyo oráculo era. Pero esta le perdió en 1115 hallándose en la edad de 75 años y 23 de su episcopado.

Su coleccion de cánones que publicó con el título de *Decreto*, era la mas amplia y mas completa que hasta entónces se habia hecho. Se proponia juntar en esta obra todo lo que los padres, los pontífices, los concilios y los príncipes católicos habian establecido, decidido y arreglado acerca de la fe; los sacramentos, la moral, la disciplina, y la conducta de los clérigos. Se valió de las tareas de aquellos que ántes de él habian hecho semejantes colecciones como Reginon en el octavo siglo, y Buchardo, obispo de Wormes, en el onceno; porque no era posible tener presentes á un mismo tiempo todos los originales y todas las fuentes de que tantas autoridades estaban sacadas. Ivon de Chartres cita muchas veces las falsas decretales que miraba como auténticas, segun la preocupacion de su tiempo. Cita asimismo el código y el digesto que comenzaban á conocerse en Occidente. Ademas de esta grande obra del santo prelado, se le atribuye otra coleccion de cánones ménos considerable, intitulada *Parnomia*. Un hábil crítico del último siglo, (Mr. Balucio) pretende que Ivon de Chartres compuso primeramente la Panormia, y que viendo su buen suceso emprendió otra mas extensa, que fué su *Decreto*. Valga por lo que valiere esta opinion, ambas obras hacen igualmente honor á la erudicion de Ivon de Chartres, á su conocimiento para las sabias investigaciones, y á su zelo por la observancia de los cánones. Se conservan aun veinte y quatro sermones de este autor y una preciosa coleccion de 188 cartas, que son otros tantos monumentos de la fortaleza con que toda su vida combatió los vicios y los abusos de su siglo.

Nunca conocemos mejor las dificultades de nuestra obra, que quando tenemos que reducir á una compendiosa noticia un asunto rico y abundante. Es menester en este caso escoger los principales puntos, y ceñir y acumular las ideas, por no faltar ni al objeto que debemos pintar, ni al lector que vamos á instruir. Los obstáculos nos parecen aun mayores si se trata de dar á conocer con todos sus caractéres, y todos los sucesos en que tuvo parte un hom-

bre como san Bernardo, cuyo solo nombre ofrece la idea de las virtudes mas sublimes, de los talentos mas raros, y de la eloqüencia mas viva y penetrante. Este portentoso monge que fué el prodigio de su siglo y la admiracion de los otros, nació en 1091 cerca de Dijón, en el lugar de Fontaines, de que su padre era señor. Habia recibido de la naturaleza todas las calidades que pueden hacer á un jóven de su clase comparecer con esplendor en el mundo, una figura noble é interesante, un corazon tierno y sensible, un entendimiento vivo y penetrante, una alma honesta y creada para la virtud. Las disposiciones favorables que mostró hácia las ciencias y de la piedad, anunciaron temprano lo que debia ser despues. Desde su infancia gustó del retiro y de la meditacion. No le fué preciso experimentar los perjuicios y la corrupcion del mundo para conocerle y despreciarle. Nada se olvidó de quanto podria retraerle de estos pensamientos que se miraban como poco convenientes á su edad, y aun ménos á las miras de fortuna que se tenia en su persona. Se trató principalmente de inspirarle sentimientos ambiciosos, y el deseo de la gloria mundana. Estuvo á punto de rendirse, porque le tentaban por un medio para él el mas seductor, el amor de las ciencias y las gracias del ingenio. Pero Dios le hizo el favor de que resistiese á las lisongeras esperanzas que hacian brillar á su vista. Concibió, pues, el designio de consagrarse enteramente á la piedad en algun desierto. Sus hermanos y amigos se empeñaban en retraerle, pero se ensayó felizmente en el talento de persuadir, que le hizo tan célebre en lo sucesivo, ganándolos para Dios á ellos mismos, y inspirándoles su misma resolucion. Salió de la casa de su padre en 1113 con cinco de sus hermanos, y mas de veinte compañeros, dirigiéndose al Cister para pedir el hábito religioso al santo abad Esteban, que hacia entónces de aquella casa la escuela de todas las virtudes. Bernardo tenia solo 22 años, pero en breve llegó á la prudencia consumada y á la madurez de los ancianos. Habiendo Hugo, conde de Troyes, donado á la órden del Cister el territorio de Claraval, dos años despues del retiro de Bernardo, le juzgó Estéban bastante iluminado de Dios y prudente para confiarle la superioridad de aquel establecimiento. Baxo la conducta de Bernardo la soledad de Claraval, ántes abrigo de ladrones, se hizo bien presto una

imágen del cielo, por la caridad que animaba á sus santos moradores y por la pureza con que vivian. Su modestia, su dulzura, su recogimiento, su continua oracion, su austera penitencia, á pesar de la suma delicadez de su temperamento, su humildad que le hacia preferir los mas baxos oficios, en una palabra, todas sus virtudes eran un libro abierto á sus ojos en que veian todos los secretos de la vida interior, y todos los medios que unen al alma r ligiosa con Dios. De todas partes se apresuraban á ponerse axo su conducta, y se contaron bien pronto en Claraval n de 700 religiosos; con todo, ni este gran número de bitantes ni sus trabajos turbaban la quietud de aquella soledad dichosa. Dia y noche reynaba allí una profunda calma, imágen de la del corazon de los que estaban unidos en aquel santo asilo.

Un mérito como el de Bernardo no podia estar mucho tiempo reducido al yermo de Claraval; no tardó, pues, su reputacion en difundirse por toda la Iglesia. De todas partes le consultaron en los mas dificiles asuntos, y desde que fué conocido no pasó cosa importante en que no tuviese parte. Sin otra autoridad que la de abad, sin mas que esta consideracion junta á un gran talento y virtudes, respeto mas poderoso que la autoridad misma, aquel varon santo llegó á ser el oráculo de la Iglesia, el alma de los concilios, la guía de los papas, de los reyes y prelados, el azote de los hereges, el conciliador de los intereses mas complicados y el móvil de las mayores empresas. Llamado á todas las asambleas eclesiásticas, dirigió sus operaciones y dictó sus juicios. Combatió los errores, terminó los cismas, y arregló con sus dictámenes el uso del poder eclesiástico y civil. Filósofo, teólogo, orador, director de las almas, negociador hábil, escritor culto, tuvo todo el talento y méritos, sin perder el de la modestia, propio de su estado. El mayor prodigio que en él obró la gracia, fué que en medio de tantos negocios conservó siempre el espíritu de recogimiento, y que con tan brillantes sucesos jamas dexó de tener la humildad de religioso. Buscado por los príncipes y los grandes, congregado en las públicas asambleas con los mas ilustres personages de la Iglesia y el estado, disfrutaba la misma paz y el mismo reposo que en medio de la soledad. No se debe preguntar si en tan alto grado de estima y de reputacion se le ofrecieron dig-

nidades y prelacías, principalmente desde que Eugenio III, su discípulo y amigo, subió á la santa sede; pero él se resistió constantemente á todas las tentativas hechas para sacarle del humilde estado de monge que prefirió siempre á las primeras dignidades de la Iglesia. Este grande hombre, justamente llamado el último de los padres, consumido de trabajos y colmado de méritos, falleció en medio de sus discíp los en 1153 á los 63 años de edad y 38 de prelacía en C raval.

as obras de este santo son una de las fuentes mas puras el dogma y de la moral; todo en ellas respira el gusto y la union de la piedad, todo guia á Dios y al amor de los verdaderos bienes. Habla siempre al corazon, aun en los asuntos profundos y abstractos. Ninguno conoció mejor que él el arte de conmover, penetrar y enternecer, aunque el arte no tuvo lugar en sus escritos. No sé qué afecto dulce y tierno que salia de lo íntimo del alma se esparcia sin que él lo procurase sobre todas sus producciones. Jamas se ha hablado de Dios y de las cosas espirituales con mas fuego é interes, y si se puede decir así, con mas gracia. Allí se ve un corazon sensible é ingenuo que se derrama sin esfuerzo, y que ocupado de su asunto se presenta baxo distintas formas, le pinta con los mas vivos colores, y no lleva otro designio que el de comunicar sus afectos, sus deseos y su amor. Si los pensamientos de este padre son vivos y agradables, si se encuentran en su estilo una dulzura y un encanto que atraen, si agrada é interesa por la delicadez de su pluma, aun quando expresa las verdades mas serias, y explica lo mas incompatible que tiene la ley divina con las pasiones, es por un efecto de aquel feliz natural que le hacia eloqüente sin fatigarse. Ingenioso, vehemente, profundo, afectuoso y apretante se muestra sucesivamente tal qual lo exîgen el asunto que trata, y el objeto que se propone. Nutrido, ó mas bien penetrado de las santas escrituras, los pensamientos de los escritores sagrados se hallan como refundidos con los suyos; sus afectos parecen haber producido lo que exprime, y sus expresiones forman su estilo. No adoptó el modo de escribir seco y árido de los teólogos de su tiempo, siguiendo el de los antiguos, á quienes se ve que mira como una obligacion seguir sus pisadas. Entre todos los padres, san Ambrosio y san Agustin eran sus guias, y á

quienes habia meditado con mas atencion; por tanto se hallan en sus escritos su espíritu, sus ideas y su doctrina. Aun durante su vida se buscaban sus obras; las recogian cuidadosamente los sabios despues de su muerte, y ántes de la invencion de la imprenta se multiplicaban por las copias que se hacian en donde quiera que el gusto de las letras y la piedad se conservaban. Recopiladas por la solicitud de los mas hábiles críticos, jamas su lectura se aconseja demasiado á los que estan encargados de instruir y dirigir las almas. Los oradores sagrados encontrarán allí aquellos pensamientos nobles y sublimes, aquellos principios luminosos, y aquellas pinturas morales, que son en una mano hábil las semillas de los mas bellos rasgos de eloqüencia; los directores espirituales beberán las sólidas máximas de la piedad, los afectos de la caridad mas pura y las verdaderas reglas de buen vivir para todos los estados. Los límites y el plan de nuestra obra no nos permiten analizarlos. Varios sabios escritores se han tomado este trabajo, y últimamente el autor de la biblioteca portatil de los padres, tom. VII. obra excelente, como ya hemos indicado, y á que es menester consultar para enterarse bien de la historia de la Iglesia; pero ademas de lo que allí se dice sobre san Bernardo, creemos que nadie debe dispensarse de leer originalmente sus cartas, sus libros de la consideracion, sermones y su piadoso comentario sobre el cántico de los cánticos.

Pedro, llamado el venerable, abad de Cluni, era originario de Auverñe, de la ilustre casa de Mauricio en Monte Bossier. Colocan su nacimiento hácia el año 1092, le ofrecieron en su infancia al monasterio de Cluni, y recibió en esta casa y en la de Sancillange los primeros conocimientos de las ciencias, y las primeras lecciones de la virtud. Hizo en poco tiempo tan rápidos progresos, que se halló capaz de desempeñar en Vezelay los ministerios de prior, y de profesor ó maestro. Aunque jóven, se portó por su prudencia y talento con mucha distincion. Habiendo muerto en 1122 el abad Hugo, fué elegido Pedro para regir el monasterio de Cluni. Tenia entónces solo 30 años; pero ya era de una sabiduría y experiencia consumada. Los primeros años de su gobierno fueron turbados por un cisma á que dieron lugar la ligereza del abad Poncio, predecesor de Hugo, y algunos monges mal contentos. Pero la autoridad del papa Honorio II apagó el fuego

de la division, y vueltos á su deber los partidarios de Poncio, se restableció el buen órden. Pedro ya tranquilo, dirigió todos sus cuidados á reparar los desórdenes de una mala administracion, á reanimar el gusto de los buenos estudios, y á hacer revivir la piedad, la disciplina y la regularidad que habian decaido mucho durante las expresadas turbaciones. Los trabajos del piadoso abad no dexaron de producir buen efecto, y se vieron en breve resucitar no solo en el monasterio de Cluni, sino en los demas de la órden, las ciencias y las virtudes que le habian dado gloria por mas de dos siglos. Llevaba la correspondencia con todos los hombres célebres de su tiempo, especialmente con san Bernardo; sin embargo, la buena amistad de estos dos santos abades fué alterada por una desavenencia que se suscitó entre los monges de Cluni y los del Cister. La diversidad de prácticas de las dos órdenes, aunque sujetas á una misma regla, y la variedad del color y forma del hábito que los distinguia, dieron lugar á estas diferencias. Los cistercienses, que aunque estaban en el primer fervor de su instituto, echaban en cara á los clunistas haber enervado con mudanzas y modificaciones poco loables la regla de san Benito comun á unos y á otros. Hubo escritos de una y otra parte, habiendo empezado san Bernardo. El abad Pedro tomó la defensa de Cluni; las acusaciones de san Bernardo iban animadas de su vivo zelo por la observancia de las reglas monásticas: las respuestas de Pedro destruian estas reconvenciones con razones llenas de sabiduría, mostrando que la diversidad de usos relativos á cosas de poca entidad no debia impedir la estimacion recíproca, y ménos alterar la caridad entre dos órdenes que tenian un mismo orígen y regla. Alegaba el exemplo de la universal Iglesia, en que las diferentes naciones y las iglesias particulares guardan sus distintos usos en todo lo que no es contrario á la fe y á las costumbres, sin que padezcan la union y la caridad. Habia otros puntos, como el abandono del trabajo de manos, el aumento de la racion, las exênciones, la magnificencia del edificio, las riquezas, los pleytos, &c. sobre los quales el abad de Cluni se veia mas embarazado en justificar á su órden. Sea lo que fuere, la estimacion y la amistad se renovaron entre estos dos varones, nacidos para hacerse justicia el uno al otro. Concurrieron juntos con su zelo y sus luces á la utilidad comun de la Iglesia,

y á la conservacion de la disciplina eclesiástica. Murió el abad Pedro á fines del año 1156, despues de haber gobernado la órden de Cluni por espacio de 35.

Se cuenta con razon á este ilustre abad entre los hombres mas sabios y mejores escritores de su siglo. Asistió con esplendor á varios concilios; refutó los errores de Pedro de Bruis. Escribió eruditamente contra los judíos y mahometanos. Recapituló los usos de su órden, é hizo sabios reglamentos para desterrar los abusos que se habian introducido; habiendo sido el mayor servicio que hizo á las letras y á la religion, haber procurado una traduccion latina del Alcoran, libro que apénas se conocia en Francia, sin haber perdonado á este objeto ni cuidado ni dispendio. Entre los escritos que de él conservamos, los sabios estiman en particular sus cartas. Estas estan escritas con un estilo puro, fluido y agradable. En ellas se ve ingenio, juicio, pensamientos sólidos y raciocinios vigorosos. Tal vez no tienen tanta viveza, gracia y brillo como las de san Bernardo; pero segun el juicio de un hábil crítico de nuestros dias, el lenguage es mas neto, mas igual y mas correcto.

Hildeberto, obispo de Mans, y despues arzobispo de Tours, puede justamente mirarse como uno de los mas ilustres prelados y mejores escritores de su tiempo. Nació en 1055 en un lugar del Vandomois, llamado Lavardin, lo que ha dado motivo á algunos para creer era de la casa de los condes de Lavardin; pero si no ha sido de una familia tan distinguida, tampoco de una clase tan comun como otros han pensado. Su padre, caballero de Vandomois, le destinó desde su infancia al estado eclesiástico. Su educacion fué correspondiente á estas miras. Tuvo por maestro al famoso Berengario, que le inspiró el amor á las letras, pero no sus errores. Los progresos que hizo en las ciencias, le pusieron en estado de enseñarlas á su tiempo. Hoeldo, obispo de Mans, que conocia su mérito, le eligió para dirigir la escuela de su catedral entónces muy floreciente. Obtuvo ademas de este empleo la dignidad de arcediano, y despues de la muerte de Hoeldo acaecida en 1092, fué elevado á la silla episcopal de Mans. La vida de este zeloso pastor era conforme á sus obligaciones, aunque muchas veces sus ocupaciones fueron interrumpidas por los reyes de Inglaterra y el conde del Maine, que se disputaban la per-

tenencia de aquella ciudad y el derecho de nombrar su obispo. Perseguido alternativamente por estos príncipes, hubiera renunciado el obispado para vivir en el retiro, si Pasqual II lo hubiera consentido. A pesar de esto se aprovechó de toda la libertad de que pudo gozar para reformar á su clero que se habia relaxado mucho. Totalmente estaba entregado á este santo ministerio, quando la muerte de Gilberto, arzobispo de Tours, le precisó á pasar á dirigir la Iglesia vacante, como primer sufragáneo de aquella metrópoli. Se sabia en Tours los grandes beneficios que habia hecho en la diócesis de Mans que habia 28 años que gobernaba. Fué, pues, elegido para ocupar aquella silla por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Hildeberto tenia entónces 68 años, y á pesar de esta edad abanzada, no cesó de emplearse en los exercicios mas molestos con el mayor zelo, instruyendo á su pueblo, visitando á su diócesis y las iglesias de la provincia, corrigiendo los abusos, y manteniendo con firmeza las reglas de la disciplina hasta su muerte sucedida en 1134.

Mirado Hildeberto como literato ocupa un lugar distinguido entre los autores eclesiásticos de su siglo. Nos restan de él sermones, cartas, tratados teológicos y varias poesías. "El gran número de sus sermones, dicen los sabios »autores de la historia literaria de Francia tom. XI, pág. »411, sin contar otro mayor de los que probablemente »se han perdido, muestran su zelo por la instruccion de »aquellos cuya conducta le habia Dios confiado. Sus tra»tados teológicos, sus cartas y sus demas escritos, prue»ban su ciencia y erudicion, y todos los puntos de la re»ligion son los monumentos de su doctrina. En ellos se en»cuentran todos los dogmas de la fe católica explicados »con la mayor claridad... y al leerlos se ve que el autor »sacaba sus sentimientos de la fuente pura de las escrituras »y de la tradicion. La Biblia le es tan familiar como á san »Bernardo. Solo pudiera reprochársele haber hecho aplica»ciones demasiado distantes de su natural sentido. Estaba »muy versado en las obras de los padres, en especial de »san Agustin, de san Leon y san Gregorio, y tan lleno »de sus ideas y expresiones, que las empleaba muchas ve»ces sin citarlos. Tocante á su estilo se puede decir, que »ha hecho honor á su siglo, y que hubo en él pocos es»critores á quienes no hubiese superado ya en verso, ya

"en prosa." Añadamos á esta reflexîon, que Hildeberto habla con mucha exâctitud de la Eucaristía, aunque discípulo de Berengario, y que ademas ha sido el primer autor eclesiástico que se sirvió de la palabra *transubstanciacion* para explicar la mudanza substancial del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesu-christo en este misterio.

El oráculo de la teología escolástica de este siglo fué Pedro Lombardo, llamado el maestro de las sentencias por su famoso libro de que vamos á hacer menci[on]. Este hombre célebre nació en Novarra, en Lombar[día], de donde le vino el sobrenombre de Lombardo. Era d[e] una condicion obscura y pobre. Estudió algun tiempo en [B]olonia, en donde habia una escuela de derecho muy afamada, sin duda á expensas del obispo de Luca su protector. Le dió aquel prelado cartas de recomendacion para san Bernardo, quando pasó á Francia, pidiéndole cuidase de su subsistencia durante el tiempo que allí estuviese para estudiar la teología. El santo abad complació al obispo por sí mismo, miéntras Pedro Lombardo estudió en Rheims, y por medio de Gilduino, abad de san Victor, miéntras estuvo en París. No pensaba Pedro permanecer allí mas tiempo que el necesario para perfeccionarse en la teología, y tomar los grados académicos; pero se distinguió tanto por su penetracion y el talento propio para la escolástica, que llegó á ser el doctor mas célebre de aquella primera escuela christiana. Su mérito le proporcionó primeramente un canonicato en la iglesia de Chartres; pero hácia el año de 1159, habiendo vacado el obispado de París, y elegido el cabildo para su obispo á Felipe, arcediano de aquella iglesia, hijo de Luis el Grueso, y hermano de Luis el Jóven, rehusó este príncipe la dignidad que le ofrecian, para hacerla recaer en Pedro Lombardo, mostrando por esta conducta quanto deben preferirse la sabiduría y el talento al esplendor de la cuna. Pero no gozó éste mucho tiempo de su elevacion habiendo muerto en 1164.

Pedro Lombardo es mas conocido por su obra de las sentencias que por el resto de sus escritos: consiste, pues, en una coleccion de los pasages de los padres, cuyo conjunto forma un cuerpo completo de teología segun el gusto de aquel tiempo. Est[á] dividida en quatro libros, y cada uno contiene varias subdivisiones. En el primero trata de Dios, de sus atributos, y de las tres divinas personas; en

el segundo de la creacion, de los ángeles, del mundo, de la del hombre, de su caida, de la gracia y libre albedrío, del pecado original y actual; en el tercero de la encarnacion, de las perfecciones de Jesu-christo, de la fe, de la esperanza, de la caridad, de las virtudes cardinales, los dones del Espíritu Santo y los mandamientos; y en el quarto de los sacramentos y todo lo relativo á ellos. En esta obra, que en breve llegó á ser la única que se estudió en l[illegible] escuelas de teología, solo se propuso Pedro recoger [illegible]s oponiones de los Padres sobre todas las qüestiones qu[illegible] trata. Poco añade de suyo, sino para conciliar los pas[illegible]ges que parecen obscuros; y quando no puede hacerlo, dexa la qüestion indecisa. Huye de hablar de las cosas sobre que no han escrito los Padres, llevando la mira de no aventurarse á decir nada que no esté apoyado en la autoridad de los santos Doctores. Exceptuando la escritura, de ningun libro se han hecho tantos comentarios como de los de Pedro Lombardo; se cuentan hasta 240, la mayor parte muy voluminosos, producciones de las plumas de los mas famosos teólogos de todos los siglos, desde el suyo hasta el actual.

»Aunque se habian hecho ántes del siglo XII, dice »Mr. Dupin, biblioteca eclesiástica, siglo XII, pág. 737, »varias colecciones de cánones, de decretales y de pasa»ges de los padres sobre el derecho eclesiástico; ninguna »se habia seguido ni enseñado públicamente. Las consi»deraban como obras de particulares, y las decisiones »que contenian, no gozaban de otra autoridad, que la »que tenian los monumentos de que estaban sacadas. La »coleccion que Graciano, monge de san Felix de Bolo»nia, acabó en 1151, tuvo mejor suceso; porque al »instante que pareció, los canonistas la adoptaron, é hi»cieron en poco tiempo muchos comentarios de esta obra." La coleccion de Graciano, de que tratamos, era respecto del derecho canónico, lo que la de Pedro Lombardo respecto de la teología; pero aquella tuvo una suerte mas feliz y mas duradera; pues al cabo de largo tiempo la obra del Maestro de las Sentencias dexó de ser en las universidades un libro clásico, quando la del monge de Bolonia se explica aun y lee por los cano[illegible]istas públicamente. Esta coleccion hizo olvidar las de [illegible]eginondo, Burchardo, y la de Ivon de Chartres mas reciente y hábilmente tra-

bajada. Graciano la intituló *concordancia de los cánones discordantes, concordantia discordantium canonum*; pero es mas conocida con el título de decreto que se le da en las escuelas, y con el qual se le cita comunmente. Se divide en tres partes, la primera contiene 100 distinciones. Trata el autor en ellas del derecho en general, y en seguida de los ministros de la Iglesia, desde los papas hasta los clérigos de última graduacion; la segunda distribuida en 36 causas, abraza muchas qüestiones relativas al derecho y disciplina canónica, y cada qüestion se divide en varios capítulos, en que trata de la simonía, de las apelaciones, de los poseedores despojados de sus beneficios, de la calidad de los testigos y de los acusadores, de las elecciones, del gobierno de las iglesias, de las censuras de los testamentos, de las sepulturas, de la usura, de lo que se debe observar respecto de los locos, de los juicios hechos contra las formas, de los monges y abades, de sus derechos, de los que hieren á los clérigos, de las concesiones, de los juramentos y de la infraccion de los cánones, &c. En la tercera que solo contiene 5 distinciones, habla el autor de la consagracion de las iglesias, de la celebracion de la misa y oficio divino, de la Eucaristía, de las solemnidades de todo el año, de las imágenes, del sacramento del bautismo y de las ceremonias con que se confiere, de la confirmacion, del ayuno, del trabajo de manos y otros puntos de disciplina.

Graciano favorece por todos caminos las nuevas pretensiones de la corte de Roma, fundadas en las falsas decretales, y su obra ha contribuido mas por sí sola á extender la potestad de la santa sede, que todas las empresas de los papas que la habian precedido, sin exceptuar á Gregorio VII. Así veremos en los siglos siguientes á los pontífices exercer mas poder que nunca, y asirse de las opiniones que el decreto admitido por toda la Iglesia acreditó universalmente. Otro considerable defecto de esta obra es que Graciano atribuye muchas veces á un concilio ó á un padre cánones ó textos de otros; pero entónces habia tan poca crítica, que todo se recibia sobre la palabra de los autores. La misma ignorancia é incuria habia dado crédito á las falsas decretales tan funestas á la disciplina y á la sociedad christiana.

Si los límites á que debemos ceñirnos lo permitieran, podriamos añadir algunos otros autores de este siglo á los que acabamos de mencionar. Tales son, Hugo y Ricardo de san Victor, ambos hábiles teólogos y sábios escritores; Juan de Sarisberi, obispo de Chartres, filósofo de una erudicion amena y agradable; Pedro de Blois, conocido por sus cartas, sermones y varios opúsculos sobre diversos puntos de doctrina y de moral; Oton de Frisinga, de quien tenemos una historia cronológica desde la creacion del mundo, hasta mediados del siglo XII; el abad Ruperto que ha dexado comentarios sobre la sagrada Escritura; el cardenal Roberto Pullo que ha hecho un libro de sentencias en que todas las qüestiones decide por argumentos deducidos del sagrado texto; y finalmente Pedro Comerton, sacerdote de Troyes, de quien nos resta una obra con el título de Historia Escolástica, que ha gozado de la mayor reputacion por espacio de 300 años. Si se quiere adquirir una noticia mas individual de estos autores y otros de inferior mérito, puede consultarse á Mr. Dupin, D. Cellier, D. Rivert y los demas críticos que han tratado la parte literaria de la Historia Eclesiástica (*a*).

(*a*) No dexó la España de producir en este siglo algunos escritores dignos de memoria. Tales fueron, Pedro Compostelano, natural de la ciudad de Santiago, el qual escribió una obra intitulada *de Consolatione orationis*, que tiene la particularidad de estar interpolada de prosa y verso con rigorosos consonantes en el medio y fin de cada uno, con el fin y medio del verso siguiente. El asunto de esta obra es una alegoría en que representando al mundo con todas sus producciones, artes, ciencias y bellezas, hace ver despues lo perecedero de estas cosas, inclinando á la razon á preferir las celestiales verdaderamente sólidas, y extendiendose con este motivo en singulares reflexîones sobre el paraiso, la bienaventuranza de los santos, las alabanzas de Dios, de la Vírgen, &c. Esta obra se conserva manuscrita en la real biblioteca del Escorial.

Pelayo, obispo de Oviedo, continuó en este siglo las crónicas de Idacio, Isidoro Pacense y Sampiro, cuya continuacion ha reproducido emendada el P. Florez en el tomo 14 de su Esp. sag; y tambien recopiló y escribió la historia de la Iglesia y de la ciudad de Oviedo con todos los privilegios y bulas concedidas por los sumos pontifices á la Iglesia y á la ciudad; cuya obra exîste en el *Tumbo ó Becerro* de dicha Iglesia. *Morales Viag. Sant. publicado por el Maestro Flor. pag.* 96. *B.*

Tambien es obra de este siglo la historia Compostelana, reputada por uno de los mejores monumentos de la historia de España, no solo por las noticias que contiene de la excelencia y prerogativas de la iglesia del apóstol Santiago, sino tambien por las que trae relativas á la santa sede, á varios sucesos de papas y anti-papas de que no habia noticia, ó que se encuentra en ella la prueba original, y á algunos acontecimientos de cardenales, príncipes, prelados é iglesias de España, que sin ella no se sabrian: asimismo hay en ella algunos concilios de que en ningu-

ARTICULO XI.

Costumbres, usos, concilios generales y disciplina.

Las reflexîones que hemos esparcido en los artículos precedentes, han dado ya á conocer el estado de la[s] [c]os-tumbres en el Oriente y Occidente. La depravacio[n] [e]ra grande en todas partes; pero los griegos mas delica[do]s, mas cultos, y de unos apetitos mas refinados, vivian en una corrupcion análoga á su carácter y modo de pensar. Eran mas exquisitos en sus placeres, y el goce de ellos participaba de una cierta delicadez de espíritu y de corazon, que era en ellos efecto de un natural vivo y sensible perfeccionado por la educacion. Sin embargo habia entre ellos, como en todas las naciones cultas y corrompidas, dos especies de hombres, cuyas costumbres habian llegado á aquel punto de disolucion, en que no se halla gusto sino en los desórdenes mas desenfrenados, ni diversion sino en las escenas bulliciosas y llenas de escándalo.

[...]a otra parte se halla vestigio. Escribióse esta historia á solicitud de Don Diego Gelmirez, primer arzobispo de Santiago, quien la encargó á [...]os cánonigos de los mas instruidos de aquella Iglesia, el uno llama[d]o Don Munio Alfonso, el otro Don Hugo, gallego de nacion, y ha[b]iendo sido promovidos estos dos cánonigos á los obispados de Mondo[ñ]edo y Oporto, encomendó la obra el señor Gelmirez á otro cánonigo [ll]amado Giraldo, de nacion francés, que la concluyó. Dióla á luz el [R]. M. Florez en el tomo 20 de la España sagrada.

[...] Pedro Toledano hizo una version latina del alcoran arábigo de Ma[...]oma, por órden del venerable Pedro, abad de Cluni, que estaba en[...]tónces en España.

No se debe omitir que en este siglo san Cirita, monge Cisterciense, portugés de nacion, escribió las constituciones y leyes para los caballeros del órden militar de *Avis*, fundada por él mismo, de órden del rey don Alfonso de Coimbra, las quales insertó en latin y portugues: *El P. Bernardo Brit. en el cap.* II. *del Cister.* Otros dos monges benedictinos del monasterio de Celanoba, llamados Ordoño y Esteban, escribieron á fines del siglo XII la vida de san Rudesindo ó Rosendo, obispo de Iria, y fundador de dicho monasterio, la qual se conserva manuscrita con letras de oro en un precioso códice, primorosamente iluminado en la biblioteca de Celanoba, donde lo reconoció Ambrosio de Morales; que lo describe puntualmente en el *cap.* 36. *del lib.* 16. *de la Cron. Gen. de Esp.* y se valió de él para las noticias que da de san Rosendo en el lugar referid[o]; y en la descripcion del viage santo, publicado por el P. Florez [á] fol. 155. añade que el monge Ordoño fué tambien autor de una obra intitulada: *Expomonogeron ó Exbonologeses*, que viene á ser como un racional de los divinos oficios.

Los cortesanos, los señores, los ricos, y principalmente los de una rápida fortuna despreciaban todo miramiento y decencia, creyendo les era permitido todo porque no temian la censura de nadie, y ménos de sus soberanos que eran sus cómplices, y los del baxo pueblo, á quien su obscuridad exîmia de la severidad de las leyes quando querian recobrar algun vigor, y que se desquitaban del menosprecio la opresion que sufrian, se entregaban asimismo á los cios mas infames y groseros.

El clero, depositario de los verdaderos principios de la ıoral y de los intereses de la virtud, era el único que podia oponerse á los desórdenes, y trabajar eficazmente en la reforma de costumbres. Pero el de la iglesia Griega aunque mas moderado que el de Occidente, porque no poseia ni señoríos ni derechos temporales, ni poder en el estado, era por lo comun sacado de los claustros, mal escogido y lleno de ambicion: no de aquella ambicion noble que guia á las grandes empresas, sino de una baxa y abatida, que quita el valor y la libertad, haciendo desesperar de lo que se desea, ó temer se pierda lo que se ha obtenido, en una palabra, que envilece haciendo al corazon cobarde y al alma tímida y dependiente. Los emperadores, que tan dificilmente se mantenian en el trono, se habian abrogado una autoridad absoluta sobre las iglesias y los obispos; hacian todo lo que querian, disponiendo á su antojo de las primeras sillas y de las ménos importantes deponiendo á los patriarcas y prelados para nombrar otros que tambien expelian segun su capricho. Semejantes en esto á los demas déspotos que hacen matar á sus ministros quando se les antoja, y que ni ellos mismos pueden exîmirse del dogal. Se veian en Constantinopla y en las otras ciudades principales muchos obispos echados de sus sillas y reducidos á cortas pensiones, y aun algunas veces privados de todo socorro; á otros se les desterraba á los monasterios por órden del emperador, ó ellos voluntariamente se retiraban, no teniendo otro asilo, habiendo perdido sus iglesias. Esta inestabilidad envilecia la dignidad episcopal; y los sucesores de los prelados depuestos temian la misma suerte, vivian en una servil dependencia, y no osaban cumplir con su obligacion.

Entre los musulmanes, turcos ó árabes las costumbres eran una mezcla de cultura y de barbarie, de mag-

nificencia, de ferocidad, de licencia, y de una piedad ardiente y crédula que juntaba á la simplicidad de devotos el furor de fanáticos. Sus pasiones impetuosas no conocian límites, queriendo solo satisfacer sus deseos por medio de los excesos y arrebatamientos los mas fogosos. El comercio de las naciones occidentales con los griegos y los sarracenos de Oriente ningun bien produxo á los unos ni á los otros en materia de costumbres. Se comunicaron recíprocamente sus vicios sin tomar las buenas calidades que podian unos de otros. En esto consiste que despues de las cruzadas, la corrupcion no hizo sino aumentarse en Europa, y se conocieron en ella desórdenes de que esta parte del mundo se habia preservado hasta entónces por la misma estupidez y barbarie de sus habitantes.

Los desórdenes y la ignorancia, que habian ocasionado las infelicidades de los hombres en los siglos precedentes, reynaban todavía en éste. No podemos pintar mejor el estado de las costumbres de Occidente, y particularmente en Francia en el presente siglo, que trasladando las palabras de un juicioso escritor, á quien siempre citamos con gusto. "No se veia entre los legos, dice, (Diccionario de »las heregías, tom. II. pag. 590.) sino asesinatos, saqueos, »rapiñas y violencias. Los obispos, los abades y los clé»rigos iban á la guerra. La usura y la simonía eran comu»nes entre ellos, la absolucion venal, el concubinato de »los clérigos público y casi hecho costumbre. Los benefi»cios habian llegado á ser hereditarios. Algunas veces se »vendian los obispados aun en vida de los obispos; otras »los señores los dexaban á sus mugeres por testamento. »Muchos obispos decian que no necesitaban ni de buenos »eclesiásticos ni de cánones, porque todo esto lo tenian en »su bolsillo.»

Estos desórdenes escandalosos, cuyos efectos mas ó ménos considerables se veian aun en las diócesis mejor regidas, se habian llevado al último extremo en ciertas provincias, y los delinqüentes, ya por su gran número, ya por su clase, despreciaban las penas canónicas. Esta fué la causa de que tantos fanáticos predicantes adquiriesen crédito con el pueblo, y de los grandes estragos que hicieron en tantos parages. Hacian invectivas contra el clero, le reprochaban su fausto, su riqueza, su pompa, su molicie, y su vida mundana y licenciosa. Estas declamaciones no eran

injustas ni criminales sino en quanto sus autores eran hombres sin mision, y que solo aspiraban por este medio á sorprehender la credulidad del vulgo, y á hacerle abrazar errores, cuyo principal objeto era aniquilar la autoridad de los obispos, destruyendo en la religion todo lo relativo al poder espiritual. Es dificil figurarse los males que causaron en casi toda la Francia, sobre todo en los paises situados de la otra parte del Loira Los recorrieron en tropas con las armas en la mano, saqueando las iglesias, asaltando los monasterios, desolando las campiñas, y llevando hasta las ciudades el fierro y el fuego. Si de un lado los rechazaban, se arrojaban por otro, cometiendo las mismas violencias. Es fácil juzgar que ni el zelo de la gloria de Dios, ni el amor de la religion hacian obrar á estos furiosos asesinos.

En efecto el verdadero zelo se manifiesta por los medios que se dirigen al bien y le procuran. En las almas rectas y virtuosas es un sentimiento vivo y doloroso de los males de la Iglesia; no los pinta con energía sino para excitar los remordimientos en el corazon de sus autores, y la vigilancia de los que deben remediarlos. Tal era el zelo que animaba á los grandes varones de este siglo, como los Ivones de Chartres, los Pedros de Blois, los Juanes de Sarisberi, y principalmente los Bernardos. Estos no disimulaban los desórdenes que reynaban en el clero; hacian de ellos las mas vivas pinturas, no perdonando ni á los primeros pastores, cuyas costumbres eran reprehensibles, ni á los clérigos ni á los abades que vivian como mundanos, ni á los monges que olvidaban las obligaciones de su estado, ni á los mismos papas y los abusos que toleraban en su corte. Pero aquellos grandes censores no pretendian por este medio deprimir ninguna autoridad legítima, ni ménos inspirar á los fieles el espíritu de independencia y de sedicion. No llevaban, pues, otra mira que la de excitar la sensibilidad de los corazones virtuosos, de hacer ver á los fieles quan indecorosos eran sus vicios para ellos y para la Iglesia; de despertar el zelo de los pastores demasiado débiles ó indolentes, reanimar su valor, y acordarles lo que la Iglesia esperaba de ellos, ya como cabezas, ya como modelos del christianismo.

A pesar de esto se proscribieron por la religion y por sus ministros todos los errores contrarios á la quietud de

los prelados, las juntas sediciosas y las venganzas de que eran motivo se suspendieron una parte de la semana las guerras privadas y todo acto de hostilidad, fué protegida la humanidad, y los débiles hallaron un apoyo contra la fuerza y la opresion. Si hubo grandes exemplos de piedad, de caridad, de modestia, de desinteres, y de renunciacion de sí mismo y de las cosas perecederas, en el seno de la Iglesia se vieron. Si el amor del bien publico inspiró providencias útiles, las dictaron los pastor ó los varones virtuosos, cuyo zelo y luces consultaban. fin, si los pobres, los enfermos y los desgraciados, por ualquier camino recibieron socorros y consuelo, la re gion fué quien se los ofreció ó facilitó. Los hospitales establecidos en la Tierra Santa para los peregrinos, sugirieron la idea de fundar en Europa refugios semejantes para los infelices. En ellos encontraron alimentos, remedios y hombres caritativos dedicados á servirles.

Miéntras la corrupcion del siglo y el olvido de las obligaciones eran orígen de escándalos, el fervor de las nuevas órdenes y la vida santa de sus fundadores, ofrecian al mundo un espectáculo de bastante edificacion para los christianos de todos estados. Las fundaciones del Cister y de Claraval produxeron una infinidad de santos asilos, en donde la inocencia y el arrepentimiento hallaban igualmente lo que podian desear. La inocencia medios seguros de conservar su gloria por la separacion de todo lo que le podia deslucir, y el arrepentimiento auxîlios propios á animarle en las fatigas de la penitencia por los continuos exercicios del ayuno, de las vigilias, de las abstinencias y de todas las mortificaciones que pueden fortalecer al alma. La sabiduría de un beato Esteban, de un san Bernardo, y de otros varios abades que la providencia habia puesto á la cabeza de los solitarios que abrazaban la vida monástica baxo la conducta de aquellos angeles de la tierra; su piedad tierna, su amor de Dios, su experiencia en la vida interior, y el exemplo que daban á sus discípulos de todas las virtudes, les atraian una multitud de discípulos que renunciaban el siglo para sepultarse en aquellos profundos retiros. Era su número tan grande, que no bastando los primeros monasterios ara contenerlos, se necesitaban construir otros de nuevo, que en breve formaban nuevas colonias. Por este medio la sola abadía de Claraval en vida

de san Bernardo, su fundador, llegó á ser madre de setenta y siete casas, contando las comunidades que de ella habian salido, y se extendia ya su jurisdiccion á mas de ciento y sesenta monasterios.

La órden de los cartujos, tan austera en sus primeros tiempos, tan poco deseosa de ser conocida y de dilatarse, era asimismo el consuelo de la Iglesia, y renovaba á sus ojos los prodigios de los antiguos anacoretas del Egipto. Los discípulos de san Bruno, llenos del espíritu de aquel nuevo Antonio, se ocultaban al mundo, no queriendo otros testigos de sus virtudes que á Dios solo. Por tanto veian con disgusto llegar á su morada los extraños, á menos que no fuesen á entregarse al mismo género de vida. Habiendo olvidado á todos, deseaban que todos los olvidasen. Así se ve que no se apresuraban á formar nuevos establecimientos, y hacerse por este medio mas considerables en la Iglesia, pues en tiempo del venerable Guido, quinto prior de la gran Cartuja, cerca de 50 años despues de su fundacion, solo contaban tres casas. Nuestro instituto, decia aquel digno díscipulo de san Bruno, se sostiene por el pequeño número de los que le abrazan; porque si es cierto segun la divina palabra, que el camino de la vida es estrecho, y que pocos entran en él, la órden religiosa que admite ménos individuos es la mejor. Esta era la máxîma del santo fundador, quien por esta razon habia fixado en 12 el número de monges en cada casa, sin comprehender el prior, con el qual eran 13, y algunos hermanos legos destinados á los exercicios que no eran compatibles con el rigor del silencio.

Se celebraron durante este siglo un gran número de concilios. Referiremos sus principales reglamentos, recopilados baxo cierto número de los mas principales, al fin de este artículo como hemos hecho en los siglos precedentes. Pero algunas de estas sagradas asambleas exîgen de nosotros mas particular atencion, á causa de la autoridad que han tenido en la Iglesia. Estos son los tres concilios de Letran celebrados en esta época, y que se cuentan entre los ecuménicos.

El primero de estos concilios, noveno de los generales, se tuvo en Roma en la Basílica de san Juan de Letran por el papa Calixto II. en 1123. Asistieron á él mas de 300 obispos y de 600 abades. El principal objeto de este con-

cilio era decretar sobre el grande asunto de las investiduras que turbaba la Iglesia y el estado hacia mucho tiempo. se confirmó el tratado que el papa Calixto II. habia concluido en 1121 con el emperador Henrique V. En este tratado famoso se estipulaba que la ceremonia de la investidura no se haria en adelante con el báculo y anillo, y solo con el cetro; que los derechos del príncipe se restringirian á las regalías; es decir, á los feudos y á los demas bienes dependientes de la corona poseidos por los eclesiásticos; y finalmente, que los obispos ó abades que estaban fuera de Alemania podrian consagrarse y bendecirse ántes de pasar por la ceremonia de la investidura, con tal que la recibiesen dentro de 6 meses despues de su posesion. Los obispos de este concilio se quejaron amargamente de los abades y monges, representándolos como á unos ambiciosos que querian arrogarse los honores y funciones del episcopado, como unos hombres codiciosos que usurpaban las tierras de la Iglesia, y las ofrendas de los fieles, como gentes que habian perdido el espíritu de su instituto, y que ya no conocian ni la humildad ni la modestia, de que el órden monástico habia sacado tanta gloria en otro tiempo. Por desgracia estas acusaciones eran demasiado bien fundadas á vista de una multitud de comunidades religiosas, á quien las riquezas y las exênciones habian hecho degenerar de su primitivo estado. Se hicieron ademas 22 cánones sobre la disciplina, de que la mayor parte solo repetian lo que se habia decidido en los Concilios precedentes.

El segundo concilio de Letran, contado por el décimo general, fué tenido en 1139 por Inocencio II. En él hubo cerca de 1000 obispos. El papa hizo un largo discurso, exponiendo el motivo que le habia hecho reunir tantos prelados en la capital del mundo christiano, que era trabajar en la reunion de la Iglesia despues del cisma que acababa de turbarla. Los obispos ordenados por los autores del cisma comparecieron en él. Inocencio II. los llamó á todos por su nombre; y despues de haberles echado en cara el delito de que se habian hecho reos, y del escándalo que habian dado á toda la Iglesia, fueron despojados de las insignias de sus dignidades usurpadas. Ademas se hicieron en este concilio 30 cánones, que son poco mas ó ménos como los del concilio de Rheims celebra-

do en 1131. Se les cita ordinariamente con el nombre del segundo concilio de Letran, el qual siendo ecuménico ha conservado mayor autoridad en la Iglesia.

El cisma comenzado por el cardenal Octaviano en 1159, habia durado hasta 1177. El papa Alexandro III, que por su paciencia y habilidad habia obligado al último de sus rivales á venir á postrarse á sus pies, quiso consagrar la paz restituida á la Iglesia convocando un concilio general, en donde se tomasen sabias medidas para impedir que en lo suce[so] sobreviniesen semejantes divisiones. Este concilio, á qu[e] todos los obispos de la iglesia Latina fueron llamados, se co[n]gregó en la iglesia de Letran en 1179, y se componia de cerca de 300 obispos. Se hicieron varios reglamentos comprehendidos en 27 capítulos ó cánones. El objeto de ellos era la reforma de muchos abusos que se habian introducido en la Iglesia; la renovacion de las antiguas disposiciones de las leyes canónicas totalmente olvidadas; reprimir los excesos de los albigenses y de los otros hereges de que hemos hablado; y especialmente precaver para siempre, si fuese posible, las discordias que se originaban á la muerte de los papas, y que ocasionaban disensiones de que solo sacaban ventaja los enemigos de la Iglesia. Por lo que toca á este punto se arregló, que en las elecciones de los pontífices, quando discordasen los cardenales, seria reconocido por legítimo sucesor de san Pedro el que hubiese tenido las dos terceras partes de votos; cuya regla se sigue aun, quando la eleccion se hace por escrutinio.

Ahora solo nos resta poner á la vista del lector un resumen de los usos y disciplina de este siglo.

1.º Los canónigos de las iglesias catedrales empezaban á arrogarse la eleccion de los obispos con exclusiva de los otros miembros del clero y con mas razon del pueblo. El segundo concilio de Letran para restablecer el antiguo órden, amenazó con anatema á los canónigos que se hiciesen culpables de tal atentado. Querian en esto seguir el exemplo de los cardenales que se habian apropiado el derecho de elegir por sí solos al papa.

2.º Empezaban á introducirse las ordenaciones vagas: se conocieron los inconvenientes que podian resultar de semejante uso; y para desterrarle ántes que se arraigase mas, determinó el tercer concilio de Letran que el obispo que hubiese conferido las órdenes á un sacerdote ó á un diácono,

sin señalarle título con que subsistir, lo mantuviese hasta adjudicarle una renta sobre los bienes eclesiásticos con que viviese, á no ser que el clérigo pudiese vivir con propio patrimonio. Esta es la primera vez que se hace mencion del patrimonio de los clérigos en lugar de título eclesiástico.

3.º Se habian ya introducido, como hemos visto, las exênciones que se dirigian á substraer de la jurisdiccion de los ordinarios pastores á los monasterios y monges; pero se multiplicaron mas que nunca en este siglo. Los abades que las habian obtenido se habian hecho soberbios y arrogantes, y lo mismo sus inferiores. Despreciaban á los obispos, de quienes vivian independientes, y no hacian el menor caso de sus exhortaciones, quando se lamentaban de la relaxacion y de los abusos que reynaban en los claustros. Este mal no hizo sino aumentarse, y los pontífices, que hallaban en estos privilegios dados por ellos una ampliacion de su autoridad, continuaron en concedérselos sin hacer ningun caso de las quejas de los obispos.

4.º Desde el siglo décimo se habian atribuido los papas el derecho de canonizar los santos. A pesar de esto los metropolitanos se conservaban en la antigua costumbre, pero Alexandro III acabó de despojarlos de ella, colocando las canonizaciones en el número de las causas mayores, sobre las quales solo la santa sede podia decidir. En 1153 canonizó el arzobispo de Ruan á san Gautiero, abad de Poters, siendo este el último exemplo que la historia nos presenta. Alexandro III es asimismo el primero que introduxo el uso de los monitorios.

5.º La práctica de la penitencia pública por los pecados enormes y escandalosos no estaba enteramente abolida; pero cada dia se hacia mas rara, porque se podia obtener la remision de qualquier pecado por otra via, y principalmente por las indulgencias concedidas por las cruzadas y peregrinaciones; pero las confesiones públicas en el artículo de la muerte aun estaban en uso.

6.º Se ordenó que ninguno fuese elevado al episcopado ántes de cumplir los treinta años. Por lo tocante á las dignidades inferiores y los beneficios con carga de almas se arregló que en ninguno se proveeria que no llegase á veinte y cinco. El estado de los curas se hizo mas fixo y mas recomendable que hasta enónces por la prohibicion hecha á los obispos de desposeerlos arbitrariamente. Se estableció

que en lo sucesivo no podrian ser despojados sino por un juicio canónico pronunciado por el obispo en el sínodo diocesano.

7.º Hasta aquel tiempo los obispos habian exercido por sí mismos la jurisdiccion contenciosa; pero comenzaron en este siglo á hacerlo por ministros delegados á este efecto. Tal es el orígen de los oficiales, cuyo nombre y oficio no se conoció hasta entónces. Hácia esta época comenzaron tambien los obispos á comunicar su autoriad á eclesiásticos del segundo órden; pero esto se prohibió: y semejante uso, orígen de la comision de los vicarios ó provisores, favorecia demasiado la pereza de los obispos, y ademas era contraria á los derechos de los arcedianos.

8.º Se prohibió á los eclesiásticos de todas clases recibir cosa alguna por los ministérios espirituales, como ordenaciones, administracion de sacramentos, colacion de beneficios, &c. Se permitió, no obstante, recibir de los fieles un estipendio voluntario por la celebracion de la misa, pero con prohibicion de exîgirle, y este es el principio del estipendio ó limosna dispensado á los sacerdotes por este objeto.

9.º La pluralidad de beneficios que empezaba á introducirse, se proscribió como un abuso, hijo solo de la avaricia. Fuera de esto era perjudicial al servicio de la Iglesia porque un mismo sugeto por la reunion de muchos títulos llegaba á estado de no desempeñar los cargos y obligaciones con exâctitud.

10.º Hasta este tiempo estaba prohibido el matrimonio á los que tenian las órdenes sagradas; pero quando lo hacian, no se les separaba de sus mugeres, solo se les degradaba, se les arrojaba de su estado é imponia penitencia. Pero en este siglo se declararon por nulos estos casamientos, obligando á separarse á los que los habian contrahido. El decreto es del primer concilio de Letran. La ley que excluia del clero á los hijos ilegítimos de los clérigos se renovó y recibió en toda la Iglesia.

11.º Las mortificaciones voluntarias habian empezado á introducirse en los siglos precedentes; pero su uso se hizo mas comun en este; y consistian en el saco, el cilicio y la disciplina de mano propia ó recibida de la de otro. Otra devocion se introduxo ademas; quando estaban en la extremidad de la vida se hacian poner sobre ceniza cubier-

tos de un cilicio y vestidos de monges para morir en este estado. Varios santos obispos dieron este exemplo, y la devocion de espirar sobre la ceniza pasó á costumbre en algunas órdenes religiosas de nueva institucion.

12.º Aun se usaba comunmente la comunion baxo las dos especies; pero desde el principio de este siglo algunos tomaban las dos especies á un tiempo, introduciendo la del pan en la de vino: y hácia el fin algunos recibian una sola.

13.º Se privó á los monges en el primer concilio de L[illegible]an la administracion de los sacramentos, y las funcione[s] de párroco. Siendo la diferencia que habia entre ellos y los canónigos reglares, que podian estos obtener curatos y beneficios quando echaban mano de ellos los obispos. Pero en el fervor de su instituto no querian los canónigos regulares salir de su soledad para ser destinados á los exercicios exteriores del ministerio. Algunos prelados escrupulizaban por su parte emplearlos en ellos, sin duda á causa del voto de pobreza, al qual estaban obligados como los demas religiosos. »En efecto dice el docto abate »Fleury (discurso 6.º sobre la Historia Eclesiástica n. 10.) »es una extraña contradiccion hacer voto de pobreza, »como un medio de algun dia enriquecerse." Reflexîon aplicable á todos los que no entran en las congregaciones regulares, sino con la mira de salir presto con destino á algun beneficio.

14.º Las fiestas militares, llamadas torneos, que figuraban combates, y muchas veces se hacian sangrientas, se prohibieron con las penas mas severas en varios concilios, especialmente en el segundo y tercero de Letran; pero continuaron sin embargo. La nobleza francesa gustaba tanto de estas diversiones, que ni los anatemas de la Iglesia, ni los funestos accidentes que solian seguirse, la retraian de ellas. Solo la variacion de costumbres, y modo de pensar y de preocupaciones que se experimentó con el tiempo, pudo desterrar semejante uso; el qual era propio de la caballería cuyo imperio dominaba en toda la Europa: pasaron algunos siglos, y se derramó mucha sangre ántes que conociesen su perjuicio.

15.º Se prescribió con pena de excomunion la observancia de la tregua de Dios, á saber, toda suspension de hostilidades ofensivas y defensivas, desde el miércoles al

ponerse el sol hasta el lúnes por la mañana, desde el primer dia de adviento hasta la octava de la epifanía, y desde la septuagésima hasta el domingo de quasimodo. Esta prohibicion de tomar las armas para atacar y defenderse, hecha ya por muchos concilios, se reiteró en el segundo y tercero sínodo ecuménico de Letran. Pero sometiéndose á estos sábios reglamentos, se ponian algunas veces restricciones, es á saber que se juraba guardar la tregua, á excepcion de con tal ó tal sugeto, y entónces si matara al que habian exceptuado, no quebrantaban la tregua.

16.º La lepra, contagio cuya naturaleza y remedio se ignoraba, se habia introducido en Europa por los cruzados, siendo éste uno de los funestos frutos de la guerra ultramarina. Se la miraba como incurable, y juntaban en una misma habitacion á todos los infeccionados. El tercer concilio general de Letran les concedió Iglesias particulares, cimenterios y sacerdotes para administrarles los socorros espirituales, siempre que esta permision no perjudicase á los derechos parroquiales; y éste es el primer reglamento concerniente á las malaterias.

CRONOLOGÍA

DE LOS CONCILIOS.

SIGLO XII.

Años de *Romanum*, de Roma, hácia el fin de marzo por Pas
J. C. qual II., de todos los obispos de Italia y diputados de
1102. muchos ultramontanos. Se condenaron en él con juramento todas las heregías, y se prometió obediencia al papa. Además se confirmó la excomunion fulminada contra el emperador Henrique, por Gregorio VII. y Urbano II., y Pasqual la publicó en persona el juéves santo 3 de Abril en la iglesia de Letran.

1102. *Londinense*, de Londres, de toda la Inglaterra, hácia el fin de septiembre, por san Anselmo. Se condenó la simonía, y se depusieron seis abades que fueron con ven-

cidos de ella, y se hicieron en seguida varios reglamentos. Años de C. J.

Mediolanense: de Milan. El sacerdote Liprando acusa al arzobispo Pedro Grossolano de simonía, ofreciéndose probar la acusacion por el fuego. Se lo impiden los obispos del concilio. Ostigado algun tiempo despues por Grossolano para salir del pais, ó hacer la prueba, pasó en medio de dos hogueras, quedando indemnes sus vestidos; pero con una herida en una mano, y otra en un pie, lo que hizo la prueba dudosa. 1103.

Romanum: de Roma, por Pasqual II., en la qu. s-ma. Reprehendió el papa severamente á Brunon, arz(is-po de Tréveris, por haber recibido del emperador H n-rique la investidura. Brunon hizo su dimision, y á los tres dias fué restablecido. 1104.

Tresense: de Troyes, el 28 de Marzo, por el legado Ricardo, obispo de Albani y muchos obispos. Hu berto, obispo de Sanlis, acusado de haber vendido lo sacros órdenes, se justificó con juramento, y Godofre, abad de Nogent, fué á su pesar nombrado obispo de Amiens. 1104.

Balgenciacense: de Baugenci, el 30 de Julio, por el legado Ricárdo y varios obispos, en presencia del rey Felipe y Bertrada, que á pesar de la promesa de separarse no fueron absueltos en este concilio. 1104.

Parisiense: de París XIV, el 2 de Diciembre, en que fueron absueltos el rey y Bertrada despué s de jurar no tener mas comercio criminal. 1104.

Romanum: de Roma, en el palacio de Letran, el 26 de Marzo. Pasqual II. excomulgó al conde de Meulan y sus cómplices, acusados de ser causa de obstinarse el rey de Inglaterra en sostener las investiduras; excomulgó asimismo á los que las habian recibido. 1105.

Romanum: de Roma, en el mes de mayo. El papa restableció á Pedro Grossolano en la silla de Milan; pero nunca pudo hacer se pusiese en execucion el decreto; tan poderoso era, dice Muratori, el partido opuesto. 1105.

Quintiliburgense vel Northusense; de la abadía de Quedlimbourg segun unos, ó de Northasen en Turingia segun otros, en la semana ántes de Pentecostés. Se condenó la simonía y el concubinato de los clérigos, y se confirmó la paz (e Dios. Se prometió tambien reconciliar por la imposicion de manos á los depuestos 1105.

Años de J. C. como ordenados por los cismáticos. El rey Henrique V., rebelde al emperador su padre, habiéndose hallado presente, protestó con lágrimas haber aceptado á su pesar el cetro, añadiendo estaba pronto á restituirlo á su padre con tal que diese satisfaccion al papa El concilio se mostró persuadido de la sinceridad de este discurso.

1105. *Remense*: el 2 de Julio, en que se substituye Odon, abad de san Martin de Tournai, á Gauchero, obispo de Cambrai, depuesto en el concilio de Clermont en 1095 por ser adicto al emperador Henrique IV. Gachero se mantuvo en su silla miéntras vivió este príncipe.

1105. *Conventus Moguntinus*: dieta de Maguncia, congregada el dia de Navidad por el rey Henrique V. Asistieron los legados del papa con mas de 52 señores del Imperio y gran número de prelados. Se renovaron los anatemas pronunciados contra el emperador, el antipapa Guiberto y sus partidarios.

1105. *Florentinum*: de Florencia, hácia el fin del año, por el papa Pasqual II.: se disputó mucho con el obispo de la ciudad que decia haber ya nacido el antechristo; pero el altercado fué tan grande, que nada se decidió.

1106. *Pictaviense*: de Potiers, el 26 de Mayo, presente Boemundo, príncipe de Antioquía. Se publicó solemnemente la cruzada, y se trataron diversas materias eclesiásticas.

1106. *Lexoviense*: de Lisieux hácia el mes de Octubre, por Henrique I., rey de Inglaterra. Los reglamentos de este concilio mas son civiles que eclesiásticos. Los legos eran en mayor número que los prelados.

1106. *Guastallense*: de Guastala, sobre el Po, el 22 de Octubre, por Pasqual II., con un gran número de obispos y de clérigos, en presencia de los embaxadores de Henrique, rey de Inglaterra, y de la misma princesa Matilde: ordenó que la provincia de Emilia no estuviese sujeta mas á la metrópoli de Ravena: por lo qual solo le quedó la de Flavinia. Se usó de iudulgencia en favor de los obispos ordenados por los cismáticos, con tal que no fuesen usurpadores, ni simoniacos, ni delinqüentes en otros crímenes, y se renovó la prohibicion hecha á los legos de dar las investiduras.

1106. *Trecense*: de Troyes, hácia la Ascencion. Pasqual II. exhortó á los pueblos á la cruzada, y el concilio exco-

mulgó á los que violasen la tregua de Dios. Se restableció la libertad de las elecciones, y se confirmó la condenacion de las investiduras, sobre las quales los alemanes no habian quedado acordes con los romanos en la conferencia de Chalons, tenida pocos dias ántes. Años de J. C.

Londinense: de Londres, el 1 de Agosto, por san Anselmo, se acordó el homenage al rey segun el papa lo permitia, y se prohibieron las investiduras por el báculo y el anillo. 1107.

Jerosolimitanum: de Jerusalen, en que habiendo Guibelino de Arles, legado, con los obispos del reyno, depuesto á Ebremardo, intruso en Jerusalen viviendo aun Daimberto, le dió la Iglesia de Cesarea á causa de su sencillez. Guibelino fué elegido en seguida por el concilio patriarca de Jerusalen. 1107.

Londinense: de Londres por san Anselmo, durante Pentecostes, en 24 de Mayo. Se hicieron 10 cánones, que entre otras cosas ordenaron que los clérigos que no habian observado la prohibicion del concilio de Londres de 1102, si querian celebrar dexasen sus mugeres, y no pudiesen hablarlas sino en la calle y en presencia de dos testigos. 1108.

Beneventanum: de Benevento, el 12 de Octubre, por el papa Pasqual II., tocante á las investiduras y al luxo con que vestian los clérigos.

Romanum: de Roma, en Marzo. Renovó Pasqual II. los decretos contra las investiduras y los cánones que prohibian á los legos disponer de los bienes eclesiásticos.

El mismo año Ricardo, obispo de Albano, tuvo tres concilios en Francia; el primero en Clermont en Auvernia por Pentecostes; el segundo en Tolosa poco tiempo despues (es el octavo de aquella ciudad); y el tercero en san Benito sobre el Loira, el 1 de Octubre. Entónces habia pocos concilios sin legados del papa.

Coloniense: de Colonia, por Federico, arzobispo de dicha ciudad, en que Sigiberto, monge y diputado de Gemblours, célebre escritor, obtuvo la canonizacion de Guiberto, fundador de aquel monasterio 148 años ántes. Esta ceremonia se hizo solemnemente algun tiempo despues de este concilio, desenterrando el cuerpo del santo, 1110.

Constantinopolitanum: de Constantinopla, en que se condena la heregía de los bogomiles. El emperador Alexo 1110.

Años de J. C. Comneno publica tambien una constitucion sobre las elecciones y deberes de los prelados.

1111. *Verulanum*: de Veroli, entre Anañi y Veletri, por el papa Pasqual, en donde se obligó á Grimaldo, archicanónigo de san Paterno, á reconocer la jurisdiccion del obispo diocesano.

1111. *Lateranense I.*: primero de Letran: habiendose el emperador Henrique V. convenido con Pasqual II. en que el clero le restituiria las regalías, y que él por su parte desistiria de las investiduras, vino á Roma para hacer ratificar solemnemente este tratado. Con este motivo se congregó el 12 de Febrero el concilio de que hablamos. Pero quando estaba para concluirse ocurrió una alteracion, se deshizo la asambléa, y corrieron á las armas. Henrique hace prisionero al papa, y le hace firmar el 12 de Abril otro convenio, por el qual dexa Henrique al clero las regalías, y se queda con las investiduras.

1112. *Lateranense II.*: segundo de Letran, desde el 18 hasta el 23 de Marzo de cerca de 100 obispos. Pasqual II. revocó el privilegio de las investiduras. El famoso Gerardo, obispo de Angulema, fué encargado de llevar al emperador el decreto de revocacion, que decia ser contra el espíritu santo y contra los cánones, exîgir que un obispo electo segun las reglas por el clero y el pueblo, no se consagrase hasta recibir la investidura del rey. El legado desempeñó esta peligrosa comision con una fortaleza que desarmó al príncipe.

1112. *Ansanum*: de Anse. Los obispos de la provincia de Sens, llamados á este concilio por el arzobispo de Leon, rehusaron concurrir, no queriendo reconocer su jurisdiccion. En la coleccion de los concilios tenemos la respuesta á este prelado y su réplica. No es seguro que este concilio se haya verificado; á lo ménos no resta de él acta alguna.

1112. *Viennense*: de Viena, el 16 de Septiembre, por Guido, arzobispo de aquella ciudad y legado. Los obispos deciden, que recibir la investidura de un lego es heregía. Anulan el privilegio que el rey Henrique habia arrancado, excomulgan á aquel príncipe, y le separan del seno de la Iglesia hasta no dar completa satisfaccion. Lo que no habia hecho el papa en el concilio de Letran; pero confirmó éste por carta del 20 de Octubre.

Aquense: de Aix en la Provenza, se hicieron tres cánones, de los quales se ordena en el primero que el arzobispo de Aix percibirá la quarta parte de todas las rentas eclesiásticas de su arzobispado. Años de J. C. 1112.

Jerosolimitanum: de Jerusalen, por Conon, legado en Palestina. Se excomulgó al emperador Henrique V. por los malos tratamientos que habia hecho á Pasqual II. 1112. poco mas ó ménos.

Strigoniense: de Grana ó Strigonia, hácia el mes de Enero, por el arzobispo Lorenzo, con diez de sus sufragáneos. Se hicieron 65 cánones sobre la disciplina. 1114.

Vidsoviense: de Windsor, cerca de Londres, en donde fué electo arzobispo de Cantorberi, despues de cinco años de vacante, Raoul, obispo de Dochester, el 26 de Abril. 1114.

Cyperanum ó Ceperanum: de Ceperano, pequeña ciudad sobre el Gavillan, el 12 de Octubre por el papa Pasqual II. El Arzobispo de Benevento fué depuesto por un motivo puramente temporal; y el de Casano puso á los pies del papa, con consentimiento del abad de Monte-Cassino, el hábito monástico que Rogerio, conde de Sicilia, le habia obligado á tomar en aquella abadía. En este mismo concilio dió Pasqual II. la investidura de los ducados de la Calabria y de la Pulla á Guillermo, hijo del conde Rogerio. 1114.

Legionense: de Leon, el 18 de Octubre, por Bernardo, arzobispo de Toledo, y todos los prelados de Asturias, Leon y Galicia: se hicieron 10 cánones sobre la disciplina. 1

Compostelanum: de Compostela, el 17 de Noviembre, se confirmaron los cánones establecidos en el de Leon, y se añadieron otros 15. 1114

Bellovacense: de Bobes, el 6 de Diciembre, por Conon, cardenal y legado, asistido de los obispos de tres provincias. Se excomulgó al emperador Henrique, y se renovaron varios decretos de los últimos papas sobre la conservacion de los bienes eclesiásticos, y otros puntos de disciplina entónces mas necesarios. Se trató tambien de algunos hereges quemados por el pueblo de Soissons sin esperar el juicio de los eclesiásticos, recelando no fuese demasiado benigno; y se remitió al concilio siguiente tratar de san Godofre que habia dexado su obispado de Amiens para retirarse á la Cartuja. 1114.

Años de J. C.

1115. *Suessionense*, de Soissons, el 6 de Enero, en que se ordenó á los cartujos restituyesen á Godofre, obispo de Amiens. Lo que se executó al principio de la quaresma.

1115. *Remense*, de Reims, en 28 de Marzo, por el legado Conon. Excomulgó otra vez al emperador Henrique, y envió á su silla de Amiens al obispo Godofre, y su pueblo le recibió con alegría porque lo sentian mucho.

El mismo legado tuvo otros dos concilios en este año; el uno en Colonia el lúnes de pascua 19 de Abril; el otro en Chalons del Marne el 12 de Julio. En ambos reiteró la excomunion contra el emperador. Habiendo rehusado muchos obispos y abades de Normandía asistir al concilio de Chalons, Conon los depuso. Irritado Henrique I., rey de Inglaterra, de esta conducta del legado, se quejó al papa, quien restableció los prelados depuestos.

1115. *Trenorchiense*: de Tournus, el 15 de Agosto, por Guido, arzobispo de Viena y Legado, despues papa con el nombre de Celestino II. Decide este prelado en favor de los cánonigos de san Juan de Besanzon, la disputa sobre la iglesia Matriz que los canónigos de san Esteban de la misma ciudad tenian con ellos. El papa Pasqual no lo aprobó: y mandó se juntase un nuevo concilio, que aunque sin fruto, se tuvo el mismo año en Dijon por el mismo legado.

Trojanum: de Troyes en la Pulla, el 24 de Agosto por el papa Pasqual II. Se renovó la tregua de Dios por tres años.

1115. *Ovetanum*: de Oviedo, en presencia de la reyna Doña Urraca y de su corte. Se hicieron reglamentos contra los que robaban las Iglesias y los que violaban los sagrados asilos (*a*).

1115. *Coloniense*: de Colonia, por la natividad, por el legado Dicterico, en que se renovó la excomunion contra el emperador Henrique.

(*a*) Asistieron á este concilio en el qual se celebraron tambien cortes, la reyna Doña Urraca y sus hermanas las infantas Doña Elvira y Doña Teresa, los arzobispos de Toledo y Braga, diez y seis obispos, y la principal nobleza de sus reynos. El original de este concilio se guarda en el archivo de la santa Iglesia de Toledo, segun dice Sandoval en la historia de la reyna Doña Urraca, fol. 123. Y el obispo Don Pelayo de Oviedo, que se halló en él, lo refiere enteramente con todas sus firmas en la crónica que escribió de los reyes de Leon. Sota crónica de los príncipes de Asturias, pág. 545, y Villa Nuño sum. Conc. Hisp. tom. 2. fol. 417.

Syriacum: de Syria, despues de natividad, por el obispo de Orange, legado del papa, en que Arnoldo patriarca de Jerusalen fué depuesto. Años de J. C. 1115.

Lateranense: de Letran, el 6 de Marzo. En el condenó Pasqual II. el privilegio arrancado por el emperador Henrique con perpétuo anatema; y todo el concilio, que era numeroso, exclamó: Amen. Habiendo dicho un obispo que este privilegio contenia una heregía, resp[illegible]dió el papa que la iglesia de Roma jamas habia tenido h[illegible]regías, que por lo contrario las habia destruido. El emp[illegible]rador no fué excomulgado, pero el papa aprobó lo que los legados habian hecho en sus concilios, en que varias veces lo habia sido. Se renovó la prohibicion de dar ó recibir a investidura. En este concilio, Poncio, abad de Cluni, que se arrogaba el título de *abad de los abades*, fué acu[illegible]ado por Juan, chanciller de la iglesia de Roma, quien le hizo ver que aquel título solo pertenecia al abad de monte Cassino. 1116.

Salisberiense: de Salisberi, el 20 de Marzo, en presencia del rey Henrique I. En él quieren obligar á Turstain, elegido arzobispo de Yorck, á prometer obediencia al arzobispo de Cantorbery. El se niega prefiriendo renunciar al obispado; pero en lo sucesivo lo obtiene sin hacer el acto que se le exîgia. 1116.

Lingonense: celebrado en el campo entre Luz y Til-Chatel, diócesis de Langres, hoy de Dijon á una legua de Beze, el 8 de Junio, por Guido arzobispo de Viena. Se trataron varios asuntos particulares, cuyo por menor no ha llegado á nosotros. [illegible]

Divionense: de Dijon, por el mismo. Se ordenó á los canónigos reglares de san Esteban volver á esta Iglesia que habian abandonado por ir á vivir en la soledad. Este concilio es verosímilmente el mismo de que habla la cronica de Bonevaldo en el año de 1117 sin decir circunstancia alguna. 1116

Mediolanense: de Milan, por el arzobispo Jordan hácia el fin de Febrero; en una pradería llamada el Boglio se tuvo este concilio. Se levantaron dos tablados, en uno de los quales estaban los obispos, abades y prelados inferiores; en el otro es[t]aban los cónsules y los jurisconsultos, y en su contorn[o] una gran muchedumbre de clérigos, [illegible] legos [illegible] la 1117.

Años de J. C. reformacion de costumbres, esto es todo lo que se sabe de él.

1117. *Beneventanum:* de Benevento, en el mes de Abril, en que Pasqual II. excomulgó á Mauricio Bordino, arzobispo de Braga, su legado, por haber coronado al emperador en Roma durante el retiro del papa al Monte-Cassino.

1118. *Tolosanum IX*: noveno de Tolosa hácia el mes de Febrero, en que se resolvió el viage de España para socorrer á Alfonso, rey de Aragon, que alcanzó una gran victoria sobre los moros el 6 de Diciembre.

Capuanum: de Capua, en donde Gelasio II. excomulgó al emperador Henrique y á su antipapa Bordino, á quien acababa de hacer elegir.

1118. *Rotomagense*: de Ruan, el 7 de Octubre (junta mixta) Henrique, rey de Inglaterra, trató de la paz del reyno con los señores y Roaldo de Cantorberi, en tanto que Godofre de Ruan trataba de los asuntos de la Iglesia con quatro de sus sufragáneos y varios abades. Conrado, legado del papa Gelasio, se quejó del emperador y del antipapa Bordino pidiendo á las iglesias de Normandía el socorro de sus oraciones, y aun el de su dinero, dice Orderico, autor de aquel tiempo.

Viennense: de Viena, por el papa Gelasio, sus actas se han perdido.

Beneventanum: de Benevento, el 10 de Marzo por el arzobispo Landolfo. Se pronunciaron anatemas contra los que destruian las iglesias y asolaban el pais.

1119. *Coloniense*: de Colonia, por el legado Conon, en que se publicó la excomunion contra el emperador Henrique V.

1119. *Fritizlariense:* de Fritzlar en la Hessa, el 28 de Abril, por el legado Conon. Se renovó la excomunion contra el emperador. San Norberto compareció en él para defenderse contra los que le acusaban de predicar sin mision. Se justificó por los términos de su ordenacion, segun el autor de su vida.

1119. *Tolosanum X.*, el décimo de Tolosa, el 8 de Julio, por Calixto II., asistido de los cardenales, obispos y abades de Languedoc, &c. Se hicieron 10 cánones echando por el tercero á los maniqueos de la Iglesia, y ordenando que los reprimiese la potestad secular.

R[illegible] de Reims, por el papa Calixto II. asisti-

Años de J. C.

do de 15 arzobispos, mas de 200 obispos, y casi otros tantos abades, desde el 20 al 30 de Octubre. Luis el Grueso se quejó de que el rey de Inglaterra le usurpaba la Normandía; pero nada se decidió sobre este punto. Se hicieron cinco decretos contra los principales abusos del tiempo, la simonía, las investiduras, las usurpaciones y la incontinencia de los eclesiásticos. En el quarto se prohibe exîgir cosa alguna por el bautismo, los santos olic , la sepultura ó la extrema-uncion. Se expidió otro dec eto sobre la tregua de Dios; pero no se pudo conclui la paz proyectada entre el papa y el emperador. Henrique estaba en Mousson, adonde el papa se habia transferido durante el concilio; pero este viage fué inútil. El emperador no quiso executar lo que habia ofrecido con juramento sobre renunciar á las investiduras, y el papa á su vuelta tomó la resolucion de excomulgarle y el antipapa Bordino.

Rotomagense: de Ruan, en el mes de Noviembre, 1119.
por el arzobispo Godofre: se prohibe á los clérigos todo comercio con las mugeres, lo que suscita una sedicion.

Bellovacense: de Bobes, del 18 al 29 de Octubre, 1
por el legado Conon y los obispos de tres provincias. Se canonizó á san Arnoldo de Soissons, y se ignora lo demas.

Neapolitanum; de Naplusa, en Palestina: se exhortó al pueblo á que reformase sus costumbres para aplacar la ira de Dios, y se hicieron 25 cánones, que se han perdido.

Suessionense: de Soissons, hácia el mes de Enero, por 112
el legado Conon. Se obligó á Abelardo á quemar por su misma mano su libro de la trinidad, y se le envió á san Medardo, desde donde fué vuelto á san Dionisio de allí á poco tiempo.

Vormatiense: asamblea de Worms, el 8 de Septiem- 1122.
bre. El emperador renunció las investiduras, y el papa le conservó el derecho de dar las regalías, que son los derechos reales de justicia, de batir moneda, de peage ú otros semejantes, concedidos á las iglesias ó á particulares. De este modo se restableció la union del imperio y del sacerdocio el 22 ó 23 de Septiembre.

Lateranense: de Letran, concilio general, noveno y 1123.
el primero de Occidente, en tiempo de Calixto II., desde el 18 de Marzo, hasta el 5 de Abril. (*Mansi*) en don-

Años de J. C.

de se hallaron mas de 300 obispos, 600 Abades, y en todo cerca de 1000 prelados. Solo nos restan de este concilio 22 cánones, la mayor parte ya de otros.

1124. Se refieren á este año diferentes concilios tenidos en Francia por el legado Pedro de Leon, despues antipapa con el nombre de Anacleto. Estos son los de Chartres, Clermont, Bobes y Viena; pero nada se sabe de lo que ocurrió [illegible] ellos.

1126. *[illegible]ondinense vel Westmonasteriense*, de Westminster cer[illegible]a de Londres, el 9 de Septiembre, por Juan de Crema, legado de Honorio II., asistido de los arzobispos de Cantorberi y de Yorck de 20 obispos y cerca de 40 abades. Se hicieron 17 cánones, que no hacen sino confirmar los antiguos.

1127. *Vormatiense*: de Worms, por el cardenal Pedro, en virtud de órden del papa Honorio II, en donde se exâmina la eleccion de Godofre, arzobispo de Tréveris, hecha cerca de 3 años ántes, y tachado de simoniaco por el clero de aquella diócesis: se ignoran las resultas de este concilio; solo se sabe que despues de su conclusion abdicó Godofre, ó de grado ó por fuerza.

Londinense vel Westmonasteriense, de Londres ó de Westminster, desde el 13 al 15 de Mayo, en que se hicieron 12 cánones para la reforma de costumbres.

Nannetense: de Nantes, en tiempo del conde Conon, por los obispos de Bretaña. Se abolió la costumbre que hacia heredero al Señor de todos los muebles de un marido ó muger despues de la muerte de uno ó de otro; y la que daba al príncipe los despojos de los naufragantes. Se hicieron algunos reglamentos de disciplina.

27. *Troyanum*: de Troyes, en la Pulla, hácia el fin de Noviembre, en que el papa Honorio II. confirma la excomunion que habia pronunciado en Benevento contra Rogerio, por haber tomado el título de duque de la Pulla y de la Sicilia.

1127. *Moguntina duo*: dos de Maguncia, en que se exâmi-
1128. na la acusacion de simonía hecha á Othon, obispo de Halberotats, que fué depuesto.

1128. *Trecense*: de Troyes, en Champaña, el 13 de Enero, por el legado Mateo de Albani, asistido de los arzobispos de Reims y de Sens, de 13 obispos, san Bernardo y algunos otros abades. Se juzgó de[illegible] el dar [illegible] escrita;

y el hábito blanco á los templarios, cuya órden habia co- Años de
menzado en 1118. J.C.

Ravennense: de Ravena, en que el papa Honorio II. depuso los patriarcas de Aquileya y Venecia ó de Grado por haber dado favor á los cismáticos. 1128.

Rotomagense: de Rúan, en el mes de Octubre, por el legado Mateo de Albani, Despues de haber este prelado conferido con el rey de Inglaterra sobre las necesidades de la Iglesia, congregó por órden suya los obispos y abades de Normandía, con los quales hizo en su presencia varios reglamentos de disciplina. 1128.

Paviense: de Pavía, por el cardenal Juan de Cremna, en que se excomulgó á Anselmo, arzobispo de Milan por haber coronado rey de Italia á Conrado, duque de Franconia rebelde al emperador Lotario. 1128.

Parisiense XV.: de París, décimo quinto, en la abadía de san German de los Prados en presencia del rey, por Mateo de Albani. Se habló de reformar muchos monasterios, en particular el de Argenteuil, cuyas religiosas se repartieron para poner allí monges de san Dionisio. El decreto sobre éste fué confirmado por el obispo de París, por el papa y por él rey. 1129.

Catalaunense: de Chalon del Marne, el 2. de Febrero. Henrique de Verdun abdicó el episcopado por consejo de san Bernardo.

Palentinum: de Palencia, en castilla la Vieja, la primera semana de quaresma. Se hicieron 17 cánones sobre los abusos de aquel tiempo.

Londinense: de Londres, el 1.º de Agosto. El rey engañó á los obispos apropiándose el derecho de castigar á los sacerdotes incontinentes, de que sacó mucho dinero sin corregirlos. 112[illegible]

Aniciense: del Puy en Velay, hácia el mes de Marzo ó Abril. San Hugo de Grenoble y otros obispos excomulgaron á Pedro de Leon, antipapa, con el nombre de Anacleto. 113[illegible]

Stampense: de Estampes, por Abril, en presencia de Luis el Gordo. Consultaron á san Bernardo que declaró por verdadero papa á Inocencio II., y por antipapa á Pedro de Leon. 1130.

Herbipolense: de Wirtzburgo, por Octubre. Inocencio II., fué reconocido papa en presencia de su legado, y confirmado por el emperador Lothario. 1130.

Años de J. C. 1130. *Claromontanum*: de Clermont, en Auvernia, en el mes de Noviembre, por Inocencio II., quien recibió á Conrado, arzobispo de Saltzburgo y á Eriberto de Munster, enviado del rey Lotario. Se hicieron 13 cánones.

1131. *Leodiense*: de Lieja, el 22 de Marzo, presente el emperador, su esposa, y un gran número de obispos: se recibió al papa con honor, y se restableció á Oton, obispo de Halberstat, depuesto tres años ántes en el concilio de Maguncia.

1131. *Remense*: de Reims, en 19 de Octubre, por Inocencio II., con 13 arzobispos, 263 obispos y un gran número de abades, clérigos y monges españoles, ingleses, alemanes y franceses. San Bernardo era el mas distinguido de los abades. Se aprobó la eleccion del papa Inocencio. y se excomulgó á Pedro de Leon si no volvia á su deber. Se publicaron 17 cánones, que son, poco mas ó ménos, como los del último concilio de Clermont. Consagró el papa á Luis el Jóven en 25 de Octubre: este concilio duró 15 dias.

1131. *Moguntinum*, de Maguncia, en que acusado Brunon de Strasburgo de intruso en aquella silla, hizo su dimision á Mateo, legado del papa.

Placentinum: de Plasencia, despues de Pascua, por Inocencio II. y varios obispos de Lombardía.

Creissanum: de Creixan, en tierra de Narbona, en 5 de Diciembre, por Arnoldo, arzobispo de esta ciudad. Se establecieron salvasguardias en Creixan, cuyos límites señalaron los obispos con cruces mandadas poner con anatema al que osase romper esta salvaguardia.

1133. *Jotrense*: de la abadía de Juarte, diócesis de Meaux: se fulmina excomunion contra los asesinos de Tomas, prior de san Victor, muerto el 20 de Agosto del mismo año.

1134. *Pisanum*: de Pisa, el 3 de Junio, por Pentecostes, de todos los obispos de Occidente y san Bernardo, por Inocencio II. Se excomulgó de nuevo á Pedro de Leon y sus electores, sin esperanza de composicion.

1136. *Londinense*: de Londres, en el mes de Enero, en que se trató de las necesidades de la Iglesia y del estado en presencia del rey Esteban.

1136. *Northamptoniense*: de Nortumberlan, en 29 de Marzo, convocado por el rey Esteban. Se eligió al arcediano Roberto su pariente para ocupar la silla de Excester,

vacante por dexacion de Guillermo de Waravast. Nombráronle tambien para dos abadías. Años de J. C.

Burgense: de Burgos, en el mes de Octubre, por el cardenal Guido, legado, venido á España para introducir el rito romano en los divinos oficios, y reconciliar á los reyes de Castilla y Navarra que estaban en guerra. 1136.

Melfense, en un parage llamado Lago-Pessolo, cerca de Melfi, el 18 de Julio, en que el emperador Lotario, asistido de muchos obispos, reconcilió con el papa Inocencio II. al abad y monges de Monte-Cassino. 1137.

Londinense: de Londres, el 13 de Diciembre, por el legado Alberico, asistido de 18 obispos, y de casi 30 abades. Se hicieron 17 cánones que por la mayor parte repetian los de otros concilios. 1138.

Lateranense II.: segundo de Letran, y décimo general, por Inocencio II., en 8 de Abril. Concurrieron á él cerca de 1000 obispos. El principal objeto de este concilio fué la paz de la Iglesia. Se hicieron 30 cánones casi semejantes á los del concilio de Reims en 1131, aunque con distinta division. Se condenaron ademas los errores de Arnaldo de Brescia, antiguo discípulo de Abelardo, que declamaba contra el papa, los obispos, los clérigos y monges, lisonjeando solo á los seglares. 1138.

Vintoniense: de Vinchestre, el 30 de Agosto, contra el rey Esteban, que despues de haberse echado sobre los castillos pertenecientes á las iglesias de Salisberi y de Leicoln, habia hecho prender sus dos obispos.

Constantinopolitanum: de Constantinopla, en el mes de Mayo, por el patriarca Leon Stypiades. Se condenaron los escritos de Constantino Chrysomalo, que habia muerto, como llenos no solo de novedades y extravagancias, sino tambien de heregías, en especial de las de los enthusiastas y bogomiles. 114[illegible]

Senonense: de Sens, el 2 de Junio, por el arzobispo Henrique Sanglier, en presencia de Luis el Jóven. Abelardo, que habia pedido este concilio para justificar su doctrina, es confundido por san Bernardo á las primeras disputas. Se censuró su doctrina reservando la persona por haber apelado á la santa sede. El papa Inocencio le condenó como herege el 16 de Julio del mismo año, haciendo quemar sus libros, y que se le encerrase como á Arnaldo de Br[illegible] indo 1140.

Años de J. C. á la abadía de Cluni, en donde consagró á la penitencia el resto de su vida.

1141. *Vintoniense*: de Vinchestre, el 7 de Abril. Henrique, obispo de esta ciudad, y legado del papa, hizo reconocer á Matilde por reyna de Inglaterra en perjuicio de Esteban, hermano suyo, y á quien ella tenia en prision.

1141. *Antiochenum*, de Antioquía, el 30 de Noviembre, por el legado Alberico, asistido de los obispos de Siria. Fué depuesto el patriarca Roaldo, y colocado en su lugar sobre la silla de Antioquía. Aimerio Dean.

1141. *Westmonasteriense*, de Westminster, el 7 de Diciembre. Se disculpa el obispo de Vinchestre de haber reconocido á Matilde, é inclina á los concurrentes á socorrer á su hermano Esteban sacado de las prisiones y presente á esta asamblea.

1142. *Latiniacense*: de Lagny. Los monges de Marchienne se defendieron contra Alviso, obispo de Arras, que pretendia tener derecho á elegirles abad. El papa Inocencio II. habia tomado la defensa de los monges, san Bernardo la del obispo; pero los primeros ganaron la causa. El legado Ivon, que presidía este concilio, se dice haber reprehendido al abad de Claraval de haber escrito con demasiada viveza contra aquellos religiosos, y que éste tuvo la humildad de reconocer su falta.

Londinense, de Londres, á mediados de quaresma, por el mismo Ivon, en presencia del rey Esteban, contra los que maltrataban y prendian á los clérigos.

1143. *Jerosolymitanum*: de Jerusalen, por el legado Alverico, por la Pascua. Asistió el patriarca de los armenios, con quien se confirió sobre los artículos de fe en que discordaba de nosotros, y que ofreció corregir.

1143. *Constantinopolitanum I.*: primero de Constantinopla, el 20 de Agosto, contra dos pretendidos obispos, cuyas consagraciones hechas por solo el metropolitano se declararon nulas: ademas se les condenó como bogomiles.

1143. *Constantinopolitanum II.*: segundo de Constantinopla, el primero de Octubre: se mandó encerrar en un monasterio al monge Nifón miéntras se averiguaba mejor la causa de su arresto.

1144. *Constantinopolitanum III*: de Constantinopla, el 22 de Febrero: se condenó á Nifón por haber, entre otras cosas, [illegible] Dios de los hebreos [illegible] en-

cerraron, en cuyo estado permaneció todo el patriarca- Años de
do de Miguel Oxita. J. C.

Romanum: de Roma, en que Lucio II. somete á la 1144.
iglesia de Tours todas las de Bretaña como á metrópoli, exceptuando á la iglesia de Dol miéntras la gobernase el obispo Godofre que tendria el pálio, y solo estaria sujeto al papa, la bula es del 15 de Mayo.

Estas diferencias de las iglesias de Tours y Dol se 1146.
terminaron en favor de aquella por la bula de Inocencio III., dada en primero de Junio de 1199, y firmada de 19 cardenales.

Vizeliacense: de Vezelai, el dia de Pascua 31 de 1146.
Marzo, Luis el Jóven entró en la cruzada, su muger y gran número de señores á persuasion de san Bernardo que la predicó en este concilio, y apoyó su predicacion con varios milagros.

Carnotense: asamblea de Chartres, el 21 de Abril, pa- 1146.
ra la cruzada, de que quisieron elegir por gefe á san Bernardo, quien lo rehusó tenazmente.

Constantinopolitanum: de Constantinopla, el 26 de 1147.
Febrero, en que se depone al patriarca Cosme, á causa de sus enlaces con el herege Nifón.

Parisiense XVI.: décimo sexto de París, despues de Pascua por Eugenio III.: se exâminaron los errores de Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, acerca de la trinidad. San Bernardo disputó con él; pero el papa remitió la decision de esta disputa al concilio que debia celebrarse el año siguiente á mediados de quaresma.

Trevirense: de Tréveris, por Eugenio III. con 18 114[illegible]
cardenales y varios obispos y abades. Se exâminaron los A fin
escritos de santa Hildegarda; el mismo papa los leyó á Dic
presencia de todo el clero: todos los asistentes dieron bre
gracias á Dios, y ademas á san Bernardo. El papa es- princ
cribió á la santa, encargándole conservase por la hu- pios
mildad la gracia que habia recibido, y le declarase con Enero.
prudencia lo que le fuese revelado.

Remense: de Reims, comenzado en 22 de Marzo por 1148.
el papa Eugenio III., asistido de varios obispos de Francia, y de algunos de Alemania, Inglaterra y España. Se hicieron diversos cánones, la mayor parte de ellos de los concilios precedentes aplicados á distintos exemplares. Se condenaron tambien 4 capítulos de Gilberto Porretano, y

Años de J. C. los obispos de Francia propusieron en su profesion de fe otros tantos totalmente opuestos á los de Gilberto. Este prelado no fué condenado personalmente porque prometió corregir lo que habia enseñado mal.

1150. *Bambergense*, de Bamberga, por Eberharto, arzobispo de Saltzburgo, donde se exâminó la doctrina de Geroho, prepósito de los canónigos reglares de Reichersperga, acerca de Jesu-christo, en quien sostenia se debia adorar tanto la naturaleza humana como la divina. Esta doctrina se miró como irreprehensible, y fué desechado con desprecio su acusador Folmaro.

1151. *Londinense*: de Londres, á mediado de quaresma por Tibaldo, arzobispo de Cantorberi, en presencia del rey Esteban. Se trató principalmente en este concilio de las apelaciones á Roma, y se apeló tres veces sobre diferentes asuntos. Un historiador ingles (Henrique de Huntington) dice que estas apelaciones no estaban ántes en uso, y que Henrique de Vinchestre fué el primero que las dió valor siendo legado de la santa sede.

1152. *Balgentiacense*: de Baugenci, el 18 de Marzo. Despues de haber oido á los testigos que depusieron al parentesco de Luis VII. con la reyna Leonor, los obispos con consentimiento de las partes declararon nulo el marrimonio.

Hibernicum: en el monasterio de los Cistercienses de Mellifón en Irlanda, despues del mes de Septiembre por el cardenal Paperón, legado. Se erigieron arzobispados en Armach, Dublin, Cashel, y Thonam señalándoles sufragáneos.

3. *Wormatiense*: de Wormes por los cardenales Bernardo y Gregorio por Pentecostes. Henrique, arzobispo de Maguncia, fué depuesto á causa de las calumnias de muchos de sus clérigos, y Arnoldo de Selehoven, prior de aquella Iglesia, puesto en su lugar.

1153. *Constantiense*: de Constancia; en donde el emperador Federico, segun Oton de Frisinga, se divorció de su esposa Adelaida en presencia de los legados y por consejo de los obispos.

1154. *Londinense*: de Londres, por la quaresma, se renovaron los antiguos usos, anunciados en la carta de san Eduardo, y los privilegios del clero.

Suessionens.: de Soisons, el [illegible]o de Junio: el rey Luis el Jóven y sus barones juran la [illegible] por 10 años

Constantinopolitanum: de Constantinopla, el 26 de Enero por el patriarca Lucas Chrisobergo, en que se decide que el sacrificio del altar se ofrece al hijo lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo. Años de J. C. 1156.

Remense: de Rheims por el arzobispo Samson, el 26 de Octubre, en que se hicieron 17 cánones sobre la disciplina. 1157.

Moguntinum: de Maguncia, despues del primero de Octubre, por Arnoldo arzobispo de aquella ciudad; no se sabe el objeto de esta asamblea, que fué interrumpida por el levantamiento de los ciudadanos. Queriendo el año siguiente reprimir estos motines, le atacaron en el monasterio de Santiago, y le dieron muerte el 24 de Junio. 1159.

* *Papiense*: de Pavía, empezado el 5 de Febrero por órden del emperador. Cerca de 50 obispos y muchos abades, se declararon en 11 de Febrero por Octaviano ó Victor III., anti-papa, y anatematizaron á Alexandro III y sus electores, que habian rehusado hallarse en aquel concilio. 1160.

Agnanimum: de Agnani, en que Alexandro III. asistido de los obispos y cardenales de su séquito, excomulgó solemnemente el juéves santo 24 de Marzo, al emperador Federico, y declaró á todos los que habian hecho juramento de fidelidad á aquel príncipe absueltos de él; pero parece, dice el abad Fleury, que Federico no era ménos obedecido ni reconocido por emperador despues de esta excomunion que ántes. [illegible]o.

Oxoniense: de Oxford, en donde se condenaron mas de 30 hereges valdenses ó poplicianos, que detestaban el bautismo, la eucaristía y el matrimonio, y tenian en nada la autoridad de la Iglesia; se les entregó al príncipe para que se les castigase corporalmente. 1[illegible]

Nazareth: de Nazareth, hácia fin de año. Alexandro es reconocido papa. 11[illegible]

* *Laudense*: de Lodi, comenzado en 19 de Junio, y finalizado en 25 de Julio, dia de Santiago, por el anti-papa Victor en presencia del emperador. Se confirmó la eleccion de Victor. 1160.

Apud, Novum Mercatum: de Neuf-marché, diócesis de Ruan, *Bellovasense*, de Beauvais, en uno y otro tenido en el mes de Julio, se reconoce por papa á Alexandro III. 1161.

Años de J. C.

1161. *Tolosanum XI.*: onceno de Tolosa, hácia el fin del año en que los reyes de Francia é Inglaterra con 100 prelados entre obispos y abades de los dos reynos reconocieron por papa á Alexandro III. mas solemnemente que el año anterior en las asambleas que habian tenido separados en Beauvais, en Neuf-marché y en Londres.

1162. *Monspoliense*: de Montpeller, el dia de la Ascension, 17 de Mayo, en que Alexandro III. asistido de 10 obispos r..teró públicamente la excomunion contra el antipapa Victor y sus cómplices.

1162. *Westemonasteriense*, Wesminster, en Londres, el 26 de Mayo, la víspera de Pentecostés, en que Tomás Bequet, canciller del reyno, es electo arzobispo de Cantorberi.

1163. *Turonense*: de Tours, el 19 de Mayo por el papa Alexandro III., asistido de 17 cardenales, 124 obispos, y 414 abades &c. Labbé ha publicado 10 cánones, que por la mayor parte repiten los de los concilios antecedentes. El quarto es contra los maniqueos, llamados despues albigenses, con los quales se prohibe todo comercio, so pena de excomunion. En el noveno se declaran por nu..as las ordenaciones hechas por Octaviano y sus cismá..cos.

* *Clarendonense*: asamblea de todo el reyno en Cla..endon el 25 de Enero. Santo Tomás de Cantorberi y ..odos los obispos de Inglaterra prometieron observar las ..egalías de buena fe. Tomás se arrepintió de esta condescendencia, y escribió al papa, quien le absolvió de este yerro, y rehusó confirmar los usos de Inglaterra. Sosteniéndolos el rey, hacia perseguir por los jueces seculares á los clérigos, acusados de robos, homicidios ú otros crímenes, á fin de que siendo convencidos fuesen degradados y entregados á la justicia ordinaria. Pero el arzobispo no creia que el poder secular tuviese derecho en una causa eclesiástica criminal, ni que pudiese castigar corporalmente á un clérigo, á no ser que cometiese un nuevo delito despues de su degradacion.

1164. *Remense*: de Rheims, por el papa Alexandro: se trató de socorrer á la tierra santa. Este concilio se celebró hácia el mes de Mayo.

..164. * *Northampt..nense*: de North..mpton, el 13 de Oc..ubre, en que santo Tomás de C..ntorberi fué ..cusado

y condenado por el rey, los señores y los obispos como perjuro y traidor. El santo recurrió al papa, que anuló la sentencia. Años de J. C.

* *Herbipolense*: de Virtzburgo, el 23 de Mayo, dia de pentecostés: el emperador y unos 40 obispos, contando con los que no estaban consagrados, juraron que jamas reconocerian al papa Alexandro, y que permanecerian adictos inviolablemente á Pasqual, nombrado papa por los cismátios por muerte de Octaviano. Dos enviados de Inglaterra prometieron en nombre de su rey observar todo lo que el emperador acababa de jurar. 1165.

Lambariense: de Lombro, (pequeña ciudad, á dos leguas cortas de Albi, que no se debe confundir con Lombez en Gascuña) por Poncio de Arsuc, arzobispo de Narbonna, contra los buenos-hombres, que eran maniqueos, llamados en lo sucesivo albigenses ó valdenses. 1165.

Aquisgranense: corte plena del emperador Federico para la canonizacion de Carlo Magno. La ceremonia se hizo el 29 de Diciembre. Ningun papa se ha opuesto á esta canonizacion, aunque hecha por cismáticos y por la autoridad de un anti-papa; y desde entónces se ha celebrado en algunas iglesias la fiesta de Carlo Magno como de un santo. 1165.

Londinense: de Londres, los obispos de Inglaterra apelaron al papa de la legacion y las sentencias de Tomá de Cantorberi, refugiado en Francia desde el mes de Octubre de 1164.

Constantinopolitanum: de Constantinopla, el 11 de Abril, por el patriarca Lucas Chrysobergo y 30 metropolitanos. Se condenó el abuso que toleraba el matrimonio en el sexto y séptimo grado, á ménos que no pidiesen dispensa.

Constantinopolitanum: de Constantinopla, de 56 obispos. Se hicieron 9 cánones; se condena por el primero á los que no interpreten bien los santos padres, y que contraigan á mal sentido lo que ellos han explicado con pureza por la gracia del Espíritu Santo. Se trata particularmente de cómo se deben entender aquellas palabras del Salvador: *mi Padre es mayor que yo*, que los cánones explican como los padres lo han explicado, y la Iglesia lo hace en el dia. 116

Lateranum: ántes del mes de Abril, en que Alexan

Años de J. C. dro III. excomulga de nuevo al emperador Federico, y absuelve á sus vasallos del juramento de fidelidad.

1170. * *Constantinopolitanum*: de Constantinopla, por el patriarca Miguel de Anchiales, en donde por los artificios de este prelado se desechan las proposiciones del emperador Miguel Comneno, para la reunion de las dos iglesias.

1171. *Armachanum*: de Armach en Irlanda, en que se da libertad á todos los infieles que estaban en esclavitud en esta isla.

1171. *Cassiliense*, de Cashel en Irlanda, á principio de Noviembre. Se hicieron 7 cánones para remediar los males que reynaban en el pais.

1172. *Abricatense*, de Avranches, el 21 de Mayo: Henrique II., rey de Inglaterra, despues de haber hecho el juramento que de él exîgian los légados del papa, y despues de haber anulado los usos ilícitos, establecidos desde su tiempo y recibido la penitencia, fué absuelto del asesinato de santo Tomás de Cantorberi, acaecido el 29 de Diciembre de 1171, esto pasó mas bien en asamblea que en concilio.

El verdadero concilio de Avranches de este año se tuvo el 27 y 28 de Septiembre. El 27 renovó el rey su juramento, añadiendo algunas cláusulas de adhesion y obediencia al papa Alexandro; y el 28 los legados y obispos hicieron 12 cánones.

Westmonasteriense: de Westminster en Londres, el 6 de Julio, en que eligieron por arzobispo de Cantorberi á Ricardo, prior de san Agustin. Se leyó tambien la bula de canonizacion de Santo Tomás, y despues se hicieron 27 cánones sobre la disciplina.

75. *Londinense*, de Londres en Westminster, el 18 de Mayo, se hicieron 19 cánones, tomados la mayor parte de los antiguos concilios; el 16 previene que no se dé la eucarística mezcladas las dos especies baxo pretexto de dar la comunion mas completa. Desde entónces quedó la costumbre de comulgar baxo la especie del pan.

1175. *Hallense*: de Hall, por Vieman, arzobispo de Magdeburgo contra los torneos.

1176. *Northamptoniense*: de Northamptón el 25 de Enero, por el cardenal legado Hugo. El arzobispo de Yorck quiere obligar á los obispos de Esc[illegible] que se h[illegible]

sentes á reconocer su jurisdiccion; pero se resistieron, diciendo que dependian inmediatamente de la santa sede. El arzobispo de Cantorberi los apoyó por zelos, y nada se decidió.

Tarsense: de Tarsis, por órden de Leon, rey de Armenia. Los armenios, presididos de su patriarca Gregorio, satisfacen á las reconvenciones hechas por los griegos, y les hacen otras sobre el mismo asunto. Se ve por este concilio que los armenios entónces eran muy adictos á la iglesia Romana. 1177.

Venetum: de Venecia, el 14 de Agosto por Alexandro III., asistido de sus cardenales y varios obispos de Italia, Alemania, Lombardía y Toscana. El emperador que habia renunciado el cisma, y jurado la paz el primero de Agosto, asistió tambien. El papa excomulgó á qualquiera que turbase esta paz. 1177.

Saltzburgense: de Hochenau, diócesis de Saltzburgo, el primero de Febrero, por el arzobispo Conrado y sus sufragáneos. Estos renunciaron la obediencia del anti-papa Calixto, y abrazaron la de Alexandro III. 1178.

Lateranense III.: onceno concilio general, de 302 obispos de todos los paises católicos, con un abad que asistia por los griegos; en tiempo de Alexandro III. La primera sesion se tuvo el 5, la segunda el 14, y la última el 19 de Marzo. Se hicieron 27 cánones.

Tarraconense: de Tarragona, empezado el 24 de Junio, y concluido el 18 de Octubre, en que se suprime en Cataluña el cálculo de la era de España, y la era de la Encarnacion es establecida con prohibicion de usar en adelante en las actas, como hasta entónces, los años de los reyes de Francia. Sin embargo, se ve aun en 1184 un acuerdo del rey de Aragon y del conde de Tolosa, con data del reynado de Felipe-Augusto: tan grabado estaba, dice Mr. de Marca, este uso en los espíritus.

Aniciense: del Puy, el 25 de Septiembre, *Vasatense*, de Bazas, el 8 de Diciembre, uno y otro por el cardenal Henrique. No se sabe su objeto. 1181.

Lemovicense: de las dos provincias de Bourges y Burdeox, por el mismo legado, el tercer Domingo de quaresma sobre la disciplina. 1182.

Signiense: de Segni en Italia, en que Bruno, que habia sido allí obispo, fué canonizado por el papa Lucio III. 118[illegible]

Años de J. C. *Veronense*: de Verona, comenzado el primero de Agosto, y continuado á lo ménos hasta 4 de Noviembre.

1184. El papa Lucio hizo una constitucion contra los hereges en presencia del emperador, en donde se ve combinarse las dos potestades para extirpar la heregía. La Iglesia empleó las penas espirituales, el emperador, los señores y los ministros las corporales; pero se queria reprimir el furor de los catharos, patarinos y otros hereges de aquel tiempo; y las inauditas crueldades que exercian con los eclesiásticos, exîgian la misma severidad de que habian usado los emperadores romanos con los circuncelliones.

1185. *Parisiense XVII.*, de París decimo séptimo, en el mes de Enero, en que Felipe Augusto mandó á todos los prelados, juntos en París, exhortasen á sus súbditos á cruzada.

1185. *Londinense*: de Londres, el 28 de Marzo: se juzg que era mas acertado y conveniente que el rey se qued. se en su reyno para regir á sus vasallos y defender sus pro pios estados, que ir á exponerse en defensa del Oriente.

Spalatense: de Spalatro, en Dalmacia, por el arzobispo Pedro, en donde se señalan las iglesias sujetas á aquel arzobispo.

Constantinopolitanum: de Constantinopla, por su patriarca y los de Jerusalen y Antioquía, con 23 metropolitanos en presencia del emperador Isaac Angelo. Juan, metropolitano de Cycico, se quejó de haberse violado los cánones, respecto de él, sobre las elecciones, pasando á hacer el patriarca y los obispos sin citarle, aunque estaba en la ciudad con 5 obispos de su provincia. El emperador dió un decreto declarando nulas estas elecciones, mandando citar para las que se hiciesen en adelante á todos los obispos que allí estuviesen. No es cierto, como dice Marca, que desde el IX. siglo dexó la Iglesia á los emperadores las elecciones.

1186. *Hibernicum*: de Irlanda, por Juan, arzobispo de Dublin, y sus sufragáneos, el 23 de Marzo, tocante á la reforma del clero, y sobre todo contra los clérigos concubinarios.

1186. *Karrofense*: de Charroux, por Henrique de Sully, arzobispo de Burges, cardenal y legado, en donde se hicieron algunos reglamentos de disciplina.

Coloniense: de Colonia, por Felipe, arzobispo de

aquella ciudad: se publicó la canonizacion de san Annon, predecesor suyo. Años de J.C.

Mosoninse: de Mouson, diócesis de Reims, el primer Domingo de quaresma por Folmaro, arzobispo de Tréveris, cardenal y legado del papa, con los obispos de la provincia excepto los de Toul y Metz, de que excomulgó el primero, y depuso el segundo: pronunció excomuniones y sentencia de deposicion contra otros en el mismo concilio con muy poca prudencia; lo que obligó al papa Gregorio VIII. á prohibirle hacer lo mismo en lo sucesivo sin dar parte á la santa sede. 1187.

Coloniense: de Colonia, por el arzobispo Felipe: confirma este prelado ciertas donaciones hechas á la abadía de Steinfeld, y delibera con los de su provincia sobre el medio de oponerse al emperador Federico I., que para vengarse del disgusto que el papa le habia causado, amenazaba hacer una irrupcion en Colonia. 1187.

Hubo en este año varias asambleas para la cruzada; una desde el 13 hasta el 21 de Enero entre Gisors y Trie, en que los reyes de Francia é Inglaterra entraron en la cruzada. La segunda en Mans poco tiempo despues en que mandó el rey de Inglaterra diese cada uno, durante este año, el diezmo de sus rentas para el socorro de la tierra santa. La tercera en París de los prelados y señores del reyno, en que Felipe Augusto ordenó lo mismo. 1188.

Rotomagense: de Ruan, el 11 de Febrero, por Gautiero, arzobispo de aquella ciudad: se hicieron 32 cánones, tomados la mayor parte de los concilios precedentes.

Cantuariense: de Cantorberi. Habiendo sabido el rey Ricardo, desde su prision en la Alemania, que la silla de Cantorberi estaba vacante, escribió á los sufragáneos y al dean de aquella Iglesia hiciesen nueva eleccion. En cuya conseqüencia los obispos, por representacion de los monges de Cantorberi, eligieron el 30 de Mayo á Auberto, obispo de Salisbery. 119[illegible]

Compendiense: parlamento de Compieñe, congregado el 4 de Noviembre, en que el arzobispo de Reims, legado de la santa sede, y los demas obispos, declararon por nulo el matrimonio del rey con Ingeburga, á causa del parentesco. Ingeburga apeló á Roma como pudo, no hablando ni frances ni latin. 1193.

Años de J. C. 1195. *Eboracense*: de York, el 14 y 15 de Junio, por Huberto de Cantorberi, legado del papa. En él se publicaron 12 cánones divididos en 18, segun otra edicion.

Monspeliense: de Mompeller, por el mes de Diciembre. El legado del papa y varios prelados de la provincia de Narbona publicaron algunos reglamentos, y entre otros uno en favor de los que viniesen á España contra los infieles.

1196. *Parisiense XVIII.*: de París, décimo octavo, dos legados, con todos los obispos y abades del reyno, para exâminar si era válido el matrimonio de Felipe Augusto y Ingeburga de Dinamarca. Nada se decidió, habiendo el temor impedido se obrase segun el fin de la legacion y el concilio.

1198. *Senonense*: de Sens, contra los poplicianos, especie de maniqueos.

1199. *Dalmaticum*: de Dalmacia, en que dos religiosos legados, asistidos del arzobispo de Diocléa y de 6 obispos sus sufragáneos, publicaron 12 cánones para destruir los abusos, y establecer en Dalmacia los usos de Roma.

Divionense: de Dijon, en la Iglesia de san Benigno: comenzó el 6 de Diciembre, y finalizó el 13. Pedro de Capua, legado, asistido de 4 arzobispos y 18 obispos, trató del matrimonio de Felipe Augusto con la reyna Ingeburga. El rey temiendo las censuras apeló al papa, y el legado nada decidió.

Vienense: de Viena, en el Delfinado, en el mes de Enero. Es una continuacion del precedente. Estando el legado en tierras del imperio, desplegó su autoridad contra el rey de Francia. Entónces en presencia de los obispos, entre los quales habia algunos franceses, publicó entredicho para todos los dominios del reyno, con órden á todos los prelados de observarla, so pena de ser suspendidos.

1200. *Londinense*: de toda la Inglaterra, por Huberto de Cantorberi: se publicó un decreto de 14 artículos, tomados la mayor parte del último concilio de Letran.

1200. *Romanum*: de Roma, en que Inocencio III. canonizó á santa Cunegunda, muger del emperador Enrique II.

1200. *Negellense*: de Neella en Vermandois, el 7 de Septiembre. Habiendo el rey vuelto á tomar á Ingeburga, y jurado que la trataria como á reyna, el legado Octaviano

levantó el entredicho, que habia durado ocho meses. El rey tambien alejó de sí á Ana, que murió en Poissi el año siguiente, poco tiempo despues de su parto. Sus dos hijos fueron legitimados por una bula del 2 de Noviembre del mismo año. Años de J. C.

Nota. Nos ha parecido conveniente añadir por via de apéndice al catálogo de concilios los siguientes, de que acaso no tuvo noticia Ducreux, y se celebraron en España en este siglo, y constan de monumentos é historiadores de aquellos tiempos.

Carrionense: de Carrion, en Febrero, por Bernardo, arzobispo de Toledo y legado del papa, y cinco obispos, sobre las diferencias y disputas ocasionadas entre Don Diego Gelmirez, arzobispo de Santiago, y Gonzalo, obispo de Mondoñedo, acerca de los territorios y jurisdicciones de trasancos, lavacencos &c. *Hist. comp. fol.* 75. 1103.

Legionense; de Leon, por el arzobispo de Toledo, legado del papa, y otros obispos; y en presencia del rey y de todo el concilio expuso sus razones el arzobispo de Santiago, sobre los territorios tomados al obispo de Mondoñedo. Oidas ambas partes se determinó que quedasen estos terrenos por via de tenuta al obispo de Orense, mientras que substanciados los pleytos, y acudiendo á Roma, se determinasen estas diferencias. *Hist. comp. fol.* 78 *y Esp. sag. tom.* 35. *fol.* 351. 1106.

Palentinum: de Palencia, en Noviembre, por Bernardo, arzobispo de Toledo, y los mas de los obispos de España, abades y magnates, con motivo de las opresiones, bandos, enemistades, robos é incendios que agitaban la España, en que se contienen 25 decretos de D. Diego Gelmirez, arzobispo de Santiago, y se nombró en este concilio para obispo de Lugo á Pedro, capellan de la reyna. *Histor. com. fol.* 172. *hasta el* 182.

Burgense: de Burgos. Este concilio se tuvo por el zelo del papa Pasqual II., que noticioso de los odios y enemistades entre el rey don Alonso de Aragon y su muger Doña Urraca, de que se seguian guerras, robos y asesinatos que tenian á la España alterada, llena de amargura y confusion, envió un cardenal legado; llamado Boson, para que juntamente con el arzobispo de Toledo Don Bernardo y otros obispos pusiesen paz entre el rey y la reyna, diesen modo de que los seglares restituyesen á las 1111.

Años de J. C. iglesias los bienes que las habian usurpado, y se estableciesen medios de paz y tranquilidad para bien de la religion christiana. En este concilio se confirmó la sentencia, dada ántes por dicho arzobispo Don Bernardo contra unos perjuros é infamadores, que desacreditaban y denigraban la buena opinion del abad de Sahagun, mandando que se desdixesen en público, pidiesen perdon al abad de rodillas, y entrasen adonde se tenia el concilio descalzos, de medio cuerpo arriba desnudos, con manojos de mimbres en los brazos. *Hist. de Sab. cap. 68. fol. 349.*

1121. *Apud sanctum Facundum*: de Sahagun, en Septiembre, por el cardenal legado el arzobispo de Santiago, los mas de los obispos de España, y muchos abades, con asistencia de la reyna Doña Urraca, el rey su hijo, y magnates del reyno de Galicia; en el qual se trataron muchas cosas relativas al bien de la Iglesia, y se renovaron las paces y amistad de la reyna con el arzobispo de Santiago, que defendia los derechos de Don Alonso, que fué llamado emperador, y otras providencias concernientes al bien y sosiego de la monarquía, como se puede ver en sus actas ó capítulos. *Hist. comp. fol. 223. hasta el 339.*

Compostellanum: de Santiago, en Enero, por D. Diego Gelmirez, su arzobispo y legado del papa Calixto II. nueve obispos, muchos abades y magnates del reyno, convocados por órden de dicho papa, para cortar las discordias, guerras y enemistades de la reyna Doña Urraca con dicho arzobispo de Santiago y otros magnates de Galicia, que sostenian y defendian al rey D. Alonso VII., de las opresiones y violencias de su madre Doña Urraca y Don Alonso rey de Aragon; y tratar asimismo de la consagracion de Martin, elegido abad de san Andres de Espinareda, y sobre otras cosas. *Hist. com. fol. 308. cap. 26.*

1122. *Compostellanum*: de Santiago, á mediado de quaresma, por Don Diego Gelmirez, su arzobispo y legado del papa, siete obispos, y muchos abades y magnates, á solicitud del rey y la reyna. En él se trató del estado de la santa iglesia de Santiago, turbado por las persecuciones y tumultos sobre el establecimiento de la paz y otros puntos. *Hist. comp. fol. 359. cap. 52.*

Años de C. J.

Compostellanum: de Santiago, celebrado en la Dominica II. despues de Pascua por Don Diego Gelmirez su metropolitano, ocho obispos y veinte y siete abades, para arreglar los abusos, y reparar los perjuicios y escándalos que padecia la religion christiana, con motivo de las guerras y discordias de Alfonso rey de Aragon, y la reyna Doña Urraca su muger. *Hist. comp. fol. 395.* 1124.

Carrionense: de Carrion, en el monasterio de san Zoylo, en Febrero, con asistencia del rey Don Alfonso, el legado del papa, los arzobispos de Santiago y Tarragona, y otros obispos y magnates del reyno, el abad y monges de este monasterio, en el qual á honra y utilidad de la iglesia y reyno de España se establecieron y confirmaron varias cosas, y se depusieron á los obispos de Leon, Oviedo y Salamanca, y á un abad, y se nombró obispo de Salamanca á un canónigo de Santiago. *Hist. comp. fol. 498.* 1130.

Legionense: de Leon, por Guido, cardenal y legado de la santa iglesia de Roma, y otros obispos, en que se trató sobre las disputas y diferencias entre Don Diego Gelmirez, arzobispo de Santiago, y Bernardo, tesorero de la Iglesia, y Cancelario Regio. *Hist. comp. f. 557.* 11[illegible]4.

Tarraconense: de Tarragona, despues del mes de Junio, en la iglesia de santa Tecla, por Bernardo su metropolitano, con los obispos sus sufragáneos, abades y algunos religiosos, en el qual entre otras cosas fué establecido el símbolo llamado *Confratría* ó hermandad, en la que se alistaron hermanos el papa Eugenio III. y san Bernardo abad de Claraval. *Villanuño sum. conc. tom. 2. fol. 473.*

Palentinum: de Palencia, á solicitud del emperador Alfonso VII. con los obispos y próceres del reyno, al qual fueron convocados para leer el edicto del papa Eugenio III., en que mandaba se juntasen para celebrar en Rheims un concilio general, y exâminar las quatro proposiciones extrañas del obispo Gilberto Porretano. *Villanuñ. sum. conc. fol. 475.* 11

Salmanticense: de Salamanca, en Enero, á solicitud del emperador Alfonso VII. con motivo de la discordia y disputas, entre los obispos de Oviedo y Lugo, sobre los términos y jurisdiccion de sus obispados: se hallaron presentes y firmaron sus actas, al arzobispo de Toledo, ca- 1154.

Años de J. C. torce obispos, el emperador, su muger y sus hijos Sancho y Fernando, con varios próceres del reyno. *Villan. sum. conc. tom. 2. fol. 487.*

1155. *Vallisoletanum*: de Valladolid, en Febrero, al qual asistieron el emperador Don Alonso con sus hijos Sancho y Fernando, los arzobispos de Santiago y Toledo, y doce obispos, y en él fué depuesto el obispo de Mondoñedo. *Hist. de Sab. lib. 2. cap. 5. n. 12.*

1190. *Salmanticense*: de Salamanca, presidido por Guillermo, cardenal y legado, con asistencia de los obispos de Leon y Portugal, en el qual, despues de un maduro exámen se declaró por nulo el matrimonio contraido entre Alfonso IX. y Teresa, reyes de Leon. *Villan. sum. conc. tom. fol. 29.*

CRONOLOGÍA

DE LOS PAPAS.

SIGLO DUODECIMO.

CLVII. *Pasqual II.*

Pasqual II., ántes Rainer, nacido en Bleda, fué á pesar suyo electo papa el 13 de Agosto de 1099, y consagrado al otro dia. Fué á Francia en 1107, en donde fué recibido con muchos honores por el rey Felipe y Luis su hijo. El emperador Henrique V. le hizo prisionero, y le dió libertad despues de haberle obligado á concederle las investiduras. Anuló en 1112 este privilegio sacado violentamente, y murió en Roma por el mes de Enero de 1118, habiendo ocupado la santa Sede 18 años, y algo mas de 5 meses.

CLVIII. *Gelasio II.*

Gelasio II., ántes llamado Juan de Goëte del lugar de su nacimiento, cardenal diácono y chanciller de la Iglesia Romana, fué electo papa el 25 de Enero de 1118.

Fué ordenado de sacerdote el 9 de Marzo, y consagrado el dia siguiente. Pasó á Francia el Agosto inmediato, y murió en Cluni el 29 de Enero de 1119, habiendo tenido solo la silla un año y 4 dias.

CLIX. *Calixto II.*

Calixto II., ántes Guido, arzobispo de Viena, fué electo papa el 1 de Febrero de 1119. Era hijo de Guillermo el Grande: conde de Borgoña, y tio de Adelaida, reyna de Francia, muger de Luis VI. Este papa tuvo el primer concilio general de Letran en 1123. Murió en el mes de Diciembre del año siguiente, despues de haber ocupado la santa silla 5 años y 10 meses y medio.

CLX. *Honorio II.*

Honorio II., ántes Lamberto, obispo de Ostia, fué reconocido papa y entronizado el 21 de Diciembre de 1124: ocupó la silla 5 años y cerca de dos meses, habiendo muerto el 14 de Febrero de 1130.

CLXI. *Inocencio II.*

Inocencio, ántes Gregorio, canónigo reglar de Letran, cardenal diácono de Sant Angelo, fué electo papa el mismo dia de la muerte de Honorio ó el siguiente por 16 cardenales, que habian sido los mas asistentes de aquel pontífice durante su última enfermedad. Aun no se habia publicado la muerte de Honorio, quando lo fué. Los otros cardenales, que eran en mayor número, eligieron á Pedro de Leon, que llamaron Anacleto, lo que ocasionó un cisma á la iglesia de Roma. Los reyes de Europa se dividieron entre los dos competidores. Inocencio se retiró á Francia, en donde fué reconocido por legítimo papa por consejo de san Bernardo. El cisma se terminó en 1138, y Inocencio murió en 1143, habiendo ocupado la silla 13 años y algo mas de 7 meses.

CLXII. *Celestino II.*

Celestino II., ántes Gu[illegible] de nacion toscano [illegible]

bítero cardenal del título de san Márcos, fué electo y entronizado el 26 de Septiembre de 1143: solo tuvo la silla 5 meses y 13 dias, muriendo en 9 de Marzo de 1144.

CLXIII. *Lucio II.*

Lucio II., ántes Gerardo, natural de Bolonia, canónigo reglar y presbítero cardenal del título de santa cruz en Jerusalen, fué electo y coronado el 12 de Marzo de 1144. Murió de una pedrada en un motin popular el 25 de Febrero de 1145, habiendo tenido la silla 11 meses y 14 dias.

CLXIV. *Eugenio III.*

Eugenio III., monge de Claraval, discípulo de san Bernardo, fué electo papa el 27 de Febrero de 1145. Los disturbios de Roma le obligaron á dexarlo el año despues de su ordenacion, pasando á Francia, refugio ordinario de los papas perseguidos. Se restituyó á la capital del mundo christiano en 1149, muriendo en Trivoli por el mes de Julio de 1153, habiendo tenido la silla 8 años y 4 meses y medio.

CLXV. *Anastasio IV.*

Anastasio IV., ántes Conrado, de nacion romano, canónigo reglar, luego obispo de Sabina, fué electo el 9 de Julio de 1153, y murió en Diciembre del año siguiente, teniendo la santa silla apénas 5 meses.

CLXVI. *Adriano IV.*

Adriano IV., abad de san Rufo, cerca de Aviñon, cardenal obispo de Albano, fué electo papa el 3 de Diciembre en 1154: era inglés, murió el 1 de Septiembre de 1159, habiendo tenido la santa silla 4 años y 9 meses.

CLXVII. *Alexandro III.*

Alexandro III., ántes Rolando, cardenal del título de san Márcos, chanciller de la iglesia de Roma, fué electo papa el 7 de Septiembre de 1159: un cisma que causó

gran turbac'on en la Iglesia, y la antigua querella de las investidur s renovadas por el emperador Federico I., agitaron su pontificado; murió este papa el 30 de Agosto de 1181. A exandro III. colocó la canonizacion de los santos en a clase de las causas mayores, reservándola á la santa ede: es el primero que introduxo el uso de los monito' os.

CLXVIII. *Lucio III.*

Lucio III., ántes Ubaldo, nacido en Luca, en Tosca a, obispo de Ostia, fué electo papa el 1 de Septiembre le 1181. Se empezó en esta eleccion á poner en práctica el decreto del tercer concilio general de Letran, tenido en 1179, que pedia los dos tercios de votos. Comenzaron tambien los cardenales abrogarse á sí el derecho de elegir papa con exclusion de otro qualquiera. Murió Lucio el 25 de Noviembre de 1185, despues de un pontificado de 4 años, 2 meses y 19 dias.

CLXIX. *Urbano III.*

Urbano III., ántes Uberto Crivelli, arzobispo de Mi lan su patria, cardenal del título de san Lorenzo, f electo papa por unánime consentimiento de los cardena hácia el fin de Noviembre de 1185: habiendo sabido que ciudad y rey de Jerusalen habian caido en poder de Sala dino, le causó tal pesadumbre esta noticia, que murió en Octubre de 1187, habiendo tenido la silla un año y casi 11 meses.

CLXX. *Gregorio VIII.*

Gregorio VIII., ántes Alberto, natural de Benevento, cardenal chanciller de la iglesia de Roma, fué electo papa el 20 de Octubre de 1187. Su pontificado duró solo un mes y 27 dias, habiendo muerto el 17 de Diciembre del mismo año.

CLXXI. *Clemente III.*

Clemente III., ántes Paulo ó Paulino, romano de nacimiento, pariente de Felipe Augusto, cardenal obispo de Pal ... fué ele en Pisa el 19 de Diciembre

1187, y coronado el dia siguiente: murió el 27 de Marzo, habiendo tenido la silla 3 años y 3 meses y medio.

CLXXII. *Celestino III.*

Celestino III., llamado Jacinto Bobocardo, cardenal del título de Santa María *in Cosmedin*, no era sino diácono quando fué electo papa á los 83 años, el 30 de Marzo de 1191: murió el 8 de Enero de 1198, despues de 6 años, y 9 meses y 10 dias de pontificado.

Nota. Inocencio III., sucesor de Celestino en 1198, ocupó la silla hasta el año de 1226. Por este pontífice comenzaremos la cronología del siglo XIII.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
LATINOS DE ANTIOQUÍA.

SIGLO DUODECIMO.

Bernardo, primer patriarca latino.

Bernardo, nacido en Valencia en el Delfinado, fué transferido el mes de Junio de 1100 del obispado de Arhtasium en Siria, á la silla de Antioquía: murió el año de 1135, y al 36 de su patriarcado.

II. *Roaldo.*

Roaldo, nacido en Domfront en Normandía, obispo de Mopuesta en Cilicia, fué electo tumultuosamente por sucesor de Bernardo. Fué depuesto en 1141, en un concilio tenido en Antioquía, por Alberico obispo de Ostia, legado de la santa sede. Habiéndose escapado de la prision en que se le habia encerrado, volvió á Roma, hizo la paz con la santa sede, volvió á tomar el camino de Siria, y murió envenenado en el camino.

III. *Aimerio.*

Aimerio, gentil-hombre del Lemosino, hombre sin letras y de una vida poco regular, fué substituido al patriarca Roaldo en 1142. El año de 1154 fué preso y cruelmente tratado por Raymundo de Chatillon, príncipe de Antioquía. En 1180 fué nuevamente ultrajado por el príncipe Boëmundo III. En 1183 reunió á la iglesia católica al patriarca de los maronitas, y murió en 1187.

IV. *Roaldo II.*

Roaldo II. fué, segun se cree, el sucesor de Aimerio. La historia nada dice tocante á su persona. Si este patriarca es legítimo murió á mas tardar en 1201.

CRONOLOGÍA DE LOS PATRIARCAS DE ALEXANDRÍA.

SIGLO DUODECIMO.

LXXIII. *Cirilo II. Melquita.*

Cirilo II. se pone inmediatamente á Teodosio, segun el P. Le-Quien, en la lista de patriarcas melquitas de Alexandría; no hay testimonio alguno que señale el principio ni el fin de su patriarcado.

LXXIV. *Eulogio II. Melquita.*

Eulogio II. ocupaba la silla patriarcal de los melquitas hácia el año de 1120. Se ignora la época de su muerte.

Chailo V. *Jacobita.*

Chailo, ó Miguel V., diácono, sucedió al patriarca Gabriel, tambien jacobita, en 1146; murió el mes de Abril del año siguiente.

Juan V. *Jacobita.*

Juan V., diácono del monasterio de san Juan, sucedió á Chailo en 1147; abolió la confesion auricular entre los cohptos. Murió en 1164.

LXXV. *Sophronio II.*

Sophronio II. era patriarca de Alexandría desde el año de 1161, y murió en el de 1180, á lo mas.

LXXVI. *Elias Melquita.*

Elias, sucesor de Sophronio, ocupaba la silla de Alexandría en 1180. Se ignora la época de su muerte.

LXXVII. *Marcos II. Melquita.*

Marcos II. sucedió entre los melquitas al patriarca Elias, (se duda el año) y tambien el de su muerte; y sin embargo, es verisimil que no acaeció hasta el siglo XIII.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
LATINOS DE JERUSALEN.

SIGLO DUODECIMO.

III. *Gibelino.*

El legado Gibelino fué electo en 1107 para suceder al patriarca Daymberto. Murió el 6 de Abril de 1112.

Arnoldo, segunda vez.

Arnoldo, por muerte de Gibelino, halló medio de volver á subir á la silla de Jerusalen. Fué depuesto segunda vez en 1115 por el obispo de Orange, legado del papa: se hizo restablecer de nuevo poco tiempo despues, y murió en 1118.

IV. *Goromundo.*

Goromundo, hijo de Goromundo II., señor de Pesquini, diócesis de Amiens, sucedió á Arnoldo en 1118, y murió en 1128.

V. *Esteban.*

Esteban, canónigo regular de san Juan del Valle, cerca de Chartres, pariente del rey Balduino, fué electo por sucesor de Goromundo en 1128, y murió en 1130.

VI. *Guillermo I.*

Guillermo I., natural de Malines, y prior del santo Sepulcro, fué electo sucesor de Esteban en 1130, y murió en 1145 ó 1146.

VII. *Fuchero.*

Fuchero, natural de Angulema, canónigo eglar, y despues arzobispo de Tyro, sucedió á Guillermo n 1145 ó 1146, y murió en 1157.

VIII. *Amauricio.*

Amauricio, natural de Neela, diócesis de Noy prior del santo Sepulcro, fué elegido contra las reg patriarca de Jerusalen, muriendo en 1180.

IX. *Heraclio.*

Heraclio, natural del Auvernia, arzobispo latino de Cesarea, fué electo sucesor de Amauricio en 1180. Despues de la toma de Jerusalen se retiró á Antioquía, muriendo en el sitio de Acre en 1191.

X. *Alberto I.*

Alberto, por sobrenombre el Heremita, frances de ion, obispo de Betheleem, fué nombrado por Celes- III. sucesor de Heraclio, murió en 1194.

XI. *Mónaco.*

Habiendo muerto Alberto, se elegió para sucederle, en 1194, á Miguel de Corbeil, doctor y decano de París. Pero quince dias despues, eligiéndole el clero de Sens por su arzobispo, le reemplazó en la silla de Jerusalen Mónaco, florentino de nacion, y arzobispo de Cesarea: murió hácia principios del año de 1203.

CRONOLOGÍA DE LOS PATRIARCAS DE CONSTANTINOPLA.

SIGLO DUODECIMO.

LXXXIII. *Juan IX. llamado Hierom emon.*

Juan IX., diácono de la iglesia de Constantinopla, sucedió en 1111 al patriarca Nicolas, y murió en 1134.

LXXXIV. *Leon, llamado Stypiote.*

Leon sucedió á Juan en 1134; abdicó en 1143, despues de 8 años y medio de gobierno.

LXXXV. *Miguel II. llamado Curcas.*

Miguel reemplazó á Leon en 1143; abdicó en 114 para volverse á su soledad.

LXXXVI. *Cosme II., llamado el Atico.*

Cosme II., por sobrenombre el Atico, diácono de la iglesia de Constantinopla, fué substituido á Miguel en 1146. El año de 1147 fué depuesto por un concilio.

LXXXVII. *Nicolas IV., llamado Muzalon.*

Nicolas IV., por sobrenombre Muzalon, subió á la silla de Constantinopla despues de una vacante de cerca de 10 meses, y se vió precisado á abdicar en 1151.

LXXXVIII. *Teodoro II.*

Te[illegible] II. superi[illegible] de un monasterio d[illegible]

tinopla, fué elevado á la silla de esta iglesia en 1151, y solo la ocupó hasta el mes de Noviembre de 1153.

LXXXIX. *Neophito.*

Neophito, recluso, fué electo en 1153 sucesor de Teodosio, y abdicó en 1154.

XC. *Constantino, llamado Chliareno.*

Constantino, diácono y gran sacellario de la iglesia de Constantinopla, fué substituido á Neophito, y murió en 1155.

XCI. *Lucas, llamado Chrysobergo.*

Lucas, por sobrenombre Chrysobergo, subió á la silla de Constantinopla en 1155, y murió en 1169.

XCII. *Miguel III.*

Miguel, obispo de Anchiole, sucedió á Lucas en 1169, y murió en 1176.

XCIII. *Chariton.*

Chariton, monge de Mangane, sucedió á Miguel en 1176, y murió en 1177.

XCIV. *Teodosio, llamado Borradiote.*

Teodosio, natural de Antioquía, y monge de san Auxencio, fué electo patriarca en 1177, y arrojado de su silla en 1182 por el emperador Alexo Comneno, habiendo sido vuelto á llamar poco tiempo despues. Abdicó voluntariamente en 1183; se ignora la época de su muerte.

XCV. *Basilio, llamado Camatero.*

Basilio fué electo patriarca en 1183 por Andrónico entónces emperador. En 1186 le depuso Isaac Angelo, temiendo coronase á otro en su lugar.

XCVI. *Nicetas II.*

Niceta, por sobrenombre Muntanes, diácono y sacelario de la iglesia de Constantinopla, fué electo patriarca por Isaac Angelo en 1186. El año de 1190 le expelió este príncipe á causa de su mucha vejez y simplicidad.

XCVII. *Leoncio.*

Leoncio, superior del monasterio del monte de san Auxencio, fué nombrado patriarca por Isaac Angelo, por expulsion de Nicetas, y el mismo le arrojó en 1191.

XCVIII. *Dositheo.*

Dositheo, veneciano de nacion, fué transferido el año de 1191 por el emperador Isaac del patriarcado de Jerusalen al de Constantinopla. Declarado intruso por los obispos, á quienes el emperador habia engañado para que consintiesen en esta translacion, le obligaron á abdicar al cabo de año y medio.

XCIX. *Gregorio II.*

Gregorio II., llamado Xiphilino, diácono y custodio de los vasos sagrados de la iglesia de Constantinopla, fué nombrado sucesor de Dositheo á mediados de 1193; le desterraron á un monasterio en 1199.

C. *Juan X., llamado Camatero.*

Juan X., por sobrenombre Camatero, archivero de la iglesia de Constantinopla, sucedió á Gregorio en 1199; y abdicó su dignidad el mes de Febrero de 1206, y murió el mes de Junio siguiente.

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y PROGRESOS.

SIGLO DECIMOTERCIO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado político del imperio griego. Conquista de Constantinopla por los príncipes latinos. Conseqüencias de este suceso.

Alexo Angelo, que tomó el sobrenombre de Comneno, solo gozó cinco años del doble crímen con que se habia manchado, destronando á Isaac su hermano, y haciéndole sacar los ojos. Isaac halló, pues, vengadores, que el jóven Alexo su hijo llevó de Occidente, pero cuyo ruinoso auxîlio fué igualmente funesto á estos dos príncipes y al imperio. Es preciso extendernos en la relacion de estos sucesos que dieron el postrer golpe á la potencia de los griegos, que hicieron pasar á Constantinopla baxo un yugo extrangero.

Alexo Angelo se habia libertado con la fuga de la crueldad de su tio. El papa y los príncipes christianos de Europa le parecieron los únicos protectores, cuya asistencia podia con seguridad implorar en los desastres de su familia. Se dirigió, pues, á Roma á Inocencio III. y á Felipe de Suabia, gefe del cuerpo germánico, casado con una hermana suya. Hizo la mas viva pintura de los males del imperio y de las sensibles pérdidas de la religion. Retrató á su tio con los mas negros colores; y representó á su padre gimiendo en las cadenas, y falto de las cosas mas necesarias á la vida, despues de haber sido dueño

de un poderoso imperio y de inmensos tesoros. Las circunstancias no podian ser mas favorables á los deseos del jóven príncipe. Un exército de cruzados, destinado á socorrer á los christianos de Siria y de Palestina, se habia reunido en Zara, en Dalmacia, y no esperaba sino el momento de pasar al Asia. Alexo fué conducido á él por los embaxadores de su cuñado Felipe; y allí repitió lo que habia dicho al papa y á los príncipes sobre sus desgracias y las de su patria. No le escucharon con indiferencia; pero acabó de dicidir en su favor á los gefes del exército la promesa que les hizo de doscientos mil marcos de plata si querian volver sus armas hácia Constantinopla, y ayudarle á subir al trono de que habian precipitado á su padre. Se obligaba ademas á surtir de víveres al exército de los cruzados por espacio de un año, y dar cinco mil caballeros armados para concurrir con los príncipes latinos al recobro de la tierra santa. La oferta de hacer entrar la iglesia griega baxo la autoridad pontificia no la oyó con ménos agrado el papa Inocencio III. En estas circunstancias todo anunciaba una próxîma revolucion, cuyo teatro debia ser la ciudad imperial, y víctima el usurpador Alexo.

Despues de la convencion de que acabamos de hablar se abanzaron los cruzados hácia la capital del imperio. El usurpador les opuso un exército, que fué batido: él mismo huyó; y habiendo esta derrota aniquilado su partido, Isaac Angelo fué sacado de la prision sin el menor obstáculo y restituido al trono por el senado, el clero, los grandes y el pueblo. Ratificó este príncipe el tratado que su hijo habia concluido con los señores á quienes debia su restablecimiento. Asociado Alexo al imperio, se ocupó en cumplir sus empeños. Pero para satisfacer á la inmensa deuda que habia contraido, no tuvo otro recurso que el de aumentar los impuestos, que ya eran excesivos, y de reducir á moneda la plata de las iglesias, y hasta los vasos sagrados, y aun no pudo desempeñar enteramente sus promesas. Buscó, pues, medios de dilatarlo con distintos pretextos á fin de ganar tiempo y de poder allanar las dificultades.

Muerto Isaac poco tiempo despues de ser establecido en el imperio, quedó Alexo por absoluto y único dueño; pero su suerte no era mejor que la de su padre. Des-

contentos los cruzados de sus dilaciones en cumplir el tratado que con ellos habia hecho, se permitian las vexaciones y el pillage, tanto en la ciudad como en los contornos, para de este modo pagarse por su mano. El pueblo atormentado del soberano y de los extrangeros, irritado ademas contra Alexo, á causa de la promesa en que se habia metido de hacer entrar la iglesia griega baxo la autoridad de la romana, solo esperaba un momento favorable para sublevarse. Alexo Ducas por sobrenombre Mursuphlo, á causa de sus pobladas cejas, pensó en aprovecharse de estas disposiciones del pueblo para su engrandecimiento. La sedicion se dexó ver en un instante por toda la ciudad. El populacho en tropel gritaba pidiendo otro emperador. La muchedumbre de los sediciosos se reunió en la iglesia de santa Sophia y sus cercanías, y obligó á juntarse al senado y al clero para dar nuevo dueño al imperio; fixaron sucesivamente los ojos en varios señores que rehusaron la púrpura; pues ¿quién querria encargarse de un cetro que en el estado de las cosas debia acarrear su ruina? Al cabo de tres dias encontraron, pues, un jóven bastante atrevido para no temer las borrascas que rodeaban al trono. Llamábase éste Nicolas Canabé. Pero Mursuphlo no habia sublevado al pueblo por entronizar á otro. Corrió, pues, al palacio á informar al emperador Alexo de quanto pasaba, y aparentando zelo y fidelidad, le ofreció conducirle por un camino oculto á un asilo, en donde estaria seguro mientras se restablecia la tranquilidad. Aterrado Alexo, se dexó persuadir, y Mursuphlo le llevó á su propia tienda. Quando le tuvo en su poder, le cargó de cadenas, y no habiendo podido envenenarle, tuvo la crueldad de ahogarle con sus propias manos; despues de lo qual se vistió los ornamentos imperiales y se hizo proclamar. Canabé, cuyos partidarios disipados por el temor le habian desamparado, fué preso sin dificultad y encerrado en un calabozo. Mursuphlo creia haber satisfecho sus deseos; pero no debia gozar mucho tiempo de sus maniobras y de sus crímenes.

Los gefes de la cruzada y exército latino, testigos de estos sucesos, no podian mirarlos con indiferencia. Dos príncipes á quienes habian protegido despojados del trono y de la vida; el verdugo sentado en su lugar, cuya

política era romper los empeños que ellos habian contraido; esta circunstancia sobre todo les interesaba mucho, y no se debia esperar que despues de diferir la expedicion de la tierra santa por socorrer á los últimos emperadores, renunciasen las sumas que se les debian. Tampoco se conformaba con las ideas de honor que los dirigia sufrir un usurpador en la tranquila posesion del fruto de su crimen, y burlar su poder. Pero no estaban de acuerdo sobre lo que debian hacer en tales circunstancias. ¿Se contentarian acaso con exîgir el pago de lo que aun se les debia, en conseqüencia del tratado de Alexo Angelo ratificado por su padre? ¿Tomarian las armas para vengar la muerte de dos príncipes y el insulto hecho á los señores latinos que se habian declarado sus protectores? ¿Elegirian algun príncipe de la casa de los últimos soberanos para colocarle sobre el trono? ¿Se apoderarian finalmente de Constantinopla para cobrarse por su mano y vengarse al mismo tiempo? Se prefirió este último partido. Era mas conforme al espíritu que animaba á los gefes del exército, y si aun restase alguna duda sobre la legítimidad de la empresa, la decision de la prelados la habria calmado. En efecto, ellos no se detuvieron en autorizar el proyecto formado sobre el imperio de Constantinopla, y en declarar á nombre del papa que las indulgencias de la cruzada comprehendian esta expedicion; pues por las preocupaciones de aquel tiempo se distinguia poco entre cismáticos levantados contra la cabeza de la Iglesia y los infieles declarados contra Jesu-christo.

Decidido el sitio de Constantinopla, los franceses y venecianos que hacian el grueso del exército, arreglaron entre sí la distribucion del botin, y se avanzaron hácia los muros de la ciudad. Favorecido Mursuphlo del temor que tenia el pueblo de caer en manos de los latinos, hubiera podido defenderse; pero apénas estuvo en posesion del trono que acababa de usurpar, quando se hizo odioso por su avaricia y por sus injusticias. Se dieron á las torres y muros muchos asaltos, que al principio resistieron con vigor los sitiados; pero finalmente la constancia y el valor de pocos sobrepujaron á una multitud dividida y mal gobernada. La ciudad se tomó por escala el 12 de Mayo de 1204, despues de tres dias de ataque. Mursuphlo, que se habia fortificado en el palacio de By

coleon, acobardado se salvó durante la noche en un barco. Levantó despues un exército, y parecia dispuesto á emprenderlo todo á trueque de restablecerse, quando cayó en manos de aquel Alexo Comneno que habia precipitado á su hermano Isaac del trono imperial, y que arrojado despues habia formado una pequeña soberanía, cuya capital era Morinópolis. Ambos despojados de la púrpura que habian usurpado, y ambos manchados con el crímen, les importaba combinar sus fuerzas contra el enemigo comun. Mursuphlo se ofreció á Alexo, y éste pareció recibirle de buena fe. Pero ¿qué union podia haber entre dos ambiciosos, uno que habia sacrificado á su hermano, y el otro ahogado á su dueño? Mursuplo fué, pues, la víctima de su confianza: Alexo le hizo sac[ar] los ojos; y de allí á poco los cruzados, á quienes f[ué] entregado, le condenaron á ser precipitado de lo alto [de] una columna, digno castigo de su rebelion y de su parricidio.

Apénas los cruzados ocuparon la ciudad imperial, quando los soldados, animados del odio y la esperanza del botin, se derramaron sobre todos los quarteles sin órden y sin freno, para satisfacer su avaricia y brutalidad. El asesinato y el robo fueron sus menores excesos. Sacrificaron indistintamente todo lo que se les ponia delante, mugeres, niños y viejos; nada pesdonaron ni á las vírgenes consagradas á Dios, ni á los ministros del altar. Lo mas sagrado de la religion vino á ser objeto de sus profanaciones y sacrilegios. Los templos fueron saqueados, las cosas santas profanadas, la Eucaristía echada por el suelo, y los asilos de la piedad trocados en lugares de corrupcion. Habia en Constantinopla una cantidad prodigiosa de reliquias depositadas en caxas preciosas: esto hacia la mayor riqueza de las iglesias; el oro, la plata y la pedrería fueron presa del soldado. Despues que hubieron arrebatado todo lo que excitaba su codicia: los señores se tomaron los cuerpos de los santos y los huesos, que á su vuelta transfirieron á Europa. De ahí vienen la mayor parte de las reliquias de los santos orientales que las iglesias de Occidente se glorian de poseer. El incendio se añadió á los horrores de la matanza: habiéndose puesto fuego á algunas casas, no se apagó hasta haber consumido todo un quartel de la ciudad. Si s[e]

ha de dar crédito á los historiadores, jamas hubo ciudad tomada por asalto, á cuyos desastres acompañasen tan horribles circunstancias, ni cuyos conquistadores se dexasen llevar de tan violenta y feroz barbarie.

Luego que el furor de los vencedores empezó á disminuirse, los cruzados se ocuparon en repartir sus conquistas y dar un gefe al imperio. Este nombramiento era muy importante al estado en que se hallaban las cosas. Se trataba de elegir un príncipe capaz de restablecer el órden y la tranquilidad despues de tantos vayvenes. Esta eleccion era dificil, debiendo temerse que no viniese á ser un motivo de division entre los que podian aspirar al trono. Con la mira de precaver semejantes inconvenientes, se nombraron doce electores, seis franceses, y seis venecianos, y se convino en reconocer por emperador al que tuviese mas votos. Entre los señores que tenian pretension al trono, dos principalmente parecian formarla con mas fundamento que los otros, tanto por el gran crédito de que gozaban, como por ser contados entre los soberanos de la Europa: estos eran Balduino, conde de Flandes, y Bonifacio, marques de Monferrat. La pluralidad de votos recayó en el primero, quien fué solemnemente coronado en la iglesia de santa Sophia entre las aclamaciones del clero y exército latino. Todos los acaecimientos que acabamos de referir corresponden á los años 3 y 4 de este siglo.

La conquista de Constantinopla es uno de los sucesos mas prodigiosos de que habla la historia. Veinte mil hombres bastaron á apoderarse en pocos dias de una ciudad de una extension inmensa, fortificada por quantos medios poseia entónces el arte de la guerra, y poblada de un sin número de habitantes; pues contaba cerca de quatrocientos mil capaces de manejar las armas. Se hizo un botin considerable de oro, plata y efectos preciosos, de que la quarta parte se adjudicó al nuevo emperador segun la distribucion, y las otras tres bastaron tambien á enriquecer todo el exército desde el general hasta el último soldado.

En tanto que los cruzados sitiaban la ciudad imperial, y que Mursuphlo huia, se habia juntado el pueblo en la catedral para elegir un soberano que pudiese gobernarle y defenderle. Teodoro Ducas rehusó este honor peligroso; pero Teodoro Lascaris, yerno de Alexo A[illegible]

aceptarle sin revestirse por esto de los ornamentos imperiales poco convenientes al estado de las cosas ni á su patria. Pero despues de la conquista de Constantinopla se retiró á la Natolia, y desde allí á Nicea, en donde fixó su residencia. Tomó entónces el título de emperador, y fué reconocido por tal del total de la nacion, aunque los griegos estaban divididos entre los diferentes príncipes que se disputaban los restos del imperio. Era Teodoro el mejor capitan y mas apto político de su tiempo: con fuerzas muy inferiores á las de sus enemigos, y tan cortos dominios, supo conducirse de tal modo, y usar de su poder, que se mantuvo siempre con ventajas á pesar de los obstinados esfuerzos de los turcos y de los latinos que le atacaban cada uno por su parte. Los griegos le miraron como la sola cabeza del estado, y el verdadero depositario del poder supremo, cuyos derechos transmitió á sus sucesores, quienes les hicieron valer quando las circunstancias les fueron mas favorables, como lo veremos en breve.

Balduino se entregó á todos los cuidados anexos á la nueva dignidad. Trabajaba en reparar la ciudad, restablecer el buen órden, reunir las provincias desmembradas del imperio por varios usurpadores, y en reconquistar lo que los turcos y búlgaros habian quitado á los últimos emperadores. Tenia todos los talentos necesarios para llevar á colmo sus designios, la prudencia, el valor, la justicia y la perseverancia. Pero su reynado fué corto, y su fin desgraciado. Por otra parte le favorecieron poco los príncipes latinos, de que muchos zelosos de su elevacion le suscitaron obstáculos que dividieron sus fuerzas y frustraron sus designios. Apénas habia un año que ocupaba el trono de Constantinopla, quando pereció del modo mas atroz y mas funesto, despues de una batalla que acababan de ganarle los búlgaros. Su valor, su desinteres y equidad han sido elogiados aun por los escritores griegos, que no han podido ménos de reconocer en él las virtudes de gran príncipe y de grande hombre.

A su muerte se siguieron nuevas turbaciones, y el nuevo imperio fué continuamente agitado, tanto por guerras extrangeras, como por divisiones intestinas. Los príncipes sus sucesores, mal asegurados en el trono, reducidos á un poder muy limitado, y siempre ocupados en con-

tener ó conciliar los señores latinos que habian formado pequeños estados en las islas y en el continente, no fueron realmente sino sombras y débiles imágenes de lo que habian sido los antiguos dueños de la ciudad imperial. Tal es la idea que nos da la historia de Henrique, hermano de Balduino, que le sucedió en 1206, y los demas príncipes que despues de él tuvieron el nombre de emperadores, como fueron Pedro, Roberto, Balduino de Cortenai, y si se quiere Juan de Briena, que de rey de Jerusalen, pasando á ser general de las tropas del papa Gregorio IX., remató con ser tutor del jóven Balduino, á quien arrebató el imperio para siempre. El sistema feudal que los cruzados habian introducido en el Asia fué la principal causa de la inestabilidad de este nuevo imperio y de su pronta ruina.

Los reynados de todos los príncipes que acabamos de nombrar, sólo llegaron al año de 1265, y componiendo el espacio 57 años. La revolucion que los despojó del cetro imperial es aun mas admirable que la que lo puso en sus manos. Miguel Paleologo, despues de haber gobernado algun tiempo con el título de regente durante la minoridad de Juan Lascaris legítimo soberano, habia tomado el nombre de emperador, como colega de su pupilo. Tenia todas las calidades de que los ambiciosos se sirven para elevarse, oprimiendo á los otros. Sabia bien el arte de la guerra, no siendo ménos hábil en la política y ciencias del gobierno. A un príncipe de este carácter solo faltaba una ocasion oportuna para recobrar quanto los griegos habian perdido á principios del siglo. Un suceso imprevisto se la presentó. Alexo Strategopulo, á quien por sus servicios se habia elevado á la dignidad de César, pasaba cerca de Constantinopla con un cuerpo de exército que comandaba. Estaba encargado de reconocer el estado actual de la plaza. Supo que se hallaba casi indefensa, y que toda la guarnicion se reducia á un puñado de franceses mal armados. Formó de repente el designio de atacarla, y despues de una débil resistencia de parte del corto número de soldados que se le opusieron, se apoderó de ella. Luego que Miguel lo supo, partió á tomar posesion de esta conquista. Su entrada en la capital del imperio, que al fin volvia á la obediencia de sus antiguos dueños, fué un verdadero triunfo. Partió los honores con

Strategopulo, á quien se debia toda la gloria de aquel suceso. Pero el ambicioso Paleologo, que queria reynar solo, eclipsó el esplendor de su victoria con una pérfida y cruel conducta para con el jóven Lascaris su colega. Le hizo sacar los ojos, le despojó de la púrpura, y le encerró en un castillo, que poco despues fué su sepulcro. Este crímen acarreó á Miguel una serie de desgracias que emponzoñaron el resto de sus dias. Murió, pues, en 1282, año y medio despues de la rendicion de Constantinopla, habiendo reynado 24 años. En otro lugar referiremos lo que hizo para reconciliar la Iglesia griega con la santa sede, y el poco suceso de sus tentativas en esta parte. Andrónico II., su hijo y sucesor, reynó hasta el año de 1332, por lo qual le dexamos para el siguiente siglo.

La revolucion que restituyó á los griegos el imperio de Constantinopla fué el término de la prosperidad de los latinos en aquellas regiones. El emperador Balduino II. á quien la fortuna acababa de arrebatar una corona, siempre vacilante tanto sobre sus sienes, como sobre las de sus predecesores, fugitivo y mendicando por todas partes socorros prometidos y nunca dados, conservó hasta la muerte el vano título de su antigua dignidad. Derechos aun mas vanos, pues nunca llegaron á tener valor, fué la única herencia que dexó á su posteridad este desgraciado monarca: en vano recurrió al papa y á los soberanos de Europa representando á unos y á otros que sus intereses eran los de la religion, y concluyendo tratados por los quales cedia parte de lo que ya no poseia; no inspiró sino una compasion fria y algunos preparativos de guerra que se quedaron sin efecto. Su hijo pasó asimismo su vida ajustando tratados, y formando proyectos que jamas se verificaron; de suerte que las casas adonde sus descendientes llevaron estas pretensiones, no sacaron otra ventaja que la de juntar un vano título, á los que los grandes ostentan en los actos particulares que les pertenecen.

ARTICULO II.

Estado de la potencia musulmana en Oriente. Invasion y conquista del Mogol. Revolucion que ocasionó en el Asia.

En el principio de este siglo, aunque estaba dividido el poder de los musulmanes entre varios príncipes, no dexaba aun de ser muy formidable. Ellos ocupaban toda el Asia y parte oriental; y al Occidente y Medio-dia la Persia y sus vastas provincias; una parte de la India y todo el Egipto obedecia sus leyes. Antes de la revolucion que hizo á los príncipes latinos, dueños de Constantinopla, se veia el imperio griego reducido á los mas estrechos límites por los continuos progresos de los sucesores de Saladino, y de los otros sultanes turcos, que reynaban ya en Alepo, ya en Damasco, ya en Iconia. El imperio mas floreciente y vasto de todos aquellos en que el mahometismo se habia establecido sobre las ruinas del christianismo y de los demas cultos era sin duda el de los príncipes Karismines. Mahomet, que la regia á principios de este siglo, extendia su dominacion desde la antigua Media hasta la Tartaria, de que poseia varias regiones, como una parte bien considerable de la India. Todos los soberanos que reynaban en estos diferentes estados, y aun el mismo monarca persa, reconocian aun al califa de Bagdad por cabeza en el órden politico y religioso. Ellos le quitaban sus provincias, y aun á veces le despojaban de su dignidad, le imponian leyes segun su capricho ó sus intereses, y disponian arbitrariamente de todo; pero respetando siempre el sagrado poder del califato en qualquier mano que estuviese. Este era el fruto de la costumbre y de la preocupacion.

Pero se aproxîmaba el tiempo en que el poder de los musulmanes y su califato, de donde dimanaba, iban á ser sorbidos por los conquistadores mas formidables y mas crueles que hasta entónces habian desolado el universo. El Norte los produxo como á los antiguos bárbaros que se echaron sobre el imperio romano y le destruyeron. Eran del linage de los scitas, y habian tomado el nombre de tártaros de uno de sus príncipes, llamado Tar-

tar-Kan. Estaban divididos en hordas, cada una con su gefe, con el título de Kan, que correspondia al de rey, y todos ellos reconocian la soberanía del gran kan ó emperador en quien residia la autoridad suprema, y del que los demas kanes eran tenientes. Entre estas hordas ó tribus habia una que se distinguia de todas por el espíritu guerrero que la animaba. Habitaba al Norte del Katai, hácia las fronteras septentionales de la China. Uno de sus kanes, llamado Jeson-Kai-Bahadour, habia comenzado á ilustrarla á mediados del siglo XII; pero la celebridad de su hijo obscureció bien presto la suya. Se llamaba Temondgin, pues el nombre de Gengiskan, con el qual se le conoce, y es lo mismo que rey de reyes, se le dió, dicen, como en presagio de su futura grandeza, un monge del Turquestan que la superstician hacia pasar por un profeta. Baxo este príncipe, el mas portentoso de los qué de su especie han exîstido, la nacion del Mogol (que así se llamaba la tribu, cuyo caudillo era) amenazó al resto del universo con la esclavitud ó la destruccion.

Este príncipe, nacido para infelicidad del género humano, tenia solo 13 años quando murió su padre, y ya entónces gozaba por su valor la reputacion de un famoso guerrero. Los demas príncipes solicitaban su alianza é imploraban su auxîlio. Fué uno de ellos el kan de los tártaros kheraitas, llamado Thogrol-onk-Kan, que era christiano de la secta de Nestorio, y tambien sacerdote. Se le habia dado en el bautismo el nombre de Juan, y es aquel preste Juan tan conocido por las relaciones de los viageros y de los historiadores. Sus vasallos se le habian revelado; imploró el socorro de Gengiskan que castigó á los rebeldes, y le restableció en sus estados. Pero de allí á algun tiempo se indispuso Thogrul con su bien hechor, y habiendo Gengiskan tornado contra él sus armas, no escuchó sino á su resentimiento. Thogrul fué derrotado en una batalla, y su reyno la presa del vencedor. Tal fué el principio de las conquistas que hicieron en breve á Gengiskan el terror de todas las naciones. Desde aquel punto nada hubo capaz de suspender sus progresos. En pocos años todas las hordas de los tártaros cayeron baxo su yugo, á pesar del valor de sus caudillos y de su amor á la libertad. El Norte y el Oriente del Asia se vieron sucesivamente sujetos á sus leyes. Volvió despues sus ar-

mas hácia la China, de que conquistó varias provincias; de allí se arrojó sobre la Persia, y por esfuerzos prodigiosos de valor y una actividad casi increible llegó al punto de destruir la formidable potencia de los karismines. Meditaba aun otras conquistas quando le sobrevino la muerte en 1227: habia solo reynado 22 años, y este corto tiempo le habia bastado para sujetar una multitud de pueblos guererros y poderosos. Se admiraban en él tanto la prudencia como el valor; pero deslucia estas bellas calidades con una ambicion desmesurada, y una sed de sangre humana que no pudo apagar el infinito número de víctimas que inmoló á sus deseos de reunir á todas las naciones baxo su obediencia.

Dexó Gengiskan nueve hijos, que no tuvo mas, de 500 concubinas que mantenia; lo que prueba, por decirlo así, que la poligamia es mas contraria que favorable á la poblacion, sobre todo quando es excesiva como se nota entre todos los soberanos de Oriente. Oktai, aunque no era su primogénito, sucedió sin obstáculo á su padre, que le habia señalado por soberano del Mogol ántes de su muerte. Esta eleccion habia nacido sin duda de la conformidad de talentos y de inclinaciones que habia entre padre é hijo. En efecto, es dificil hallar en la historia dos príncipes uno sucesor de otro, que tengan tanta semejanza en lo activo, ambiciosos y conquistadores, como Gengiskan y Oktai. Tenian uno y otro la misma impetuosidad, la misma contrariedad al reposo, la misma pasion de dominar, de extender su poder, de inspirar el terror, y de ver un tropel de reyes y de pueblos á sus pies. Animado del mismo espíritu que su padre, y conducido por los mismos designios, continuó Oktai su plan de expediciones con un ardor infatigable. Sojuzgó por sí mismo ó por sus generales lo que aun quedaba por sujetar en la China y en la Tartaria. Penetró en seguida en los paises situados en las costas del mar Caspio, llevando rápidamente sus conquistas hasta la Rusia, la Polonia, la Hungría y los paises vecinos. Los barbaros que combatian para satisfacer sus inmoderados deseos de invadirlo todo, parecian no llevar otro objeto que el de arruinar, destruir y trocar en desiertos todos los paises que pisaban. La historia nos los pinta como conduciendo la desolacion á todas partes, complaciéndose en aniquilar las ciudades,

bañándose en la sangre de los vencidos, y solo mirándose como dueños de un pais quando le habian despoblado.

En tanto que los exércitos de Oktai desbastaban el Asia, y hacian temblar la Europa, sus generales con otras tropas desolaban la Siria y las provincias dependientes. Los mogoles cometieron en aquellas comarcas los mismos robos y crueldades, con las quales estaban hechos á señalar su tránsito. Los paises que sucesivamente fueron el teatro de aquellas funestas guerras no gozaron de mucha calma despues de la muerte de Oktai sucedida en 1241. En breve Mangou-Kan, su segundo sucesor, atormentó de nuevo á los pueblos. Su hermano Houlagou entró de órden suya en Persia para acabar de someter, ó por mejor decir, de exterminar á sus habitantes; porque ésta era como dexamos dicho, la política de los conquistadores, y esto se llamaba hacerse dueños de una nacion. Pero este Houlagou hizo un gran servicio á la humanidad sin pensarlo, siguiendo el espíritu de destruccion que le guiaba, y fué aniquilar la nacion cruel y formidable de los bathenios ó asesinos de Persia, que eran mucho tiempo habia el azote del Asia. Despues de esta expedicion fué á sitiar á Bagdad, residencia ordinaria de los califas, y único asilo de aquellos gefes del mahometismo. La rindió despues de algunos dias casi sin resistencia, habiendo sido entregado por los suyos Mortasem que reynaba entónces. Creyó este príncipe asegurar su persona y su vida yendo él mismo á ponerse á la discrecion del vencedor; pero experimentó que la generosidad no es la virtud de aquellos hombres feroces que se complacen en derramar la sangre de los infelices que la suerte de la guerra pone en sus manos. La ciudad fué abandonada á la codicia del soldado; el pillage duró siete dias, y el desgraciado Mortasem fué muerto con su hijo, acabando en él la dinastía de los abassidas, y con ella la dignidad del califato tan formidable en sus principios por la reunion de los derechos sagrados del sacerdocio y del trono en una misma persona. Así el imperio que Mahoma habia fundado con la fuerza, y que sus primeros sucesores habian llevado tan léjos con sus conquistas, fué destruido por medios semejantes á aquellos que habian dado su orígen. Habia durado 656 años baxo el gobierno de 56 califas, de los quales 14 eran del

linage de los ommiades, y 37 del de los abassidas.

Mangou-Kan, de cuyas órdenes Houlagou, su hermano, solo era executor, abrazó la religion christiana á persuasion de Asan, rey de Armenia, que le habia inspirado el designio de combinar sus armas con las de los príncipes christianos, para expeler á los mahometanos de la Siria, y quitarle la tierra santa. Pero el christianismo de aquel príncipe y de los vasallos que habian seguido su exemplo, apénas merecia este nombre. Guillermo de Rubruquis y los demas religiosos del órden de los franciscanos, que san Luis envió como embaxadores á su corte, los hallaron sumergidos en una ignorancia tan profunda, que no tenian idea justa de nuestros misterios, y ni siquiera sabian distinguir la religion de Jesu-christo de las sectas que le son contrarias. Sin embargo, no carecian de zelo contra los enemigos de la fe, pues Abaka sobrino y sucesor de Mangon, despues de Houlagou envió embaxadores al concilio de Leon de Francia en 1274 para formar alianza con el papa y los príncipes christianos contra los musulmanes que habian recobrado la superiodad sobre los mogoles en la Siria y Asia menor. Pero este zelo duró poco, y nada produxo ventajoso á los christianos de Oriente, puesto que Nikondar, VI. kan del Mogol, despues de Gengis, en 1282 abrazó el mahometismo, tomando el nombre de Hamed-Kan; siguió su exemplo la mayor parte de los señores y del pueblo, que corre siempre tras de los príncipes y los grandes. Por esta mudanza recobró el eslamismo lo que habia perdido por la destruccion del imperio de los califas.

El príncipe mahometano, que se oponia con tanta ventaja á los progresos de los mogoles en la Siria, era Bibars de la raza de los mamelucos que acababan de despojar del trono y de todos sus dominios á la familia de Saladino, tan poderosa y formidable que los habia sacado de la obscuridad. Los mamelucos de los turcos, originarios de Capthaq, era una milicia formada por el sultan Saleth, séptimo de Egypto desde Saladino, para su guardia. Los habia comprado á los mogoles que en sus expediciones hacian esclavos á los que el fierro perdonaba; de ahí les vino el nombre de mamelucos, que significa esclavos. Muchos de ellos llegaron por su valor y talento á los primeros cargos del estado y al mando de los exércitos. Su autoridad

creció de dia en dia; é influian igualmente en los negocios civiles y en los militares. En fin, ellos fueron para los descendientes de Saladino lo que en otro tiempo los turcos para los califas que los habian llamado á su servicio. Hicieron temblar á sus soberanos, y los inquietaron con freqüentes rebeliones, y mas atrevidos que los kurdos se apoderaron del trono, al rededor del qual no dexaba de haber una gran tempestad hacia ya tiempo.

Era Bibars el quarto príncipe que le ocupaba despues de la revolucion; habiendo arrojado de él á Koutouz, á quien degolló de un sablazo, en venganza de la injusticia que le habia hecho dando á otro emir el gobierno de Alepo que le habia prometido. Su valor, su pericia militar, y su extremada actividad, le habia adquirido mucha reputacion en el reynado de su antecesor. Habia suspendido los progresos de los mogoles, quando solo mandaba como general las tropas mahometanas. Sus sucesos contra ellos no fueron ménos brillantes desde que fué soberano. Inflamado de los deseos de justificar su elevacion, y de mostrarse digno del lugar adonde su audacia le habia sublimado; continuó la guerra con tanto ardor y corage, que llegó á arrojar los mogoles de todas las ciudades que habian tomado, y á despojarlos de todas las conquistas que habian hecho en los paises de Saladino y de los príncipes de su casa. Desde que subió al trono de Egypto hasta su muerte no dexó las armas, atacó sucesivamente todos los generales del kan del Mogol, y todos los cuerpos de tropas que los francos, unidos con ellos por intereses para destruir la potencia de los musulmanes, habian puesto en campaña. Nada le resistió: tan diestro era en juntar la prudencia de las medidas al vigor de la execucion. Forzó los puestos, cuyo ataque era mas dificil, tomó las fortalezas mejor defendidas, una multitud de ciudades, y asoló el territorio de aquellas, cuyo sitio le hubiera ocupado mucho tiempo. En fin, este príncipe, el único capaz de oponer una barrera á los progresos de los gengiskandidos, tuvo la gloria de entrar vencedor en la Armenia, en donde hizo un inmenso botin, y de donde llevó una muchedumbre de cautivos, entre ellos á su rey, fiel aliado de los mogoles y de toda su familia. El reyno de Nubia, situado entre el Egypto y el mar roxo, cuyos pueblos jamas se habian sometido á nin-

gun extrangero, reconoció su dominio; y el rey de aquel pais fué conducido al Kairo cargado de cadenas. Por último los francos, que habian esperado resarcir sus pérdidas aliándose con el Mogol, hallaron en él otro Saladino que apresuró su ruina con las victorias que le ganó. Murió este príncipe en 1277, despues de haber reynado cerca de 19 años, dexando el imperio de los mamelucos tan bien consolidado, que fueron menester los mas violentos golpes para trastornarle. Aun tendremos ocasion de referir las hazañas de este conquistador quando hablemos de las últimas cruzadas.

ARTICULO III.

Estado de la Europa y de las potencias de Occidente.

La Europa christiana, que por la influencia del sistema feudal, y por las funestas querellas del sacerdocio y del imperio, era hacia tanto tiempo el teatro de continuas guerras, fué mas agitada que nunca durante este siglo. Se vieron sucesos extraordinarios, y hechos mas atroces que los que habian visto los siglos anteriores. Ya hemos indicado que por la reunion de diferentes causas fisicas y morales habian recibido los ánimos una nueva impresion que los conducia á empresas peligrosas, y á aquellas en que la opinion hallaba mucha gloria; porque ofrecian grandes obstáculos en vencerlas, y que se dexaba ver el valor y la intrepidez en los que las emprendian. El gusto de la independencia y el atractivo de lo maravilloso se combinaban con las preocupaciones del tiempo, y con los principios de la caballería, y las máxîmas de honor que se habian adoptado en todas partes; de todas estas causas resultaba una mezcla de grandeza romancesca y de valor heroico, que necesariamente debian ser principio de acciones interesantes por sus circunstancias y conseqüencias.

Comencemos por la Alemania: estaba dividida al fin del doceno siglo entre tres competidores que aspiraban al imperio, y que tenian cada uno títulos bastante poderosos para procurar sostenerlos con las armas, y hallar defensores prontos á entrar en sus intereses. El primero de estos era Federico II., hijo del emperador Henrique VI.

á quien su padre habia hecho elegir rey de romanos en 1196, y de Sicilia el año siguiente. El segundo Felipe, duque de Suavia, tio y tutor de Federico, electo por algunos príncipes alemanes, y coronado en Maguncia en 1198. El tercero, en fin, Oton IV., duque de Saxonia, declarado rey de romanos por los grandes del imperio que no habian tenido parte en la eleccion de Felipe, y consagrado el mismo año en Aquisgran. Alexandro III habia favorecido la elevacion de este último, y parecia dispuesto á sostenerla por todos los medios que los pontífices romanos acostumbraban emplear algun tiempo habia en sus desavenencias con los príncipes. La causa de la propension de Alexandro hácia Oton, y de la preferencia que le daba sobre sus competidores, era haberle prometido este príncipe restituir á la santa sede los bienes alodiales de la condesa Matilde, que hasta entónces habian sido el asunto de tantas contestaciones entre los papas y emperadores. Federico, que solo tenia 3 años á la muerte de su padre, no podia sostener sus derechos fundados en una eleccion legítima y anterior á las de sus rivales. El papa se habia declarado tutor suyo por lo tocante al reyno de Sicilia, por cuyo medio el pontífice aseguraba mas y mas la soberanía de la santa sede sobre una corona, cuyo heredero debia mostrarse reconocido de haber hallado un protector en la cabeza de la Iglesia. Si tales fueron los motivos de la generosidad de Alexandro para con su pupilo, en lo sucesivo veremos cómo le correspondió Federico, y con qué gratitud pagó á sus sucesores.

Felipe y Oton, que por su edad y su poder se hallaban en estado de hacer valer sus derechos, tomaron las armas para sostenerlos. El papa, que al principio se habia declarado contra Felipe, y que aun le habia excomulgado, se habia cambiado en su favor por motivo de interes personal, habiendo propuesto este príncipe casar una de sus hijas con Ricardo, hermano del pontífice, y de darle en dote las tierras de la condesa Matilde. En este nuevo estado de las cosas hubiera Oton hallado obstáculos dificiles de superar si Felipe hubiera vivido. Pero muriendo este príncipe asesinado en 1208, asegurado su rival en su dignidad por los sufragios de los príncipes alemanes, y confirmado por el papa, se vió algun tiempo sin adversario. En medio de esto, Federico crecia en edad, y su

talento político y militar, que le hizo tan célebre en lo sucesivo, empezaba á manifestarse. Por otra parte Oton, desgraciado en sus empresas, y batido en Bovina con sus aliados por Felipe Augusto, habia caido en desgracia de Alexandro III. porque diferia cumplir su promesa acerca de los bienes de la condesa Matilde. Excomulgado por el papa, y poco despues abandonado de todo el mundo, se contentó con sus estados hereditarios, y dexó al jóven Federico la corona de Germania, y el cetro imperial que de nuevo empuñó por el concurso de los señores, de los prelados y del pontífice.

El papa habia coronado á Federico, á quien consagró en Roma en 1220 Honorio III., sucesor de Alexandro, con la condicion de cumplir el voto que habia hecho de pasar al Asia para emplearse con los demas príncipes christianos en el recobro de la tierra santa. La ilustrada política de Federico le hacia diferir algunos años habia el cumplimiento de este voto, previendo que sus enemigos, y tal vez el papa el primero, se aprovecharian de su ausencia para atacar sus dominios y suscitarle embarazos, tanto en Alemania como en Italia. Sin embargo, instado de Honorio, y despues de Gregorio IX., que le habia sucedido, y temiendo las armas que aquel tiempo los pontífices tenian casi siempre en la mano, pasó á Brindis con sus caballeros, y un exército para ir al socorro de los christianos de Oriente. Pero habiendo acometido á su exército una epidemia de que él mismo no pudo libertarse, volvió atras, y se vió obligado á hacer alto en Otranto. Gregorio, no ménos absoluto ni interesado por la silla apostólica que aquel Hildebrando, cuyo nombre habia tomado al subir á ella, miró la enfermedad del emperador como un pretexto, y tratándole de perjuro fulminó contra él los rayos de la Iglesia. Creyó Federico sin duda que aquella excomunion solo era una censura conminatoria, cuyo objeto debia ser impedir abandonase la cruzada; pues luego que se restableció, se embarcó y abordó al puerto de Acre con el designio de emplear sus armas en defender los christianos de Siria y Palestina. Pero habia juzgado erradamente de la intencion de Gregorio, cuyo carácter imperioso aun no conocia. En efecto, este papa envió en su seguimiento dos frayles menores, para prohibir á los christianos de Asia la union con él, y ordenarles le trata-

sen como á excomulgado. Las órdenes del papa se executaron, y nadie osó juntarse para combatir con los infieles. Supo asimismo que el papa habia hecho entrar un exército en sus estados de Italia, en tanto que habia pasado tan léjos á oponerse á los enemigos de la fe. Esta noticia desagradable le obligó mas que nada á concluir con Meledino, sultan de Egypto, un tratado, por el qual se le cedian la ciudad de Jerusalen, sus distritos y otras varias plazas. Juan de Briena, que era su suegro, y á quien Gregorio IX. habia dado el mando de las tropas que desolaban sus estados en la Italia, le habia dexado sus derechos al trono de Palestina. Habiendo hecho reales las pretensiones del tratado que acabamos de citar, quiso Federico tomar la posesion del reyno que acababa de adquirir. Y habiendo ido con esta intencion á la Iglesia del santo sepulcro, y no presentándose ningun prelado para darle la corona, á causa de su excomunion, él mismo la tomó de encima del altar, y se la ciñó. Desde entónces juntó el título de rey de Jerusalen á las demas dignidades suyas.

Lo que pasaba en Italia no le permitia mas larga mansion del otro lado del mar. Se restituyó, pues, á Europa; y habiendo su presencia intimidado á sus enemigos que conocian su experiencia y habilidad en el arte de la guerra, hizo la paz con el papa, y entrar en su deber á todos los que habian abusado de su ausencia, reparando los desórdenes que ella habia causado. La Alemania y la Italia hubieran gozado de la calma restituida, si la ambicion de los soberanos una vez inflamada supiese contenerse en sus justos límites. Suscitáronse nuevas desavenencias entre el papa y el emperador, con motivo de la Cerdeña, que este último dió con el título de rey al príncipe Eucio, su hijo natural. Miró el papa esta disposicion como un atentado contra los derechos de la santa sede, cuyo feudo pretendia ser la Cerdeña como todas las islas del mar de Italia. La querella del sacerdocio y el imperio se renovó con mas viveza que nunca, llevada por ambas partes con todos los excesos de la intrepidez mas irreconciliable. Las ciudades de Lombardía se sublevaron, las facciones de los güelfos y gibelinos, unos adictos al papa, y otros al emperador, se armaron unos contra otros con todo el furor de las guerras civiles; toda la Italia ardió bien presto, y los demas estados de la Europa escandalizados ó turbados con es-

tas funestas divisiones, tomaron parte en ellas, ó como mediadores, ó como interesados. Gregorio y Federico estaban igualmente animados uno contra otro: éste se miraba como el defensor de los inviolables derechos del trono y de la causa comun de los reyes; y aquel se persuadia combatir por los intereses de Dios y de la Iglesia. Con semejantes disposiciones no podia esperarse que estos dos competidores igualmente irritados, é igualmente zelosos de su poder se reconciliasen.

La muerte de Gregorio IX, acaecida en 1242, quando se preparaba á tener un concilio en Roma para destronar á Federico, no hizo mudar de semblante á los negocios. Inocencio IV., que le sucedió despues de Celestino IV., cuyo pontificado solo duró 16 dias, llevó las cosas aun mas adelante que Gregorio. Excomulgó nuevamente á Federico, que habia fingido reconciliarse con él, y le destronó solemnemente en presencia de los padres del concilio de Leon. Despues de esta sentencia que trastornó totalmente la fidelidad de los vasallos que habian permanecido adictos á Federico en sus demas desgracias, el resto de su vida fué solo una série de males y de disgustos. Batido y perseguido por todas partes, habiendo tenido durante su vida dos sucesores Baspou, Landgrave de Turingia, y Guillermo, conde de Holanda, y no viendo cerca de s sino enemigos armados para su pérdida, murió en medi de sus turbaciones en 1250 de edad de 56 años. No dexando á Conrado, su hijo, sino un trono trastornado, derechos echados por tierra, y guerras que sostener contra toda la Alemania y la Italia, sublevadas por la cabeza de la Iglesia, y teniendo en Manfredo, príncipe de Taranto, su hermano, un oculto enemigo mas temible que todos los otros.

Conrado IV., reconocido por algunos príncipes alemanes, pero excomulgado por el papa, no pudo obtener la investidura de los reynos de Nápoles y Sicilia, aunque eran el patrimonio de su casa. Se vió, pues, obligado á conquistarlos, y en esta guerra en que tuvo de su parte la justicia y la fortuna, manifestó el valor, la pericia y la actividad de su padre. Sus felicidades parecian irritar el odio de Inocencio IV., aunque por muchas razones no merecia tener un enemigo en el padre comun de los christianos. Este príncipe, que no carecia de defectos, posei

talento y virtudes que no siempre son el patrimonio de una alta cuna. Las desgracias de su familia debian hacerle mas interesante, pero los infortunios de los grandes tienen algo que conmueve mas que los del comun de los hombres. Si exerció alguna vez castigos contra sus vasallos rebeldes, cuyo rigor tocaba en crueldad, se le podria hallar una excusa en la necesidad de contener con una severidad mayor de la que se deseaba pueblos siempre prontos á la rebelion. Inocencio IV., bien léjos de mirar á este príncipe con afectos dignos de un pastor sensible á las desgracias de su rebaño, nada perdonó para destruirle. Prodigó contra él las censuras y los anatemas; y las indulgencias, las gracias y el dinero en favor de los que le hacian la guerra. Oponia Conrado á sus enemigos un valor y una capacidad que los hubiera humillado con el tiempo, y sin duda un reynado apacible hubiera sucedido á tanta agitacion, si hubiese vivido hasta el pontificado de Alexandro IV., sucesor de Inocencio, que no tenia las inclinaciones guerreras, ni el carácter inflexîble de su antecesor. Pero murió en 1234 despues de 4 años de reynado. Se sospechó que Manfredo habia abreviado sus dias por medio del veneno. La ambicion de este príncipe, que sin rebozo aspiraba á apoderarse del trono de Sicilia, y su proceder con Conradino, su sobrino, cuyo tutor se creyó no haberse declarado sino para oprimirle con mas seguridad, dieron alguna verosimilitud á esta acusacion.

Guillermo, conde de Holanda, á quien se habia elegido por gefe del cuerpo germánico aun viviendo Federico II., sobrevivió solo 2 años á Conrado. Desde su muerte hasta el año de 1273 la Alemania estuvo realmente sin gefe supremo, aunque se hicieron dos elecciones en 1257, la una en favor de Ricardo, duque de Cournouailles, hijo de Juan, rey de Inglaterra, y la otra en favor de Alfonso X., rey de Castilla. Ricardo fué reconocido por el papa como rey de romanos; pero no siendo bastante rico para subvenir á los gastos que exîgia de su dignidad, tuvo á bien el renunciarla volviéndose á Inglaterra, en donde murió en 1271. Por lo que toca á Alfonso, demasiado ocupado en su guerra contra los moros, no pudo pasar á Alemania á hacer valer su eleccion. Así se consideró todo el espacio que hubo desde la muer-

te de Conrado ó de Guillermo, hasta la eleccion de Rodulfo de Habsburgo, como un interregno. Todo este tiempo fué víctima la Alemania de las divisiones, de las guerras civiles y de todos los horrores de la anarquía. Entónces los grandes del imperio se ocuparon en aumentar su poder, usurpando los derechos del soberano. Muchas grandes ciudades, tanto de Alemania como de Italia, se hicieron independientes, y algunas otras fueron invadidas por diferentes señores deseosos de engrandecerse y atentos á aprovecharse de las circunstancias que las unieron á sus estados.

Estas turbaciones y los estragos que ocasionaban, se terminaron en 1273 por la eleccion que se hizo de Rodulfo, para colocarle en el trono de Germania. Con todo, su eleccion dió lugar á algunas dificultades. Ottocaro, rey de Bohemia, pretendió no haber sido legítima, y que no se habian observado en ella las formalidades que se requerian; y Alfonso, rey de Castilla, sostenia qne no se podia pensar en elegir otro emperador mientras él viviese. Uno y otro enviaron embaxadores al concilio de Leon, presidido por Gregorio X; el primero pidiendo el imperio, el segundo para hacer valer los derechos que habia adquirido por una legítima eleccion en 1257. Pero Rodulfo se les habia anticipado, y el pontífice habia abrazado sus intereses. La promesa de renunciar á toda soberanía sobre Roma, y poner á la santa silla en posesion del exârcado de Ravena, de la Marca de Ancona, y del ducado de Spoleto, era un medio bien seguro de obtenerlo todo del papa. Por tanto los competidores de Rodulfo, que no podian ofrecer cosa correspondiente, se vieron obligados á desistir de sus pretensiones. El rey de Bohemia conservó un resentimiento que fué la causa de su ruina, y que vino á ser el primer fundamento de la grandeza á que llegó en lo sucesivo la casa de Austria, cuyo esplendor comienza en el emperador Rodulfo. Ottocaro tomó las armas para vengarse de la preferencia que su rival habia obtenido sobre él, despues de haber sido uno de los criados de su casa en calidad de mayordomo. Pero Rodulfo, á quien su valor y su talento hacian digno de su fortuna, le venció en una batalla, en donde murió. Entre los estados que Ottocaro tenia como feudos del imperio, y que

Austria, cuya investidura dió Rodulfo á su hijo Alberto, que fué emperador despues de Rodulfo de Nassau, depuesto en 1298.

De todos los estados de Europa no fué el reyno de Inglaterra el ménos desolado por las divisiones intestinas y las guerras extrangeras. El principal orígen de los disturbios que la agitaron en esta época y las posteriores, fué que la sucesion al trono no estaba como en Francia arreglada por leyes fixas é inviolables. Tal fué tambien la causa de las guerras intestinas de la España; guerras que han producido tantos males y tantos crímenes, y que solo se terminaron con la reunion de diferentes soberanías en un solo príncipe, cuyo sucesor señala siempre el órden del nacimiento.

Juan Sin-Tierra subió al trono en perjuicio de Artus, su sobrino, que como hijo de Godofre, primogénito de Juan, debia suceder á Ricardo I., si el órden de la primogenitura estuviese establecido por las leyes ó por el uso. Juan no tenia mas que un entendimiento travieso. Labró su desgracia y la de su pueblo guiándose solo por sus caprichos y sus pasiones; toda su vida fué una serie de reveses y de fatalidades, porque no supo sino cometer yerros, injusticias y crueldades, las que creyó reparar con viles procedimientos, cuya vergüenza le hizo aun mas odioso y despreciable. Habiéndose enemistado con el papa Inocencio III., con ocasion de haber este pontífice, contra su voluntad, puesto al cardenal Langton en la silla de Cantorberi, la querella se enardeció por una y otra parte, tanto que el papa puso entredicho á la Inglaterra, excomulgó y destronó á Juan, transfiriendo su corona á otras sienes; quien no hallando un solo defensor entre sus súbditos que habia enagenado de sí, no pudo salir del abismo que se habia abierto sino declarándose vasallo del pontífice romano, y dando el tributo perpetuamente de mil marcos de plata á la santa sede. Dos veces ratificó esta vergonzosa obligacion. La primera en la iglesia de Douvres, y la segunda en Londres en la de san Pablo. Se despojó de la corona que volvió á recibir de mano del cardenal Pandolpho, legado del papa, en cuyo nombre se la dió. Envilecido á los ojos de los grandes y del pueblo por una sumision que degradaba igual-

preciable á toda la nacion. Sus barones se sublevaron contra él, y le hicieron firmar dos famosas cartas, que sirvieron de fundamento para la libertad inglesa, y se conocen con los nombres de carta de las libertades y carta de los bosques. En vano quiso este príncipe revocarlas; en vano el papa, á quien recurrió como á su soberano, las declaró nulas; estas acciones solo sirvieron á aumentar el descontento y la indignacion de los ingleses, que llegaron á destronarle, y poner en su lugar á Luis, hijo de Felipe-Augusto. Juan murió en medio de estas turbaciones en 1216, detestado de la Inglaterra, y menospreciado del resto de la Europa. Mateo de París, historiador ingles y contemporáneo, estimado de todos los sabios por su candor y exâctitud, refiere un hecho que da bien á conocer el cáracter de Juan Sin-Tierra. Dice, que al mismo tiempo que aquel príncipe se degradaba á los ojos de todo el mundo haciéndose feudatario del papa, y recibiendo su corona de la mano de un legado; envió embaxadores al miramamolin de los almohades, soberano de los moros de Africa y España, implorando su socorro, y ofreciendo pagarle un tributo, y aun hacerse mahometano. Añade el historiador, que el príncipe sarraceno desechó sus ofertas con menosprecio, y declaró ademas, que si él quisiera mudar de religion solo la christiana abrazaria. Mateo de París confirma su narracion con el testimonio de Roberto, que acompañó á los embaxadores en calidad de secretario.

Henrique III., hijo de Juan Sin-Tierra, solo tenia diez años quando perdió á su padre. Luis de Francia, llamado al trono de Inglaterra por el voto casi general de los grandes y del pueblo despues de la deposicion del difunto rey, era dueño de Londres y de la mayor parte de las plazas fuertes; pero el papa se habia declarado contra él, y este príncipe ya excomulgado por la santa sede, lo fué de nuevo por el legado. En este siglo un príncipe excomulgado tenia contra sí una preocupacion de que aun no podian exîmirse los mas sabios entendimientos, y ésta en el pueblo era tan fuerte que sobrepujaba á todos los demas sentimientos. El jóven Henrique, ó mas bien el conde de Pembrok, regente del reyno, hombre de una prudencia y una política consumada, renovó todos los empeños que Juan Sin-Tierra habia contraido con R[illegible]

A este precio no podia el papa dexar de defenderle y emprenderlo todo por él. En tales conyunturas el príncipe frances no tenia otros medios de sostener sus derechos fundados en la eleccion de todo el reyno, que un exército poderoso y mucho dinero; pero ambas cosas le faltaron á un tiempo; porque el rey su padre, que hubiera podido proporcionárselas, temió comprometerse con el papa, y atraer su enojo: tan sometidos estaban los mayores monarcas como los otros á las preocupaciones del tiempo, ó tan forzados á lo ménos á no oponérseles abiertamente, aun quando conocian su poca solidez. Luis resolvió, pues, combatir con las pocas fuerzas que tenia, no porque esperase excluir á su rival de la paterna herencia, sino á fin de conseguir una paz honorífica á sí y á sus partidarios. La obtuvo, en fin, con el consentimiento de Roma, que levantó las censuras, y restituyó su gracia á quantos se habian declarado en favor de Luis.

Debia Henrique todos sus prósperos sucesos al zelo y pericia del conde Pembrok. Pero quando hubo perdido este hábil y virtuoso ministro, y que se entregó á los consejos de los lisongeros, principalmente á los de Huberto de Bourg, el hombre mas ambicioso y embustero que hubo en toda la Inglaterra, estos bellos principios se obscurecieron bien presto; el jóven rey se manifestó tal qual era, débil, caprichoso, inconstante, capaz de todas las malas impresiones, incapaz de pensar y de dirigirse por sí solo, inclinado siempre á los partidos mas violentos, de una codicia insaciable, y disipador sin economía, lo que reunia violando todas las reglas de la prudencia y la justicia. Huberto de Bourg, que le gobernaba á su arbitrio, le hizo cometer yerros y mas yerros. El mayor, sin contradiccion, fué el de rehusar la execucion de las dos cartas. Era esto atacar á la nacion por lo mas vivo, lo que cada ingles preferia á la fortuna y la vida. El descontento y la rebelion no tardaron en manifestarse. Los barones tomaron las armas; Henrique, que no sabia ni conservar la paz, ni hacer la guerra, recibió la ley de sus vasallos. Estas desavenencias hubieran tenido mas funestas conseqüencias, si el príncipe Eduardo en quien se admiraba tanta prudencia y tanto valor, como en su padre imprudencia y cobardía, no se hubieran puesto al frente del exército. Todo volvió á su antiguo órden por su con-

ducta y su valor. Si la calma que habia restablecido fué aun turbada por algunas borrascas, la inconstancia y ligereza de Henrique fueron la causa; pues este príncipe no se hacia mas circunspecto y reflexîvo en lo último de sus dias: se le vió en la vejez ser lo que habia sido en el fervor de la juventud. Falleció en 1272, habiendo llegado á la edad de 65 años, de que habia reynado 55.

A su muerte Eduardo su hijo estaba en Palestina, en donde aumentaba con sus hazañas y una conducta llena de prudencia la reputacion de valor y sabiduría de que ya gozaba. Los barones de Inglaterra, cuyo amor y estimacion se habia conciliado, juraron sobre los altares serle fieles, y nombraron tres de ellos para gobernar el reyno en calidad de regentes hasta su vuelta. No tardó en satisfacer el deseo que tenian de verle. Esperaron gozar en su reynado las dulzuras de un gobierno dirigido por la justicia y la moderacion; y Eduardo hubiera sin duda llenado estas esperanzas á no haber ambicionado la gloria de ser conquistador. Pero la empresa que formó sobre la Escocia, de que queria hacerse reconocer por dueño, fué un orígen de guerras que le ocuparon toda su vida. Aunque casi siempre vencedor, y que la superioridad de sus talentos le sugeria arbitrios propios para salir con ventaja de los mas árduos lances, sus mas brillantes triunfos solo fueron desgracias para la Inglaterra, que agotó de gente y de dinero. Las dificultades que por muerte de Alexandro III. se suscitaron sobre la sucesion al trono de la Escocia, ocasionaron estas funestas discordias. Dos pretendientes, cuyos derechos tenian un orígen mismo, reclamaban esta sucesion, de que Eduardo, que disfrazaba sus designios con las apariencias de la imparcialidad, habia resuelto apoderarse. Los dos rivales eran Juan de Bailleul, y Roberto de Brus, ambos sobrinos maternos de David, rey de Escocia, cuyo nieto Alexandro III. no habia dexado hijos establecidos en el reyno. La neutralidad que afectaba Eduardo, y los deseos que mostraba de ver calmar las divisiones de Escocia le hicieron elegir por Juez de esta diferencia. Qué gloria el monarca ingles no hubiera adquirido si se hubiese contentado con el honorífico oficio de mediador entre dos competidores, y si lisonjeándose mas de ser el oráculo de las naciones, que de ser su espanto, hubiese preferido al que le pareciese mas ca-

de gobernar á los hombres? quántas lágrimas y quánta sangre no habria excusado á los dos reynos de Inglaterra y Escocia?

La conducta que despues tuvo este príncipe ha hecho creer que solo prefirió á Juan Bailleul, á Roberto de Brus, porque el carácter firme y el talento militar de este último le hacian capaz de oponerse á sus proyectos. La ambicion que habia engendrado en el corazon de Eduardo, el deseo de invadir los dominios de un aliado, confiado en su buena fe, le hicieron injusto y cruel, despues de pérfido. Cinco expediciones emprendidas para someter la Escocia, y despojarla de sus privilegios, muchas sangrientas batallas, sitios de plazas y de fortalezas, seguidos del pillage de las casas y de la mortandad de los ciudadanos, una infinidad de combates de menor entidad que acciones generales, y tantos asesinatos y suplicios dispuestos para hacer morir como delinqüentes á bravos guerreros que no tenian otro crímen que el de servir á su patria; en fin, todas las violencias y atrocidades que el odio nacional acostumbra producir, son las cosas que las historias de Inglaterra y Escocia nos representan en el reynado de Eduardo. Este príncipe no pudo aun llegar al cumplimiento de su designio, y los escoceses no se habian sujetado á su yugo quando murió en 1307, de edad de 68 años, de los que habia reynado 34. Fuera de lo que acabamos de decir se le notan aun otros defectos; y son, haber recurrido al pontífice romano para obtener dispensa de los solemnes empeños que habia voluntariamente contraido sobre la observancia de la gran carta; accion indigna de un rey, cuya simple palabra debe ser inviolable y sagrada. Se llama á este príncipe Eduardo I., contando desde Guillermo el conquistador, y IV., contando con los de su mismo nombre ántes de la conquista.

Los últimos años del siglo XII. habian visto al trono frances ocupado por el mas grande príncipe que la cuna habia llamado al cetro, despues que habia pasado á la casa de los Capetos. Felipe II., por sobrenombre Augusto, á causa de su carácter sublime y de sus bellas acciones, era, ya habia muchos años, la admiracion de la Europa y el ídolo de su pueblo. La fama de valor y de prudencia, que habia merecido por sus proezas en la guerra de Ultramar, no se habia desmentido quando tomó las ar-

mas para mantener los derechos de su corona, ó para humillar el orgullo de sus vasallos. Tan hábil político como gran soldado, se aplicó tanto á los negocios del Estado y al por menor de la administracion, como á las expediciones militares. La autoridad real se hizo en su reynado mas firme y respetable que nunca, porque supo sostener con vigor sus derechos, y castigar severamente á qualquiera que osase no reconocerle. París se extendió y decoró por sus cuidados; hizo empedrar las calles, y aumentar su recinto. Las otras grandes ciudades de sus dominios fueron igualmente adornadas y reparadas de su órden. Se estableció una policía mas exâcta, y los caminos reales mejor cuidados, quedaron libres de los ladrones que los infestaban. Los pueblos vecinos y los príncipes rivales de la Francia no hicieron tentativas contra ella sin tener que arrepentirse. Tales fueron entre otros Ricardo I., Juan Sin-Tierra, y Henrique III., reyes de Inglaterra; Guido de Touars, duque de Bretaña, y mas que todos el emperador Oton IV., y su aliado Fernando, conde de Flandes, á quienes derrotó en la célebre batalla de Bovina en 1214, con un exército dos tercios ménos que el de ellos. En memoria de aquel glorioso triunfo fundó Felipe la abadía de la Victoria cerca de Senlis.

Otro suceso de su reynado aun mas importante que una victoria es aquella célebre sentencia de la corte de los Pares, que reunió para siempre á la corona la Normandía y la mayor parte de los demas feudos que los reyes de Inglaterra poseian en Francia. Artus, hijo de Godofre, hermano mayor de Juan Sin-Tierra, debia, como dexamos dicho, subir al trono de la Inglaterra por muerte del rey Ricardo I., que habia fallecido sin hijos. Despojado por su tio, recurrió á Felipe Augusto, soberano del uno y del otro. Este príncipe le prometió su apoyo en una causa en que la justicia necesitaba el auxîlio de la fuerza. Con este socorro comenzó Artus la guerra; pero su imprudencia le conduxo á manos de su enemigo, que olvidando la humanidad y todos los sentimientos, le apuñaló por sí mismo, habiéndose negado á hacerlo todos aquellos que habia buscado para este crímen. Una atrocidad tan espantosa horrorizó á todo el mundo; perteneciendo á Felipe, como soberano del delinqüente, juzgarle y castigarle Juan Sin-Tierra fué, pues, citado á la corte de los P-

y rehusando comparecer, probado su crímen, se le declaró por parricida, por falso y por traidor, confiscándose todos sus dominios de Francia á favor del rey su señor, segun las leyes feudales. Un exército dió valor á esta sentencia, y procuró su execucion. Así la Normandía volvió á entrar en la obediencia de los reyes de Francia, despues de haber estado cerca de 300 años baxo un dominio extrangero. La Turena, el Anjou, el Maine, el Poiteu, y parte del Berri tuvieron la misma suerte, quedando solo la Guiena en poder de los ingleses. Felipe hubiera podido confiscar tambien esta provincia; pero los disturbios del Langüedoc, ocasionados por la heregía de los albigenses y por la cruzada, le hicieron juzgar, sin duda, que no era buena sazon, y que era preciso aguardar mas favorables circunstancias. La Francia perdió á este príncipe en 1223. Su reynado, uno de los mas bellos que se hallan en nuestra historia, habia sido de 43 años.

El de Luis VIII., su hijo y sucesor, solo duró 3 años. Este príncipe, que tenia valor y designios justos en materias de gobierno, intentó dar la última mano á la to-l reunion de las tierras poseidas como feudos por los ingleses, y lo hubiera logrado en poco tiempo, segun el elo con que los principales señores y toda la nacion se roponian auxîliarle. Pero el papa Honorio III. le exhortó tan vivamente á volver sus armas contra los albigenses, que las opiniones del tiempo se prefirieron al verdadero interes del Estado. Dos motivos le determinaron á prestarse á los deseos del pontífice: el primero, una contribucion extraordinaria sobre el clero, que Roma le concedió; el segundo es el traspaso y concesion que le confirmó de todas las conquistas hechas por los cruzados al conde de Tolosa. Apénas este príncipe se hubo empeñado en aquella guerra, quando murió en 1226; unos dicen que en el sitio de Aviñon, que habia emprendido á solicitud del papa; y otros, que algunos meses despues de la toma de esta ciudad. Su reputacion en las armas hubiera igualado, y tal vez excedido, á la de su padre, á haber vivido mas tiempo. El sobrenombre de Leon, que se le ha dado, caracteriza su valor y su intrepidez en los combates.

El reynado de Luis IX., que llenó con gloria mas de la mitad de este siglo, es el mas bello de que se hace men-n en la historia de todos los pueblos del mundo aun los

que nó miran el amor de la religion y la piedad como virtudes necesarias á los soberanos, convienen en que este santo rey es el mas perfecto modelo que se puede proponer á los príncipes que desean gobernar por las reglas de la justicia y de la razon. Tenia solo 12 años quando sucedió á Luis VIII. su padre. En una edad tan tierna ya mostraba el carácter sólido y justo, el alma recta y pura, la prudencia, la moderacion, el horror á los vicios, y las demas calidades eminentes, cuyo conjunto le hizo en lo sucesivo el hombre mas grande de su tiempo. Debió en parte estas raras prendas á la excelente educacion que la reyna Doña Blanca de Castilla, su madre, le habia dado. Jamas sufrió que su hijo se alejase de su vista, ni ménos estuviese un instante en otras manos, miéntras necesitó de su vigilancia y sus cuidados. Temia el contagio de aquellas almas viles y mercenarias que solo rodean á los jóvenes príncipes para corromperlos temprano, y dominarlos algun dia por los vicios que les han inspirado.

El difunto rey habia nombrado á Blanca de Castilla, su esposa, por tutora del jóven monarca, y regente del reyno durante su minoridad. Un príncipe aun muy jóven, y el gobierno de una muger, cuya capacidad aun no conocian, parecieron á los ánimos inquietos y malcontentos circunstancias oportunas para sacudir un yugo que llevaban con impaciencia. La mayor parte de los grandes se ligaron con la mira de obligar á la regente con sus armas y artificios á concederles lo que cada uno queria obtener. Estos eran los condes de Bolonia, de la Marca, de Dreux, de Champaña, y el duque de Bretaña. El Conde de Champaña Tibaldo IV., tan conocido por su talento poético, era el mas temible, como el mas hábil y poderoso. Pero su inconstancia, junto con la pasion que habia concebido á la reyna Madre, le hicieron mas fácil de ganar, que hubiera sido de reducir. La regente sin condescender con su inclinacion, supo aprovecharse de ésta hábilmente para ligarle á los intereses de su hijo. Blanca se conduxo con tanta prudencia, que desconcertó todos los proyectos de los demas rebeldes, y el jóven rey la auxîlió tan bien con su valor, que se vieron en la necesidad de implorar sucesivamente su clemencia, despues de haber contribuido á establecer su reputacion con su derrota. Henrique III., rey de Inglaterra, que queria recobrar los estados de ...

su padre habia sido despojado en tiempo de Felipe Augusto, entró en la liga de los malcontentos de Francia; pero Luis le humilló de tal modo con las dos batallas que le ganó en Tailleburgo, en la ribera del Charente y cerca de Saintes, que se vió reducido á emplear la mediacion del papa para obtener la paz. Las condiciones que el vencedor le impuso aumentaron la gloria que habia tenido de vencerle, y le hicieron conocer la superioridad de Luis mejor que la victoria.

Respetado de sus enemigos, adorado de sus pueblos, y elegido por las naciones vecinas por árbitro de sus diferencias, se aplicó Luis en un todo al gobierno del estado. Se conoce baxo el nombre de *establecimientos de san Luis* la coleccion de leyes que su amor al bien público le habia dictado. Es una especie de código, en que unió á los suyos algunos reglamentos de sus antecesores. La policía interior, la administracion de justicia, la seguridad pública, la distincion de las diferentes clases del estado que componen la sociedad y la conservacion de la autoridad real son sus principales objetos. Zeloso, no por orgullo, sino por el amor del órden y de la autoridad de que jamas abusó, conoció igualmente su extension y sus límites, y nunca se mostró mas firme que quando fué menester reprimir á los que atacaban sus derechos. Su piedad, que le distinguió entre todos los monarcas, y su respeto á los ministros de la religion, no fueron obstáculo para que se opusiese con el mayor vigor á las empresas del poder eclesiástico, quando le creyó contrario al suyo, ó llevado fuera de sus límites. Para acabar de dar á conocer este gran príncipe añadiremos, que juntó al valor y á la fortaleza las luces del entendimiento, y al talento de gobernar una sencillez de carácter, un candor de alma y una inocencia de costumbres que se hubieran admirado en un religioso. Sensible á todos los males que afligen á la humanidad, fué tan liberal para aliviarlos, como industrioso en perpetuar los socorros que aseguraba á los súbditos que padecian. Ningun príncipe ha hecho tantos establecimientos útiles y permanentes en favor de los infelices. Este príncipe, dotado de todos los talentos y virtudes que forman los grandes reyes, murió segun habia vivido como héroe y como santo en las riveras de Africa adonde le habia conducido el zelo de propagar la fe. Hablaremos d

las dos cruzadas que emprendió en el artículo destinado á estas piadosas expediciones. Le perdieron sus vasallos en 1270, de edad de 55 años, de que habia reynado 44.

Felipe III., llamado el Atrevido, recogió los últimos suspiros del santo rey su padre, que al morir le dió reglas de conducta dignas de un sabio profundo. Conduxo su cuerpo á Francia, y le hizo los honores debidos á un príncipe tan justamente llorado. Heredó Felipe el valor y la piedad de su padre; su dulzura, su clemencia y su amor á la justicia templaron el sentimiento que los franceses acababan de tener. El sobrenombre que se le ha dado caracteriza la intrepidez de su valor, que parecia crecer en medio de los mayores riesgos. El suceso mas importante de su reynado es la reunion de los condados de Tolosa y de Poitiers, que volvieron á la corona por muerte de Alfonso, conde de Poitiers, hermano de la esposa de san Luis, hija única de Ramon VII. La del condado de Tolosa se verificó en conseqüencia de un tratado concluido en 1229 entre san Luis y Raymundo, en el qual se estipuló; y la del Poitiers en virtud de la ley de las legítimas de los segundos que empezaba entónces á conocerse, y que se hizo mas constante en lo sucesivo á proporcion que los principios de la buena política se iban propagando. Felipe, lleno de respeto á la memoria de su padre, miró como obligacion conservar y aun aumentar los buenos establecimientos que habia hecho. No le imitó ménos en su fortaleza en mantener los derechos de la potestad real. No necesitó sino un solo exemplo de severidad para contener á los vasallos principales en su deber. Rogerio Bernardo, conde de Foix, fué en quien se verificó. Habia éste exîgido á fuerza de armas el homenage de un señor, cuyo feudo procedia del condado de Tolosa, homenage solo debido al rey despues de la reunion. Felipe, que preveia las peligrosas resultas de semejante atentado, sitió al rebelde en su castillo, le prendió, y le tuvo en prision cargado de cadenas por todo un año. El temor de un castigo semejante impidió á los demas señores emprender cosa alguna, por la qual pudiesen merecerlo. Se hace subir á su reynado el orígen de los ennoblecimientos en Francia, y el del derecho de la feliz elevacion al trono. Felipe habia llevado la guerra al Rossellon y á Cataluña contra Pedro III., rey de Aragon, uno de los principales autores de aquella

horrible mortandad de los franceses del reyno de Sicilia, tan conocida con el nombre de vísperas sicilianas, y sus armas hacian allí grandes progresos, quando murió en 1285 de edad de 40 años y algunos meses, habiendo durado su reynado poco mas de 15 años.

Reservamos para el siglo siguiente el reynado de Felipe el Hermoso, y sus diferencias con el papa Bonifacio VIII., que se manifestaron en aquella época.

Ya hemos visto la España dividida entre varios soberanos, tanto christianos como árabes, siempre despedazada por guerras de política ó de religion. Las divisiones de los príncipes entre sí, y los zelos de las naciones españolas, que se miraban como rivales, porque cada una formaba un pequeño estado, que tenia su rey y sus límites, hacian nacer intereses y pretensiones, que solo se reglaban con las armas. Tal era el estado en el siglo XIII de las pequeñas monarquías christianas, que comprehendian diferentes porciones de mas ó ménos extension de este continente, desde los Pirineos hasta el mar, y hasta la embocadura del Tajo; pues Portugal se habia erigido en reyno, como hemos dicho en la época de su formacion. Los diferentes tronos de Castilla, de Leon, de Aragon y Navarra estaban ocupados por familias que se miraban con zelos, y que envidiaban recíprocamente sus dominios. Sin embargo, estas familias reales, aunque divididas por la rivalidad de grandeza é intereses, se unian por casamientos, y por este medio se comunicaban sus títulos y derechos. La paz y la union debian ser el fruto de estas alianzas, y los vínculos de la sangre dan nueva fuerza al interes comun; de ahí debia resultar una especie de consideracion, cuya autoridad se volviese solo contra el comun enemigo, que por tal debian conocer al mahometano: pero se vió todo lo contrario. Los príncipes y princesas de España pasando de una casa á otra por matrimonios que de ordinario hacia contraer el deseo de engrandecerse, llevaban á ellas sus derechos, y adquirian otros que venian á ser un manantial inagotable de pretensiones y de discordias. Las genealogías se hacian confusas y embarazadas. Las ramas de una familia extendiéndose á otras nuevas, perdian freqüentemente de vista el punto de union en el orígen; y quando una sucesion se interrumpia, se presentaba un número tan grande de pretendientes, que jamas se podian exâminar pa-

cíficamente sus títulos. La justicia y las leyes no ofreciendo medio alguno para terminar las diferencias, se decidian por las armas. Sucedia tambien de ordinario que en estas ocurrencias la rama mas poderosa sufocaba las otras, y que la guerra que pocas veces dexaba de encenderse con este objeto, ocasionaba la total ruina de los mas débiles. Así las disensiones casi continuas de los príncipes christianos fueron las que salvaron á los musulmanes de España, y sirvieron de barrera á su poder.

Por otra parte las guerras intestinas, que no reynaban con ménos furor entre los sarracenos de estas regiones, fueron muy útiles á los reyes christianos, y les dieron lugar á consolidarse. Despues de la destruccion de los almohades y de la caida de su imperio, la parte de España que habian dominado fué despedazada de guerras civiles, cuyo término debia ser muy funesto. Si los reyes de Castilla y Aragon unidos con sus vecinos hubieran conservado la armonía, les habria sido muy fácil arrojar en poco tiempo aquellos infieles. No era menester mas que ligarse entre sí, y abandonar sus designios particulares, mantener un exército á expensas de todos, que solo tuviese por objeto atacar y perseguir los pequeños príncipes, cuya potencia se habia elevado sobre las ruinas de los almohades. Es de admirar que los papas, tan atentos á extender su dominacion, y que entónces hacian en la Europa quanto querian, no hayan intentado abolir el culto de Mahoma, que debian aborrecer como pontífices, y como cabezas de la república christiana. Hubiera sido suficiente señalar una cruzada para esta empresa; una expedicion semejante era mas fácil de concertar que las ultramarinas, y ciertamente sus conseqüencias hubieran sido mas felices. Es bien de extrañar que un proyecto tan conforme á los designios de los que ocuparon la santa sede durante este siglo, y tan análogo al actual modo de pensar, ninguno de ellos lo hubiese concebido. Se añade que no es ménos dificil de comprehender que los monarcas de la España christiana no lo hubiesen formado. Todo debia inspirarles este pensamiento, principalmente lo que se hacia en Languedoc contra los albigenses, tanto mas, quanto algunos de ellos tomaron parte en estas cosas como aliados, ó como enemigos de los condes de Tolosa.

Se ha escrito que verosímilmente los príncipes chris-

tianos de España no quisiéron este perjudicial socorro, prefiriendo el destruir su patria por sí mismos y disputársela á los moros, que verla invadida de los cruzados. Nosotros no percibimos el fundamento de esta conjetura. ¿Efectivamente no se sabe que los papas gozaban entónces de una autoridad tan extendida y respetada en toda la christiandad, que todo lo arreglaban sus bulas? De ellos pendia, pues, absolutamente, publicando una cruzada contra los moros, tomar las medidas que juzgasen convenientes para asegurar la tranquilidad de los soberanos de España, y poner sus posesiones fuera de todo insulto. Podian tambien ceñirse á reunir todos estos príncipes, con el objeto de una guerra sagrada, sin llamar otras naciones. En uno y otro caso nada tenian que temer, y ciertamente les hubiera estado mejor librar su patria del yugo de los moros, que disputársela, como hacian con guerras interminables que los extenuaban sin fruto.

Sea lo que fuere, nadie ignora que este modo de acabar con el mahometismo en España fué tentado en 1213 por el papa Inocencio III. Publicó, pues, una cruzada contra los moros en toda la Europa christiana, dispensando las mismas indulgencias y los mismos privilegios que á las de Asia. Al principio se tomó esta expedicion con un ardor increible, y de todas partes vinieron á engrosar el exército, que se juntaba en las cercanías de Toledo; pero aquel fuego se disipó poco á poco. Las enfermedades ocasionadas de la destemplanza del ayre y del calor excesivo hicieron muchos estragos en las tropas extrangeras, no acostumbradas á este clima. Disgustada la mayor parte de una empresa, cuyas dificultades los aterraban, volvieron á pasar los montes de suerte que quedaron muy pocos. Alfonso IX., rey de Castilla y de Leon, mandaba la expedicion; los reyes de Aragon y de Navarra le proveyeron, segun su promesa, quantos soldados pudieron. Pero el exército christiano era bien inferior al del miramamolin, que llevaba tras de sí 80000 caballos y una infantería innumerable. A pesar de esta desproporcion fueron abatidos los sarracenos, y su pérdida segun el testimonio del rey de Castilla, haciendo relacion al papa de aquella accion memorable, se acercó á 200000 hombres, al paso que sólo murieron 25 christianos. Pero esta victoria que se mira como un prodigio, no tuvo otras conse-

qüencias, y esta cruzada fué tan infructuosa como las de Oriente. Luego no consistió en no haber excitado á los príncipes christianos á la expulsion de los sarracenos haberse aun mantenido su potencia por algunos siglos en este continente; pende de que su ruina no pudo verificarse, sino por un concurso de circunstancias, que la constitucion política de la España y el genio de sus pueblos no permitia en el tiempo de que hablamos.

Fernando III., rey de Castilla y de Leon, cuyo nombre ha consagrado la religion en sus fastos, trabajó con mas eficacia que todos los príncipes de su tiempo en estrechar los límites de la dominacion musulmana: adquirió sobre ellos grandes ventajas en diversos encuentros; les conquistó las opulentas ciudades de Sevilla y de Córdoba, y el pequeño reyno de Murcia, en donde los moros recogian la seda de que fabricaban sus mas bellas estofas. Alfonso X., su hijo y sucesor, el mismo á quien algunos señores alemanes eligieron emperador, por muerte de Conrado IV., conservó y aun aumentó estas conquistas. Los sarracenos no habian visto sobre el trono de España rey christiano, que sobre ellos tuviese un ascendiente tan notable, y ganase victorias tan continuadas. Este príncipe amó las ciencias tanto como la gloria; y les dedicó todos los instantes que no le llevaban los cuidados del gobierno, y las obligaciones de la corona. Su gusto por la filosofia y los progresos que en ella hizo, le merecieron el nombre de Sabio: las tablas astronómicas que hizo formar, y en que se asegura trabajó él mismo, son un monumento de su aplicacion al estudio del cielo.

Solo hemos hablado de paso de las cosas de Italia y del reyno de Sicilia; pero los sucesos de que aquella parte de la Europa fué el teatro, son demasiado importantes para omitirse. Todo lo concerniente á los papas lo trataremos en el artículo octavo, destinado solamente á este objeto. Por tanto nos ceñiremos aquí á observar únicamente lo que pasó en las dos partes del reyno de Sicilia, despues de la muerte del emperador Federico II.

Los reynos de Nápoles y Sicilia con sus dependencias habian pasado á la casa de Suavia, por el casamiento de Constanza, hija de Rogerio II., llamado el Jóven, heredero de aquellos estados, con Henrique VI. Era Constanza la última rama de la familia real de los príncipes

normandos, que habian conquistado con su valor la Sicilia en el décimo siglo. La casa de Suavia se hacia la mas poderosa de Europa por una adquisicion tan importante. Pero se aproxîmaba el tiempo de su caida; y el aumento de grandeza que le proporcionó la corona de Sicilia fué la principal causa. Féderico II., hijo y sucesor de Henrique VI., despues de haber tenido por tutor al papa Inocencio III., solo halló adversarios en todos los pontífices que ocuparon la silla despues de él. Este príncipe, soberano de los papas como emperador, y vasallo como rey de Sicilia, por mas hábil que era, no pudo conciliar los derechos de la soberanía con las obligaciones humildes del vasallage; en efecto, esto era dificil en una infinidad de circunstancias, en que la magestad de la cabeza del imperio debia hacer desaparecer la dependencia de príncipe sometido al homenage y al tributo, en tanto que los pontífices querian ver á sus pies los feudatarios de la iglesia de Roma. Nacieron de ahí pretensiones recíprocas, que se sostuvieron con empresas en que no siempre sirvió de regla la justicia. Federico, á pesar de su talento y de su poder, fué la víctima de estas funestas disensiones; murió excomulgado, dexando á Conrado IV. su hijo una fatal guerra que continuar, y todos los efectos de la autoridad pontificia que temer. Tenia este príncipe talento militar y tropas aguerridas; ganó victorias, aunque los anatemas fulminados contra su padre recayeron sobre él. Pero vivió demasiado poco, y Corandino su hijo solo era un niño fiado al cuidado de un tutor ambicioso, y ya sospechoso de dos parricidios.

Este tutor, encargado de conservar los derechos del jóven príncipe, sobre quien se fundaban todas las esperanzas de la casa de Suavia, era Manfredo, hijo del emperador Federico II. Defendió el patrimonio de su pupilo; de suerte que persuadia trabajaba para sí mismo; era valeroso, activo, experimentado en el arte de la guerra; y los tesoros de su padre que halló en Lucera, hoy Nocera, en el reyno de Nápoles, le pusieron en estado de resistir al papa y á los enemigos que le suscitó: tuvo siempre ventajas, porque era mas hábil que los generales que se le oponian, y tenia mejores tropas; pero estaba excomulgado como enemigo de la Iglesia, y declarado rebelde como vasallo contra su señor. Le era imposible cumpli-

sus designios en tanto que tuviese esta doble proscripcion; lo conoció, y pidió la paz, pero no la pudo obtener. Se habia jurado la total pérdida de la casa de Suavia. Quatro papas habian sucesivamente negociado con la Francia y la Inglaterra para hallar un príncipe que quisiese ser ministro de su venganza, recibiendo de sus manos la corona de Sicilia. Cárlos, conde de Anjou y de Provenza, hermano de san Luis, la aceptó. Pasó despues á Italia con un exército, y buscó á Manfredo, quien no le negó la cara. Una batalla sangrienta que los dos rivales se dieron en las llanuras de Benevento decidió el trono que entre sí se disputaban. Manfredo fué muerto, y Cárlos quedó vencedor, pero usó mal de su victoria; y en lugar de ganar con la dulzura y la clemencia la inclinacion de sus nuevos vasallos, los enagenó con los castigos que exerció con los que se sospechaba ser adictos á Corandino.

Este jóven príncipe, digno por su valor de su sangre ilustre, no pudo ver su patrimonio disipado por un extrangero, sin hacer quanto le permitian su edad y sus fuerzas para recobrarle. Juntó un exército, y pasó á Italia con Federico, duque de Austria, su pariente. La faccion de los gibelinos enemiga del papa, y de consiguiente de Cárlos de Anjou, se declaró por él. Lo recibió en Roma, y le hizo grandes honores. Desde allí se puso en marcha para entrar en la Pulla, y Cárlos se avanzó para detenerle. Se encontraron cerca del lago Celano el 22 de Agosto de 1268, y se batieron al dia siguiente con igual furor y encarnizamiento. El exército de Corandino fué derrotado; y este príncipe, acompañado del duque Federico, precisado á disfrazarse de paisano para libertarse del vencedor. Iban á burlar las pesquisas que se hacian de ellos, quando fueron descubiertos y arrestados. Cárlos tan cruel en la venganza, como dulce y moderado su hermano san Luis, deshonró su victoria entregando al suplicio á todos los partidarios de su enemigo, que tuvieron la desgracia de caer en sus manos. Preparaba tambien los mas bárbaros tratamientos á los dos prisioneros, de quien hubiera debido llorar la suerte y admirar el valor. Jueces dignos de ser ministros de un tirano los hallaron delinqüentes, y aquellos jóvenes príncipes, que se habian portado como heroes el dia de la batalla, perecieron en un cadahalso

á los ojos de Cárlos, que quiso disfrutar de tan horrible espectáculo.

Pero la sangre de las víctimas que Cárlos habia inmolado á su venganza no tardó en ser vengada. Los sicilianos gemian baxo el peso de los impuestos con que los oprimian, y la dureza de los recaudadores se añadia á la comun miseria. Por otra parte las mugeres y doncellas de todos estados estaban continuamente expuestas á la insolencia de los oficiales y soldados franceses, vexacion mas violenta para una nacion en extremo zelosa, que la carga misma de los impuestos. En vano se quejaban, pues se desdeñaban de escucharlos, y todas las violencias quedaban impunes. Llegados al extremo y reducidos á la desesperacion, meditaban los medios de romper el yugo, y destruir á sus opresores. Los deseos de la venganza eran unos en todos los corazones. Rompió, pues, el dia despues de Pascua 30 de Marzo de 1282, al mismo tiempo que las campanas tocaban á los oficios de vísperas. Se arrojaron sobre todos los franceses, y los degollaron sin piedad. La ciudad de Palermo fué el primer teatro de esta horrible mortandad, y el furor se comunicó á las demas, en donde se cometieron las mismas crueldades; y esto es lo que se llama *las vísperas sicilianas*. Pretenden algunos que esta horrible conspiracion habia sido dispuesta de antemano, y concertada entre los próceres de la nacion, Pedro III. rey de Aragon, y el emperador griego Juan Paleologo; y que el secreto aunque habia sido preciso confiarlo á una infinidad de personas, se observó con una fidelidad sin exemplo. Otros dicen que una súbita conmocion del pueblo de Palermo, suscitada por los gritos de una muger ultrajada por un soldado, habia producido repentinamente este espantoso acaecimiento.

Miéntras estas escenas llenaban la Sicilia de sangre y mortandad, varias ciudades de Italia se hacian repúblicas á exemplo de Genova y Venecia. Veíase que estas dos famosas ciudades se habian hecho poderosas con el comercio y la independencia; querian participar de la estimacion que ellas se habian adquirido, y sacar la abundancia en los mismos manantiales; las circunstancias eran favorables á este proyecto. Las facciones de los güelfos y gibelinos despedazando el seno de la Italia, habian difundido el espíritu de independencia, y los cruzados por su traf

con los venecianos y genoveses, habian hecho conocer que las simples ciudades pueden igualarse á otras potencias por la industria, madre de las riquezas. Por tanto Bolonia, Pisa y Florencia sacudieron el yugo de los emperadores, durante las querellas que armaron á estos príncipes y á los papas unos contra otros. Se les trató al principio de rebeldes; pero viéndolas en estado de conservar la libertad que tanto amaban, se les vendió por sacar á lo ménos alguna ventaja de lo que ya no se podia evitar.

Ya se habia formado en Alemania en el reynado de Federico II. una compañía de ciudades unidas para la seguridad de su comercio. Comenzó por las de Hamburgo y Lubec, á las quales se juntaron otras muchas en lo sucesivo. Se les llamó ciudades anseáticas de una voz alemana, que significa ciudad marítima. Se refiere al año de 1245 el orígen de esta confederacion, hoy solo reducida á Brema, Danzick con Lubec y Hamburgo, á las quales debe su principio.

ARTICULO IV.

Ultimas cruzadas emprendidas para la conquista de la tierra santa.

Ya hemos visto que la quinta cruzada, destinada al socorro de los christianos de Siria y Palestina, se habia terminado con la conquista pasagera de Constantinopla. Pero en el exército empleado en esta expedicion no estaban todos los que se habian cruzado por las exhortaciones patéticas de Fulques, cura de Neully, cerca de París, de quien el papa Inocencio III. echó mano en esta ocasion, como sus predecesores habian hecho con san Bernardo para una empresa semejante. Todos los que se habian embarcado en Marsella, y otros que habian partido de Génova y Venecia para pasar al Asia, formaban dos cuerpos numerosos. Se unieron con Aimerico Lusiñan, rey de Jerusalen, para marchar contra los mahometanos. Pero dos plagas igualmente formidables arruinaron en poco tiempo aquellos numerosos enxambres de europeos, sin que hubiesen sido de algun provecho á los christianos que iban á socorrer, ni á la religion que querian vengar. Estas dos plagas fueron la peste y la discordia. Hizo la primera tanto

estrago en los cruzados, que pereció la mayor parte; la segunda aun mas funesta armó á los christianos unos contra otros, y los pocos que escaparon del fuego de aquella division, fueron fácilmente destruidos quando los musulmanes, baxo la conducta de Daher, sultan de Alepo, é hijo de Saladino, se avanzaron para acabar con estos infelices residuos.

El rey Aimerico de Lusiñan, mas conocido con el nombre de Amauricio II., murió miéntras esto pasaba sin dexar hijos de Isabel, hija de Amauricio I.; pero esta princesa habia tenido una hija llamada María, de su segundo matrimonio con Conrado, marques de Monferrato, que era la única heredera del reyno de Jerusalen. Los señores no pudiendo concordar sobre elegirle esposo á quien comunicase esta princesa sus derechos, se convinieron en remitir la decision á Felipe, augusto rey de Francia. Entre todos los barones franceses que podian aspirar al honor de dar su mano á una princesa, cuyo dote se reducia á unos derechos que era preciso sostener con las armas, Juan de Brienna, conde de la Marca, fué preferido por el rey Felipe, como el mas capaz por su valor y prudencia de conservar á los latinos de Asia en las pocas posesiones que le quedaban.

No tardó el nuevo rey en transferirse al Asia para celebrar el matrimonio, y tomar posesion de sus estados. Era valeroso y experimentado, pero esto no era bastante; necesitaba ademas un buen exército, á fin de atacar con alguna esperanza de buen éxîto á los musulmanes, dueños de su capital, y las mejores plazas del pais.

Faltóle este recurso quando mas le era necesario, no pudiendo llevar consigo sino trescientos caballeros, y un pequeño cuerpo de cruzados, que el deseo de señalarse con las proezas habia determinado seguirle. Sin embargo de la debilidad de este socorro, no dexó de ganar algunas ventajas, y de tomar algunas fortalezas á los mahometanos. Sus divisiones y guerras intestinas le proporcionaron estas primeras victorias. Pero habiendo reconocido la debilidad de su enemigo, se reunieron para destruirle. Juan de Brienna se vió, pues, sitiado en Acre, plaza fuerte á la verdad, pero á cuyos muros y distrito se reducia entónces todo su reyno, y para mayor desgracia le abandonaron los pocos cruzados que le habian seguido. Des-

alentados estos por su poco número, y no pudiendo mantenerse contra los esfuerzos combinados de los exércitos musulmanes, volvieron á embarcarse, y á pasar á Europa.

Tal era el estado de las cosas, y la extremidad en que se hallaba Juan de Brienna, quando Inocencio III. congregó el quarto concilio de Letran en 1215. En él se determinó que se harian los mayores esfuerzos para recuperar la santa Ciudad, y que todos los príncipes christianos contribuyesen con sus socorros para esta expedicion. Los obispos tuvieron órden de predicar la nueva cruzada en sus diócesis por sí mismos y por los hombres mas eloqüentes, acordándose despues que una parte de las rentas eclesiásticas se aplicase á los gastos del armamento. A la voz de los pastores y de los predicadores zelosos que los auxîliaban, el entusiasmo se avivó por todas partes. Los soberanos, los prelados, los señores, los ciudadanos y las gentes del campo corrian en tropas á pedir la cruz. Toda la Europa se conmovió, y no se dudó que esta empresa mejor dirigida, y mas feliz que las otras, acabase totalmente con los sarracenos. Las imaginaciones estaban tan acaloradas, que innumerables enxambres de jóvenes de todas naciones se figuraron que Dios queria servirse de ellos para recobrar la santa Ciudad. Se juntaron con un zelo y resolucion de combatir á los musulmanes superior á su edad. Clérigos, sacerdotes y otras personas de edad mas provecta se pusieron á su frente. Marcharon gritando á una voz: *Jesus, dadnos vuestra santa Cruz.* Pero su suerte fué tan deplorable, como singular su ardor. Los que iban de Alemania, tomando diferentes caminos, murieron de miseria. Los de Francia llegaron parte á Marsella, pero fueron cruelmente engañados por dos malvados que se habian ofrecido á conducirlos gratuitamente á Palestina en sus navíos. Estos jóvenes desgraciados, contando sobre la buena fe de sus conductores, se embarcaron gustosos; pero fueron llevados á Egipto, y vendidos á los mismos sarracenos que querian expeler de los santos lugares.

El emperador Federico II. debia tomar el mando de los exércitos cruzados. Ya hemos visto las razones que le obligaron á diferirlo, y las pocas ventajas que los christianos de Siria sacaron de su expedicion, por un efecto de la mala inteligencia que reynaba entre aquel príncipe y

los pontífices de Roma. Andres, rey de Hungría, se puso en su lugar. A su arribo los cruzados de diversas naciones, que se habian puesto baxo sus órdenes, se pusieron en marcha para ir sin dilacion al encuentro de los musulmanes, y aprovecharse del terror que les habian inspirado. Estaban mandados por el famoso Coradino, general diestro, que no viéndose en estado de sostener el choque del exército christiano, se retiró á la otra parte del Jordan, á fin de que este rio le sirviese de antemural. No tuvieron por acertado el seguirle, pero se resolvió sitiar la fortaleza del Tabor. Era esta un castillo construido sobre el monte de este nombre, que dominaba todo el campo, é impedia se acercasen á Jerusalen. Para tomar aquel fuerte era preciso subir á la cumbre del monte, y arrojar las tropas que defendian la subida; empresa dificil y peligrosa. Pero los cruzados, animados del exemplo del rey de Jerusalen, y los señores que iban á su frente, vencieron todos los obstáculos. Habian ya llegado á lo alto del Tabor, y se preparaban á atacar la fortaleza quando percibieron un nuevo riesgo que ántes no habian imaginado. Acampado Coradino junto al Jordan, podia en poco tiempo acercarse al pie del monte, cercarlo por todas partes, interceptar los víveres á los christianos, y hacerles perecer sin desenvaynar la espada en un sitio en que no podian esperar socorro alguno. Era probable que el general sarraceno no dexase huir la ocasion de destruir á su enemigo: entendia demasiado la guerra para no aprovecharse de esta ocasion. Este pensamiento que Bohemundo, conde de Trípoli, de inteligencia, segun se dice, con los infieles, apoyó vigorosamente, inspiró el temor y desaliento en todos los corazones. Se apresuraron á levantar el campo, despues de lo qual el exército, á quien las fatigas y enfermedades habian disminuido considerablemente, se separó en varios cuerpos demasiado débiles y mal disciplinados para emprender cosa de importancia, pasando á Europa uno tras de otro. Así vió el Asia la sexta vez hundirse y desaparecer á aquellos torrentes de christianos occidentales, que el entusiasmo y genio aventurero excitaba á pasar el mar para ganar gloria é indulgencias.

Se atribuye el mal exîto de esta cruzada á la tenacidad del legado, que sin experiencia ni capacidad en el

arte de la guerra, queria abrogarse el derecho de mandar las tropas, y arreglar á su arbitrio el plan de expediciones. La ciudad de Damietta, sobre un brazo del Nilo, conquistada por los cruzados despues de esfuerzos prodigiosos de valor y de constancia, la perdió en breve por su culpa. El sultan Meledino, hermano de Coradino, ofrecia por ella la verdadera cruz, la ciudad de Jerusalen, levantando sus muros, dando libertad á todos los cautivos christianos, y concluir una tregua de que pudiesen aprovecharse para restablecer el órden en las cosas del gobierno. El legado hizo desechar estas proposiciones que miraba como un artificio del príncipe musulman, á quien no suponia otra cosa que la de alejar los exércitos christianos, á fin de entregarse despues con mas libertad á la execucion de sus siniestros designios. Este prelado imperioso llamado Pelagio, portugues de nacion, obispo de Albano y cardenal, llevó sus pretensiones hasta disputar al rey de Jerusalen la propiedad de Damietta, porque aquella ciudad decia que era conquista de un exército reunido por órden del papa, quien se habia declarado su gefe. Esta disputa, y la altanería de Pelagio en toda su conducta, no podia dexar de tener las mas funestas conseqüencias. En efecto, habiendo sus consejos arrastrado los señores cruzados hasta el proyecto de llegar al Cairo, capital del Egipto, para sitiarla, no se pensó mas que en los preparativos para esta grande empresa. Meledino, que temía siempre que el poder musulmano no cayese baxo el peso de estos exércitos numerosos que la Europa no cesaba de enviar al Asia, reiteró las promesas pacíficas que habia ya hecho, añadiendo la proposicion de una tregua de treinta años. Nada era mas ventajoso; pero el legado se obstinó en su pensamiento. Meledino no pensó mas que en los medios de embarazar á los cruzados alucinados sobre sus verdaderos intereses, y recobrar á Damietta, Logró mas de lo que esperaba por la imprudencia de los generales, cuyos movimientos dirigia Pelagio. Llegaron á acampar en una llanura sobre el Nilo, á igual distancia del Cairo y de Damietta, de donde sacaban sus alimentos. Era esta la estacion de la anual inundacion del Nilo. Las aguas comenzaron á elevarse, y creciendo de dia en dia, inundaron en breve todo el campo. Las tropas que Meledino habia apostado entre el exército

christiano y Damietta, cortaron la comunicacion al mismo tiempo. Oprimidos por el riesgo de ser sumergidos, y por la falta de víveres, se vieron los cruzados en la necesidad de pedir la paz al sultan; pero no pudieron obtenerla sino á costa de Damietta, y sin las ventajas que ántes habian rehusado tan injustamente.

El santo rey Luis IX., cuyo amor á la religion era tan tierno y generoso, parecia muy penetrado de la situacion deplorable de los christianos de Levante. No podia considerar sin dolor que despues de derramarse tanta sangre, los lugares santificados por los misterios de la redencion estuviesen aun en poder de los infieles. Habiendo este príncipe caido enfermo, hizo voto de pasar á la tierra santa, que necesitaba mas que nunca de socorro. Quando estuvo fuera de riesgo, procuraron persuadirle que su voto no le obligaba, atendiendo á haberlo hecho en un estado en que la violencia de la enfermedad no le permitia conocer toda la extension y todas las conseqüencias de su empeño. Se le representó ademas, que la situacion de los negocios no permitia se ausentase del reyno. Pero solo respondió á estas representaciones renovando su voto. No obstante se pasaron dos años ántes que pudiese cumplirlo.

Habiéndose hecho todos los preparativos, partió Luis en el mes de Junio de 1248. Le acompañaban tres hermanos, y gran número de señores del mas alto nacimiento. La reyna Margarita de Provenza su esposa, princesa digna por la solidez de su caracter y sus virtudes de estar unida al mayor rey de su siglo, quiso tambien seguirle. La travesía fué felíz, y el desembarco se efectuó á pesar de un exército turco que estaba en órden de batalla en la ribera. En breve Damietta, defendida por las mejores tropas musulmanas, volvió á caer en poder de los cruzados que la habian conquistado dos veces. Principios tan favorables anunciaban una serie de triunfos, y se esperaba nada ménos que la total conquista del Egipto, á la qual se pensaba añadir fácilmente las de la Siria y Palestina, y todos los paises de que los sectarios de Mahometo habian echado al christianismo. Dos victorias que el santo rey ganó á los infieles cerca de Massoura aumentaron estas esperanzas. Pero esta ciudad fué el término de sus prosperidades. El fuego Gregeois consumió

las máquinas de guerra; las enfermedades desolaron el exército; las esquadras enemigas sorprehendieron una parte de las tropas, y el vencedor fué reducido bien presto á pedir la paz al vencido.

El rey les ofreció restituir á Damietta, y suspender las hostilidades, con tal que el sultan cuidase de los enfermos que no se pudiesen transportar, y que no inquietase los christianos de Palestina. El príncipe musulmano desechó estas proposiciones, y á pesar del quebranto del exército, ó en el que la falta de víveres y las enfermedades hacian horribles estragos, fué preciso resolverse á tentar la retirada á vista del enemigo. El santo rey se puso á la retaguardia para favorecer la marcha de sus tropas. Se hallaba enfermo, y tan débil, que apénas podia tenerse en pie. Los infieles que perseguian el exército christiano con escaramuzas, lograron en fin el cercarle. San Luis quedó prisionero, y casi todos los que le acompañaban. Se calcula en veinte mil hombres el número de los que en este fatal encuentro cayeron en manos de los sarracenos. San Luis los rescató casi todos mediante una suma de ochocientas mil monedas que prometió pagar al sultan. Unos valuan esta suma en cien mil marcos de plata, y otros solamente en quatrocientas mil libras de la actual moneda.

Despues de estos infaustos sucesos, la reyna Blanca de Castilla, que gobernaba el reyno en ausancia de su hijo, le exhortó á que se restituyese á Francia, en donde le llamaban las necesidades del estado. Pero él quiso pasar á Palestina para satisfacer su devocion visitando los santos lugares. Allí permaneció 4 años, que empleó, segun su carácter benéfico y generoso, en reparar las ciudades que quedaban á los christianos, y en rescatar los que los sarracenos habian cautivado en esta guerra y en las anteriores. Partió, en fin, pero resuelto á volver todavía y emprender otra expedicion en el momento que hubiese reparado las pérdidas que acababa de sufrir.

Esto no se verificó hasta el año de 1269, 13 años despues de su vuelta á Francia. Los reveses que habia experimentado en el Asia debian disgustarle para siempre de estas remotas guerras, que hasta entónces solo habian servido de despoblar y empobrecer la Europa. Pero esta vez no era la Palestina adonde san Luis dirigia sus pasos. Se ha pretendido que el rey de Tunez le habia comunicado

secretamente el designio que habia formado de abrazar la religion christiana, y que el exército católico debia pasar al Africa para proporcionar á aquel príncipe la ocasion de cumplir sus piadosos deseos. Se dixo ademas que Cárlos de Anjou, rey de Sicilia, habia empeñado á su hermano en llevar la guerra á aquellas partes, porque el rey de Tunez le rehusaba el tributo que pagaba á sus predecesores. Sea lo que fuere, Luis, seguido de un gran número de señores franceses, y de los príncipes, sus hijos, se transfirió á Aguas-Muertas, en donde debia embarcarse. El desembarco en las costas de Africa se hizo sin obstáculo. Luego que se executó, se apoderaron de un fuerte fabricado sobre las ruinas de la antigua Cartago, poniendo el campo sobre Tunez. Pero al cabo de algunas semanas, unas calenturas pestilentes, y una disenteria empezaron á destruir el exército. Este mal hizo rápidos progresos; el mismo rey enfermó de él, y su muerte, que fué inmediata, llenó de consternacion todos los ánimos. La ciudad de Tunez que estaba bloqueada no podia sostenerse mucho tiempo. Pero la pérdida que acababan de tener los franceses desvaneció todo proyecto de conquista, y solo se pensó en alejarse de unas playas que la muerte del mayor rey que habia tenido la Francia hacia odiosas. Esta es la última cruzada de las que tuvieron por objeto combatir á los musulmanes, destruidores del culto de Jesu-christo en las regiones en que mas habia florecido durante muchos años, y quitarles las conquistas que habian hecho á los christianos con la fuerza y la violencia.

Si algunas de estas pias expediciones merecian la bendicion del cielo, eran sin duda las que san Luis habia dirigido. Este príncipe solo las emprendió con designios puros, y de desinteres. Por otra parte sus virtudes tenian algo que de tal modo movia, que los mismos infieles lo experimentaron. Cuentan los historiadores de su tiempo, que el viejo de la montaña, príncipe de los asasinos ó batenios, habiendo oido hablar de su proyecto de pasar al Asia con un poderoso exército, envió dos vasallos suyos para asesinarle; pero que despues, sabiendo que era el monarca mas justo y religioso que habia en el mundo, le hizo advertir el riesgo que le amenazaba. Los mismos historiadores añaden que en efecto los dos asesinos fueron arrestados en Marsella, desde donde pensaban pasar á Francia para exe-

cutar su infame designio, y que san Luis los restituyó á su soberano cargados de dones. Esta conducta generosa de un bárbaro que hacia temblar á los soberanos del Asia en medio de su corte, da á conocer quán léjos se extendia la fama de este santo, y quánto se respetaba su persona.

ARTICULO V.

Reflexîones sobre las cruzadas, su influencia en los diferentes estados de la Europa, tanto con respecto á lo político, como á lo moral.

¿No faltaban los christianos de Europa á la justicia que debe regir á las naciones igualmente que á los particulares, armándose contra los sarracenos, que habian despojado á los emperadores de Oriente de sus mejores provincias, y corriendo en tropas de todas las regiones del Occidente á quitar á inhumanos conquistadores la ciudad de Jerusalen, cuna del christianismo, de la qual se habian apoderado con el hierro y la carnicería? ¿Los soberanos no salian de las reglas de la buena política, permitiendo aquellos armamentos de que no habia exemplo; aquellas emigraciones que duraron casi dos siglos, poniéndose ellos mismos al frente de aquellas expediciones lejanas, de que verosímilmente no debian recoger otro fruto que la despoblacion y empobrecimiento de sus estados? ¿Los papas, como cabezas de la religion, ministros de la paz, debian acaso excitar á los fieles á aquellas empresas sanguinarias, conducirlos con sus exhortaciones, y derramar sobre ellos los tesoros espirituales, para excitarlos con un pretexto de piedad á transferir la guerra al Asia?

Estas qüestiones ya se han propuesto desde algun tiempo por escritores franceses y otros autores, y entre el número de los que emprendieron resolverlas, hay pocos que hayan considerado quáles eran los tiempos, las circunstancias, las preocupaciones dominantes, y el espíritu del siglo en que nacieron las cruzadas. La mayor parte solo han consultado sus opiniones particulares, ó las ideas modernas, y solo han sacado sus respuestas de unas máxîmas incógnitas de los hombres, y siglos que han emprendido juzgar. Este proceder en una discusion, cuyo objeto es someter lo que se pasó en un tiempo de ignorancia y de

barbarie al tribunal de una razon perfeccionada, no debe producir sino conseqüencias falsas y arriesgadas. Los defensores de la sabia antigüedad quieren que para ponerse en estado de formar una justa idea de los escritores que produxo, y del mérito de sus obras, sea preciso transportarnos al siglo en que vivieron, estudiar los usos, el genio y las costumbres, y hacerse en algun modo contemporáneos de Pindaro y Homero, si se desean conocer sus bellezas y defectos. Esta regla es justa, y se sabe quántos juicios falsos y decisiones inexâctas se han publicado por no haberla seguido: pero si este principio es cierto en literatura, no lo es ménos en la moral y en la política. Querer decidir sobre la conducta de los príncipes y de las naciones, que el tiempo ha separado de nosotros con tan largos intervalos, y no tomar por regla de nuestros juicios sino los principios y las ideas modernas, es faltar á las leyes del raciocinio, y á las de la equidad. Para no caer en estos dos inconvenientes, al juzgar los pontífices, los soberanos y los pueblos sobre el proyecto y execucion de las cruzadas, y las cruzadas mismas, salgamos de nuestro siglo, apartémonos de las nociones y luces que no hubieramos adquirido si los hombres que nos han precedido no hubiesen incurrido en grandes faltas; imbuyámonos de las preocupaciones, y aun de los errores de aquellos remotos tiempos, y cerrando los ojos al estado actual de las cosas, coloquémonos en las circunstancias en que se hallaban nuestros mayores quando el entusiasmo de las cruzadas se inflamó de improviso en la Europa.

En primer lugar no se ignora que ántes de la primera cruzada, los príncipes christianos de Occidente, demasiado ocupados en su casa, ya en reprimir vasallos inquietos, ya en vengar las injurias personales, miraban el Oriente con una profunda indiferencia. Toda Europa estaba entónces en un estado de guerra habitual. Atacar y rebatir, meditar una empresa contra su enemigo, ó rehacerse de una derrota para combatir con mayor ventaja, era á lo que se ceñian las miras y el cuidado de qualquiera que poseia un reyno, un condado, dominios, ó un simple feudo. A no ser por la peregrinacion que la devocion hacia freqüente, se hubieran ignorado casi totalmente en nuestros climas los acaecimientos que hicieron al Asia mudar de aspecto, y el estado infeliz de la sociedad christiana en ul-

tramar. Toda la comunicacion que los pueblos de Occidente tenian con los de Levante se reducia á los viages de la tierra santa que la piedad hacia emprender. Desde la conquista de los árabes, se reunian en tropas, en estos largos viages, para defenderse contra las partidas armadas que estaban en los desfiladeros, ó recorrian las llanuras con el designio de atacar y robar á los peregrinos. Estos encuentros ocasionaban de tiempo en tiempo combates entre los devotos viageros y los mahometanos. Por este medio los christianos de Europa que iban á visitar los santos lugares, llenos por otra parte de las ideas guerreras con que habian sido educados, se acostumbraron por su propia seguridad á juntar los exercicios de las armas á los devotos con que les estaba mandado santificar su peregrinacion. En su camino y mansion se instruian de las revoluciones que turbaban el Oriente, de los progresos que cada dia hacian los musulmanes en aquellas regiones, de los infinitos males que causaban á los christianos de Asia, y de las pérdidas lastimosas que sufria de continuo el christianismo en los mismos parages que habian sido teatro de su gloria. A su regreso á Europa referian lo que habian oido; pintaban con los mas vivos colores los riesgos en que se habian visto, los ataques que habian tenido que rechazar espada en mano, la barbarie de los sarracenos, y la triste situacion de los católicos baxo unos tiranos tan destituidos de religion como de humanidad. Sus relaciones hacian verter lágrimas, se admiraba su valor, lloraban la suerte de los fieles expuestos á todo el odio de los musulmanes, y se representaban á aquellos crueles adversarios del christianismo como unos hombres tan feroces y tan sedientos de sangre, como los tigres y los leones que les disputaban los desiertos de donde habian salido. Pero no se pasaba mas adelante; y el pensamiento de levantar exércitos para quitar á los sarracenos lo que habian conquistado á los emperadores de Constontinopla á nadie se le ocurria.

Las impresiones de una piedad esteril hubieran sin duda sido las únicas señales de sensibilidad que habian dado los christianos de Occidente á sus hermanos tiranizados por los sectarios de Mahoma, si los emperadores griegos no hubiesen implorado su socorro contra aquellos vecinos formidables. En efecto, á pesar de las discordias que

entre ellos se suscitaban, y las revoluciones que á menudo les hacian mudar de gefes, adelantaban sus conquistas en Asia con una actividad que parecia crecer en lugar de disminuirse, extendiéndose á lo léjos. Desde el Eufrates hasta las costas del mar Jonio habian invadido las mas bellas provincias del imperio, sin contar el Egypto y los demas paises de que se habian hecho dueños desde la embocadura del Nilo hasta el Océano; y mas de una vez sus exércitos victoriosos habian hecho estremecerse á los sucesores de Constantino dentro de su capital. Debilitados con tantas pérdidas, y amenazados continuamente de experimentar aun otras, estos príncipes volvieron los ojos al Occidente, y á pesar de las preocupaciones que habian sembrado la desconfianza entre los griegos y latinos, esperaron que la Europa christiana no se negaria á defenderlos contra los destruidores de la religion que unos y otros profesaban.

No iban pues engañados. La Europa estaba llena de campeones siempre armados, de caballeros enemigos del reposo, que buscaban por todas partes ocasion de emplear su valor y de adquirir fama por medio de hazañas que pudiesen servir de exemplo. Así quando los embaxadores de Alexo Comneno se presentaron en el concilio do Urbano II. celebrado en Plasencia en 1095, la solicitud de que venian encargados á nombre de su soberano fué atendida del pontífice, prelados y grandes de un modo que debió satisfacerlos. Expusieron los progresos diarios de los mahometanos, no ménos enemigos de la fe católica que de los soberanos de Constantinopla; los males de toda especie con que de continuo oprimian á los christianos cuyos paises habian subyugado; y las necesidades del imperio, que se hallaba en vísperas de caer en poder de aquellos infieles con todos sus dominios; rogaron al papa emplease su mediacion con todos los reyes de Occidente, empeñándolos hiciesen liga contra los bárbaros que habian inundado el Asia en sangre christiana, y prometieron que el emperador uniria sus armas á las de los príncipes christianos para el recobro de la tierra santa y la total destruccion del mahometismo. Estas representaciones estaban apoyadas sobre motivos que movian tanto, y las promesas que las acompañaban eran tan ventajosas á la religion, que la cabeza de la Iglesia hubiera crei-

do faltar á su obligacion, rehusando al príncipe griego lo que justamente esperaba de su zelo y de su caridad.

Fuera de esto los christianos, dispersos por la Siria, la Palestina y el Asia menor, que gemian baxo el yugo de los musulmanes, atormentados y perseguidos con furor, vexados en sus personas, bienes y religion, escribian cartas patéticas á los soberanos pontífices, y hacian pasar á Europa relaciones persuasivas de sus humillaciones é infortunios. Se representaban en ellas sometidos á soberanos duros y caprichosos, embarazados en su culto, insultados sobre su fe, expuestos cada instante á perder sus propiedades y aun sus vidas baxo el menor pretexto, amenazados siempre de perecer ellos y sus familias por el hierro ó por el fuego; en una palabra viviendo como los primeros fieles en medio de las persecuciones. No veian otro alivio de sus males que la conmiseracion de los christianos de Occidente, cuyo zelo por la fe y heroico valor tenian fama en todo el universo. Los convidaban con sus sufrimientos y sus lágrimas á libertarlos de tan vergonzosa esclavitud, que los crueles usurpadores hacian cada dia mas insoportable.

Estas descripciones y quejas, ya tan interesantes adquirian mas fuerza por la imaginacion de los que las escuchaban; porque esta facultad del alma es mas fuerte en los pueblos indóciles y guerreros, como eran entónces todos los de nuestros paises, que entre las naciones contenidas por el freno de las leyes, y civilizadas por la sociedad. Se figuraban las iglesias saqueadas ó destruidas, el culto divino abandonado por falta de ministros ó libertad, las ciudades incendiadas, sus habitantes pasados á cuchillo, los hombres degollados á millares, las madres y sus hijas expuestas á la brutalidad del soldado. Creian ver la santa ciudad y todos los lugares honrados con la presencia del Salvador profanados por la impiedad de los musulmanes. Les parecia escuchar los gemidos de los infelices christianos entregados sin defensa á todo el furor de los sarracenos, y se pintaban con los mas negros colores aquellos destruidores del christianismo, que juntaban todo el enagenamiento de unos ciegos fanáticos á los derechos de la victoria, cuyos efectos son tan crueles entre las naciones bárbaras.

Ya el entusiasmo habia inflamado los ánimos quando

el papa Urbano II. propuso en el concilio de Clermont tenido en 1095 la asociacion santa, á la que se llamó cruzada. Algunos autores han asegurado (entre ellos el juicioso abate Fleury) que Urbano reuniendo todos los príncipes christianos con el proyecto de una comun empresa para la conquista de Jerusalen, habia intentado calmar las guerras particulares que desolaban toda la Europa, y cuyos progresos no habia podido cortar la tregua de Dios. Si en efecto esta fué su intencion, su memoria debe ser grata á los hombres, porque no hay duda que ofreciendo las cruzadas un nuevo objeto al espíritu guerrero que reynaba en todo el Occidente, volvieron contra los sarracenos las fuerzas que los christianos empleaban en destruirse. Tambien se ha dicho que por este medio procuraba poner la Italia y demas partes meridionales de la Europa á cubierto de las empresas que hubieran podido hacer los mahometanos de Africa y España impidiendo á los de Asia les enviasen socorros. Es evidente que si esta mira era uno de los motivos que inclinaron á las cruzadas, á su autor se le debe mirar como al mas hábil y prudente político de su siglo. Pues desde la institucion de la guerra santa, mengua de dia en dia la potencia musulmana establecida al mediodia de la Europa.

Sea lo que fuere de estas conjeturas que no carecen de fundamento, lo cierto es, que segun las ideas entónces dominantes, y que servian de regla á la conducta de los hombres, la cabeza de la Iglesia no podia dexar de favorecer la justa solicitud del emperador griego, los deseos de los christianos de Asia perseguidos de los mahometanos, y declararse gefe de una empresa cuyo objeto era restablecer la religion christiana en los paises de donde el eslamismo intolerante y sanguinario la habia arrojado. Quando se miraba á los sarracenos como usurpadores, y á los christianos que por fuerza habian sometido, como víctimas injustamente oprimidas, ¿es extraño que se resolviese rebatir á los unos y libertar á los otros, empleando para la execucion de este proyecto los mismos medios de que los primeros se habian servido para despojar y esclavizar á los segundos? ¿las armas no eran entónces como ahora la única via de que podian valerse las naciones para reprimir las injusticias que experimentaban, y vengar los ultrajes que recibian?

Considerando el asunto desde su orígen, esta guerra era verdaderamente la ocupacion de los emperadores de Oriente y de los christianos de Asia. Los pueblos de Occidente solo entraban en ella como auxîliares; y si en lo sucesivo se hizo privativa de ellos, fué una conseqüencia inevitable de las conquistas que hicieron á los infieles, y de los establecimientos que formaron en los paises de donde los expelieron. Aquella nueva patria, que se habia adquirido baxo un cielo extrangero á costa de tanta sangre, bien se necesitó defenderla contra un enemigo que estaba siempre alerta, y de que no podian estar seguros sino trabajando sin reposo en debilitarle. Por una conseqüencia igualmente necesaria de los acaecimientos de la guerra, los latinos establecidos en aquellos climas sufrieron pérdidas y desgracias, y para repararlas imploraron el socorro de sus hermanos de Europa; los quales animados siempre del mismo espíritu corrian de todas partes á la voz de los de Oriente que los llamaban. Así los exércitos siguieron unos á otros por un encadenamiento de sucesos y reveses dimanados necesariamente de la primera empresa. El honor y la religion se hermanaban para excitar el valor y el zelo de la fe, y dar nuevo vigor al amor de la gloria. Ademas miraban á Jerusalen y la Palestina como el patrimonio de todas las naciones christianas. De ahí aquel ardor tan vivo y obstinado de la nobleza y del pueblo, que ni las derrotas, ni el cautiverio, ni la peste y otros mil funestos accidentes, pudieron entibiar hasta despues de dos siglos de inútiles tentativas y continuas desgracias.

Los privilegios concedidos por el papa á aquella guerra sagrada no pudieron ménos de contribuir á perpetuar por tanto tiempo en Europa la primera impresion hecha y comunicada con tanta fuerza. La cruzada equivalia á todas las penitencias, y era un medio fácil de expiar todas las culpas cometidas. Fuera de estas ventajas bien considerables sin duda para hombres que vivian desde mucho tiempo en la licencia y los desórdenes inseparables de la profesion de las armas, las personas y bienes de los cruzados eran inviolables miéntras estaban en servicio, no podian ser executados por sus deudas; las excomuniones de la Iglesia aniquilaban á quantos osaban aprovecharse de su ausencia para causarles algun perjuicio; podian enagenar sus tierras sin permiso del señor feudal de quien depen-

dian; y si morian peleando contra los infieles, todo concurria á persuadirles que como soldados de Jesu-christo y defensores de la religion irian á participar de la felicidad de los santos en el cielo.

La política de los soberanos, que se valia de las ocasiones de reunir en su mano la autoridad de que tantos vasallos mas ó ménos poderosos los habian despojado, contribuyó á la duracion de las cruzadas. En efecto aquellos vasallos inquietos y siempre mal sometidos, que turbaban y llenaban de confusion los estados, que tomaban con freqüencia las armas contra sus soberanos, y que solo conocian superiores quando necesitaban ser socorridos, iban á conducir á paises distantes su ambicion y su espíritu turbulento, empleándose en las guerras santas. En tanto que estaban ocupados allende del mar, sus soberanos mas tranquilos tenian tiempo de reparar los abusos, hacer observar las leyes, y de volver sin sacar la espada á exercer sus derechos usurpados. De todo esto nace que casi en todos los tratados concluidos hácia aquella época entre los reyes y los vasallos, despues de guerras en que los últimos habian sido humillados, vemos que las principales condiciones impuestas á los vencidos son siempre el viage á la tierra santa y la guerra contra infieles por cierto número de años. El mayor interes de los príncipes era alejar los súbditos, cuya propension á la independencia era la causa ordinaria de todos los males que desolaban la patria.

La mayor parte de los historiadores y de los críticos atribuyen el mal éxîto de las cruzadas á la disolucion de los cruzados, á su muchedumbre, al desórden de aquellos inmensos exércitos, á la desunion entre los generales, y á la intemperie del clima en que tenian que combatir. Estas diferentes causas sin duda han contribuido mucho á la pronta destruccion de las tropas innumerables de europeos que pasaban á la Asia como para sorberla, y de que apénas quedaban algunos millares poco despues de su arribo. Pero no son las únicas; otras no ménos activas, no ménos funestas, han concurrido juntas ó separadas á producir el mismo efecto. Las principales son: 1.ª La perfidia de los griegos, que temiendo á los cruzados despues de llamarlos en su socorro, los extraviaron por falsos caminos, les negaron víveres, emponzoñaron los pozos de que á gran precio se surtian, y se ligaron con los sarracenos

para su destruccion. 2.ª La ignorancia de los paises en donde hacian la guerra en que apénas distinguian los caminos principales, ignorando totalmente aquel por menor de situaciones que una exâcta topografia debe poner á la vista de los generales, si quieren evitar extravios en las marchas, y aprovecharse de las de sus enemigos. 3.ª La necesidad de fiarse de guias ignorantes ó sobornadas que los engañaban muchas veces por falta de conocimiento, y aun muchas mas por traicion. Varias veces los cruzados fueron así conducidos ya por caminos desconocidos, ya por desiertos áridos, en donde no encontraban ni víveres, ni agua ni forrage, ya por desfiladeros en donde fueron despedazados por los árabes que se habian apoderado de las alturas. 4.ª Los defectos de los planes y convenciones de los gefes, cosa tan necesaria para fixar el órden de las operaciones militares y asegurar su éxîto. Marchaban y combatian á la ventura, y el valor mal dirigido, víctima de su confianza, iba casi siempre á caer en los lazos que le armaba el enemigo. 5.ª La falta de almacenes y repuestos para la subsistencia de las tropas; los pocos víveres que se embarcaban, se habian casi consumido quando llegaban á tierra, de modo, que en breve se hallaban reducidos á la mas horrible necesidad por la multitud innumerable que habia que sustentar, y la precaucion que tomaban los sarracenos de asolar los campos. 6.ª El sistema feudal que llevaron consigo los señores, no conociendo otra especie de gobierno, y sujetando sus conquistas á las costumbres actuales de la Europa. De ahí resultaron los mismos inconvenientes que hacian los pueblos de Occidente tan miserables y viciosos. Se vió nacer entre los barones latinos que se habian formado establecimientos de alguna entidad en el Asia la misma independencia, rivalidad, disensiones de orgullo y de venganza; en una palabra, los mismos principios de destruccion, cuyos funestos efectos experimentaban tanto tiempo habia la Francia y demas estados de la Europa. Reúnanse todas estas causas del mal suceso de los cruzados, hágase atencion á los nuevos grados de energía que adquirieron, combinándose segun las diversas circunstancias dimanadas de los acaecimientos, y no se extrañará que un número tan prodigioso de guerreros conducidos al Asia por la esperanza de las conquistas no hallasen sino su sepulcro.

Los que han considerado á los cruzados con tanto rigor, mas, como lo hemos dicho, por los sucesos infelices, que por los motivos respetables, ó á lo ménos especiosos, parecen mejor fundados quando censuran el abuso que se hizo en lo sucesivo. Al principio no teniendo estas lejanas expediciones otro objeto que la defensa de los christianos oprimidos de los infieles, y el recobro de los paises que habian sido cuna del christianismo, invadidos sus dueños legítimos por injustos despojadores, no presentaban cosa contraria á los principios de la religion y justicia natural. Pero quando se extendieron á los hereges, á los paganos del Norte de la Germania, y aun á los príncipes, que solo habian tomado las armas contra los papas, que por conservar sus derechos y autoridad despreciaban abiertamente las máxîmas de dulzura y humanidad que se enseñan en el Evangelio, debian inspirar tanta tibieza, quanto las primeras habian excitado de emulacion. Sin embargo vemos que las abrazaron sobre todo en Francia con el mismo entusiasmo que si se propusiesen sacar á Jerusalen del yugo de los musulmanes, y vengar la sangre christiana en el pueblo infiel que la habia derramado. Pero el ardor con que se tomó la cruzada en la guerra contra los albigenses, y en las que los papas sostuvieron con tanta obstinacion contra los príncipes de la casa de Suavia, tenia su orígen en las preocupaciones del tiempo. No se habia dudado fuese permitido atacar espada en mano á los sectarios de Mahoma, enemigos declarados del christianismo, y perseguidores desapiadados de los que le profesaban. Y no se dudó tampoco que la Iglesia tuviese derecho de exhortar á sus hijos á desenvaynar la espada contra los hereges rebeldes á sus leyes que atacaban sus misterios, insultaban á sus ministros, y destruian su culto. De esta persuasion, á la que hacia mirar como hombres odiosos, y no ménos culpables que los hereges á los príncipes que se armaban contra el papa, cabeza de la Iglesia, y á todos sus partidarios, solo habia un paso. Se dió sin escrúpulo, y sin sospechar que hubiese la menor diferencia entre todas estas guerras que parecian igualmente santas, porque igualmente tenian por motivo el zelo de la religion. Así los christianos de aquel tiempo lamentable, arrastrados de unos errores de que no podian excusarse, se degollaban mútuamente sin piedad, invocando el Dios de la paz, cuya cau-

Si las cruzadas degeneraron en abusos, si causaron verdaderos males por la execucion que se les dió, llevándolas mas allá de los justos límites, en lo qual nada nos asegura que el papa Urbano II. no tuviese intencion de contenerlas, ¿con quántas ventajas no se recompensaron estos males y abusos? Convendremos de buena gana en que los distintos bienes que han producido, nò se habian previsto ni aun sospechado por los que propusieron é hicieron adoptar el proyecto de estas piadosas expediciones; pero tampoco previeron las infinitas calamidades que debian traer, y los desastres que fueron causa de su funesta resulta. Unos y otros, como no se puede negar á vista de lo que hemos dicho, fueron conseqüencia de las circunstancias, y nacieron igualmente del estado que tenia la Europa en el tiempo de que hablamos. Se razonaria pues tan mal, apoyando la censura de las cruzadas sobre sus funestas resultas, como estableciendo su justificacion sobre las ventajas que de ellas se siguieron, habiendo todo acaecido contra las miras y prevision de los hombres.

Los buenos efectos de las cruzadas, y su influencia saludable sobre los diferentes estados de Europa, por lo tocante á la política y á las costumbres, no se han ocultado á los mismos que las criticaron con ménos moderacion. Por no extender demasiado este artículo ya prolixo, nos contentaremos con indicarlos concisamente. 1.º Las cruzadas de Oriente reprimieron á lo ménos por algun tiempo el poder musulman. Enervados con tantos combates necesitaron muchos exércitos para reparar sus pérdidas; y hasta haber hecho grandes esfuerzos para restablecer su dominacion en el estado de superioridad que tenian ántes de la guerra, no renovaron sus antiguos proyectos sobre la Europa. 2.º Abrieron una comunicacion mas libre y constante entre nuestras regiones y las de Oriente. Esto fué un principio de actividad para el comercio y la industria. Las ciudades comerciantes que dividian el imperio del mediterráneo, hallaron un incremento de riquezas y de poder, de suerte, que la plata de Europa, que habia ido á derramarse por el Asia, se le restituyó con usura por un efecto de circulacion. 3.º Libertaron poco á poco á la Francia y los demas estados de aquel tropel de pequeños tiranos, que baxo el nombre de condes, barones y castellanos se habian arrogado los derechos de soberanía por la ley del mas fuerte, y de

que no se servian sino para desdicha de la humanidad. Muchos perecieron allende el mar, y gran número de otros se vieron en la necesidad de enagenar sus dominios para subvenir á los gastos de varias empresas, en las quales se empeñaban; hubo algunos que tomaron la cruz mas de una vez, ya por inclinacion, ya por necesidad. 4.º Facilitaron á los soberanos los medios de restituir á su orígen una parte del poder de que se habia dexado despojar la debilidad de sus predecesores, y de reunir á la corona por distintas vias los dominios de que tantos súbditos avaros y poderosos se habian apoderado en el tiempo de anarquía. Entre aquel gran número de señores feudales que pasaron al Asia durante dos siglos, unos murieron sin herederos, en cuyo caso la ley hizo la reunion; otros vendieron sus tierras á sus soberanos, que así volvieron mediante sumas moderadas á gozar sus antiguas propiedades. 5.º Proporcionaban á los moradores de las ciudades y aldeas una ocasion de hacerse libres, comprando la libertad que le vendian los señores, á fin de procurarse los fondos de que necesitaban para presentarse con esplendor en los exércitos, porque la vanidad es de todos los siglos; y la locura de arruinarse por ostentar, no ha comenzado en nuestros dias. De este modo los pueblos adquirieron una exîstencia civil que hasta entónces no tenian, y los privilegios que obtuvieron en lo sucesivo, los hicieron contar entre los miembros esenciales de la sociedad. 6.º Establecieron una proporcion mas legal entre las distintas clases de ciudadanos de que se componen los cuerpos políticos. La nobleza se humilló por la diminucion de su poder y de sus riquezas, la magistratura dedicada únicamente al estudio de las leyes, para procurar su execucion, comenzó á formar una profesion distinguida, y los plebeyos ó ciudadanos, saliendo de la inercia y de la nada, entraron en la composicion de la sociedad por los derechos de ciudadanos, de que fueron puestos en posesion. 7.º Contribuyeron á dar á conocer los verdaderos principios de gobierno, que son la independencia del soberano, el respeto de las propiedades, el imperio de las leyes, la justa distribucion de los impuestos, y la imparcialidad de la justicia para con todos los ciudadanos. Las ideas del órden, y del bien público, se hicieron mas claras y comunes; procuraron útiles providencias, y facilitaron la abolicion de una multitud de abu

sos destructivos. 8.º Extendieron los conocimientos en las ciencias y artes, por la correspondencia que establecieron entre las naciones europeas y los pueblos de Oriente, y sobre-todo por los enlaces que obligaron á formar á los latinos con los griegos que habian conservado la elegancia y cultura, de que hasta entónces solo habia tenido el Occidente nociones imperfectas. No llevemos mas adelante esta numeracion. Lo que acabamos de exponer basta para convencer á todo hombre juicioso de que las cruzadas han influido favorablemente en la Europa, ya respecto del órden político, ya del moral.

Las observaciones recogidas en este artículo son el extracto imparcial de quanto se ha escrito sobre las cruzadas. Los mejores historiadores y los críticos mas ilustrados han sido nuestras guias. Analizando lo que han dicho en pro y en contra de estas expediciones que hicieron brillar tantas heroicas hazañas y tantas atrocidades, hemos procurado guardar un justo medio entre los escollos de una amarga crítica que todo lo condena, y de una preocupacion supersticiosa que nada ve reprehensible en las cosas en que se hacen entrar motivos de religion.

ARTICULO VI.

Estado del entendimiento humano respecto de las ciencias y de las letras en el siglo XIII.

El imperio de Oriente era, como hemos visto, desde mucho tiempo el teatro de la mas sangrienta catástrofe, y facciones que parecian nacer unas de otras despedazaban la capital y las ciudades. Sin embargo, en medio de estos disturbios y las públicas calamidades que de ellos se ocasionaban, en ninguna parte florecian tanto las ciencias y artes como en Constantinopla. Las cultivaban con una especie de emulacion á lo ménos en los ramos de gusto y de luxo, que tienen relacion al deleyte de los hombres ricos y voluptuosos. Los griegos eran siempre como en otro tiempo comparados con los otros pueblos la nacion mas espirituosa, mas ilustrada y mas culta del mundo. La misma elegancia y refinamiento en todas las cosas que alhagan los sentidos, y que sirven al fausto, á los placeres y á la comodidad, se habian llevado tan léjos que apénas se po-

dian adelantar. Aquel gusto voluptuoso debia hacer brillar muchas producciones frívolas, pero pocas obras sólidas. Lo que exîge mucho trabajo, investigaciones penosas, muchas combinaciones y una aplicacion constante, no se dexa ver sino rara vez, al modo que los fenómenos en el órden natural entre las naciones que se limitan al estudio de lo agradable.

Era Constantinopla la ciudad mas magnífica del universo. Todas las artes habian concurrido á adornarla. Sus templos, sus palacios y demas públicos edificios eran de una extension y de una belleza de que no se hallaban modelos en otra parte. Contenia una cantidad de arcos triunfales, pórticos, plazas ricamente adornadas, fuentes, estatuas y monumentos antiguos, cuya materia y trabajo tenian igual estimacion. El centro de los palacios, habitados por los soberanos, por los grandes del estado y por los hombres de fortuna, estaban llenos de todo lo que la pintura, la escultura y las artes dependientes han producido mas raro y exquisito. Los muebles, las baxillas y jardines eran correspondientes á la suntuosidad y elegancia que en lo demas brillaba. Los edificios destinados al uso del público, como los baños, los pórticos y teatros eran otras tantas obras maestras en que los soberanos que habian hecho el gasto, y los artífices que habian dirigido la construccion, nada habian perdonado. Es dificultoso formar una justa idea de la magnificencia de las iglesias, tanto respecto de la forma y capacidad exterior, como del número y riqueza de los vasos, pinturas, colunas, ornamentos para el uso de los ministros, y otros muebles preciosos que poseian. Lo que aun se conserva de la célebre iglesia de santa Sofia, hecha mezquita por los turcos, es solo una parte de aquella ilustre Basílica, cuyas galerías, colunas y demas divisiones ocupaban un vasto terreno.

Quando los cruzados vieron la primera vez aquella soberbia capital, no pudieron dar fe á sus ojos. Todo lo que se presentaba á su vista les era tan nuevo, que no sabian como expresar su sorpresa y admiracion. Ninguna ciudad de Europa, ni Génova, ni Venecia, ni aun Roma les habia dado la idea de un semejante espectáculo. Así los autores occidentales de aquel tiempo, como Fulquo de Chartres, el monge Gautiero, Guillermo, arzobispo de Tiro, Villehardovino, Jacobo de Vitry, y otros parecen em-

barazados en hallar términos para expresar la sensacion que á su vista experimentaron sus compatriotas, y lo que piensan ellos mismos. Todavía fué mas quando los latinos se apoderaron de la ciudad imperial, y que el saqueo de los templos, palacios y casas particulares les hizo conocer por menor todo lo que encerraban mas rico y precioso en pinturas, estatuas, muebles, diamantes, estofas y diversas obras de oro y plata, tanto para el uso necesario, como para la apariencia y ostentacion. Solo hablaban de ella llenos de pasmo, y confesaban que ántes de verlo por sí mismos, nunca hubieran creido que una sola ciudad pudiese encerrar dentro de sus muros tantos objetos dignos de admiracion.

Este testimonio unánime de los escritores de la edad media prueba bien el gusto y magnificencia con que vivian los griegos, y el grado de perfeccion en que las bellas artes exîstian entre ellos aun en el tiempo de su decadencia. Pero no se verificaba lo mismo con las que pertenecen al ingenio, y con las que exîgen mucha extension de conocimientos adquiridos con el trabajo y la meditacion. Los griegos modernos no fueron sobresalientes en el tiempo de que hablamos, como en los siglos precedentes. Toda su literatura se limitaba á algunas obras históricas, bien inferiores á las que habian producido los bellos dias de la Grecia. Habia no obstante en Constantinopla y en las demas principales ciudades del imperio algunos literatos versados en los conocimientos de la antigüedad, algunos filólogos de erudicion amena, y algunos filósofos que estudiaban los famosos sistemas de las antigüas escuelas de Atenas y Alexandría. Pero este estudio de los antiguos no les suscitaba imitadores, produciendo solo comentarios ó colecciones extractadas de que el tiempo solo nos ha transmitido la menor parte. Si lo poco que de ellas se conserva hace sentir lo que se ha perdido, no es ciertamente por el gusto, pues escribian de un modo tan pesado como falto de solidez; y sí mas bien porque contenian fragmentos preciosos de muchas obras estimables que ya no exîsten.

Los mogoles que habian comenzado como los demas conquistadores bárbaros é ignorantes, destruyendo los monumentos de las artes, cuyo precio no conocian, perdieron insensiblemente su ferocidad. Sus costumbres se

suavizaron quando se hallaron hartos de verter sangre y de inmolar víctimas á la ambicion que los devoraba, y de dominar solos sobre toda la tierra. Las ciencias y sus cultivadores hallaron proteccion en algunos descendientes de Gengiskan. Houlagu Kan, su quarto sucesor, llamó á su corte filósofos y literatos, tratándolos con distincion, y proporcionándoles honoríficos establecimientos. Del mismo modo se vió á los califas y á los sultanes seljioucidas entretenerse con los sabios y fundar academias, quando sus predecesores habian quemado las bibliotecas y destruido las obras maestras de las artes que hallaban á la mano. Pero este favor pasagero de algunos soberanos del Asia solo acarreó á las ciencias algunos momentos de gloria; durando demasiado poco para hacer un reyno sólido y floreciente. El total de naciones belicosas que invadieron sucesivamente el Oriente, permanecieron groseras, feroces é ignorantes, no apreciando sino el talento militar, y las artes que proveian á los conquistadores de los medios mas seguros y prontos de colmar sus designios.

Habiendo establecido las cruzadas relaciones permanentes y un comercio seguido entre los latinos, los griegos y los árabes, necesitaron aprender sus diferentes lenguas para poder tratar unos con otros. Este conocimiento que los occidentales adquirieron por necesidad en el principio, los conduxo insensiblemente al de las ciencias, artes y escritos que mas se estimaban en el Oriente. Por este medio las cruzadas con una nueva ventaja, de que no hemos hecho mencion en el artículo precedente, resultaron en beneficio de las letras, y procuraron á los europeos nuevos manantiales de luz y de instruccion. Se traxeron pues á Occidente, sobre todo despues de la toma de Constantinopla, un gran número de manuscritos griegos y árabes sobre los distintos ramos de las ciencias que habian ocupado á los sabios de aquellas dos naciones. Se traduxeron, se comentaron, y se emplearon todos los medios de comprehender su doctrina, y de hacerla entender á los que freqüentaban las escuelas públicas.

Entre estas obras transferidas á Europa tuvieron la preferencia las de Aristóteles. Su lógica era ya conocida por medio de los árabes de España, y se enseñaba en las Universidades; pero su física y metafísica no tuvieron

igual crédito. Los sabios de este siglo nada olvidaron para hacer famosas en el orbe literario las obras del filósofo griego. Se imbuyeron en sus principios, se adoptaron sus ideas, creyeron encontrar en él todos los secretos de la Divinidad, todos los misterios de la naturaleza y se persuadieron que todos los conocimientos humanos, y todas las verdades se habian manifestado á aquel grande ingenio por gracia especial del cielo.

Sin embargo, no podian los literatos escoger peor guia en la nueva carrera que querian abrirse. Continuamente se extraviaban por seguirle, despues que bebian en su dialéctica aquellas nociones abstractas é ideas sutiles, que aplicándose á todo nada declaraban, y que reducian con violencia todos los raciocinios á la forma thecnica, cuyo inventor era él. Aun fué mucho peor quando se erigió en oráculo de la metafisica y ciencias naturales. Canonizando en las escuelas sus opiniones, y mirándolas como otras tantas verdades de que no era lícito dudar, se metieron en un círculo de errores, en que voltearon por muchos siglos ántes de poder salir. La razon se halló como encadenada; y el entendimiento humano cautivado por las preocupaciones, que no dexaban pensar se aprendiese nada que Aristóteles no hubiese enseñado, se alejaba de la luz con el temor mismo de no dar en las tinieblas.

Si la preocupacion en que estaban respecto del filósofo griego, si la admiracion exclusiva que le habia grangeado el imperio de las escuelas, hubiera solo influido en las materias puramente filosóficas, nó hubieran acarreado otro mal que el de retardar los progresos de la razon. Pero los teólogos se alistaron tambien baxo las banderas de aquel hombre divino, de que se gloriaban ser discípulos todos los que desde mas de un siglo habian adquirido nombre por las ciencias. Se trabajó pues no en conciliar su doctrina con la religion, sí en acomodar ésta á su doctrina. No se guardaron límites como ántes en proponer con un ayre misterioso qüestiones frívolas y pueriles, y exâminarlas gravemente, revistiéndolas de aquel aparato científico, que les daba una falsa importancia. La curiosidad no se hallaba ya estimulada por cosas comunes y familiares. Se avergonzaron en algun modo de haber sido hasta entónces demasiado tímidos, y las sentencias del maestro (así llamaban á Aristoteleles), nada tuvieron

tan arrojado que no se osase sostenerlo, tanto en la teología como en la filosofia. Por este camino la eternidad del mundo, el alma universal, el fatalismo y otras varias opiniones no ménos peligrosas y contrarias á la fe, se difundieron en las escuelas de teología, y encontraron profesores acreditados que las propusieron como dogmas. De ahí nació que la ciencia de la religion perdió su augusta simplicidad, que degeneró en lo mas esencial; se mezcló con una infinidad de principios contrarios á la fe y su lenguage; se alejó en tal conformidad de lo que habia sido en los mejores tiempos del christianismo, que si los antiguos padres de la Iglesia entraran en las escuelas christianas de éste y los siguientes siglos, nada comprehenderian de lo que en ellas se enseñaba. Veremos en el artículo de los errores suscitados en Francia y otras partes en este siglo el grande inconveniente que acarreó esta mezcla de falsas ó peligrosas qüestiones con la doctrina de la fe.

Hácia la mitad del siglo XII. se habian por casualidad descubierto en Amalfi, reyno de Nápoles, las pandectas de Justiniano. Habiendo los pisanos tomado y saqueado esta ciudad, sacaron de ella esta preciosa coleccion de leyes romanas, y de decisiones sacadas de los mas célebres jurisconsultos, á las quales habia dado fuerza de leyes la autoridad imperial. Este importante descubrimiento fué el orígen de un nuevo estudio. Aunque estaba el Occidente muy léjos de tener ideas justas de los verdaderos principios de la legislacion, la razon, la equidad y la verdad que caracterizan las de los romanos, aquel pueblo nacido tanto para gobernar á los otros como para vencerlos, conmovió vivamente los entendimientos. Se dedicaron á beber en estas fuentes, y en breve hubo en las escuelas maestros nombrados para explicar el derecho romano lo mismo que las demas ciencias. Este estudio hizo luego grandes progresos, y dió la idea de recoger en un cuerpo las costumbres que regian cada pais, y de contraerlas en quanto era posible á reglas fixas, que pudiesen servir como tales en los juicios.

Las diferencias suscitadas entre los papas y los soberanos habian llamado ya los ingenios al estudio del derecho canónico; sostenidas con extremado ardor de una y otra parte, vió este siglo llevarlas á tan extraños excesos, que se conoció quanto se debia desear por el bien del estado

honor de la religion tener principios ciertos, por los quales se arreglasen las pretensiones, que dieron motivo á aquellas tan ruidosas guerras, que desde tanto tiempo turbaban la sociedad christiana. Se aplicaron pues á la investigacion de estos principios, de que se esperaba que el hallazgo proporcionaria en breve una paz entre el sacerdocio y el imperio. Pero no habia otros manantiales conocidos en que se pudiesen adquirir los conocimientos de las leyes eclesiásticas y del gobierno espiritual sino el decreto de Graciano, fundado únicamente en las falsas decretales, de cuya autenticidad nadie dudaba. Así el estudio que de él se hizo, léjos de guiar á los principios verdaderos y preciosos que se buscaban, solo contribuyó á fortificar las preocupaciones, que favorecian las pretensiones de los pontífices, y de suministrarles nuevos motivos de hacer mas pesado el yugo, que extendian imperiosamente sobre el cuello de los soberanos. Muchos papas de este siglo y de los siguientes debieron su elevacion á la silla, á la reputacion del talento para el derecho canónico, que se habian adquirido con su trabajo. Quando se vieron elevados á esta dignidad suprema de la Iglesia, no se sirvieron de su saber sino para dar un ayre de justicia á sus empresas, y sincerar lo que tenian de injustas, por el aparato de erudicion con que adornaban sus bulas. No se vieron papas mas imbuidos en la quimera del poder universal, fixado en el gefe de la Iglesia, que aquellos canonistas sentados en diferentes ocasiones sobre la cátedra de san Pedro. Gregorio VII. que rompió el camino que sus sucesores extendieron tanto, habia estudiado particularmente la ciencia canónica.

Las universidades, cuya madre y modelo era la de París, la mas ilustre y antigua de todas, se hicieron en este siglo mas célebres que nunca por los honoríficos privilegios que se les concedieron, y la consideracion que se hizo anexa á los grados académicos de que revestia á sus individuos. Se formaron otras en esta época. El emperador Federico II., en medio de las turbaciones de su reynado, mostró su amor á las ciencias fundando la de Viena. La de Tolosa debió su fundacion al zelo y liberalidad de san Luis; y la de Montpeller, instituida segun se dice en el siglo XII. por algunos discípulos de Averroes, se renovó con esplendor hácia fines de éste. Se enseñaban en aquellas escuelas

todas las ciencias que exercitaban entónces la curiosidad del entendimiento humano; la filosofia y sus distintos ramos, la teología, el derecho civil y el canónico. El número de los estudiantes era prodigioso, contándose cerca de diez mil en la universidad de Bolonia hácia fin de este siglo, aunque solo se enseñaba entónces el derecho civil; y el siguiente hubo diez mil votos que tomar sobre una qüestion en que estaban divididos, aunque solo los graduados tenian el derecho de votar. Desde los principios de este siglo, el órden y la naturaleza de las pruebas por donde se pasaba á los honores académicos se habian fixado como los diferentes títulos, con los quales se recompensaba el trabajo de los candidatos. Estas pruebas eran largas y rigurosas; el favor nada influia en ellas, y los grados á que se llegaba por esta penosa via, grangeaban á los que los habian merecido la mas alta estimacion.

La fundacion del colegio de la Sorbona, debida á los cuidados y piadosa liberalidad de Roberto, capellan y confesor de san Luis, no contribuyó poco á aumentar el lustre de las escuelas de París. Tres aldeas de un mismo nombre se disputaron el honor de haber producido aquel varon ilustre; una de Artóis, otra en la diócesis de Sens, y la tercera en la de Reims, todas tres se llamaban Sorbon ó Sorbona. De esta suerte en los tiempos dichosos de la literatura griega, diez ciudades se disputaban la gloria de ser patria del divino Homero. Si Roberto de Sorbona no tuvo el sublime ingenio del cantor de Aquiles, se puede decir por lo ménos que echando los primeros cimientos de la primer escuela del mundo christiano, se adquirió derechos incontestables á la estimacion y reconocimiento de la posteridad.

La introduccion de los mendicantes en la universidad de París causó grandes turbaciones; pero reservamos la historia de estas diferencias para el siguiente siglo. En aquella época exâminaremos en artículo separado la influencia de estas nuevas órdenes sobre las letras y la sociedad, poniendo á nuestros lectores en estado de juzgar con imparcialidad de los bienes y males de que han sido orígen.

La poesía hace la parte mas brillante de la literatura francesa en este siglo. Los trovadores habian llegado al mas alto punto de celebridad. Les hacian la mejor acogida en las cortes de los mayores príncipes. Las galanterías,

sátiras y los sucesos públicos del tiempo eran el asunto ordinario de sus piezas. Los caballeros, los señores, y aun los mismos soberanos, no creian faltar á su dignidad colocándose en el número de los poetas que se disputaban el premio del talento. La lengua provenzal era la comun de todos aquellos favorecidos de las musas; cuya lengua expresiva y graciosa hubiera llegado á ser la única de la Europa, si el centro de la monarquía francesa se hubiese fixado en aquellos parages en donde se habia hecho natural. Se la ve aun en la mayor parte de las xergas que se hablan en las provincias situadas al otro lado del Loira. Las célebres poesías de Tibaldo, conde de Champaña, rey de Navarra, y el famoso romance de la Rosa, empezado por Guillermo de Lorris, y continuado por Juan de Meun, son producciones de este siglo. Se puede ver en la historia literaria de los trovadores, publicada poco hace por el abate Millot, y por los manuscritos de Mr. de san Pelayo, todo lo que concierne al estado de la poesía en Francia en la época de que hablamos. Allí se encuentran, ademas de la noticia de los poetas provenzales, muchas anecdotas curiosas y notas interesantes sobre las costumbres, los usos y revoluciones de aquel tiempo, en que el ingenio nacional hacia esfuerzos para sacudir el yugo de la barbarie. Esta importante parte de nuestra historia literaria no podia tratarse de un modo mas agradable y ventajoso. Poseemos tambien en la obra del presidente Fauchet, sobre la poesía francesa, el extracto de 127 poetas que han escrito ántes de acabarse el siglo XIII. (*a*).

(*a*) Es muy extraño, y no [illegible] debe dexar pasar al autor original, que hablando en este siglo y artículo del estado de las letras y de las ciencias, su decadencia y aumento, olvide y omita enteramente el seminario de ciencias, tan conocido en todo el orbe literario como nuestra célebre universidad de Salamanca, que ha producido en todos tiempos hombres grandes y sabios en todo género de letras, como es constante y notorio. Cuya fundacion se debe, segun el comun sentir, al zelo y magnanimidad de nuestro ínclito y glorioso rey san Fernando, y su aumento, dotacion y engrandecimiento al rey Don Alfonso X., llamado el Sabio; bien que segun opinion del P. Juan de Pineda, en el memorial por la canonizacion de san Fernando, comprobada con un M. S. antiguo que cita, parece fué su fundador el rey Don Alonso IX. de Leon, como se evidencia por las palabras de dicho M. S. que hablando de este rey dice así: *Visto que el estudio de Palencia hacia grande fruto en Castilla, acordó de hacer otras escuelas en Salamanca para su reyno, y traxo muchos maestros y doctores, y les dió rentas y situado, &c.* Mondejar, memorias históricas del rey Don Alonso el Sabio, lib. 2. cap. 35.

ARTICULO VII.

Estado de la iglesia griega. Tentativas inútiles para su reunion con la latina. Consumacion del cisma.

A medida que la dominacion de los emperadores de Constantinopla se estrechaba por las conquistas de los musulmanes, la iglesia griega perdia tambien su extension, y por consiguiente su lustre y poder exterior; pero conservaba uno y otro en todas las provincias de Europa y Asia que no habian caido baxo el yugo de los infieles; y aun las sociedades christianas que subsistian en los paises que habian sometido, se elegian pastores que los gobernasen, con la misma autoridad espiritual que habian tenido baxo sus antiguos soberanos. De ahí dimana que en muchas asambleas eclesiásticas, celebradas en Oriente en el discurso de este siglo en asuntos de religion, tambien se encuentran gran número de obispos con el nombre de las ciudades que ya no obedecian á los emperadores christianos. Aquellos obispos miraban siempre á los emperadores como sus verdaderos y legítimos soberanos, no siendo los príncipes mahometanos, á sus ojos, sino unos usurpadores mas ó ménos odiosos, segun ponian límites mas ó ménos estrechos á su libertad.

Los emperadores griegos ménos poderosos que nunca en lo extremo, estrechándose sus dominios de dia en dia, no eran ménos absolutos en los que aun conservaban. Dominaban sobre las iglesias y sobre los prelados con el mismo poder, ó por mejor decir, despotismo, que les hemos visto exercer en los siglos anteriores. Las elecciones de los obispos, sin exceptuar las de las primeras sillas, solo pendian realmente de su voluntad, aunque siempre estuviesen en práctica, y pareciese procederse á ellas con una especie de libertad. Dirigian los votos á su arbitrio; y la dependencia del clero, en los asuntos que ménos debian tenerla, era tan grande, que jamas repugnaban un sugeto propuesto por el príncipe, por falto que estuviese del talento necesario para el ministerio que se le destinaba. Este dominio de los emperadores sobre toda la gerarquía eclesiástica era tan arbitrario, que ni la eleccion canónica, ni la ordenacion hecha segun las reglas, ni aun

la posesion mas dilatada y tranquila, no podian asegurar el estado de los primeros pastores. Al menor disgusto, ó por mejor decir, al menor capricho del príncipe, los metropolitanos y los patriarcas, y aun los mas meros obispos eran desposeidos, excluidos de sus sillas, encerrados en monasterios, ó desterrados á lugares remotos; y otros fácilmente elegidos, ordenados é introducidos, se sentaban en las sillas episcopales como si estuvieran vacantes, hasta que una desgracia semejante los hiciese arrojar de ellas á su tiempo.

Baxo unos soberanos, cuya voluntad se mudaba freqüentemente, á proporcion que tambien lo hacian sus intereses y pasiones, los prelados inciertos siempre en la posesion de sus dignidades, siempre con el temor de disgustar á la corte, se limitaban á gozar los honores del santuario; pero descuidando todas las obligaciones del ministerio episcopal, que exîgian zelo y fortaleza; y si alguna vez la mostraban, era solo para obstinarse en el cisma que los separaba de la iglesia romana, y fortificarse en el odio que alimentaban desde tanto tiempo contra el clero latino: pasion profunda de que la preocupacion hacia un deber, y en la qual tenia tanta parte el desprecio como el rencor. Este era el solo punto, en el qual jamas se vió á los obispos de la iglesia griega condescender con la voluntad de su soberano. Dóciles y aun rendidos en todo lo demas, solo se atrevian á la resistencia quando se trataba de reunion.

Desde los últimos años del siglo XII. el usurpador Alexo Angelo habia entablado este gran negocio. Este príncipe envió embaxadores al papa Inocencio III. con ricos presentes, cumplimentándole por su exâltacion á la silla de san Pedro, y rogándole le visitase por sus legados. Sin duda Alexo no tenia otra intencion que la de grangearse al papa, é impedir por este medio que los exércitos destinados al socorro de la tierra santa fuesen á turbar los principios de su reynado, y quizá á juntarse con sus enemigos, como en lo sucesivo se verificó. Inocencio le respondió, enviando dos legados á Constantinopla. Llevaron al emperador y al patriarca Juan Camathero, sucesor de Xifilino, cartas en que el papa entraba en la discusion de los puntos de doctrina y disciplina, que dividian las dos iglesias; á saber, la procesion del Espíritu Santo, el

primado del papa, el uso del pan ázimo en la Eucaristía, las apelaciones á Roma, y otros artículos ménos importantes. Estas cartas tuvieron respuestas, en que el príncipe y el patriarca procuraban justificar su fe y las prácticas de su Iglesia, y echar á los latinos la culpa del rompimiento, acusándolos de innovar en sus usos, de altanería y dureza en su proceder, y quejándose de los estragos que los cruzados habian hecho en las tierras del imperio. En quanto á lo demas, pedian al papa la congregacion de un concilio, en donde se exâminarian los puntos concernientes al dogma, y se aclararian las recíprocas quejas conforme á las reglas eclesiásticas; prometian concurrir con espíritu de paz á procurar el feliz éxîto de aquel concilio, y á hacer executar sus decretos.

Creyó el papa que no debia dexar sin réplica las respuestas de Alexo y Camathero; lisonjeado por otra parte por algunas expresiones del patriarca, que parecian confesarle sus sentimientos, tocante á la jurisdiccion del soberano pontífice, y á la obediencia que se le debe. Inocencio III. se imaginó sin duda seria fácil allanar las dificultades que se oponian á la reunion en tiempo de sus predecesores. Conocia, y los griegos no lo disimulaban, que el temor de ser molestados por los pontífices romanos, y aun mas por sus representantes, era el motivo que inspiraba á los griegos tanta oposicion á una autoridad cuyos efectos temian. Con esta persuasion parece debia trabajar en disipar sus temores, haciéndoles ver que la iglesia romana, léjos de toda dominacion tiránica, solo empleaba medios de justicia y de moderacion en el uso de su autoridad sobre las otras iglesias. Pero los hechos le hubieran desmentido á haber dado á sus réplicas este colorido, que parecia muy conveniente á las circunstancias. Tomó pues el partido de exâltar sin restriccion el poder pontifical, y en lugar de razonamientos sólidos, se extendió, como entónces se usaba, en comparaciones y alegorías que pasaban por pruebas, porque aun no se conocia ni se conoció en mucho tiempo la crítica ni la analisis.

Alexo fué destronado poco tiempo despues, como referimos en el artículo primero, y la revolucion que le precipitó tuvo consequencias nada propias á calmar las disposiciones poco favorables de los griegos para con los latinos. La promesa hecha á los cruzados por el jóven Alexo An-

gelo, y confirmada por su padre de sujetar al papa la iglesia griega, no tuvo efecto. La conquista de Constantinopla por el exército cruzado, los excesos de crueldad, el saqueo de casas y de templos, los ultrajes, las profanaciones, en una palabra, los horrores que la precedieron, la acompañaron y siguieron á aquel memorable suceso, hicieron á los latinos mas odiosos que nunca á toda la nacion, que no podia achacar á otros los males que sufria. Nicetas, célebre historiador griego, que vivia en aquellos infelices tiempos, hace una horrible pintura de los desastres de que fué testigo. Acaba su narracion echando en cara á los autores de las desgracias de su patria los crímenes de que se manchaban. Les acusa de haber ultrajado á un mismo tiempo la religion y la naturaleza, de haber excedido en barbarie á los mas furiosos enemigos del christianismo, y de ser el pueblo mas feroz y mas impio que se ha visto hasta entónces sobre la tierra. Estos sentimientos, fundados en hechos demasiado ciertos, estaban grabados en todos los corazones. Miéntras que los latinos permanecieron dueños de Constantinopla, daban cada dia á los griegos nuevos motivos de aborrecerlos mas. En este estado de cosas, proponer la reunion hubiera sido sublevar inútilmente los ánimos, y abrir las llagas que estaban ya demasiado envenenadas.

Muchos años pasaron, pues, sin que las dos iglesias diesen paso alguno para unirse, ántes parecian mas separadas que nunca; y parece que para poner nuevos obstáculos, no cesaban de agraviarse mutuamente. Las cosas se conservaron en este estado todo el reynado de Teodoro Lascaris, que se habia hecho coronar emperador en Nicea; y los primeros años del de Juan Ducas Vatacio, su yerno y sucesor, hasta el año de 1232. Entónces German Nauplio, patriarca griego de Constantinopla, que residia en Nicea, envió una diputacion al papa Gregorio IX., que sucedió á Honorio III. El enviado de aquel patriarca conducia una carta suya, que se dirigia á renovar la negociacion inútilmente entablada en el pontificado de Inocencio III. Esta carta dexa ver el carácter del candor y de la sinceridad. El patriarca reconoce en ella la primacía de la silla apóstolica. Se expresa en este pnnto con los términos ménos equívocos. No se hablaria mejor en el dia; testifica su mayor deseo de llegar á la reunion,

y aun llega á decir que la pide juntas las manos. No disimulando al mismo tiempo lo que impide á la mayor parte de los griegos concurir á una cosa de que la religion sacaria tantas ventajas. Y es, dice, el temor en que estamos de ser expuestos á la opresion, á las tasas, á las investigaciones que inquietan, y á todo lo que los curiales de la corte romana exîgen de los que dependen de ellos. German escribió otra carta dirigida á los cardenales. En ella se explicaba aun con mas claridad sobre el abuso que hacian de su poder, y el modo altanero con que trataban las iglesias adonde eran enviados. No les perdonaba tampoco las reconvenciones de su fausto y codicia. Esto no obstante imploraba su mediacion para con el papa, y les rogaba que se juntasen á él para la grande obra de la reunion.

Gregorio IX. respondió á la propuesta del patriarca en los términos debidos; es decir que prestándose, á los deseos de los griegos, tomó las medidas necesarias para asegurar el dogma, conservar los derechos incontrastables de su silla, y terminar de un modo permanente todos los objetos de contestacion que servian de pretexto á los enemigos de la paz para alargar el cisma. Este plan era sabio, y los nuncios de Gregorio tenian órden de no separarse de él. Estos eran quatro religiosos muy instruidos y zelosos de los verdaderos intereses de la Iglesia. Dos del órden de Predicadores, Hugo y Pedro, y otros dos del órden de los Menores, Aimundo y Rodulfo, que iban igualmente diputados cerca del emperador y del patriarca. Quando se supo en Nicea que se acercaban, se enviaron para recibirles personages del senado y del clero. Los conduxeron primeramente á la Iglesia en que se habia congregado el primer concilio general, y desde allí á la habitacion que se les habia preparado. En donde hallaron en abundancia todas las cosas necesarias y convenientes, tanto á las necesidades de la vida, como al decoro del carácter de que estaban revestidos. En todo el tiempo de su mansion fueron tratados del mismo modo. Estos testimonios exteriores de honor y de respeto parecia que eran garantes de la sinceridad de los griegos en el asunto importante de que se iba á tratar. Los nuncios no dudaron de ella; y si el suceso no correspondió á las esperanzas, no fué por su defecto, pues toda su conducta fué sábia, circunspecta y suave

La discusion de los puntos de fe y disciplina que dividian las dos iglesias se empezó desde luego en conferencias poco numerosas, y continuó en un concilio congregado en Nimphea ciudad de Bytinia, adonde se habia transferido el emperador, y compuesto de gran número de obispos. Los nuncios reduxeron toda la qüestion á dos puntos, la procesion del Espíritu Santo y el uso del pan ázimo en la celebracion del sacrificio. Hicieron los griegos vanos esfuerzos para disfrazarse con sus ordinarias sutilezas; pero fueron seguidos paso á paso en todos sus rodeos, y obligados á explicarse sencillamente. Al principio habian manifestado convenir en que el Espíritu Santo procede igualmente del Padre y del Hijo, y en que la iglesia romana consagraba válidamente con el pan ázimo. Pero despues procuraron modificar lo que habian dicho por rodeos que destruian su primera confesion. Forzados en fin por las instancias de los nuncios á hablar sin rebozo sobre la procesion del Espíritu Santo, declararon formalmente que miraban como herética la opinion de los latinos, y que la Eucaristía consagrada con pan sin levadura no era el verdadero sacramento ni el verdadero sacrificio instituido por Jesu-christo. No tuvieron los nuncios dificultad en refutar estas dos objeciones. Tenian en su favor la tradicion tan claramente atestiguada por los griegos como por los latinos; y en quanto á la palabra *Filioque*, introducida en el símbolo por la iglesia de Occidente, mostraron no era una innovacion condenable, y sí solo una explicacion y un descubrimiento del dogma necesarios para hacer la exposicion de la fe mas clara y mas sensible al pueblo; que bien se podia profesar en alta voz este dogma recitando el símbolo, puesto que se le debia creer con toda la Iglesia. Controvertidos los dos puntos de un modo que allanase toda dificultad, era menester llegar á una conclusion. Este era el artículo mas importante y delicado. Prometieron los griegos aprobar la consagracion de la Eucaristía con el pan ázimo, con tal que los latinos consintiesen en suprimir en el símbolo la adicion que hacia tan diferente la profesion de las dos iglesias. Esta extraña propuesta manifiesta á un mismo tiempo que los griegos para retardar la reconciliacion, buscaban todos los medios de suscitar todos los obstáculos, y que solo permanecian en el cisma por obstinacion. Aunque la paz de las iglesias sea tan preciosa y deseable,

jamas se debe comprar á costa de la verdad; por tanto la oferta de los griegos era inadmisible, y lo que los nuncios propusieron era harto mas conforme al espíritu que habia siempre dirigido á la Iglesia en los negocios de esta naturaleza; esto se reducia á dar por bueno el sacramento de los latinos, en el qual nada se hallaba reprehensible, y á enseñar que el Espíritu Santo procede lo mismo del Hijo que del Padre, pues convenian en que este punto de doctrina pertenecia á la fe. Ofrecieron los nuncios baxo estas condiciones la paz á los griegos en nombre de la santa sede, prometiendo ademas que no se les obligaria á cantar en el símbolo la adicion *Filioque*, si rehusaban adoptarla. Parece que el acomodamiento no podia hacerse en términos mas justos y suaves. A pesar de esto los griegos y aun el mismo emperador clamaron contra la dureza de las condiciones, y expresamente declararon no podia á aquel precio hacerse la reunion. Se desvaneció, pues, todo proyecto de reconciliacion, y los nuncios se volvieron á Roma sin haberse decidido nada.

Baxo el reynado de Teodoro Lascaris II. hijo y sucesor de Juan de Vatacio, y el pontificado de Alexandro IV., se volvió á entablar la negociacion en 1256; pero fué tambien con poco suceso. Al legado, á quien el papa fió esta comision, no le dieron lugar á desempeñarla, pues llegado á Barea en Macedonia, le volvieron á enviar sin oirle. Las circunstancias parecieron mas favorables quando Miguel Peleologo reconquistó á Constantinopla del modo que hemos dicho en el artículo primero. Este príncipe temió justamente que el papa armase de nuevo todo el Occidente para sostener los derechos del emperador latino Balduino II.; quiso pues evitar esta tempestad, cuyo peso apénas podia sostener en los principios de un reynado mal asegurado. No le pudo ofrecer su política medio mas seguro de alejar este riesgo que el de renovar con la santa silla las negociaciones entabladas y tantas veces interrumpidas de la extincion del cisma. Tal fué durante algunos años el objeto de muchas embaxadas en Roma por parte de Miguel, y en Constantinopla de la de los papas Alexandro IV., Urbano IV. y Clemente IV.; pero al principio la negociacion se conduxo con mucha lentitud. Miguel arreglaba su conducta por las apariencias mayores ó menores del riesgo cuyo temor era el motivo. Este príncipe,

uno de los mas hábiles de su tiempo, animaba ó dexaba entibiar el calor que mostraba de reunirse, segun creia, el proyecto de una nueva irrupcion de los latinos en sus estados mas próxîmo ó remoto.

En fin baxo el pontificado de Gregorio X. se trató el asunto de la reunion sobre un nuevo plan, y mostrando el emperador un sincero deseo de consumarla felizmente, se esperó cayesen esta vez por tierra las barreras que separaban las dos iglesias. Sin embargo el temor de ver echarse sobre el imperio las fuerzas de los latinos era el que hacia obrar siempre á Miguel. Sabia que Cárlos de Anjou, rey de Nápoles, príncipe conocido por su ambicion, cuya hija segunda habia casado con Felipe, hijo y sucesor de Balduino I., solicitaba vivamente del papa y los príncipes de Europa dispusiesen una expedicion para la conquista del imperio de Constantinopla. No ignoraba el papa los secretos motivos de Miguel; pero creyó no debia negarse á los deseos pacíficos con que aquel príncipe cubria sus verdaderas intenciones. Muchas veces hace Dios servir las miras políticas de los poderosos y reyes á la execucion de los ocultos designios de su providencia. Se trataba de hacer un gran bien á la Iglesia; esto solo bastaba para que Gregorio, pontífice tan piadoso como moderado, emplease toda la actividad de su zelo.

No buscaba este papa sino el bien de la religion. Así para evitar todos los obstáculos que hasta entónces habian inutilizado el proyecto de la reunion, se contentó con que los griegos subscribiesen á la profesion de fe hecha por Clemente IV. su predecesor, en la qual ni Miguel ni sus obispos habian hallado cosa contraria ni á la escritura ni á la tradicion. Esta profesion, que el mismo Clemente habia enviado á Paleologo, era una explicacion del símbolo concebida en los términos mas claros. Todos los puntos sobre que se habia dificultado se veian allí en claro, y esta exposicion hecha con método no dexaba subsistir ninguna duda. Hizo Gregorio X. remitir una copia exâcta de esta profesion de fe al emperador, acompañándola de una carta en que le exhortaba á concluir el ajuste durante su pontificado, temiendo que los papas que le sucediesen no fuesen tan fáciles y bien avenidos. Se convidaba al mismo tiempo que asistiese al concilio que se proponia congregar, como lo hizo en efecto en Leon el año de 1274.

Fuese que Paleologo hubiese concebido la estimacion y confianza que merecia Gregorio X., y que de consiguiente desease verificar en su vida la reunion, ó que mirase el término del cisma como el solo medio que podia asegurarle contra las empresas de los príncipes latinos, apresuró quanto pudo la conclusion del tratado baxo las condiciones que el papa habia propuesto. La cosa no era fácil á pesar de quanto se habia hecho hasta entónces para aclarar los puntos de la controversia, y disipar la preocupacion de los ánimos. La mayor parte de los prelados, y el patriarca de Constantinopla el primero, y lo mas considerable del clero resistian el acomodamiento. Juan Vequio, tesorero de la iglesia de Constantinopla, hombre de una erudicion profunda, y generalmente estimado, era uno de los que mas se oponian. Deseaba Miguel vivamente ganarle, persuadido de que si entraba en sus designios el exemplo de un hombre tan ilustrado, arrastraria otros muchos. Empleó sucesivamente los alhagos y el rigor; pero nada pudo obtener. Era Vequio de aquellos hombres firmes y rectos, que solo ceden á la razon. Estaba preso, y para salir del error, si le tenia, quiso instruirse leyendo las obras publicadas sobre las qüestiones que agitaban desde tanto tiempo á los griegos y latinos. Cotejó en los escritos de los padres todos los lugares citados en favor de la iglesia romana, sobre el fondo de la controversia y los distintos objetos que abrazaba. Reconoció por este exámen que no habia ninguna verdadera dificultad, ningun motivo sacado del interes de la fe, que debiese servir de obstáculo á la reunion, y que sola la pertinacia ó miras puramente humanas habian podido desvanecer tantas veces un proyecto de que todo hombre sensato y christiano bien intencionado debia desear el favorable éxîto. Vequio se confirmó en este modo de pensar, y deseando se extinguiese el cisma con tanto ardor ó quizas mas que Miguel, comunicó sus luces y dictámenes á muchas personas. Pero muchas mas permanecieron aun en la opinion contraria, y este opuesto partido que se negaba á toda proposicion, no tenia otro designio que el de perpetuar el cisma.

No obstante el emperador estaba resuelto á terminar el asunto por qualquier medio. Empleando alternativamente el ruego y la reconvencion, la dulzura y las amenazas, obtuvo finalmente de la mayor parte de los obispos que

firmasen la profesion de fe de Clemente IV., y la acta de renunciacion del cisma que se presentaria al concilio de Leon. Los embaxadores de Miguel con este escrito y cartas del príncipe se pusieron en camino para ir al concilio con el diputado de los obispos griegos. Este era German, antiguo patriarca de Constantinopla, que habia abdicado por no comprometerse con la corte. Fueron recibidos del papa, cardenales y padres del concilio con grandes demostraciones de júbilo. Les hicieron todos los honores debidos á su carácter y al objeto de su mision. Comulgaron con el papa y los latinos en la celebracion de la misa, en que se cantó el símbolo en griego con el artículo concerniente á la procesion del Espíritu Santo, lo mismo del Hijo que del Padre, artículo que se repitió tres veces para hacer la adhesion mas firme y solemne. En fin el 6 de Julio habiéndose juntado el concilio para la quarta sesion, fueron los griegos introducidos con gran ceremonia, y colocados por distincion á la derecha del papa despues de los cardenales. Presentaron las cartas del emperador, y los obispos con la fórmula de Clemente IV., á que Miguel, su hijo Andrónico, y un gran número de obispos habian subscrito. Leidas estas piezas, los griegos, tanto á nombre de sus príncipes como de sus colegas, hicieron el juramento por el qual abjuraban el cisma, reconocian el primado de la santa sede, recibian la profesion de fe de la iglesia romana, y prometian no separarse jamas de ella. Despues de esto entonó el papa el *Te Deum*, que continuaron los padres del concilio; y en seguida cantaron el símbolo primero en latin, despues [illegible] griego con el artículo que *procede del Padre y del Hijo*, que se repitió dos veces. Así se concluyó la reunion tan deseada de las dos iglesias; y es- suceso que no habia de ser de largas conseqüencias, fué n motivo de gozo para el papa y los prelados de la igle- a latina.

Los griegos se volvieron colmados de honores y muy tisfechos, llevando en su compañía nuncios que enviaba papa al emperador para consolidar la paz tan felizmen- concluida. El primer cuidado de Miguel al arrivo de los nbaxadores y nuncios fué dar un sucesor al patriarca Joph. Este prelado, que se habia opuesto siempre á la unión, habia firmado una acta por la qual prometia re- [illegible] la dignidad, si la negociacion se terminaba por

unirse las dos iglesias, y entre tanto se habia retirado á un monasterio para no dar sospechas al emperador y á los que deseaban el fin del cisma. Habiéndose concluido la paz debia tener esta acta su efecto; se declaró pues vacante la silla patriarcal de Constantinopla, y el célebre Vequio fué elegido para ocuparla. Sabia el emperador lo que debia esperar de su zelo y luces para conciliar la union de la nueva y antigua Roma: con la intencion de ponerle la última mano congregó Vequio dos concilios en Constantinopla en 1277. Se ratificó en el primero lo que se habia hecho en Leon relativo al cisma, y en el segundo se excomulgó á los que perseverasen en su antigua oposicion á la paz de las dos iglesias. Los nuncios del papa, acompañados de nuevos embaxadores, llevaron á Roma las actas de estos concilios con cartas de Miguel, de su hijo Andrónico asociado al imperio, y del patriarca Vequio. Contenian una nueva confirmacion de los empeños contratados por los griegos en el concilio de Leon, y nueva promesa de executar exâctamente las condiciones del tratado concluido.

La santa sede habia perdido ya á Gregorio X.; este papa tan zeloso por la paz habia muerto en 1276, y sus dos sucesores Inocencio V. y Juan XXI. solo habian reynado 13 meses y algunos dias. Nicolao III., electo en Noviembre de 1277, recibió los enviados de Miguel y de Vequio. Este pontífice estaba bien distante de tener las intenciones puras y pacíficas de Gregorio X. Con los deseos perjudiciales de grangear á su silla las ventajas temporales de que Gregorio no habia cuidado, reproduxo las antiguas pret[illegible]iones que debian olvidarse para siempre, desde el momento en que se habia consumado la reunion mediante la autoridad de un concilio ecuménico. Esta conducta extraña de Nicolao III., quien conceden los historiadores gran talento para los negocios, y el rigor de que Miguel usó para acabar de reducir á los partidarios del cisma, hicieron bien presto perde el fruto de un trabajo tan prolixo. Los nuncios de Nicola indispusieron con sus discursos y proceder indiscreto lo ánimos de los que se habian mostrado mas favorables á l union. Los golpes de autoridad que empleaba Miguel pa hacerse obedecer chocaban los ánimos; y Vequio, á pe sar de su erudicion y de su talento, no podia impedir qu el partido del cisma se engrosase de dia en dia. En fin

papa Martin IV., sucesor de Nicolao, dexándose persuadir que los griegos faltaban á la buena fe, y que habian engañado la santa sede en todo el curso de la negociacion, excomulgó á Miguel como autor del cisma, en tanto que aquel príncipe se conciliaba el odio del pueblo por los violentos medios que empleaba para extinguirle. Indignado Miguel de este tratamiento, prohibió nombrar en adelante al papa en la liturgia, como habia empezado á hacerse desde la reconciliacion; y si hubiera vivido mas tiempo, no se puede apénas dudar habria él mismo destruido su obra; pero murió en 1282, y su hijo Andrónico, que solo habia concurrido á lo que se habia hecho sobre la union por complacencia ó temor, no tardó en volver las cosas al estado que tenian ántes de la negociacion. Vequio fué depuesto y llevado de prision en prision por espacio de 15 años que sobrevivió á su desgracia. El patriarca Joseph, ya muy viejo, fué llevado á su palacio; y los partidarios del cisma, que le miraban como su cabeza, se autorizaban con su nombre para cometer los mayores excesos. Se reconcilió con el agua bendita y demas ceremonias ordinarias la iglesia de Constantinopla, como si hubiese sido profanada. Los que habian participado de la union, y comulgado con los latinos, se les impuso penitencia como si hubiesen cometido los mayores crímenes; y los prelados que con él patriarca Vequio habian concurrido al tratado entre los griegos y los romanos, fueron depuestos sin que nadie osase defenderlos. Si todo esto no se hacia por órden de Andrónico, á lo ménos este príncipe lo autorizaba con su silencio, y aun mas por el favor que dispensaba á algunos de los mas zelosos partidarios del cisma. ¿Se debia esperar otra cosa de un príncipe que habia impedido que se hiciesen á su padre los honores de la sepultura que se rendian á los emperadores, porque los cismáticos le tenian por excomulgado, como autor de la reunion de los griegos y latinos? Tal fué el éxito de las fatigas que tantos papas, tantos príncipes y sabios se habian tomado para destruir el muro de separacion que hacia las dos mitades de la Iglesia extrañas la una de la otra. Dios sin duda no quiso bendecir una empresa que quizá sólo habria sido entablada por designios humanos é intereses políticos.

ARTICULO VIII.

Estado de las principales iglesias de Occidente.

Al tender la vista sobre las principales iglesias de Occidente en el siglo, cuya historia describimos, se ven á un mismo tiempo grandes abusos y grandes objetos de edificacion, como en la mayor parte de los siglos que ya hemos recorrido. Los abusos procedian de los errores del tiempo, del genio de las naciones, de la forma de gobierno, de la situacion respectiva de los estados, y de las preocupaciones, por las quales los hombres reglaban su conducta. Las acciones edificantes que nacian de un fondo de religion y piedad; que la corrupcion de costumbres, y las nuevas máxîmas no habian enteramente destruido, consolaban á los hombres de bien en medio de los desórdenes, y de los males públicos que les hacian gemir.

La iglesia galicana continuaba siendo el centro de la luz, y la parte mas floreciente del christianismo. Una serie de disensiones suscitadas entre la corte de Roma y el rey Felipe Augusto, relativas á Ildeburga de Dinamarca, su segunda muger, que habia repudiado con pretexto de parentesco, pero realmente por disgusto para casarse con Ana de Merania, la turbaron á principios de este siglo. La aversion que habia concebido Felipe á Ildeburga era tan grande, que mas quiso ver todo su reyno en entredicho por mas de siete meses, que resolverse á volver á admitirla; y quando tomó el partido de separarse de Ana de Merania, que era la piedra del escándalo, Ildeburga fué aun detenida largo tiempo en el palacio de Etampe ántes que su esposo se resolviese á juntarse con ella; no volviendo á la corte hasta 1213, despues de 16 años de separacion. El entredicho que aquel divorcio habia acarreado al reyno causó mucha confusion por la suspension del culto divino y de todos los exercicios públicos de religion, los quales los pueblos aman mas que la religion misma, de que pocos conocen el verdadero espíritu. Ademas este entredicho se observó con tanta exâctitud, que el casamiento de Luis VIII., primogénito de Felipe Augusto, con Blanca de Castilla, se celebró en Fuente-elbrando en el condado de Anjou, no pudiendo hacerse en los dominios

del rey. Quando la historia no nos presentara otros exemplos de la misma especie, éste seria suficiente para darnos á conocer el respeto infinito que se tenia entónces á las censuras de Roma, y de la extension que los papas habian dado á su poder, sin que los obispos hiciesen la menor oposicion, siendo un legado quien habia puesto el entredicho de que hablamos, y á quien los mismos obispos se sometieron.

Todos los príncipes que reynaron en Francia durante este siglo, sin exceptuar á Felipe Augusto, á pesar de las faltas en que le precipitó su inclinacion á Ana de Merania, fueron monarcas muy religiosos, y muy zelosos de la gloria de la Iglesia. Todos han dexado monumentos del amor que la profesaban, ya en las leyes que han publicado para la observancia de las eclesiásticas, ya en los exemplos de piedad que dieron á su pueblo. Felipe Augusto nos ofrece una prueba de esto, pues sacrificó su ternura y sus repugnancias, por calmar el escándalo del vínculo ilegítimo con que se habia ligado, y de los daños espirituales de que habia sido el orígen. Pero ninguno de nuestros reyes, ántes ni despues de esta época, ha llevado mas adelante el amor de la religion, y la práctica de todas las virtudes christianas, que san Luis. Fué el prodigio de su tiempo, magnánimo á la frente de sus tropas, de una prudencia admirable, y de una política sólida en los consejos, conduciéndose solo en todas sus acciones por los principios de la justicia y de la bondad, consultando en todas sus empresas las reglas y las máximas de la religion, cuyos intereses nadie supo conciliar tan bien con los del estado; y en fin dexando á los siglos venideros el único exemplo de un monarca completo y de un perfecto christiano.

Baxo el reynado de este príncipe, aun mas que en los de su abuelo, de su padre y de su hijo, floreció la religion en Francia. Sus leyes estaban sostenidas del poder soberano; sus ministros honrados, y su autoridad ya excesiva, ya menospreciada de los grandes, fué contenida en sus justos límites, y protegida contra la audacia de los poderosos. Blanca de Castilla, su madre, princesa tan piadosa como hábil, merecia nuestros elogios, quando no hubiera hecho otro bien, que el de educar en la virtud al jóven rey, que crió para gloria y

honor de la Francia. Margarita de Provenza su esposa reunia en tan alto grado todas las buenas prendas del talento y del corazon, que se ha hecho su elogio diciendo que el cielo se habia complacido en formarla digna de tal esposo. Isabel su hermana vivió en la práctica de las buenas obras, y murió santamente en el monasterio de Longchamp, su fundacion. Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa, su hermano, que la acompañó en sus dos cruzadas, y que murió volviendo de la segunda, siguió sus pasos, imitó su valor, y aun mas su virtud. Juan Tristan, su tercer hijo, que murió de una edad temprana en el sitio de Tunez, se hacia admirar de veinte años por su prudencia, pureza de costumbres, que juntas con su valor intrépido, hicieron considerar su pérdida como una pública desgracia. En fin, Felipe el Atrevido su sucesor, sin tener el carácter sublime, ni todas las virtudes del santo rey, no dexó de honrar el trono y la religion con muchas prendas estimables, que la experiencia hubiera perfeccionado á haber reynado mas tiempo.

Muchos santos obispos ilustraron la Francia en este siglo, y trabajaron con zelo en edificar á los fieles que estaban á su cargo. Tales fueron entre otros san Guillermo, arzobispo de Bourges, de la familia de los condes de Nevers; san Esteban, primer abad de santa Genoveva de París, y despues obispo de Tournai, que renovó la simplicidad, la caridad y desinteres de los apóstoles; otro Esteban beatificado, que salió de la cartuja de Portes, para ocupar la silla de Die, y que conservó en el exercicio de su ministerio el espíritu de penitencia y de oracion en que se habia formado en la soledad; y san Guillermo Pinchon, obispo de san Brieux, que dió muestras de su caridad con abundantes limosnas. Poseia tambien la iglesia de Francia en el clero secular y reglar varios personages igualmente recomendables por sus talentos y virtudes. Ya hemos dado á conocer algunos, hablaremos de los demas en los artículos 11 y 12.

La España tuvo como la Francia en este siglo la gloria de contar un gran Santo entre sus reyes. Hablamos de san Fernando, que reunió las dos coronas de Castilla y de Leon. Este virtuoso príncipe estuvo casi en continua guerra con los musulmanes, á los quales hizo varias conquistas importantes. Les ganó las ciudades de Ubeda,

Córdoba, Jaen, Murcia, Sevilla y otras ménos considerables. Restableció en ellas el christianismo, reedificó ó hizo reconciliar las iglesias, proveyó de buenos obispos á las sillas de estas ciudades, que su valor acababa de restituir á la religion, aplicándose, como si él mismo fuese obispo, á hacer que floreciesen las buenas costumbres en las nuevas sociedades christianas. En el curso de sus expediciones contra los mahometanos, este santo rey, que tomaba las armas ménos por su gloria que por los aumentos de la fe, recibió muchas veces notables muestras de la proteccion del cielo. Sin ser crédulos hasta admitir indistintamente como milagros todos los acaecimientos, hay algunos apoyados en tan auténticos testimonios, que no se puede dudar de ellos. Lo que los historiadores contemporáneos han escrito acerca de los prodigios que obró Dios para hacer mas completas las victorias de san Fernando, y algunos otros reyes de España armados por una misma causa, entra en la clase de los hechos averiguados, de que no es posible dudar sin faltar á todas las reglas de la sana crítica.

Si Jayme I. rey de Aragon, uno de los mayores capitanes de su siglo, no imitó á san Fernando en la práctica de las virtudes christianas, fué á lo ménos su competidor en la gloria de las guerras que emprendió contra los moros. Las ventajas que ganó sobre los infieles fueron tan continuas é importantes, que le adquirieron el sobrenombre de Conquistador. Sus victorias fueron igualmente útiles para la religion que para el estado. La isla de Mallorca, libertada del yugo de los musulmanes en 1237 por las armas de este príncipe, que aun no tenia veinte años, volvió á entrar baxo el de Jesu-cristo. El año siguiente tuvo la misma felicidad la ciucad de Valencia, capital de un pequeño reyno del mismo nombre; se hizo Iglesia la gran mezquita de esta ciudad, y se le dió un obispo, con cánonigos y clérigos para el servicio divino. Lo mismo se habia hecho en Mallorca, al punto que aquella villa entró en poder de los christianos.

Habia en las ciudades de España y Africa sujetas á los sarracenos un gran número de christianos; y lo mismo en Marruecos y Tunez. Algunas veces gozaban entera libertad en los exercicios públicos de su religion, baxo obispos que los gobernaban. Pero muchas veces eran vexados

y ultrajados por los infieles de un modo tan violento, que se pueden mirar á estas borrascas, aunque pasageras, como verdaderas persecuciones, y como mártires á la mayor parte de los que entónces hicieron morir los infieles. Estas eran de ordinario las resultas de alguna grande pérdida que sufrian en la guerra, y de las batallas sangrientas que les ganaban los príncipes christianos; irritándose entónces contra los adoradores de Jesu-christo domiciliados en las ciudades ó paises de su obediencia, para vengar la muerte de sus hermanos y sus mismas derrotas. El rey de Aragon Jayme I. les daba muchas veces motivo de exercer con los christianos estas crueles represalias. Se dice que este príncipe les dió 33 batallas, que fueron otras tantas victorias, y que construyó ó reedificó hasta 1000 iglesias, contando sin duda las mezquitas que hizo consagrar al culto de Jesu-christo. Solo hacemos esta reflexîon para indicar quanto se extendió el christianismo en España sobre las ruinas de la religion mahometana.

Ya hemos dado una idea de la funesta guerra que se produxo entre el sacerdocio y el imperio, y que duró casi todo este siglo. No se pueden concebir los males, que causó en los paises expuestos á los efectos de su fuego devorador. La iglesia de Alemania, agitada por todos lados de estos civiles disturbios, perdió su tranquilidad y su gloria. Los obispos, por la mayor parte príncipes del imperio y miembros del cuerpo político, á causa de los feudos que poseian, no podian dispensarse de entrar en aquellas contestaciones, cuyos tristes efectos se experimentaban por todas partes. Abandonaban muchos el gobierno de las iglesias por ponerse al frente de sus vasallos, para mantener el campo por el partido que habian abrazado. Otros que tenian mas talento político y militar, enredaban las dietas, no contribuyendo ménos á fomentar las turbaciones. Así casi todos los pastores habian desmentido su estado y abandonado sus funciones, para entregarse al exercicio de las armas, y á disputar los intereses políticos. Entre estas crueles disensiones, que mudaban los obispos y abades en guerreros y faccionarios, era imposible que no se renovasen los antiguos abusos, y que la religion conservase su imperio sobre los entendimientos y los corazones; pues siempre pierde algo, quando sus ministros no merecen la estimacion y el respeto

que da al ministerio una fuerza exterior, sin la qual no basta el carácter sagrado de donde dimana su autoridad.

Nada manifiesta mejor el triste estado de la iglesia de Alemania; conseqüencia de las públicas calamidades, que la memoria que envió al papa Gregorio X. Brumon ó Brunon, obispo de Olmutz. Hace ver al soberano pontífice que la mayor parte de las iglesias estaban despojadas de sus bienes, de modo que no habiendo con que subvenir á los gastos que exîge el servicio divino, permanecian abandonadas; que este mal se hacia mas sensible en las parroquias de las ciudades y aldeas; que el pueblo no las freqüentaba; que despreciaba la voz de los curas; corriendo en tropel tras de ministros extraños llevados del atractivo de la novedad; que el número de los que abrazaban el estado eclesiástico era tan grande, que no se podian dar beneficios á todos para hacerles subsistir, viéndoseles por tanto recurrir á medios que envilecian su estado para poder vivir; que la ociosidad de aquellos clérigos menesterosos era el orígen de mil desórdenes indecorosos al órden sacerdotal, y que le hacen despreciable á los legos. El obispo de Olmutz se queja ademas de otros muchos abusos que suplica al papa haga cesar mediante su autoridad. Tocaba á los pastores ordinarios trabajar cada uno en su diócesis en desarraygar los abusos y vicios que de ellos nacian, en vez de recurrir al papa agoviado ya con tantos negocios. ¿Pero qué zelo, qué vigilancia podian tener unos obispos faccionarios, que desdeñaban las funciones del ministerio santo para vivir en la disipacion y los enredos?

¿Debemos admirarnos á vista de esto de que la autoridad pastoral cayese en el desprecio? Es raro, ó por mejor ecir, casi imposible que el pueblo la respete, quando las ersonas que de ella estan revestidas no se hacen respe-r. Este desprecio de la autoridad espiritual y de las cen-uras eclesiásticas que de ella proceden, llegó en Alema-a al punto de heregía. Predicaban públicamente que el apa era un usurpador y un tirano; que los obispos, por mayor parte simoniacos y escandalosos, habian perdi- por sus pecados la potestad de ligar y de absolver; y ue los clérigos, cuya vida no era mas edificante, no me-cian, del mismo modo, ser escuchados. Estos razona-entos de que la indocilidad de los pecadores se aprove-

chaba, como de un medio de evitar las penas canónicas, se dirigian abiertamente á sacudir el yugo de los legítimos pastores, y á romper todos los lazos de la dependencia en el órden espiritual. Ya veremos los progresos que estos dañosos principios hicieron en lo sucesivo, y los desórdenes que causaron quando los adoptó el fanatismo, y que los príncipes los favorecieron con la esperanza de aumentar su poder sobre las ruinas del sacerdocio.

La iglesia Anglicana estuvo agitada de violentas borrascas lo mas de este siglo. El carácter arrebatado, caprichoso y débil de Juan Sin-Tierra, la política interesada de los papas, que se aprovechaban de todas las circunstancias para extender sus derechos, y adquirirlos de nuevo, la conducta imperiosa y dura de los legados, el modo altivo con que trataban á los príncipes y al clero, sus exâcciones, su codicia, finalmente el murmullo de la nacion, sus tumultos, su rebelion contra los romanos, autores de mil vexaciones clamando contra el rey que las habia traido, entregándolos al estado y el pueblo: tal es el espectáculo que nos presenta en la época de que hablamos la historia de esta famosa isla que raras veces gustó las dulzuras de la paz. Juan, siempre inconseqüente y contrario á sí mismo, despues de haber menospreciado á Roma, y amenazádola de vindicar los ultrajes que de ella recibia, arrojando de sus estados los eclesiásticos y monges, se abatió hasta hacerse tributario del pontífice, cuyo poder habia desafiado. Las conseqüencias de un orgullo tan mal sostenido, y de una baxeza tan despreciable fueron tales, quales se debian prever. El rey comprando la proteccion del papa con los sacrificios de sus mas preciosos derechos, y aun con la soberanía, de que solo le quedó la sombra no remedió los males ya hechos, y abrió un nuevo cam no á los desórdenes. Los disturbios y calamidades yen cada dia en aumento, las quejas se aumentaban á propo cion. El mismo clero, que por un efecto de las preoc paciones del siglo habia obedecido como esclavo á la c te romana, conoció bien presto la imprudencia de su co ducta, murmurando oprimido del yugo que se habia i puesto. Se quejaban del rey, cuyos errores habian o sionado los suyos. Por otra parte el cardenal Esteban Langton, cuya elevacion á la silla de Cantorberi con la voluntad del rey habia sido la causa de todos los

dos, viendo que los agentes de Roma se apoderaban de todo, y aniquilaban la autoridad de los obispos sin perdonar la del primado, se oponia á las empresas del legado; y éste, á quien la resistencia hacia mas imperioso, proveia con absoluto dominio las sillas vacantes, y decidia á su arbitrio todas las causas eclesiásticas, aun muchas veces contra las leyes y usos observados desde tiempo inmemorial en esta iglesia.

Los ministros de la corte de Roma, gente de una avaricia insaciable, hacian todos los dias nuevas peticiones al rey, al clero y á la nacion. No contentos con el dinero de san Pedro, antiguo tributo que se imponia en la Inglaterra para utilidad del papa, ni con mil marcos esterlinos que Juan Sin-Tierra se habia obligado á pagar anualmente á la santa sede, él y todos sus sucesores, declarándose su vasallo, los agentes de Roma exîgian con diversos pretextos otras sumas para sí; porque no se ocupaban ménos en su propio interes, que en los negocios que les estaban confiados. Producian continuamente nuevas bulas que autorizaban sus exâcciones. Pedian á nombre del papa, ya las rentas de dos prebendas de cada iglesia, y de dos plazas en cada monasterio, ya el diezmo de todos los bienes muebles que poseian los señores, los hombres libres y las gentes eclesiásticas; ya finalmente el quinto de las rentas eclesiásticas de Inglaterra é Irlanda. Se sabia que todo el dinero que salia por los diferentes canales de estos dos reynos, se empleaba en sostener la guerra que habia el papa emprendido contra el emperador, y en mantener el fausto de los cardenales: fausto que cohonestaban con los bellos nombres de esplendor y dignidad de la iglesia Romana. Este uso de las sumas exîgidas de los grandes como del pueblo, y que el temor de la excomunion y entredicho impedian rehusar, hacia aun mas insoportable el peso de estas exâcciones, y mas odiosos á los exâctores. Se llegó tambien á hacer á la religion responsable de los males, cuyos autores é instrumentos eran sus ministros. Conseqüencia injusta, pero que el pueblo jamas dexa de deducir, quando se cree con el derecho de atribuir sus desgracias á los que debian ser para él un manantial de beneficios, y modelos del mas perfecto desinteres.

La guerra civil, que se encendió en el reynado de Juan Sin-Tierra, y que continuó algun tiempo en el de

M

Henrique III. su hijo, aumentó tambien los desórdenes. Los ciudadanos que entre sí se degollaban ponian el colmo á los males; entregáronse á todos los furores de que se hacen los pueblos capaces quando se arman contra sus soberanos. Estos tiempos de crímenes y atrocidades son siempre aquellos en que la religion reyna ménos en los espíritus y los corazones. Su voz es tan poco atendida como la de la razon; quando se atropella sin remordimientos la naturaleza y la humanidad, nada se conoce que sea sagrado. No obstante en medio de estas convulsiones habia en Inglaterra algunos hombres estimables y aun virtuosos. Aquel cardenal Langton por quien habian tenido principio las alteraciones, era un prelado de muchas luces para su siglo, y muy aplicado á las obligaciones de su ministerio. En tiempos mas tranquilos hubiera trabajado con buen éxîto en restablecer el buen órden en la sociedad christiana. Tenia ciencia y talento. Se dedicaba en quanto lo permitian las circunstancias á la instruccion de su pueblo. Ha dexado comentarios sobre la santa escritura y otros escritos que no carecen de mérito, y se han conservado manuscritos en algunas bibliotecas de Inglaterra. Ricardo, que le sucedió en la silla primada de Cantorberi, era asimismo un varon sábio y virtuoso. Pero san Edmundo, sucesor de éste, fué el mas recomendable de los prelados de Inglaterra por su zelo, su prudencia y piedad. Era tesorero de la iglesia de Sarisberi, quando el clero de Cantorberi fixó en él los ojos para elevarle á una dignidad que los Anselmos, los Lanfrancos y tantos varones grandes habian ilustrado. En el tiempo de su episcopado empezó la contribucion del quinto sobre las rentas eclesiásticas. No se opuso á ella temiendo que la negativa causase mayores daños. Con este pensamiento, que prueba bien su prudencia y moderacion, dió exemplo á los demas obispos, pagando por su parte 800 marcos de plata á los colectores de aquel impuesto. Se ve por esta suma quál era la riqueza de las iglesias de Inglaterra, y quánto dinero sacaban de este reyno los romanos. Afligido san Edmundo de los males que asolaban su patria, se retiró al monasterio de Potigni, del órden del Cister, en la diócesis de Auxêrre, acabando de santificarse con la práctica de todas las virtudes, de que esta soledad ofrecia entónces tantos modelos como moradores. Su cuerpo descansa allí, y la veneracion pública de que siempre

ha sido objeto aquella preciosa reliquia, se ha conservado hasta nuestros dias. San Ricardo, obispo de Chischester, y Seval, arzobispo de Yorck, ambos discípulos de san Edmundo, adornaron tambien la iglesia de Inglaterra en aquellos tiempos de agitacion, y lo mismo Roberto obispo de Lincoln. Este último, de un zelo grande y una vida irreprehensible, lloraba altamente los males de la Iglesia en general, y en particular los de la Inglaterra. Hablaba de ellos con mucha libertad en las instrucciones que daba á su pueblo y en sus escritos. En ellos atribuia la causa al defecto de pastores ilustrados y vigilantes. Decia que de ordinario el Evangelio y la religion se han propagado á medida que hubo buenos pastores en todas las partes del mundo; y por el contrario que por los malos la fe y la religion se habian extinguido en muchos parages, y por ellos se han visto asolar el universo los cismas, las heregías y la corrupcion de las costumbres. Esta reflexîon del pio y sábio prelado se puede aplicar á todos los siglos.

El christianismo hacia nuevos progresos en los reynos del Norte, en donde se veian tiempo habia las iglesias florecientes. La Suecia, la Dinamarca, la Noruega, la Polonia y la Bohemia, que eran christianas, enviaban á las naciones vecinas, sumergidas aun en las tinieblas del paganismo, misioneros zelosos y activos que trabajaban en su conversion. Los papas, que exercian por sus legados una autoridad absoluta sobre estas nuevas iglesias, no las perdian de vista, y empleaban los medios posibles para extender la religion sobre las ruinas de la idolatría. Enviaban religiosos para predicar el Evangelio, dirigiendo las fatigas de estos varones apostólicos que se consagraban voluntariamente á tan piadosa empresa. Escribian á los príncipes, á los obispos y á las ciudades, empeñándolos en auxîliar con todo su poder á los nuevos christianos de aquellas regiones, y á los ministros caritativos que se dedicaban á su instruccion. Por este medio la Livonia, la Prusia, la Curlandia, la Lithuania, la Silesia y otros paises del Norte recibieron en este siglo la luz de la fe por el órgano de muchos santos misioneros, á quienes no hacia retroceder el temor de los riesgos á que estaban expuestos en tan penosa carrera. Los pueblos de aquellos climas eran ignorantes, feroces y muy adictos á su anti-

gua superstición. Además su natural inconstancia, y la fuerza de la costumbre, los hacia volver muchas veces á su antiguo culto despues de haberle dexado. Entónces eran mas opuestos á la verdad, mas acalorados contra los que perseveraban en la fe, que ántes de renunciar á los ídolos. Tal vez porque no los exâminaban bien ántes de bautizarlos, y quizás porque los medios que se empleaban para hacerles abrazar el christianismo, servian mas bien á alejarlos que á atraerlos.

En efecto, con el pretexto de defenderse contra los ataques de los paganos, las nuevas sociedades christianas, establecidas en aquellos parages en que la religion de Jesu-christo penetraba tan dificilmente, entraban espada en mano degollando á quantos rehusaban abandonar los ídolos. Los papas ofrecian á los cruzados que no podian ir á pelear contra los sarracenos de Oriente este medio de cumplir sus votos. Los alemanes y todos los pueblos del otro lado del Rhin preferian estas expediciones mas vecinas y ménos penosas al viage de la tierra santa, que exîgia muchos gastos, y que unia la intemperie del clima á los peligros ordinarios de la guerra. Volvian pues contra los paganos del Norte su zelo y su espada. Estas cruzadas no aparecian ménos legítimas que las otras, porque se dirigian asimismo á extender el imperio de la Iglesia, y á someterse pueblos que se miraban tambien como enemigos de la religion, y como infieles. Tales eran las preocupaciones de aquel tiempo, no atreviéndose nadie á sospechar que fuesen otros tantos errores. Se instituyó asimismo con este objeto una nueva órden de religiosos militares, llamada los caballeros de Christo ó de la Espada, porque llevaban sobre el manto la figura de una espada y la de la cruz. Se unió despues á la órden de los teutónicos, que siendo de una institucion mas antigua, se habia hecho ya considerable por su poder y sus riquezas. Los papas les concedieron la propiedad de todas las tierras que conquistasen á los infieles. Se les acusó de haber algunas veces abusado de esta concesion, y de sus demas privilegios, trastornando el zelo de los misioneros que debian proteger. Un escritor juicioso ha observado que en los buenos siglos del christianismo no se conocia otro medio de convertir los infieles, que el de la instruccion y persuacion, sostenidas con la oracion y el

buen exemplo. Habian variado bastante las ideas desde aquellos felices tiempos, pues en la época en que estamos habia ya cerca de 200 años que no se dudaba ser permitido violentar á los paganos y hereges, y hacer mudar de opinion en materia de culto por medio de la fuerza y el terror de las armas. Esta diferencia de medios con relacion á un mismo objeto, da á conocer mejor que nuestras reflexîones la de los siglos. Si el método del XIII., tan contrario al de los primeros tiempos, es ademas muy opuesto al verdadero espiritu del christianismo, no debe imputarse á él, y sí solo á las pocas luces y á los extravíos del entendimiento humano.

ARTICULO IX.

Pintura de la iglesia de Roma; carácter de los pontífices que la rigieron en el siglo XIII.

Con las noticias esparcidas en los artículos que se acaban de leer, se ha bosquejado ya la pintura de la iglesia de Roma durante todo este siglo. Lo que vamos á añadir completará la idea que se debe formar del verdadero estado de aquella iglesia, en que se fraguaron tantas tempestades, y de donde salieron tantos rayos, que conmovieron á todo el mundo christiano. Las varias qualidades de los pontífices que ocuparon la santa Sede en este espacio de tiempo, sus prendas buenas y malas, los extraordinarios acontecimientos de que fueron el alma y principales actores, lo bueno que hicieron, y las faltas que cometieron, su ingenio, sus talentos y su política; en una palabra todo lo que contribuye á dar á conocer su gobierno y su influencia en las diversas porciones de la sociedad christiana, no es lo ménos importante, ni ménos curioso de la Historia.

La autoridad pontificia, que habia ya pasado tanto de sus límites respecto de lo espiritual y temporal en los siglos antecedentes, llegó á su colmo en éste. Lo que en adelante se intentó añadir á ella, no sirvió sino para hacer mas patentes los defectos de una obra cuya irregularidad hubiera chocado ménos si se hubiera advertido ántes que salia de aquella justa proporcion que debe tener todo edificio con sus cimien-

tos. Desde Gregorio VII. todos los papas que habian tenido talento para los negocios, y asimismo ambicion, que fueron algunos, trabajaron con una constancia y conseqüencia de ideas, que nunca se ponderarán lo bastante, segun buena política, en poner baxo de su dependencia todos los estados christianos, haciéndose jueces de todos los derechos y de todas las disputas. El juramento que mediaba en todos los convenios, igualmente que las injusticias y agravios que acompañaban á todas las empresas por una parte ú otra, servian de pretexto á la potestad espiritual, para atribuirse el conocimiento y la decision, tanto de los menores negocios, como de los mas grandes. Por tanto los intereses de los príncipes, de los particulares, y de todo el cuerpo católico, se exâminaban en Roma á presencia de los pontífices ó de los comisionados que nombraban para conocer de ellos. Prelados, señores, barones y príncipes por grandes que fuesen, eran llamados incesantemente á este tribunal, no tan solo por sus partes, sino por el mismo papa, que teniéndose por superior á toda potestad humana, se entrometia en los negocios sin ser requerido, y se los quitaba á los jueces naturales, que eran los que debian decidirlos.

Por este medio habian llegado los papas á hacerse los magistrados supremos de toda la Europa christiana. A sus legados, esparcidos como representantes suyos en todos los reynos, les daban cuenta de quanto pasaba. Las pretensiones respectivas de los soberanos unos con otros, las disputas que se movian entre ellos, las tentativas que hacian contra sus vecinos, y el partido que tomaban en las pendencias de sus vasallos, las leyes que tenian por conveniente hacer, ya para la policía de sus estados, ya para reprimir los abusos que con tanta freqüencia se hacian de los privilegios é inmunidades del clero, su conducta personal en lo interior de sus córtes, y hasta en lo íntimo de sus familias; por último, todo estaba sujeto al exâmen y jurisdiccion de estos delegados del pontífice romano, todo se escribia y se participaba á Roma, y se juzgaba allí. Las cosas habian llegado á tal término, que no se pasaba dia en toda la extension de la christiandad sin que los monarcas recibiesen letras apostólicas, por medio de las quales un papa, que regularmente habia naci-

do vasallo suyo, les intimaba sus órdenes en el tono mas absoluto: v. g. "Hareis la paz con tal príncipe; os abs-»tendreis de acometer al otro; pondreis en libertad tal pri-»sionero; restituireis á tal Iglesia, á tal monasterio lo que »les habeis tomado, tomareis las armas en favor de aquel; »recibireis benignamente el enviado que os dirigimos, le »protegereis con todo vuestro poder en la execucion de »las órdenes que le hemos dado, y hareis puntualmente lo »que os encargue de nuestra parte." Tal era por lo comun el estilo de los rescriptos que dimanaban de la autoridad pontificia. La amenaza de las censuras mas terribles acompañaba siempre á estas órdenes imperiosas, y la execucion se seguia muy pronto á la amenaza, si experimentaba Roma alguna resistencia, ó no mas que alguna lentitud. Así que en este siglo se vieron caer sin comedimiento entredichos y excomuniones sobre los reynos y los príncipes; los reyes proscritos, sus vasallos exîmidos del juramento de fidelidad, sus estados ofrecidos á otros soberanos tan ciegos, que los admitiesen en perjuicio de su propia seguridad. No hubo reyno de un cabo á otro de la Europa que no fuese amenazado ó herido del rayo que incesantemente se oia sonar á los pies del trono pontificio, y que á cada instante se veia encenderse para sujetar ó castigar á los que los papas trataban de rebeldes ó de culpados. Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Castilla, Aragon, Portugal, Dinamarca, Grecia, en una palabra, todos los estados de la christiandad fueron sucesivamente abrasados con el mismo fuego. Era preciso ceder ó resolverse á ser el objeto de una guerra tanto mas temible, quanto no se hacia uso en ella solamente de las armas espirituales; sino que quando no bastaban las censuras, la invencion de las cruzadas que se aplicaban á todo, suministraba nuevo medio de sujetar á los que se queria abatir ó castigar. La historia de este siglo nos ha manifestado varios exemplares de esto.

Entretanto que los papas gobernaban á su arbitrio la Europa christiana, y derribaban á sus pies á los monarcas mas poderosos, les costaba por lo regular no poco trabajo hacerse obedecer en sus propios estados, y aun dentro del recinto de Roma, en donde no estaba todavía de todo punto establecida su soberanía. Esta antigua capital del mundo conservaba siempre alguna memoria de su gloria

pasada, y algun deseo de recobrarla. Habiase formado un gobierno que se acercaba al republicano, y resistia á los esfuerzos que hacian incesantemente sus pontífices para alzarse con la única y absoluta soberanía. Elegia senado, prefecto, magistrados para su política interior, y la defensa de sus derechos. Los emperadores de Alemania no exercian ya en ella ninguna autoridad, aunque siempre tuviesen las mismas pretensiones, y la mirasen como el centro ó capital del imperio de Occidente. El exemplo de muchas ciudades de Italia, que habian conseguido hacerse independientes, habia avivado en el corazon de los ciudadanos el deseo de la libertad; pero era muy importante á los papas, despues de haber convertido los dominios de su iglesia en estados, y hecho de su clero una corte tan lucida como numerosa, reynar como monarcas en aquella misma ciudad que habia dado leyes al universo. A esto, que hacia mucho tiempo que era el objeto de su política, y á cuyo fin conspiraba todo quanto habian hecho á la sombra de las preocupaciones que encubrian sus intentonas, llegaron por fin en el siglo XIII. Inocencio III. y Gregorio IX. tuvieron la gloria de perfeccionar la larga y penosa obra de sus antecesores. La inauguracion de éste en el año 1227 fué una verdadera coronacion. En ella recibió la corona doble, la insignia característica de la soberanía, y anduvo por Roma en medio de las aclamaciones con este adorno de los monarcas en la cabeza, acompañado del prefecto y del primer senador, que llevaban las riendas del caballo en señal de dependencia. Sus sucesores tomaron posesion del trono pontificio con las mismas ceremonias, siempre que las circunstancias no se opusieron á ello; y aun hubo dos á fines de este siglo; á saber, Celestino V. y Bonifacio VIII., que vieron dos soberanos, el de Sicilia y Hungría, ir á su lado por honor, agarrada la brida de su caballo en el dia de su inauguracion solemne. Sin embargo de todo esto, el proyecto quimérico de restablecer el gobierno republicano se excitó muchas veces á vista del Capitolio, y la fantasma de la libertad romana hizo de tiempo en tiempo nuevos esfuerzos para luchar contra la dominacion de los papas; pero siempre en vano. Los que ocupaban la silla apostólica, y los que componian su consejo, tenian puesta toda su atencion en conservar y acrecentar su poder en la capital del mundo christiano

de modo que no podia ésta romper sus cadenas. Con el tiempo por último, el pueblo, para quien casi no hay otra regla que el hábito, se acostumbró, por vivir mas tranquilo, á ver á sus príncipes cabezas de la Iglesia universal.

La eleccion de los sumos pontífices habia sido un manantial fecundo de alborotos y de sediciones, en tanto que los grandes y el pueblo habian participado con el clero del derecho de concurrir á ella. Todos los partidos que tenian encontrados á los ciudadanos, y que dividian la ciudad en muchos bandos mas ó ménos numerosos, querian tener un papa, con el qual pudiesen contar; y los príncipes de Italia, ó los emperadores, á quienes iba mucho en que recayesen los votos en un sugeto como lo deseaban, aumentaban todavía, por el manejo de sus hechuras, la dificultad de una buena eleccion. Pero luego que los cardenales, hechos mas poderosos, afirmaron en su colegio el derecho de la votacion, se debió esperar, que ménos trastornadas las elecciones, se harian de un modo mas regular y con mas quietud: mas la ambicion produxo los mismos efectos que las discordias civiles. Todos los cardenales aspiraban al trono pontificio; y como era imposible que sus deseos se cumpliesen á un tiempo, la dificultad de acordarse en una eleccion que habria destruido las esperanzas y pretensiones recíprocas, no llegó á ser menor; y la vacante de la santa sede se dilató muchas veces años enteros con grande escándalo de las naciones christianas. Los negocios estaban suspensos, los pueblos murmuraban, los soberanos amenazaban con poner una cabeza en la iglesia, cada uno en sus estados, los exércitos se iban acercando á Roma, talaban el patrimonio de san Pedro y las tierras de los cardenales, y de ahí se originaban los mayores desórdenes. Gregorio X. creyó haber encontrado medio de remediar este daño, ordenando por una constitucion, que diez dias despues de la muerte del papa se juntasen los cardenales para nombrar sucesor, y que estuviesen encerrados en un mismo lugar, sin poder salir de él hasta estar hecha la eleccion; y este es el orígen del cónclave. La misma constitucion prevenia que si á los tres dias no estaba hecha la eleccion, no se diese á los cardenales en sus comidas mas que un solo plato en los cinco dias siguientes, y pasado este término, solamente pan y agua hasta tener pontífice la iglesia. Lo que habia pasado ántes de la eleccion de Grego-

rio X., le habia sugerido la idea del cónclave. Despues de la muerte de Clemente IV., acaecida el año 1268, estuvieron los cardenales tres años deliberando sobre la eleccion de un sugeto á propósito para gobernar la Iglesia, sin poder convenirse entre sí. El magistrado de Viterbo, en donde estaban congregados, los tuvo encerrados para precisarlos á que hiciesen cesar tan larga vacante, de que estaba escandalizada toda la Iglesia. Enfadados del cautiverio hicieron un compromiso, por el qual daban facultad á seis de ellos para elegir el papa; y la exâltacion de Gregorio, llamado ántes Tiebaldo ó Tibaldo, fué el feliz fruto de esta providencia. Gregorio creyó, pues, que siguiendo la misma práctica siempre que muriese qualquier papa, se harian mas prontamente las elecciones, y con ménos enredos; pero esta ley incómoda desagradó al colegio de los cardenales, porque les impedia poner en movimiento los artificios ordinarios de la ambicion, y así persuadieron á los sucesores de Gregorio X. á abolirla, y cediendo á sus instancias Juan XXI., la revocó; pero habiendo vuelto á experimentarse los inconvenientes y abusos que con su establecimiento se habian querido remediar, la restablecieron muy pronto en su vigor Celestino V. y Bonifacio VIII., para observarse constantemente en adelante.

La iglesia de Roma vió en los tiempos de que vamos hablando sugetos del mayor mérito en la silla apostólica. Ocupábala á principio de este siglo Inocencio III, que no tenia aun 37 años quando se le exâltó á ella. Los historiadores lo han puesto muchas veces en parangon con Gregorio VII., cuyas grandes prendas y defectos tenia, dicen ellos. Habia formado los mismos principios acerca de la naturaleza y uso de la autoridad pontificia; tuvo por obligacion seguirlos en su conducta; y ningun papa ántes de él, ni aun Gregorio VII., su modelo, llevó tan al cabo en la práctica la aplicacion de las nuevas máxîmas señaladas en las decretales falsas y en la coleccion de Graciano. A juzgarlo por sus acciones habria motivo para creer que se tenia por monarca universal y absoluto de la christiandad. Todos los negocios dependian de él, y quanto pasaba en Europa y Asia le daba pie para hacer efectivas sus pretensiones en el órden de las cosas temporales. Trataba á los soberanos como á vasallos suyos, á los obispos como á sus vicarios, y exîgia, tanto de unos como de otros.

una obediencia ciega á su voluntad, y una execucion pronta y literal de sus menores órdenes. Desde el dia siguiente á su entronizacion obligó al prefecto de Roma á que le hiciese juramento de fidelidad, como al único señor que debia reconocer; juramento que hasta entónces no habia hecho este primer magistrado mas que al emperador. Todo su porte fué conforme con este principio; y por un nuevo rasgo de semejanza con Gregorio VII., jamas lo desviaron del plan que se habia propuesto seguir las resultas que podian tener sus empresas. Con esta entereza se adelanta la execucion de qualquier proyecto; pero tambien es muy fácil cometer grandes faltas, como se verificó en Inocencio III.; verdad es que sus defectos fueron por causa de las máximas recibidas en su tiempo que nadie acusaba de injustas ni excesivas.

No obstante el rigor con que este papa puso en práctica los principios que halló ya establecidos, no se puede ménos de confesar, que si fué reprehensible por sus extravíos, tambien fué digno de los mayores elogios por su talento y virtud. Fué el primer Jurisconsulto de su tiempo; y los sabios eruditos que se aplicaban al estudio de las leyes canónicas, iban á Roma á perfeccionarse y instruirse asistiendo á sus consistorios públicos, que regularmente tenia tres veces á la semana. En ellos manifestaba una penetracion y prudencia admirables en el exámen y decision de los negocios mas arduos. Su zelo contra los vicios y abusos igualaba á su extremada sagacidad en la averiguacion de las causas que se llevaban ante su tribunal. La venalidad que reynaba en la corte de Roma, y que excitaba hacia mucho tiempo las quejas de todas las naciones christianas, le parecia un vicio baxo, é indigno orígen de injusticias y desórdenes. Por tanto trabajó en destruirlo así con su exemplo no haciendo jamas acepcion de las personas en los negocios, como con una justa severidad, quando encontraba vicio de este jaez que castigar. Por otra parte, sus costumbres eran puras y su vida exemplar. Tenia un ardiente deseo de facilitar auxîlios á los christianos de Oriente; y éste fué uno de los principales objetos de su solicitud miéntras duró su pontificado, el qual concluyó el año 1216, despues de haber ocupado la silla apostólica 18 años y medio. Era infatigable en el trabajo; y el crecido número de decretos que procedieron de

él, no es menor prueba de su aplicacion continua á los negocios de todas especies que tuvo que tratar, que de su habilidad en el derecho canónico, cuyas partes todas poseyó en el grado mas sublime. A todo lo que hemos dicho en loor suyo, añadiremos que la Iglesia le debe la preciosa prosa de Pentecostes, *Veni Sancte Spiritus*, *&c.* Todos saben que esta oracion noble y expresiva, junta con unas expresiones eficaces grandes afectos de piedad.

El cardenal Censio Savelli, sucesor de Inocencio, con el nombre de Honorio III. hizo alarde de seguir sus máxîmas y de caminar sobre sus huellas; pero no tenia ni su ingenio sublime, ni su profundo saber, ni su índole fogosa, ni su gran capacidad, y por consiguiente no hizo ni tanto bueno como él, ni tampoco cometió tantas faltas. Ya se ha observado que este papa es el primero que ha concedido indulgencias por la canonizacion de los santos. Las qualidades que faltaron á Honorio para ser perfecto imitador de Alexandro III., las tuvo todas al cardenal Hugolino, que subió á la silla apostólica el año 1227., con el nombre de Gregorio IX. Fué así como él docto canonista, y zeloso contra los vicios; amó tambien como él la regularidad en las costumbres del clero; procuró con esfuerzo reunir los príncipes christianos para la conquista de los santos lugares; pero no estuvo ménos encaprichado que él con la potestad y prerogativas de la dignidad pontificia. Pasó asimismo en muchas cosas mas allá que su modelo. Mas empeñado en seguir sus empresas, en rechazar á sus enemigos, en hacer que cediesen á él todas las demas potestades, parece que era su único anhelo el hacerse temible por los golpes que incesantemente descargaba sobre las cabezas mas ilustres. Ya hemos referido cómo se hubo con el emperador Federico II., de quien hubiera podido recibir los mayores servicios para la conquista de la tierra santa, y al qual convirtió en enemigo implacable oprimiéndole con su dureza, y si es lícito decirlo, con su injusticia. Si se juntasen todas las acciones de este papa para parangonarlas con las de Alexandro III., resultaria de este paralelo que Alexandro gobernó la Iglesia á modo de monarca, y que algunas veces Gregorio se portó como despótico (*a*).

(*a*) Entre otras acciones dignas de alabanza se debe al papa Gregorio IX. el haber procurado remediar el abuso de mezclar los delirios dia-

La guerra obstinada que Gregorio IX. habia declarado á los soberanos en la persona del emperador de Occidente, el cardenal Sinibalo de Fiesco, que subió al trono pontificio el año de 1243, y que tomó el nombre de Inocencio IV., la siguió miéntras vivió con una animosidad, que quizá se hubiera reprehendido en un príncipe secular. Pretendió que toda la christiandad debia interesarse en su disputa, y abastecerle de dinero para hacer guerra á su enemigo, que se burlaba de las armas espirituales. Usó de toda especie de medios para adquirirlo; pero su encarnizamiento, sus exâcciones, y el abuso manifiesto que hizo de su poder, desagradaron á todas las naciones y las enagenaron de él tanto, que no teniéndose por seguro aun en Génova su patria, y habiendo pedido asilo á los mayores reyes, no hubo ni uno que quisiese recibir en su casa un huésped tan perjudicial. Rechazósele aun en Francia, albergue comun de los papas perseguidos, por miedo de que no traxese consigo la turbacion, el alboroto, y que no tomase demasiado dominio sobre el jóven rey Luis IX., que daba las mejores muestras de su reynado. No halló otro parage para refugiarse que Leon, ciudad neutral, cuyo arzobispo era entónces señor temporal. Aquí permaneció mucho tiempo, durante el qual celebró aquel famoso concilio, en que mas enfurecido que nunca contra Federico lo depuso solemnemente, como si la presencia de 140 obispos y de 3 patriarcas que componian esta asamblea, hubiese podido dar á la cabeza de la Iglesia una facultad que no tiene, ó justificar el abuso de la que tiene para edificar

lécticos, con las materias graves de la teología. A este efecto escribió Gregorio á los doctores de París una carta muy agria, cuyo resúmen refiere Raynaldo, y es digno de copiarse: *Quo anno*, dice, *Gregorius ad doctrinæ puritatem servandam litteris scriptis ad Theologiæ professores, qui publice Parisiis docebant, in eos acriter invectus est, qui elatiori spiritu ostentandæ Philosophiæ causa scripturarum difficultates ex sententiis philosophorum ineptæ enudare átque illustrare aggressi erant, præcepitque ut in explicandis aperiendisque scripturarum oraculis, Sanctissimorum Patrum doctrinam non illos philosophorum fucos ac lenocinia adhiberent.* Contin. Annal. Baron. ad ann. Christ. 1228. Si este sabio mandato hubiera sido obedecido, no se hubiera visto el uso lastimoso que se ha hecho de las sutilezas escolásticas para la ciencia de la religion. París fué la cuna de este método arriesgado y donde hizo mas progresos; hasta que con el socorro de las verdaderas luces, lo puso en el lugar que le correspondia, cuyo exemplo imitaron las naciones cultas. Y finalmente añadiremos lo que dice el abad Fleuri. *Tenia Gregorio mucha memoria y talento, sabia bien el derecho civil y canónico, y tenia una vida exemplar. Hist. Ecles. lib. 78.*

y no para destruir. Murió en Nápoles el año de 1241, siempre agitado, siempre errante, y sin haber habitado en Roma mas que algunos meses en todo su pontificado, que duró 11 años y medio.

Los papas que vinieron despues de él en el espacio de 23 años, desde la eleccion de Alexandro IV. en el año de 1254, hasta la de Nicolao III. en el de 1277, fueron todos recomendables por algunas buenas prendas. Seis pontificados, los mas muy cortos, ocuparon este intermedio, y aun lo interrumpieron muchas veces vacantes mas ó ménos largas desde la muerte de un papa hasta la exâltacion de otro. Casi todos estos pontífices llegaron á la silla apostólica sin mediar parcialidad, y solo por la estimacion que se habian grangeado. Su ciencia, su mérito y sus virtudes habian sido únicamente sus agentes. Tales fueron entre otros Urbano IV., que se ensalzó, por su talento y servicios, de la condicion mas baxa á los honores supremos: Clemente IV., que se lamentaba de su exâltacion, y que hablaba de sí mismo con una modestia digna de los mejores siglos; y Gregorio X., á quien se venera asimismo por santo. Hemos dado á conocer su zelo por la reunion de la iglesia griega con la latina, haciendo de él los justos elogios que merecen la mansedumbre, la prudencia y el desinteres que manifestó en el manejo de este gran negocio. No queda duda de que á no haber estado por desgracia dividido el sacerdocio y el imperio, estos papas con las rectas intenciones y el deseo de lo mejor, que mostraron en todas las ocasiones en que las máxîmas del tiempo no los extraviaron, habrian resucitado los felices tiempos del christianismo, combatiendo los vicios y destruyendo los abusos; pero atados, digámoslo así, con estas falsas máxîmas que se habian hecho principios de gobierno, y dominados por las circunstancias, anduvieron por el mismo camino que sus predecesores, y hicieron mayores de lo que eran los males de la Iglesia, creyendo trabajar en honra suya.

El pontificado de Nicolao III., que fué electo el año 1277, no es digno de atencion mas que por las nuevas dificultades que originó en el asunto de la reunion de griegos y latinos: dificultades que, como hemos dicho en otra parte, dieron á los enemigos de la paz nuevos pretextos para romper todo convenio, y empezar de nue-

vo el cisma. Martino IV., que subió á la santa sede despues de él, cometió todavía mayor yerro, excomulgando al emperador griego Miguel Paloelogo. Con este golpe de autoridad, que no habia dictado la prudencia, volvió al cisma á los mas de los que la persuasion ó la política habian apartado de él. Nacido en Francia, y vasallo de Cárlos de Anjou, rey de Sicilia, se pretende que el haber tratado con tanto rigor al príncipe griego, fué por haber sido cómplice en la horrible conspiracion de las vísperas sicilianas, de la que es época su pontificado. Del mismo modo trató y con mas justicia á Pedro de Aragon, que fué el verdadero autor, y que no tardó mucho en coger el fruto.

Los pontificados de Honorio IV. y de Nicolao IV., que no ocuparon en todo la silla apostólica mas que 6 años, no nos presentan cosa notable. Pero el de Celestino V., aunque de corta duracion, tambien merece que nos detengamos en él por las singulares circunstancias que acompañaron su exâltacion al trono pontificio, y que lo derribaron de él. Nació en Isernia en la Pulla, el año de 1215, de padres obscuros, pero virtuosos. Estudió algo en su juventud; pero habiendo tenido desde luego grande inclinacion á la vida penitente y solitaria, se apartó del mundo; y para ser mas desconocido, mudaba á menudo de retiro. Despues de haber recibido el órden sacerdotal en Roma, adonde habia ido con esta intencion, se retiró al monte de Muron cerca de Selmona, ciudad episcopal del reyno de Nápoles, en el Abruzzo ulterior. De allí tomó el nombre de Pedro de Muron, no siendo conocido ántes mas que por el del ermitaño Pedro, porque entónces los apellidos de las familias no estaban muy en uso entre las gentes de condicion baxa ó poco distinguida. Dos años y 3 meses hacia que estaba vacante la silla de san Pedro; y no pudiendo ponerse de acuerdo los cardenales para la eleccion de pontífice, exhortó uno de ellos á sus compañeros á que concluyesen una eleccion que harto habian dilatado ya, añadiendo que segun una revelacion hecha algunos dias ántes á un siervo de Dios, no tardaria en manifestarse la ira del cielo, si á toda prisa no se daba cabeza á la Iglesia. Luego que los cardenales supieron que esta advertencia dimanaba de Pedro de Muron, cesó su irresolucion, y todos los votos se reunieron para elevar-

lo á la silla apostólica. Sin embargo, Pedro de Muron estaba en su monte con algunos de sus discípulos, que se habian puesto baxo de su direccion, ocupado solamente en Dios, y sin pensar en otra cosa que en justificarse por medio de la oracion y de la mortificacion. Supo, con tanto sentimiento como admiracion, que los cardenales habian puesto los ojos en él para hacerlo papa. Esta noticia le pareció al principio increible; y aunque veia á sus pies los diputados del sacro colegio, fué preciso para convencerlo, que le entregasen el decreto de la eleccion. Luego que lo tomó, se puso en oracion, pidiendo á Dios con lágrimas que le manifestase lo que debia hacer en un suceso tan poco esperado. Al cabo declaró á los diputados, que admitia la carga que se le habia impuesto, sin embargo de conocer quán superior era á sus fuerzas; verdad es que á ello lo determinó el amor á la Iglesia, por no volverla á sumergir en los males, que una larga vacante de la santa sede habia causado ya. Su admision fué recibida con grandes muestras de regocijo; y sin pasar á Perusa, en donde quedaban congregados los cardenales esperándolo, se le ungió pontífice en Aquila, ciudad del reyno de Nápoles, fundada por el emperador Federico II., y entónces poco poblada.

Sencillo, tímido, y de ningun modo versado en los negocios, no tardó mucho tiempo en conocer Celestino quan poco apto era para ocupar el puesto, todavía mas escabroso que eminente, á que habia consentido en ser ensalzado. Conocia su incapacidad mas que otro ninguno; y como continuamente necesitaba tomar consejo, no hacia confianza de nadie de los que andaban á su lado, por no servir de instrumento á sus pasiones. Por otra parte, lo arduo de los negocios y la agitacion de una corte tumultuosa, no acomodaban al carácter de un anciano de edad de 72 años, que habia encanecido en la soledad, apartado de todo trato con los hombres; y así resolvió renunciar el pontificado; en cuyo propósito lo confirmaron algunos cardenales, que veian, no sin dolor, que todos los dias se abusaba de su poca experiencia y de su sencillez. Declarólo públicamente, como resolucion tomada, de que era inútil que se pensase en disuadirle, y el dia 13 de Diciembre del año de 1294 lo executó en un consistorio congregado á este efecto. Pidiósele, que ántes

de recibir el auto de su demision, expidiese una bula, expresando que qualquier papa pudiese renunciar su dignidad, y admitir esta renuncia el colegio de los cardenales. Con efecto, este era el primer exemplar de esta especie; y lo que acaeció despues acreditó quan prudente habia sido esta precaucion. Luego que salió del consistorio, se desnudó Celestino de las insignias de su dignidad, y volvió á tomar el hábito de simple monge. Contando desde el dia de su eleccion, habia ocupado 5 meses la santa sede. Bonifacio VIII., que fué elegido para sucederle, juzgó deber asegurarse de él, para prevenir los perjudiciales efectos de las insinuaciones que podian hacerle los mismos, que ya habian abusado bastante de su debilidad. Encerrólo en el castillo de Fumona en Campania con dos religiosos de su órden, que le asistian á celebrar el santo sacrificio, y á rezar el oficio divino, en donde murió al cabo de 10 meses, el dia 19 de Mayo de 1296, con los afectos de piedad y abnegacion que habia manifestado toda su vida. Cuéntasele entre los santos, cuya memoria venera la Iglesia. Dichoso por haber preferido las virtudes de un humilde religioso á las vanas grandezas de la tierra. El pontificado agitado y célebre de Bonifacio VIII. pertenece mas bien al siglo XIV. que no á éste, y así lo dexamos para él, segun que nos parece exîgirlo el órden de los hechos.

Con una reflexîon que nos sugieren los mismos hechos, y que á nadie, segun creemos, parecerá estar fuera de su lugar, daremos fin á este artículo; y es que en el número de 17 papas que gobernaron la Iglesia en el siglo XIII., comprehendiendo á Celestino IV. y Adriano V., que murieron ántes de ser consagrados, no hay uno que no haya honrado la santa sede con unas costumbres irreprehensibles. Si sus pretensiones excesivas y el modo de sostenerlas causaron grandes alborotos en la Iglesia; la pureza de su vida, y su zelo por la disciplina la edificaron siempre. La historia que reprehende á algunos de demasiado altivos é inflexîbles, no acusa á ninguno de aquellas flaquezas incompatibles con la santidad del sacerdocio; ántes bien reconoce en los mas unas intenciones rectas, aunque mal dirigidas, y en muchos unas virtudes eminentes, que realzaban á los ojos de los fieles el esplendor de la dignidad pontificia. Qualquier hombre jui-

cioso inferirá de estas observaciones, que si no se puede negar que en el órden de la política y del gobierno adoptaron los pontífices de este siglo, como los que los habian precedido, unos principios que les hicieron cometer grandes yerros; es preciso confesar tambien, que en la conducta personal y en la práctica de las obligaciones anexas al ministerio apostólico en general, no se podian casi desear mejores, atendidos los tiempos y las circunstancias.

ARTICULO X.

Heregía de los albigenses. Otros errores de este siglo sobre varios puntos de doctrina.

Ya hemos visto en la historia del siglo XII. que las sectas que formaron entónces los petrobursianos, los heuricianos, los discípulos de Arnoldo de Brescia, los catharos y los demas, se desenfrenaron con extraordinario furor contra el clero, y que no dieron contra las ceremonias del culto católico, las reliquias de los santos, los sacramentos y las indulgencias, mas que para quitar á los eclesiásticos el fondo de su autoridad sobre el espíritu de los pueblos. La mayor parte de estos hereges se habian disipado, despues de haber causado algunos estragos en los parages por donde se habian esparcido; pero las disposiciones que les habian dado fomento subsistian todavía. El fausto y la magnificencia de los prelados, su vida mundana, su gasto en oficiales, criados, caballos, equipages, su poco zelo por las funciones de su ministerio en aquellos objetos que tan solo son penosos y obscuros, las costumbres escandalosas de los eclesiásticos inferiores, y su ignorancia igual á sus vicios, daban por desgracia á los enemigos de la Iglesia motivos muy justificados de murmuraciones, de observaciones malignas, y de aquellas declamaciones vagas, que siempre son de parte de los inferiores, expresion del disgusto y preludio de la sedicion.

La secta de los valdenses, cuyo patriarca Pedro Valdo fué quizá hombre recto y sincero, que de buena fe aspiró á la perfeccion, sin prever todos los extravíos de sus discípulos y todo el mal que podian hacer, adoptó

las ideas y errores de las otras sectas, cuyas reliquias vinieron á juntarse con ella, para componer una misma sociedad. Sabido es que estos hereges, que habian llegado á ser en grande número con la reunion de que acabamos de hablar, y por otras causas que seria muy largo referir, se multiplicaron extraordinariamente en los valles del Piamonte y de Saboya, á pesar de los anatemas de la Iglesia y del rigor de las penas temporales. En estos asilos, hechos para unos hombres que afectaban la pobreza y la simplicidad, se perpetuaron en el mismo género de vida, y en los mismos principios religiosos, hasta que habiéndose establecido en Suiza la pretendida reforma, penetró hasta sus valles. La analogía de las opiniones y la conformidad de los intereses, les hizo adoptar los errores de los sacramentarios, de quien eran rama: incorporáronse con esta nueva secta, que en esta union hallaba la ventaja de anticipar algunos siglos la época de su orígen, y de juntarse por medio de cierta especie de sucesion con unas sociedades ménos modernas.

Los albigenses, que á veces se han confundido con los discípulos de Valdo, no convenian con ellos mas que en aborrecer del mismo modo al clero, en tener el mismo espíritu de sedicion contra la autoridad legítima de los pastores, y la misma apariencia de regularidad. Esta era una rama de maniqueos, diferente sin embargo por muchos respetos de los antiguos seqüaces de Manes. Estos no habian adoptado mas que una parte de los errores, de que compusieron los primeros su sistema. Reconocian un Dios supremo; pero pretendian que habiendo producido este Dios á lucifer con todos los ángeles, se habia rebelado éste por hacerse independiente, y que habiendo sido arrojado del cielo, ó por mejor decir, de la mansion de la gloria y de la felicidad, habia criado el mundo visible, y héchose autor del mal; que para combatir á lucifer habia producido Dios un nuevo ser, un ser benéfico, autor del órden y de todo bien, que es Jesu-christo; que estos dos principios estan en una guerra continua, y que la perfeccion de los hombres consiste en resistir al primero, y unirse con el segundo: tal era el maniqueismo de los albigenses. Esta corta exposicion que acabamos de hacer de él, está apoyada en todos los monumentos que nos quedan de este siglo. Los historiadores, los AA. eclesiásticos que

han escrito contra ellos, las actas de los concilios, los procesos y los interrogatorios, cuyos originales se conservan todavía, todo prueba que su principal dogma era atribuir todo bien y todo mal á dos principios opuestos; uno esencialmente bueno, y otro esencialmente malo: ambos independientes, absolutos, y que gobernaban cada uno su imperio con leyes conformes con su naturaleza. Todos los demas errores de los albigenses dimanaban de esta doctrina. Si negaban la resurreccion de la carne, si enseñaban que las almas racionales son demonios encerrados en los cuerpos como en una cárcel en castigo de su rebelion; si condenaban el matrimonio, los sacramentos, las ceremonias del culto sagrado, el sacrificio, el purgatorio; es porque todo esto es conseqüencia legítima de la creacion atribuida al principio maligno.

No se descubre pues con qué fundamento han pretendido algunos escritores protestantes del último siglo establecer una especie de filiacion entre la comunion de los pretendidos reformados, y la secta de los albigenses, como si los autores de la reforma no hubiesen hecho otra cosa que descubrir y renovar la doctrina de estos antiguos hereges. Todavía ménos se alcanza qué podrian ganar las iglesias protestantes con esta filiacion, aun quando fuese posible probarla bien. Por otra parte, todos los títulos auténticos, todos los hechos verificados con una infinidad de monumentos ciertos se oponen á esta pretension: fuera de que ¿que gloria seria para la reforma tener por tronco una secta tan desacreditada como la de los hereges de Langüedoc, una secta convencida por una multitud de actos jurídicos, de haberse manchado con todas las abominaciones objetadas á los antiguos maniqueos?

Los albigenses, que habian comenzado á fines del siglo XII. á hacer grandes progresos en Provenza y en Langüedoc, arrastraron á sus opiniones tan crecido número de personas, que no habia apénas ciudad y pueblo, en donde no formasen un cuerpo distinto de los otros ciudadanos. La secta, así como la de los maniqueos de los siglos anteriores, se componia de dos clases; la de los oyentes ó creyentes, y la de los perfectos ó vestidos. Estos últimos afectaban costumbres severas, una vida retirada y contemplativa, y una suma abstraccion de todo lo que lisonjea los sentidos; los otros, por lo contrario se entre-

gaban á todos sus apetitos, y con pretexto de oponerse á las ideas del principio maligno, autor de las cosas criadas, ultrajaban la naturaleza con todas quantas infamias podian servir para impedir sus fines en la union de los dos sexôs. Primero se probó reducirlos á la verdad por medio de las exhortaciones, refutando sus opiniones, y haciéndoles ver quán contrarias eran á la fe de todos los siglos, á la sana filosofia, y á las luces de la razon; pero el fanatismo y la obstinacion, propiedad ordinaria de todas las sectas en el tiempo de su primer favor, hacian inútil el zelo de los que trabajaban en iluminarlos y persuadirlos. Léjos de dar oidos á la voz de los predicadores, extendian por lo regular su audacia hasta interrumpirlos é insultarlos. Hechas estas primeras tentativas, viendo los papas el poco fruto de los misioneros y de los legados que empleaban en convertir á los albigenses, creyeron que era ya tiempo de recurrir á otros medios, y que se podian tomar las armas para obligar á estos hereges á volver á entrar en el gremio de la Iglesia. Este era un modo de pensar recibido en estos tiempos, en que no se ponia casi cuidado en estudiar las reglas y máxîmas de otros siglos, en los quales no se hubiera aprendido que se pudiese obligar á los hombres á creer, y que fuese permitido reducir con el acero á los que no se podia ganar por medio de la persuasion (*a*).

(*a*) No se debe extrañar el rigor con que se ha procedido contra los llamados albigenses, si se considera que no solo eran estos hereges maniqueos, arrianos, &c. sino tambien positivamente rebeldes, amotinados y seductores contra las legítimas potestades, con otros enormes delitos, y tan contumaces que jamas cedieron á los vivos razonamientos y vida exemplar de un san Bernardo, de un Diego de Acebes, obispo de Osma, y de un santo Domingo de Guzman y otros. Cuyo procedimiento contra los relapsos por via de inquisicion ó pesquisa, combinadas ambas potestades eclesiástica y real, tiene época muy anterior, y sus primeras semillas se echaron en nuestro célebre concilio III. de Toledo, autorizado con la presencia del católico rey Recaredo, segun dice el Biclarense, por san Leandro, metropolitano de Sevilla, y por Eutropio, abad del monasterio Servitano: y constan del canon 16 de este concilio provincial: *Quoniam pene per omnem Hispaniam, sive Galliam* (algunos exemplares dicen Galliciam) *Idolatriæ sacrilegium inolevit, hoc eum consensu gloriosissimi principis, sancta synodus ordinavit ut omnis sacerdos in loco suo una cum Judice territorii sacrilegium memoratum studiosè perquirat, & exterminare inventum non differat. Omnes vero qui ad talem errorem concurrunt sine discrimine, qua poterunt animadversione coerceant, &c.* En cuya sancion se ve juntamente la vigilancia de las dos potestades eclesiástica y real, unidas para arrancar de nuestro suelo las zizañas perjudiciales de doctrina y prácticas opuestas al catolicismo y á la buena armonía, paz y sosiego del estado.

El poco fruto que hacian los legados y misioneros dimanaba en parte de su vida suntuosa, y el fausto que los acompañaba. Los hereges no podian persuadirse que fuesen sucesores de los apóstoles unos hombres vestidos magníficamente, mantenidos en mesas delicadas, y servidos por un crecido número de criados, cuyo gasto era excesivo. Reconocian todavía ménos que estos predicadores fuesen ministros de paz, porque viniendo en nombre del papa para convertirlos, acababan siempre sus razonamientos amenazándolos con la ira de los príncipes, con la confiscacion y el castigo. Habiéndose juntado con los ministros un piadoso obispo de España (de Osma), llamado Diego de Acebes, que volvia de Roma, y hallándolos de tal modo disgustados de su empresa, que estaban resueltos á abandonarla, les hizo conocer, que teniendo que tratar con unas gentes, á quienes las mas fuertes preocupaciones contra el clero habian inducido á la heregía, ó mantenian en ella, era preciso comenzar por destruir los motivos de escándalo que les servian de pretexto, dexar los banquetes, la profanidad de los vestidos, y reducirse á la vida simple y modesta de los apóstoles. Entónces (dice él) concordando vuestras palabras con vuestros exemplos, ganareis con mayor facilidad á estas gentes, ó á lo ménos les tapareis la boca, y les impedireis que tomen pie de vuestra conducta para refutar vuestros discursos. El consejo era prudente; y el obispo de Osma, que así se llamaba la silla de Don Diego, lo puso en execucion el primero. Despidió toda su comitiva, y no se quedó mas que con Domingo de Guzman, canónigo de su catedral, varon de rara virtud y de ardiente zelo por la conversion de los hereges. Los legados y ministros imitaron el exemplo del prelado español; y á esta reforma, que quitaba á aquellos á quien sola la preocupacion detenia en el error el motivo comun de sus declamaciones, se siguieron un crecido número de conversiones.

Sin embargo, se habia resuelto en Roma valerse de las armas para destruir la secta de los albigenses. Publicóse contra ellos una cruzada, aplicándole los mismos privilegios y gracias espirituales que á las de Oriente. Los que se alistaron para esta guerra, que se llamó tambien guerra sagrada, llevaban la cruz en el pecho para distinguirse de los otros cruzados. El objeto de esta expedicion era si-

tiar las ciudades y castillos en que los albigenses se hubiesen fortificado, soltar á los que estuviesen prontos á deponer el error, y entregar á los obstinados á todo el rigor de los castigos. Necesitando de caudillo estas nuevas cruzadas, se pusieron sucesivamente los ojos en diferentes príncipes y señores, que rehusaron la honra de comandar el exército, no obstante ceder en premio del general las conquistas que se habian de hacer á los barones, cómplices ó protectores de los hereges. Por último, Simon, conde de Monfort, admitió el mando, y se puso á la frente de las tropas católicas que acudian de todas partes baxo de la bandera de obispos, señores y abades á ganar la indulgencia, y buscar ocasion de acreditar su valor: empeño muy conforme con el espíritu del tiempo, que era una mezcla de heroismo, de aficion á las aventuras, y de devocion supersticiosa.

Estos grandes preparativos de guerra inquietaron á Raymundo VI., conde de Tolosa y de Provenza, quien por lo dilatado de sus posesiones en las provincias meridionales de la Francia, y por su pericia para la guerra, era contado entre los mas poderosos príncipes de su tiempo. Sospechábase que interiormente pensaba como los albigenses, aunque en lo exterior hiciese alarde de ser católico. Quizá, sin pensar como ellos, se juzgó obligado á protegerlos y defenderlos, porque eran vasallos suyos. Sea como fuere, pareció culpado porque se negó á hacer buscar los hereges, y entregar á los cruzados y á los inquisidores aquellos que se le denunciaban como caprichados en nuevos errores. Tuvo pues que tomar las armas para rechazar á los cruzados, y preservar sus dominios de la invasion que les amenazaba. Muchos varones poderosos, aliados ó vasallos suyos, se unieron con él en la misma causa. Tenian un mismo interes en oponerse á los progresos de los cruzados, y en ahuyentar de sus tierras la tempestad que les amenazaba. A los principios parece que Raymundo, bien por temor ó por política, se conformó con las ideas del papa y de los legados en punto de buscar y castigar á los hereges obstinados; pero el asesinato de Pedro de Castelnau, legado de la santa sede, y superior de la mision, que fué atravesado de una lanzada por un sugeto desconocido á la orilla del Rodano, mudó de repente el estado de las cosas. Pedro

de Castelnau, monge de Front-Froide, órden del Cister, habia sido nombrado por el papa Alexandro III., superior de los misioneros, sacados los mas de la misma órden, que se ocupabàn en la conversion de los albigenses. Tenia un ardiente zelo por la extirpacion del error y el triunfo de la fe; pero este zelo, demasiado fervoroso y severo, no lo gobernaba siempre la suavidad y la prudencia en la eleccion de los medios que tomaba para conseguir el fin. Un genio siempre inclinado al rigor, y que tan poco conocia la indulgencia como el comedimiento, habia hecho odioso el legado á los hereges, á quien perseguia sin remision, y al conde de Tolosa cuyos vasallos habia sublevado en Provenza. Raymundo lo habia atraido á san Gilles para conferenciar allí sobre los medios de restablecer la paz, y para justificarse sobre todos los capítulos de acusacion que se habian tomado por motivo para la excomunion fulminada contra él; pero la conferencia, en lugar de ser pacífica y de conspirar á la reconciliacion, se reduxo á disputa y exâsperacion. El conde altercaba sobre el número y qualidad de las plazas con que se pedia que afianzase su fidelidad; el legado queria ser obedecido. Aquel, imperante y orgulloso, habló de castigar la temeridad de los que pretendian darle la ley en sus propios estados; éste, duro é inflexîble, no accedia á nada, y así se apartaron muy desazonados unos y otros. Estos embrollos, las amenazas del conde, y la muerte del legado que se siguió inmediatamente, eran unas circunstancias, de que los enemigos del primero no pódian dexar de sacar la mayor ventaja para apresurar su ruina. El papa, luego que tuvo la noticia del homicidio cometido en la persona de su legado, escribió á todos los príncipes cartas concebidas en los términos más enérgicos y expresivos, empeñándolos en vengar un atentado que figuraba superior á los mayores delitos. A la voz del pontífice y á la de los predicadores, que iban de parte de sus intenciones, se enardeció mas que nunca el zelo de la cruzada. Simon de Mont-Fort se halló muy pronto á la frente de uno de los mas numerosos exércitos, que despues de mucho tiempo se habia visto junto baxo las órdenes de un solo caudillo. Veníanle tropas de todas las provincias de Francia y de todas las comarcas de la Europa.

Los historiadores que han hablado de este general, le atribuyen virtudes y vicios dificiles de conciliar; por un lado la mas tierna piedad, el zelo de la verdad, desinteres, confianza en Dios, deseo de dar su vida en defensa de la fe; por el otro, la ambicion mas desordenada, la codicia mas insaciable, sed de sangre, una índole solapada, un entendimiento ocupado siempre en grandes proyectos con él único fin de su propia exáltacion, y una hipocresía detestable. Quizá se explicarian estas contrariedades diciendo que Simon obraba con sinceridad en el manejo de una empresa, cuyos motivos parecian justos y aun santos; pero que siendo como casi todos los de su clase, apasionado de la gloria y de la grandeza, no dudó que le fuese lícito emplear esta multitud de brazos que estaban á sus órdenes, en echar los cimientos de su fortuna y de su reputacion. Un solo rasgo tirado por los autores comtemporáneos, lo dará á conocer mejor que el retrato mas acabado. Habianse cogido en Castres dos hereges albigenses, uno del órden de los perfectos, y otro que estaba todavía en la clase de los simples discípulos. El conde condenó á entrambos al fuego, no obstante que el segundo estaba dispuesto á abjurar; y él mismo dió la razon de esta extraña sentencia, diciendo: si el deseo de conversion que manifiesta este herege es sincero, él mismo le servirá para la expiacion de sus pecados; y si por lo contrario es fingido, padecerá en las llamas el justo castigo de su engaño. Por aquí se ve que tanta parte tenia la ignorancia y autoridad, como el zelo por la salvacion de las almas, y por los intereses de la fe en la persecucion y condenacion de los hereges.

No seguiremos al conde de Mont-Fort, y al exército de los cruzados en todas sus operaciones. Baste decir que sus progresos fueron tan acelerados, que en breve tiempo quedó sin estados el conde Raymundo, y que sus ciudades, castillos y aun la capital misma, pasaron por la ley del vencedor. La sangrienta batalla de Muret que perdió Raymundo el año de 1213, acabó de arruinar sus negocios. El rey de Aragon, su cuñado, que habia tomado las armas para defenderlo, fué muerto en ella. Un crecido número de señores y de caballeros, empeñados en el mismo partido, hallaron allí la muerte; y como siempre se reputa á qualquiera por mas culpado en el infor-

tunio, que no en la prosperidad, se vió el desgraciado conde de Tolosa abandonado de todos, despues de haber perdido á un mismo tiempo gloria, vasallos y hacienda. Despues de tantos reveses, habiéndose visto obligado por dos veces á comprar por medio de las mayores humillaciones una paz de que se le dexó gozar poco tiempo, y reducido á mendigar auxîlios extrangeros un hombre cuya alianza habian apetecido los reyes, su valor fué su único recurso en este apuro. Habiéndose vuelto favorables para él las circunstancias con la muerte del conde de Mont-Fort, á quien mataron en el sitio de Tolosa el año 1218, supo aprovecharse de ellas con destreza. Ayudado por los condes de Foix y de Comminges y por sus demas aliados, recobró en poco tiempo las mas de las ciudades y fortalezas que se le habian quitado, Unos quatro años gozó de esta restituida prosperidad, y acabó con una muerte repentina el año 1222 una vida agitada con las mas extraordinarias vicisitudes. En sus últimos dias manifestó un grande deseo de reconciliarse con la Iglesia, porque siempre subsistia con los vínculos de la excomunion. Estando para morir y habiendo perdido el habla, explicó con ademanes y de un modo expresivo, los afectos de dolor y de penitencia que habia infundido Dios en su corazon.

Con la muerte de Raymundo VI. quedaba por heredero suyo Raymundo VII., su hijo, así como Amauri de Mont-Fort lo habia quedado de todos los derechos de Simon su padre. Estos dos competidores empezaron de nuevo la guerra, y la causa de los albigenses intervino otra vez en sus disputas. Amauri los perseguia como caudillo de la cruzada, y Raymundo los protegia como soberano de las provincias por donde se habian esparcido los exércitos. Ambos tomaban igualmente el título de conde de Tolosa, uno por derecho de conquista, y otro por el de sucesion. El legado, que era el alma y el motor de todo este negocio, se hizo árbitro, ó por mejor decir, juez de sus pretensiones respectivas; y para este fin se celebraron dos concilios nacionales, uno en Burgos el año de 1225, y otro en París en el siguiente. En este último los condados de Provenza y de Tolosa, disputados entre los dos competidores, se dieron por el legado á Luis VIII., rey de Francia. El con-

de Amauri consintió en esta translacion de propiedad; pero no hallándose dispuesto el conde Raymundo á dexarse despojar así del patrimonio como de su casa, se encendió de nuevo la guerra. Nuevos cruzados, recogidos por el legado, marcharon á Langüedoc y á Provenza, en donde causaron los mismos estragos que los que los habian precedido. Raymundo, acosado por todos lados, y no pudiendo resistir á unos exércitos que incesantemente se renovaban, pidió la paz al papa y al rey de Francia, cuyos intereses se habian hecho inseparables: Consiguióla por fin, pero con unas condiciones duras, de las quales la principal fué que su hija y heredera se habia de casar con Alfonso, hijo de Luis, y que si de este matrimonio no tenian hijos, se reunirian á la corona los condados de Tolosa y de Provenza, con todas las tierras que dependian de ellos. El papa ganó tambien en este ajuste el condado Menasino que habia conquistado Luis VIII. y cedido á la santa sede.

Sin embargo de esto se continuó buscando á los albigenses, persiguiéndolos donde quiera que estuviesen refugiados; y quando los hallaban, se les exterminaban en qualquier número que fuesen. Condenábaseles al fuego á centenares, y muchas veces iban estos infelices voluntariamente á arrojarse á las hogueras encendidas para consumirlos, con lo qual se consiguió destruirlos ó esparcirlos.

Ademas de la secta de los albigenses, aparecieron todavía otras en este siglo. La que inventó Amauri habria quizá turbado mas á la Iglesia de lo que la turbó, si se hubiese contenido como [illegible] en proponer un sistema de doctrina, envuelto en una serie de raciocinios capciosos. Amauri era un clérigo natural de Bene, en el pais de Chartrain, que habia estudiado con aprovechamiento, y conseguido los grados de universidad, que lo autorizaron para enseñar públicamente en la de París, donde se grangeó grande reputacion. El estudio de Aristóteles le sugirió la idea de un sistema, cuyo objeto era acomodar los principios de este filósofo á los dogmas fundamentales del christianismo. Aristóteles habia supuesto en su metafisica una materia prima, exîstente por sí misma, y dotada de un movimiento necesario y eterno: ente simple, de quien habian salido todos los demas entes. Amauri creyó hallar conexîon en-

tre el modo como Moyses explica la formacion del mundo, y la opinion del filósofo griego. El caos de que habla el legislador de los judíos al principio del Génesis, le pareció lo mismo que la materia prima de Aristóteles. Esta materia, preexîstente á todos los seres, era en la idea del filósofo un ente simple, infinito, sin forma, y sin figura; y como los christianos se figuraban á Dios baxo de la misma idea, concluyó de esto que la materia prima era Dios; esto es, el ser de los seres, el ente absoluto, indestructible, de quien todo dimana, y con quien todo va á unirse. Sin embargo, admitia las denominaciones de Padre, de Hijo y de Espíritu Santo, consagradas en el lenguage de la religion; y para acercarse mas á las nociones recibidas, ajustándolas con las suyas, referia á tres épocas distintas la influencia de las tres divinas personas sobre el estado exterior de la religion, y venia á señalarles como tres reynados. La ley de Moises habia sido el reynado del Padre, la ley christiana era el reynado del Hijo, despues del qual habia de principiar el reynado del Espíritu Santo, que destruiria todo el culto exterior y visible, para tributar al Ser supremo un culto puramente espiritual.

Los discípulos de Amauri adelantaron mas que él queriendo explicar su doctrina; y supusieron que el reynado del Espíritu Santo habia llegado, y que por consiguiente el sacrificio, las ceremonias del culto religioso, los sacramentos, los pastores, el órden gerárquico, debian abolirse como elementos muy groseros para unos hombres que vivian con el espíritu. Pasando despues á la moral, enseñaron que aquellos en quien habita el espíritu son necesariamente del número de los elegidos, y no pueden mancharse con las acciones corporales. Ya dexa conocerse á qué horribles conseqüencias debia llevar semejante principio. La secta fanática que lo adoptó, lo hacia efectivo en la práctica, y se entregaba á todo linage de excesos. Los que la componian se deslenguaban con furor contra el clero, llamando al papa Antechristo, á Roma Babilonia, á los obispos y pastores miembros del Antechristo. Profetizaban la ruina próxîma de la Iglesia y de los prelados, que habian de ser consumidos con fuego del cielo. Por aquí se ve que estos sueños absurdos no son tan nuevos; y quando se vuelvan á ver parecer, será bueno tener presente lo vergonzoso de su orígen.

Amauri, que sin duda no preveia las inducciones que despues de él se sacarian de un sistema puramente filosófico, habia sido condenado por la universidad de París y por el papa Alexandro III., á quien habia apelado. En quanto á los sectarios que se habian apropiado sus idéas, y reunídose baxo de una cabeza, que era un tal Guillermo, platero, sucesor de David de Dinant, discípulo de Amauri, habiendo sido denunciados al concilio que se celebraba en París el año de 1210, fueron tambien condenados en él. Habíanse prendido catorce de ellos, y se trabajó á los principios en instruirlos y desengañarlos; pero ellos perseveraron casi todos en sus errores, de suerte que diez fueron quemados. Condenóse de nuevo la memoria de Amauri, que habia muerto el año de 1209: se le desenterró, y sus huesos fueron quemados. Por último, esta secta, segun la observacion de un escritor juicioso de nuestros dias (el señor abate Pluquet, *Dict. de las heregías*, tom. 2. pág. 2.), no era mas que una tropa de fanaticos desenfrenados, que no podian mirarse como reformadores, porque no tenian ningun principio honesto; y así se les vió morir con indiferencia, y su secta se extinguió.

No podemos acabar este artículo sin hacer mencion de otra secta, cuyos errores tienen mucha relacion con los de Amauri, ó mas bien con los de sus discípulos. Joaquin, abad del monasterio de Flora en Calabria, y fundador de la congregacion del mismo nombre, que vivió á fines del siglo XII., con grande crédito de ciencia y virtud, y que murió el año de 1202, comunicó su nombre á la nueva secta de que se trata. Este abad habia escrito contra el libro de las sentencias de Pedro Lombardo, que era, como dexamos dicho, el oráculo de las escuelas y el norte de los teólogos. La proposicion que principalmente habia combatido era ésta: *una causa inmensa, infinita, en sumo grado perfecta exîste, que es el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.* Hallábala reprehensible, porque al parecer decia que hay quatro dioses; á saber, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, y aquella cosa infinitamente perfecta que los comprehende. Para contraponer un lenguage mas exâcto al del Maestro de las sentencias, pretendió que la igualdad de las Personas Divinas y su unidad no tienen otro fundamento que la estrecha union que hay entre ellas, y la puntual semejanza de sus atributos: por

manera, que se puede decir que el Hijo está en el Padre, el Padre y el Espiritu Santo estan en el Hijo, porque no hay nada en ninguna de estas tres personas, que no se halle en el mismo grado en las otras dos. El abad Joaquin extendió tambien sus especulaciones á la moral. Afligíanle los desórdenes y la corrupcion que reynaba generalmente: exhortaba á los hombres á la perfeccion, y proponia la vida contemplativa como el único medio que podia conducir á ella. De aquí infirieron algunos falsos místicos, que segun los principios de Joaquin estaba imperfecta la ley evangélica, y que habia de substituirsele otra mas excelente; esto es, la ley del Espíritu. Esta ley de perfeccion se pretendia que solo el abad de Flora la habia conocido, que él solo la habia enseñado, en esto mas iluminado y mas útil á los hombres que Jesu-christo y sus apostóles. Sobre este conocimiento se levantaba un edificio, que no era mas que un conjunto de sueños y absurdos, recogidos en un libro intitulado *el Evangelio Eterno*, que contenia todos los secretos de la vida contemplativa ó perfecta. Este libro lo atribuian unos á Juan de Roma, séptimo general de los PP. Menores, y otros á algunos religiosos del órden de Predicadores, que habian sido discípulos de Amauri, ó que se habian imbuido en su doctrina. La division de las tres épocas de la religion y de los tres reynados, de los quales el último es el del Espíritu Santo, se halla en él, con otras muchas ideas que componian una parte del sistema de Amauri; y esto es quizá la causa por qué se atribuye á algun autor instruido en su escuela. Muchos religiosos, encaprichados con una falsa perfeccion, se llenaron de las máximas esparcidas en el libro del Evangelio Eterno, y trabajaron por acreditarlas. La universidad de París se levantó contra esta novedad, condenó la doctrina del Evangelio Eterno, y hizo un decreto contra los que la insinuasen de palabra ó por escrito. El papa Alexandro IV, proscribió tambien á los defensores de esta obra, y á los falsos místicos que adoptasen sus extravagancias; y el concilio de Arlés el año 1260 la condenó al fuego con los demas escritos que se hubiesen hecho en su defensa.

ARTICULO XI.

Personas ilustres: fundadores de nuevas órdenes religiosas.

En los artículos antecedentes hemos hablado de muchas personas que han llegado á ser insignes, ya por sus virtudes, ya por los servicios que han hecho á la Iglesia. Si fuese de nuestro plan dar á conocer circunstanciadamente á todos los que han honrado el siglo XIII. con heroicos exemplos de piedad, ¿quántas cosas admirables no tendriamos que decir en este artículo, y con quántas relaciones gloriosas á la religion no podriamos enriquecerlo? Hariamos ver con exemplos célebres que la santidad mas eminente, el desprendimiento de grandezas y riquezas, el espíritu de mortificacion y las demas virtudes del christiano, se han hallado mas de una vez reunidas con el mas alto nacimiento, y con los títulos mas sobresalientes segun el mundo. Estos exemplares tan propios para probar que la gracia de Jesu-christo, siempre fecunda, y siempre poderosa, presenta á los christianos modelos de perfeccion aun en los tiempos mas corrompidos, los tomariamos de la historia de una santa Isabel, hija de Andres, rey de Hungría, y muger de Luis, Landgrave de Turingia; de una santa Heduvigis, duquesa de Polonia; de un san Luis, obispo de Tolosa, hijo de Cárlos el Coxo, rey de Nápoles; de un san Tibaldo de Marli, abad de los Valles de Cernai, de la ilustre casa de Montm[...]ci; de un Mateo de Termes, general de la órden de los Agustinos, mas conocido con el nombre del beato Agustin de Sicilia, &c. Pero para con[t]enernos en los límites que nos ha parecido deber señalar[n]os, no hablaremos aquí mas que de los personages, cu[y]a vida y acciones estan mas estrechamente ligados con la [hi]storia de este siglo, y mas particularmente todavía de los [sa]ntos fundadores de órdenes, quien por medio de estos [gr]andes cuerpos de que han sido cabezas y legisladores, [ha]n influido en el estado de la Iglesia miéntras han vivido, [y] despues en las edades siguientes.

[Santo] Domingo, fundador de la órden de Predicadores, que [na]ció en la diócesis de Osma, en España, el año de 1170, [er]a de la noble casa de Guzman. Sus padres, que á lo es-

clarecido de su nacimiento juntaban el mérito de una gran piedad, lo hicieron educar conforme á estos principios. Despues de haber pasado los primeros años en casa de un tio materno, eclesiástico virtuoso y muy instruido, que no puso ménos cuidado en inspirarle el amor á la religion y la inclinacion á las letras, fué á continuar sus estudios á la universidad de Palencia, que era la mejor escuela de toda España. Alonso VIII., rey de Castilla, que apreciaba las ciencias, habia llamado á ella de Francia y de Italia sugetos hábiles para que enseñasen todas las facultades, que componian entónces el curso de los estudios públicos. Domingo estuvo allí quatro años, los quales empleó en estudiar filosofia y teología; no omitiendo al mismo tiempo el exercitarse en la práctica de todas las virtudes propias de un christiano que desea salvarse. Habiendo oido hablar de su raro mérito el obispo de Osma Diego de Acebes, deseó agregarlo á su iglesia, y lo hizo entrar en su cabildo, en donde este piadoso prelado habia establecido la regularidad. Al cabo de dos años, recomendable ya Domingo por su prudencia y habilidad para la direccion de las almas, aunque todavía jóven, fué nombrado subprior de la comunidad, que era el segundo puesto. El obispo ocupaba el primero con el título de prior, porque habia tambien abrazado la vida regular. En este empleo dió á conocer Domingo mas y mas su gran prudencia y los otros dones preciosos que Dios habia depositado en él.

Habiéndole llevado el obispo de Osma á Francia y á Roma, lo acompañó en la mansion que hizo en Tolosa. Allí fué testigo Domingo de los horrorosos estragos que causaba la heregía de los albigenses en esta ciudad y en todo el Langüedoc; y sensible, como lo era, á todos los males espirituales de los christianos, no pudo ver sin dolor la pérdida de tanta multitud de almas, seducidas po unos predicadores entusiastas é hipócritas, que siempre es taban en movimiento para hacer prosélitos y extender error, el que habia hecho tanto progreso, que apénas h bia una familia que no estuviese inficionada, muchas vece toda ella, y quando ménos algunos de sus miembros. F ver el dominio que se iba tomando la heregía por tod partes sobre la verdad, fomentó en Domingo el designi de instituir una nueva órden, cuyo destino fuese única mente convertir hereges, y preservar á los católicos

medio de la predicacion. Este proyecto, de que esperaban que resultarian á la Iglesia las mayores utilidades, lo aprobaron los papas Inocencio III. y Honorio III.; pero con la restriccion de que Domingo y los compañeros que se le habian agregado, eligiesen una regla ya recibida y aprobada en conformidad del decreto que acababa de expedir el concilio IV. de Letran, en punto de las órdenes que se fundasen. Domingo escogió la regla de san Agustin, que ya profesaba como canónigo reglar; añadiendo á ella algunos exercicios mas austeros y algunas leyes particulares, que determinaban el objeto de su instituto. La santa sede lo aprobó en esta forma; y así en su orígen no fué la órden de los dominicos mas que una congregacion de canónigos reglares, dedicados especialmente á la predicacion, y sujetos en todo á la jurisdiccion de los obispos. En el año 1220 en que se celebró su primer capítulo general renunciaron ya por consejo del santo fundador la posesion de los bienes raices y las rentas anuales. Con esta renuncia solemne se hicieron mendicantes; y este es su verdadero estado, aunque en adelante hayan hecho los sumos pontífices algunas modificaciones.

El primer establecimiento de los PP. predicadores fué la casa que un rico ciudadano de Tolosa les dió en esta ciudad. Inmediatamente las tuvieron en Roma, Bolonia, París, y en las principales ciudades de Europa. Los progresos de esta nueva órden fueron tan rápidos, que en el año 1221, en el segundo capítulo general celebrado por el santo fundador, se establecieron ocho provinciales para cuidar del gobierno de otras tantas provincias, que eran las de Francia, España, Lombardía, Romania, Alemania, Provenza, Hungría é Inglaterra. No hubo año en que este instituto no hiciese nuevos establecimientos. Los hombres mas famosos en ciencia y virtud se apresuraban á abrazarlo. Como entraban ya hechos, contribuian á su crédito con sus talentos; y los jóvenes que tenian alguna inclinacion á la piedad, venian en tropas, luego que salian de los estudios, á pedir el hábito á los superiores de las casas que conocian. En estos felices principios la ciencia y la virtud eran el carácter de los mas de los religiosos que componian la órden de santo Domingo. No se ocupaban en otra cosa que en convertir á los pecadores, y en reducir al gremio de la Iglesia á los que

la heregía habia sacado de él. Su desinteres, su pobreza, su paciencia y sus demas virtudes daban á sus palabras una eficacia, á la qual era dificil resistir. Esparcidos por donde quiera que habia errores y vicios que combatir, producian en todas partes los frutos mas abundantes por medio de su predicacion y buen exemplo.

El santo fundador era su modelo. La caridad con el próximo, su zelo por la salvacion de las almas, su prudencia y discrecion quando tenia que tratar con las gentes, su modestia, y la sencillez de su exterior en medio de las victorias y aplausos, le grangeaban la veneracion de los grandes y del pueblo. Habia recibido el don de milagros, y se citan entre otros tres resurrecciones de muertos, que obró Dios por su medio. Estos hechos, notorios en el tiempo en que las personas restituidas á la vida exîstian aun, son de aquellos de que no es lícito dudar. El siervo de Dios, cada vez no obstante mas humilde, recomendaba freqüentemente á sus discípulos la pobreza, el desinteres y el huir de los honores vanos del siglo, diciéndoles que el modo de conservar su primer fervor seria el exercicio de las virtudes. Sin embargo de no tener todavía mas que 51 años de edad, conoció se acercaba su fin. No era de temperamento robusto, y sus fatigas continuas habian alterado demasiado temprano su constitucion. Luego que se sintió acometido de la calentura, dió sus últimos avisos á sus hermanos; despues de lo qual no tuvo otro anhelo que el de unirse con Dios. Murió en Bolonia el dia 6 de Agosto del año 1221. A sus exêquias asistió un concurso prodigioso de gente, sin contar los cardenales, obispos, abades y otras personas de distincion, que juzgaron indispensable el asistir. Dios, que habia manifestado la santidad de su siervo con prodigios miéntras vivia, los obró nuevos y en mayor número en su sepulcro. El papa Gregorio IX., que lo habia conocido y estimado, lo canonizó solemnemente el año 1234.

La órden de los padres Menores ó Franciscanos, no ménos rápida en sus progresos que la de santo Domingo, debe su orígen á un santo hombre, cuyo carácter y acciones debieron de parecer extraordinarias ántes que se conociesen los tesoros de gracia y de prudencia que Dios habia escondido en él. Nació en Asis en Umbría el año 1182

Su padre, llamado Pedro Bernardon, era mercader, como la mayor parte de los simples ciudadanos de las ciudades de Italia. Púsosele el nombre de Juan en el bautismo; pero no se le conoció en adelante mas que con el de Francisco, que le vino, segun dicen, de la facilidad con que habia aprendido la lengua francesa, que era necesaria á todos los italianos que se dedicaban al comercio. Su padre no le hizo aprender mas que las cosas relativas á su profesion, y omitió proporcionarle qualquiera otra instruccion. Desde niño tuvo un grande amor á los pobres; y no encontraba á ninguno á quien no se sintiese movido á socorrer, desnudándose de sus vestidos quando no tenia otra cosa que darles. Tambien tuvo muy con tiempo una fervorosa inclinacion á la oracion y contemplacion. Retirábase á menudo para vacar á este santo exercicio á una iglesia inmediata de Asis, dedicada á san Damian. Un dia, que hacia allí oracion con mucho fervor, le pareció oir interiormente una voz, que le convidaba á reedificarla. Ocupado con este pensamiento marchó á casa de su padre, tomó unas quantas piezas de tela, y las fué á vender á una ciudad inmediata, para emplear el dinero que produxesen en reedificar esta iglesia. Su padre ciego de cólera lo buscó por todas partes para castigarlo, por haber hecho de su hacienda un uso tan poco conforme con las ideas de interes, de que regularmente estan apoderadas las gentes de comercio: pero él se ocultó á las diligencias de este padre irritado, escondiéndose en un foso hondo, donde pasó algunos dias. Luego que se le desvaneció el miedo, se reprehendió á sí mismo de cobarde, y resolvió pasar á Asis, y declarar á su padre que renunciaba sus bienes y todas las fortunas del siglo por seguir á Jesu-christo y servirle en la pobreza que habian practicado los apóstoles. Para expresar mejor esta completa renuncia, se desnudo de sus vestidos en presencia del obispo de Asis, y se los dió á su padre; lo que pudo executar sin faltar á la decencia, porque debaxo llevaba un cilicio.

Movido el obispo de Asis del ánimo y fervor del mozo, lo tomó baxo de su proteccion, y le hizo traer vestidos. Dieronle los de un paisano, que estaba en servicio del prelado; y eran una túnica de tela tosca, con una capa semejante, y su capucha, al modo de la gente

del campo. El santo hombre los admitió; y este trage fué el que sirvió de modelo para el que hizo llevar á sus compañeros. De este modo salió de la ciudad, y primero se dedicó al servicio de los leprosos. Despues de haber pasado algun tiempo exercitando la caridad y humildad, se retiró á una Iglesia pequeña, dedicada á Maria Santísima, á alguna distancia de Asis. Esta iglesia, llamada *la Porciuncula, y nuestra Señora de los Angeles,* se hallaba en muy mal estado. Francisco la reparó con el socorro de las limosnas que recogia en los lugares vecinos. Al lado se hizo una celdilla, y allí pasaba lo mas del dia y de la noche en oracion. Con el tiempo logró la iglesia de la Porciuncula de una comunidad de Benedictinos, de quien era propia; recogió sus primeros discípulos al rededor de ella, y allí fué donde echó los cimientos de su órden.

Al principio de su retiro no se mostró mucho anhelo por imitar su género de vida; porque en realidad era algo extraordinaria, y el exterior del santo varon tan repugnante, que mas era para despreciarlo y huir de él, que para entregarse á su direccion. Pero los que los observaron de mas cerca no pudieron ménos de confesar que el espíritu de Dios obraba en él. Un ciudadano rico de Asis y un canónigo de la catedral, tocados del deseo de seguir el mismo camino, fueron los dos primeros que se unieron con él. Á poco tiempo recibió otros cinco compañeros, y muy en breve tuvo once. Entónces le pareció descubrir que la intencion del cielo era valerse de él para llamar crecido número de personas á la penitencia; y para restablecer entre ellos la uniformidad de gobierno, le ocurrió escribir una regla. Los consejos evangélicos fueron el fundamento de ella, sin que añadiese otra cosa que algunas prácticas proporcionadas á la idea que tenia de reunir en sus discípulos lo que veia dividido entre los demas religiosos; á saber, el exercicio interior de la oracion, y las funciones exteriores del ministerio apóstolico. Francisco, aunque sencillo y sin estudios, tenia mucho juicio y grande experiencia en las cosas espirituales. Sin embargo, su modestia y la desconfianza que tenia de sus propios alcances, le movieron á consultar con los mas instruidos de sus compañeros sobre la regla que se proponia dar á su órden. Aprovechóse de sus dictámenes, y se confirmó en la idea de ordenar de tal mo-

do la forma de su instituto, que los pastores pudiesen hallar en él auxîlio, sin temer el menoscabo de su autoridad, ni la usurpacion de sus derechos. Con efecto se ve, tanto por la regla del santo fundador, como por las instrucciones que en varias ocasiones dió á sus hermanos, que su intencion fué siempre que estuviesen sujetos en todo á los obispos y párrocos, no pasando á predicar ni á exercer ninguna otra funcion, sino con aprobacion suya y baxo sus órdenes. Esta es una observacion que conviene tener presente quando se vea á los padres Menores, á exemplo de los predicadores y de otros mendicantes, solicitar y lograr en adelante tantos privilegios contrarios al espíritu del santo patriarca.

Todavía faltaba á la regla de san Francisco el sello de la autoridad pontificia, para dar á su órden una forma constante y una exîstencia legal en la Iglesia; y así resolvió con sus once compañeros ir á Roma á pedir su aprobacion al papa Inocencio III. Llegado que hubieron, les costó mucho trabajo penetrar hasta el trono apóstolico. Su apariencia grosera, la singularidad de su trage, y la novedad de su género de vida, los hicieron rechazar al principio; pero habiendo hablado el papa con Francisco á instancia del obispo de Asis, que se hallaba á la sazon en Roma, y de algunos cardenales, hicieron en él tanta impresion las luces que descubrió en este varon baxo el exterior de una simplicidad admirable y de una profunda humildad, que aprobó su regla de viva voz el año 1210, entre tanto que se confirmaba mas auténticamente. Esta confirmacion no se verificó hasta el año 1223, siendo pontífice Honorio III. En el intervalo de tiempo que medió entre estas dos épocas se multiplicó en tanto grado la órden de los padres Menores, que en el primer capítulo general celebrado por el mismo san Francisco en 1219, el número de los religiosos que lo componian pasaba de 5@.: porque la máxîma del santo fundador era admitir todos aquellos á quienes el deseo de hacer penitencia y de trabajar por la salvacion del próximo movia á abrazar su instituto. Por otra parte la comparacion que no podia ménos de hacerse entre la vida relaxada del clero en general y la regularidad, por lo menos exterior de muchas sectas herécticas, y especialmente de los valdenses que lo renunciaban todo, se entregaban á la

pobreza, y hacian alarde de practicar el Evangelio á la letra, hizo conocer á una infinidad de piadosos católicos quan necesario era hacer patente á los ojos del mudo en comunidades numerosas y probadas por la Iglesia la realidad de las virtudes, cuya apariencia habia contribuido demasiado á la propagacion del error. Esta disposicion de un crecido número de personas, junta con la esperanza de ensalzarse á un grado sublime de perfeccion por medio de un género de vida extraordinaria y nueva, contribuyó no poco á que se admitiese el instituto de los padres Menores en todas las naciones christianas.

En estos primeros tiempos de su institucion y en tanto que vivió el santo patriarca, se les veia humildes, pacientes, sufriendo las afrentas y desprecios; no deseando otra cosa que su santificacion y la del próximo, contentos con lo poco que se les daba, y aun alegrándose quando por un efecto de indiferencia ó de dureza de los hombres carecian de las cosas mas necesarias. No se puede negar que éste era un espectáculo nuevo en el mundo, y que cotejado con la corrupcion que generalmente reynaba en las costumbres, era muy conveniente para inspirar respeto y emulacion. El deseo de alcanzar la corona del martirio trabajando en la conversion de los infieles, era un afecto de que participaban con su padre muchos hijos de san Francisco. Algunos pasaron á España y otros á Marruecos á anunciar el Evangelio á los musulmanes. Estos últimos tuvieron la gloria de sellar con su sangre el testimonio que dieron á la fe. El mismo san Francisco, animado del mismo zelo, despues de haber tomado providencia para las necesidades de su órden recien nacida en el capítulo de 1219, de que hemos hablado, se embarcó para Asia; y poco tiempo despues de su llegada penetró en el campo de Meledin, sultan de Egipto, y llegó hasta este príncipe. Hablóle de Jesu-christo con tanta eficacia como libertad, exhortándole á dexar la ley de Mahoma, para abrazar la de un Dios que murió en la cruz. Si no lo convirtió, le inspiró por lo ménos una grande veneracion. Habiéndole ofrecido Meledin ricos regalos, que no quiso admitir, mirándolos como lodo, lo despachó prontamente este príncipe, por miedo de que sus razones no hiciesen alguna impresion en los musulmanes, y al despedirlo le dixo: *Ora por mí, para que*

Dios me dé á conocer la religion que le es mas agradable.

Despues de su vuelta á Europa hasta el año 1226 en que murió no se ocupó el santo fundador mas que en perfeccionarse en la práctica de las virtudes, que siempre habian sido su único estudio. Luego que conoció que se llegaba su última hora, se hizo tender desnudo en el suelo, no conservando mas que el cilicio, y habiéndose desnudado de los vestidos que acostumbraba llevar encima, para morir de este modo en el exercicio de la pobreza, su virtud predilecta. En este estado exhortó á los PP. que se derretian en lágrimas, prosternados al rededor de él, á perseverar en el amor de la humildad, de la pobreza, de la privacion de todo, en el desprecio de las cosas de este mundo, y á huir de las honras que habian renunciado al vestirse el hábito de penitencia. Luego extendió los brazos, y les echó su bendicion, despues de lo qual rezó como pudo el Salmo CXLI. *Voce mea ad Dominum clamavi*, y entregó su alma al pronunciar las últimas palabras: *Me expectant justi, donec retribuas mihi.* Luego que murió, se vieron claramente las señales ó impresion de las llagas del Salvador crucificado, que habia recibido dos años ántes de su muerte en el monte de Albeinea, en donde estaba en oracion. San Buenaventura autor de su vida refiere, citando testigos oculares, que estas eran como unos clavos formados de su carne en pies y manos, cuya cabeza negra como hierro se veia hácia arriba, y las puntas de la misma materia parecian dobladas hácia abaxo, y que la llaga del costado estaba encarnada como una especie de rosa. Este hecho, extraordinario como es, se debe contar entre aquellos que es imposible rechazar. Entre la infinidad de testigos que lo han asegurado, los hay tan respetables, que no se puede sospechar que por ningun motivo plausible hayan querido contribuir á acreditar una patraña. Prelados, cardenales recomendables por sus luces y por su piedad, el papa Alexandro IV., y muchos seglares de todas clases, que han jurado haber visto y tocado esta impresion milagrosa, no han podido engañarse sobre un hecho de esta naturaleza, ni tenido ningun interes en engañar á los demas. Los prodigios que se obraron en el sepulcro del siervo de Dios, enterrado en la iglesia de san Jorge en Asis, movieron al papa Gregorio IX., dos años despues de la muerte del santo, á venir allí á ha-

cer oracion. Habiendo recogido el pontífice, segun la forma establecida, las pruebas multiplicadas de sus virtudes y milagros, lo puso solemnemente en el catálogo de los santos, y le concedió las honras debidas á sus méritos. Quando san Francisco murió no tenia mas que 45 años, de los quales habia gastado 20 en servicio de Dios desde el principio de su penitencia.

Pero no fueron solos los hombres á quien el exemplo de san Francisco movió á renunciar de todo punto el mundo, y á hacer la penitencia mas austera. Las mugeres tambien, no ménos valerosas aunque mas delicadas, quisieron participar de la gloria de un heroismo, que su debilidad natural y su educacion parecia deberles prohibir. Una jóven, llamada Clara, de familia noble y rica de la ciudad de Asis, fué la primera que caminó por esta carrera dificil. Su madre, nombrada Hortulana, era una muger muy virtuosa. Estando para parir, y rogando á Dios con fervor que le concediese un parto feliz, le pareció oir una voz que le decia que no temiese, y que daria al mundo una lumbrera brillante, que es por lo que nombró Clara á su hija. Esta hija de bendicion mostró muy con tiempo declarada inclinacion á la piedad. Amaba á los pobres y les daba quanto podia: gastaba en orar el tiempo que las otras pasaban en sus diversiones de la infancia; y por este medio anunciaba los grandes fines á que Dios la destinaba.

No tenia Clara mas que 18 años, quando formó la generosa idea de entregarse enteramente á Dios. Comunicóla con san Francisco, quien la corroboró en este pensamiento, y algunos dias despues recibió de sus manos el hábito de penitencia. El santo la puso como en depósito en una comunidad de Benedictinos; sus padres acudieron á sacarla de allí, y volverla al mundo; pero ella se resistió valerosamente, y léjos de ceder inspiró á su hermana, llamada Inés, el deseo de imitarla. Despues de esta conquista admitió Clara muchas compañeras, que vinieron participar con ella, baxo de la direccion de san Francisco, de los trabajos y consuelos de la vida penitent Vivia en un monasterio que los PP. les habian edificad junto á la iglesia de san Damian, reparada por san Fran cisco al principio de su conversion. Su vestido era p bre y tosco: ayunaban á-menudo, y no comian m que para impedir á la naturaleza que se rindiese. Algun

tablas en el duro suelo eran su cama con un pedazo de madera por almohada. Este es el orígen de la órden austera, á que se ha dado en Francia el nombre de órden de santa Clara, que fué su fundadora y primera superiora.

La santa penitente pasó 42 años en este retiro. Su austeridad la habia debilitado de tal modo, que tuvo que estarse en la cama los 20 últimos años de su vida. Suplia con una oracion fervorosa y continua los exercicios, que no podia ya hacer con la comunidad, y con un trabajo mas descansado, pero igual á aquel en que hubiera querido tener parte con sus hermanas. Los papas Gregorio IX. y Inocencio IV. la honraron con su estimacion y confianza, y aun muchas veces la consultaron en sus dificultades, y encomendaron á sus oraciones los intereses de la Iglesia. Por último la santa penitente pasó á recibir el premio de sus méritos el dia 11 de Agosto de 1253. El papa Inocencio IV. y los cardenales, seguidos de una infinidad de gente, se tuvieron por muy honrados en asistir á su entierro. Dios manifestó la santidad de su sierva con los milagros que se obraron en su sepulcro, y el papa Alexandro IV. la canonizó solemnemente el año 1255.

Las varias necesidades de la Iglesia habian sugerido á santo Domingo y á san Francisco la idea de fundar dos órdenes, de las quales la una se destinaba á combatir á los hereges por medio de la predicacion, y la otra á santificar á los pecadores con la penitencia. Un caballero de Languedoc, llamado Pedro Nolasco, se admiró de que no se hubiese fundado alguna otra, para socorrer á los christianos que gemian en las prisiones de los infieles, expuestos continuamente á negar la fe por libertarse del cautiverio mas duro y del mal tratamiento que se les hacia padecer. Llevado de este pensamiento, formó el proyecto de consagrarse á una obra de caridad tan meritoria. Habienbiendo nacido en el Auraguais, cerca de Castelnandary el año 1189, habia seguido á los principios la profesion de las armas, y agregádose á Simon de Montfort, caudillo de las cruzadas de Languedoc. Este señor que conocia su mérito, lo puso al lado del jóven príncipe Jayme de Aragon, hijo de Pedro II., muerto en la famosa batalla de Muret. Hecho rey de Aragon Jayme I., ayudó la piadosa intencion de Pedro Nolasco. Este príncipe, cuyas armas fueron tan temibles á los musulmanes, estaba compadecido

de la triste suerte de los christianos que cautivaban en la guerra. Aplaudió el zelo del generoso caballero, que tanto se interesaba en sus males. Raymundo de Peñafort, de la órden de santo Domingo, de la que fué tercer general, era su confesor y el de Pedro Nolasco. Aprobaba mucho su intencion, y luego que todo estuvo dispuesto para la execucion, lo recomendó eficazmente al rey. De este modo tuvo Pedro Nolasco el consuelo de ver solemnemente establecida su órden el año de 1223 en la iglesia catedral de Barcelona á presencia del rey y de un gentio numeroso. Raymundo de Peñafort hizo un sermon expresivo sobre el objeto del nuevo instituto, despues del qual el obispo que celebraba la misa dió el hábito á Pedro Nolasco, y á los compañeros que se habian juntado con él. Este habito, que era blanco, consistia en una túnica, un escapulario y una capa. El escudo de las armas de Aragon con una cruz encima estaba figurado en el escapulario. A los tres votos comunes de religion añadieron otro, por el qual los que la abrazaban se obligaban á quedar en rehenes entre los infieles por la redencion de los cautivos. En los dos primeros viages que hizo el santo fundador á tierra de mahometanos para cumplir con su objeto, sacó de su poder 400 christianos que tenian esclavos. El año 1235 aprobó el papa Gregorio IX. las constituciones del nuevo instituto, que habia dispuesto san Raymundo de Peñafort. Esta órden se conoce en la Iglesia con el nombre de nuestra señora de la Merced. San Pedro Nolasco murió el año de 1256 de edad de 67, pronunciando estas palabras del salmo CX.: *Redemptionem misit Dominus populo suo*; pero no fué canonizado hasta el siglo XVII. por el papa Urbano VIII.

En el siglo XIII. fué quando se empezó á conocer en Francia la órden de los Carmelitas, que tanto se ha propagado despues. Segun la pretension de estos religiosos, sube su orígen al tiempo de Elías y de los profetas, á quien tienen por patriarcas. Si esto fuere así, no habria comunidad en la iglesia que tuviese mas larga fecha, ni que fuese mas respetable por su antigüedad; pero es un punto de crítica, cuyo exámen no pertenece á esta obra. Lo cierto es que todavía se ven en el monte Carmelo en Palestina, en donde estan situadas las grutas de los profetas Elías y Eliseo su discípulo, las ruinas de muchos mo

nasterios que ha destruido el tiempo y la asolacion de los musulmanes. En el tiempo de las primeras cruzadas se hicieron algunos ermitaños unas celdillas con los despojos de estos antiguos edificios, y viviéron en ellas separados del mundo, repartiendo el tiempo como los monges antiguos en cantar salmos, en orar, y en trabajar de manos. Hácia el año de 1209 creado el patriarca de Jerusalen Alberto obispo de Verseil, dió regla á estos ermitaños, que no tenian otra que ciertas prácticas fundadas en la tradicion. Esta regla en extremo sencilla no contiene mas que 18 artículos. Está dirigida á Brocardo y á los otros ermitaños, que vivian baxo de su obediencia junto á la fuente de Elías. En ella se ve que los religiosos del monte Carmelo no comian carne, que ayunaban desde la exâltacion de la santa Cruz hasta pascua, que muchos de ellos no sabian leer, y que aquellos rezaban cierto número de padre nuestros. Por último el B. Alberto les encarga con particularidad las oraciones, el trabajo de manos y el silencio. Al volver san Luis de la tierra santa, se traxo algunos de estos religiosos á Francia, y los estableció en París en el sitio donde al presente está el convento de los Celestinos.

Este artículo lo acabaremos con los Agustinos, que tambien deben su orígen al siglo XIII. En este siglo habia muchas congregaciones de ermitaños, unas que seguian la regla de san Benito, otras la de san Agustin. Estos ermitaños eran mendicantes, y asemejándose bastante su modo de vestir al de los padres Menores, se aprovechaban de esta semejanza para sacar las limosnas de los fieles. Los Franciscanos se quejaron de esto; y para averiguar sus quejas dispuso el papa Gregorio IX., por una bula dada el año de 1240, que los ermitaños llevasen un hábito negro ó blanco, no tan largo que les cubriese el calzado (porque los padres Menores iban descalzos) y con un baston en la mano, para distinguirlos todavía mas de los otros mendicantes. Es probable que este reglamento no remedió todos los inconvenientes, porque Alexandro IV. reunió en un solo cuerpo de religion, y baxo de la obediencia de un mismo superior general, cinco de estas congregaciones de ermitaños el año de 1256, y les dió la regla de san Agustin, de la que tomaron el nombre. Estos religiosos tuvieron casa en París desde el

año 1259 en las cercanías de la calle, que de ellos se ha nombrado calle de los Agustinos antigua.

ARTICULO XII.

Escritores eclesiásticos.

Sin embargo que las artes de puro gusto y luxo se cultivasen en Constantinopla en medio de las borrascas que agitaban al estado; que los literatos fuesen en crecido número, y que nos hayan quedado de ellos muchas obras apreciables en el ramo histórico, se puede asegurar que por lo que mira á las ciencias eclesiásticas no han producido nada los griegos de este siglo que en realidad sea interesante. Toda su erudicion, todos sus trabajos en este género se reducian al exámen de los objetos de doctrina, y de las prácticas exteriores en que no iban conformes con los latinos. Sepárense de sus varios escritos que se han conservado hasta nuestros dias aquellos que hicieron por establecer las opiniones y usos de su Iglesia tocantes á la procesion del Espíritu Santo, al pan ázimo, al celibato de los clérigos, al ayuno del sábado, &c. y entónces nada quedará. Sin embargo, estas obras no dexan de ser útiles, porque nos dan á conocer qué especie de pruebas contraponian los griegos á los latinos en la discusion de los puntos en que estaban discordes, qué argumentos sacaban de ellas, y cómo respondian á los raciocinios de sus contrarios. En ellas se ve que no habia cosa mas fútil ni mas fácil de destruir que estas pruebas y estas respuestas, á las quales sola la terquedad podia dar bastante fuerza sobre estos ánimos preocupados para autorizarlos á permanecer en el cisma. Esta es toda la utilidad que el dia de hoy se puede sacar de los varios escritos de los griegos sobre esta materia.

Ya hemos observado en el artículo V. que la filosofia aplicada á la ciencia de la religion y el derecho canónico, eran los principales objetos de emulacion en que en este siglo se ocupaban los eclesiásticos estudiosos. Aquí conviene dar á conocer algo por menor los sabios que mas se distinguieron en esta carrera, para que se pueda formar idea de sus talentos y progresos. Entre la multitud de estos escritores escogeremos aquellos, cuyas obras cé-

lebres en su tiempo conservan todavía alguna fama en el nuestro, y remitimos á los lectores, que en este punto deseen noticias mas extensas á las grandes historias literarias, publicadas despues de la restauracion de las letras de Europa. Con eso no saldremos de los límites en que la naturaleza de esta obra nos obliga á contenernos.

Para seguir el órden cronológico, empezaremos por Alexandro de Hales, llamado así del lugar de su nacimiento, en el condado de Golcester, en Inglaterra. Los primeros estudios los tuvo en su patria, y despues vino á París, en donde se aplicó al lado de los mejores maestros de esta famosa escuela á la filosofía y teología. Era doctor, y tenia ya tan sobresaliente reputacion, que se habia grangeado segun el gusto del tiempo los títulos de doctor irrefragable y de fuente de vida, quando entró en la religion de los padres Menores el año 1222. Gobernó muchos años y con mucho lucimiento la escuela de su órden en el convento de París, donde murió el año 1245. Alexandro de Hales habia compuesto un crecido número de obras de varias especies sobre materias de teología y de moral. Pero las mas de las que nos quedan con su nombre, tanto impresas como manuscritas, las tienen por supuestas ó dudosas los mejores críticos. La suma de teología que lleva su nombre es la única obra que verdaderamente será suya, porque el comentario sobre el maestro de las sentencias que se le atribuye, no es otra cosa que esta misma suma con distinto título. En este escrito que emprendió de órden del papa Inocencio IV. sigue el mismo plan y órden de materias que el Maestro de las sentencias; pero extiende mucho mas que Pedro Lombardo la libertad del raciocinio, y la de proponer qüestiones curiosas y arrogantes. En todas las materias que tienen relacion con el gobierno de la Iglesia y con los derechos de la gerarquía, apoya sus decisiones en las máxîmas establecidas por las decretales falsas. Si se le hubiese de creer, la autoridad del papa es absoluta, indefinida, superior á qualquiera otra, independiente de las leyes y de las costumbres. Llega hasta defender que la potestad episcopal no es mas que una emanacion de esta autoridad plena y entera, que reside esencialmente en el papa. No debe causar admiracion el hallar estos principios en la obra de un franciscano, porque sabida cosa es que los

mendicantes sacaban todos sus privilegios de los papas, cuyo favor ponian todos los medios de ganar, y que los obispos y párrocos les disputaban su uso, porque pretendian disfrutarlos en perjuicio del derecho imprescriptible y siempre respetado de los ordinarios.

En este siglo no hubo escritor mas laborioso ni mas fecundo que Alberto, llamado el Magno, no por su vasta erudicion, como algunos lo han dicho, sino porque su apellido era *Groot*, que en aleman significa *Grande*. Nació en Larvingen en Suavia junto al Danubio, segun unos el año 1193., y segun otros el de 1205. Sus padres, que eran gente de distincion, lo enviaron á estudiar á Passau. Allí hizo progresos extraordinarios, y ya tenia fama de hombre muy docto, con particularidad en filosofia, quando entró en la órden de Predicadores, siendo de unos 30 años de edad. Enseñó publicamente en Colonia, en Hildesheim, en Friburgo, en Ratisbona, en Strasburgo; pero se fixó en la primera de estas ciudades, en donde tuvo un prodigioso concurso de oyentes, entre ellos santo Tomás de Aquino, de quien hablaremos muy pronto. Conociendo su mérito el papa Alexandro IV., lo llamó cerca de sí, y le hizo maestro del sacro palacio; empleo de entidad, cuyas funciones desempeñó con universal aplauso. El mismo pontífice juzgándole útil para restablecer el buen órden en la iglesia de Ratisbona, que habia venido al estado mas deplorable en lo espiritual y temporal, lo eligió para ocupar esta silla el año 1260. Alberto no la rigió mas que 3 años, al cabo de los quales, disgustado de una dignidad que no habia apetecido, la renunció para restituirse á su monasterio de Colonia. En él volvió á la enseñanza pública y á la observancia regular con tanto zelo como ántes de su exâltacion al obispado. Ademas del tiempo que dedicaba al gobierno de su escuela, á la instruccion de sus discípulos, que siempre eran muchísimos, y á la composicion de sus obras, todavía le quedada para la oracion y exercicios de comunidad, á la qual edificaba con su humildad y fervor. Murió santamente en el sitio adonde se habia retirado el año 1280, de edad de 75 años: otros dicen de 86. El papa Gregorio XV. lo puso entre los bienaventurados el año de 1622.

Este aplicado escritor ha dexado obras con que poder

formar una coleccion de veinte y un tomos en folio: con extraordinaria si se atiende al mucho tiempo que por necesidad le habia de quitar la escuela, y los consejos particulares que daba á sus discípulos. En la inmensa coleccion de sus escritos se halla un curso de filosofia muy extenso, segun el método y principios de Aristóteles. En él ha juntado sin eleccion ni crítica los extractos que habia hecho de casi todos los comentadores de este filósofo, tanto griegos, como árabes y latinos; y así este curso de filosofia ocupa seis tomos en folio. Cinco tomos de esta coleccion estan destinados para los comentarios que escribió Alberto sobre los mas de los libros de la sagrada escritura, y uno para sus sermones, que tienen por objeto todas las dominicas y fiestas del año. La teología ocupa cinco, que se reduce á unos largos comentarios sobre el Maestro de las sentencias, y á una suma ó cuerpo completo de escolástica y de moral, segun el método recibido entónces en las escuelas. Los otros tomos contienen varios tratados sueltos, y algunos opúsculos. El mismo espíritu y las mismas opiniones apuntadas en las obras de Alexando de Hales reynan en las de Alberto Magno, y el mismo juicio se debe formar de ellas; con la diferencia sin embargo, que Alberto tenia mas erudicion, mas lectura, y que parecia haber meditado mas sobre las materias que emprendió tratar.

Los teólogos de que acabamos de hablar no eran mas que unos hombres comunes, no obstante lo extenso de sus conocimientos, en comparacion de santo Tomas de Aquino, sin exceptuar el mismo Alberto Magno, que fué su maestro, y que labró su entendimiento. Este varon célebre nació el año 1226, segun la opinion mejor sentada, en el castillo de Aquino en el reynado de Nápoles. Su familia era una de las mas ilustres del pais, pues su padre descendia de los antiguos reyes de Sicilia, y de los soberanos de Aragon. No tenia Tomas mas que 5 años, quando se le envió á Monte Casino á comenzar sus estudios. Sus padres que lo destinaban á la Iglesia, querian sin duda por medio de una educacion correspondiente á sus ideas proporcionarlo para las dignidades, cuya puerta esperaban que le abriria algun dia su nacimiento; pero el jóven Tomas, únicamente atento á trabajar por su salvacion, no pensaba como ellos. Luego que acabó su cur-

so de humanidades y de filosofia en Nápoles, entró en la órden de Predicadores el año 1241, á los 15 de edad. Esta accion desagradó á su familia, que no omitió ningun medio para hacerle mudar de propósito. Habiéndolo cogido sus hermanos estando en camino para ir á París, se le tuvo preso dos años en el castillo de Loche-Seche, y se emplearon alternativamente agasajos, amenazas, maltratamientos y atractivos del deleyte, para persuadir á este virtuoso jóven que dexase el estado pobre y humilde que habia abrazado; pero nada bastó á trastornarlo. Como lo vieron firme en su propósito, le restituyeron la libertad, mas bien, á lo que parece, por desprecio y abandono, que por compasion. El tiempo de su cautiverio no fué perdido, ni para él, ni para los demas. Empleólo en leer la sagrada escritura, y el Maestro de las sentencias, para beber en estas dos fuentes los primeros elementos de la sana teología, de que muy en breve habia de ser el oráculo. Al mismo tiempo ganó para Dios, por medio de sus eficaces exhortaciones y piadosos exemplos suyos, dos hermanos suyos y una hermana, que despreciaron el mundo como él, y se consagraron á la religion. No lo seguiremos en los varios viages que hizo á Roma, París, Colonia, y otras partes, ya para continuar y concluir sus estudios, ya para enseñar teología en las mas famosas universidades. La de París, en donde tomó la borla de doctor el año 1255, hubiera querido quedarse con él para siempre; pero estimándolo mucho los papas, y conociendo quán útil podia serles, le ofrecieron por su parte todas las dignidades y empleos q[illegible] podian fixarlo á su lado; mas él rehusó siempre las prelacías, contento con ser útil á la Iglesia en su estado, criando defensores de la religion por medio de sus lecciones y escritos. Clemente IV. le instó, pero en vano, que admitiese el arzobispado de Nápoles. Viéndolo Urbano IV. determinado á no salir de l[illegible] simplicidad de su profesion, quiso que estuviese siempr[illegible] á su lado para valerse de sus consejos; y san Luis, qu[illegible] tanto conocia el mérito, tenia tal confianza en sus luces que lo consultaba en los negocios mas arduos. Su crédito habia llegado al mas alto grado, quando lo llamó Gregorio X. al concilio II. general de Leon el año 1274. Púsose en camino para asistir á él; pero habiendo enfermado, tuvo que detenerse en Fossa-Nova, célebre abadía d[illegible]

los cistercienses, en la diócesis de Terracina. Allí murió santamente el dia 7 de Marzo del mismo año 1274, á los 48 de edad. El papa Juan XXII. lo canonizó en el de 1313; y en el pontificado de Urbano V., el último año del siglo XIV., se trasladó su cuerpo á Tolosa al convento de los Dominicos, en donde es tenido en grande veneracion.

Las obras de santo Tomas formaron una coleccion de 17 tomos en folio, en la edicion de Roma, publicada el año 1570, que es la mas estimada. Parece increible que en el discurso de una vida tan corta y tan ocupada con cargos exteriores haya podido escribir tanto; porque ademas de la enseñanza pública, de que casi siempre estuvo encargado, predicaba muy á menudo, y tenia que responder á una infinidad de personas que lo consultaban continuamente de palabra ó por escrito. De todas las obras contenidas en esta vasta coleccion, la suma teológica es la que ha acreditado mas la profunda sabiduría de santo Tomas, y que le ha grangeado el título de doctor angélico; título que le han confirmado todos los doctos desde su tiempo hasta nuestros dias. Este cuerpo de teología dogmática y moral es el mas completo y perfecto que se ha publicado despues que la ciencia de la religion se ha sujetado al método escolástico. Divídese en dos partes, de las quales la segunda está partida en tres. De esta obra no podemos dar idea á un mismo tiempo mas sucinta y mas puntual, que copiando lo que dice de ella Dupin en la bibliot. ecles. tom. XIII., pág. 259. Este docto crítico se explica de este modo: "En la primera parte, despues de »haber hablado de la doctrina sagrada en general, trata de »Dios, de su esencia, de sus atributos y de sus opera»ciones; de la bienaventuranza, de las tres divinas Perso»nas, de sus procesiones y relaciones, y por último, de »Dios considerado respecto de las criaturas. En la prime»ra parte de la segunda trata del movimiento de la cria»tura racional hácia Dios, de su último fin, de la qua»lidad de las acciones por donde se puede llegar á él, de »su principio, de las virtudes y vicios en general, y de »las leyes de la gracia. En la segunda parte de la segun»da trata en particular de las virtudes teologales y mo»rales, y de todo lo que puede tener relacion á ellas. En la tercera parte, por último, habla de los medios por

»donde se llega á Dios, que son la encarnacion de Jesu»christo y los sacramentos, y concluye con unas qües»tiones concernientes á las quatro postrimerías del hom»bre." Tal es en compendio el plan de la suma teológica de santo Tomas. En ella se halla generalmente un entendimiento exâcto, luminoso y profundo. Todos los objetos ocupan su lugar propio, y todas las qüestiones que pertenecen al dogma ó á la moral se controvierten con una claridad y una precision que no dexan nada que apetecer. Estudiando este precioso tratado, el hombre de mayores luces, el mas instruido, aprende todavía muchas cosas, y percibe entre las verdades unas relaciones que no habia llegado á descubrir. El ateismo, la heregía, el cisma, la incredulidad, la supersticion y la relaxacion, no han inventado nada en estos últimos tiempos, que de antemano no esté refutado en él, ó con argumentos discretos, ó con principios, de que es fácil hacer la aplicacion. Aunque desde el siglo XIII. la crítica y la verdadera filosofia, sin añadir nuevas pruebas de la religion á las que en todos tiempos se han conocido y empleado, hayan perficionado mucho el arte de ponerlas en claro, y de hacer uso de ellas contra todos los enemigos de la verdad, no se ha visto aun cuerpo entero de teología que haya hecho olvidar el de santo Tomas; y todos los sublimes ingenios que los siglos posteriores han visto brillar en la Iglesia, se han gloriado de confesar que debian al estudio que han hecho en él toda la elevacion, fuerza, solidez y energía que se encuentra en las obras que han publicado, en qualquier lengua que sea, en defensa de las verdades especulativas de la fe, ó de las preciosas reglas de la moral evangélica. Por tanto la doctrina de santo Tomas, autorizada con la aprobacion de casi todos los sumos pontífices desde el siglo XIII. hasta nuestros dias, se tiene todavía por lo mas seguro y mas autorizádo que hay en la Iglesia.

Despues de santo Tomas de Aquino no ha habido sabio ni santo mas célebre en la Iglesia en el siglo XIII que san Buenaventura. Nació en Bagnarea, ciudad pequeña de Toscana, el año 1221. Su padre se llamaba Juan de Fidanza, y á él se le puso tambien en el bautismo el nombre de Juan. El de Buenaventura con que se le conoce, se le dió en su infancia con el motivo que diremos. Habiendo enfermado de edad de 4 años, y desespe

rando de su vida los médicos, llamó su madre á san Francisco, suplicándole lo encomendase á Dios, y haciendo voto de ponerlo baxo su direccion si recobraba la salud. San Francisco se puso en oracion, y al punto se halló sano el niño. Entónces san Francisco exclamó en italiano: ¡*Buona ventura*! feliz acaecimiento, como para anunciar esta buena nueva á la madre, quien en agradecimiento puso el nombre de Buenaventura á su hijo. Siguió los estudios como los demas niños de su edad y de su clase; pero no los seguia ni en sus diversiones, ni en sus vicios; ántes por lo contrario, se aplicaba igualmente á las letras y á la piedad, tanto que sus maestros lo proponian por modelo á todos sus discípulos. Noticioso del voto que habia hecho su madre por él, y juzgándose obligado á cumplirlo, entró en la religion de los padres Menores de edad de 22 años, el de 1243. Enviósele á París á estudiar con Alexandro de Hales, de quien grangeó la estimacion por su aplicacion al trabajo, su candor, su inocencia, su inclinacion á la oracion, y su exemplar regularidad. Recibió la borla de doctor en la universidad al mismo tiempo que santo Tomás de Aquino, su amigo, ó por mejor decir, su émulo en ciencia y virtud. Despues de haber enseñado filosofia y teología con gran crédito, fué elegido para general de su órden el año 1256, aunque no tenia mas que 35 de edad. Por vivas instancias que hizo con el papa Alexandro IV. para excusarse de admitir este cargo, alegando su poca edad y corta experiencia, no pudo conseguir nada. El modo con que desempeñó todas las obligaciones del generalato, manifestó quán digno era de él. Su vigilancia y zelo le hacian descubrir los abusos que ya se habian introducido en la órden, no obstante acabarse de fundar. Su prudencia y mansedumbre le suministraban siempre medios seguros para remediarlos, sin excitar ni quejas, ni murmuraciones; pero su exemplo era un género de exhortacion á que no podian resistir los mas incorregibles.

La humildad del santo religioso se manifestó con mayor realce quando el papa Clemente IV. lo nombró para ocupar la silla de Yorck en Inglaterra. Penetrado del conocimiento de su indignidad, se echó á los pies del pontífice, rogándole con lágrimas que no le sacase del estado á que Dios lo habia llamado. Sus instancias fueron

tan eficaces, que no pareció debido á Clemente haber de usar de autoridad para violentar la inclinacion de este digno discípulo de san Francisco; pero á poco tiempo tuvo que ceder él mismo á las órdenes de Gregorio X., que lo ensalzó á pesar suyo al cardenalato, para que mejor pudiese trabajar en los importantes asuntos que de allí á poco se habian de tratar en el concilio general de Leon. San Buenaventura pasó á esta ciudad con los otros prelados en el mes de Mayo de 1274. Presentóse con la mayor distincion en este augusto congreso, al qual predicó en la 2.ª y 3.ª sesion; pero despues de la 4.ª, en que se trató de la reunion de los griegos con la iglesia latina, cayó de repente en desfallecimiento, al qual se siguió un vómito, que nada fué capaz de detener, y que le causó la muerte el dia 15 de Mayo. Fué llorado del papa y de todos los prelados del concilio, y todos miraron su muerte como una gran pérdida para la Iglesia en las circunstancias en que se hallaba. Gregorio X., los cardenales, los obispos, y todas las personas de distincion que por la celebracion del concilio residian en Leon, asistieron á sus exêquias que se celebraron el mismo dia de su muerte. Aunque en la santidad de su vida no hubiese la menor duda, sin embargo no se le canonizó hasta el año 1482, siendo pontífice Sixto IV.

Las obras de san Buenaventura se han recogido en 8 tomos en folio, en una edicion hecha en Roma el año 1588, á presencia del papa Sixto V., que era de la misma religion, y que le habia concedido el título glorioso de doctor de la Iglesia. Los tratados comprehendidos en esta edicion no son en gran parte mas que tratados de piedad, á excepcion de los comentarios sobre algunos libros de la sagrada escritura, y sobre el Maestro de las Sentencias, y un corto número de opúsculos teológicos. El célebre Gerson hacia singular aprecio de qualquier cosa que fuese de san Buenaventura. Este es (dice él) de todos los doctores católicos, sin agraviar á los demas, el que me parece mas á propósito y mas seguro para levantar el entendimiento á los pensamientos mas sublimes, y para inflamar el corazon en el mas puro fervor de la caridad. Antepóngolo, añade, á todos los demas, porque en todas sus obras se encuentra solidez, puntualidad, luz y uncion, y esclareciendo el entendimien-

to, lo refiere todo á la inclinacion, á la piedad, que fomenta y corrobora. Este es el juicio de Gerson, sugeto el mas juicioso é instruido de su tiempo, acerca de los escritos de san Buenaventura, y añadir á él cosa alguna seria debilitarlo.

Entre los canonistas que han florecido en este siglo, no haremos mencion mas que de san Raymundo de Peñafort, y del cardenal Henrique de Susa, obispo de Ostia. El primero nació en Barcelona el año de 1175, de una familia ilustre que reconocian por su aliada los reyes de Aragon. Estudió el derecho canónico y civil en la universidad de Bolonia, donde se graduó de doctor, y desempeñó con crédito el empleo de profesor público. Llamado á su patria por el obispo de Barcelona, fué canonigo y juez de la catedral, dignidad que dexó el año 1222 para entrar en la religion de santo Domingo; teniendo 47 años de edad. Humilde y obediente como el mas jóven de los novicios, era el exemplar de todos por su fervor y docilidad. Su zelo por la conversion de los infieles y de los pecadores no reconocia dificultad ninguna. El año 1238 fué electo tercer general de su órden; pero á los dos años renunció este empleo para reducirse al estado de mero religioso; y tambien rehusó el arzobispado de Tarragona en España. Los papas Gregorio IX., Inocencio IV., Alexandro IV., Urbano IV., Clemente IV. y Gregorio X., lo honraron con su confianza, y le encargaron muchas comisiones importantes. La coleccion de los cinco libros de Decretales que hizo de órden de Gregorio IX, de quien [illegible]apellan y penitenciario mayor, es la mas útil de sus obras. Esta compilacion forma el II. tomo del cuerpo de derecho canónico. Tambien compuso una suma de los casos de conciencia para dirigir á los confesores en el exercicio de su ministerio. Esta es la primera obra de este linage que hayan conocido los teólogos. Todos los casos estan decididos en ella con la autoridad de la sagrada escritura, de los padres, de los cánones, de las decretales, y rara vez con el dictámen del autor, que parece haber tomado por empeño el no decir nunca nada por sí mismo. San Raymundo murió el año 1275, á los 100 de edad, con la reputacion de sabio modesto, de predicador zeloso, y de religioso perfecto. El año 1601 lo canonizó el papa Clemente VIII.

Henrique de Sussa, primero arzobispo de Embroun, y despues cardenal obispo de Ostia, de donde se ha nombrado *Ostiensis*, nombre con que le conocen y citan los doctos, pasó por el mas hábil de su tiempo en la ciencia del derecho canónico. Compuso sobre esta materia una suma ó cuerpo de principios, que comunmente se llama la Suma de oro, denominacion que da á conocer su mérito. Tambien trabajó un comentario sobre las decretales de órden del papa Clemente IV.: estas dos obras se miran como originales. Los canonistas hacen mucho uso de ellas, sobre todo en Italia; y se pretende que los que en este punto han escrito despues, no han hecho otra cosa que copiarlas ó comentarlas.

No podemos concluir este artículo sin hablar algo del cardenal Hugo de santo Cahro, del órden de Predicadores, y doctor de París. Este piadoso y docto prelado, de quien se valió el papa Gregorio IX. para el grande asunto de la reunion de los griegos, es el primero á quien ocurrió hacer unas concordancias de todas las voces de la biblia para uso de los que estudian la sagrada escritura, ó que quieren verificar los pasages de los libros sagrados citados por los autores. Este plan hizo que lo executasen religiosos de su órden, cuyo trabajo corregia y repasaba. Sabida cosa es que esta feliz idea se ha perfeccionado mucho despues; pero no es corto mérito en el siglo XIII. haber discurrido este proyecto, y empezado á executarlo.

Entre los diversos ramos de la ciencia eclesiástica, no se olvidó en este siglo la liturgia. Dos escritores naturales de Francia adquirieron una reputacion bien establecida con las obras que publicaron acerca de este objeto. Juan Beleth, doctor de París, es el primero. Su tratado de los oficios divinos es un monumento curioso, en que se ve la conexîon de las prácticas observadas en su tiempo, y pasadas al nuestro con las de la mayor antigüedad. Guillermo Durand, obispo de Menda, y uno de los jurisconsultos mas doctos de su tiempo, es el segundo. Su racional de los oficios divinos es una obra clásica en este género que constantemente ha tenido el mayor aprecio entre los liturgistas, y á la qual se recurre aun hoy en dia como á una de las fuentes mas puras en que se puede beber el conocimiento de quanto pertenece á to-

das las partes del culto público de la Iglesia.

La pragmática sancion de san Luis tan freqüentemente citada en los tiempos mas esclarecidos que se han seguido al reynado del santo rey, es tambien uno de los monumentos mas respetables del siglo XIII.; y faltaria alguna cosa esencial á este artículo, si omitiésemos hablar de ella. El santo hizo esta ordenanza al tiempo que se preparaba para su segunda expedicion contra los infieles el año 1269. Esta ley que rebosa prudencia, está en forma de edicto para observarse perpetuamente. Contiene 6 artículos, por los quales se establece: 1.º Que los prelados del reyno, patronos y coladores ordinarios de los beneficios gocen absolutamente de su derecho, y que cada uno conserve su jurisdiccion. 2.º Que las iglesias catedrales y otras tengan libertad en las elecciones, y que las que hagan segun las reglas canónicas, se pongan en execucion. 3.º Que el delito de simonía, que es la ruina de la iglesia, se destierre del reyno. 4.º Que las promociones, colaciones, provisiones de prelacías, dignidades, beneficios y otros oficios eclesiásticos, se hagan con arreglo á las disposiciones del derecho comun de los santos concilios, y de los estatutos antiguos recibidos en la Iglesia. 5.º Que no se hará ninguna exâccion de dinero, impuesto ó para imponer por la corte de Roma, sin consentimiento expreso y voluntario, tanto del reyno, como de la iglesia de Francia. 6.º Que las iglesias, monasterios, lugares pios, los religiosos y personas eclesiásticas gocen de las libertades, franquicias, derechos y privilegios concedidos por los reyes de Francia, renovados y mantenidos por la ley presente. Los prelados de la iglesia Galicana, los estados generales del reyno, y los parlamentos han manifestado muchas veces á los sucesores de san Luis quánto deseaba la nacion la observancia de este reglamento, cuya utilidad se dexaba conocer tanto mejor, quanto mas claramente se iban apartando del espíritu que la habia dictado (*a*).

(*a*) Merecen asimismo y ocupan honorífica memoria entre los escritores del siglo XIII. los siguientes: san Martin, abad de san Isidro de Leon, y natural de esta ciudad, aunque hombre sin letras, tuvo una vision de san Isidro; y desde entónces se sintió inspirado de ciencia divina, y compuso algunos libros de gran doctrina; entre los quales hay uno en que concuerda el testamento viejo y nuevo, y sus obras se guardan con gran cuidado en el real convento de san Isidro. *Mariana, Hist. de Esp. cap.* 16. *lib.* II. *Fr. Alonso Venero, en su obra Enquiridion de los*

ARTICULO XIII.

Costumbres, usos, disciplina.

Las costumbres de este siglo eran, como las del antecedente, despues del orígen de la caballería y de las cru-

tiempos, *fol.* 128. Don Nicolas Antonio confirma lo mismo; y le atribuye otros escritos, que aun estaban ineditos, quales son: *comentario sobre el Apocalipsis*: *comentario sobre las epistolas de Santiago*, *de san Pedro y de san Juan*, *apóstoles*: *sermones desde el Adviento hasta la festividad de la Trinidad*; *y otros varios sobre diversos asuntos y festividades*. Salieron á luz en el año de 1782 de órden del eminentísimo y excelentísimo señor Arzobispo de Toledo las obras de san Martin en quatro tomos en folio, en Segovia, en la imprenta de Don Antonio Espinosa.

Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, navarro de nacion, fué destinado por su grande sabiduría para ir á Roma y hallarse con los demas prelados en el concilio Lateranense, en el qual se distinguió mucho, é hizo una oracion en lengua latina, con varias sentencias en italiano, aleman, ingles y frances que poseia bien, de suerte que causó admiracion á los padres del concilio. Ademas de su bien conocida y justamente estimada historia gótica, escribió una obra intitulada: *Breviario de la Iglesia católica*, *compilado por Rodrigo*, *sacerdote de la iglesia de Toledo*; que es propiamente la historia del nuevo y viejo testamento. Otros dicen que se debê intitular esta obra con mas propiedad: *Exposicion Católica*, segun lo que de ella dice el autor en el prólogo. Lo cierto es, que es á un mismo tiempo histórica, teológica y filosófica, muy docta y elegante para aquel tiempo. Exîste manuscrita en la real biblioteca del monasterio del Escorial, en un grueso códice en folio, escrita en pergamino; y un tratado en defensa de la primacía de la iglesia de Toledo. *D. Nicol. Anton. tom.* 2. *Bibliot. vet. lib.* 8. *cap.* 2. Añade en el lugar citado el mismo D. Nicolás Antonio, que en el códice de san Juan de los Reyes de la ciudad de Toledo se halla manuscrita esta obra: *Crónica de todos los pontífices*, *emperadores romanos*, *con su[illegible] y hechos mas notables*.

D. Lucas, obispo de Tuy, natural de la ciudad de Leon, fué contemporáneo del arzobispo D. Rodrigo, y viajó y Roma á otras partes con el deseo de instruirse. Con efecto acreditó su perspicaz ingenio y erudicion en varios escritos que compuso. No entraremos en la disputa de si es suya ó no la historia de la vida y milagros de san Isidoro, de que trata largamente *Castro en su bibl. Esp. tom.* 2. *pág.* 570. y el P. Florez, que formó una larga disertacion sobre esto en el tom. 22. Lo que nadie le niega y hace á nuestro propósito, es que escribió tres libros contra los errores de los albigenses; los quales dió á luz e ilustró con notas el P. Juan de Mariana. Asimismo es del obispo D. Lucas el Cronicon que anda con su nombre, en que se incluyen los de san Isidoro y otros historiadores españoles; y todas estas obras las compuso, segun dice el P. Mariana, y consta del mismo prólogo del Cronicon, por mand[illegible]o de la reyna Doña Berenguela, gran protectora de los hombres virtuosos y sabios: *D. Nicol. Ant. Bibl. vet.*

Entre los canonistas produxo España en este siglo algunos muy sobresalientes. El autor ha hablado ya de san Raymundo de Peñafort, y de la coleccion de las Decretales, que hizo por encargo del papa

zadas, una mezcla de heroismo, de marcialidad, de galantería, ya noble y decente, ya libertina y amorosa, de

Gregorio IX.; y nosotros no podemos pasar en silencio aquí al célebre Bernardo Compostelano, llamado así, ó porque fué natural de Compostela, hoy Santiago, ó porque fué arcediano de aquella santa iglesia. Hízose famoso en Roma por su grande instruccion en la jurisprudencia; y el papa Inocencio IV. le nombró su capellan. Formó la *coleccion de las decretales*, que se dice tercera ó romana; de la qual acaso se suprimió su nombre, por no causar emulacion á los romanos; y aun Inocencio III. habla de ella como de trabajo hecho por su diácono Pedro de Benevento. De este sentir es D. Nicolas Antonio, quien refiere que por el título de un códice manuscrito que tenia de esta coleccion D. Antonio Agustin, consta que era de Bernardo Compostelano. Escribió tambien *Escolios sobre la segunda coleccion de las decretales*, compuesta por Juan Walense: *lectura aurea ó dorada, sobre el primer libro de las decretales*: *casos sobre las decretales, en cinco libros*: *aparato sobre las decretales*: *suma de qüestiones, sacadas de las decretales*; que exîste manuscrita en la bilioteca de la santa iglesia de Toledo: *cosas notables de la nueva coleccion de las decretales de Gregorio IX., y acerca de las definiciones de las rúbricas, compuestas por Gotfredo*, que poseia manuscritas D. Antonio Agustin: y las *apostillas sobre el codigo y el digesto*.

El ilustre san Antonio de Padua, portento de santidad, nació en la ciudad de Lisboa, y desde niño abrazó el instituto de los cánonigos reglares de san Agustin, y despues el de la órden de los Menores de san Francisco. Estuvo mucho tiempo ocupado en la predicacion en la ciudad de Padua; y exerciendo el mismo ministerio en Roma por mandado del sumo pontífice, habló de modo que todos los oyentes que habia de varias naciones, entendian cada uno en su idioma lo que él decia en lengua portuguesa. Escribió este santo varios sermones de adviento, quadragesimales, de tempore, y de varios santos, &c. y ademas una exposicion mística de la sagrada escritura; cuyos escritos recogió y publicó con las obritas de san Francisco de Asis el P. Fr. Juan de La-Haye, en Leon de Francia, en el año de 1643.

Grimoaldo ó Grimaldo, monge de san Millan de la Cogulla, trasladó los libros sagrados con los de los *morales de san Gregorio*, y escribió en latin la vida de santo Domingo de Silos, la translacion del cuerpo de san Felix al monasterio de san Millan, y las vidas de algunos santos. Todos estos escritos se conservan en el archivo del mismo monasterio de san Millan de la Cogulla, en donde residia Grimoaldo: *Castr. Bibl. Esp. tom. 2. pag. 390.* Don Nicolas Antonio duda si por la expresion trasladó *los libros sagrados y los morales de san Gregorio*: se debe entender que los copió ó traduxo del latin al castellano.

Don Gonzalo de Berceo, presbítero y celebre poeta español escribió *la vida de santo Domingo de Silos, la de san Millan de la Cogulla, el sacrificio de la misa, el martirio de san Lorenzo, los loores de nuestra Señora, de los signos que aparecerán ante el juicio, milagros de nuestra Señora, duelo de la Virgen el dia de la pasion de su Hijo, la vida de santa Oria, con el epitafio á esta Santa*; *tres himnos, y unos versos en elogio del mismo*: cuyas obras se hallan en la coleccion de poesías castellanas, anteriores al siglo XV., por Don Tomas Sanchez, tom. 2. No fue Berceo monge benedictino, como algunos dixeron equivocadamente, sino presbítero, y muy afecto al monasterio de san Millan de la Cogulla, en donde fué educado. Vease el prólogo del tom. 3. de dichas poesías.

Fr. Poncio Carbonell, religioso observante y natural de Cataluña, célebre por las disputas á que dió lugar con sus obras, sobre si santo Tomás copió de él la obra intitulada: *catena aurea*, ó al contrario;

deseo de la venganza, de gusto por las aventuras peligrosas y romancescas, de simplicidad en la conducta, y de

compuso unos comentarios á toda la Biblia, con muchas sentencias de los santos Padres, que estan en ocho tomos en la biblioteca de san Juan de los Reyes, de religiosos Observantes de la ciudad de Toledo. Y en quanto á la insinuada disputa solo diremos de paso, siguiendo el dictámen del sábio Castro, que ni el angélico doctor santo Tomás copió de Fr. Poncio la *catena aurea*, *ó exposicion de los quatro evangelios*, ni Fr. Poncio copió su exposicion de los evangelios de la catena aurea de santo Tomás, sino que cada uno hizo este trabajo separadamente; el primero por encargo del papa Urbano IV., y el segundo voluntariamente; como podrá reconocer qualquiera que quisiese tomarse el trabajo de cotejar ambas obras. Anda tambien con los ocho tomos de Carbonell otro, que contiene la exposicion que hizo Ricardo del Apocalipsis de san Juan, dividida en dos partes, de las quales, aunque la primera es sin duda de Ricardo, la segunda se puede creer verosímilmente que es de Carbonell. *Cast. Bibl. Esp. tom.* II. *pág.* 706. *y sig.*

Floreció por este tiempo Juan Diácono de Madrid, y arcipreste de santa María de la Almudena; el qual, deseoso de perpetuar la noticia de la santidad del glorioso san Isidro labrador, patron de la imperial villa de Madrid, escribió sucintamente en latin su vida y los milagros que él mismo presenció, ó le refirieron los sugetos en quienes se obraron. Guardábase este manuscrito con mucha veneracion en el archivo de la Iglesia parroquial de san Andres de esta corte, en la qual estaba el cuerpo de este esclarecido santo; pero habiéndose trasladado de órden del rey Don Cárlos III. con la mayor solemnidad el año de 1769 á la Iglesia del que se llamó colegio imperial, y hoy tiene la advocacion de real iglesia de san Isidro, se entregó en el año de 1776 de órden tambien de S. M. al cabildo de esta Iglesia por el cura de san Andres el referido manuscrito, que se colocó en su archivo, en donde exîste.

Hasta en la clase de los soberanos pudo gloriarse España de haber tenido en este siglo quien contribuyese, no solo á fomentar las letras y ciencias humanas, sino tambien las sagradas; ya se dexa ver que queremos hablar del inmortal Don Alonso el Sábio, que no contento con trabajar por sí mismo varias obras de gran utilidad que abaxo apuntaremos, hizo que se traduxesen en lengua castellana los libros sagrados de la biblia, cuya traduccion no es parafrástica, como algunos creyeron, sino literal de la latina [illegible]an Gerónimo; y está inserta en la historia general sagrada y [illegible]na, que es otra obra que mandó componer el mismo rey Don Alonso. Son asimismo de él las obras siguientes: el famoso *libro del tesoro*, en que trata de las tres partes de la filosofia; es á saber de la *racional*, *fisica y moral*, de cuyo libro hay un exemplar manuscrito en la Real biblioteca, y otros en otras partes: el *libro de las querellas*, escrito en versos de arte mayor, que constaban de doce sílabas: el *libro ó poema de Alexandro*: las *cantigas en elogio de nuestra Señora*, compuestas en varias especies de versos, unos de seis silabas, otros de siete, &c. *la historia general de España.* Además de esto formó el *fuero real*, la *coleccion de las siete partidas*, encargada por su padre el santo rey Don Fernando; y la traduccion ó enmienda del *fuero juzgo.* La astronomía le debió singulares adelantamientos en aquellas juntas que formaba de varios sabios españoles, árabes, franceses y orientales; de las quales salieron las famosas tablas, que [illegible]maron el nombre de *alfonsinas*, porque Alfonso fué el que excitó á formarlas, el que las corrigió, y el que presidió muchas veces á los que las compusieron. *D. Nicol. Anton. Bibl. vet. tom.* 2. *pág.* 78. *y sig. últim. edit. Castr. Bibliot. Españ. tom.* 2. *pág.* 625. *y sig.*

devocion supersticiosa. Las quejas del sacerdocio y del imperio, las guerras de los albigenses, la moral de los trobadores, las declamaciones de los novadores, la austeridad y exhortaciones patéticas de los compañeros de santo Domingo, y de los discípulos de san Francisco, todas estas cosas habian sugerido nuevas ideas, opiniones desconocidas hasta entónces, unas y otras igualmente á propósito para exâltar las imaginaciones y el valor. Por esto jamas se vieron tantos sucesos singulares, hechos tan increibles, y pasiones tan extravagantes. Hemos citado la moral de los trobadores como una de las causas que influyeron en las costumbres nacionales; porque sus canciones y otras obrillas, galantes ó satíricas, pasaban de boca en boca, y comunicaban de un extremo de la Europa á otro las máxîmas de que estaban imbuidos. La forma que les daban contribuia á que se grabasen con mas facilidad en los ánimos. Unos versos, que no carecen de armonía ni de dulzura, aunque la lengua estuviese todavía muy distante de la perfeccion, se detenian sin dificultad: sabíanse de memoria, y se repetian en los concursos mas lucidos; siendo no corto mérito el decirlos ó cantarlos bien. Las moralidades y sentencias que contenian eran recibidas y admiradas, y servian de norma en la práctica á los que no conocian otro código ni otros principios, que era toda la nobleza de las ciudades y de los campos, y todos aquellos que no se comprehendian baxo el nombre de villanos y de siervos. Las obras que nos quedan de estos antiguos poetas, pinturas sencillas y fieles de su siglo, nos manifiestan que la corrupcion de las costumbres, el libert[illegible] y la venganza, se aliaban en la conducta de todos con la devocion y la urbanidad, que se llamaba, conforme á las ideas del tiempo, el servicio de Dios y de las damas.

Las inclinaciones tenian en general en su simplicidad algo de noble y de grandioso; pero esta grandiosidad, esta nobleza, eran extremadas, y salian casi siempre de los justos límites que la decencia y la razon saben poner á las empresas laudables y á las acciones honestas: en los tiempos de galantería se despreciaba todo lo que era comun, y que los otros habian hecho ó po[illegible]n hacer; y no se veia la honra y la gloria sino en medio de los peligros. Toda accion rara y nueva, toda empresa que mos-

trase una grande audacia, y de la que no se pudiese salir sino por medio de una feliz temeridad, contribuian á ganar crédito, y hacian á un caballero célebre entre todos sus iguales. Esta disposicion de los ánimos, junta con aquella franqueza francesa, que no sabia, ni encubrir los vicios, ni disimular los odios personales, ni desfigurar las pasiones, produxo una infinidad de hazañas maravillosas y de hechos extraordinarios, que se mirarian como rasgos de locura en un siglo en que los movimientos de la naturaleza impetuosa y libre estan contenidos y sujetos de todos modos por las barreras que les oponen la decencia y las leyes. Quizá esta misma causa es la que produxo tantas mudanzas de estado, para las quales, á lo que parece, no habia habido preparacion ninguna; tantas conversiones repentinas, tantas especies de vida tan singulares, y tantas penitencias, cuya idea hubiera parecido tan extraña en los siglos cultos. Tampoco se puede dudar que esta inclinacion general de los ánimos á la singularidad haya contribuido mucho á los rápidos adelantamientos de las nuevas órdenes. Dexarlo todo por Dios; vivir de un modo duro; vestirse del mismo modo; hacer alarde de despreciar, de hollar todo lo que los hombres estiman y apetecen; presentarse desnudos y pobres en medio de las mismas ciudades, en donde ántes se habian dexado ver ricos y con magnificencia; combatir el vicio en sí mismos con los rigores de la penitencia, y en los otros con la palabra de Dios, &c.; es cierto que todo esto llevaba consigo una idea de magnanimidad y de heroismo, muy á propósito para hacer impresion en unos hombres, á quien causaba admiracion todo lo que tocaba á valor y generosidad.

Entre tanto que estas nuevas órdenes eran objeto de admiracion para los fieles por el fervor y trabajos apostólicos de aquellos á quien el deseo de la perfeccion hacia entrar en ellas, las comunidades religiosas antiguas caian en la relaxacion visiblemente; y esta misma relaxacion llegaba muchas veces á ser escándalo. La congregacion del Monte-Casino y la de Cluni, que habian sido tanto tiempo la gloria de la Iglesia, el asilo de la ciencia y de la piedad, no eran ya conocidas. Ya no habia en estos grandes monasterios, ni en los que dependian de ellos, regularidad, recogimiento, gusto por la oracion, ni amor al estudio. Aun

la misma decencia estaba desterrada de ellos con aquellas apariencias de pura cortesanía, que se conservan todavía algun tiempo despues que se ha desvanecido el fervor, y que no se pierden de todo punto hasta haber llegado al extremo de la corrupcion. Estos males eran tan públicos y tan acerbos, que los pastores no podian disimularlos, ni mirarlos con indiferencia. Los papas en sus cartas, los concilios en sus deliberaciones manifestaban sobre esto el mas vivo dolor. Buscábase el remedio, y no se hallaba; porque era preciso subir al orígen, y no habia ni el talento ni la constancia que se necesitaban para un trabajo de esta importancia. Mas fácil era y mas conforme con el espíritu del tiempo dar acogida á las nuevas órdenes que ofrecian á la Iglesia unos socorros apreciables en las urgentes necesidades en que se hallaba, y facilitar su establecimiento y su propagacion, que no reformar las antiguas. Para proporcionar á estas últimas los medios de formarse y de extenderse, no se necesitaba otra cosa que conceder aprobaciones, bulas, privilegios, y todo esto no acarreaba grandes dificultades; pero para reducir á las otras á su espíritu primitivo, hubiera sido necesario tomarse un trabajo inmenso; y el mayor habria sido renovar en los monasterios antiguos, ya ricos con sus vastas posesiones, la fe, la piedad, la humildad de los santos fundadores y de sus primeros discípulos.

El combate del sacerdocio y del imperio no se limitaba á las disputas de los papas con los emperadores, y á las reñidas guerras que estos príncipes del cuerpo religioso y civil se hacian mutuamente para sostener unas pretensiones agenas de los verdaderos intereses de la Iglesia. Ademas de que en todos los paises en que estas disensiones habian causado alborotos, cada uno se apasionaba por el partido que habia seguido, esta contrariedad se habia encendido casi en todas partes entre obispos y señores. La jurisdiccion, los derechos feudales y los censos útiles en servicios, en dinero y en provisiones, eran el orígen comun de una infinidad de guerras pequeñas, en que el ardid y la traicion venian por lo regular al socorro de la fuerza. Las mismas disputas se movian entre varones y abades por causa de los feudos que unos y otros poseian. Se impugnaban, se defendian; y en medio de estas discordias, seguidas siempre de venganzas atroces, de ho-

micidios y de crueldades, abandonaban su obligacion los prelados y superiores claustrales, para entregarse únicamente á la conservacion de los bienes temporales; y lo que de esto resultaba era, por un lado, que la corrupcion y los vicios cundian por todas partes por falta de ser combatidos; que los pueblos, privados de instruccion, caian en la ignorancia de las verdades mas esenciales para la salvacion; que la disciplina de los monasterios, abandonada por los mismos que habian de mantenerla, se debilitaba cada vez mas: por otro lado, que el odio ya demasiado envejecido de los legos contra el clero, léjos de moderarse, se exâsperaba por las injurias recíprocas, y por las empresas que todos los dias veia que se formaban.

Sin embargo el clero, á pesar de su vida poco regular, conservaba siempre un grande imperio sobre el ánimo de los pueblos. El ministerio sagrado que reside en los pastores, los bienes espirituales que dispensan, el culto público á que presiden, la necesidad de recurrir á ellos en todas las necesidades del alma, las obligaciones exteriores de la religion, que sin ellos no se pueden desempeñar, todo esto formaba unos lazos, que solo la heregía é impiedad se atrevian á romper. Por otra parte las armas espirituales que hieren á las almas, y cuyos efectos se extienden mas allá de la vida presente, estaban en sus manos. Aunque menospreciadas por algunos, con todo infundian terror á los mas. Es cierto que el uso demasiado freqüente de las censuras eclesiásticas; digamos mas, la aplicacion manifiestamente injusta de estas penas tan temibles en sí mismas, habian disminuido mucho su terror. Los hombres poco religiosos, ó violentamente agitados de la pasion, no tenian casi reparo en incurrir en ellas, y pensaban todavía mucho ménos en que se les absolviese. De aquí dimanaron tantos reglamentos severos en los concilios, y tantas representaciones hechas á los príncipes contra los que pasaban el año y dia en los vínculos de la excomunion, sin procurar ser absueltos. Sin embargo nadie queria morir excomulgado, aun aquellos que hubieran podido encontrar algun motivo de quietud, respecto de las resultas del anatema, en las pasiones que dirigian el uso del poder que se manifestaba contra ellos. La prueba la tenemos en los afectos que manifestaron el emperador Fe-

derico y Raymundo, conde de Tolosa, quando se vieron para morir.

Nada da á conocer mejor quánto se habian apartado hacia algun tiempo del espíritu y máxîmas de la sana antigüedad, que los medios empleados contra los hereges. Esto ya lo hemos notado; pero no será ocioso volver todavía á este objeto, para hacer ver quán distantes estan los que se hallan penetrados del verdadero espíritu de la religion de tener por triunfo de la verdad unas victorias aparentes, producidas tan solo por el temor. Santo Tomas no aprobaba este proceder. Sabia que la fe es á un mismo tiempo don de Dios y efecto de la persuasion. Enseñaba siguiendo á san Agustin, que nadie puede creer sin quererlo; que á la voluntad no se hace violencia; que la instruccion es el único medio que conduce seguramente al convencimiento, y que la profesion exterior del christianismo no sirve de nada, siempre que la fe no reyne igualmente en el entendimiento y en el corazon; pero la voz de uno solo poco es lo que puede contra la preocupacion dominante de su siglo.

En el discurso del siglo XIII. se celebró un crecido número de concilios, entre los quales hay tres de aquellos que se llaman ecuménicos ó generales; á saber, el IV. de Letran, y el I. y II. de Leon. En pocas palabras daremos noticia de lo mas notable que acaeció en estos tres célebres congresos, despues de lo qual reduciremos á algunos objetos principales, segun el método que hemos adoptado, la disciplina que resulta de los reglamentos y de los cánones hechos en los sínodos mas ó ménos numerosos de este siglo, cuyas actas han pasado á nuestras manos.

El papa Inocencio III. convocó el IV. concilio de Letran por medio de una bula dada el dia 19 de Abril, que se envió á toda la christiandad, convidando á todos los obispos á pasar á Roma á principio de Noviembre de 1215. Los motivos de esta convocatoria eran la recuperacion de la tierra santa, la reforma de las costumbres, la extirpacion de las heregías, la firmeza de la fe, y el restablecimiento de la paz entre los príncipes católicos. El concilio se congregó el dia 11 de Noviembre de 12 , en la iglesia de Letran. En él se hallaron 412 obispos, y entre ellos dos patriarcas latinos, el de Constantinopla y de Jerusa-

len, con 71 primados ó metropolitanos, mas (*a*) de 800 tanto abades como priores, y un crecido número de diputados por los ausentes. Federico II. rey de Sicilia, electo emperador de Alemania, Henrique de Flandes, emperador latino de Constantinopla, los reyes de Francia, Inglaterra, Hungría, Jerusalen, Chipre, Aragon y otros muchos príncipes, tenian en él sus embaxadores, para consentir ú oponerse en su nombre á los decretos de esta junta, segun que les pareciesen conformes ó contrarios á sus derechos y pretensiones. Esta presencia de los embaxadores enviados por los príncipes christianos, es una circunstancia que no se debe perder de vista al leer los cánones de este concilio. Quando se vean en ellos algunas disposiciones contrarias á la autoridad real y á la indepencia de las coronas, se debe tener presente que no reclamando los que representaban á los soberanos, se juzgaba que accedian á todo quanto se establecia en esta junta. Su silencio era una conseqüencia de las preocupaciones que reynaban entónces, y de aquel dominio universal que se habia dexado tomar á los papas como cabezas de la república christiana. (*b*).

Inocencio III. dió principio al concilio con un discurso muy conforme con el gusto del tiempo; esto es, lleno de alegorías poco naturales, y de pasages violentamente aplicados á las circunstancias en que se hallaba la Iglesia. Despues hizo presentar y leer en voz alta 70 capítulos y cánones sobre la fe, los errores y la disciplina que él habia hecho extender, y que admitió el concilio. Todos estos decretos estan en nombre del papa, pero en algunos se lee la cláusula con aprobacion del santo concilio, que se halla por primera vez en las actas del concilio tercero de Letran. Este de que ahora hablamos, despues de haber sido muy numeroso en el principio, vió á los mas de sus miembros irse apartando poco á poco; de manera que se concluyó en ménos de un mes. Los obispos fastidiados de residir en Roma, pidieron unos despues de otros licencia para retirarse; y el papa, si se ha de creer al historiador Mateo de París, les hizo comprar el permiso, exîgiendo

(*a*) En este concilio estuvo santo Domingo de Guzman, azote de los albigenses.

(*b*) Este concilio está suplicado en España en todo lo que se opone á la regalía.

de ellos sumas quantiosas, que tuvieron que tomar á interes muy subido de los usureros de Roma. El pontífice destinaba este dinero para la guerra, cuyo objeto era la recuperacion de los santos lugares, y para otras necesidades de la Iglesia.

El primer concilio general de Leon fué congregado por el papa Inocencio IV. el año 1245. Tenia por objeto la irupcion de los tártaros en el imperio, el cisma de los griegos, los socorros pedidos á los christianos de Europa por los de Siria y de Palestina, las heregías que destruian la Iglesia, y por último los delitos imputados al emperador Federico II. Ademas del papa, de los cardenales, de los patriarcas latinos de Constantinopla y de Antioquía, se hallaron en este concilio unos 140 arzobispos y obispos, con un crecido número de abades y muchos diputados por los ausentes. Baldovino II., emperador latino de Constantinopla, Berenguer, conde de Provenza, y Raymundo, conde de Tolosa, asistieron en persona, con los embaxadores del emperador Federico, del rey de Francia y del rey de Inglaterra. Inocencio IV. dió principio á este concilio el dia 28 de Junio en la iglesia primacial de san Juan por un discurso, en que representó de un modo eficaz y expresivo los desórdenes del clero, la corrupcion del pueblo, la crueldad de los tártaros, las victorias é insolencia de los sarracenos, el cisma de los griegos, la rebelion del emperador Federico contra la Iglesia, y los daños causados por los exércitos de este príncipe.

Este último artículo era el principal objeto que se habia propuesto el papa [illegible] convocacion del concilio. Desde la primera sesion se ocupó en él; pero hasta la última que se tuvo el dia 17 de Julio, no dió contra el príncipe del imperio aquella famosa sentencia, que todavía habiendo pasado tantos siglos, no se puede leer sin admiracion y dolor. Inocencio IV. depuso á Federico de la dignidad imperial y real, y absolvió á sus vasallos del juramento de fidelidad con las qualificaciones mas duras y mas afrentosas. Todos los que han escrito sobre materias de derecho público conforme á las máximas verdaderas, no han dexado de advertir que las actas del concilio no expresan que la sentencia de que hablamos se haya pronunciado con aprobacion y consentimiento de los obispos que formaban este congreso, sino solamente en su pre-

sencia: de donde han concluido que no debe mirarse como un acuerdo dimanado de la Iglesia representada por el concilio, ni del cuerpo episcopal, sino como obra del papa solo. Bossuet, entre otros, hace gran distincion entre la excomunion fulminada en Leon contra Federico, y la sentencia de deposicion que hizo leer Inocencio IV. en presencia del concilio. La una la consintió el congreso de los obispos, que repitió el anatema despues del papa; pero en la otra no dieron ninguna muestra de consentimiento ni de adhesion. A esta observacion añade otra Bossuet; y es, que el mismo Federico por un error, de que tardó todavía mucho tiempo en volver, parece reconoció la competencia del tribunal que se atribuia el derecho de juzgarlo, apelando á otro concilio mas numeroso. (Bossuet, Def. de la declar. del clero de Francia, II. part. cap. VIII.)

El papa Gregorio X. convocó el II. concilio general de Leon, celebrado el año 1274, por tres razones expresadas en la bula de Indiccion; á saber, la reunion de los griegos con la iglesia Romana, la recuperacion de la tierra santa, la reforma de la disciplina eclesiástica y de la vida de los clérigos. El papa lo presidió en persona, acompañado de los cardenales y de los demas prelados de su corte, y concurrieron mas de 500 obispos, sin contar los patriarcas latinos de Constantinopla y de Antioquía, 70 abades y como mil prelados de la clase inferior. Jayme I., rey de Aragon, lo presenció, con los embaxadores de Miguel Paleólogo, del príncipe del imperio de Occidente, de los reyes de Francia, de Inglaterra, de Sicilia, y de otros muchos príncipes; y tambien concurrieron los que el Kan de los tártaros habia enviado, para hacer un ajuste con los christianos contra los musulmanes. Todo esto formaba el mas numeroso y mas augusto congreso, que jamas se habia visto en la Iglesia. El papa dió principio á él el dia 7 de Mayo, primero de rogaciones, en la iglesia de san Juan, con un discurso en que expuso los objetos en que se habia de ocupar el concilio. En el artículo VII. hemos referido con bastante extension todo quanto pasó en él relativo á la reunion de los griegos. En todas hubo 6 sesiones de las quales la última se celebró el dia 17 de Julio. Las principales providencias contenidas en los decretos de disciplina, tanto de este concilio, como los de otros sínodos generales y particulares de este siglo, com-

ponen parte de la corta analisis que de ellos vamos á hacer.

I. La palabra *transubstanciacion* se empleó en el IV. concilio de Letran para explicar la mudanza que Dios obra en el sacramento de la Eucaristía; termino expresivo y claro, de que algunos escritores de los siglos anteriores habian usado escribiendo contra Scoto Erigenes, Ratramo y Berengario. Consagróse en el concilio de Letran, así como la voz *consubstancial* lo habia sido en el de Nicea.

II. Todas las heregías, tanto antiguas como nuevas, fueron condenadas por autoridad de los pastores; que en este punto usaban con razon de una facultad que Jesuchristo ha confiado tan solamente á ellos. Tambien se proscribieron todas las especies de fanatismo que perturbaban el buen órden, y que con pretexto de reforma, de penitencia y de perfeccion degeneraban muy pronto en sectas vagabundas y indecentes. Tales eran las de los humillados, flagelantes, pastorales, &c.

III. En el IV. concilio de Letran se arregló todo lo concerniente á los procesos en materia criminal, y las fórmulas judiciales que se establecieron en él pasaron de los tribunales eclesiásticos á los civiles. Las mas de estas fórmulas se han conservado en ellos hasta el presente.

IV. Se prohibió á los eclesiásticos extender su jurisdiccion en perjuicio de la autoridad secular; pero al mismo tiempo se prohibió á los príncipes hacer ninguna constitucion que pudiese coartar los derechos espirituales de la Iglesia, y turbarla en el exercicio de su potestad. Este reglamento era prudente; pero para que fuese verdaderamente útil, hubiera convenido señalar fixa y seguramente los límites de una y otra jurisdiccion; y por no haberse hecho, porque no habia bastantes luces para executarlo, la envidia y la confusion de las potestades eclesiástica y secular fueron todavía por mucho tiempo causa de los mayores males en el estado y en la Iglesia.

V. Las elecciones se mantuvieron en todas la iglesias en que se habian conservado, sin perjudicar á las prerogativas de los que tenian el derecho de confirmacion. Al mismo tiempo se encargó estrechamente, que para las dignidades eclesiásticas y cura de almas se eligiesen solamente aquellos sugetos que fuesen capaces de desempeñar estos cargos.

VI. Mandóse que todos los fieles que hubiesen cumplido la edad de discrecion, fuesen obligados á confesar sus pecados, á lo ménos una vez al año, á su propio cura, y á cumplir la penitencia que les fuese impuesta. (El propio cura es el párroco; el cura extraño es el párroco de otra parroquia, ó qualquier otro sacerdote: así es como siempre se ha entendido.) Igualmente se dispuso que cada uno de los fieles recibiese á lo ménos por pascua el sacramento de la Eucaristía. Los errores de los albigenses y de los valdenses tocante á los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía hacian necesarios estos reglamentos.

VII. Aunque el espíritu de la Iglesia fuese siempre el mismo, porque no puede variar, las penitencias canónicas se habian perdido casi de todo punto. A ellas se habian substituido otras obras satisfactorias y otros medios de correccion. Los exercicios de penitencia mas usados en este siglo, eran ir en romería á la tierra santa, servir contra los infieles cierto número de años, ayunar á pan y agua muchos dias de la semana, no usar lienzo ni telas de seda, pedir limosna por las ciudades y aldeas, no volverse á casar en habiendo enviudado, hacer muchas quaresmas en el año, y presentarse á la puerta de la iglesia en los dias solemnes en camisa con un manojo de varas para ser azotado por los clérigos y el pueblo.

VIII. El impedimento de parentesco con relacion al matrimonio, que despues de haber estado mucho tiempo sin definir, se extendia todavía basta el 7.º grado, se reduxo al 4.º Condenáronse los matrimonios clandestinos; y para obviarlos se mandó que los matrimonios contratados se anunciasen públicamente en la iglesia por los curas, á fin de hacerlos notorios, y de tener modo de descubrir los impedimentos si los hubiese. Esta costumbre que estaba ya establecida en algunas partes, llegó á hacerse general.

IX. Renováronse los antiguos cánones contra la simonía, el concubinato de los clérigos y los hijos nacidos de estas uniones ilícitas. Estos desórdenes, que no habian cedido á la severidad de los reglamentos tantas veces reiterados, desde que la corrupcion de las costumbres y el olvido de las obligaciones los habian introducido, llamaban aun la atencion de los concilios por los escándalos que resultaban de ellos, y por la ocasion que daban á

los hereges de calumniar á la Iglesia, como si la mala conducta de sus ministros la despojasen de sus derechos y autoridad.

X. En el primer concilio general de Leon el año 1245 fué en donde, segun algunos AA., recibieron los cardenales el distintivo del sombrero encarnardo. Dióselo el papa Inocencio IV. para significar, que habian de estar dispuestos á derramar su sangre en defensa de las verdades de la fe, y de los derechos de la santa sede.

XI. En los concilios y sínodos particulares de varias diócesis se hicieron muchos reglamentos tocante á la confesion, cuyo objeto fué no solamente fixar su tiempo, y determinar el ministerio de ella, sino tambien prescribir sus reglas, tanto para los sanos como para los enfermos, y recomendar el sigilo.

XII. En el pontificado de Clemente IV., esto es, hácia el año 1266 ó 1267, muchas personas virtuosas formaron en Roma una congregacion, cuyo objeto era honrar á la Vírgen Santísima con exercicios particulares de religion. Obligáronse entre otras cosas á confesar y comulgar tres veces al año. El papa autorizó esta devocion con una bula; y para mantenerla concedió á las personas que se habian asociado cien dias de indulgencia cada vez que recibiesen los santos sacramentos. Algunos han pretendido que esta asociacion es la primera cofradía que se ha formado en la Iglesia, y que ha servido de modelo á todas las demas. Sin embargo, en muchos concilios anteriores al pontificado de Clemente IV., se encuentran reglamentos concernientes á las cofradías, que suponen haberse establecido ya. Tales son principalmente las disposiciones de los concilios de Arles el año 1234, de Cognac el de 1238, y de Burdeos el de 1255. En ellos se manda, que no se formen semejantes congregaciones sin permiso del obispo diocesano, al qual solo pertenece darles constituciones y nombrar superior.

XIII. La práctica de las indulgencias se hizo en este siglo mas comun que nunca. No se juntaban concilios, sin que los obispos que los componian las concediesen en mas ó ménos extension. El sínodo en con[illegible] concedia las suyas, y despues cada obispo hacia lo mismo en su propio nombre; y en estas se encuentra advertido el órden de la dignidad, esto es, que las gracias de este género con-

cedidas por un primado ó un metropolitano, son de mayor entidad que las de los meros obispos.

XIV. La residencia de los obispos y pastores de segunda clase llamó la atencion de los concilios. Observábase mal por una conseqüencia del espíritu guerrero que se habia extendido entre el clero, así como entre las demas gentes, y de los viages continuos que las cruzadas tan multiplicadas en este siglo, ocasionaban necesariamente. Declaróse que esta obligacion era de derecho divino, y para destruir uno de los pretextos de que se valian para excusarse de ella, se prohibió admitir á la posesion de un beneficio que pidiese residencia al que tuviese ya otro título de semejante naturaleza.

XV. Buscábase hacia mucho tiempo un medio seguro para contener la temeridad de los teólogos, que se entregaban sin freno á la libertad de las opiniones. No se encontró otro mas conveniente que el de hacerlas censurar por los otros teólogos, que formaban un cuerpo siempre subsistente en las escuelas. Obligábase á los autores de las proposiciones censuradas á retractarse de ellas, y por este medio se impedia que se acreditasen entre los teólogos principiantes. Este es el orígen de las censuras teológicas de las facultades, que empezaron en este siglo, y se hicieron muy freqüentes en los siguientes.

XVI. La festividad del santísimo Sacramento, que habia tenido principio en Lieja el año 1247, se instituyó en este siglo para todas partes. Urbano IV., que habia sido canónigo y arcediano de aquella iglesia, dispuso que se celebrase la misma solemnidad en Roma y en todo el mundo christiano por una bula que expidió para este efecto el año 1264. Hizo que santo Tomas de Aquino compusiese oficio particular para esta fiesta, en el qual se admira la concordia puntual de la exâctitud teológica con los mas tiernos afectos de piedad. Muerto Urbano IV. se interrumpió por muchos años la celebracion de esta fiesta; pero despues se admitió generalmente, y llegó á ser una de las principales festividades del año. La festividad de la Concepcion de nuestra Señora debe tambien su establecimiento al siglo XIII. Es muy verosímil que tuvo su principio en la iglesia de nuestra Señora de París; y por lo ménos es cierto que Renoldo de Homblieres, obispo de París, que murió el año 1288, dexó una suma quantio-

ta á su catedral, para fundar en ella para siempre el oficio de esta fiesta.

XVII. A fines de este siglo se esparció en Roma una opinion de que los que cada cien años visitasen con afectos de fe, de penitencia y de piedad la iglesia de los santos apóstoles, ganaban indulgencia plenaria de todos sus pecados. El papa Bonifacio VIII. mandó que se hiciesen averiguaciones para saber si esta opinion tenia algun fundamento; pero no se pudo descubrir nada sobre este punto en virtud de lo qual se pudiese establecer un juicio cierto. Sin embargo se encontraron, tanto en Roma como en otras ciudades, personas muy ancianas que pasaban de cien años, que aseguraban que al fin del siglo antecedente, se habia visto en Roma un numeroso concurso de gentes, atraidas por el deseo de ganar la indulgencia. En fuerza de este testimonio expidió el papa una bula, por la qual, para corresponder al anhelo y piedad de los fieles, concedia indulgencia plenaria á todos los que verdaderamente arrepentidos y confesados visitasen por 30 dias, si habitaban en Roma, y por 15 si eran forasteros, las iglesias de los apóstoles san Pedro y san Pablo en el año 1300, y lo mismo al principio de cada siglo. Con este motivo hubo un concurso prodigioso de peregrinos, que vinieron á Roma de todas las comarcas del mundo christiano, haciéndose traer tambien los enfermos y ancianos. Los historiadores contemporáneos aseguran que se vieron allí continuamente en el discurso de aquel año doscientos mil extrangeros, y que sus ofrendas produxeron inmensas cantidades á la iglesia romana.

CRONOLOGÍA

DE LOS CONCILIOS.

SIGLO DECIMOTERCIO.

Años de J. C.

1201. *Seussionense*: desde mitad de Marzo hasta fin de Abril. En él se trató, sin concluir nada, del casamiento del rey Felipe Augusto con Ingeburga.

1201. *Pertanum*: de Perth, en Escocia, por el legado Juan, cardenal de san Esteban, para la reformacion de las costumbres. Las actas de este concilio, que duró 4 dias, se han perdido. Solamente sabemos, que en él se mandó que despues del medio dia del sábado cesasen las obras serviles.

1201. *Parisiense XIX.*: el legado Octaviano, con los obispos del reyno, convenció en él de heregía á Everardo de Nevers, que fué llevado á Nevers misma, y quemado públicamente.

1204. *Meldense*: de Meaux, sobre la paz que el abad de Casemaire, legado, habia querido establecer entre los reyes de Francia y de Inglaterra.

1205. *Arelatense*: de Arlés, por el legado Pedro de Castelnau. En él se hicieron reglamentos para el gobierno de aquella iglesia.

1206. *Cantuariense*: de Lambeth, por Esteban de Langton, arzobispo de Cantorberi. En él se hizo un estatuto en tres artículos sobre la disciplina.

1209. *Montis-Limarii ó Montiliense*: de Montelimar, en los primeros dias de Junio. El legado Milon, despues de haber deliberado con los padres de este concilio sobre las ofertas que hacia el conde de Tolosa de sujetarse á su decision, lo hace citar al concilio de Valencia para responder á sus promesas.

1209. *Valentinum*: de Valencia, en el delfinado, á mitad de Junio. Este es una continuacion del antecedente. El conde de Tolosa comparece en él, en virtud de la cita-

cion que se le habia hecho: admite las condiciones que Años de
le impone el legado para conseguir su absolucion: entre- J. C.
ga á la iglesia romana 7 castillos en prendas de su palabra; y sin embargo no se le absuelve todavía.

S. Ægidii: de san Gil, en Langüedoc, el dia 18 de 1209.
Junio. El legado Milon da en él por fin la absolucion al conde de Tolosa, que estaba en camisa y desnudo hasta la cintura, despues de haberle hecho jurar de nuevo que repararia todos los daños que habia causado. 1209.

Avenionense: á principio de Septiembre, por Hugo, obispo de Riez, y Milon, legados del papa, asistidos de 4 arzobispos y de un crecido número de abades. El conde de Forcalquier firmó en él el 4 de Septiembre los estatutos que se habian hecho en san Gil para la paz. En este se hicieron mas de 2 cánones sobre disciplina.

S. Ægidii: de san Gil, á fines de Septiembre. El 1210.
conde de Tolosa, perseguido de nuevo por no haber cumplido su palabra, pidió en él justificarse del delito de heregía y del homicidio de Pedro de Castelnau, conforme á las órdenes del papa, y no lo pudo conseguir.

Parisiense XX.: en el mes de Octubre, por el car- 1210.
denal Roberto de Curson, en el qual despues de haber condenado los errores de Amauri, que poco ántes habia muerto, se condenó á 14 de sus discípulos á ser quemados, lo que se executó el dia 21 de Octubre. Tambien se sentenciaron al fuego los libros de la metafisica de Aristóteles, traidos á París, traducidos de griego en latin, con prohibicion de copiarlos, leerlos ó retenerlos, pena de excomunion.

Romanum: en el mes de Noviembre, en que el pa- 1210.
pa Inocencio III. depone y excomulga al emperador Oton por haberse apoderado de las tierras de la iglesia romana, y querer usurpar el reyno de Sicilia.

Narbonense: congregacion de Narbona, á principio 1211.
de Enero, en que el abad del Cister, legado de la santa sede, y Raymundo, obispo de Usez, proponen al conde de Tolosa restituirle sus dominios, con la condicion de que ha de echar de sus estados á los hereges, lo que rehusa el conde. El rey de Aragon, que presenció este congreso, protestó á los legados que si el conde de Foix se retiraba de la comunion de la Iglesia, él les entregaria el castillo de Foix.

Años de J. C.

1211. *Arelatense*: hácia el mes de Febrero, en que se proponen al conde de Tolosa unas proposiciones de paz absurdas; tanto que protestó que mas queria perecer, que no sujetarse á ellas. En fuerza de su repulsa lo excomulgó el concilio, y dispuso de sus dominios en favor del primero que los ocupase.

1211. *Northamptoniense*: en que el legado del papa excomulga *in facie* al rey Juan, por haberse negado á dar satisfaccion á la Iglesia.

1212. *Parisiense XXI.*: Roberto de Curzon publica en él varios estatutos para la reformacion del clero secular y regular, que estan divididos en quatro partes.

1212. *Apamiense*: de Pamier, á fin de Noviembre, congregado por Simon de Mont-Fort, caudillo de la cruzada contra los albigenses. En él se hacen varios reglamentos para el restablecimiento de la religion, de la paz y de las buenas costumbres.

1213. *Vaurense*: de Lavaur, á mitad de Enero, en que se rechazan las ofertas que habia hecho el rey de Aragon para la reconciliacion de los condes de Tolosa, de Cominges, de Foix y de Bearne. Este concilio duró ocho dias.

1213. *Ad S. Albanum*: de san Albans, cerca de Vinchestre, por Esteban de Langron, arzobispo de Cantorberi, en el mes de Julio, en que el rey Juan se reconcilió con los prelados y los barones, haciendo juramento de observar las leyes de san Eduardo, y las de Henrique I.

1213. *Londinense*: de Londres, por el mismo arzobispo, el dia 25 de Agosto, en que se permite al clero rezar públicamente el oficio divino en voz baxa, entre tanto que el papa confirma la absolucion del rey Juan.

1214. *Londinense*: de Londres, el dia 29 de Junio, en que el legado Nicolas de Túsculo absuelve al rey Juan, lo restablece, y alza el entredicho en que estaba Inglaterra hacia 6 años, 3 meses y 14 dias.

1215. *Monspeliense*: de Montpeller, el dia 8 de Enero por el legado Pedro de Benevento, 5 arzobispos y 28 obispos, que suplicaron al papa les diese á Simon, conde de Mont-Fort, por señor, en lugar de Raymundo, conde de Tolosa. En él se hicieron despues 46 cánones, de los quales el 18 prohibe á los monges y canónigos Re-

glares tener nada propio, aun con licencia del superior.

Parisiense XXII.: en el mes de Agosto. Roberto de Curzon hizo en él un estatuto para la escuela de París. 1215.

Lateranense IV.: Duodécimo concilio general baxo Inocencio III, desde el 11 de Noviembre hasta el 30 del mismo mes. A él concurrieron 412 obispos, 800 tanto abades como priores y un crecido número de procurado-res por los ausentes, embaxadores, emperadores, re-yes y casi todos los príncipes católicos. En él se expuso la fe de la Iglesia contra los albigenses, los valdenses, el abad Joaquin, y todos los hereges del tiempo. La pala-bra *transubstanciacion* se consagró para significar la mu-danza que obra Dios en el sacramento de la Eucaristía. 1215.

El canon XXI ordena que cada uno de los fieles, de uno y otro sexô, habiendo llegado á la edad de discre-cion, confiese solo con su propio párroco, á lo ménos una vez al año, todos sus pecados, y cumpla la peniten-cia que se le imponga. Que cada uno reciba tambien por lo ménos en la pascua el sacramento de la Eucaristía, á no tener por conveniente abstenerse de él por algun tiempo con consejo de su párroco, porque de otro modo se le echará de la Iglesia, y se le privará de sepultura eclesiás-tica. Que si alguno quiere confesarse con párroco extra-ño, obtenga ántes el permiso del suyo propio, pues de otra suerte no puede ni ligarlo, ni absolverlo. Este es el primer canon conocido que prescribe generalmente la con-fesion sacramental. Los albigenses, que pretendian reci-bir el perdon de los pecados sin confesion ni satisfaccion, pueden haber dado [illegible] á este decreto, en que el pro-pio presbítero es el párroco como en el concilio de París de 1212, y el presbítero extraño es el cura de otra par-roquia ó qualquier otro sacerdote.

El canon L reduce el parentesco al quatro grado pa-ra impedimento del matrimonio. Antes se contaba hasta el 7.

La magistratura debe á este concilio la institucion del órden judicial en la prosecucion de los pleytos, segun se observa aun el dia de hoy (*a*).

Genuense, de Genova, por el arzobispo Otton, el 1216.

(*a*) En este concilio se concedió á Constantinopla el primer patriar-cado de Oriente.

Años de J. C. dia 8 de Abril y los dos siguientes, en que se publicaron los decretos del concilio de Letran.

1216. *Meldunense*: de Melun, Inocencio III habia escrito al arzobispo de Sens y á sus sufragáneos, que Felipe-Augusto estaba excomulgado, como que se tenia sospecha de él, que favorecia á Luis su hijo, llamado á Inglaterra para reynar en lugar del rey Juan. Pero los grandes del reyno, congregados en este concilio de Melun, protestáron que no tendrian por excomulgado al rey en este punto, á ménos que no les constase de la voluntad del papa.

1216. *Anglicanum*: de Bristol, por Gualon, legado de la santa sede, en 11 de Noviembre, en que se excomulga al príncipe Luis con sus aliados, para obligarle á desamparar á Inglaterra, en donde habia entrado á instancia de los barones.

1222. *Oxôniense*: de Oxford, hácia el 11 de Junio, de toda la Inglaterra. En él se hacen 49 cánones, conformes con los del último concilio de Letran, y algunos otros reglamentos.

1222. *Slesvvicense*: de Sleswic, por el cardenal Gregorio, sobre el celibato de los clérigos.

1222. *Constantinopolitanum*: por el patriarca griego German II, sobre las disensiones de los obispos griegos, y de los obispos latinos de Chipre.

1223. *Rotomagense*: el dia 27 de Marzo. En él se publica un compendio de los cánones del concilio de Letran.

1223. *Parisiense XXIII.*: el dia 6 de Julio, por el cardenal Conrado, obispo de Porto, legado en Francia contra los albigenses.

1224. *Monspeliense*: de Montpellier, el dia 21 de Agosto en la octava de la Asuncion. Raymundo, conde de Tolosa, pidió en él que se le reconciliase con la Iglesia, sin poder conseguirlo. Esta fué mas bien conferencia, que no concilio.

1225. *Parisiense XXIV.*: el dia 15 de Mayo, por el legado romano, que trató con el rey Luis de los asuntos de Inglaterra y de los albigenses. El rey Luis cesó despues de repetir sus derechos contra los Ingleses y marchó contra los herege.

1225. *Melodunense*: de Melun, el dia 8 de Noviembre. El rey y los obispos tratáron en él de la jurisdiccion eclesiástica sin acabar de definir nada.

Bituricense : de Burges, á últimos de Noviembre, por el legado romano, asistido de unos 100 obispos de Francia. Raymundo, conde de Tolosa, y Amauri de Mont-Fort, que pretendia serlo por la donacion del papa Inocencio III y del rey, hechas á su padre y á él, pleytearon su causa sin que se decidiese. La peticion hecha por el papa de dos prebendas en cada iglesia catedral, y de dos plazas monacales en cada abadía, se desechó por los procuradores de las iglesias, que asistian á este Concilio. — Años de J. C. 1225.

Moguntinum : de Maguncia, por el legado Conrado, el dia 10 de Diciembre. En él se hicieron 14 cánones, los mas contra la incontinencia de los clérigos y la simonía. 1225.

Londinense : en Westminster, el dia 13 de Enero. La bula del papa para reservarse dos prebendas en cada catedral se rechazó en este concilio, así como en Francia en el antecedente de Burges. 1226.

Parisiense XXV. : el dia 28 de Enero. Luis VIII, y el legado romano asistieron á este concilio, que era nacional, con autoridad del papa. El legado, despues de haber excomulgado en él á Raymundo, conde de Tolosa y á sus cómplices, confirmó al rey y á sus hijos herederos para siempre los derechos sobre las tierras de este conde, como de un herege condenado. Amauri, conde de Mont-Fort, y Guido su tio, cedieron al rey todos los derechos que tenian sobre las tierras del conde de Tolosa. 1226.

Leodiense : de Lieja, por el legado Conrado, en el mes de Febrero, en que se depone á Tierri, obispo de Munster, y á Brunon, obispo de Osnabruk, hermanos de Federico de Isemburg, como cómplices del homicidio de san Engelberto. 1226.

Cremonense : de Cremona, por el emperador Federico, en Pentecostes. En él se trató de la extirpacion de los hereges de Italia, del asunto de la tierra santa, y de la reunion de las ciudades de Lombardía, ligadas las mas contra el emperador. 1226.

Scoticum : de Escocia, en el qual se hace un estatuto de 84 artículos sobre la disciplina. 1226. ó cerca.

Trevirense : el dia 1. de Marzo, en que se publica un estatuto en 17 artículos sobre la administracion de los sacramentos, y sobre las obligaciones de clérigos y religiosos. 1227.

Narbonense : de Narbona, en la quaresma. En él se 1227.

Años de J. C.

hacen 20 cánones, algunos de ellos tocantes á los judíos, que son obligados á llevar en el pecho una figura de rueda por insignia de distintivo.

1227. *Romanum*: el dia 18 de Noviembre. Gregorio IX reiteró en él la excomunion que habia ya fulminado contra el emperador Federico en 29 de Sep iembre, por no haberse embarcado, como lo habia pr metido, para ir al socorro de la tierra santa.

1228. *Romanum*: á fines de la qua sma. Gregorio IX confirmó el jueves Santo, 23 de M zo, la excomunion del emperador. Federico la desprecio, y en el mes de Junio siguiente se embarcó para la tierra santa, no obstante haberle prohibido el papa que pasa e á ella como cruzado, hasta estar absuelto de las censur s dadas contra él.

1228. *Lusitanicum*: de Portugal, p r el legado Juan, obispo de Sabina, y cardenal. En é se fulminó una excomunion contra los que conspirase contra la libertad eclesiástica, la quietud, los bienes y la honra de las mugeres que vivian en los claustros.

1229. *Meldense ó Parisiense XX VI.*: de Meaux, trasladado á París. Raymundo, con le de Tolosa, hizo en él paces con la Iglesia y con el rey por un tratado firmado en París en el mes de Abril, ántes de pascua, que este año era en 15 de Abril.

1229. *Ilerdense*: de Lérida, el dia 29 de Marzo, por el legado Juan, obispo de Sabina y cardenal. Tratóse en él de la disciplina, y se anotaron las reformas que habia que hacer en el clero.

1229. *West nonasteriense*: de V ainster, el dia 29 de Abril, á presencia del rey Henrique III. El nuncio Esteban pidió en él, en nombre del papa Gregorio IX, el diezmo de todas las rentas de Inglaterra y de Irlanda, para emplearlo en hacer guerra al emperador Federico II. Los señores seglares lo rehusaron unánimemente; pero el clero, despues de 4 dias de deliberacion, se sujetó á pagarlo por miedo de la excomunion.

1229. *Turinsonense*: de Tarazona, en Aragon, el dia 29 de Abril. El legado Juan, cardenal y obispo de Sabina, asistido de 2 a bispos y de 9 obispos, declara en él por nulo el matrimonio de Jayme I, rey de Aragon, con Leonor de Castilla, como que se habia contraido entre parientes cercanos sin dispensa. El rey Jayme no se resisti

á ello; pero declaró por legítimo á Alfonso, nacido de Años de
este matrimonio, á quien de antemano habia nombrado J. C.
ya por su sucesor; lo qual confirmó el papa en adelante.

Tolosanum; en el mes de Noviembre, por 3 arzobispos, con muchos obispos y otros prelados, en presencia de Raymundo, conde de Tolosa. En él se publicaron 45 cánones, que todos miran á extinguir la heregía, y restablecer la paz. 1229.

Tarraconense: de Tarragona, por el arzobispo Spárago, el dia 1.º de Mayo. En él se hicieron 5 cánones, que todavía no se han publicado, el último de los quales prohibe las juntas en el recinto y jurisdiccion de los monasterios. 1230.

Apud Castrum Gonterii: de Chateau-Gontier, en Anjou, por Jubel de Maguncia, arzobispo de Tours, con sus sufragáneos. De él tenemos 37 cánones. 1231.

Rotomagense: por Mauricio, arzobispo de Ruan. En él se hicieron 52 reglamentos de disciplina, que conciernen principalmente al clero secular y regular. 1231.

Constantinopolitanum: por el patriaca griego German II., tocante á los stauropegos ó cruces que el patriarca hacia fixar en los parages en donde se erigia oratorio, monasterio ó iglesia parroquial. En este concilio se decide, que todos estos lugares, en qualquiera diócesis que se hallen, dependan, segun la costumbre antigua, inmediatamente del patriarca, cuya jurisdiccion exercerá en ellos su exârco. 1232.

Londinense: por el obispo de Londres y otros diez prelados, en que por [illegible] quejas del papa Gregorio IX. se excomulgó á los autores de los malos tratamientos que se habian hecho á los clérigos romanos, que poseian beneficios en Inglaterra. 1232.

Noviomense: de Noyon, la primera semana de quaresma: *Laudunense*, de Laon, la semana ántes de pasion: *Apud S. Quintinum*, de san Quintin, en Vermandois, á principios de Septiembre, y otro en la misma ciudad el tercer domingo de adviento, por una disputa entre el rey y Milon, obispo de Bovés. 1233.

Moguntinum: de Maguncia, ántes de [illegible]s de Agosto, contra ciertos hereges llamados tsadingos. 1233.

Asamblea de Franc-Fort, congregada por el emperador el dia 2 de Febrero, y compuesta de príncipes, 1234.

obispos, cistercienses, dominicos y franciscanos. En ella se condenó la forma de proceder contra los hereges, usada por Conrado de Marpurg.

1234. *Biterrense*: de Beziers, el dia 2 de Abril, quarto domingo de Quaresma, por el legado Juan de Burnin, arzobispo de Viena. En él se hicieron 26 cánones, de los quales los cinco primeros contra los hereges, son muy semejantes á los reglamentos que el conde Raymundo habia hecho publicar en Tolosa el dia 18 de Febrero del mismo año.

1234. * *Nimphæense*: de Nimphéa, en Bythinia, desde el dia 24 de Abril, hasta el 10 de Mayo, por los griegos, baxo el emperador Juan Ducas ó Vatacio, que estaba entónces en Nimphéa. Los griegos disputaron mucho en él con los enviados del papa sobre la procesion del Espíritu Santo, y sobre el pan ázimo de que usan los latinos para la Eucaristía; pero no se convinieron en nada: los griegos se quedaron en sus falsas opiniones, y los latinos en la de la iglesia romana, sin poder avenirse.

1234. *Arelatense*: el dia 10 de Julio, baxo Juan de Baux, arzobispo de Arles, en que se publicaron 24 cánones, los mas contra los hereges, en execucion del concilio de Letran del año 1215, y del de Tolosa de 1229.

1235. *Narbonense*: en que los 3 arzobispos de Narbona, Arles y Auch en compañía de otros prelados, hicieron un reglamento de 29 artículos para los inquisidores.

1235. *Remense*: ó mas bien de san Quintin, en Vermandois, el dia 23 de Julio, desde donde el arzobispo de Reims, con seis de sus sufragáneos fueron á Melun á buscar al rey el dia 29 del mismo mes, para representarle sobre ciertos artículos que ofendian, segun ellos, la libertad de la Iglesia.

1235. *Compendiense*: el dia 5 de Agosto, sobre el mismo asunto, por los mismos obispos que fueron á san Dionisio á hacer al rey la segunda amonestacion; lo que dió motivo á los señores para quejarse al papa de los prelados y eclesiásticos, por una carta escrita en san Dionisio en el mes de Septiembre del mismo año.

1235. *Silvanectense*: de Senlis, el dia 14 de Noviembre. Los mismos obispos pusieron entredicho sobre todo el dominio del rey, situado en la provincia de Reims.

1236. *Turonense*: el dia 10 de Junio. En él se hizo un re-

glamento que contiene 14 artículos, de los quales el primero dice: prohibimos rigorosamente á los cruzados y demas christianos matar ó aporrear á los judíos, quitarles su hacienda, ó hacerles qualquiera otro daño, puesto que la Iglesia los tolera, no queriendo la muerte del pecador, sino su conversion. Años de J.C.

Ilerdense: de Lé ida, ántes del mes de Junio, en que se comisiona á va ios religiosos franciscanos y dominicos para la pesqu de los hereges. 1237.

Londinense: el di 19, 21 y 22 de Noviembre, en que el legado Oton puso 31 decretos á los obispos, que deliberaron entre ántes de recibirlos.

Copriniacense: de Cognac, el dia 12 de Abril, por el arzobispo de Burde os y sus sufragáneos. En él se publicaron 38 cánones ó rtículos de reforma, en que se ve, como en los mas con ilios del mismo siglo, el espíritu de altercacion, que reyn ba entónces en el clero. El cánon 6.º dispone que c da iglesia parroquial tenga su sello propio, expresando el nombre de la parroquia. 1237.

Londinense: el dia 17 de Mayo. Habiendo puesto entredicho el legado Oto á la ciudad de Oxford, y suspendido todos los exerc ios de la universidad por haber sido insultado en ella, pidió satisfaccion al concilio de Londres. El arzobispo de Yorck y los obispos se la dieron; y con esto restableció el legado la universidad de Oxford, y alzó el entredicho. 1238.

Trevirense: de Tréveris, el dia de san Mateo. En él se hicieron 45 cánones, de los quales el último revoca lo que se llamaba es *el año de gracia*; esto es, la facultad que tenia un beneficiado para disponer de un año de la renta de su beneficio despues de su muerte. 1238.

Tarraconense: por el arzobispo Pedro Albalatio, el dia 19 de Abril. En él se hicieron 5 cánones, y se confirmó ademas una constitucion del legado, obispo de Sabina, dividida en 16 artículos. 1239.

Turonense: por el arzobispo Juhel y sus sufragáneos. En él se publicaron 13 cánones ó artículos de reforma, con *aprobacion del santo concilio*; lo que manifiesta que esta fórmula no era particular del papa y egados. 1239.

Apud S. Quintinum: de san Quintin, el dia 28 de Noviembre, por Henrique de Dreux, arzobispo de Reims, contra losque maltrataban y encarcelaban á los clérigos. 1239.

Años de J. C.

Moguntinum: por Sigefredo de Epstein, arzobispo de
Maguncia, en presencia del rey Conrado, hijo del em-
1239. perador Federico II. En él se tomaron medidas para re-
primir á los hereges.

1239. *Senonense*: por el arzobispo Gualtero Cornu, en que se hicieron 14 cánones concernientes al clero secular y regular.

1240. *Tarraconense*: de Valencia, en la provincia de Tarragona, el dia 8 de Mayo, por el arzobispo Pedro Albalatio. En él se hizo un reglamento en 4 artículos, de los quales el 2.º prohibe á todos los obispos de la provincia tolerar que el arzobispo de Toledo exerza ningun acto de jurisdiccion pasando por sus diócesis.

1240. *Meldense*: por el cardenal legado Jacobo de Palestina, en que se trata de la contumacia del emperador Federico. *Silvanestense*, por el mismo, en que se concede al papa la vigésima de las rentas eclesiásticas. *Bituricense*, por el mismo, en que se determina fundar otra cruzada contra los albigenses, que empezaban otra vez á moverse.

1240. *Wigorniense*: de Worchestre, el dia 26 de Julio por el obispo Gualtero de Chantelou, que publicó en él un crecido número de constituciones, de las quales son dos artículos estos: se manda bautizar baxo de condicion en caso de duda; pero siempre con las tres inmersiones: la confirmacion se hará en el año del nacimiento.

1240. *Apud Vallem Guidonis*: de Laval, en el ducado de Mena, por Juhel, arzobispo de Tours. En él se hicieron 9 canones sobre la disciplina, el 7.º de los quales prohibe dar á los religiosos su vestuario en dinero.

1241. *Oxoniense*: de Oxford, el dia 29 de Noviembre. En él se dispuso hacer rogativas y ayunos para conseguir un papa bueno (porque estaba vacante la santa sede); y se resolvió enviar á pedir al emperador que dexase á los cardenales la libertad de eleccion.

1242. *Tarraconense*: de Tarragona, por el arzobispo Pedro Albalatio, el dia 13 de Marzo, sobre el modo de buscar á los hereges, de castigarlos, y de absolverlos quando abjuran sus errores. Hiciéronse ademas 6 cánones sobre la disciplina. San Raymundo de Peñafort, penitenciario entónces de la iglesia de Roma, asistió á este concilio.

Años de J. C.

Biterrense: de Beziers, el dia 18 de Abril, por los arzobispos de Narbona y de Arlés, 10 obispos y muchos abades. Raymundo, conde de Tolosa, protesta en él contra la excomunion que contra él habian fulminado los dos inquisidores dominicos Fr. Ferrier y Fr. Raymundo Guillermo, no obstante y despues de la apelacion que habia interpuesto de sus autos á la santa sede. Promete estar á lo que determine el concilio, tanto en punto de dicha apelacion, como de la sentencia de excomunion dada contra él por los inquisidores. No sabemos que el concilio decidiese nada. 1243.

Tarraconense: por el arzobispo Pedro Albalatio, el dia 12 de Enero. En él se hicieron 4 cánones contra los que roban, maltratan ó calumnian á los clérigos. 1244.

Londinense: en que se concede un subsidio al rey, y se elude el que pedia el papa. 1244.

Othoniense: de Odensa en la isla de Fionia en Dinamarca, contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos, y los que menospreciaban las ceremonias de la Iglesia. 1245.

Lugdunense I.: 13 concilio general, baxo de Inocencio IV, en presencia de Baldovino, emperador de Constantinopla. En él hubo 140 obispos: al frente de los quales estaban tres patriarcas latinos, de Constantinopla, de Antioquía y de Aquilea ó Venecia. Habia tambien muchos procuradores de prelados ausentes, y los diputados de los cabildos. La primera sesion se tuvo el dia 28 de Junio; la segunda el 5 de Julio, y la tercera y última el 17 del mismo mes. Y ésta fué en la que depuso el papa en presencia del concilio al emperador Federico, y absolvió á sus vasallos del juramento de fidelidad, sin decir en su sentencia *con aprobacion del concilio*, como regularmente se dice en los demas decretos. Hiciéronse 17, uno de ellos para el socorro del emperador de Constantinopla, y otro para la cruzada de la tierra santa. En este concilio fué, segun algunos AA., en el que se dispuso que los cardenales llevasen sombrero encarnado. 1245.

Biterrense: de Beziers, el dia 19 de Abril; por Guillermo de la Broue, arzobispo de Narbona, y otros obispos. En él se publicaron 46 artículos acerca de los hereges y de varios puntos de disciplina: despues se dió á los inquisidores un largo reglamento de 37 artículos, que con los de Narbona son el fundamento de la práctica 1246.

Años de observada despues en los tribunales de la Inquisicion.

J. C. *Fritzlariense*: de Fritzlar, por Sigefredo, arzobispo

1246. de Maguncia, el dia 30 de Mayo, en el qual se hicieron 14 cánones concernientes al clero.

1246. *Ilerdense*: de Lérida, en el mes de Noviembre. En él se reconcilió Jayme, rey de Aragon, que habia sido excomulgado por haber hecho cortar la lengua al obispo de Gerona, de quien tenia sospechas que habia revelado su confesion.

1247. *Tarraconense*, por el arzobispo Pedro Albalatio y otros 6 obispos, el dia 1 de Mayo. En él se confirmó la excomunion contra los que cogian por violencia las personas y bienes elesiásticos; y se mandó que los sarracenos que pidiesen el bautismo, estuviesen algunos dias en casa del rector de la Iglesia, para experimentar su conversion.

1247. *Stampense*: de Estampes, el dia 23 de Agosto, por Gilon Cornu arzobispo de Sens. En él se tratáron asuntos eclesiásticos de la provincia de Sens, segun la carta de convocacion, que es el único monumento que nos queda de este concilio.

1247. *Coloniense*: de Nuys, cerca de Colonia, el dia 3 de Octubre, por el legado Pedro Caputio, asistido de todos los obispos que pudo juntar. Eligióse en él por rey de romanos á Guillermo, hermano del conde de Holanda.

1248. *Tarraconense*, por el arzobispo Pedro Albalatio. En él se acudió á la seguridad de los bienes del arzobispo, y de los otros beneficiados despues de su muerte.

1248. *Parisiense XXVII.*: por el arzobispo de Sens. En él se hicieron 25 cánones, los mas tocantes al clero secular y regular.

1248. *Vratislaviense*, de Breslau, en Silesia, por Jacobo de Lieja, arcediano y legado. En él se concede al papa el 5.° de las rentas del clero de Polonia por 3 años: permítese además á los polacos el uso de la carne hasta el miercóles de la Quinquagésima. Antes de esta dispensa se abstenian de comerla desde la dominica de Septuagésima.

1248. *Valentino*: de Valencia, en el Delfinado, el dia 5 de Diciembre, por 2 cardenales, 4 arzobispos y 15 obispos. En él se publicáron 25 cánones para hacer executar los antiguos tocantes á la conservacion de la fe, de la paz

y de la libertad eclesiástica. Renovóse tambien la excomunion contra el emperador Federico y sus parciales. Aos de J. C.

Schoeningiense: de Schening, en Suecia, por el legado Guillermo, despues cardenal obispo de Sabina. En él se señalaron penas contra los clérigos concubinarios. 1248. ó 1249.

Mildorfianum: de Mildorff, por el arzobispo de Saltzburg, y otros 3 obispc ;, hácia principio del año. En él quieren obligar á Otto , duque de Baviera, á declararse contra el emperador ederico II por Guillermo de Holanda, su competidor; o qual rehusa: y por esto se le concede espera hasta 1 de Mayo siguiente para deliberar. 1249.

Ultrajectinum: de Utrecht, por el cardenal Pedro Caputio, obispo de Po o, y Conrado, arzobispo de Colonia, en presencia de uillermo de Holanda, rey de romanos, en que se obli a á renunciar á Goswinlo, electo obispo de Utrecht el a o de 1246. 1249.

* *Nicænum*: de Ni ea, por el patriarca Manuel II. Los decretos de este con ilio, atribuidos sin razon á Manuel Chāritopulo por L unclavio, se hallan en el lib. 3. pág. 238 del *Jus Græco-Romanum*. 1250.

Pruvinense: de Provi s, por Gilon, arzobispo de Sens, el dia 26 de Julio. Renué anse en él los estatutos del concilio de París, celebrado el año 1248, con algunas adiciones sobre la disciplina que se debe observar respecto de los excomulgados. 1251.

Insulanum: de la isla, en el condado de Venessin, el dia 19 de Septiembre, por Juan de Baux de Arlés. En él se hicieron 13 c tocante á la inquisicion y disciplina. 1251.

Senonense: de Sens, por el arzobispo Gilon, y 6 de sus sufragáneos, el dia 15 de Noviembre; desde el qual se envia á Tibaldo, conde de Champaña y rey de Navarra, una monicion canónica, para persuadirle á que cese e apoderarse de los bienes eclesiásticos, adquiridos en 40 ños en sus estados de Champaña. 1252.

Tarraconense: de Tarragona, el dia 8 de Abril, por l arzobispo Benedicto. En él se estableció que los obispos pudiesen absolver á los excomulgados diócesis, os arzobispos á todos los de su provincia se concedió á los sacerdotes la facultad de absolverse recíprocamente de la excomunion menor. 1253.

Años de J. C.

1253. *Ravennense*: el dia 28 de Abril, por Felipe, arzobispo de Ravena, contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos.

1253. *Parisiense XXVIII*: por Gilon Cornu, arzobispo de Sens, el dia 12 de Noviembre, en que se da un decreto para trasladar á Meun el cabildo de la iglesia de Chartres, con motivo del homicidio de Reginaldo de la Espina, chantre de esta Iglesia.

1253. *Salmuriense*: de Saumur, el dia 2 de Diciembre, por Pedro de Lamballe, arzobispo de Tours. En él se hacen 31 cánones, tocantes los mas al clero secular y regular; y en el 27 se condenan los matrimonios clandestinos.

1254. *Ad Castrum Gonterii*: de Chateau-Gontier, por los mismos prelados, ántes de Pascua. De este concilio no queda mas que un cánon, que manda conformarse con la constitucion de Gregorio IX. *Quia nonnulli*, tocante á los rescriptos de Roma.

1255. *Londinense*: el dia 13 de Enero contra las exâcciones de la corte de Roma y las de la de Inglaterra. En él se manda, pena de anatema, la observancia de la grán carta de San Eduardo; y se responde á Rustand, nuncio del papa, que los bienes de la Iglesia pertenecen al papa en quanto á la defensa, y no en quanto al goce y propiedad, como lo pretendia.

1255. *Albiense*: de Albi, en la Quaresma, por Zoen, obispo de Aviñon y legado de la santa sede, convocado por san Luis. Los obispos de las provincias de Narbona, Burges y Bardeos asistieron á él. Hiciéronse 72 cánones; parte para la total extirpacion de la heregía del pais, con arreglo á los canones del concilio de Tolosa, celebrado el año 1229, y parte para el restablecimiento de la disciplina.

1255. *Burdigalense*: el dia 13 de Abril. Gerardo de Malemont, arzobispo de Burdeos, publicó en él una constitucion de 30 artículos; el 5. de los quales dice: »No se »darán á los niños hostias consagradas para comulgar el »dia de Pascua, sino solamente pan bendito." Esto manifiesta ser vestigio del uso antiguo el darles la Eucaristía desde que se les bautizaba; uso que siempre ha conservado la iglesia griega. El precepto de la comunion Pascual en el concilio de Letran el año 1215, no es mas que para los que habian llegado á la edad de discrecion.

Parisiense XXIX.: por Henrique, arzobispo de Sens, y otros 5 obispos, el dia 13 de Julio, en que se condena á prision á los homicidas de Reginaldo, chantre de la iglesia de Chartres.

Parisiense XXX.: probablemente en el mes de Febrero por Henrique Cornu, arzobispo de Sens, y otros 5 obispos. En él se nombraron árbitros para la disputa de la universidad con los padres predicadores. Su sentencia fué que estos debian ser excluidos del cuerpo de maestros y estudiantes escolares de París, á ménos que estos últimos no los llamen voluntariamente. 1256.

En el mismo año hubo 2.º concilio en París tocante al mismo punto de la universidad; pero se llevó á Roma, en donde Alexandro IV. se declaró absolutamente por los padres predicadores y menores contra la Universidad.

Senonense: por el mismo, el dia 31 de Julio, en que se conmuta el encarcelamiento de los homicidas de Reginaldo de la Espina en destierro perpetuo á la tierra santa. 1256.

Senonense: por el mismo, en 24 de Octubre, en que se manda al cabildo de Chartres, que habia vuelto de Meun á esta ciudad, pasar á Estampes, hasta que se le haya asegurado la quietud en Chartres. 1256.

Londinense: por Bonifacio, arzobispo de Cantorberi. La carta convocatoria expresa que en él se habia de deliberar sobre los medios de restituir la libertad á la iglesia de Inglaterra, y sacarla de la servidumbre en que la tenian el papa y el rey con sus exâcciones. El rey quiso, pero en vano, op… á la celebracion de este concilio. Juntóse, á pesar suyo, en la octava de la Asuncion (22 de Agosto). En él se hicieron 50 artículos, conformes (dice el continuador de Mateo París) con aquellos en cuyo favor habia combatido santo Tomás Cantuariense. 1257.

Danicum: de Dinamarca, en el que se hacen 4 cánones contra las violencias que hacian á los obispos los señores. Estos cánones los confirmó el papa Alexandro IV. el dia 3 de Octubre de este año. 1257.

Mertonense: de Merton, el dia 6 de …, por Bonifacio, arzobispo de Cantorberi, para la defensa de las libertades de la iglesia anglicana, contra la concesion que el rey Henrique III. habia hecho de una décima al papa Alexandro IV. 1258.

Años de J. C.

Roffiacense: de Ruffec, en Poitou, el dia 21 de Agosto, en que se publicó un reglamento de 10 artículos, que corresponden principalmente á los intereses temporales de la Iglesia.

1258. *Monspelliense*: de Montpeller, el dia 6 de Septiembre. En él se hicieron 10 cánones tanto para la disciplina y libertad eclesiástica, como para poner límite á la avaricia de los judíos, que llevaban usuras exôrbitantes.

1259. *Moguntinum*: de Maguncia, en el que se hicieron 7 estatutos acerca de la disciplina.

1260. *Parisiense XXXII.*: el dia 2[illegible] de Marzo por órden del rey san Luis, para implorar el auxîlio de Dios contra las conquistas de los tártaros. Mandóse que se hiciesen procesiones, que se castigasen las blasfemias, que el luxo en mesas y vestidos se reprimiese: se prohibieron los torneos por dos años y todos los demas juegos, excepto los exercicios de arco y ballesta.

1260. *Copriniacense*: de Cognac. El arzobispo de Burdeos hizo en él 29 artículos ó constituciones. Por el 1.º se ve que el pueblo asistia aun en estos tiempos á los oficios de la noche.

1260. ó 1261. *Arelatense*: en el que Florentino, arzobispo de Arlés, con sus sufragáneos, condenó las extravagancias de los joachîmitas. Hiciéronse asimismo 17 cánones de los quales el 3.º manda que la confirmacion se administre y reciba en ayunas, excepto los ni[illegible]s que mamen; de donde se infiere que se daba tambi[illegible]s niños, como se practica aun al presente en mu[illegible]glesias.

1261. *Coloniense*: por Conrado, arzobispo de Colonia, el dia 12 de Marzo, en el que se publicaron 14 estatutos para el clero de la provincia, y 28 para los monges.

1261. *Parisiense XXXIII.*: el Domingo de pasion 10 de Abril. En él se renovó, para precaverse de los tártaros, todo quanto se habia resuelto en el concilio del 21 de Marzo del año antecedente.

1261. *Lambethense*: de Lambeth, cerca de Londres, el dia 13 de M[illegible] arzobispo de Cantorberi dispuso ayunos, rogativas pú[illegible]as y procesiones, para desbaratar la invasion de los tártaros; é hizo ademas un reglamento para conservar la libertad de la Iglesia contra las intentonas del rey y de los jueces seculares.

Londinense y Bervalacense; de Londres el dia 16 de Mayo, y de Beverlei, el 23 del mismo mes. En estos 2 concilios se hicieron algunos nuevos reglamentos sobre el estado de las iglesias de Inglaterra, y se enviaron diputados á Roma, para asistir al concilio señalado por el papa para principio de Julio, á fin de tomar en él las medidas necesarias para oponerse á las conquistas de los tártaros. Años de J. C. 1261.

Moguntinum: de Maguncia, para satisfacer á la órden del papa, y disponerse á resistir á los tártaros. Hiciéronse tambien en ... 54 reglamentos útiles para el aumento del servicio divino y la reforma del clero. 1261.

Ravennense: en conseqüencia de la órden del papa, para dar socorro contra los tártaros. Pero Alexandro IV. murió el 25 de Mayo del mismo año ántes de haber podido celebrar el concilio, que habia señalado para el mes de Julio siguiente. 1261.

Apud Pontem in Hibernia: en el mes de Enero por Patricio Oscaulan, arzobispo de Armagh, en donde se hicieron muchos estatutos sobre disciplina que no han llegado á nosotros. 1262.

Copriniacense: de Cognac, por el arzobispo de Burdeos. En él se hicieron 7 artículos, de los quales el tercero es para precisar á los señores á que se apoderasen de los bienes de los excomulgados, para obligarlos con esto á volver al gremio de la Iglesia. 1262.

Por el mismo arzobispo en un lugar que no se nombra. En él se hicieron tambien 7 artículos, de los quales el segundo exp... que el que haya aguantado la excomunion por un ..., sea reputado por herege y delatado como tal, lo que tenia por objeto sujetarlo á las penas temporales dadas contra los hereges por las leyes, segun lo advierte Fleury. 1263.

Parisiense XXXIV.: el dia 18 de Noviembre. El arzobispo de Tyro, legado de la santa sede, consiguió en él la centésima de las rentas del clero de Francia por 5 años, para las urgencias de la tierra santa. 1263.

Nannetense: de Nantes, por el arzobispo de Tours, el dia primero de Julio. En él se public... cánones. 1264.

Parisiense XXXV.: el dia 26 de A...sto. Simon de Brion, cardenal, y despues papa con el nombre de Martino IV., lo presidió, y san Luis de acuerdo de todo el 1264.

Años de J. C. congreso hizo publicar una ordenanza muy severa contra los juramentos y blasfemias. Tambien se cree que el legado consiguió en este concilio la décima parte sobre el clero de Francia, sin la qual no queria Cárlos de Anjou emprender la conquista del reyno de Sicilia.

1264. *Bononiense:* de Bolonia. El cardenal Guido Foulquois, enviado por el papa Urbano IV. para reconciliar á los barones de Inglaterra con su rey Henrique III., no habiendo podido arrivar á esta isla, envió muchos obispos de Inglaterra á Bolonia, y celebró con ellos un concilio, en el qual pronunció contra los barones ingleses sentencia de excomunion, que encargó á estos prelados fulminasen á su vuelta.

1265. ó 1266. *Northamptoniense*: el legado Otton de Fiesco fulminó en él sentencia de excomunion contra todos los obispos y clérigos que habian ayudado ó favorecido á Simon de Montfort contra el rey Henrique III.

1266. *Coloniense.* Sínodo, en que el arzobispo Engelberto publicó con consentimiento de su clero un decreto en 15 artículos contra las injusticias y violencias que se habian introducido en los 15 años, que hacia que estaba vacante el imperio.

1266. *Bremense*: por Guido, cardenal legado, en el mes de Noviembre, contra el concubinato de los clérigos y la pluralidad de beneficios.

1267. *Viennense*: de Viena en Austria el dia 10 de Mayo, por Guido cardenal legado. En él se publicó una constitucion de 19 artículos, muy semejante á la del sínodo celebrado en Colonia el año anterior.

1267. *Ad Pontem Audomari*: de Pont Audemer, por Eudo, arzobispo de Ruan, el dia 30 de Agosto. En él se hicieron 4 cánones.

1268. *Uratislaviense*: de Breslau, por Guido, cardenal legado, el dia 2 de Febrero. El legado predicó en él la cruzada para el socorro de la tierra santa.

1268. *Londinense*: el dia 23 de Abril, por el legado Ottobono, en presencia de todos los prelados de Inglaterra, de Gales, de Escocia y de Irlanda, en que publicó un decreto de [illegible] artículos, para reparar los desórdenes de la guerra civil y hacer revivir la execucion de los cánones que ya casi no observaban, particularmente las constituciones que Otton, cardenal legado, habia he-

cho en el concilio de Londres del año 1237. Años de
Apud Castrum Gonterii: de Chateau Gontier, el dia J. C.
23 de Julio. En él se hicieron 8 cánones para el clero.
Senonense: el dia 26 de Octubre, por Pedro de Charui, arzobispo de Sens. De este concilio se tienen 6 cánones sobre la disciplina. 1269.

Compendiense: de Compiegne, el dia 19 de Mayo, por Juan de Courter i, arzobispo de Reims, contra los usurpadores de los b nes de la Iglesia. 1270.

Avenionense, el d 15 de Julio, por Bernardo Maleferrati, arzobispo d Arlés, en que se hicieron 8 reglamentos para el clero 1270.

Apud S. Quintinum: de san Quintin, en Picardía, estando vacante la si a de Reims. De este concilio se citan, alegando la autor dad de Hemerai, 5 cánones de disciplina. 1271.

Redonense: de R nnes, el dia 22 de Mayo, por Juan de Mont Soreau, arzobispo de Tours. En él se hicieron 7 cánones sobre la disciplina. 1273.

Lugdunense II: de Leon de Francia, 14 concilio general comenzado el dia 7 de Mayo, y concluido el 17 de Julio despues de la 6 sesion. A él concurrieron 500 obispos, 70 abades, con otros mil prelados, y Gregorio X lo presidió. En la sesion del dia 7 de Junio, que era la 3. se publicaron 20 constituciones tocante á las elecciones de los obispos y á las órdenes de los clérigos. Los griegos se reunieron con los latinos abjuraron el cisma, aceptaron la fe de la iglesia Rom , y reconocieron la primacía del papa en la 4. se enida el 6 de Julio. 1274.

Saltzburgense: de zburgo, por el arzobispo legado de la santa sede y sus sufragáneos. En él se dispuso, que las constituciones del concilio de Leon se publicasen en la provincia de Saltzburgo, y al mismo tiempo la del concilio de la misma provincia, celebrado en Viena el año 1267. En él se hicieron despues 24 artículos ó reglamentos. 1274.

Constantinopolitanum: el dia 26 de Mayo, en que Juan Vecco, autor con el emperador Paleólogo de la reunion de los griegos con los latinos, fu gido arzobispo de Constantinopla. Ordenósele el mingo siguiente 2 de Junio, dia de Pentecostes. 1275.

Arelatense: por Beltran de san Martin, arzobispo. En 1275.

Años de J. C.

él se hicieron 22 cánones acerca de la disciplina, de los quales faltan los 4 primeros. El nono concierne á los testamentos. En él se dice que quatro dias despues de la muerte del testador, se advierta al heredero y aun se le obligue con censuras á dar al cura de la parroquia una copia del testamento, para enterarse de los legados pios que contiene.

1275. *Lundiense*: de Lunden, en Dinamarca. En él se alza el entredicho del reyno, que duraba hacia 9 años con motivo de la prision de algunos prelados.

1276. *Salmuriense*: de Saumur, por el arzobispo de Tours el dia 31 de Agosto. En él se hicieron 14 cánones.

1276. *Bituricense*: de Burges, por Simon de Brion, cardenal legado, el dia 13 de Septiembre. En él se publicaron 16 artículos ó reglamentos, que miran principalmente á mantener la jurisdiccion y inmunidad eclesiástica en toda aquella extension, de que entonces estaba en posesion, el clero, y que los seglares procuraban reducir.

1277. *Constantinopolitanum*: ántes ó hácia el mes de Abril, como se ve por la carta del patriarca Vecco al papa Juan XXI. En este concilio hace una profesion de fe muy católica, reconociendo los 7 sacramentos, y todo lo demas que cree la iglesia Romana.

1277. *Constantinopolitanum alterum*: el dia 16 de Julio por el mismo Juan Vecco, en que se excomulga á los cismáticos, que se oponian á la reunion de las dos iglesias.

1278. *Langensiense*, de Langeais, por Juan de Mons-Soreau, arzobispo de Tours, en que se hizo un decreto de 16 artículos.

1278. *Compendiense*: por el arzobispo de Reims, Pedro Barbets, con sus sufragáneos, la víspera de Ramos, 9 de Abril. En él se hizo un decreto contra los cabildos de las catedrales, que pretendian tener facultad para suspender el oficio divino, y poner entredicho á la ciudad por conservar sus libertades.

1279. *Apud Pontem Audomari*: de Pont-Audemer, por Guillermo de Flavacourt, arzobispo de Ruan, con sus sufragáneos. En él se hicieron 24 capítulos, uno de los quales dispone, que los que no han cumplido con la parroquia, sean perseguidos como sospechosos de heregía.

1279. *Biterense*: de Beziers, por el arzobispo de Narbona y 7 obispos el dia 4 de Mayo. En él se dispuso que el ar-

Año de J.C.

zobispo de Narbona fuese á Francia al parlamento inmediato á quejarse en nombre de la provincia de las intentonas antiguas y modernas, tocante á los feudos, tierras libres y servicio de guerra, y pedir la conservacion de sus libertades y privilegios.

Avenionense: de Aviñon, por el arzobispo de Arlés y 1279.
4 obispos, el dia 17 de Mayo. En este concilio se hizo un decreto, que contiene 15 artículos, los mas contra las usurpaciones y invasiones de los bienes eclesiásticos, las violencias cometidas contra los clérigos y el menosprecio de las excomuniones; pero á todos estos males solo se ocurre con nuevas censuras.

Redingense: de Reding, el dia 30 de Julio, por el ar- 1279.
zobispo de Cantorberi, y sus sufragáneos. En él se renovaron las constituciones del concilio de Letran del año 1225, y del de Londres de 1268, contra la pluralidad de los beneficios con cura de almas. Hiciéronse ademas algunos otros reglamentos.

Budense: de Buda en Hungría, por el legado Feli- 1279.
pe, obispo de Fermo, de consentimiento de los obispos, abades y todo el clero secular y regular. En él hizo constituciones que tienen la fecha de 14 de Septiembre, en 69 artículos sobre varios puntos.

Andegavense: de Angers, el dia 22 de Octubre, por 1279.
el arzobispo de Tours. Hiciéronse en él 4 cánones, por uno de los quales se viene en conocimiento de que el mismo clero daba exemplo para despreciar la excomunion, y que no era ya la última pena canónica.

Bituricense: de Bourges, en el mes de Abril, en el 1280.
que se prohiben á los clérigos muchos oficios viles que allí se expresan.

Constantinopolitanum: por el patriarca Vecco, el dia 3 1280.
de Mayo. Ocho prelados entre metropolitanos y obispos asistieron á él. Hablóse de un pasage de san Gregorio Niseno, en que se decia, *que el Espíritu Santo es del Padre y del Hijo*; y de donde se habia suprimido maliciosamente una sílaba, que quitada mudaba el sentimiento de este pasage tan favorable á la reunion de la Iglesia, lo que hizo decir al patriarca: La menor alteracion en los escritos de los padres acarrea un perjuicio notable á la Iglesia; y á nosotros que les hemos sucedido en el gobierno

Años de J. C.

del rebaño, nos toca conservar inviolablemente le tradicion que nos han dexado.

1280. *Senonense*, el dia 25 de Septiembre, por Gilon Cornu II, arzobispo de Sens, y 5 de sus sufragáneos, con motivo de las violencias que Juan, señor de Ambuisa y de Chaumant, exercia contra la abadía de Pont Levoi.

1281. *Coloniense*: por Sigefredo de Vesterburgo, arzobispo de Colonia, y sus sufragáneos. En este concilio se hicieron 18 estatutos acerca de la disciplina.

1281. *Saltzburgense*: de Saltzburgo por el arzobispo Federico, legado de la santa sede, con 7 de sus sufragáneos. En él se hizo una costitucion de 17 actos, concernientes los mas de ellos á los regulares, para reprimir varios abusos.

1281. *Lambethense*: de Lambeth, el dia 10 de Octubre, en que Juan Peckam, arzobispo de Cantorberi, renovó los decretos del último concilio de Leon, las constituciones del de Londres de 1268, y las del concilio de Lambeth del año 1261, añadiendo las suyas propias en 27 artículos sobre varias materias. Uno de estos artículos prohibe administrar la Eucaristía, á no ser en caso de necesidad, á los que se han descuidado en recibir la confirmacion.

1281. *Parisiense XXXVI*: en el mes de Diciembre, por 4 arzobispos y 20 obispos. En él se quejan de los religiosos mendicantes que predican y confiesan contra su voluntad en sus diócesis, alegando que tienen para este efecto privilegios de los papas.

1282. *Londinense*: por Juan Peckam, arzobispo de Cantorbery, el dia primero de Marzo, para el rescate de Amauri de Monfort, capellan del papa Martino IV, que habian cogido los ingleses llevando á su hermana, muger del príncipe de Gales, á su esposo.

1282. *Avenionense*, de Aviñon, por Amauri, arzobispo de Arlés, con sus sufragáneos. En él publicó diez cánones.

1282. *Santonense*: de Xantes. Geofredo de san Bricio, obispo de esta ciudad, se quejó de que en su diócesis se enterraba á los excomulgados en los cementerios, ó tan cerca que no se podian distinguir sus sepulturas de las de los fieles. La muchedumbre de excomulgados daba motivo para estos abusos.

Turonense: el primer dia de Agosto hasta 5, Juan de Años de
Mont-Soreau, arzobispo de Tours con sus sufragáneos, J. C.
condenó en él muchos abusos, que manifiestan el espíri- 1282.
tu de altercacion que reynaba entónces en esta provincia.

Aquileyense: de Aquileya por el patriarca Raymun- 1282.
do, el dia 14 de Diciembre, en que se hacen varios
reglamentos acerca d la disciplina.

* *Constantinopolit. num*: en el mes de Enero, baxo 1283.
el patriarca Joseph. l s griegos cismáticos condenaron
en él á Juan Vecco, quien miraban como autor de la
reunion con los latino Poco tiempo despues hicieron que
lo desterrase el empe ador Andrónico muy afecto al cis-
ma, no obstante todo quanto habia hecho con su padre
Paleólogo para la reunion.

* *Constantinopolitanum alterum*: baxo el patriarca 1283.
Gregorio de Chipre, a otro dia de Pascua, en que se con-
dena á todos los obispos latinos y griegos, que habian
tenido alguna intervencion en la reunion de las dos
iglesias.

Melfitanum: de Melfa, el dia 28 de Marzo. En él 1284.
se hizo una constitucion dividida en 9 artículos, cuyo
objeto principal es obli ar á los griegos del reyno de
Sicilia á añadir la pala ra *filioque* en el Credo, y á
sujetarse en todo á la disciplina de la iglesia romana.

Lancistiense: de Lanciski en Polonia, el dia 6 de Ene- 1285.
ro, en que el arzobispo de Gnesna, con 4 obispos, ex-
comulgó á Henrique IV duque de Silesia, por haber-
se apoderado de todos bienes del obispo de Breslau,
y de todos los diezm clero.

Constantinopolitanum: en la iglesia de nuestra Seño- 1285.
ra del Blanquernes. Vecco fué traido á este concilio, y
insistió en defender que segun la doctrina de los padres
se podia decir, que el Espíritu Santo procede del Padre
y del Hijo.

Regiense: de Riez, el dia 14 de Febrero, por Ros- 1286.
taing de Capre, arzobispo de Aix. En él se hicieron 23
cánones, el segundo de los quales manda hacer rogativas
por la libertad de Cárlos II., conde de P , y rey
de Sicilia.

Londinense: el dia 30 de Abril. Juan Peckam, arzo- 1286.
bispo de Cantorberi, acompañado de 3 obispos y de
muchos doctores, condena en él algunas proposiciones

Años de J. C. acerca del cuerpo de Jesu-christo despues de su muerte.

1286. *Ravennense*: el dia 8 de Julio, por Bonifacio de Lasaña, arzobispo de Ravena, con 8 obispos sufragáneos suyos. Publicóse en él una constitucion dividida en 9 artículos, de los quales el primero condena un abuso introducido por los legos; á saber, que quando se armaban caballeros ó se casaban, hacian venir juglares y bufones para la diversion de estas fiestas, &c.

1286. *Bituricense*: el dia 19 de Septiembre. Simon de Beaulieu, arzobispo de Burges, acompañado de tres de sus sufragáneos, publicó en él una constitucion de 37 artículos, para resucitar la memoria y execucion de lo que habian dispuesto los concilios antecedentes.

1286. *Naumburgense*: de Naumburgo en Misnia, contra los que tienen presos á los obispos y clérigos.

1287. *Herbipolense*, de Wirtzburgo, el dia 18 de Marzo. El legado Juan Bucamatio, obispo de Tusculo, acompañado de 4 arzobispos, de algunos de sus sufragáneos y de muchos abades, publicó en el un reglamento de 42 artículos, en que se ven los desórdenes que reynaban entónces en la iglesia de Alemania. Los obispos negaron al legado la exâccion de una décima de 5 años, y al emperador las contribuciones que pedia.

1287. *Exoniense*: de Exceste, el dia 16 de Abril. Pedro Quivil, que era obispo de esta ciudad, hizo en él constituciones en 55 artículos sobre todos los sacramentos, y acerca de diversas materias.

1287. *Mediolanense*: por Otton, arzobispo de Milan, acompañado de muchos obispos, y los diputados de todos los cabildos de la provincia, el dia 12 de Septiembre. En él se determinó la observancia de las constituciones de los papas, y de las leyes del emperador Federico II. contra los hereges, á lo qual se añadieron otros 9 artículos.

1287. *Remense*: en primero de Octubre. Pedro Barbets arzobispo de Reims, 7 obispos sus sufragáneos y los diputados de otros dos, resolvieron unánimemente enviar á Roma á seguir hasta su entera conclusion el negocio que tenian con los religiosos mendicantes, en punto de sus privilegios para confesar y predicar.

1287. *Saltzburgense*: por el legado Juan Bucamatio, en que se decreta que se dará por 6 años el diezmo de las

rentas eclesiásticas para las necesidades de la tierra santa. Años de J. C.

Insulanum: de la Isla, en el condado de Venessin, por Rostaing de Capra, arzobispo de Arlés, acompañado de 4 obispos y de los diputados de otros 4 ausentes. En él se publicaron los estatutos de otros muchos concilios de la misma provincia, y se añadió el de no dar mas que sola el alba á los niños de quien se fuese padrino. Este era el vestido blanco que se ponia al recien bautizado al salir de pila. 1288.

Saltzburgense: de Saltzburgo, por el arzobispo Rodulfo el dia 11 de Noviembre. Antes de decretar se presentan á cada obispo unas tablillas, al pie de las quales se le suplica que ponga un sello. Contenian un anatema contra los clérigos, que manejasen los negocios de los príncipes seculares, con una prohibicion á todos los prelados de rendir homenage al señor lego de la provincia. Solo el obispo de Secou se negó á sellar estas tablillas: los otros, que eran 10, sin contar el presidente, hicieron ciegamente lo que se les pedia, y se arrepintieron de ello. 1288.

Nugaroliense: de Nogaro en Armagnac, el dia 29 de Agosto. Amanieu, arzobispo de Auch, acompañado de 6 sufragáneos, hizo en él 10 cánones, concernientes 8 de ellos á las excomuniones y excomulgados. 1290.

Saltzburgense: de Saltzburgo sobre los medios de socorrer á la tierra santa. En él se aconsejó al papa que uniese en un cuerpo ter olarios, hospitalarios y caballeros teutónicos. 1291.

Mediolanense: de lan, el dia 27 de Noviembre y los dos siguientes, Otton Visconti, y por sus sufragáneos, para la recuperacion de la tierra santa, que se habia perdido enteramente con la toma de Acre, el dia 18 de Mayo del mismo año. 1291.

Londinense: en presencia del rey Eduardo. En él se dió un decreto para echar de Inglaterra á los judíos, que con efecto desocuparon el pais. 1291.

Tarraconense: de Tarragona, por el arzobispo Rodrigo, el dia 15 de Marzo. En él se hace un reglamento sobre la disciplina en 12 artículos, el de los quales prohibe permitir que el arzobispo de To exerza ningun acto de jurisdiccion, ni lleve ningun insignia de primado quando pase por la provincia de Tarragona. 1292. 1292.

Bremense: por Gisleberto, arzobispo de Brema, y

Años de J. C. tres obispos el dia 17 de Marzo, contra los que ponen mano en los obispos, y los encarcelan.

1292. *Cicestrense*: de Chichestre. En él se hicieron 7 estatutos, de los quales el 1.º prohibe llevar ganados á pacer á los cementerios, y el 6.º erigir cepos en las iglesias sin licencia del obispo.

1292. *Acchaffemburgense*: por Gerardo de Epstein, arzobispo de Maguncia, el dia 17 de Octubre. En él se hicieron 25 artículos acerca de la disciplina.

1294. *Salmuriense*: de Saumur, el dia 9 de Marzo. En este concilio se hicieron 5 estatutos, de los quales el 3.º es contra el abuso de imponer penitencias pecuniarias en la confesion.

1294. *Tarraconense*: por el arzobispo Rodrigo, en el qual se hizo una constitucion que no se ha publicado todavía, y que está en 6 artículos, de los quales el 4.º prohibe la comida que los feligreses exîgian de sus párrocos en ciertos dias.

1297. *Londinense*: el dia 14 de Enero. Roberto de Cantorberi y sus sufragáneos trataron en él por 8 dias continuos de la peticion que el rey Eduardo les hacia de un subsidio, sin poder encontrar medio de complacerle.

1297. *Constantinopolitanum*: El patriarca Atanasio despues de su retiro forzado fulminó contra el emperador anatemas en un escrito que habia tenido cuidado de esconder en una pared de la iglesia mayor. Habiéndose descubierto este escrito, inquietó el áni[illegible] del emperador, y para este asunto se congregó este [illegible]io. Discordes los votos sobre el valor de estos an[illegible], se consultó al mismo Atanasio, quien declaró haberlos escrito en el impulso de su cólera, y consintió que se mirasen como nulos, lo que tranquilizó al emperador.

1298. *Nicosiense*: de Nicosia, en Chipre, el dia 23 de Septiembre, por Gerardo, arzobispo de Nicosia y legado de la santa Sede. Este prelado publicó en él una constitucion, que no era mas que renovacion de los estatutos antiguos de la provincia, acerca de la administracion de los sa[illegible], y otros puntos de disciplina.

1299. *Rotom[illegible]e*: el dia 18 de Junio. Guillermo de Flavacourt, arzobispo de Ruan, hizo en él con sus sufragáneos un decreto dividido en 7 artículos, de los quales el 1.º manifiesta el desórden del clero de aquel tiempo.

Biterense: de Beziers, por el arzobispo de Narbona y sus sufragáneos, el dia 29 de Octubre. En él se enviaron diputados al rey, tocante á una disputa temporal entre el arzobispo y el vizconde de Narbona. Años de J. C. 1299.

Constantinopolitanum: de órden del emperador Andrónico el Viejo, para hacer anular el matrimonio de Alexô, su sobrino, príncipe de los lazos, con la hija de un señor iberio, y que se casase con la de Chumno, gobernador de Ganicéa, y favorito del emperador. El patriarca Juan se opuso á la voluntad del emperador, y se declaró válido el matrimonio, no obstante que Andrónico, sin cuyo consentimiento se habia hecho, era tutor de Alexô, todavía pupilo. 1299.

Cantuariense: de Cantorberi, el dia 13 de Junio, sobre las facultades de los religiosos mendicantes para la administracion de los sacramentos, y sobre la clausura de las religiosas. 1300.

Mertonense: de Merton, en el condado de Surrei, baxo Roberto, arzobispo de Cantorberi, en que publicó constituciones que miran principalmente á los diezmos, y hacen ver con qué rigor se exîgian en Inglaterra.

Anscitanum: de Auch, sobre la libertad de las elecciones y otras materias beneficiales. 1300.

CRONOLOGÍA

DE LOS PAPAS.

SIGLO DECIMOTERCIO.

CLXXIV. *Honorio III.*

Honorio III. (Censio Sevelli, romano, presbítero cardenal), fué elegido papa en Perusa [illegible] de Julio, y consagrado el 24, año 1216. Al principio de su pontificado aprobó la órden de santo Domingo por dos bulas dadas el 22 de Diciembre del mismo año 1216. Hizo esfuerzos para empeñar á los príncipes christianos en acu- 1216.

Años de J. C.

dir al socorro de la tierra santa, y no cesó de exhortarlos á ello. Honorio es el primer papa que ha concedido indulgencias en la canonizacion de los santos. Murió en 18 de Marzo de 1227, despues de haber regido la silla apostolica 10 años y 8 meses, contando desde el dia de su eleccion.

CLXXV. *Gregorio IX.*

1227. Gregorio IX. (llamado ántes [illegible]golino, cardenal, obispo de Ostia, natural de Anagni en Campania, de la familia de los condes de Segni) fué electo papa el dia 19 de Marzo del año 1227, y entronizado el mismo dia. Ocupó la santa Sede 14 años, 5 meses y 2 dias, y murió el dia 21 de Agosto del año de 1241, de unos 100 de edad.

CLXXVI. *Celestino IV.*

1241. Celestino IV. (llamado ántes Geofredo, milanés, cardenal obispo de Sabina) fué electo á fines de Octubre del año 1241, y murió el 17 ó 18 de Noviembre, ántes de haber sido consagrado. La santa Sede estuvo vacante hasta fines de Junio de 1243.

CLXXVII. *Inocencio IV.*

1243. Inocencio IV. (llamado [illegible]tes Sinibaldo de Fiesco, genovés, cardenal del título [illegible]an Lorenzo), fué electo papa en Anagni, de consen[illegible]to comun, el dia 25 de Junio del año 1243, y [illegible]nsagrado el dia 28 ó 29 del mismo mes. Este papa segun dicen, es el que dió el sombrero encarnado á los cardenales en el concilio general que celebró en Leon el año 1245. Murió en Nápoles el dia 7 de Diciembre de 1254, despues de un pontificado de 11 años, 5 meses y 13 dias.

CLXXVIII. *Alexandro IV.*

1254. Alexa[illegible] IV. (llamado ántes Reynaldo, cardenal, obispo de [illegible]a, de la familia de los condes de Segni, sobrino del papa Gregorio IX.) fué electo papa el dia 12 de Diciembre de 1254. Ocupó la santa Sede 6 años, 5

meses y 6 dias. El año 1255 estableció Alexandro inquisidores en Francia á instancia de san Luis. Años de J. C.

CLXXIX. *Urbano IV.*

1261. Urbano IV. (Jacobo Pantaleon, apellidado de Court Palais, natural de Troyas, en Champaña, patri rca de Jerusalen) fué electo papa en Viterbo, en donde se halló á la muerte de Alexandro IV., por los cardenales que no pudieron co formarse en elegir á ninguno de ellos. El número de estos prelados estaba reducido á 9, uno de ellos ausente. La eleccion de Urbano se hizo el dia 29 de Agosto de 1261, despues de una vacante de 3 meses y 4 dias, y su coronacion el dia 4 de Septiembre. El año 1264 instituyó la festividad del santísimo Sacramento, y la celebró por primera vez el dia 19 de Junio, juéves inmediato siguiente á la octava de Pentecostes. Urbano murió en Perusa el dia 12 de Octubre de 1264, despues de haber ocupado la santa Sede 3 años, un mes y 4 dias.

CLXXX. *Clemente IV.*

1265. Clemente IV. (Guido de Fulquois ó de Fulques, hijo de padres nobles, natural de san Gil, junto al Rhodano, sucesivamente obispo del Puy, arzobispo de Narbona y cardenal obispo de Sabina) fué electo papa el dia 5 de Febrero de 1[illegible]5, y coronado el 26. No hay cosa igual á la modest[illegible] de una carta que escribió sobre su promocion á P[illegible] Grueso, su sobrino: no entiende de que sus parien[illegible] vengan á verlo sin órden particular, ni que se ensalzen y busquen partidos mas ventajosos por causa de su exâltacion, ni que tomen á su cargo la recomendacion de nadie. Este papa murió en Viterbo el dia 29 de Noviembre de 1268, despues de 3 años, 9 meses y algunos dias de pontificado.

CLXXXI. *Gregorio X.*

1271. Gregorio X. (Thealdo ó Thibaldo [illegible]ural de Placencia, canónigo de Leon, y arcediar[illegible] de Lieja), fué electo por los 6 cardenales encargados de la facultad de elegir papa el dia primero de Septiembre de 1271. Co-

Años de J. C.

mo se hallaba en Palestina al tiempo de su promocion, no se consagró, ni coronó hasta 27 de Marzo de 1272. Celebró un concilio general en Leon en el mes de Mayo de 1274. Este papa murió en Arezzo el dia 10 de Enero de 1276, despues de un pontificado de 3 años, 9 meses y 15 dias. El es el primero que dispuso, que despues de la muerte del papa se encerrasen en cónclave los cardenales, de donde no pudiesen salir hasta estar elegido el sucesor.

CLXXXII. *Inocencio V.*

1276. Inocencio V. (Pedro de Tarontasio, del órden de Predicadores, cardenal obispo de Ostia), fué electo papa en Arezzo el dia 21 de Febrero de 1276, y coronado en Roma el 23 del mismo mes, no habiendo ocupado la santa Sede mas que 5 meses contados desde el dia de su eleccion.

CLXXXIII. *Adriano V.*

1276. Adriano V. (genovés de nacimiento, llamado Ottobono, cardenal del título de san Andriano), fué electo papa el dia 11 de Julio de 1276, y murió en Viterbo, adonde habia pasado inmediatamente despues de su eleccion el dia 16 de Agosto siguiente, sin haberse consagrado ni ordenado de Presb[illegible]o.

CLXXXIV. *J[illegible] XI.*

1276. Juan XXI. (llamado ántes Pedro, portugues, cardenal obispo de Túsculo), fué electo papa en Viterbo el dia 13 de Septiembre de 1276, y coronado el 20. Murió en 16 ó 17 de Mayo, no habiendo ocupado la santa Sede mas que 8 meses y tres dias.

CLXXXV. *Nicolao III.*

1277. Nicolao [illegible] (Juan Gaetano, romano, de la familia de los Urs[illegible]s, cardenal diácono del título de san Nicolas), fué electo papa en Viterbo el dia 25 de Noviembre de 1277, despues de una vacante de 6 meses

y ocho dias: pasó inmediatamente á Roma, en donde se órdenó de presbítero; despues se consagró en el mes de Diciembre ántes de navidad, y por último se coronó el dia 26 del mismo mes. Nicolao murió de apoplegía el 22 de Agosto del año 1280, despues de haber ocupado la santa sede 2 años y 9 meses desde su eleccion. Muerto él, estuvo vacante 6 meses la silla apostólica. Años de J. C.

CLXXXVI. *Martino* IV.

Martino IV. (tesorero de san Martin de Tours, des- 1281.
pues cardenal presbítero del título de santa Cecilia), fué electo papa contra su voluntad el dia 22 de Febrero de 1281, consagrado y coronado en Orvieto el 23 de Marzo. Llamábase ántes Simon de Brion. Excomulgó el dia 7 de Mayo de 1282 á los moradores de Palermo, por causa de la matanza de los franceses, llamada *las visperas sicilianas*. Este papa murió en Perusa el dia 28 de Marzo del año 1285, habiendo ocupado la santa sede 4 años y 5 dias desde su consagracion.

CLXXXVII. *Honorio IV.*

Honorio IV. (Jacobo Savelli, noble romano, carde- 1285.
nal diácono), fué electo papa en Perusa el dia 2 de Abril del año 1285, y consagrado en Roma el 4 ó 6 de Mayo. Murió en 3 de Abril del año 1287, á los 2 y un dia de pontificado.

CLXXXVIII. *Nicolao IV.*

Nicolao IV. (natural de Ascoli en la Marca de An- 1288.
cona, del órden de los PP. menores, llamado ántes Gerónimo, cardenal obispo de Palestina), fué electo papa con todos los votos, y en un solo escrutinio, el dia 15 de Febrero de 1288. Renunció dos veces su eleccion, ni consintió en ella hasta el 22, y fué coronado el 25. El año 1289 erigió la universidad de Montpeller. Nicolao murió el dia 4 de Abril [illegible]92, despues de haber ocupado la santa sede 4 años, un mes y 14 dias. Luego estuvo vacante hasta el mes de Julio de 1294.

Años de J. C.

CLXXXIX. *Celestino V.*

1294. Celestino V. (Pedro de Murone , natural de Isernia , en el reyno de Nápoles) , fué electo papa en Perusa el dia 5 de Julio de 1294 , y consagrado el 29 de Agosto del mismo año ; pero reconociéndose inútil para los negocios , renunció el 13 de Diciembre siguiente. Celestino murió santamente el dia 19 de Mayo de 1296.

CXC. *Bonifacio. VIII.*

1294. Bonifacio VIII. (Benedicto Gaetano, natural de Anagni , cardenal presbítero), fué electo el dia 24 de Diciembre de 1294 , por mediacion de Cárlos II. rey de de Nápoles. Consagróse el 2 de Enero de 1295 , y se coronó algunos dias despues. Murió en Roma el dia 11 de Octubre de 1303 , despues de 8 años , 9 meses y 18 dias de pontificado.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
GRIEGOS DE CO[illegible]TANTINOPLA.

SIGLO DEC[illegible]MOTERCIO.

CI. *Miguel V*, llamado *Autoriano.*

1206. Miguel V , apellidado Autoriano , custodio de los archivos de Constantinopla , fué electo el 20 de Marzo de 1206 p[illegible]der al patriarca Juan Camatero. Tuvo su silla en Ni[illegible] donde murió el dia 25 de Agosto de 1212.

Años de J. C.

CII. *Teodero, llamado Irenico.*

Teodoro, llamado Irenico y Copas, sucedió el dia 28 de Septiembre de 1213 á Miguel, despues de una vacante de 13 meses y 3 dias. Murió el 31 de Enero 1251. 1213.

CIII. *Máxîmo II.*

Máxîmo II, superior de los acemetas, fué electo patriarca griego de Constantinopla el dia 3 de Junio de 1215. Murió en el mes de Diciembre del mismo año. 1215.

CIV. *Manuel I*, dicho *Chârîtopulo.*

Manuel I, dicho Chârîtopulo, diácono, sucedió al patriarca Máxîmo en Enero de 1216. Ocupó la silla 5 años y 7 meses, al cabo de los quales murió á fines de Agosto del año 1221. 1216.

CV. *Germano II*, llamado *Nauplio.*

Germano II, apellidado Nauplio, diácono y monge fué substituido el año 1221 al patriarca Manuel el año 1234, dia 26 de Abril, celebró un concilio en Nymphéa en Bytinia, tocante á la reunion de las dos iglesias. (*véase* el artículo de los concilios). El año 1239 murió, despues de haber vuelto en su última enfermedad al estado monástico. 1221.

CVI. *Methodio. II.*

Methodio II, superior del monasterio de Hyacynto, fué electo patriarca griego de Constantinopla el año 1240, despues de la muerte de Germano; y él murió en el mismo año, á los 3 meses de su eleccion. 1240.

CVII. *Manuel II.*

Manuel II, presbítero, despues de 4 años de estar vacante la silla griega de Constantinopla, fué electo el año 1245 para ocuparla. Gobernandola él se trató otra vez de 1245.

Años de J. C. la reunion de las dos iglesias. Manuel prometió poner e nombre del papa en los dípticos, con la condicion de que prometiese recíprocramente no socorrer á los latinos de Constantinopla. Este prelado murió el año 1255, ántes de concluirse Octubre.

CVIII. *Arsenio.*

1255. Arsenio, monge, fué nombrado hácia Navidad de 1255 patriarca de Constantinopla, por el emperador Teodoro Lascaris, con repugnancia del abad Nicéforo Blemido. En una semana recibió todas las órdenes. El año 1260, despues de haber renunciado el patriarcado, fué depuesto por un concilio á instancia del emperador Miguel Paleólogo, á quien rehusaba coronar con perjuicio de Juan Lascaris.

CIX. *Nicéforo II.*

1260. Nicéforo II, obispo de Epheso, fué substituido al patriarca Arsenio en un concilio celebrado en Lampsaco el año 1260. Nicéforo murió á fines del mismo año, y estuvo vacante por 9 meses la silla de Constantinopla.

Arsenio, restablecido.

1261. Arsenio, fué llamado por emperador Miguel Paleólogo 2 meses despues que re á Constantinopla; esto es, hácia el mes de Octub 1261; pero la paz no reynó mucho tiempo entre e príncipe y el prelado. Miguel lo desterró despues á la isla de Proconeso. Esta deposicion originó un cisma que hizo estar vacante 3 años la silla de Constantinopla.

CX. *German III.*

1267. German III, metropolitano de Andrinópoli, fué elegido patria , á pesar suyo, el dia 5 de Junio de 126 El 15 de embre siguiente renunció, por consejo d Abad Joseph que procuraba suplantarlo.

Años de J. C.

CXI. *Joseph.*

Joseph, superior del monasterio de Gales, fué puesto por sucesor el dia 28 de Diciembre de 1267 del patriarca German, y ordenado el 1.º de Enero de 1268. Depónenlo el dia 3 de Enero de 1275. 1267.

CXII. *Juan XI*, llamado *Vecco.*

Juan XI, apellidado Vecco, custodio de los archivos de la iglesia de Constantinopla, fué substituido el dia 26 de Mayo de 1275 al patriarca Joseph, y consagrado el 2 de Junio siguiente, dia de Pentecostes. Vecco hace dimision en el mes de Marzo de 1279, y se retira á un monasterio. El año 1282 renuncia segunda vez; y algun tiempo despues se le pone en una estrecha prision, en donde murió á fines de Marzo de 1298. 1275.

Joseph, restablecido.

Joseph, despues de la renuncia de Vecco, volvió á subir á su silla el 30 de Diciembre de 1282. El año de 1283, á principio de Marzo, murió Joseph, segun unos, ó renunció segun otros, por causa de su avanzada edad y enfermedades. 1282.

CXIII. *Gregorio II.*, *llamado Chypre.*

Gregorio II. llamado Chypre, y natural de esta isla, fué tomado del estado seglar para ser ensalzado á la silla de Constantinopla. El dia 11 de Abril de 1283, domingo de Ramos, fué consagrado patriarca, despues de haber recibido aceleradamente todas las demas órdenes eclesiásticas. El año 1289 sublevó los ánimos contra él un escrito que publicó sobre la procesion del Espíritu Santo, y para apaciguarlos tuvo que hacer renuncia hácia el mes de Junio del mismo año. 1283.

Años de J. C.

CXIV. *Atanasio.*

1289. Atanasio, obispo de Andrusa, en el Peloponeso, hombre ordinario y sin letras, fué electo patriarca de Constantinopla el dia 14 de Octubre de 1289. Su imprudencia y sus malos procederes con el clero, fueron causa de que lo echasen el dia 16 de Octubre de 1293.

CXV. *Juan XII., llamado de Sozople.*

1294. Juan XII., natural de Sozople, superior del monasterio de Pammacarista, fué ordenado patriarca de Constantinopla el dia 1.º de Enero del año 1294. Viéndose acusado en un concilio el año 1303, dia 5 de Julio, de varios delitos supuestos, salió de él y se retiró á su monasterio, desde donde envió su renuncia el dia 21 de Agosto de 1304.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
LATINOS DE CONSTANTINOPLA.

SIGLO DECI TERCIO.

I. *Tomas M sini.*

1204. Tomas Morsini, nob veneciano, fué electo por los francos en el mes de Mayo de 1204 patriarca de Constantinopla, del rito latino, despues del entronizamiento del emperador Balduino. Este prelado fué consagrado en Roma el año siguiente por Inocencio III. Tomás murió en Tesalónic en el mes de Junio del año 1211.

II. *Gervasio.*

1215. Gervasio, llamado tambien Everardo, toscano de na-

cion, fué nombrado en el concilio de Letran, en el mes de Noviembre de 1215, patriarca latino de Constantinopla por Inocencio III. Asistió como tal á la continuacion del concilio; y su muerte acaeció en el discurso del año 1220. Años de J. C.

III. *Mateo.*

Mateo, obispo de Jesol, en el ducado de Venecia, 1221.
fué nombrado en el mes de Marzo de 1221 por Honorio III. para el patriarcado de Constantinopla, y murió á fines del año 1226.

IV. *Simon.*

Simon, arzobirpo de Tyro, fué trasladado por Gre- 1226.
gorio IX. á la silla de Constantinopla contra la voluntad de Juan de Abbeville, arzobispo de Besanzon, á quien Honorio III. habia nombrado para ella. Su muerte la ponen en el año 1233.

V. *Nicolas de Plasencia.*

Nicolas de Plasencia, obispo de Espoleto, fué nom- 1234.
brado por el papa Gregorio IX. para ocupar la silla latina de Constantinopla en 1234, despues de mas de un año de vacante. Nicolas murió en Milan el de 1251.

VI. *P[illegible]on Justiniano.*

Pantaleon Justiniano, noble veneciano, fué nombra- 1253.
do el año 1253 patriarca de Constantinopla por Inocencio IV, de quien era capellan. El año 1261 vino de allí á Italia, en donde murió el año 1286. Este es el último patriarca de Constantinopla que ha exercido las funciones de tal.

CRONOLOGÍA
DE LOS PATRIARCAS
LATINOS DE ANTIOQUÍA.

SIGLO DECIMOTERCIO.

V. *Pedro I.*

1201. Pedro I. ocupaba la silla de Antioquía el año 1201. En el de 1205 fué cogido y puesto en prisiones por Boemon, conde de Trípoli. Murió en ellas á principio del año 1208.

VI. *Pedro II.*

1208. Pedro II., natural de Amalfi, de la casa de los condes de Prata ó Patra, doctor de la escuela de París, fué electo hácia el mes de Septiembre de 1208 para ocupar la silla de Antioquía. Murió el dia 23 de Marzo del año 1219.

VII. *Ray[illegible]iero.*

1219. Raymiero, toscano de n[illegible]n, vicecanciller de la iglesia romana, fué nombrad[illegible] el papa Honorio III. para la silla de Antioquía, y [illegible]sagrado por el mismo en Viterbo el dia 18 de No[illegible]iembre de 1219. Murió en su iglesia el año 1226.

VIII. *Alberto.*

1226. Alberto fué trasladado del obispado de Brescia el año 1226 ó 1[illegible]27 por el papa Honorio III. á la silla de Antio[illegible] [illegible]tió al concilio de Leon celebrado el año 1245. Mu[illegible] Francia el de 1246 lo mas tarde, y se le enterró en [illegible] Cister.

IX. y último patriarca latino de Antioquía. Christiano.

Christiano, del órden de Predicadores, fué el último patriarca latino de Antioquía. Habiéndose hecho dueños los musulmanes el dia 29 de Mayo de 1268 de la ciudad de Antioquía, asesinaron al patriarca christiano en la iglesia de Dominicos de esta ciudad, adonde se habia retirado.

CRONOLOGÍA

DE LOS PATRIARCAS

DE ALEXANDRIA.

SIGLO DECIMOTERCIO.

LXXVIII. *Nicolao I. Melquita.*

Nicolao I. fué, seg[illegible] todas las apariencias, el sucesor inmediato de Már[illegible] II., patriarca de los melquitas. El año 1210 le [illegible]ó el papa Inocencio III. dándole el parabien para su [illegible]rporacion con la iglesia romana. Se ignora el año de s[illegible] muerte.

LXXIX. *Gregor[illegible] I.*

LXXX. *Nicolao II. Melquita.*

Gregorio I., fué puesto por los melqu[illegible]tas para suce[illegible]er al patriarca Nicolao. Reemplazólo otr[illegible], que [illegible]ivia el año 1260.

Años de J. C.

Atanasio, jacobita.

Atanasio fué electo patriarca de los jacobitas el año 1251. Gobernó 10 años su iglesia, y murió el de 1261.

LXXXI. *Atanasio III. Melquita.*

Atanasio III. monge del monte Sinai, fué nombrado en Constantinopla patriarca de Alexandría inmediatamente despues de la muerte del patriarca Nicolao II. El año 1308 disgustado de él el emperador por otros motivos, lo echó de Constantinopla. No se sabe quando murió.

CRONOLOGIA
DE LOS PATRIARCAS
LATINOS DE JERUSALEN.

SIGLO DECIMOTERCIO.

XII. *Sif[illegible]do.*

1203. Sifredo ó Gefredo, carc[illegible]l de santa Praxede, y legado en Palestina, fué nor[illegible] por Inocencio III. para reemplazar al patriarca [illegible]aco; pero renunció el patriarcado al año siguien[illegible].

XIII. *El bi[illegible]aventurado Alberto II.*

1204. Alberto II., [illegible]atural de Castro, llamado Gualteri, en la diócesis de P[illegible]rma, cánonigo reglar, y obispo de Verceil, fué elec[illegible]o patriarca de Jerusalen despues de la renuncia del c[illegible]denal Sifredo. El año 1214, dia 14 de Septiembre, [illegible]o en la procesion de la festividad de la exâltacion d[illegible] la Santa Cruz, fué asesinado por un italiano, agravia[illegible]o porque le habia reprehendido de sus desórdenes.

Años de J. C.

XIV. *Rodulpho.*

Rodulpho sucedió al patriarca Alberto á fines del año 1214. Su patriarcado duró ménos de 2 años. Murió el de 1216. 1214.

XV. *Lothario.*

Lothario, obispo de Verceil, y despues arzobispo de 1216.
Pisa, habiéndose hallado en Palestina al tiempo de la muerte de Rodulpho, fué elegido para sucederle. No se sabe nada de él hasta su muerte acaecida, á lo que se cree, el año 1224.

XVI. *Gerond ó Giraldo.*

Gerond, ó Giraldo, abad de Cluni, hecho obispo de 1224.
Valencia en el delfinado, fué nombrado por el papa ó 1225.
Honorio para el patriarcado de Jerusalen. Murió en 7 de Septiembre de 1239.

XVII. *Roberto.*

Roberto, llamado G[illegible]uido por Alberico, nombrado el 1240.
año 1240 patriarca de [illegible]rusalen por Gregorio IX., era natural de la Pulla, h[illegible]á sido allí obispo, y habiendo sido echado por el e[illegible]ador Federico II., se habia retirado á Francia, e[illegible]de habia conseguido el obispado de Nantes. Los padr[illegible] Le Quien y Mansi ponen su muerte en el año 1254.

XVIII. *Jacobo Pa[illegible]ntaleon.*

Jacobo Pantaleon, apellidado de Court-Palais, fué 1255.
nombrado patriarca de Jerusalen, con título de legado, por Alexandro IV. Antes era obispo de Verdun. Habiendo venido el año 1261 á la corte [illegible]a para asuntos de su Iglesia, se encontró en [illegible]rbo á tiempo que se trataba de elegir sucesor de Alexandro IV. Los votos estuvieron á su favor, y [illegible]é electo papa el dia 29 de Agosto de este año, con el nombre de Urbano IV.

Años de J. C.

XIX. *Guillermo II.*

1262. Guillermo II., obispo de Ageu, fué nombrado por el papa Urbano IV. para el patriarcado de Jerusalen, despues que sucesivamente renunciaron esta dignidad Bartolomé de Braganza, del órden de Predicadores, y Humberto, V. general de la misma órden. El padre Le Quien y el padre Mansi, siguiendo al continuador de Guillermo de Tyro, ponen su muerte en 21 de Abril de 1270.

XX. *Tomas, llamado de Lentino.*

1262. Tomas, natural de Lentino ó Leontino en Sicilia, del órden de Predicadores, obispo de Bethleem, arzobispo de Cosenza en Calabria el año 1267, fué nombrado por el papa Gregorio X. en el mes de Marzo de 1272 para ocupar la silla de Jerusalen. Ughellio conjetura que murió el año 1276.

XXI. *Elías.*

1279. Elías, francés de nacion, segun se cree, fué ensalzado á la dignidad de patriarca de Jerusalen el año 1279 por Nicolao III. Murió segun la conjetura de los padres Papebrokio y Mansi en el año 128

XXII. *y último patriarca de Jerusalen. Nicolao de Hanape.*

Nicolao de Hanape de la diócesis de Reims y del órden de Predicadores, penitenciario mayor de Roma, fué nombrado patriarca de Jerusalen por el papa Nicolao IV. el dia 30 de Abril de 1288. Tomada por asalto por los musulmanes la ciudad de Acre el año 1291, se entró en una barca el patriarca Nicolao para por [illegible] fuga; pero recibió en ella tanta gente, que habiendo [illegible] lo á pique la barca, se sumergió el dia 18 de Mayo.

En su persona es en quien concluyeron los patriarcas latinos de Jerusalen. Los papas han continuado nom-

brando hasta nuestros dias patriarcas titulares de aquella iglesia, pero sin exercer ninguna funcion. Los griegos hicieron otro tanto por su parte miéntras que la Palestina estuvo en poder de los latinos. Despues de la expulsion de estos, los christianos que quedaron en Palestina volvieron á entrar baxò de la jurisdiccion de los griegos, que desde este tiempo han tenido incesantemente un patriarca de su rito en Jerusalen.

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y PROGRESOS.

SIGLO DECIMOQUARTO.

ARTICULO PRIMERO.

Estado político del imperio griego. Orígen y progresos de los turcos otomanos.

Andrónico Paleólogo, 3.º del nombre de Andrónico, habia, subido al trono de Constantinopla el año de 1283 despues de la muerte de Miguel su padre, y reynó cerca de 50 años. En [illegible] largo espacio de tiempo que ocupó el supremo pue[illegible], fué testigo de las nuevas calamidades que continuan[illegible] afligian al imperio, y que apresuraban su ruina, y [illegible] ma; á la qual contribuyó él mismo con su incapacidad, su debililidad, y con las discordias que se movieron en su propia familia; discordias que él foment[illegible], sirviendo de instrumento á las pasiones de fuera, [illegible] las hacian brotar. No siendo capaz de ver ni de apreciar nada por sí mismo, se entregaba ciegamente á sus ministros; y estos, como siempre acaece reynando un príncipe ignorante y sin constancia, substituian sus intereses personales á las grandes ideas del bien [illegible] ue deben servir de norte en todo á los dueños de la a[illegible]stracion, y mucho mas en un estado débil, vacilante, con[illegible]ovido por todos lados, que en aquellos cuya organizacion no está alterada con vicios interiores, ni con dilatados vayvenes.

Andrónico hizo la prueba de su poder contra sus propios vasallos, persiguiendo á los católicos, y á todos los que eran afectos á la union que el difunto emperador habia procurado por tantos medios. Sin embargo, su zelo en defender las pretensiones y dogmas de que estaban tan encaprichados los griegos, y el crédito que adquirió por este medio sobre los ánimos, le proporcionó concluir las discordias que se habian suscitado en la iglesia de Constantinopla, con motivo de los patriarcas Arsenio y Joseph. Sus parciales se habian separado de los demas fieles, y formaban entre sí sociedades particulares, que rehusaban tener comunicacion con todos los de los partidos opuestos, aun con el patriarca y su clero. Andrónico consiguió por fin reunirlos; y aun es mucho para un príncipe incapaz, segun se le representa del manejo de ningun negocio, el haber procurado este bien á la iglesia de Constantinopla.

Pero entre tanto que se ocupaba en apaciguar las discordias de su clero, y que ponia en esto todo su conato, como si todo el cuidado del gobierno estuviese reducido á este objeto invadian los enemigos del estado las pocas posesiones que quedaban todavía á los griegos en las comarcas inmediatas á Constantinopla. Los turcos otomanos de que hablaremos muy pronto, ya por sí solos, ya unidos con los otros pueblos, que disputaban entre sí los despojos del imperio, daban continuo sobresalto al gobierno, sin que por eso pusiese mayor atencion, ni adquiriese mayor prudenc[illegible]: ántes por lo contrario parecia que los ministros d[illegible]ndrónico estaban de acuerdo con las naciones riva[illegible]ue estrechaban cada dia el dominio de su señor en límites mas estrechos. Persuadiéronle que estando en paz con los venecianos y los genoveses, debia suprimir los ga[illegible]os de la Marina, como inútiles. Este yerro expuso las pla[illegible]s marítimas y las costas á los insultos de los piratas y á [illegible]s invasiones de los turcos, que teniendo puertos en los mares vecinos, enviaban sus navíos hasta las mismas murallas de Constantinopla.

El dominio que los ministros de Andró[illegible] habian tomado sobre el ánimo de este príncipe déb[illegible] y crédulo, y su ciega deferencia á sus consejos, causaron la division de su familia, y fueron por él el orígen de las desazones do-

mésticas, que afligian su vejez. Habia perdido ademas á Miguel su hijo, príncipe jóven de las mayores esperanzas. Una muerte anticipada le arrebató estando peleando contra los enemigos del imperio, de quien queria recobrar las provincias que habian invadido. De los dos hijos que habia dexado quando murió, el menor, llamado Manuel, no bien habia llegado á la adolescencia, quando pereció por un accidente funesto; y así el mayor, que tenia tambien el nombre de Andrónico como su abuelo, reunia en sí todos los derechos y todas las esperanzas de la casa de los Paleólogos. Manifestaba talento proporcionado para conservar la gloria de esta casa ya célebre, y aun para acrecentarla con el lustre de heroicas acciones. Esto era para el anciano Andrónico un motivo poderoso para que fuese el objeto de su cariño, y para hacerle participante de su confianza, y lo era tambien para los ministros del emperador, para impedir que este jóven príncipe adquiriese demasiado crédito con su abuelo, y llegase á gobernar el estado en su nombre.

Para desviarlo pues del conocimiento de los negocios, se imbuyeron primero sospechas vagas en el ánimo del anciano sobre la pureza de las intenciones de su nieto, y sobre los motivos de la aficion que al parecer le tenia. Luego lo pintaron como un ambicioso, que deseaba con ansia la hora de subir al trono, que veia con disgusto los largos dias que concedia el cielo á su abuelo, y que no habia deseado que se le asociase al imperio mas que para executar con mayor seguridad el proyecto que meditaba de apoderarse del supremo poder. Como quanto mas entra en años qualquiera se hace mas zeloso del mando, y este es el objeto de todos los que envejecen en los puestos eminentes, no costó trabajo persuadir al anciano Andrónico, que su nieto conspiraba contra su autoridad. Desde el punto que se preocupó con esta idea, no vió ya en el jóven príncipe sino un enemigo secreto, y en todos los que estaban á su lado unos cómplices de sus perversos designios. Observábansele todos los pasos, se acriminaban todas sus palabras, y con relaciones siniestras se aumentaban las falsas impresiones que se habian hecho contra él en el anciano crédulo y sospechoso. Por otra parte, se tenia al jóven príncipe en la mayor sujecion, con el fin de excitar en él el deseo de la libertad,

y de moverle á algun procedimiento de que pudiesen asirse, para desacreditarlo de todo punto en el ánimo del anciano emperador.

Estos manejos produxeron todo el efecto que se esperaba. El jóven Andrónico se cansó de vivir como prisionero en una corte, en que debia ocupar el segundo lugar hasta ser ensalzado al primero. Salió de Constantinopla con un corto número de criados fieles, que se habian determinado á seguir su fortuna. Su intencion no era rebelarse ni encender el fuego de una guerra civil, sino romper sus prisiones, y huir de la opresion de los ministros, que tenian sitiado á su abuelo; pero estos, por una conseqüencia precisa de sus ideas, le obligaron á tomar las armas, persuadiendo al emperador que despachase tropas contra él. Reducido á la dura necesidad de defenderse, halló el jóven príncipe dispuestos los pueblos á seguir su partido, y muy en breve se encontró con un exército; pero no pudo desprenderse del respeto y afecto que debia á su abuelo, ni consentir en despojarlo de la autoridad suprema. Así mientras que sus oficiales y soldados le instaban que fuese en derechura á Constantinopla, para apoderarse del trono, y castigar á sus enemigos, negociaba secretamente con el anciano Andrónico, y le ofrecia todas las pruebas de sumision que quisiese pedirle. La ménos equívoca de estas pruebas eran los mismos pasos que daba para volver á la gracia del emperador. Quedó convencido; y escuchando los do[s] príncipes la voz de la naturaleza, que les hablaba en fav[or] uno de otro, se reconciliaron con todos los visos d[e sin]ceridad; pero no tardó mucho tiempo en alterarse la bu[e]na inteligencia entre ellos; y los que tenian interes en verlos desunidos, los enredaron de nuevo. Todo el tiempo que pasó hasta la muerte del anciano Andrónico fué señalado con estas alternativas continuas de rompimiento y de reconciliacion. En estas disputas tuvo siempre el jóven emperador el mérito de la moderacion, y su conducta fué constantemente la del hijo mas respetuoso; pero al fin conoció que los intereses del estado pedian que se apoderase de toda la autoridad, y no dexase á su abuelo mas que los hon[ores] de la dignidad suprema. Este proceder era necesari[o]; y si el jóven Andrónico se determinó á ello, fué por causa del bien público, aunque repugnase bastante á su corazon. El an-

ciano emperador sobrevivió todavía algunos años á este acontecimiento, y murió el de 1332, con hábito de monge y el nombre de Antonio, de edad de 74 años, de los quales habia reynado 49.

Despues que Andrónico III empuñó las riendas del estado, supo mantener aquella prudencia y justicia que habia mostrado en las turbaciones del último reynado. Tenia por consejero y por amigo á Juan Cantacuzeno, varon insigne, de prudencia y bondad consumada, y tan literato como político; sin que careciese tampoco del talento y experiencia que constituyen un buen general. Andrónico lo habia experimentado muchas veces quando se vió obligado á tomar las armas para su seguridad. De todos los que se habian puesto de parte de sus intereses, ninguno le habia servido con mas utilidad que este amigo fiel. Quedándose solo con el imperio, depositó en él toda su confianza, y aun queria hacerlo compañero suyo; pero Cantacuzeno se contentó con ser su primer vasallo. Ayudólo á reunir la Acarnania con el imperio, despues de la muerte de Juan Angelo, que la habia poseido á título de soberanía. Con el auxîlio de semejante ministro y las grandes prendas que ademas lo adornaban, hubiera señalado Andrónico III su reynado con empresas gloriosas si hubiese vivido mas tiempo; pero lo arrebató la muerte á la edad de 45 años, sin haber podido reparar todavía los daños que habia causado ó aumentado la debilidad de su abuelo. Al morir nombró por tutor de Juan Paleólogo, su hijo, y por gobernador del imperio al mismo Cantacuzeno, cuyo desinteres y capacidad tenia bien conocidos.

Cantacuzeno, fiel á la memoria y últimas intenciones de Andrónico, no se hubiera apartado de los principios que siempre habian sido norma de su conducta, si algunos hombres, envidiosos de su mérito, no le hubiesen obligado á salir de los límites en que su índole le movia á contenerse, pero los enredos de la corte y las tramas secretas de sus enemigos le obligaron á subir al primer puesto, para gozar en él de una seguridad que no podia esperar quedándose en el segundo. Habia contribuido al adelantamiento de un tal Apocauco, hombre infeliz, que habia llegado á la mayor fortuna por medio de aquel espíritu de sumision que con tanta freqüencia vemos probar

bien en las cortes. Este, que era de índole falsa como los mas de su jaez, se declaró contra su bienhechor luego que le pareció poderlo hacer impunemente. Juntóse con el patriarca de Constantinopla, enemigo de Cantacuzeno por ambicion y por envidia; pero con el fin de perder á aquel que ambos miraban como un competidor perjudicial, acometieron á la emperatriz madre, y á fuerza de persuadirle el riesgo en que ella y su hijo estaban, por causa de las ideas ambiciosas que atribuian á Cantacuzeno, consiguieron al fin hacerlo sospechoso. Estas primeras impresiones que Apocauco y el patriarca corroboraban por todos los medios de que saben valerse los cortesanos diestros y perversos, movieron por último á la emperatriz á declararse sin rebozo contra el único hombre, á quien hubiera debido atender en beneficio del estado y de su propia familia.

Cantacuzeno no estaba en Constantinopla quando esta tempestad, formada muy de antemano, vino de repente á rebentar. Tuvo noticia de ello por algunos de sus amigos, que habian escapado para evitar el mal tratamiento que se preparaban á hacerles. Estaba en Didymoteca, adonde habia pasado á observar los movimientos de los servios, de los búlgaros y de los otros enemigos del imperio, que pensaban en sacar utilidad de los alborotos inseparables de una menor edad. Cantacuzeno, instruido por sus amigos de lo que pasaba en la capital, tuvo consejo con ellos sobre el partido que convenia tomar. Todos fueron de opinion que el interes general del imperio y la situacion particular de los negocios pedian que se hiciese proclamar emperador, cuyo dictámen le obligó la necesidad á seguir. Tomó las insignias de la dignidad imperial, y recibió el juramento de su exército, protestando que su intencion no era perjudicar los derechos legítimos del jóven emperador, de quien no queria ser otra cosa que tutor con el nombre de compañero.

Apocauco y los otros enemigos de Cantacuzeno se asieron de un procedimiento á que la naturaleza de las circunstancias le habian obligado. En él hallaron la prueba de las malas intenciones de que lo habian acusado á la emperatriz; y esta princesa, mas entregada que nunca á sus consejos, los autorizó públicamente, para ponerse á la frente de un exército, é ir á pelear en nombre del jó-

ven emperador contra el que se le hacia mirar como enemigo del imperio. Apocauco tomó el mando de las tropas; pero su talento para la guerra no igualaba con el que tenia para los enredos. Hízose despreciable á oficiales y soldados; y los hombres de valor del exército se avergonzaban de tener á su frente un general, cuya incapacidad no podian disimular sus mas acérrimos parciales. Murmuraban de verse obligados á exponer su vida por la querella particular de un ambicioso, que no reparaba en trastornar el estado, con tal que consiguiese su fin.

En esta disposicion se hallaban los ánimos quando se puso en marcha el exército imperial, al qual se disponia á recibir Cantacuzeno. Aunque habia encontrado aliados en los servios, búlgaros y turcos, pueblos por naturaleza enemigos del imperio; sin embargo, no sin violencia se valia de su socorro, y eso tan solo por la necesidad urgente en que se hallaba. Los turcos sobre todo tomaron á cargo su defensa con un zelo sencillo y generoso. Orkan, sultan de los otomanos, habia casado con su hija Teodora; y Amurates, hijo de este príncipe, se habia hecho amigo suyo. Con este apoyo y 30@. hombres de tropas aguerridas, que juntaron estos aliados con las suyas, se halló en estado de causar respeto á sus enemigos; pero no se aprovechó de sus ventajas mas que para ofrecer la paz á la emperatriz. Esta princesa la hubiera admitido si la faccion de Apocauco y del patriarca la hubiesen dexado elegir el partido que le parecia mas razonable y mas útil. Entre tanto que todos admiraban la moderacion y desinteres de Cantacuzeno, Apocauco, ya odioso por su altivez y codicia, se hizo todavía mas por su cobardía. Al acercarse Cantacuzeno, se encerró en Heracléa; y no teniéndose allí todavía por seguro, abandonó su exército para retirarse á Constantinopla, adonde lo siguió el odio público, y muy en breve recibió el justo castigo de sus delitos. Quando hacia ensanchar las cárceles, demasiado angostas para contener á los que su venganza y tiranía mandaba encerrar en ellas todos los dias, fué apedreado y apaleado. Con su muerte se desvanecieron todos los obstáculos que se oponian á la paz. Libre la emperatriz de este indigno ministro, consintió en un ajuste, cuya principal condicion fué el casamiento del jóven emperador con Helena, hija de Cantacuzeno.

Ya parecia haberse restablecido la quietud sobre unos fundamentos sólidos, y la buena armonía que reynaba entre los príncipes empezaba á producir los mas dichosos efectos, quando la alteraron nuevos disgustos. Gentes mal intencionadas, de que siempre han abundado tanto las cortes de los príncipes, abusaron de la poca experiencia y de la debilidad del jóven emperador para inspirarle afectos de aversion contra su compañero. Representábanlo como un usurpador, que habia abusado de la confianza de Andrónico para hacerse igual con su pupilo; y que si habia casado su hija con él, era para tenerlo con mas seguridad en sujecion: ademas de que no se podia asegurar que dexase de tener otras ideas mas perjudiciales. Por medio de estas insinuaciones consiguieron que el jóven Paleólogo mirase ya á Cantacuzeno como á enemigo de su persona y de su casa. El primero contra quien se declaró fué Mateo, hijo de su compañero, á quien habia dado el gobierno de Andrinópoli, y armó gente para despojarlo de él. Cantacuzeno salió á la defensa de su hijo, y aunque la nobleza jóven y el pueblo estuviesen por Paleólogo, declarada por su competidor la prudencia, la experiencia y la buena conducta, tuvo que desistir de su proyecto, y buscar asilo en la isla de Tenedos.

Sea que esta retirada de Paleólogo se mirase como una abdicacion tácita, ó que Cantacuzeno fingiese entenderlo así, y persuadirlo á los demas, para tener con esto ocasion de excluirlo enteramente del trono, aprovechó este instante para hacer proclamar emperador al mismo Mateo, que habia sido causa de los nuevos altercados. Esta proclamacion, que nos parece un borron en la conducta de Cantacuzeno, que hasta entónces habia manifestado unas intenciones tan rectas y tan puras, fué nuevo orígen de discordias entre los príncipes, y de calamidades para el estado. Paleólogo, amado del pueblo, no dexó de encontrar parciales y aliados. Volvió á entrar en su capital, é hizo proscribir á Mateo por el patriarca y el senado. Sin embargo, la paz se ajustó entre estos dos príncipes por mediacion de Cantacuzeno, quien, bien por asegurar el estado de su hijo, ó bien disgustado de las grandezas y de las inquietudes que acarrean consigo, abdicó el imperio, y se retiró á un monasterio del mon-

te Athos, en donde acabó en paz sus dias el año 1357.

Despues de retirado Juan Cantacuzeno, Mateo su hijo, y Juan Paleólogo disputaron mucho tiempo entre sí, uno por conservar el título y poderío de emperador, y el otro por despojarlo de él. Por último, el primero de estos dos príncipes concluyó, en fuerza de los consejos de su padre, que vivia todavía, unos debates, de que se aprovechaban los enemigos del imperio para extender sus conquistas. Abdicó la suprema potestad, y se contentó con algunas prerogativas exteriores, mas á propósito para recordar á los otros la dignidad que habia dexado, que para consolarse él mismo de no haberla podido conservar.

Aunque las guerras intestinas se disiparon, no por eso se sosegó mas el imperio, ni fué mas dichoso. Los otomanos habian hecho increibles progresos miéntras las turbaciones civiles. Los sultanes Orkan, Amurates y Bayaceto tomaron sucesivamente á los griegos las provincias que les quedaban en Europa. Juan Paleólogo se vió precisado á pagarles tributo, y darles respectivamente dos de sus hijos en rehenes. Manuel su sucesor estaba en esta calidad en poder de Bayaceto, quando murió el año 1391. Tenia de edad 55 años, de los quales habia reynado 43. La pesadumbre aceleró el fin de sus dias. Con efecto veia el imperio casi reducido al territorio de Constantinopla, y esta capital continuamente amenazada por los turcos y para caer en su poder, sin que los príncipes christianos pensasen en socorrerla.

El poder de los turcos otomanos, tan temibles á los emperadores griegos, se habia formado, como el de los árabes y de los otros pueblos musulmanes, por el derecho de conquista. En el siglo antecedente habian sujetado ó exterminado los mogoles á los pequeños soberanos de raza turca, que de los despojos del imperio de los califas de Bagdad, en Oriente y en todas las comarcas del Asia Menor, se habian apropiado estados. Muchos emires, despojados por el vencedor, ó ahuyentados por el temor, se habian refugiado en los montes con las tropas que se les habian conservado fieles. Desde allí hacian salidas á la tierra llana, para adquirir el mantenimiento que les negaba la naturaleza en los parages incultos y estériles, que les servian de albergue. La necesidad los movió en los prin:

cipios á unirse en estas expediciones, cuyo objeto eran las necesidades de la vida; pero muy pronto uno de ellos, nombrado Othman ó Athman, tomó sobre la mayor parte de los otros aquel dominio que regularmente dan el ingenio, el talento y el valor á aquellos á quien la naturaleza hace á propósito para mandar. Echóse sobre las provincias del Asia Menor, que estaban todavía sujetas al dominio de los griegos. Estos paises, asolados con tantas guerras, hacia mucho tiempo que eran víctima de todas las calamidades; y así las ciudades sin defensa y sin guarnicion, los pueblos desanimados y casi indiferentes respecto de unos señores que no pensaban en ellos, hicieron poca resistencia, y recibieron el yugo de los nuevos conquistadores, como de unos hombres acostumbrados á no tener ya ni patria, ni leyes, ni libertad. Prusias, ciudad contigua y famosa, que habia sido la capital del reyno de Bithynia en tiempo de los romanos, llegó á serlo del nuevo imperio y residencia de los príncipes otomanos, hasta la toma de Constantinopla.

Orkan, hijo y sucesor de Othman, prosiguió las conquistas que su padre habia comenzado. Este era un príncipe diestro en la guerra y en la política. Las mas de las instituciones religiosas y civiles, que subsisten todavía entre los turcos, deben á él su orígen. Los rápidos progresos de sus armas fueron objeto de los alborotos y disensiones que destruian el imperio de los griegos. Soliman, su hijo, príncipe del mayor crédito, amado de soldados y pueblo, lo a[illegible]udó con su valor y destreza. Pasó á Europa, se apod[illegible] de muchas plazas principales en las costas del Helesponto, y tomó la célebre ciudad de Gallipoli, en la embocadura del mar de Maarmora. Iba á extender sus conquistas por la Grecia, quando murió de una caida de un caballo. Orkan, su padre, que habia renunciado el cetro para entregarse enteramente á los exercicios de piedad, y al servicio de los pobres, no le sobrevivió mas que unos pocos meses.

Dexó que prosiguiese sus conquistas y mantuviese su gloria, tanto en Asia como en Europa, á su segundo hijo Amurates I., que fué el tercer sultan de [illegible]s otomanos. Este príncipe, no ménos diestro ni ménos feliz en sus empresas que sus antecesores, iba estrechando todos los dias el dominio de los emperadores griegos en límites mas an-

gostos. Las mas fuertes ciudades le abrian sus puertas ó eran tomadas por asalto. Esta fué entre otras la suerte de la importante plaza de Andrinópoli, de que se apoderó el año 1360, y que eligió para residencia suya. En el discurso de las expediciones habia cogido Amurates un crecido número de niños christianos. Juntólos para hacerles dar una educacion comun; y habiéndolos mandado instruir en la religion mahometana, y en los exercicios de la disciplina militar, formó de ellos la famosa milicia de los genízaros, que en adelante se hizo tan temible á sus señores, aunque siempre fiel á la sangre otomana.

Habiendo sido muerto este príncipe por un soldado christiano, despues de una victoria que acababa de ganar contra un exército innumerable en la alta Hungría, Bayaceto I., su hijo, tomó sobre sí con las riendas del imperio la continuacion de sus proyectos. Subiendo al trono, fundado ó asegurado por sus abuelos, heredó su ambicion, su valor y su talento para la guerra. Lo arrojado de su valor y la rapidez de sus conquistas le hicieron apellidar *Ildirim*, que significa *el Rayo*. Solo su nombre hacia temblar á los cobardes soberanos de Constantinopla dentro de las murallas de su capital. Al menor movimiento de sus tropas le enviaban sus hijos en rehenes, y se sujetaban humildemente á pagarle tributo. Por lo que mira á él, como si tuviese alguna seguridad de poderlos poner en prisiones siempre que quisiese, los mandaba con altivez, exîgiendo de ellos una obediencia ciega, y dando á entender que los d[illegible]aba vivir y reynar solo por desprecio y por compasic[illegible]

Para contener á estos violentos conquistadores, y librar de sus manos los endebles despojos de la dominacion imperial, que habia estado extendida por tanto tiempo en las tres partes del mundo, llamaron en su socorro los soberanos de Constantinopla á los príncipes de Occidente. Juan Paleólogo y Manuel, su hijo, no se fiaron del zelo y actividad de sus embaxadores para hacer presentes sus instancias, sino que pasaron en persona al Occidente para solicitar con mas eficacia el auxîlio de que necesitaba[illegible] el aprieto en que se hallaban. El primero de estos dos príncipes se vió con el papa Urbano V., á quien presentó una profesion de fé, muy cumplida y muy ortodoxà sobre todos los puntos èn que andaban

discordes las dos iglesias. No falta quien haya escrito que sacó de este pontífice y de muchos príncipes de Europa sumas quantiosas, de que se sirvió, no para levantar un exército y marchar contra su enemigo, sino para comprar la paz, y retrasar de este modo por algun tiempo la ruina del imperio. Ménos afortunado Manuel, no consiguió sino vanos horrores y promesas inciertas. Ya no era aquel el tiempo en que la Europa toda se conmovia y acudia á tomar las armas con un ímpetu ciego al oir solo el nombre de mahometanos. Por otra parte, demasiados asuntos tenian en sus reynos los príncipes de Occidente para pensar en ocuparse con algun interes en lo que pasaba léjos de ellos. Sin embargo, aun se vieron algunas reliquias de aquel antiguo entusiasmo. Juan, conde de Nevers, hijo de Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, vino á juntarse con un crecido número de caballeros franceses y mas de 2000 hombres de buenas tropas con Segismundo I., rey de Hungría, que hacia guerra al terrible Bayaceto; pero este socorro no sirvió mas que para aumentar el esplendor de la victoria que ganó el sultan al exército christiano cerca de Nicópolis el año 1396, y para abrirle camino para nuevos triunfos.

Unas victorias tan continuadas, que hacian á Bayaceto el terror del nombre christiano en el Oriente de la Europa, las paró de repente un nuevo conquistador de la nacion de los mogoles y de la familia de Genghiskan, heredero de su valor, de su talento para la guerra y de su fortuna. Llamábase T[illegible]mur, voz de la lengua mogol, que significa *Hierro*, [illegible] qual se habia añadido el epiteto *Lenk*, palabra persiana, que significa *Cojo*, de donde se ha formado el nombre de Tamerlan, con que se le conoce en nuestras historias. Desde la adad de 25 años que tenia quando comenzó sus conquistas, hasta la de 71 en que murió, jamas descansó este príncipe. No bien habia acabado una expedicion, quando emprendia ó meditaba otra. Devorado por una ambicion insaciable, como Alexandro, llevó sus armas victoriosas, así como él, á la Persia y á las Indias, y halló tambien mu[illegible] estrecho el mundo para satisfacer el deseo inmenso que [illegible]enia de trastornar tronos y de dominar sobre nuevas naciones. Viendo Manuel Paleólogo que no tenia nada que esperar de los príncipes christianos de Occidente, cuyo socorro ha-

bia implorado en vano contra Bayaceto, pidió el de Tamerlan. El príncipe mogol se aprovechó, no sin gusto, de la ocasion de dar á conocer su poder al único monarca del mundo, que podia mirar como competidor de su gloria y de su poder. Envióle oficiales de su exército, mandando que restituyese sobre la marcha al emperador griego las tierras y ciudades que le habia tomado. El sultan, que no estaba acostumbrado á oir que le hablasen con tanto imperio, se indignó de que hubiese osadía para darle unas órdenes tan absolutas; y no dió otra respuesta que hacer cortar la barba á los enviados de Tamerlan, que era entre los orientales el mayor insulto que se podia hacer á ninguno. El príncipe mogol se cegó de cólera; y para vengarse marchó contra Bayaceto con un poderoso exército. Los dos campeones se encontraron cerca de Angoury, en Natolia, que es la antigua ciudad de Ancira. Allí se dieron en el mes de Agosto de 1401 la mas sangrienta batalla de que se ha hecho mencion en las historias. Bayaceto la perdió, y fué hecho prisionero. Este príncipe murió camino de Samarkanda, adonde lo hacia llevar Tamerlan en una jaula de hierro; tratamiento que él destinaba para su enemigo, si hubiese tenido la fortuna de vencerlo (a).

ARTICULO II.

Estado político de las potencias de Occidente.

Este siglo fué el siglo de los grandes acontecimientos en Europa. De un extremo del Occidente á otro no hubo nacion que no experimentase vayvenes y alborotos, de que habia habido pocos exemplares en las edades antecedentes: ni soberano ninguno que no tuviese intereses importantes que disputar, y derechos preciosos que defender ó que conservar. El arte de la política y del gobierno comenzaban á perfeccionarse; los príncipes á estudiar los intereses y pretensiones de sus vecinos; los estados á tomar una situacion que jamas habian tenido; y este equi-

(a) Algunos historiadores orientales refieren que fué tratado generosamente por Tamerlan.

librio que tanto trabajo ha costado establecer sobre un cimiento sólido, se iba formando poco á poco en medio de los alborotos y convulsiones que agitaban al mundo. En la pintura que vamos á delinear dexarémos á un lado por algunos momentos las contiendas del papa Bonifacio VIII con Felipe el Hermoso, objeto de harta importancia para confundirse con otros muchos. Desentrañarémoslo en un artículo particular, en donde exâminarémos con cuidado su orígen, progresos y fin.

Alberto I, 2.º emperador de la casa de Austria, vaciló algun tiempo en el trono de Alemania, adonde habia subido despues de la deposicion y muerte de Adolfo de Nassau por voto de una parte de los electores. El imperioso Bonifacio VIII, no contento con no reconocerlo, emprendió hacerlo deponer. Dió órden para ello á los electores eclesiásticos, contando por su parte con una obediencia mas ciega y mas pronta. Tuvieron la flaqueza de recibirla, y la cobardía de juzgarse oligados á executarla. El motivo de este proceder violento del papa respecto de Alberto, era su odio contra Felipe el Hermoso de quien el emperador se habia declarado aliado y parcial; pero no mostrándose dispuesto el cuerpo germánico á proteger las ideas de Bonifacio, mudó de rumbo para conseguir el romper la union de dos príncipes, cuya buena inteligencia aumentaba la fuerza del que queria destruir. Ofreció pues la paz á Alberto con la condicion de que reconociese como emperador, y en nombre de todos los miembros del imperio, que tenia del papa el título de rey de romanos y el [illegible] de la espada material; que defenderia á la santa sede contra todos los que estuviesen en guerra con los sumos pontífices; y que tomaria las armas en favor suyo siempre y quando que fuese requerido. Con estas condiciones prometió Bonifacio confirmar su eleccion, y revocar por una bula todas las sentencias que habia dado contra él. Alberto se avino á todo, para libertarse de la inquietud que le causaban las empresas de un papa que no sabia poner límites á sus pretensiones, y que no consultaba mas que con su humor dominante en los pasos á que se arrojaba para conseguir sus [illegible]as. El pontífice, satisfecho de las promesas de Alberto, ó fingiendo estarlo, lo reconoció por legítimo emperador, supliendo con la plenitud de la potestad pontificia qualquiera vicio

que hubiese habido en la eleccion de este príncipe. Este era el estilo ordinario de Bonifacio en sus bulas, y el tono que tomaba respecto de los soberanos; conseqüencia muy natural de los principios introducidos por sus antecesores, que llevó mucho mas al extremo que ninguno de ellos se habia atrevido á hacerlo.

Reconciliado con el papa, se entregó Alberto absolutamente al proyecto que se habia propuesto desde el instante de su exâltacion al trono imperial, que era apropiar á su casa todos los estados y dominios con que pudiera enriquecerla, para hacerla tan poderosa, que algun dia pudiese llegar á preponderar en las juntas nacionales. Este fué el motivo por qué probó el hacer pasar la corona de Bohemia á la cabeza de Rodulfo, su hijo mayor, despues de la muerte de Wenceslao V, que no dexó hijos varones, y porque hizo guerra al Landgrave de Thuringia, marques de Misnia, para despojarlo de una parte de sus estados; pero salió mal de estas dos empresas igualmente injustas; sin que por eso dexase de tantear otra, que tuvo conseqüencias de mucha mayor importancia.

La casa de Austria poseia en Suiza dominios considerables; pero tenia en esta parte de la Europa ciudades que se gobernaban ellas mismas por magistrados electivos, y que no reconocian en Alberto otra autoridad sobre ellas que los derechos anexos á su qualidad de cabeza del cuerpo germánico, de que eran miembros. Tales eran entre otras las ciudades de Ury, de Schwitz y de Underwald, con sus territorios y dependencias. Alberto queria unirlas con las otras posesiones que tenia en estas comarcas del patrimonio de su casa. No habiendo la maña y política conseguido nada de un pueblo zeloso de su libertad, se valió Alberto del rigor y de las vexaciones para inducirlo á un alboroto, y tener pretexto de domarlos con las armas. Sus ministros exercian unas violencias, que el despotismo mas absoluto no permite sino á los que han nacido malignos y crueles. Algunos de ellos extendieron la tiranía hasta hacerla degenerar en atrocidad. Uno de estos austriacos, digno de executar las órdenes de su señor, prescribió á Guillermo Tell, ciudadano distinguido del Canton de Ury, que derribase de un flechazo, desde una distancia señalada, una manzana puesta encima

de la cabeza de su hijo. Tell pidió la muerte ántes que exponerse al riesgo casi inevitable de atravesar á su hijo, pero fué en vano; porque este tirano impio no le dió otro arbitrio que obedecer ó ser muertos sobre la marcha su hijo y él. Aunque el temor y sobresalto parece que habian de hacer que no acertase la mano de este desventurado padre, tuvo la fortuna de derribar la manzana sin herir á su hijo. Esta barbaridad absurda, de que no ha hecho mencion la historia mas que para dar á conocer hasta qué punto extendian los ministros de Alberto el abuso de la autoridad, acabó de sublevar los ánimos. Tres ciudadanos generosos formaron el proyecto de libertar su patria, y de vengar á la humanidad tan indignamente ultrajada. Sus nombres y su memoria han merecido conservarse á la posteridad. Estos eran Werner Stauchafler, del canton de Schwitz, Gualtero Frust, del de Ury, y Arnoldo de Melchtal, del de Underwald. Asociáronse con Guillermo Tell, que tenia su propia injuria que vengar, y con todos los que llevaban con impaciencia el yugo de la tiranía. Pasóse á cuchillo á los ministros austriacos y á la soldadesca que empleaban en la execucion de sus crueles órdenes. Derribáronse las fortalezas levantadas para tener á la nacion en esclavitud, y se hizo juramento de sacrificarlo todo por la conservacion de la libertad. Tal fué el orígen de la confederacion de los suizos, que habiéndose acrecentado y corroborado con el tiempo, forma un cuerpo político, compuesto de otras tantas pequeñas repúblicas, como cantones unidos entre sí para el interes comun. La [illegible]ion de los tres primeros que llegaron a la total independencia por su valor y fidelidad, fué confirmada poco tiempo despues de la revolucion por el emperador Henrique VII., sucesor de Alberto. Este marchaba á la frente de un exército, para ir á reducir á los suizos, á quien trataba de rebeldes, quando fué asesinado por Juan de Austria, su sobrino, y otros tres caballeros, pasando en un barco el rio de Run, cerca de Schauffouse. Su reynado no habia durado mas que diez años desde su primera eleccion en el de 1298.

En un interregno de seis meses se presentaron tres competidores al trono imperial, Federico de Austria, hijo del último emperador; Cárlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso; y Henrique de Luxemburgo. El

primero fué unánimente reprobado, sin que hubiese otro motivo para su exclusion que la memoria demasiado reciente del orgullo y crueldad de su padre. El papa Clemente V. en la apariencia patrocinaba las pretensiones de Cárlos con los electores eclesiásticos; pero en secreto lo trastornaba por favorecer la eleccion de Henrique. Este último reunió la pluralidad de los votos, y merecia tenerlos por su valor, prudencia, amor á la justicia y zelo por la religion. Despues de haber puesto en órden los negocios mas urgentes del imperio en Alemania y en los estados vecinos, volvió su atencion hácia Italia. Esta hermosa comarca de la Europa estaba abrasada hacia mucho tiempo con los bandos de los güelfos y de los gibelinos. Las ciudades estaban en guerra unas con otras; y dentro de sus mismos muros las familias enemistadas se daban combates sangrientos, ó se entregaban á las venganzas mas atroces. Una caterva de tiranos pequeños tomaban á su sueldo á los ladrones y malhechores, los llevaban al saqueo, y se valian de aquellos brazos acostumbrados al delito para oprimir á sus conciudadanos. Roberto, rey de Nápoles, movido por el papa, fomentaba el alboroto de las ciudades, que se habian exîmido de la autoridad de los emperadores para gobernarse por sus propias leyes, y gozar de las pretendidas ventajas de esta libertad sin freno, que no es en realidad mas que una licencia borrascosa y funesta.

A pesar de estos obstáculos de la política y de la sedicion, reduxo Henrique á su deber, por el terror de sus armas ó por fortuna en las negociaciones, las mas de las ciudades que se habian levantado. Despues de haberse hecho coronar rey de Italia en Milan, y emperador de Occidente en Roma, pensaba en castigar la felonía del rey de Nápoles, que habia sido puesto en pregon por el imperio, por haber tomado las armas contra su soberano; porque á pesar de las pretensiones de los papas, los reynos de Nápoles y de Sicilia, del mismo modo que los otros estados de Italia, eran mirados como feudos del imperio, los que los poseian, con qualquier título que fuese, como obligados á todas las cargas del vasallage. Pero quando se disponia Henrique para dar este ruidoso golpe, mas necesario quizá entónces que nunca, para restablecer y hacer respetable la autoridad imperial, casi ani-

quilada á la otra parte de los montes, fué arrebatado por una muerte inopinada á los 50 años de edad y 5 de reynado. Díxose que este príncipe habia sido envenenado en una hostia por su confesor, llamado Bernardo de Montepulciano, dominico; delito horrible, á que no se podria dar crédito sin tener las mas claras pruebas. Pero Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, hijo de Henrique, mas interesado que nadie en castigar un parricidio tan exêcrable, hechos exâminar los indicios, reconoció que la enfermedad habia sido natural; y dió un testimonio auténtico de la inocencia del religioso injustamente acusado.

Habiendo andado encontrados los electores y príncipes del imperio en la eleccion de la cabeza que habian de dar al cuerpo germánico, produxo esta division dos elecciones, y de consiguiente nuevos alborotos. Luis de Baviera y Federico de Austria, ensalzados casi á un mismo tiempo al trono imperial, tomaron las armas para defender sus derechos, y darse mutuamente la exclusiva. Luis tenia de su bando casi á todos los grandes y las mas de las ciudades. Federico era apoyado por algunos príncipes, y por los manejos secretos de la corte pontificia, que esperaba sacar utilidad de estos disturbios, para extender su autoridad al imperio, cuya cabeza y miembros pretendia sujetar. La pérdida de dos batallas imposibilitó á Federico de inquietar mas á su rival; pero el papa Juan XXII. era para Luis de Baviera un enemigo mas temible y mas dificil de desarmar.

Este pontífice, no ménos imbuido que todos los que le habian precedido en la silla apostólica, en aquellas vanas pretensiones que se llamaban derechos de la santa Sede, se habia adelantado á prohibir á Luis el exercicio de las funciones imperiales, hasta que hubiese pronunciado sobre lo válido de su eleccion. Luis habia despreciado unas órdenes tan manifiestamente injustas, y Juan lo habia castigado con el anatema, arma que regularmente empleaban los papas para sostener sus empresas, y abatir á los soberanos. Una apelacion al concilio venidero, hecha en el congreso solemne de los estados del imperio, y aprobada por la universidad de París, no pudo obligar á Juan XXII. á retroceder. Mantuvo hasta la muerte los actos de autoridad que habia exercido, y que miraba co-

mo unas obligaciones indispensables de su puesto. Benedicto XII., de genio mas moderado, no se apartaba de una reconciliacion: pero los cardenales franceses que dominaban en su corte, trastornaron sus intenciones pacíficas. Todos los miembros del imperio ultrajados en su cabeza, se echaron de parte de su injuria; y habiéndose congregado los estados en Rentz, cerca de Coblentz, el año 1338, y despues en Francfort, se hizo una pracmática-sancion, por la qual se declaró que el imperio era independiente de la santa Sede, y que qualquiera que tuviese la osadia de atribuir al papa superioridad ninguna sobre el emperador, seria perseguido como reo de lesa magestad.

Así iban las cosas quando fué ensalzado Clemente VI. al trono pontificio. Este papa, que no era ménos imperioso que hábil político, adoptó las preocupaciones é ideas de Juan XXII.; y así fué en vano que el emperador se humillase hasta pedirle la paz como una gracia que deseaba con ansia. Todo lo que pudo conseguir se reduxo á unas condiciones tan duras para él, y tan injuriosas á la dignidad imperial, que se rechazaron unánimemente con indignacion en las dietas de Francfort y de Rentz. Los convenios que no tienen efecto por semejantes razones, no sirven por lo regular sino para exâsperar mas los ánimos, y siempre se toma de ellos ocasion para añadir nuevos actos de hostilidad á los antiguos. Luis habia suscitado un contrario á Juan XXII. en la persona del anti-papa Pedro de Corbiere, y Clemente VI. le contrapuso otro, procurando la eleccion de Cárlos de Luxemburgo con sus enredos y dinero. Las cosas llegaban á tal extremo por una parte y otra, que es dificil decir qué resultas hubieran tenido estas funestas alteraciones, si la muerte del emperador no hubiese venido á concluirlas. Acaeció en el mes de Octubre á los 63 años de su edad, y quando acababa los 33 de reynado.

Cárlos IV., de la casa de Luxemburgo, habia sido electo rey de romanos en vida del emperador Luis de Baviera; pero una parte de los electores, á quien se habia hecho odioso, rehusaron darle la corona imperial. Sin embargo, su fortuna quiso que en lugar de reunirse en favor de un mismo candidato, que fuese capaz por sus buenas prendas, riqueza y poder, de mantener los de-

rechos que se le hubiesen transmitido, habiendo andado discordes los electores, nombraron quatro emperadores á la vez. De estos quatro competidores, dos renunciaron libremente una dignidad que no podian conservar sin perjudicar á otros intereses mas preciosos y mas verdaderos; y los otros dos vendieron sus pretensiones por mayor ó menor cantidad, segun que se hallaban en mejor ó peor estado de hacerse temer. Desembarazado Cárlos de estos estorbos, y habiendo quedado en pacífica posesion del trono imperial, conoció la necesidad de hacer una ley fixa é invariable, que remediase los inconvenientes que acababa de experimentar, y previniese las turbaciones que renacian en la muerte de cada emperador; y este fué el objeto de la bula de oro, ley célebre, que no ha alterado el tiempo en sus disposiciones esenciales, y que sirve todavía de fundamento al derecho público de Alemania. Reduce á siete el número de los electores; prescribe la forma de la eleccion que se ha de hacer en Francfort, y el ceremonial de la coronacion que debe solemnizarse en Aquisgran; arregla la sucesion de los electorados segun el órden de la primogenitura, y establece que sean indivisibles; asegura á los electores todos los derechos de la soberanía en los paises que componen sus estados; prevee los casos de menor edad, y apunta los medios de conservar á los príncipes menores sus prerogativas y dominios. Pretenden que Bárthulo, famoso jurisconsulto de este siglo, natural de Sassoferrato en Umbría, fué el compilador de esta constitucion, que ha llegado á ser fundamental y sagrada para la cabeza y todos los miembros del imperio.

Esta ley se promulgó con todo aquel aparato que le pareció á Cárlos IV mas á propósito para realzar el esplendor de su dignidad. Jamas habia igualado el fausto de los antiguos emperadores romanos al que quisieron ostentar en esta ocasion. Cárlos y la emperatriz su esposa, Ana de Schwednitz, asistieron á este acto con una pompa respetable. Cada elector, que era al mismo tiempo uno de los oficiales mayores del imperio, exerció las funciones de su empleo. De este modo se suplia entónces con vanos honores el poder de que Carlo Magno, fundador del nuevo imperio de Occidente, habia gozado en realidad, y de que sus débiles sucesores se habian dexado despojar por sus vasallos; entre tanto que estos, ya ricos y poderosos

con lo que habia tenido fortuna de usurpar, no conservaban de su antigua dependencia mas que la obligacion de servir á su señor en estos dias de ceremonia.

El estado deplorable en que se hallaba la Italia, teatro continuamente ensangrentado con las discordias civiles, obligó al emperador á pasar allá; pero en lugar de presentarse como soberano, no se mostró sino como mercader, que pasa de un pais á otro á buscar nuevos compradores. Vendió principados, ciudades, títulos honoríficos y privilegios de todas especies. Ya habia hecho este vergonzoso comercio en Alemania; porque uno de sus mayores defectos era la pasion por el dinero el ansia de enriquecer á su familia; siendo ademas poco escrupuloso en los medios de que se valia, y no atendiendo en este punto ni á la decencia ni á la gloria. El año 1355 recibió en Roma la corona imperial de manos del cardenal obispo de Ostia, comisionado para este efecto por el papa Inocencio VI; pero no se le permitió pasar siquiera una noche en esta ciudad, que siempre se afectaba llamarla capital del imperio. Degradó asimismo la dignidad imperial, y olvidó sus derechos, hasta prometer el dia de su coronacion no volver mas á Italia sin licencia del papa. Estas particularidades las observamos para manifestar quanto se habia acrecentado el poder de los papas, y envilecídose el de los emperadores á pesar de tanta sangre derramada para mantenerlo.

Cárlos, que amaba el fausto y la representacion, se hizo adornar con otra corona mas el año 1365. Habiendo pasado á Aviñon á tratar con Urbano V de los negocios de la Iglesia y del imperio, se aprovechó de este viage para hacerse coronar en Arlés, como titular, en calidad de emperador del antiguo reyno de este nombre; pero el pontífice, llevado de ideas mas útiles, se aprovechó tambien de la vanidad de Cárlos, para hacerle confirmar, en calidad de rey de Arlés, soberano de los condes de Provenza, la venta y cesion que Juana, reyna de Nápoles, habia hecho del condado de Aviñon al papa Clemente VI.

Cárlos era uno de los sugetos mas doctos de sus dias. Habia sido educado en París, adonde hizo un viage el año 1378, que fué el de su muerte, por tener la complacencia de volver á ver una ciudad á que tenia aficion, por

haber adquirido en ella el gusto de las ciencias. El año 1361 habia fundado la universidad de Praga, tomando por modelo á la de París, á la qual conservó siempre un afecto y reconocimiento que son bastante elogio de su buen corazon. Este príncipe dexó memorias importantes y bien hechas de todos los sucesos de su vida y de su reynado.

Wenceslao, su hijo, que le sucedió como rey de Bohemia, y como emperador, deshonró ambos tronos con su crueldad, sus excesos de todas especies y la torpeza de sus costumbres. Pocos príncipes hay que haya pintado la historia con rasgos mas odiosos. Vendió, á imitacion de su padre, los empleos honoríficos, los feudos del imperio y la libertad de las ciudades. Esto es todo lo que imitó de él. La baxeza de su alma y de sus inclinaciones correspondia á su vida disoluta. El disgusto de sus vasallos, causado por la indignacion y el desprecio, no tardó en manifestarse en Bohemia; y las mismas disposiciones se manifestaron en toda la extension del imperio. Los señores y grandes estaban avergonzados de tener por cabeza un príncipe que en toda la Europa no era conocido mas que por sus desórdenes, un tirano sanguinario que á todas partes llevaba consigo el verdugo, á quien llamaba su compadre; y hacia montar en el mismo caballo que él. Lo que mas hay que admirar es, que tal príncipe formase la idea laudable y piadosa de poner fin al cisma que escandalizaba á la Iglesia hacia tanto tiempo; pero esta misma idea, por piadosa y laudable que fuese, aceleró su caida. El papa, que era Bonifacio IX, temiendo haber de tener que renunciar si llegaba á efecto el proyecto de Wenceslao, excitó contra él quatro electores, que lo depusieron el año de 1400, y eligieron á Roberto, elector Palatino, para reemplazarlo, volviendo de este modo contra el hijo la facultad que les habia dado la famosa bula de oro, obra del padre. Wenceslao sobrevivió 19 años á su deposicion, pero se mostró insensible á esta desgracia; y el infortunio, leccion tan poderosa para los que se lo acarrean por el abuso del poder, fué inútil para él. Quando escribia á las ciudades y vasallos principales del imperio, no era su objeto implorar su socorro y excitar su fidelidad, sino que se contentaba con pedirles que le enviasen de sus mejores vinos.

Lo poco que de paso hemos hablado acerca de la Italia, basta para dar á conocer que esta antigua porcion del

imperio estaba entregada á las mas funestas disensiones. Milan, Florencia, Bolonia, Pisa y las mas de las ciudades grandes, ya gobernadas como repúblicas, ya oprimidas por tiranos, mudaban de fortuna al paso que los varios bandos que las despedazaban eran mas ó ménos poderosos. Entre tanto que Venecia y Génova, factoras del universo, extendian su poder aumentando sus riquezas por medio del comercio marítimo y de la industria; los florentines, impelidos de la ambicion de dominar, adquirian la preponderancia en el continente. Milan, que se habia rebelado la primera desde el tiempo de Federico II, y que habia visto á todas las ciudades de Lombardía intervenir en su querella, tenia nuevos señores. Los Visconti, primero gobernadores y vicarios por el emperador Cárlos IV, despues duques propietarios y soberanos de Milan, por la cesion de los derechos regios que Galeazo, uno de ellos, logró ó arrebató de Wenceslao, hicieron llorar los dias en que la libertad no tenia otro enemigo que un príncipe casi siempre ocupado en sus propios asuntos en el centro de la Alemania.

Pero principalmente en Roma era donde el espíritu de bando descubria toda su actividad. Muchas familias poderosas disputaban en sí el derecho de vexar á sus conciudadanos. Fortificábanse en los barrios de que se habian apoderado. Sus palacios mas bien parecian ciudadelas abastecidas de todo lo necesario para acometer y rechazar al enemigo, que no habitaciones destinadas para las necesidades y comodidades de la vida. Sus parciales se recogian en ellos, y estaban allí armados; y en llegando caso de tumulto, salian en tropas, daban sobre sus contrarios, y disputaban el terreno con tanto furor como si en la victoria les fuese un imperio. Tambien habia cardenales al frente de varios bandos. Unos eran güelfos, otros gibelinos. Sus debates no eran ménos furiosos, ni su odio ménos implacable que los del pueblo. Sus desavenencias sobresalian hasta en los cónclaves, queriendo cada bando tener papa de su devocion. Esto es lo que se vió desde principio de este siglo, quando se hubo de dar sucesor á Bonifacio VIII.

Lo apartado de los papas desde la translacion de la santa sede á Aviñon, daba á los romanos nuevo motivo de desazon, que se mezclaba con las demas causas de sus

desórdenes. Los güelfos acusaban de esto á los gibelinos; y estos, que se aprovechaban solos del zelo que manifestaban por los intereses del emperador, no estaban disgustados con que los pontífices, estableciendo su residencia fuera de Italia, les hubiesen en algun modo abandonado el campo de batalla. Unos y otros igualmente ansiosos de dominar, igualmente encarnizados contra todos los que servian de obstáculo, atribuian al partido contrario los males que ellos mismos causaban para destruirlo. Si los romanos se quejaban de que sus pontífices se habian alejado de ellos, no es porque se considerasen vasallos suyos. Todavía no habían reconocido la soberanía de los papas en la capital del mundo christiano. Tampoco reconocian mejor los derechos del emperador de Alemania; y harto lo manifestaron en las condiciones que impusieron á Cárlos IV., que vino á Roma para la ceremonia de su coronacion. Sin embargo, este mismo Cárlos IV. á quien tantas veces se ha reprehendido su cobardía, y no sin justo motivo, hizo muchos actos de autoridad á vista de los grandes y del pueblo en aquella ciudad misma, en que no se le permitió pasar ni una sola noche. En ella dispuso de muchos empleos, concedió honores y títulos, y vendió a peso de dinero todo aquello para que se presentaron compradores. Luis de Baviera habia hecho todavía mas: habia convocado en la plaza mayor de Roma una de aquellas juntas numerosas y solemnes, que se llamaban parlamentos en tiempo de Cárlo Magno y de sus primeros sucesores; y allí puesto en un trono, rodeado de una infinidad de señores alemanes é italianos, y de un gentío inmenso, habia citado de pronto y condenado á muerte al papa Juan XXII., su enemigo, quien por su parte lo heria con las armas espirituales desde su palacio de Aviñon.

Por otro lado los papas, aunque ausentes, pretendian siempre la soberanía sobre la ciudad en que san Pedro habia establecido la silla apostólica. Nunca dexaban perder ninguna ocasion de hacer los actos de soberanía quando las circunstancias daban algun realce. Tales eran sobre todo las coronaciones solemnes de los emperadores. Miéntras los papas residieron en Aviñon, los cardenales autorizados con sus poderes hacian en su nombre estas pomposas ceremonias, que los pontífices y cortesanos afec-

taban mirar, tanto como prueba de su superioridad sobre las cabezas del imperio, y por induccion sobre los demas príncipes christianos, como de su soberanía en Roma.

Si los grandes de esta ciudad tenian sus pretensiones y miras políticas, no carecia el pueblo de las suyas, que no eran unas mismas. La fantasma de la libertad se presentaba continuamente á los ojos de este pueblo, el qual no obstante lo que habia degenerado, no habia acabado de perder aun la memoria de su antigua grandeza. La idea de restablecer el gobierno republicano, idea siempre amada aunque quimérica, se excitaba de tiempo en tiempo. Entónces qualquiera que mostraba un deseo ardiente y generoso de hacerla efectiva, podia contar con llevar tras de sí la turba, sobre todo si tenia aquella eloqüencia eficaz y aquel viso de intrepidez que enseñorean regularmente los ánimos de la multitud. Tal fué en este siglo el famoso Rienzi, cuyo verdadero nombre era Laurencio, hijo de un tabernero y de una lavandera. Adquirió en la misma baxeza de su nacimiento un motivo de odio á los grandes, que fué el principio de sus acciones y de sus sucesos. Pasaba por el sugeto mas eloqüente y mas hábil político de su tiempo; y sin disputa fué el mas singular, ya por la naturaleza de sus proyectos, ya por el arte con que supo manejarlos. Comunicó á todos los corazones el rencor de que abundaba el suyo contra los nobles, verdaderos tiranos, que se apoderaban de los despojos del pueblo, y se burlaban de su vida. Sus razonamientos, llenos de aquella vehemencia y eficacia que conmueven poderosamente los ánimos, enardecian los de los romanos, y los disponian para arriesgarse á todo por quebrar sus cadenas.

Al principio los grandes que lo admitian á su mesa, se divertian con sus dichos satíricos, en los que no advertian otra cosa que las ocurrencias de un entendimiento agradable y chancero; pero muy pronto aprendieron por experiencia que este declamador era un hombre mas perjudicial de lo que habian creido. Atraxo á sí algunos otros poco mas ó ménos de su misma índole, con quienes trabajó secretamente en arreglar el plan de gobierno que queria establecer, y las leyes que juzgaba necesarias para la conservacion de la libertad. Luego que estuvo

todo dispuesto, mandó publicar á son de trompeta que todos los que se interesasen en lo que él llamaba *il buon stato*, concurriesen la noche siguiente á la iglesia del castillo de Sant Angelo, para deliberar sobre las urgencias de la república. Esto era el dia 20 de Mayo de 1347. Lo que se ha de notar es, que Rienzi no tenia aun ninguna condecoracion, y que toda su autoridad se reducia al afecto que el pueblo le habia cobrado; ni tampoco se habia visto todavía que ningun caudillo de conjuracion hubiese hecho publicar de este modo sus proyectos: rasgo único en la historia, y que distingue á Rienzi de todos sus semejantes.

La revolucion se efectuó de repente, y los reglamentos y leyes propuestas por Rienzi se adoptaron con alegría. Diéronsele los nombres lisongeros de padre de la patria, de libertador del pueblo romano; y se le concedió una autoridad sin límites en la ciudad y en todo su territorio; pero de quantos títulos se le ofrecieron no admitió otro que el de tribuno, queriendo dar á entender con esto á los nobles, que era lo que podian esperar de él en el exercicio de una magistratura tan temible para ellos en los tiempos de la república antigua.

El primer uso que hizo de su autoridad fué hacer intimar á toda la nobleza una órden para salir de Roma, á la que obedecieron sin resistencia. A otra, mas indecorosa todavía, no se mostraron ménos dóciles; y era que acudiesen á su tribunal á prestar en sus manos juramento de fidelidad á la república y al pueblo romano. Todos vinieron; y este fué sin duda el dia de mayor lucimiento del tribuno. Por sus diligencias se mantuvo el órden por algun tiempo en Roma; porque no se puede negar que este hombre extraordinario tenia tanto talento como audacia; pero muy en breve se hizo este zelador de la libertad un tirano caprichudo y cruel. Afectó el orgullo, fausto é independencia que tantas veces habia censurado en los grandes. Conjuráronse contra él, y tuvo que escapar tambien; pero al cabo de algun tiempo apareció otra vez. El pueblo inconstante lo recibió con nuevas muestras de confianza y de estimacion. Volvió á ocupar su puesto y exercer sus funciones; pero no usó de esta nueva fortuna mas que para satisfacer su venganza. Por último hecho á un mismo tiempo odioso y des-

preciable, se resolvió perderlo; á cuyo fin se amotinó el pueblo, que corrió de tropel al capitolio, en donde él residia. Pegóse fuego por todas partes: él quiso salvarse atravesando las ruinas y vigas encendidas: conociéronlo no obstante ir disfrazado: lo cogieron sin que osase defenderse; y al instante le dieron mil estocadas. Libres los grandes de este terrible enemigo, volvieron á sus antiguas máxîmas, y empezaron de nuevo á llenar la ciudad de homicidios y robos.

Las escenas que se representaban en el reyno de Nápoles, separado entónces de la Sicilia, que habia quedado en la casa de Aragon, despues de la matanza y expulsion de los franceses, eran todavía mas atroces que aquellas á que Roma servia de teatro. No nos detendremos en las menudencias que son objeto de una historia particular. El reynado de Juana, hija de Roberto, de la casa de Anjou, es la época mas digna de fixar por algunos instantes nuestra atencion. Los delitos imputados á esta reyna, mas bien débil y ligera que no perversa, y las desgracias que le acarrearon, la pusieron en espectáculo á la Europa. Casada, quizá contra su voluntad, en una edad en que no se puede conocer á los hombres, ni conocerse á sí misma, sabia sin embargo que era reyna, y que Andres, á quien habia puesto á su lado en el trono, no era mas que su marido. Zelosa de los derechos de la soberanía y del poder anexo á su clase, vió con disgusto que Andres trabajase en apropiárselos, y no pensase en que si era rey era por ella. En las altercaciones que esta oposicion produxo, la juventud y la hermosura hubieran dado parciales a la reyna de Nápoles, aun quando no hubiese tenido de su parte la justicia y el interes nacional. Quando la discordia introduce la division en los palacios de los príncipes, se hallan siempre á su lado bastantes cortesanos que encubran sus ideas secretas con apariencias de zelo, y que trabajen para sí mismos, pareciendo que defienden y sirven á sus señores. Los que formaban la corte de Juana, resolvieron descargarla de un marido, cuyo yugo veian tal vez con bastante claridad que le era intolerable. Ahorcáronle en su palacio; lo echaron por la ventana, y lo dexaron algunos dias sin darle sepultura.

Lo que la hizo culpable á los ojos de los que estaban

mas propensos á compadecerse de ella que no á condenarla, es, que ya fuese inclinacion ó solamente imprudencia, se casó al cabo de un año con Luis de Tarento, príncipe de la sangre, á quien probablemente tenian por el homicida de su marido. Esta falta enagenó de ella á sus parientes, amigos y vasallos. Luis, rey de Hungría hermano de Andres, vino á la frente de un exército respirando venganza á pedir la sangre de su desgraciado hermano á los que tan cruelmente la habian derramado. Costó la vida á Cárlos de Durazzo, príncipe de la sangre, uno de los cómplices. Juana escapó, y fué á buscar defensores entre sus vasallos del condado de Provenza, pero no los halló; porque su porte habia puesto las apariencias contra ella, que es por donde los hombres juzgan siempre de la inocencia y del delito. Tuvo pues que comprar la proteccion del papa Clemente VI. dándole la soberanía de Aviñon, en donde los pontífices con toda su corte eran vasallos de los condes de Provenza.

De la primera casa de Anjou no quedaba ya mas que un solo príncipe, llamado tambien Cárlos de Durazzo, como el que el rey de Hungría habia hecho matar. Era heredero de la reyna de Nápoles, y debia sucederla si moria sin hijos. Para tener algun apoyo contra sus enemigos, lo reconoció y adoptó; pero éste príncipe, indigno del trono, pues faltó al reconocimiento y á la humanidad, se convirtió en perseguidor y verdugo de su bienhechora. Urbano VI., uno de los dos papas que disputaban entre sí entónces la silla apostólica, se alió con Durazzo, mediante el principado de Capua, que le dió éste al sobrino del pontífice. Durazzo fué coronado por Urbano, y Juana excomulgada y depuesta; no pudiendo ser socorrida por Othon de Brunswick, su tercer marido, que carecia de tropas y de dinero, adoptó á Luis, conde de Anjou, hermano del rey de Francia Cárlos V., con la esperanza de que acudiria prontamente á su socorro, y que se gloriaria de ser su libertador en agradecimiento del trono á que lo llamaba; pero llegó muy tarde quando ya estaba Juana en poder del ingrato Durazzo. Este príncipe, mas culpable que su prisionera, no tuvo vergüenza de condenarla á muerte en castigo de un delito, que aun quando se hubiese probado, debia borrársele, puesto que era la causa de su exâltacion. La des-

graciada reyna de Nápoles fué sofocada entre dos colchones. Su funesta muerte corresponde al año 1382.

Desde que empuñó Felipe el Hermoso el cetro de Francia el año 1285, hasta el reynado de Felipe de Valois, que subió al trono en 1328, estuvo este reyno casi siempre en un estado floreciente. Conservó y aun aumentó la superioridad que habia adquirido sobre todos los demas estados de la Europa desde los gloriosos reynados de Felipe Augusto y de S. Luis. Si los príncipes que gobernaron á los franceses en el espacio de que hemos hablado tuvieron algunos defectos, si cometieron algunas faltas, ¿con quántas prendas insignes no recompensaron estos defectos propios de la humanidad? Y estas faltas indispensables en la administracion pública ¿con quántas ventajas efectivas y victorias importantes no las redimieron? El gobierno se perfeccionaba, y la potestad regia; al paso que el dominio de la corona se extendia por conquistas y reuniones, adquiria mayor vigor. Fixo el parlamento en París, y arregladas sus funciones, contribuyó esto al buen órden y á mantener la autoridad por lo prudente de sus decretos, por su vigilancia, y por el respeto que infundia la presencia de un tribunal permanente.

Sin embargo hubo guerras que mantener, y por consiguiente sangre derramada, estragos, desdichas para el pueblo, pérdidas para el estado; pero las mas de estas guerras fueron bien manejadas, y se señalaron con victorias decisivas como las de Monsen-Puelle, en tiempo de Felipe el Hermoso, y de Cassel en el de Felipe de Valois. Sin embargo, causaron grandes males, como la alteracion de las monedas y el aumento de los impuestos. Uno y otro excitaron quejas, aunque mas bien se debian atribuir á las circunstancias y á la falta de otros recursos en las necesidades urgentes del estado, que á la codicia de los que lo gobernaban; pero quando el pueblo padece y cree tener razon para quejarse, si el respeto y amor que tiene á sus príncipes le impiden acusarlos, se desquita con satirizar á los ministros, y casi siempre estas invectivas suelen ser calumnias. El fin desgraciado y tan poco merecido de Enguerrando de Marigny, presidente de hacienda en tiempo de Felipe el Hermoso, es de esto una prueba memorable. Hízosele responsable de la disipacion de los

caudales públicos, quando subió al trono Luis Hutin, despues de la muerte de su padre. Por mas que Marigny protestó de su inocencia, el jóven rey, gobernado por Cárlos de Valois su tio, no conocia aun bastante á los hombres, y sobre todo á los cortesanos, para discernir la pasion, que no lleva otro fin que el de sacrificar su víctima al zelo del bien público con que se cubre. Marigny fué condenado á horca por aquel mismo Cárlos, á quien habia convencido de haber tomado las cantidades, de cuyo destino se le pedia cuenta. Es cierto que en adelante reconoció Cárlos de Valois su delito, é hizo quanto estuvo de su parte para repararlo; ¿pero cómo era posible resarcir la muerte injusta de un hombre de bien, y la pérdida tan funesta de un ministro íntegro é instruido, regalo el mas raro y mas apreciable que puede hacer el cielo á los reyes?

El reynado de Felipe de Valois principió con los mas lucidos sucesos; y la Francia, respetada de sus enemigos, se prometia dias mas pacíficos con un príncipe valiente, generoso, y que se mostraba dispuesto á buscar su felicidad en la de su pueblo; pero estos felices principios se eclipsaron muy pronto. El ingles humillado y casi echado del reyno, volvió á presentarse en él baxo de los estandartes de la victoria, y llegó á hacerse en poco tiempo tan fuerte y tan poderoso, que pudo proteger á los rebeldes de Bretaña y de Normandía; apoyar la casa de Montfort, que disputaba la soberanía de la primera de estas dos provincias á la casa de Blois, cuya cabeza era príncipe de la sangre; y fomentar la discordia hasta en la familia real, en donde se habian introducido. Los flamencos castigados de su inquietud y reducidos á la obediencia, se alborotaron de nuevo, y se hicieron mas indóciles que nunca por el manejo del sedicioso Artevello, que infundió por todas partes el espíritu de rebelion que lo dominaba, y que fué en estos parages lo mismo poco mas ó ménos que Rienzi era en Roma; y lo peor todavía fué quando el rey Felipe de Valois hubo perdido lo florido de sus tropas y su mas valerosa nobleza en la sangrienta jornada de Creci el año de 1346. Parece que todas las desgracias á un tiempo se habian conjurado para oprimir el reyno, y que la fortuna de Eduardo III., rey de Inglaterra, iba muy pronto

á hacerlo dueño de él. Sujetó á su dominio á Calés á pesar de la vigorosa resistencia de Juan de Viena, á quien estaba confiada la suerte de esta importante plaza, y el valor con que este fiel gobernador fué ayudado por los moradores. Un año de sitio no apuró la constancia del ingles; quien pensó desacreditar su victoria con una accion bárbara, haciendo perecer en un cadalso á Eustaquio de san Pedro y las otras víctimas, que se habian dedicado con él á la salvacion de su patria; pero vuelto en sí Eduardo despues de pasado el primer ímpetu de su cólera, dió oidos á la voz de su generosidad natural, y excusó poner este borron á su nombre.

Los reveses se sucedieron unos á otros sin intermision. Los ingleses volvieron á entrar en Guiena, y se apropiaron por derecho de conquista esta hermosa provincia, que se les acababa de confiscar en virtud de las leyes feudales. Desoláron todos los paises que hay de la otra parte del Loire, talando los campos, saqueando las ciudades, degollando los habitantes, sin distincion de edad ni de sexô, y no perdonando aun las mismas iglesias. Para colmo de males, un príncipe de la sangre, harto digno por su carácter y por sus acciones del nombre con que se le conoce en la historia, Cárlos el Malo, rey de Navarra, y conde de Evreux, tenia inteligencia con el enemigo, y hallaba en el seno mismo de la Francia otros traidores que lo ayudaban. No referiremos todo el mal que hizo, por solo el gusto de enredar y dañar, ni todos los apuros en que puso al desgraciado rey Juan II., hijo y sucesor de Cárlos de Valois, que entró á reynar el año 1350.

La desgraciada batalla de Poitiers acabó de completar los desastres, y causó general desolacion en toda la Francia, que perdió en ella sus mejores tropas y la flor de su nobleza, siendo ademas hecho prisionero su rey. Eduardo príncipe de Gales, hijo de Eduardo III., rey de Inglaterra, se llevó toda la honra de esta jornada, tan célebre en los anales de las dos naciones. La valentía experimentada del príncipe Francisco, su talento para la guerra, y el valor intrépido que mostró en esta ocasion, dieron aun mayor realce á la gloria del vencedor. Su crédito era ya grande en Europa; pero por esta victoria, y todavia mas por el respeto con que trató á su prisionero, llegó á ser la admiracion de toda

ella. Esta era la segunda vez que el príncipe de Gales cogia en Francia laureles teñidos en la sangre mas ilustre. Eduardo, su padre, habia debido la victoria de Creci á su inteligencia y valor. El rey de Inglaterra habia tomado el título de rey de Francia. Fundaba sus pretensiones á la corona en los derechos de Isabel de Francia, su madre, hija de Felipe el Hermoso; pero los triunfos de su hijo hubieran podido darle derechos mas efectivos, si la providencia no hubiese cuidado de un modo especial de la conservacion del reyno y de la familia de san Luis.

El rey Juan fué llevado á Burdeos, y despues á Londres. Luego que se volvió del espanto que la derrota de Poitiers y la prision del rey habian causado en todos los ánimos, Cárlos, el primero de los príncipes franceses que ha tomado el título de Delfin, empuñó las riendas del gobierno. Dos hombres, igualmente sediciosos y acomodados para unirse en el delito, excitaron en lo interior del reyno alborotos mas perjudiciales que las victorias del ingles. Estos eran aquel rey de Navarra, tan freqüentemente rebelde, y nunca bastante castigado para impedirle las reincidencias, y el prevoste de los mercaderes, llamado Esteban Marcelo, genio violento y audaz, que casi fué en París en estos tiempos borrascosos lo que Rienzi y Artevello habian sido, uno en Roma, y otro en Gante. Otros enemigos del bien público se juntaron con estos; y tenemos el sentimiento de hallar entre ellos un obispo de Leon, llamado Pedro le Coq, hombre fogoso y apasionado, mas á propósito para mandar estas tropas de salteadores, que talaban entónces los campos, que para exercer las funciones pacíficas y santas del sacerdocio. Otro compañero del rey de Navarra y de Marcelo era Juan de Pequigni, gobernador del condado de Artois, mas poderoso por su empleo, y casi tan perjudicial por su índole maligna y el crédito de su puesto, como el obispo Pedro le Coq.

Estos quatro malvados tuvieron la habilidad, á fuerza de enredos y de clamores, de comunicar su espíritu y sus ideas á los estados generales, que lo infeliz de las coyunturas habia obligado al Delfin á convocar. En esta crisis violenta, mostraba el jóven príncipe una madurez superior á su edad. Iba ensayando aquellos raros talentos y prudencia consumada, que le grangearon en adelante el

esclarecido nombre de sabio. Ganó al pueblo con su mansedumbre y afabilidad; á los grandes con su atencion y condescendencia; y aun á los descontentos haciendo unos sacrificios, que la necesidad de las circunstancias le hacian mirar como precisos. El tratado de Bretigni restituyó al rey Juan á su pueblo, aumentando el poder de su enemigo, cuyas pretensiones se hicieron derechos verdaderos, y las usurpaciones propiedad. La quietud se restableció poco á poco; los desórdenes y la confusion fueron á ménos; la autoridad de las leyes intimidó á los delinqüentes, y los salteadores que desolaban las provincias, con los nombres de *Jacquerie y de grandes compañías*, fueron reprimidos ó ahuyentados.

Habiendo vuelto el rey Juan II á Inglaterra, sin que se hayan podido saber de cierto las causas de este viage, murió en él el año 1364, y Cárlos V su hijo tomó posesion del trono. Este príncipe, cuya prudencia habia sobresalido durante la prision de su padre, hecho ya rey, soltó la rienda á su ingenio. Por una constante aplicacion al trabajo, por un gran conocimiento de los hombres y de los negocios, y por la buena eleccion que supo hacer de ministros y de generales, consiguió en poco tiempo restablecer el órden en lo interior del reyno, y recobrar todo lo que los ingleses habian tomado en los dos últimos reynados. Jamas asistió á la guerra personalmente; pero desde su gabinete dirigia las operaciones con tanto tino, que todas las ocasiones se aprovecharon para trastornar los proyectos del enemigo, sacar utilidad de sus faltas, y debilitarlo poco á poco derrotándolo. En un reynado de 16 años casi no hubo otra cosa que victorias; de modo, que el rey de Inglaterra Eduardo III decia de sí mismo, que ningun príncipe habia jamas manejado ménos las armas, ni hecho mas conquistas que él. Su actividad prudente lo preveia todo; y quando le acontecia experimentar algunos reveses, los reparaba tan prontamente, que no se advertian sus pérdidas. Su salud fué siempre muy delicada, de resultas del veneno, que Cárlos el Malo le habia dado siendo Delfin, y á pesar de la eficacia de los remedios que le habia hecho el médico del emperador Cárlos IV; esta causa que no se habia podido desarraigar de todo punto, aceleró su carrera, y murió el año 1380 á los 43 de edad, dexando un nombre inmortal, y un reyno en que ca-

si ya no se descubrian vestigios de las desdichas pasadas.

El reynado de Cárlos VI, cuyos primeros años pertenecen á este siglo, y los últimos al siguiente, nos presentará sucesos mas tristes, y desgracias mas deplorables que quanto hemos visto hasta ahora. Para no dividir las dos partes de esta pintura, lo que seria destruir todo su interes, no nos parece que debemos comenzarla aquí, reservándola toda entera para el tomo V de esta obra, y prefiriendo en esta ocasion el órden de las cosas al de los tiempos, como ya lo hemos hecho en otros.

La historia de Inglaterra está tan ligada con la de Francia, que no hemos podido recorrer los reynados de los príncipes, que dieron leyes á los antiguos franceses en la época en que estamos, sin hablar muchas veces de los que reynaban al mismo tiempo en aquella famosa isla. Eduardo II es el primero que se presenta á nuestra vista, subiendo al principio de este siglo; príncipe cobarde y de entendimiento limitado, que descuidó del gobierno, y se dexó llevar imprudentemente de su inclinacion á los privados, cuya insolencia, avaricia y crueldad formaron sobre sus propias cabezas y sobre la de el soberano las borrascas que lo arastraron con ellos en su caida. Primero Pedro Gabecton, y despues de él Hugo Spenser, lo gobernaron mas bien como dueños que como ministros. Colmólos sucesivamente de honras y bienes, sin atender á las quejas de la nobleza, indignada de ver amontonarse todas las gracias y títulos sobre la cabeza de estos hombres, que la desafiaban con una altanería insufrible. El espíritu de disgusto se comunicó á todos; y habiendo tomado las armas los barones, pudieron muy pronto dar la ley á su soberano. La reyna Isabel de Francia, hija de Cárlos el Hermoso, envidiosa de la autoridad que daba Eduardo á sus favoritos, y sobre todo al jóven Spenser que la maltrataba, abrazó los intereses de los malcontentos. El conde Tomas de Lancastre, príncipe de la sangre, se puso á su frente; y baxo las órdenes de este caudillo tan temible, por su crédito y habilidad, se hizo con tal empeño la guerra contra Eduardo, que apurado este príncipe de tropas y de dinero, se vió obligado á acceder á todo lo que le pidieron. Despues de una série casi continua de sucesos adversos, abandonado de todos el infeliz Eduardo, cayó en poder de sus enemigos que lo pusieron en una cárcel, como si

hubiese cometido los mayores delitos. Despues de haberle hecho sufrir los mas indignos tratamientos, y haberle forzado á renunciar al trono en favor de su hijo, se le hizo morir de un modo cruel, quemándole las entrañas con un hierro ardiendo. Si la reyna no fué cómplice en este delito, no mostró á lo ménos todo aquel horror, que debia infundirle una accion tan atroz, de la qual cogió el fruto por algun tiempo, valiéndose de la autoridad de que se habia apoderado, para satisfacer su venganza y sus demas pasiones.

Pero el jóven rey Eduardo III, que por la renuncia y muerte de su padre habia heredado la corona de Inglaterra, no tardó en conocer los verdaderos motivos del porte de la reyna en los últimos alborotos. Ademas del abuso que continuaba haciendo del poder de que se habia apoderado, su amistad con el jóven conde de la Marcha, Rugero de Mortimer, habian dado ocasion á voces escandalosas que parecian harto fundadas. Por otra parte Eduardo III no obstante ser jóven, anunciaba ya aquel zelo del poder y aquel talento superior, que lo han hecho contar entre los mayores monarcas y mas hábiles políticos. Siendo así el jóven rey, no podia mostrarse indiferente en la deshonra de su madre, ni dexar en sus manos una autoridad de que no hacia uso mas que para hacerse mas culpable; pero quizá él mismo llegó á serlo, llevando muy al cabo la severidad. Es verdad que debia atender al decoro del trono y de la familia real; pero tampoco debia olvidar que se trataba de su madre. Esta princesa, hija, muger, hermana y madre de reyes, fué presa sin atender á su calidad y conducida á una cárcel, en donde permaneció hasta el fin de su vida que duró 18 años todavía. Mortimer, objeto de su cariño, ménos digno de compasion que ella, sin duda porque un vasallo no llega jamas sin incurrir en delito á hacer sospechosa la virtud de su soberana, fué castigado con el castigo de los traidores.

Despues de exercido este rigor, se entregó Eduardo de todo punto á la execucion de sus proyectos ambiciosos. Habia resuelto reunir la Escocia con la corona de Inglaterra, despojándolo á David Bruce, hijo y legítimo heredero de aquel Roberto Bruce, que se habia mantenido en el trono á pesar de las intentonas de Eduardo I. Otro designio que no le preocupaba ménos, era eximirse de la

soberanía del rey de Francia, por lo tocante al ducado de Guiena, y al condado Ponthieu. No es nuestro ánimo seguirlo en las expediciones casi siempre felices, que emprendió contra Escocia y Francia. Nadie ignora que sus armas desolaron estos dos reynos; y que poco delicado en sus máxîmas de política, acabó con enredos y artificios lo que habia comenzado por medio de la fuerza. En medio de sus prosperidades, tuvo Eduardo pesadumbres y desgracias. El célebre príncipe de Gales su hijo, autor ó principal instrumento de sus victorias, fué arrebatado por una muerte anticipada; y el parlamento congregado para tratar de las necesidades del estado, se atrevió á censurar la eleccion de sus ministros y la inclinacion que tenia á una muger que disponia de todo tomando su nombre. Así es como la providencia permite muchas veces, para instruccion y consuelo de los demas hombres, que los príncipes mas absolutos y mas temidos incurran en flaquezas, y les alcancen desgracias al fin de su carrera. Eduardo III. al concluir la suya fué abandonado de todos, y apénas le quedó á su lado un sacerdote que le auxîliase en sus últimos alientos. Murió el año 1377, de unos 64 de edad, y cerca de 50 de reynado.

La Inglaterra estaba apurada, el pueblo cargado de impuestos y descontento. En los últimos años de Eduardo III. se habian dado al olvido sus triunfos, y no se pensaba mas que en lo que habian costado. En estas circunstancias la menor edad de Ricardo II., hijo de este príncipe de Gales, de quien tanto hemos hablado, no podia dexar de ser turbulenta. Sus tios, el parlamento y los gobernadores que le habian puesto, disputaron entre sí la autoridad entre tanto que el jóven príncipe, entregado á los consejos de sus validos, se ocupaba en buscar los medios de sacudir el yugo, y de gozar con independencia de todas las prerogativas de su clase. Este apetito de una dominacion absoluta fué la pasion constante de Ricardo y el orígen de sus desgracias, porque nunca se halló junta en él con la constancia de espíritu y la prudencia de conducta de que necesitaba, para conservar el poder arbitrario, una vez que se lo habia adjudicado. Consiguiólo violando todas las leyes, conspirando contra los fundamentos de la constitucion, y mul-

tiplicando los actos de una voluntad tiránica. De este poder gozó por algun tiempo con bastante quietud. La cárcel, el destierro, la confiscacion y la muerte lo libertaban de todos los que le hacian alguna sombra. Todo lo que se le oponia pasaba por delito de lesa magestad. Las menores quejas se castigaban, y los que llevaban el yugo con la mayor impaciencia, no se atrevian á confiar á nadie sus sentimientos. Embriagado Ricardo con esta plenitud de poder, se miraba como el príncipe que mejor sabia reynar, y solo atribuia á su talento y á su ingenio el imperio absoluto que exercia sobre una nacion acostumbrada á ver que sus soberanos eran los primeros que obedecian á la ley.

Esta presuncion fué la causa de su ruina; porque creyó haberse hecho de tal modo dueño del pueblo por medio del terror, y de los grandes por el abatimiento en que los tenia, que no se atreverian á moverse. Con esta confianza pasó á Irlanda á apagar una sedicion. Los vientos contrarios le detuvieron allí mucho mas tiempo del que hacia cuenta; y entre tanto que esperaba ocasion favorable para volverse á Inglaterra, habiendo tomado las armas los malcontentos, se apoderaron de todas las plazas fuertes, penetraron hasta Londres, entraron sin resistencia, y lo hicieron declarar por depuesto de la corona, como violador de las leyes y de los privilegios de la nacion. Tímido y cobarde en el riesgo, como regularmente lo son los tiranos quando se ven abandonados á sí mismos, no pidió Ricardo mas que la vida reconociéndose indigno del trono, y ofreciendo dexarlo en favor del duque de Lancastre su primo, que con efecto fué proclamado rey con el nombre de Henrique IV. Ricardo II., aquel príncipe tan zeloso del poder arbitrario, degradado y juzgado por sus vasallos, murió en prisiones de muerte violenta, de edad de 33 años, el de 1400, dexando una memoria odiosa y un exemplo terrible del poder que el parlamento de Inglaterra se atribuia sobre sus reyes.

La España católica estaba dividida, como ya lo hemos visto, en 4 reynos, el de Castilla unido con el de Leon, el de Aragon, el de Portugal, y el de Navarra. Los musulmanes poseian siempre el reyno de Granada, y la ciudad de este nombre era el asiento de su poder. Los príncipes católicos estaban divididos entre sí,

y trabajaban en debilitarse mutuamente, como lo habian hecho hasta entónces, con guerras declaradas y manejos secretos. Rara vez se unian contra los infieles, aunque la experiencia les habia enseñado, que siempre que lo hacian, y que obraban entre sí con franqueza, sus armas lograban una superioridad manifiesta; pero ademas de los motivos de política ó de ambicion que los movian á tomar las armas unos contra otros, sin atender á que destruyéndose así por sus propias manos, debilitaban sus estados con poca gloria suya y muchos daños de los pueblos, habia en estos pequeños reynos bandos y tramas perpetuas. Los grandes mas indóciles y mas orgullosos que en ninguna otra comarca de Europa, se rebelaban con el menor pretexto contra sus soberanos. Para entregarse con mas facilidad al espíritu de independencia, que miraban como una de las propiedades de su clase, habian inventado un medio que prueba quanto se ignoraban en aquellos tiempos los derechos sagrados de los príncipes, y las obligaciones inviolables de los vasallos. Quando un grande queria hacer guerra al rey le enviaba á decir, que se retrataba del juramento de fidelidad que le habia hecho, y renunciaba la qualidad de vasallo. Por medio de esta formalidad extravagante se creia libre de todo vínculo, y se adelantaba sin escrúpulo con las armas en la mano contra su príncipe, como si fuese un igual.

No obstante estas guerras intestinas, el poder de los musulmanes en España iba á ménos de dia en dia; y no se necesitaba ser muy hábil en política, para conocer que en la mala inteligencia de los príncipes christianos consistia su principal fuerza. Las victorias de Don Alonso XI., rey de Castilla, y de Don Pedro IV., rey de Aragon, les enseñaron, quanto no hubieran padecido, si los quatro monarcas hubiesen formado una liga permanente, que no se hubiese roto hasta despues de su total destruccion. La mas memorable de estas victorias fué la del Salado, llamada así del nombre de un riachuelo de Andalucía, cerca de Tarifa, ciudad fuerte del estrecho de Gibraltar, que tenian sitiada los infieles, y de la qual querian los christianos impedir que se apoderasen. Los reyes de Castilla y de Aragon pelearon en persona; y el de Portugal, D. Alonso IV., vino á participar con ellos de los peligros y de la gloria. El exército de los moros era de mas

de 400Ⓓ hombres de infanteria, y de 60Ⓓ caballos. El Africa y la España mahometana se habian apurado para reclutar á un tiempo tan prodigioso número de soldados. Los príncipes christianos no tenian mas que 40Ⓓ hombres de infantería, y 8Ⓓ de caballería. Las tropas del exército christiano pelearon con tanta valentía, y los caudillos manifestaron tanto valor, inteligencia y presencia de ánimo, que no pudieron resistir los musulmanes al vigor, y á lo continuo de sus esfuerzos. Afloxaron por todas partes, y dexaron, segun los historiadores contemporáneos, á lo ménos 200Ⓓ hombres en el campo de batalla, sin contar una infinidad de cautivos; siendo así que la pérdida de los christianos no pasó de veinte hombres entre muertos y heridos. Esta famosa batalla se dió el dia 30 de Octubre de 1340. Una victoria tan completa comprada á costa de tan poca sangre, se miró como efecto de la proteccion divina; y así no sin razon se celebra todos los años su memoria en la iglesia de Toledo.

Antes de apartarnos de España, no podemos ménos de hablar algo de Don Pedro I., rey de Castilla y de Leon, con tanta justicia deshonrado en la opinion de la posteridad, con el renombre de Pedro el Cruel. Este príncipe, que juntaba en sí todos los vicios, la mala fe, la barbarie, y la disolucion, fué el verdugo de su familia, el perseguidor de la nobleza y el tirano de sus vasallos. Subió al trono por muerte de Alonso XI. su padre, el año de 1350, de edad de 15 años y medio, y en esta edad tan tierna anunciaba ya las inclinaciones perversas, que llenaron su reynado de delitos y atrocidades. Su primer yerro se lo aconsejó su madre, y se ensayó en derramar sangre humana, haciendo matar á Leonor de Guzman, muger célebre por su hermosura, á quien el difunto rey habia amado, y de quien habia tenido muchos hijos, entre otros, aquel Henrique de Trastamara, tan famoso en la historia de España como en la de Francia. En quanto podia hacer mal impunemente, se burló de la vida de los hombres, y quanta mas sangre derramaba, parecia estar mas sediento de ella. El gran maestre de la órden de Calatrava fué degollado de órden suya, para dar lugar al hermano de su concubina, María de Padilla, doncella tan artificiosa como hermosa, que lo cau-

tivó de tal modo, que le hizo abandonar dos mugeres virtuosas y dignas de mejor marido. Hizo asesinar en su presencia á Don Fadrique su hermano, y Don Juan de Aragon su primo; y la madre de este último, viuda del rey Alonso IV. Blanca de Borbon, su primera muger, á quien tenia en prision hacia 8 años, no pudo escapar de su crueldad. Por último este monstruo que se burlaba de las promesas mas sagradas, degolló por su propia mano al rey de Granada, que era el famoso Barbaroxa, usurpador del trono de los moros en España, que habia venido á rendirle homenage fiado en su salvo conducto. Tanta barbarie y maldad sublevaron contra él á todos sus vasallos, que tomaron las armas para echarlo del trono, que deshonraba de todos modos, porque sus infamias igualaban á su inhumanidad. Henrique de Trastamara, ayudado por los franceses, gobernados por el célebre Beltran Claquin, se presentó á la frente de un exército, y todas las ciudades se declararon por él, y lo proclamaron rey de Castilla. El horror que se habia tomado á Don Pedro no contribuyó menos á esta rebelion, que la victoria ganada al tirano por el príncipe Henrique. Derrotado pues y fugitivo, pero sin ceder un punto de su genio atroz, mandó degollar en Compostela, adonde habia venido á buscar asilo, al arzobispo para apoderarse de sus riquezas. Cargado con este botin, vino á Francia á implorar el socorro del príncipe de Gales, quien lo volvió á sus estados, y lo restableció en el trono, derrotando á D. Henrique, á quien no pudo libertar de esta desgracia todo el valor y habilidad de Claquin. Don Pedro, mas sediento que nunca de la sangre de sus infelices vasallos, y soltando la rienda á su crueldad, no usó del poder que se le habia restituido mas que para sacrificar á su venganza todos aquellos que se habian declarado contra él, ó que sospechaba eran afectos á su hermano. Así luego que Trastamara se presentó otra vez seguido de un nuevo exército, que todavía mandaba Claquin, se volvieron á él todos los ánimos. Don Pedro se dispuso para recibirlo; pero como ya no lo defendia el príncipe de Gales, fué derrotado y hecho prisionero. Llevósele á la tienda de Claquin, adonde llegó inmediatamente Don Henrique, y como si un tirano manchado con tantos delitos como Don Pedro el Cruel, no debiese perecer sino por medio de otro delito,

su hermano luego que entró se echó sobre él, y le dió de puñaladas. Digno fin de un príncipe, cuyo nombre no se puede pronunciar todavía sin horror (*a*).

ARTICULO III.

Desavenencias de Bonifacio VIII. y de Felipe el Hermoso. Fin de estas desavenencias en el pontificado de Clemente V.

Las desavenencias que se suscitaron entre Bonifacio VIII., sucesor del santo pontífice Celestino V., y el rey de Francia Felipe el Hermoso, son unos sucesos famosos, ó por mejor decir, uno de los mayores escándalos de este siglo. Dos fueron las causas de estas funestas desavenencias, en que Roma manifestó poca moderacion y vanas amenazas entre tanto que la Francia le contraponia entereza y razones. Por parte de Felipe, su alianza con el emperador Alberto de Austria, á quien no queria reconocer el papa, y un impuesto que habia cargado á los eclesiásticos por las urgencias del estado, habian indispuesto á Bonifacio contra él; y por parte de este pontífice, la ereccion del obispado de Pamiers hecha sin consentimiento del rey, y el nuevo título episcopal conferido á Bernardo Saisset, que se habia ya hecho sospechoso con sus desvíos y por su poca moderacion, habian ofendido al monarca frances, príncipe de una índole orgullosa y absoluta, que no estaba en ánimo de sufrir que un soberano extrangero viniese á darle la ley en su reyno, mucho ménos un papa, que no se contaba aun entre los soberanos.

Dos sugetos preocupados de este modo uno contra el otro, y ambos igualmente zelosos de su autoridad, no podian ménos de llevar las cosas al extremo, luego que hubiesen hecho y recibido las primeras ofensas. Felipe no ignoraba, en quanto las preocupaciones del tiempo se lo permitian saber, lo que se le debia como á monarca y rey de Francia, y conocia en sí bastante elevacion en su entendimiento, y bastante constancia en su genio para de-

(*a*) Aunque estos hechos constan de la crónica de Don Pedro Lopez de Ayala, no falta quien la mire como parcial, teniendo por mas verídica la de Don Juan de Castro, obispo de Jaen, en que se suponen executados con justicia; de lo qual hablaremos mas adelante.

fender y mantener sus derechos. Bonifacio, imbuido en todas las falsas máxîmas que habian introducido y acreditado sus antecesores, las llevó en la execucion mas al cabo que ninguno de ellos, porque fué todavía mas resuelto en sus empresas, y cuidó ménos de las resultas que podian tener. Su espíritu fuerte y su humor impetuoso no le permitian reflexîonar sobre los procederes á que se arrojaba, y todavía ménos poner los medios que hubieran podido reparar el mal que habia causado. Poco flexíble por naturaleza, y aun por conviccion, se vió en manos de sus enemigos, y para recibir el golpe de la muerte, sin ceder nada de su entereza. Parece que jamas le ocupó lo que habian de pensar de él quando ya no exîstiese; y esta serenidad de alma que conservó en las coyunturas mas violentas, nos mueve á creer, que obraba como si estuviese persuadido que su obligacion exîgia de él este rigor, de que jamas se desprendió. Si fué así, como debemos pensarlo, se le debe tener lástima de que se hubiese imbuido con tanta tenacidad en unos principios falsos y perjudiciales que lo extraviaron; pero mas lástima aun se debe tener á la Francia, en donde excitó tan grandes disturbios, y á la Iglesia cuya autoridad comprometió, atribuyéndose tal vez mas de la que tenia.

Apénas hubo sabido este pontífice que Felipe el Hermoso queria sujetar á los eclesiásticos de su reyno á llevar una parte de las cargas del estado, á proporcion de la hacienda que tenian, quando se juzgó obligado á vengar la honra é inmunidades del clero, contra las quales se imaginó que conspiraba el rey. Esta idea, que no se tomó Bonifacio el trabajo de exáminar, fué el orígen de todo quanto hizo en adelante, para reducir, como él decia, á Felipe á la obediencia que debia á la Iglesia, y á él que era su cabeza, y por quien exercia la plenitud de su poder. La bula *Clericis Laicos*, y todos los raciocinios que el pontífice habia esparcido en ella, con una lógica y estilo dignos de su siglo, estribaban en este fundamento.

No se contuvo en esto Bonifacio, sino como si hubiese querido probar á Felipe, le envió en calidad de legado al mismo Bernardo Saisset, obispo de Pamiers, de quien ya tenia el rey tantos motivos para estar disgustado; genio fogoso y alborotador, que trabajaba en inspirar el espíritu de sedicion á los señores de este distrito. Felipe,

justamente irritado de ver que un prelado de su reyno se hubiese atrevido á encargarse de semejante comision, y á tomar por empeño el executarla, hizo prender á Saisset, y llevarlo á su metropolitano el arzobispo de Narbona, encargado de formarle su causa con arreglo á las leyes canónicas, para entregarlo despues al brazo seglar, y castigarlo como rebelde á su rey.

Este modo de portarse con tanta entereza no era á propósito para sosegar á Bonifacio, que se miró como ultrajado en la persona de su legado. Para rechazar lo que él llamaba un insulto sangriento, dirigió al rey la bula *Ausculta fili*, en donde no usaba de comedimiento, ni en las cosas ni en las expresiones. En ella decia á este príncipe como si fuese una de aquellas verdades incontestables, que nadie se atreve á poner en duda que le estaba sujeto en el órden temporal tanto como en el espiritual; que le debia dar cuenta del uso que hacia de su poder, y que tenia en él un superior establecido por Dios para castigarlo. Concluia mandando á los prelados y demas eclesiásticos del reyno que pasasen á Roma, para acordar con él lo que se debia hacer en las circunstancias presentes. Felipe se irritó sobre manera al leer esta bula: hízola quemar, como un escrito injurioso á su persona y á su dignidad. La execucion se publicó en París á son de trompeta, para que llegase á noticia de todos á un mismo tiempo, así el ultraje hecho al rey, como el modo con que habia empezado á vengarse de él. Habiéndose juntado el parlamento, habló en él el chanciller Pedro Flotte de las intentonas del papa, y de la injusticia manifiesta de sus pretensiones, con una vehemencia que hizo impresion en todos los ánimos. Al mismo tiempo prohibió el rey á los eclesiásticos ir á Roma, pena de embargo de sus temporalidades.

Sin embargo, Bonifacio, mas enconado que nunca, celebró su concilio en Roma, en el que se publicó la famosa bula *Unam Sanctam*. Todavía no se habia visto escrito, por un lado mas extraño, y por otro mas claro, sobre las falsas pretensiones de la corte romana. Bonifacio declaraba en ella sin rebozo que las dos potestades figuradas por las dos espadas, de que se habla en el Evangelio, se han confiado á la Iglesia, esto es, al papa; porque se habia llegado á términos, no solo de no distinguir ya la cabeza de lo demas del cuerpo, y á reconcentrar en el pa-

pa toda la autoridad que la Iglesia recibió de J. C. para gobernarse y perpetuarse, sino tambien de atribuirle, como tambien á la Iglesia, una autoridad que jamas ha pertenecido ni á uno ni á otro, la autoridad directa ó indirecta sobre lo temporal de los reyes. De ahí concluia Bonifacio, que todos los soberanos le estaban sujetos y subordinados; que tenia derecho para exâminar su conducta; reprehenderlos y castigarlos, y que su autoridad sobre ellos se extendia hasta privarlos de sus estados, siempre que los juzgase indignos de reynar.

Una bula en que se sentaban semejantes máxîmas, no podia ménos de excitar en Francia grandes quejas. Los ánimos estaban en una disposicion, que no anunciaban otra cosa que exâsperacion y excesos. Nada se podia ver ni hacer á sangre fria. El papa escribia al rey las cosas mas duras y mas injuriosas: el rey por su parte respondia al papa con baldones sangrientos y términos ofensivos. Olvidábanse igualmente de lo que se debian uno á otro, y todavía mas de lo que se debian á sí mismos. Felipe, excomulgado por Bonifacio, apeló al concilio futuro de todos los autos dados contra él por este pontífice. Todas las clases del estado se pusieron de parte del soberano; obispos, cabildos, universidades, cuerpos religiosos, y aun los mendicantes se adhirieron á su apelacion: verdad es que entre estos últimos, hubo algunos que pusieron varias excepciones á sus escritos de adhesion; pero estas modificaciones se deben mirar como efecto de las preocupaciones que reynaban entónces, y cuya influencia duró todavía mucho tiempo.

En este intermedio Guillermo de Nogaret, caballero Gascon, lleno de zelo por la honra é intereses de su rey, halló medio de pasar á Italia, acompañado de Sciarra Colona, y de penetrar con una tropa de gente escogida hasta la ciudad de Anagnia, en donde estaba el papa, sin que nadie tuviese noticia de su marcha. Los moradores de Anagnia cogidos de improviso, no hicieron ninguna resistencia. Bonifacio fué preso en su palacio, en donde se halló casi solo, porque toda su corte sobrecogida de miedo lo habia abandonado. Nogaret le declaró que tenia órden de llevarlo al concilio, que habia de decidir entre Felipe y él. Colona, que estaba muy sentido del mal que Bonifacio habia causado á su familia, se

acercó furioso, tanto que llegó á darle en el rostro, y aun quizá lo hubiera muerto, si Nogaret no hubiese moderado su furia. Bonifacio tuvo por cierta su muerte; y sin desmentir su carácter, mostró una constancia é intrepidez, que solo inspira á las almas fuertes la presencia del peligro. Tomó sin alterarse las insignias de su dignidad; y subiendo á su trono: muramos, dixo, muramos como pontífice, ya que somos vendidos.

En tanto que todo esto pasaba, vueltos de su primer sorpresa los moradores de Anagnia, y avergonzados de haber desamparado tan cobardemente al papa su compatriota, acudieron á las armas para defenderlo. Como habian tenido tiempo de asegurarse de que los franceses eran en corto número, y de que no llegaban otros para sostener á los primeros, dieron sobre ellos, y los echaron de sus murallas. Libre Bonifacio del riesgo que le habia amenazado, se partió inmediatamente para Roma, en donde murió á pocos dias de haber llegado. Es probable que el resentimiento de los ultrajes que acababa de padecer, y la pesadumbre de ver malogrados sus designios, apresuraron el fin de sus dias, porque no tenia edad de que no se pudiese esperar mas larga carrera.

El cardenal Nicolao Bacosin, que le sucedió con el nombre de Benedicto XI, dió esperanzas de tiempos mas sosegados. Nacido en un estado obscuro, su sabiduría y virtudes lo habian ensalzado á la cátedra pontificia. Piadoso, comedido, amigo de la paz, el deseo de su corazon era restablecer en la Iglesia la concordia y union, que de ella habia desterrado el ansia de dominar. Desde luego puso la mira en Francia, que estaba mas agitada que ninguna otra porcion del cuerpo christiano. La poca docilidad y precipitacion de Bonifacio lo habian enredado todo; la prudencia y moderacion de Benedicto le hicieron tomar las medidas convenientes para repararlo todo. Recibió con las mayores muestras de estimacion y de agasajo á los embaxadores que le envió Felipe el Hermoso, para darle el parabien por su exâltacion; revocó propio motu, y sin preceder ninguna instancia por parte de este príncipe, la excomunion que el papa anterior habia fulminado contra él; por último, restituyó el reyno al estado en que se hallaba ántes que se moviesen las desavenencias; y aun hubiera hecho mucho mas para el restable-

cimiento del buen órden y de la armonía, si no hubiese sido tan corto su pontificado. No se dexó de sospechar de algunos cardenales, que habian abreviado sus dias dándole veneno. El contraste de sus virtudes y de su vida austera con las costumbres licenciosas de ellos, les daba sin duda motivo para temer que intentase reducirlos á su deber; pero esto no basta para acusarlos de un delito tan horrendo.

La mala inteligencia que reynaba ya entre los cardenales, se aumentó todavía mas despues de muerto Benedicto XI., y pasó cerca de un año ántes que pudiesen ponerse de acuerdo sobre la eleccion de su sucesor. En dos parcialidades estaba dividido el cónclave: la una queria un papa favorable á la memoria de Benedicto VIII., y la otra deseaba quien se interesase en los asuntos del rey de Francia. Despues de muchos debates se convinieron ambos partidos en que el uno propusiese tres prelados franceses, capaces de gobernar la Iglesia con prudencia, y que el otro escogeria entre estos tres sugetos el que habia de ser ensalzado al trono pontificio. Beltran de Goth, arzobispo de Burdeos, uno de los tres candidatos propuestos por la parcialidad francesa, fué preferido por los cardenales afectos á la memoria de Bonifacio, porque siendo este prelado vasallo del rey de Inglaterra duque de Guiena, lo creyeron mejor dispuesto que los otros dos para portarse segun sus ideas. Villani, historiador de Florencia, á quien siguen varios AA. contemporáneos y algunos modernos, añade á esta relacion circunstancias que desmienten las escrituras auténticas y el testimonio de los escritores, que han tenido mas proporcion que él para enterarse de la verdad. Así que creemos deber contar entre las fábulas el pretendido ajuste hecho entre Felipe el Hermoso y el arzobispo de Burdeos, y las condiciones á que este subscribió para ensalzarse al pontificado.

Sea como fuere, Clemente V. (que este es el nombre que tomó el nuevo papa), se mostró tan favorable al rey de Francia, y tan dispuesto á satisfacerlo en todo, que los cardenales opuestos á este príncipe se arrepintieron de haberlo elegido. Su primera diligencia fué introducir en el sacro colegio un crecido número de franceses para hacerse dueño de los votos; despues declaró que la

bula *Unam Sanctam* no podria traer conseqüencia ni hacer en adelante el reyno de Francia mas dependiente de la santa Sede, que lo habia estado hasta entónces; pero no alcanzaba esto todavía para mitigar el resentimiento de Felipe. Queria que el papa procediese contra Bonifacio VIII., y obscureciese su memoria; pero Clemente V. que procuraba complacer al rey, sin concederle sin embargo todo lo que pedia, iba dilatando la cosa, con la esperanza de que el príncipe irritado se aplacaria, y que se hallaria modo de apaciguarlo sin comprometer la honra de la santa Sede. Con este fin remitió el papa á exámen los autos de Bonifacio y las quejas de Felipe al concilio que señaló para la ciudad de Viena en el delfinado. Así pues hasta el año 1312 no se concluyeron de todo punto estas largas y reñidas desavenencias. El concilio revocó la bula *Laicis Clericos*, y anuló todos los actos posteriores, que habia multiplicado Bonifacio con tan poco comedimiento contra Felipe y su reyno, pero en quanto á la memoria de este pontífice, nada se pronunció contra ella; ántes por lo contrario despues de exâminadas con madurez las pruebas alegadas por los que le acusaban de heregía, declaró el concilio que no habia dicho ni hecho nada, que pudiese hacerlo sospechoso de haber errado en la fe. Esta decision del concilio de Viena es una prueba irrefragable del derecho que tiene la Iglesia á citar á los papas á su tribunal y juzgarlos.

ARTICULO IV.

Asunto de los templarios. Sentencia pronunciada contra ellos en el concilio general de Viena.

También es uno de los sucesos memorables de este siglo la extincion de la célebre y poderosa órden de los templarios. Estos religiosos militares habian adquirido inmensas riquezas, y alcanzado de los papas una infinidad de privilegios, que los exîmian de qualquiera otra autoridad, que no fuese la de la santa Sede. Ya hemos visto que á poco tiempo de su fundacion los patriarcas de Jerusalen y los otros prelados de las iglesias latinas de Oriente, habian dado contra ellos grandes quejas á los sumos

pontífices. Desde entónces se les acusaba de llevar una vida poco arreglada, de escandalizar á los infieles con costumbres disolutas, de vexar á los christianos y á las iglesias que debian defender, de faltar á la fe de los tratados, aun quando hubiese intervenido la religion del juramento de no dar oidos á ninguna representacion, y de menospreciar la voz de los pastores, que los amonestaban con caridad.

El mal no hacia mas que empeorarse con el tiempo; porque el orgullo y la delicadeza, que son compañeros ordinarios de la opulencia, habian de introducir por necesidad mucha corrupcion y grandes desórdenes entre unos hombres que tenian todas las obligaciones del estado religioso, y que viviendo en libertad en medio del mundo, casi no podian evitar sus peligros, ni dexar de imitar sus costumbres. No puede dudarse que viviesen en libertinage, y que se entregasen á mesas excesivas, que son verdaderos desórdenes en unos sugetos consagrados con votos solemnes al servicio de la religion; pero ¿ eran acaso reos de las prácticas impias, y de las impurezas abominables de que se les acusaba? Este es aun para ciertos críticos de nuestros dias uno de aquellos problemas históricos que quieren hacer pasar por inciertos. Propónense dudas, se acumulan conjeturas y probabilidades para justificar á estos religiosos, que ya se habian hecho reprehensibles desde la época de su fundacion. La causa de su destruccion juzgan hallarla en el genio vengativo de Felipe el Hermoso, á quien dicen que habian ofendido; y en sus riquezas, de que queria apoderarse este príncipe, para reparar el apuro de su erario. ¿Pero no seria por ventura mas justo, y mas consiguiente el pensar que un rey de Francia, un papa, cardenales, prelados, doctores, jueces eclesiásticos y seculares, no habian de haberse concertado para abolir una órden, que no merecia ser destruida, y para castigar con el último suplicio á unos inocentes, solo por satisfacer la venganza y la codicia de un hombre? Supongamos que toda la órden de los templarios no fuese un cuerpo de apóstatas y de impios; que un crecido número de ellos no se hubiesen manchado con las infamias que se habian atribuido á los antiguos gnósticos y á los maniqueos modernos; que entre los hechos de que se les culpó, haya habido muchos absurdos dudosos y aun falsos

si se quiere; ¿dexa acaso por eso de ser cierto que de los procesos hechos contra ellos, no solamente en Francia, sino en todas las partes del mundo christiano, resulta que la corrupcion reynaba hacia mucho tiempo en la órden; que por el abuso de los privilegios, los que la componian habian hecho inútiles todos los medios de correccion empleados para reducirlos á su deber; que la vida licenciosa de un crecido número de ellos se habia convertido en un escándalo público, y que su destemplanza dió orígen á un proverbio que se ha conservado hasta nosotros? ¿Con que todo esto no basta para disolver una órden, que no merece subsistir en la Iglesia sino en tanto que es útil y de buen exemplo?

Sean los que fueren los motivos que impelieron á Felipe el Hermoso á hacerse parte contra toda la órden de los templarios, lo cierto es, que si usó en este asunto de resentimiento y de vivacidad, usó en él el papa de toda la circunspeccion y madurez que pedia un objeto de semejante importancia. El número de los comisarios que nombró para hacer las informaciones y extenderlas, los interrogatorios que se hicieron de órden suya, y que se repitieron en varios parages, la multitud de testigos que se oyeron, las formalidades canónicas que se observaron en todo el discurso del proceso, la eleccion de las personas que se consultaron, y que se tomaron de los canonistas mas instruidos, son otras tantas pruebas de que no queria el pontífice que se apartasen de las reglas; de que no buscaba mas que la verdad, y de que estaba léjos de dexarse llevar de la injusticia por complacer indignamente á Felipe. Este príncipe, desde el punto que se entronizó Clemente V. en Leon el año 1305, le habia comunicado lo que habia sabido por medios secretos tocante á los vicios que reynaban hacia tanto tiempo en la órden de los caballeros del templo; y á las abominaciones de que muchos de ellos se habian hecho reos; y aun volvieron entrambos á conferenciar sobre esto en Poitiers el año de 1307. Es muy de presumir que en el tiempo que medió entre estas dos conferencias, el papa y el rey habian averiguado á fondo cada uno por su parte los hechos de que se les habia instruido, y que les parecieron a entrambos, por las presunciones tan fuertes que concurrian, dignos de tomar las providencias convenientes para conseguir su prue-

ba. Asimismo es probable que estas providencias se concertaron entre ellos, puesto que se vió su execucion de allí á poco.

Tratábase de hacer prender en un mismo dia y una misma hora todos los templarios que habia esparcidos por las provincias del reyno. El secreto es el alma de esta especie de negocios. El consejo de Felipe se manejó de manera que nada se traslució, y el golpe sonó sin que ninguno de aquellos sobre quien habia de descargar tuviese la menor sospecha. Dióse órden á los corregidores y comandantes de tener á su lado gente armada que pudiesen socorrerlos en caso de necesidad; y al mismo tiempo recibieron pliegos sellados, con órden de no abrirlos hasta el dia 31 de Octubre, y de executar puntualmente lo que en ellos se contuviese. Todo esto se obedeció con tanta precaucion como fidelidad; de suerte que en toda la extension del reyno fueron los templarios presos á un tiempo la noche que siguió al viérnes 13 de Octubre de 1307, y llevados á parage seguro, ó custodiados con guardias de vista en sus casas. Los que se prendieron en la capital, fueron inmediatamente interrogados por el comisario de la inquisicion Guillermo de París, del órden de santo Domingo, y confesor del rey. Este principio de proceso duró lo restante de Octubre, y todo el mes de Noviembre. Ciento y quarenta presos fueron preguntados, y todos confirmaron en sus confesiones las acusaciones hechas contra el órden. Estas se reducian á prácticas supersticiosas y sacrílegas, impurezas abominables y excesos de todo género. El papa que temia sin duda que se procediese con demasiada celeridad en un asunto tan delicado, mostró alguna inquietud por lo que pasaba en Francia; y principalmente queria asegurarse de que si en el curso de la instruccion del proceso se adquirian pruebas suficientes para pronunciar sentencia de supresion de la órden, no se habia de mudar el destino de sus bienes, cuyo objeto era socorrer la tierra santa, y proveer á los gastos de la guerra contra los infieles. Habiendo sosegado Felipe al papa en este punto, empezaron cada uno por su parte los comisarios alegados por este último en todas las provincias de Francia, y aun en los otros reynos, la instruccion de este gran proceso.

Los comisarios nombrados por Clemente V. para la pro-

vincia de Sens, en número de 8, pasaron á París el año 1309. El gran maestre Jacobo de Molai, que se habia señalado con hazañas peleando contra los infieles, fué llevado ante ellos. Ya habia sido interrogado por algunos cardenales, que habian hecho proceso verbal de este primer interrogatorio. Luego que se le leyó esta declaracion, rehusó reconocerla, y pretendió que estaba llena de embustes. Sin embargo, convino en adelante en los principales puntos de acusacion. De los 141 que sucesivamente fueron interrogados en la misma forma, todos ménos tres confesaron lo mismo, sin obligárseles á ello con el dolor de los tormentos. Los mismos procesos se formaron en muchas provincias, sobre todo en Troyes, Bayeux, Caen, Ruan, Cahors, Carcasona, y otras ciudades. En todas partes estaban conformes los acusados en unas mismas respuestas sobre las impiedades y abominaciones imputadas á toda la órden.

El rey, para convencer al papa de que no obraba por pasion en este asunto, le envió estando todavía en Poitiers, algunos de los principales templarios, que habian sido exâminados ya en París, ya en otras partes, para que se desengañase por sí mismo de la verdad de los hechos. Habiendo interrogado de nuevo el pontífice á estos caballeros, y otros de la misma órden hasta 72, le causó mucha maravilla saber de su boca las mismas cosas que habian sentado en sus procesos los mismos comisarios. Hizo extender por escrito estas nuevas declaraciones; y quando los acusados se presentaron en pleno consistorio, se ratificaron en ellas públicamente sin negar nada.

Felipe, que ya habia consultado dos veces á la universidad de París, quiso ademas tomar dictámen de toda la nacion; á cuyo fin congregó los estados generales del reyno, convocados en Tours en el mes de Mayo de 1308. En ellos se leyeron todas las informaciones; y en vista de estos autos, juzgaron los diputados de todas las clases que los templarios eran reos y dignos de muerte. Pero hasta el año 1311, y en conseqüencia de una sentencia pronunciada en el concilio provincial de París, presidido por Felipe de Marigni, arzobispo de Sens, no fueron entregados estos desdichados al brazo seglar, y castigados con el último suplicio. Cincuenta y nueve fueron quemados en el campo, detras de la abadía de san Antonio.

Otros fueron condenados á cárcel perpetua, otros á hacer penitencia, y otros por último, que eran los mas, quedaron en libertad. Esta diferencia en la sentencia y en el castigo es nueva prueba de lo prudente de los medios que se tomaron para averiguar los hechos, y conocer con certidumbre hasta qué grado era culpado cada uno de los acusados.

Los comisarios del papa y todos los que trabajaron á su lado en la instruccion de este importante asunto, hicieron quanto la prudencia y la equidad prescriben en semejantes casos, para evitar todo engaño y no dar fuerza de pruebas á unas simples presunciones. Es de derecho natural y de justicia recta suministrar á los acusados todos los medios razonables de defenderse; y esta obligacion no se violó respecto de los templarios. Admitiéronse los instrumentos justificativos que presentaron; se exâminó lo favorable y contrario de ellos en su presencia, y en la de todos los que podian tener algo que decir en favor de ellos; se escuchó con paciencia quanto alegaron los que se llevaron para defensores de la órden, respecto de la naturaleza de las acusaciones y de la qualidad de los testigos; por último se repitieron los interrogatorios y las confrontaciones en quanto se necesitaba para evitar incertidumbres, y dar á las pruebas toda la claridad de que eran capaces. Despues de tantas preocupaciones, no debian temer el papa y el rey, que ni su siglo ni la posteridad los acusasen de haber dado con precipitacion su sentencia, y de no haber hecho quanto estaba de su parte para esclarecer su religion.

Por las informaciones y autos multiplicados de este gran proceso, resultaban quatro artículos principales de acusacion, confirmados por una infinidad de testigos, y por las declaraciones de un crecido número de acusados. Estos eran: 1.º renegar de Jesu-christo al tiempo de su admision en la órden y escupir á la cruz: 2.º entregarse entre sí mismos á los mayores desórdenes, y á las impurezas mas detestables; 3.º adorar una especie de ídolo, que algunos pintaron como una cabeza monstruosa, de un aspecto terrible y con barba larga, y [illegible]arse á otras prácticas impias; 4.º tener estatutos secretos en donde estaban escritos los misterios de la órden, estando prohibido con pena de muerte revelarlos á nadie. Algunos de-

cian que estas horrendas costumbres las habia introducido en la órden un gran maestre, que estando cautivo en poder de los sarracenos, no habia podido alcanzar su libertad, sin haber prometido ántes con juramento que las haria observar por todos los que se admitiesen á la profesion. Otros aseguraban que estos usos sacrílegos no tenian mas antigüedad que unos 40 años.

Todas las sentencias dadas contra los caballeros del templo hasta la celebracion del concilio, que habia señalado Clemente V. para Viena al mes de Octubre de 1311, no tenian otro objeto que á los particulares. Lo que miraba á la órden misma, se habia reservado para la decision del concilio; y en este congreso era en donde se habia de pronunciar definitivamente, si merecia conservarse, ó si la honra de la religion pedia que se aboliese. Habiendo llegado los obispos en número de 300, segun los historiadores contemporáneos, sin contar infinitos prelados inferiores, abades, doctores y diputados enviados de todas las partes del mundo christiano, dió principio el papa al concilio el dia 16 de Octubre con un razonamiento en que expuso los tres objetos sobre que se habia de determinar en el discurso de las deliberaciones. El principal era el asunto de los templarios. Desde esta primera sesion, hasta la segunda, que se tuvo el dia 3 de Abril de 1312, se empleó el tiempo en conferencias, en las quales comunicó el papa á los prelados los autos formados en Francia y en los otros paises, para justificar la verdad de los delitos, de que eran acusados los caballeros del templo, y los agravios que resultaban de ellos contra toda la órden. El exámen y revision de todos estos autos se hizo con la lentitud y madurez que pedian, así la gravedad de los hechos, como la qualidad de los acusados. Este exámen no se concluyó hasta 22 de Marzo, dia en que habiendo llamado el papa en consejo secreto á los cardenales, con muchos prelados de los mas prudentes y doctos, anuló la órden de los templarios, mas bien (dicen los historiadores contemporáneos) por un decreto provisional, que no por condenacion difinitiva, reservando sus personas y bienes á disposicion de la Iglesia.

Esperábase que llegase el rey de Francia, que habia tomado harto interes en el asunto de los templarios, pa-

ra que se concluyese sin su presencia. Pasó á Viena con el conde de Valois su hermano, y sus tres hijos Luis, rey de Navarra, Felipe y Cárlos. Entró en el concilio el dia 3 de Abril, en que se tuvo la segunda sesion. Sentóse en un trono á la derecha del papa, quien comenzó por un discurso sobre el objeto particular de la sesion, que era la sentencia difinitiva de los templarios. Despues publicó la provisional, que habia ya dado contra ellos en el consistorio de 22 de Marzo anterior; hecho lo qual, declaró con beneplácito del concilio, que toda la órden de los caballeros del templo fuese extinguida, y abolida en toda la Iglesia, hasta el nombre y hábito, con prohibicion á todos sus individuos de llevar sus insignias y de perpetuar su instituto baxo de qualquiera forma que fuese; y así fué como se concluyó este gran negocio. La órden de los templarios habia subsistido cerca de dos siglos.

Todavía faltaba que resolver sobre los bienes propios de la órden, que se acababa de extinguir. Este nuevo objeto ocupó al papa y al concilio en la misma sesion. Los dictámenes anduvieron discordes sobre este punto. Algunos obispos propusieron que se empleasen estos bienes en fundar otra órden religiosa para desempeñar de un modo equivalente la intencion de los que los habian dado para que se empleasen en beneficio de la religion. El papa tuvo otro pensamiento, que aprobaron todos los prelados luego que lo propuso. Representó que habiéndoseles dado á los templarios sus bienes para el socorro de la tierra santa, era justo no alterar su destino, y que seria cumplirlo siempre que se pasase su propiedad á los caballeros de san Juan, cuya órden tenia el mismo fin que la de los templarios. El rey Felipe el Hermoso consintió en esta translacion, y se puso en posesion de los bienes de que se trataba á los caballeros de san Juan, llamados entónces caballeros de Rodas, del nombre de esta isla, que habian conquistado á los turcos el año de 1310, en virtud de una bula del papa, y de un acuerdo del parlamento. Siguióse el espíritu de este reglamento en los demas estados católicos, en donde tenia posesiones la órden extinguida. En España se aplicaron á las órdenes militares, cuyo objeto era destruir la morisma, y en Portugal sirvieron para fun-

dar la nueva órden de Christo, cuyo insitituto era el mismo.

El gran maestre Jacobo de Molai habia sobrevivido á la extincion de su órden. El papa nombró comisarios para continuar y sentenciar la causa en la parte que le tocaba como tambien la del visitador de Francia, y de los comendadores de Guiena y de Normandía, el último de los quales era hermano del delfin de Auvernia. Todos quatro habian confesado públicamente los delitos de que se les acusaba; de modo que estaban plenamente convencidos por la deposicion de los testigos, y por su propia confesion; y así los jueces no tenian mas que pronunciar la sentencia. Para este fin hicieron levantar un tablado en el atrio de la iglesia de nuestra Señora el dia 18 de Marzo de 1314. Uno de los cardenales comisionados se enderezó á hablar al pueblo, á fin de disponerlo para la sentencia que se iba á dar, que no era tan rigurosa como lo prometia semejante aparato; reduciéndose á cárcel perpetua toda la pena de los quatro reos. Pero los jueces y demas concurrentes se admiraron sobre manera quando oyeron al gran maestre, y al hermano del delfin de Auvernia reclamar contra esta sentencia, y retractarse formalmente de quanto habian confesado en el discurso de la causa: incidente singular, que determinó á los comisarios á entregar los reos en manos del prevoste de París. Noticioso de esto el rey que estaba en su palacio, congregó su consejo, y en la tarde del mismo dia hizo llevar al desventurado gran maestre, con el comendador de Normandía, á una isla del Sena, donde al presente está la plaza delfina. Allí fueron quemados entrambos, sufriendo con la mas extraordinaria constancia el rigor del castigo, y insistiendo hasta la última boqueada en la retractacion de las confesiones, de que jamas se habian desdicho hasta aquel dia. Su intrepidez en aguantar la violencia de los tormentos, su perseverancia en negar lo que habian confesado ante los jueces, y en protestar de su inocencia en aquellos instantes, en que cesando toda esperanza y temor, sola la verdad exerce su imperio, podrian causar alguna sombra de duda sobre los motivos de su condenacion, si las actas auténticas de este gran proceso que nos quedan todavía, no depusiesen contra ellos y si se descubriese en ellas, bien de parte de Clemente V,

y de Felipe el Hermoso, ó bien de parte de los jueces encargados de la instruccion del proceso, algun vestigio de preocupacion ó rencor.

En todo quanto hemos dicho sobre el asunto de los templarios y sobre las causas de su extincion, hemos seguido las piezas originales que ha conservado el tiempo, y los AA. contemporáneos mas estimados por su exâctitud é imparcialidad. Sobre todo hemos consultado á dos críticos del siglo pasado, ambos igualmente célebres por su profunda sabiduría y talento juicioso, Dupin y Baluzio, que han exâminado este punto de historia teniendo presentes los monumentos mas ciertos, con toda la atencion y sagacidad de que eran capaces. Siguiendo los pasos de semejantes guias, no hemos temido extraviarnos; y pensamos que nuestros lectores tanto como nosotros pueden estar libres de todo recelo. Así por mas que digan algunos escritores modernos, siempre tan propensos á calumniar pontífices y reyes, aunque para ello hayan de desmentir toda la historia; se debe creer que los templarios eran reos de los delitos enormes de que se les habia acusado, y que las dos potestades no hicieron mas de lo que debian, uniéndose para concurrir á su destruccion (a).

(a) Apénas hay asunto mas problemático en la historia, que la causa de los templarios; pues ministrando los mismos hechos, fundamento bastante para opuestos juicios, se hallan divididos los autores de modo, que unos los condenan, otros aun de los mismos franceses, abiertamente los defienden y vindican de los enormes delitos que les imputaban, y otros despues de una puntual narrativa, se retiran perplexos sin atreverse á decision alguna; y por lo mismo no cabiendo en la estrechez de una nota exponer las razones que se alegan, y dieron motivo á tanta diversidad de opiniones; remitimos á los lectores que desean tener una completa instruccion en el particular, al *Resumen historial de sus principios, fundacion, instituto, progresos y extincion en el concilio de Viena*: su autor el excelentísimo señor conde de Campománes; y á la defensa que sobre la causa de los templarios escribió el R. P. M. Fr. Benito Gerónimo Feyxoó. *Cartas eruditas y curiosas tom. I. Carta* 28.

ARTICULO V.

Estado de la iglesia griega y del christianismo en Oriente.

Todavía conservaba la iglesia griega en el siglo XIII algunos endebles vestigios de su antiguo esplendor; y aun hubiera podido acercarse á él por las luces y zelo del patriarca Vecco, si hubiese perseverado en su union con la iglesia latina; pero quando despues de la muerte de Miguel Paleólogo se rompieron estos vínculos mal seguros, desde los primeros tiempos del emperador Andrónico II. vino á parar en estado mas deplorable. El mismo espíritu de cisma que hacia á los griegos tan obstinados en esta aversion á los latinos, ese mismo los dividia entre sí. En el seno mismo de Constantinopla habia muchas comuniones, que se miraban como enemigas, y que se trataban sin ningun miramiento.

Estas divisiones intestinas tenian su raiz en la deposicion de los dos patriarcas Arsenio y Joseph, á quien el emperador Paleólogo habia despojado sucesivamenre de su dignidad; al uno porque rehusaba coronarlo en perjuicio de Juan Lascaris; al otro porque se oponia al proyecto de reunion con la iglesia latina; proyecto cuyo efecto deseaba con ansia Miguel. Entre tanto que estos dos patriarcas estuvieron excluidos de su silla, mirando los eclesiásticos y fieles que les eran afectos, como intrusos á sus sucesores, rehusaron comunicar con ellos y con lo demas del clero que se habia sujetado á estos nuevos prelados. En lo sucesivo fueron restablecidos Arsenio y Joseph; pero no por eso conservaron sus parciales ménos odio contra los que los habian abandonado. Los varios bandos estaban igualmente apartados unos de otros. No contentos con no comunicarse, se acometian, se injuriaban, y se entregaban mutuamente á todos los excesos, que caracterizan el odio mas irreconciliable.

El patriarca Atanasio, hombre duro y violento, que habia subido á la silla de Constantinopla el año 1289, por mediacion del emperador Andrónico Paleólogo, hijo y sucesor de Miguel, no era á propósito para reducir los ánimos. Gobernó su clero con tanta altivez é imperio, que to-

dos se volvieron contra él. El disgusto se hizo general; y para evitar los efectos del odio que se habia grangeado tuvo que escapar. Llamado el año 1304 por el emperador que lo estimaba, porque era tan dócil y tan agasajador con él, como intratable con los demas, no se mostró ni mas afable ni mas humano en su gobierno, ántes por lo contrario, habiéndose juntado el resentimiento de su desgracia con la dureza natural de su índole, usó todavía de ménos miramiento con sus inferiores, que el que habia tenido en los principios. Quejáronse altamente; y haciendose cada dia mas odiosa la persona del prelado, fué á buscar segunda vez su seguridad en el retiro. En el tiempo borrascoso de este patriarca, exâsperados los ánimos y los corazones con sus malos procederes, estuvieron mas distantes que nunca de volverse á unir. Los arsenitas eran los que manifestaban las preocupaciones mas fuertes y el encaprichamiento mas dificil de vencer. Andrónico, que deseaba que se concluyésen estas sensibles disensiones, trabajó quanto pudo por hacerlas cesar. Convocó á los arsenitas, entró pacíficamente con ellos á exâminar las razones con que pretendian justificar su cisma; y á pesar de lo enfadoso de semejante exámen, escuchó con paciencia lo que echaban en cara á sus contrarios, los razonamientos que estos les oponian, y las réplicas tanto de unos como de otros. Sus pretensiones eran exôrbitantes; pero con todo no se les negó nada, porque se sabia que era mas fácil ganarlos por el interes, que convencerlos con razones. Los que hallaron ventajosa para sí su reunion consintieron en ella; pero los que no pudieron conseguir del emperador ni prelacías ni beneficios, se obstinaron en el cisma, ó volvieron á él.

Pero no era este todavía ni el único mal ni el mayor que alcanzaba á la iglesia griega. Es necesario subir mas allá de este siglo, para encontrar la raiz de las turbaciones que la agitaron por mas de 50 años. Llevaba hacia algun tiempo en su corazon el fomento de una heregía, que parecia demasiado sutil para llegar á hacerse jamas vulgar. Ya hemos dicho, hablando de los escritos de Simeon, abad de san Mamas de Constantinopla en el siglo XI, que se habian levantado entre los monges griegos ciertos contemplativos, cuyas ideas sobre la union del alma con Dios tenian mucha relacion con las de los quietistas modernos.

Llamóse á estos monges hesicastos, palabra griega que tiene la misma significacion que la voz quietista. A los principios no formaron secta formal, y el modo como se manejaban no daba indicios de que deseasen perturbar la Iglesia con sus opiniones; pero con el tiempo se hicieron alborotadores y fanáticos, tanto como los mas fogosos sectarios que les habian precedido.

Los primeros hesicastos se gloriaban de ser discípulos del abad Simeon; pero aunque pretendiesen haber bebido su doctrina en sus obras, añadieron á sus máxîmas de espiritualidad tantos sueños, que muy pronto se desfiguraron. Léjos de seguir las huellas de los monges antiguos, tan prudentes y tan discretos en todas sus prácticas, se creian estos nuevos contemplativos mas versados que ellos en las cosas espirituales. No procuraban elevarse á Dios meditando como ellos las grandes verdades de la religion, y alimentándose con la substancia de las santas escrituras; sino que el método que habian inventado, hubiera convenido mejor á unos charlatanes, que divierten al populacho con el fin de engañarlo con mas seguridad, que no á unos hombres enamorados de la hermosura celestial, que buscan en la oracion los medios de unirse con Dios, en quanto es posible, á la criatura racional estarlo acá en esta vida.

Quando estos falsos místicos se ponian en oracion, se agitaban, volvian la cabeza, meneaban los ojos de un modo indecente, y hacian esfuerzos increibles para excitar en sí aquella turbacion y conmocion que se experimenta quando la cabeza ha recibido impresiones violentas. A esto llamaban desasir el alma de los objetos visibles, imponer silencio á las pasiones, y elevarse sobre todas las cosas criadas. Con la violencia de estos movimientos se les turbaba la vista, y los objetos que al principio se le habian confundido, parecia que despues se alejaban y desvanecian. Entónces ya no tenian mas que unas sensaciones confusas, á las quales no correspondia ninguna idea clara, ni ningun pensamiento fixo. En este estado, comprimido su celebro con los vasos sanguinos que se habian hinchado, imprimian en las fibras nerviosas aquellas vibraciones prontas y vivas que hacen ver luces semejantes á los relámpagos. La imaginacion se calentaba tambien, y venia á juntar sus fantasmas con las ilusiones de los sentidos. Entón-

ces tenian aquellos resplandores por una luz celestial, y los miraban como un rayo de la gloria de los bienaventurados. Para colmo de extravagancia, creian que mirándose al ombligo se les presentaba esta luz divina.

En los principios se trató de visionarios á estos pretendidos alumbrados: desprecióseles, y se les dexó entregarse á sus sueños en lo interior de sus retiros. En esta obscuridad permanecieron hasta principio del siglo XIV., que un monge del monte Athos, llamado Gregorio Palamas, que habia renunciado honores y fortuna por darse á la vida contemplativa, adoptó las reglas que habia dado el abad Simeon para guiar á los místicos en la vida interior, se llenó de las ideas que los hesycastos habian añadido á ellas, y empleó todo su entendimiento y alcances para acreditarlas. Escribió sobre estas materias delicadas, en que la ilusion toca de tan cerca á la verdad. Exâminó la naturaleza de esta luz, que descubrian los contemplativos en su ombligo; pretendió que era la misma luz que se habia dexado ver en el monte Tabor; que era increada, eterna, incorruptible; que sin ser la misma esencia de Dios, dimanaba inmediatamente de ella; por último, que esta era una operacion de la divinidad, su gracia, su esplendor, su gloria inmortal, que se comunicaba á las almas desprendidas de la materia y los sentidos. Habiéndose esparcido los escritos de Palamas, salió de su primera obscuridad la secta, cuyos principios habia desentrañado. Los que pasaban por mas versados en el arte divino de la oracion, hicieron prosélitos, y tuvieron muy en breve un crecido número de discípulos y de seqüaces llenos de zelo, en el clero, en el pueblo, entre los obispos, y aun en la corte, en donde no se daba acogida á las novedades con ménos ansia que en qualquiera otra parte.

Los palamitas que es el nombre que se dió á los nuevos místicos, despues que Palamas se hizo su caudillo, no fueron aprobados por todos, ni su doctrina tocante á la luz increada dexó de tener contrarios. El que se distinguió mas en esta disputa, cuyo fondo era tan frívolo, fué un monge de Calabria, llamado Barlaam. Impugnó fuertemente la opinion de Palamas y de sus discípulos; defendió que la luz del Tabor era criada, y que la bienaventuranza de los santos en el cielo no consistia en gozar

de esta luz. Este tuvo tambien parciales, y desde entónces se encendió una reñida guerra entre los dos caudillos y los dos partidos que se habian acogido baxo de sus banderas. El de Barlaam era el ménos numeroso y el ménos protegido. Otro monge, llamado Acyndino, se juntó con él contra los defensores de la luz increada. Ambos peleaban con igual teson. Pretendian hacer ver que los palamitas admitian muchas deidades, dimanadas de la deidad primitiva y substancial, puesto que reconocian muchos seres increados. La razon y la autoridad de los antiguos estaban por Barlaam; pero Palamas tenia de su parte el mayor número y el favor.

En disputas de este jaez regularmente hace importantes las qüestiones controvertidas el enardecimiento de los ánimos, mas bien que el mérito del objeto. Esta de que se trataba entre Palamas y Barlaam, pareció digna de toda la atencion de los primeros pastores. No se creyó que pudiese ser una cosa indiferente el enseñar que la luz del Tabor y la que iluminaba á los palamitas en sus éxtasis fuese increada ó criada, eterna ó accidental, emanada de la esencia divina ó extraña de ella. Pensóse que no convenia dexar indecisa la cosa, sino que era importante para el bien de las almas y la pureza de la fe, el sentenciar entre dos opiniones, de las quales una precisamente habia de pertenecer á la verdad, y otra al error.

El patriarca Juan de Apri congregó dos concilios en la ciudad imperial, el uno el año 1341, y el otro el de 1345, para decidir la disputa. Barlaam se presentó en el primero, y Acyndino en el segundo; y aunque apretaron á sus contrarios con tanto vigor como sutileza, no por eso se declaró en su favor la victoria. Decidióse que la luz del Tabor era increada y divina, y sin hablar de la que veian los palamitas en sus piadosos enagenamientos se impuso silencio á entrambos partidos, y se prohibió con pena de excomunion el acusar de heregía á los monges del monte Athos y sus discípulos, por causa de las prácticas á que estaban dados, y de las opiniones que seguian.

Ensoberbecidos con esta doble victoria los palamitas, no pusieron límites á sus pretensiones, y quisieron convertir ó sujetar á todos los que hasta entónces no habian pensado como ellos. Este es el paso regular de todas las

sectas: sí débiles y obscuras en sus principios se les quiere reprimir, claman injusticia y persecucion: si han hecho algun progreso, y llegado á gozar de algun crédito, procuran engrandecerse y dominar; y por último, si por el favor y el artificio han conseguido el dominio, entónces persiguen. Los discípulos pues de Palamas siguieron las pisadas de todos los sectarios que les habian precedido. Extendieron por todas partes sus escritos; se jactaron de ser ellos solos los que tenian las llaves de la ciencia y el secreto de la verdadera piedad; se introduxeron en las familias para hacer prosélitos; pintaron á Barlaam y á sus parciales como enemigos de la virtud, impios, que blasfemaban contra Dios y sus divinas operaciones. Como la novedad agrada siempre, se les dió oidos, y á poco tiempo no se veian ya en la ciudad imperial mas que entusiastas que oraban sin cesar, con los ojos clavados en el ombligo, esperando la gloria del Tabor. Todo se dexaba por entregarse á este exercicio. Las artes y oficios iban descaeciendo, las varias funciones de la vida civil estaban abandonadas, las familias se hallaban en confusion, las mugeres y los niños carecian de todo; entre tanto que los maridos y padres hacian ridículos esfuerzos para merecer gozar, como una infinidad de otros, de la luz increada, objeto de todos sus deseos: Constantinopla en fin estaba llena de turbacion y confusion.

El patriarca Juan de Apri no pudo ver sin sobresalto estos excesos de los palamitas, que á nada ménos conspiraban que á trastornar toda la sociedad. Primero hizo quanto pudo valiéndose de amonestaciones y avisos para contenerlos; pero conociendo ellos sus fuerzas y la multitud de sus parciales, no cedieron, ni á sus exhortaciones, ni á sus órdenes. El patriarca no vió pues otro remedio contra esta epidemia, que echar á los que la propagaban. Congregó un sínodo, compuesto del patriarca de Antioquía y de muchos obispos, en el que se condenó á Gregorio Palamas, sus opiniones, y tambien á sus seqüaces. Esta ignominia de los palamitas no fué mas que pasagera. Valiéronse del crédito que tenian para vengarse de la afrenta que se les acababa de hacer. El patriarca Juan fué su primera víctima. Hiciéronlo deponer en un concilio, cuyos miembros todos eran de su secta;

y poco faltó para que pusiesen en su lugar al mismo Palamas; pero habiendo encontrado demasiadas dificultades en este proyecto, tuvieron á lo ménos poder para hacer elegir á Isidoro, obispo de Monembasa, su amigo, y consiguieron de este modo un triunfo completo contra sus contrarios. Algun tiempo despues fué ensalzado Palamas á la silla de Tesalónica. La emperatriz Ana, viuda de Andrónico Paleólogo y Juan Cantacuzeno se mezclaron en estas disputas, porque el gobierno se hallaba en circunstancias en que creia poder sacar alguna utilidad de los palamitas, por causa del crecido número de ellos.

Los parciales de Barlaam y de la luz creada murmuraron altamente contra todo lo que acababa de hacerse. La promocion de Isidoro y de Palamas les parecia insufrible; porque esto era, decian ellos, trastornar las reglas y menospreciar los cánones que prohibian ensalzar á obispos á quien los sínodos habian condenado. Acusaron á los dos nuevos prelados de blasfemia y de heregía; les imputaban admitir dos deidades, y profesar una doctrina, evidentemente reprobada en el evangelio; y en conseqüencia de todos estos agravios, cuya prueba prometian dar, se separaron de la comunion del patriarca Isidoro. Este paso ruidoso aumentó la conmocion de los ánimos, y renovó en la iglesia de Constantinopla, ya tan alterada, las turbaciones que se habian tanteado apaciguar. Congregóse nuevo concilio, que era el quinto que se celebraba sobre este asunto. El emperador Juan Cantacuzeno asistió á él, y se hubo mas bien como teólogo, que como príncipe. Él mismo expuso al congreso los puntos de doctrina sobre que tenia que deliberar; se hizo cargo de todas las razones, ó por mejor decir, de todas las sutilezas, en que ambos partidos apoyaban sus opiniones, y manifestó una erudicion, que no parecia poderse esperar de un príncipe. La resulta de todo este grande aparato fué la condenacion de Barlaam, de Acyndino, y de sus parciales. Decidióse que las órdenes conferidas á Isidoro y á Palamas eran válidas; que su doctrina era ortodoxâ; que la luz del Tabor era increada, y que aquella de que los nuevos contemplativos gozaban en la oracion, era, como ésta, una emanacion de la esencia divina. Despues de esta decision triunfaron sin obstáculo los palamitas, y persiguieron impunemente á

quantos rehusaron comunicar con ellos, y aprobar sus opiniones. Esta extraña secta se fué perpetuando de siglo en siglo, aunque con el tiempo llegó á ser ménos numerosa, y de menor poder. Con todo, hay quien asegure que entre los monges griegos de nuestros dias exîsten todavía muchos que no estan ménos encaprichados con estas visiones, que los del siglo XIV.

Viendo al emperador presidir concilios, y hablar como teólogo en las juntas de obispos, se renueva sin duda lo que hemos dicho en otra parte acerca del poder arbitrario que exercian los soberanos de Constantinopla sobre todas las clases del clero nacional. No se deshicieron de esta autoridad despótica, que ensalzaba y disponia á su arbitrio de los prelados. Por esta causa se vió en la época de que tratamos la primera silla de la iglesia griega sucesivamente ocupada por un Niphon, hombre sin letras, de una ignorancia intolerable en un lego, y que aun no sabia escribir; por un Geraismo, viejo simple, incapaz de hacer nada por sí solo, y no ménos ignorante que cobarde; por un Isaías, monge del monte Athos, ageno de ningunos cónocimientos; y por mucho tiempo excluido de las órdenes sagradas por sus delitos; y por algunos, en fin, igualmente indignos de un puesto tan sublime. Lo mismo sucedia á proporcion con las otras sillas episcopales en las ciudades que dependian todavía de los emperadores griegos. Colocábase en ellas á hombres ignorantes, viciosos, indolentes, que no tenian otro mérito que la docilidad; que jamas sabian resistir, y á quienes en ningun caso se les veia preferir la desgracia, quando es inseparable de la obligacion, á los favores comprados con una baxeza.

Si el estado de la iglesia de Constantinopla, y de las que dependian de ella, apénas se podia comparar con aquellas ruinas que representan todavía la antigua magnificencia de los edificios, de que son tristes vestigios, no era ménos deplorable el de las otras iglesias de Oriente. Miéntras que los emperadores, ministros, clero, grandes y pueblo se interesaban en unas disputas frívolas; que se congregaban concilios, y que se disertaba en ellos con gravedad sobre la luz del Tabor; talaban los turcos, sujetaban, se hacian dueños de todo, y echaban el christianismo de todos los lugares, en donde el culto de Mahoma no habia tenido entrada todavía.

El patriarca de Alexandría estaba desterrado, el de Jerusalen habia sido echado de su silla, y la de Antioquía estaba vacante. Ya hemos observado que en la sucesion de estas grandes sillas habia mucha duda y obscuridad. Los huecos que se encuentran en ellas interrumpen su serie, y es imposible llenarlos. Donde quiera que dominaban los turcos, que era desde el Eufratres hasta el Nilo, desde las fronteras del Arabia hasta las orillas del mar de Levante, gemian en opresion los christianos. Divididos en varias sectas, ignorantes y groseros, arrastraban sus cadenas en el oprobrio, y el envilecimiento. La esclavitud y la miseria les habian hecho degenerar de todos modos, y los mas no seguian el culto de sus padres sino por costumbre, sin luces y sin instruccion.

En medio de estas agitaciones y pérdidas, que no cesaban de tener los griegos, causadas por el acero de los otomanos, volvian á menudo sus soberanos la vista hácia el Occidente para lograr de allí socorro contra los terribles enemigos que los acosaban por todas partes; pero estos socorros no podian esperarlos, en tanto que perseverasen en el cisma que los separaba de la iglesia latina. Vióse pues con admiracion al jóven Andrónico, cuyo abuelo habia destruido quanto el emperador Miguel habia hecho por la union, volver á este negocio el año 1379, y entrar de nuevo en negociacion con el papa Benedicto XII. El medio que sus enviados propusieron al pontifice, fué juntar un concilio general, al que los quatro patriarcas de Oriente, y los obispos de las principales sillas enviarian sus diputados. En este concilio decian que se exâminarian pacíficamente todos los puntos en que andaban discordes las dos iglesias, y prometian que dada una decision, á que en concilio pleno hubiese precedido semejante exámen, se sujetarian los obispos, y reducirian los pueblos á la unidad. Respondióseles que todo esto se habia hecho en el concilio general de Leon: que la union de las dos iglesias se habia consumado en él con consentimiento de sus príncipes y prelados; que no se podia á cada paso volver á los mismos objetos; y ademas, que el dogma de la procesion del Espíritu Santo no debia sujetarse á exámen, porque la fe no se pone en compromiso. Esta respuesta contenia todo quanto podia decirse sobre el nuevo proyecto de union; no tuvo otras resultas, y las co-

sas se quedaron en el mismo estado en que estaban desde la muerte de Miguel Paleólogo.

La emperatriz Ana, viuda de Andrónico el Jóven, renovó la negociacion con el papa Clemente VI, siendo su verdadera mira el conseguir socorro contra Cantacuzeno, que habia tenido que tomar las armas para defenderse. Ofrecia abrazar la doctrina y ritos de la iglesia romana, si el pontífice y los príncipes latinos le ayudaban á triunfar de sus enemigos. Las circunstancias no permitieron proseguir este negocio, ni celebrar el concilio que pedian los griegos, y que habia concedido el papa; pero habiendo sido favorables á Cantacuzeno los acontecimientos, y puéstole en el trono su buena conducta, pareció que entraba de buena voluntad en el proyecto de union que habia repetido la emperatriz madre, y á este fin envió diputados á la corte del mismo pontífice, quien los despachó tambien para Constantinopla. Acordaron por una parte y otra los medios que habia que tomar para conseguir esta union tan deseada y tan dificil de concluir; que siempre eran la celebracion de un concilio, adonde los patriarcas enviarian sus diputados, y en el qual se volverian á exâminar los objetos en que tanto costaba á las dos iglesias quedar de acuerdo. Pero esta nueva negociacion no tuvo otras resultas que la antecedente, sin duda porque los latinos no podian consentir en exâminar de nuevo unos puntos de doctrina que miraban, no sin razon, como decididos por sentencia de la Iglesia, y por la fe de todos los siglos. Que vengan aquí los griegos, decian ellos, á instruirse, á aclarar sus dudas, conferenciarémos gustosamente con ellos; pero si pretenden juzgar lo que no puede serlo ni por ellos, ni por nosotros, no se espanten de que nos neguemos á recibirlos.

El asunto de la reunion se volvió á tratar el año 1369, en tiempo del emperador Juan Paleólogo: y la franqueza que este príncipe manifestó en todos sus pasos, anunció mas solidez que la que se habia hallado en todo quanto se habia hecho hasta entónces. Pasó en persona á Occidente, y fué á Roma, en donde lo recibió el papa Urbano V. con las honras debidas á su clase y señales de un verdadero cariño. Entregó al sumo pontífice una profesion de fe, firmada de su mano, y sellada con su sello, en la que confesaba en términos claros y precisos la procesion del Espí-

ritu Santo, segun la cree la iglesia romana, las penas del Purgatorio, la oracion por los difuntos, la vision beatífica de que gozaban las almas enteramente purificadas, inmediatamente despues de la muerte, los siete sacramentos, lo válido del sacrificio eucarístico ofrecido con pan ázimo, la primacía de la iglesia romana, y la plenitud de la potestad espiritual, residente en los sucesores de san Pedro en la silla de Roma: esta declaracion concluia con una renuncia expresa del cisma, y una protesta de vivir y morir en la fé católica. Juan Paleólogo habia comunicado esta declaracion á los cardenales que habia nombrado el papa para conferenciar sobre ella con él. Habiéndola leido los comisionados, quedaron satisfechos; y Urbano lleno de regocijo admitió al emperador á su comunion. La ceremonia se hizo con un grande aparato. El papa, vestido de pontifical, y rodeado de todos los prelados de su corte, estaba sentado en un trono puesto en las gradas de la iglesia de san Pedro. El príncipe griego, adelantándose hácia él, hizo tres genuflexîones; y habiéndose acercado despues, le besó los pies, las manos y la boca. Hecho esto, se levantó el papa, cogió al emperador de la mano, y entonó el *Te Deum*: entraron juntos en la iglesia, en donde celebró misa el pontífice en presencia de un crecido número de griegos, y de un gentío inmenso que bendecia á Dios, derramando lágrimas. Pero no habiendo sacado Paleólogo de su sumision toda la utilidad que esperaba, no hizo nada, quando estuvo de vuelta en Constantinopla, para consolidar el tratado de union que habia jurado observar hasta la muerte y del mismo modo su hijo Manuel, que vino como él á Occidente á implorar el auxîlio de los príncipes latinos, escribió en adelante contra el dogma de la procesion del Espíritu Santo. Por lo dicho se ve que todos los pasos dados para cortar el cisma eran efecto del temor á los turcos; y de una política puramente humana; y siendo poco sinceros y con ideas de interes, no es extraño que hayan tenido tan mal éxîto.

ARTICULO VI.

Estado del christianismo en todas las naciones de Europa.

El cuerpo christiano habia por precision de participar de los infelices efectos de las turbaciones y disensiones que agitaban casi á todos los estados de la Europa. Sin embargo por la historia de este siglo, así como por las edades antecedentes, vemos que la luz, el fervor, la regularidad, el zelo de la religion, y la práctica de las buenas reglas, se conservaban en Francia mas que en ninguna otra parte. El esplendor de la iglesia galicana se acrecentó en esta época con la ereccion de un crecido número de obispados, y con la creacion de una nueva Metrópoli. El obispado de Tolosa era sufragáneo de Narbona; y el papa Juan XXII. lo separó para formar la nueva metrópoli; pero concediendo este honor á la silla de Tolosa, dividió su diócesis en cinco partes, de las quales quatro formaron el distrito de otros tantos obispados nuevos, que erigió en su territorio demasiado dilatado y poblado, para que un obispo solo pudiese gobernarlo con atencion, y cumplir puntualmente con todos los ministerios espirituales. Las quatro nuevas diócesis que sacó de él, fueron las de Rieux, de Lombez, de san Papoul y de Montalban. El pontífice mismo desmembró tambien la diócesis de Narbona, sacando de ella los obispados de Alet y de san Pons. La diócesis de Castres se tomó tambien de la de Albi, cuya silla no estaba todavía en la clase de las metropolitanas. Los obispados de Agen, de Perigó, de Clermont, y de Rhodas, divididos en dos por el mismo pontífice, dieron territorio á los de Condom, de Sarlat, de san Flour y de Vabres, que erigió poco tiempo despues. Tambien dividió en tres la diócesis de Poitiers, y en las dos porciones que separó, halló con que formar las de Luzon y de Maillezais. Esta última silla se ha trasladado á la Rochela á mitad del siglo XVII. Por último Juan XXII. sacó la diócesis de Tulles de la de Limoges, y dió obispos á las ciudades de Lavaur, y de Mirepoix.

Es de advertir que los mas de estos nuevos obispados

eran ántes abadías antiguas ó prioratos, al rededor de los quales se habian formado con el tiempo ciudades y pueblos considerables. Esta es una observacion que ya hemos hecho para manifestar que las órdenes monásticas no han sido de tan poca utilidad á la sociedad, como ciertos autores políticos de nuestros dias quisieran persuadirlo á los que no tienen conocimiento de la antigüedad mas que por sus escritos. No es malo repetir semejantes reflexîones, siempre que los hechos con que estan ligadas nos las recuerden. Quando los papas convertian de este modo los monasterios en obispados, alcanzaban primero á este efecto el beneplácito de los príncipes sobre todo en Francia. No podemos casi dudar que Juan XXII. haya usado de esta diligencia prévia respecto de los reyes de Francia. Conjeturámoslo por una de sus cartas á Felipe el Largo, en la qual reconoce la necesidad que tiene de su consentimiento para este linage de operaciones. Sabida cosa es quán agraviado se sintió el rey Felipe el Hermoso por la ereccion del obispado de Pamiers, hecha por Bonifacio VIII., sin haber dado él su aprobacion; y el tono alto con que reclamó los derechos de su autoridad ofendida, y las funestas disensiones que acarreó este negocio. Juan XXII. se hubiera expuesto temerariamente á renovar esta larga disputa, si hubiese imitado la imprudente precipitacion de Bonifacio. El derecho de los soberanos por lo que mira á este objeto, es indisputable, y nunca se ha permitido en Francia que los papas se atreviesen contra él. Sin embargo, Juan XXII. se explica en términos absolutos en la bula que expidió para el desmembramiento de la diócesis de Tolosa, y la formacion de las quatro nuevas diócesis que sacaba de su distrito. Pero este modo de hablar se debe atribuir á las ideas que se habian formado los papas de su poder, y al cuidado que ponian en no hacer nada que pudiese ser contrario á sus pretensiones. Aunque las cosas hayan variado mucho desde el tiempo de Bonifacio VIII. y de Juan XXII., ¿no se han conservado todavía en muchos despachos de la cancelaria romana expresiones relativas á estas antiguas preocupaciones que ya no subsisten? En el dia de hoy solamente se miran como unas fórmulas de estilo, que no traen ninguna conseqüencia; y aun en Francia siempre se toman

prudentes precauciones para impedir que jamas puedan perjudicar á la autoridad del rey, ni á las máxîmas del reyno.

En el segundo año del reynado de Felipe de Valois, tio y sucesor de Cárlos el Hermoso, que murió sin hijos varones, se movió entre los ministros del rey y el clero una altercacion, de que es necesario hablar aquí, porque influyó mucho en los tiempos posteriores. Su objeto era la distincion de las dos potestades, y los límites de la jurisdiccion eclesiástica; materia delicada, que casi entónces no se podia disputar por falta de conocer los verdaderos principios; pero no era poco para el tiempo percibir su necesidad, y sospechar de su exîstencia. Los ministros de la justicia real se quejaban de que los jueces eclesiásticos usurpaban sus derechos, que eran los del rey mismo; los acusaban de atraer todos los negocios á su tribunal, ó por espiritu de dominar, ó por codicia; y de dar á la autoridad espiritual una extension y unos efectos que no corresponden sino á la potestad temporal. Estas quejas las llevó á los pies del trono Pedro Cugnieres, abogado del rey, magistrado zeloso del buen órden, pero que no tenia mayor conocimiento sobre el objeto de que se trataba, que el que correspondia á su siglo. Felipe de Valois convidó á los obispos á que viniesen á su lado; y con efecto acudieron en número de 20 para defenderse de los ataques de Pedro de Cugnieres, y mantenerse en la jurisdiccion que exercian. Sobre este punto se tuvieron muchas juntas, tanto en París, como en Vincennes, á presencia del rey y de su Consejo. El defensor de la justicia secular habló en la primera de estas juntas con la eloqüencia y erudicion del tiempo. Insistió mucho sobre la distincion de las dos potestades, artículo de que no se dudaba; pero no tenia bastantes luces para establecer principios ciertos y claros, determinar la naturaleza de ambas potestades, dar una idea precisa del objeto que las distinguen, y fixar los límites que las separan. Pedro Rogero, nombrado para el arzobispado de Sens, y Pedro Bertrandi, obispo de Autun, hablaron en favor del clero; se desviaron todavía mas del asunto principal, y se apartaron aun mucho mas de la qüestion que tenian que tratar. Detuviéronse, y se extendieron en raciocinios vagos, en citas mal

elegidas y en alegorías, que no probaban otra cosa que la falta que habia de nociones justas, y de máxîmas constantes sobre la materia que se agitaba. Así que el punto no se trató á fondo, ni por el que hacia la parte de los ministros del rey, ni por los oradores del clero; y por consiguiente nada se decidió. El rey se contentó con exhortar á los obispos á corregir los abusos de que se quejaban; añadiendo, que si no lo hacian, él los remediaria. "Esta disputa, dice el célebre presidente Hainault, »es el fundamento de quantas se han movido despues to»cante á la autoridad de ambas potestades, y cuyo efec»to ha sido reducir la jurisdiccion eclesiástica á límites »mas estrechos. Pudiérase señalar todavía otra causa, aña»de el mismo escritor, y es, que los obispos empezaron »entónces á descuidarse de convocar los concilios de »sus provincias, en que junto el cuerpo eclesiástico to»dos los años, se mantenia en su primer vigor entre »tanto que los parlamentos, que habian llegado á fixarse, »afirmaban su autoridad no separándose jamas" Al tiempo de estas altercaciones entre los ministros reales y el clero se hace subir la introduccion de la *apelacion como de abuso*, cuyos principios, dice el mismo presidente Hainault, son mas antiguos que el nombre.

La jurisdiccion de los eclesiásticos no se extendia ménos en Inglaterra que en Francia; y aun los derechos, tanto de obispos y arzobispos, como de los arcedianos, eran mas considerables, y de mayor lucro. No es extraño que su poder y las riquezas, de que era orígen, hayan excitado la envidia de los legos; pero no se puede negar que se habian introducido enormes abusos en el exercicio de esta jurisdiccion, y que considerado así, merecia la atencion del príncipe y de sus ministros. Los arcedianos llevaban consigo en sus visitas una comitiva numerosa; lo que era muy gravoso para las iglesias rurales, y para los que las servian. Los oficiales por su parte multiplicaban los procesos, hacian durar los asuntos por caprichos ó por interes, sentenciaban por lo comun sin exâmen, y se descargaban de una parte de sus funciones en unos delegados ignorantes y codiciosos, que no consultaban ni reglas ni equidad. Propusiéronse remedios, la mayor parte violentos; y por esto mismo mas perjudiciales que el mismo mal. Pero el rey Eduardo III.,

de quien hemos hablado ya, príncipe hábil y perspicaz quiso mas bien dexar las cosas como se estaban, que n quitar á los eclesiásticos, conforme se le instaba, lo grandes bienes de que gozaban, para dárselos á unos señores legos que habrian hecho todavía mas mal uso que ellos.

Los papas sacaban sumas quantiosas del rey..o de Inglaterra, ademas del antiguo tributo, llamado el dinero de san Pedro, que cobraban hacia muchos siglos. Juan Sin-Tierra se habia tambien sujetado á pagarles otro del que se debian algunos años atrasados en tiempo de Eduardo II. El papa Juan XXII. pidió que se le pagasen, y el rey tomó plazos para satisfacer esta deuda. Eduardo III., su hijo, no condescendió tanto con Clemente VI.; verdad es que el motivo era diferente, pero tambien era una conseqüencia de la autoridad prodigiosa, que estaban en posesion de exercer los pontífices en el reyno de Inglaterra. Clemente habia hecho una promocion de muchos cardenales, y dado á dos de estos nuevos prelados beneficios de renta considerable, cuyos títulos y bienes estaban situados en este reyno. Los dos cardenales enviaron procuradores para tomar posesion de estos beneficios en su nombre; pero los ministros del rey se opusieron á ello. El papa se quejó, el rey apoyó lo que sus ministros habian hecho, y pidió por cartas muy agrias que escribió al papa el restablecimiento y libertad de las elecciones, segun el uso antiguo de la iglesia de Inglaterra. El parlamento intervino en este negocio, pidiendo tambien que todos los extrangeros fuesen excluidos de los beneficios que poseian en el reyno, atento que sacaban de ellos los frutos, sin cumplir sus obligaciones. La renta de estos beneficios se embargó, y el rey la cedió á sus ministros. Pero habiendo repetido el papa sus quejas, y puesto en movimiento los rayos del Vaticano, Eduardo que no queria malquistarse con la corte de Roma, contuvo la actividad de sus ministros, y dexó las cosas en el mismo estado que ántes.

Por las actas de los concilios que se celebraron en Inglaterra en este siglo, vemos que los obispos eran harto vigilantes y zelosos de la conservacion de la disciplina; atendian á la conducta del clero inferior; contenian, haciendo buenos reglamentos, el curso de los abusos que

se habian introducido en el exercicio de las funciones espirituales; y reducian á los eclesiásticos de su jurisdiccion á la pureza de las costumbres, al desinteres y á las demas virtudes, cuyo menoscabo era mas sensible. A pesar de los desórdenes, que las guerras casi continuas y las revoluciones freqüentes del gobierno debian de producir, estaba floreciente en este reyno la religion, y el culto público tenia en él una magestad, digna de los tiempos mas felices. Las iglesias estaban adornadas con decencia, ricamente dotadas, y abundantemente abastecidas de todo lo necesario; pero esto no se ha de entender de aquellas, cuyas rentas pasaban á los extrangeros. Eduardo III., escribiendo á Clemente VI. se quejaba de que estas iglesias estaban mal mantenidas; que sus derechos se perdian por falta de cuidado en conservarlos; y que aun los mismos edificios se iban arruinando. Lo distante que se hallaban los titulares, y lo poco que se interesaban en el bien efectivo de estas iglesias, cuyos frutos se contentaban con percibir, habian de causar por necesidad los desórdenes de que se quejaba el rey, y mayores todavía.

Los errores de Juan de Wiclef, natural de Inglaterra, de quien hablaremos en artículo separado, habian hecho grandes progresos. Habíase formado un número bastante crecido de discípulos, llenos de su doctrina y de su fanatismo. En quanto á este último punto, propiedad principal de toda secta recien nacida, no habia ninguno que pudiese competir con Pedro Aval ó Valle. Este era un sacerdote ignorante é intrépido, que habia estado en la escuela del heresiarca mas de 20 años; y que con el espíritu sedicioso de su maestro se habia imbuido en su odio contra las cabezas del clero. Corria de pueblo en pueblo, juntando á los paisanos y predicando la sedicion que autorizaba con la igualdad que ha puesto la naturaleza entre los hombres; igualdad preciosa y sagrada, decia él, que la diferencia de condiciones ha venido á destruir en descrédito de la naturaleza humana. Estas razones encendieron de tal modo los ánimos, que el fuego de la sedicion se encendió por todas partes, y principalmente en la provincia de Essex, en donde armados los paisanos, obligában á todos los vecinos de los pueblos á juntarse con ellos, quemando y saqueando las

casas de los que se resistian á seguirlos. Su número se acrecentó tan prodigiosamente, que muy en breve se contaron mas de doscientos mil. Marcharon hácia Londres, se apoderaron de esta capital, y cometieron en ella todos los excesos de que puede ser capaz un populacho amotinado y furioso. Apoderáronse de la torre, adonde se habia retirado el rey con el arzobispo de Cantorberi, y el gran prior de los caballeros de Rodas, que era al mismo tiempo tesorero mayor del reyno. Los sediciosos conspiraban principalmente contra este prelado y aquel oficial. Dieron contra ellos, y los asesinaron, sin que la presencia del príncipe pudiese contenerlos. Luego que hubieron sacrificado estas dos víctimas de su furor, parece que se sosegaron, y en esta ocasion acaeció lo que sucede casi siempre en semejantes casos. El populacho amotinado, que no tiene cabeza, camina como á ciegas, se entrega á su ferocidad natural, comete horrorosos estragos, y se para de improviso, como si se hubiese debilitado entregándose á su primera furia. No fué menester mas que un pequeño cuerpo de tropas bien disciplinado para desvanecer aquella multitud de sediciosos; pero con este exemplo se puede aprender quán perjudiciales son á la sociedad los predicadores que infunden el espíritu de rebelion, y quánto importa á los mismos príncipes reprimir la audacia de estos enemigos de la quietud pública, ántes que puedan hacerse temibles por el crecido número de parciales que hayan ganado.

La debilitacion de la potencia musulmana á la otra parte de los Pirineos, cedia en utilidad del christianismo. Los príncipes christianos de España, á pesar de sus divisiones y contiendas entre sí, ganaban freqüentes batallas á los moros; y estos que poseian en otro tiempo las mas fértiles comarcas de esta parte de la Europa, estaban reducidos á solo el reyno de Granada. La religion christiana se enriquecia con sus pérdidas: los reyes de Castilla, de Aragon y de Portugal restablecian el exercicio de ella en todas las ciudades que tomaban á los seqüaces de Mahoma. Las mezquitas se convertian en iglesias; las sillas antiguas de las ciudades episcopales se restablecian; erigíanse nuevas en las ciudades conquistadas, que de poca consideracion en otro tiempo se habian acrecentado baxo del dominio de los musulmanes; y se incor-

poraban las de ménos importancia juntamente con su territorio, con las diócesis de las inmediaciones. Estas conquistas de los príncipes christianos parece que habian de haber avivado el zelo de los eclesiásticos por la conversion de los infieles; pero no sabemos que los de España se ocupasen mucho en este objeto tan digno de la solicitud y caridad pastoral. Mas se pensaba en despojar y destruir á los moros, que no en desengañarlos de sus errores, y hacerles conocer al Dios verdadero. Causa admiracion que los mendicantes, especialmente aquellos cuyo instituto tenia por objeto la conversion de los pecadores, no se dedicasen á instruir á estos incrédulos. ¿No hubiera sido esto por ventura mas útil al cuerpo christiano, que no ir, como lo hacian dominicos y franciscanos, á buscar infieles que convertir en el centro de la India ó de la Tartaria? Instruyendo á los moros de España, y disponiéndolos para recibir el bautismo se hubiera trabajado á un mismo tiempo por la religion y por el estado.

La única fundacion que se hizo entónces en estas comarcas en favor de la religion es la de la órden de Christo en Portugal; y aun esta nueva órden militar no tuvo otro objeto, como todas las que exîsten ya, que el de hacer guerra á los mahometanos, que es decir, exterminarlos y no instruirlos (1). Don Dionisio, rey de Portugal, fué el fundador de estos nuevos caballeros, á quien dió la misma regla y los mismos exercicios de religion que habian abrazado los de Calatrava en el siglo XII. Despues de la extincion de los templarios se dieron todos los bienes que habian poseido en los reynos de Portugal y de los algarbes á los caballeros de Christo, cuya profesion era la misma.

La gloria de Portugal y de España en el tiempo de que hablamos era santa Isabel, muger de Don Dionisio é hija de Pedro III., rey de Aragon. No parecia sino que la inclinacion á la piedad habia nacido con ella. Desde su mas tierna infancia amó la oracion, el retiro, las buenas leyendas; en una palabra, todo lo que sirve para alimentar el alma, y llenarla de pensamientos saludables. Estas buenas inclinaciones no se desmintieron con los

(1) No fué esta la única fundacion de esa especie que hubo en España en el siglo XIV.; pues se instituyó tambien la órden de Montesa en Valencia en lugar de los extinguidos templarios, como veremos mas adelante.

años: ántes por lo contrário, quanto mas entraba en edad, mas solidez mostraba, mas amor á la virtud y mas enagenamiento de todas las cosas que estima el mundo. Ni su juventud, ni su esfera le suministraban pretextos para excusarse de lo mas penoso de los exercicios de la religion; ántes bien añadia mucho al rigor de los preceptos en punto de ayunos, y de toda especie de mortificacion. Sus vestidos eran modestos, en quanto se lo podian permitir la decencia y la atencion que debia tener á su clase. Su vida, aun quando estaba en el palacio del rey su padre, era seria y ocupada; su conversacion grave, y todo su exterior respiraba el candor y la paz de su alma.

Esta admirable princesa no tenia mas que doce años quando se dió en casamiento al rey de Portugal Don Dionisio. En este nuevo estado no hizo Isabel otra mudanza en su modo de vida que aquella á que le precisaban las obligaciones de su clase. En el trono fué protectora de los infelices, apoyo de la inocencia oprimida, y madre de pobres y huérfanos. No se desdeñaba de ir á visitar á los pobres en sus casas, adonde les llevaba socorro y consuelo. Servíales con un agasajo, que conmovia los corazones mas duros, y muchas veces se la vió curarles las llagas por sus mismas manos, y servirles en cosas que en vano hubieran esperado de sus iguales. La habilidad particular de esta piadosa reyna era para reconciliar los enemigos, y restablecer la paz entre las personas divididas por el odio y la discordia. Valíase de esta misma habilidad para concluir los pleytos que el interes ó la venganza fomentaban entre los ciudadanos; y como su generosidad igualaba con su benevolencia, tenia en sus rentas, prudentemente administradas, con que quitar todos los obstáculos que hubieran podido frustrar sus buenas intenciones.

De esta rara habilidad para la reconciliacion se valió muchas veces para restablecer la buena inteligencia entre los soberanos de España, que todos eran parientes suyos ó aliados. Reconcilió á Alfonso su cuñado con Don Dionisio su marido; al rey Jayme de Aragon, su hermano, con Fernando, rey de Castilla, su yerno; y al infante Don Alonso, su hijo, con el rey de Portugal; contra quien este jóven príncipe, instigado de algunos señores malcontentos, se habia atrevido á tomar las armas. Estos

príncipes no dudaban escogerla por árbitra de sus desavenencias; y su prudencia era tan conocida, que se sujetaban sin dificultad á la decision que pronunciaba entre ellos. Dentro de su misma familia tuvo un motivo de afliccion, muy sensible para un corazon como el suyo, que era la vida desreglada de su esposo; pero hizo tan vivas instancias con Dios por la conversion de este príncipe, que al fin fueron oidas sus oraciones. El rey, movido de un sencillo arrepentimiento, reconoció sus extravíos algun tiempo ántes de su muerte, y procuró reparar el escándalo que habia dado con una vida exemplar. Despues de la muerte de su marido se retiró la virtuosa reyna á Coimbra á un monasterio de religiosas de santa Clara que habia fundado. Allí acabó de perfeccionarse en las virtudes, en que toda su vida se habia exercitado, y murió santamente el dia 4 de Julio de 1336, de edad de 65 años. Un solo exemplar de esta naturaleza es suficiente para esclarecer toda una nacion.

La iglesia de Alemania participó por necesidad de las turbulencias del imperio en los primeros años del emperador Alberto I., y durante todo el reynado de Luis de Baviera, perseguido por tres papas, y que murió sin haber vuelto á la gracia de la silla apostólica. Ya hemos hablado de estas grandes desavenencias, que eran conseqüencia de la antigua oposicion entre el sacerdocio y el imperio. Así que era dificil que las costumbres y disciplina dexasen de padecer mucho con estas agitaciones violentas, en que tenian que tomar interes todas las clases del estado, y los eclesiásticos mas que los otros, siendo algunos de ellos electores, y los mas principales del imperio. La guerra y negociaciones los ocupaban de tal modo, que no les quedaba tiempo para vacar al gobierno de sus iglesias, á la reforma de los abusos, y á las funciones mas importantes de la dignidad episcopal. Los prelados, que por los derechos anexos á sus sillas ocupaban distinguido lugar en el imperio, y que poseian riquezas inmensas, tenian una corte lucida y numerosa, ministros como los príncipes, una multitud de criados para el servicio de su palacio, cocinas y caballerizas; en una palabra, todo el aparato del fausto y magnificencia mundana. Vivian como grandes señores; y con el desprecio que manifestaban de los cánones, autorizaban á sus inferiores para violarlos á cara descubierta.

Los señores legos con pretexto de poner freno á la codicia de los eclesiásticos del segundo órden, hacian en los lugares de su dominio reglamentos de policía, en los quales tasaban lo que se habia de pagar por las funciones espirituales, con prohibicion de no exîgir nada mas. Los prelados, que no veian sin disgusto estas providencias de la autoridad secular, dexaban su indiferencia para oponerse á ellas; pero este choque de ambas potestades prueba muy claramente así la negligencia de los obispos, que hubieran debido reprimir la torpe avaricia de sus súbditos, como el vergonzoso tráfico que estos hacian con las santas funciones de su ministerio. La ambicion no reynaba ménos que la codicia entre el clero de Alemania. La riqueza de las iglesias, las prerogativas anexas á las mas de las sillas, los derechos de soberanía de que gozaban muchas, la dignidad de príncipe que casi todas las demas daban con el derecho de voto en las elecciones nacionales &c., era todo esto mucho mas de lo que se necesitaba para avivar el ansia de conseguir las dignidades eclesiásticas. Los señores de las casas mas principales hacian quanto estaba de su parte para colocar á sus hijos en algunas de aquellas grandes sillas, en que iban á la par las utilidades del siglo y los honores del santuario. Esto era motivo de enredos y altercaciones en tanto que los cabildos gozaron del derecho de eleccion; y quando los papas se atribuyeron el de ocupar á su arbitrio todas las sillas vacantes, no hizo otra cosa la ambicion que mudar de rumbo; y se pretendieron todavía mas á cara descubierta en la corte de los pontífices estas primeras dignidades de la Iglesia, de las que se habian hecho los únicos dispensadores.

La historia de la iglesia germánica no nos presenta ninguna otra cosa de importancia en el discurso de este siglo. Adviértese solamente, que hácia el año 1349 se extendieron en Alemania nuevas tropas de flagelantes, semejantes á los que habian corrido la Italia en el siglo XIII. Llevaban cruces encarnadas en el vestido, por delante y por detras y en la capucha, y en el cinto disciplinas de cuerda, con garfios, y se azotaban dos veces al dia, por la mañana y por la noche. Iban de pueblo en pueblo, y aun por las ciudades, no deteniéndose nunca mas que un dia y una noche en cada parage. En poco tiempo lle-

gó á hacerse prodigioso su número, entregándose ciegamente, como es lo regular, á esta extravagante devocion los moradores de las campiñas. La peste que desoló toda la Europa á mitad de este siglo, sugirió la idea singular de aplacar la ira del cielo con estos actos de una penitencia mal arreglada, que degeneró muy pronto en fanatismo. Estos nuevos flagelantes pretendian, como los primeros, que su sangre se mezclaba con la de Jesu-cristo para la remision de los pecados. Dábanse la absolucion unos á otros: se gloriaban de hacer milagros y de echar los demonios; y muchas mugeres que decian haber quedado libres por ellos, los seguian y se azotaban como los hombres, lo que no podian hacer sin mucha indecencia. El papa Clemente VI condenó esta devocion ridícula, como una supersticion que deshonraba la pureza y la gravedad del christianismo. La universidad de París hizo una conclusion contra los flagelantes, y el rey Felipe de Valois prohibió con pena de la vida á estos fanáticos entrar en Francia.

A principio de este siglo hubo en Hungría grandes alborotos para la eleccion de rey, despues de la muerte de Andres III, llamado el Veneciano, porque habia nacido en Venecia. Los señores y los estados, zelosos de conservar sus derechos, llamaron al trono al jóven Wenceslao, hijo del rey de Bohemia de este nombre, que descendia por hembra del célebre Bela IV, cuya memoria era tan apreciable para los húngaros. Pero los papas Bonifacio VIII y Clemente V apoyaron las pretensiones de Charoberto de Nápoles, de la casa de Anjou de Sicilia, cuyos derechos á la corona de Hungria se derivaban de María, su abuela, hermana del rey Ladislao el Cumano, que habia muerto el año 1290. Los dos competidores tenian sus parciales. Los señores y los principales de la nacion estaban por Wenceslao, al qual se habia dado el nombre de Ladislao para distinguirlo de su padre; pero los prelados arrastrados por la autoridad de los papas, se declararon por Charoberto. Tomáronse dos partidos, y se encendió la guerra civil. Armas, censuras y negociaciones, todo se puso en movimiento por una parte y otra. Teníanse conferencias para buscar medios de reconciliacion, al mismo tiempo que se peleaba y se fulminaban excomuniones. Por último, venció Charoberto por mediacion de los prelados, que se hi-

cieron mediadores entre los señores y el papa. La nobleza principal consistió en conceder la corona á Charoberto, como primer príncipe de la sangre, y el legado gentil de Montefiore lo proclamó solemnemente en nombre del sumo pontífice, quien por este convenio sacó toda la ventaja de un negocio tan importante.

Los obispos gozaban de grande autoridad en el reyno. Charoberto, que les debia la corona, advirtió sin duda que el poder de ellos contrapesaba al suyo; y así se propuso debilitarlo. Este fué el motivo verdadero de las quejas que dió contra ellos al papa Juan XXII. Acusábalos de exîgir con demasiado rigor el diezmo y los demas derechos que se cobraban á los pueblos recien convertidos á la fe, como los cumanos, los valaquios, los esclavones. Estos nuevos christianos se quejaban ellos mismos, y decian sin rebozo, que si se les habia obligado á recibir el bautismo, era solo para aumentar la renta de los obispos y de los demas ministros de la Iglesia. Los obispos por su parte echaban en cara al rey, que proveia los obispados mucho tiempo ántes de que vacasen, lo que aniquilaba las elecciones; que exîgia con sobrado rigor el servicio de guerra debido por los obispos y abades por razon de sus feudos, y que los obligaba á ir en persona, lo que los desviaba de las funciones espirituales; que forzaba á los prelados á hacerle un donativo anual tan considerable, que muchos tenian que empeñarse ó empobrecer sus iglesias; que habia despojado poco á poco á la nacion de sus privilegios para gobernar arbitrariamente; que despreciaba los consejos de los obispos, tan atendidos en otro tiempo por los santos reyes Esteban y Ladislao; por último, que impedia los progresos de la religion entre los pueblos infieles, y su establecimiento entre los que acababan de abrazarla, por la poca atencion que guardaba con sus ministros. Estas quejas recíprocas prueban que la Hungría no estaba mas exênta que la mayor parte de los otros estados de la Europa de las agitaciones causadas por el choque de ambas potestades, cuyos límites inmutables no se conocian todavía.

La Polonia, que estaba sumergida hacia mucho tiempo en todos los males que acarrea la anarquía, salió de ellos por fortuna con la eleccion y coronacion de La-

dislao Loktek, duque de Cracovia, que pusieron en el trono los grandes el año 1320. Este príncipe restableció el buen órden, y hizo florecer la religion en sus estados. Casimiro III., su hijo y sucesor, que se habia declarado como un heroe desde su juventud, mantuvo por medio de nuevas victorias, luego que estuvo en el trono, la reputacion que se habia grangeado ántes de subir á él. Tenia mucha ansia por la conversion de los de Lituania, cuyo soberano, llamado Gedimiro, manifestaba algun deseo de abrazar el christianismo; pero la ambicion y codicia de los caballeros teutónicos, que no procuraban mas que engrandecerse con conquistas en lugar de contribuir á las de la religion, disuadieron á este príncipe de la piadosa idea que habia formado, y lo detuvieron en la idolatría. El mismo Casimiro deshonraba á la religion con el desarreglo de sus costumbres. El obispo de Cracovia le reprehendió de ello; pero léjos de aprovecharse de sus amonestaciones, no dió otra respuesta que mandar talar las tierras del prelado. El castigo no tardó en seguir al insulto. Una excomunion fulminada contra el palatino encargado de las órdenes del rey, y contra el rey mismo, vengó el ultraje del obispo; pero el eclesiástico, á quien éste dió la arriesgada comision de intimar la sentencia, pagó con su vida el valor que le impelió á obedecer, siendo precipitado en el Vistula. Casimiro, que era bastante grande para confesar sus defectos, atribuyó las desgracias que en adelante experimentó la Polonia á esta crueldad. Pidió la absolucion de este delito al papa Clemente VI., y se sujetó á la penitencia que tuviese por conveniente imponerle. En el siglo de san Ambrosio hubiera sin duda renovado Casimiro en la Iglesia el heróico exemplo de Teodosio, excluido de los sagrados misterios, hasta que la publicidad del arrepentimiento hubiese reparado la del escándalo; pero en el siglo XIV., en que la penitencia de los reyes culpados era un acontecimiento tan raro no se pidió al príncipe Polaco mas que la construccion de cinco iglesias.

De todos los príncipes que dieron leyes á la Polonia en los tiempos que recorremos, el mas glorioso para la religion fué el de Jagellon, príncipe, cuyo nombre amaron tanto los polacos. Reunió para siempre la Lituania, de que era soberano, con la Polonia, por su ca-

samiento con la princesa Heduvigis, heredera de este reyno. Heduvigis era christiana, como tambien sus vasallos; pero Jagellon y su pueblo estaba todavía sumergido en las tinieblas del gentilismo. Instruido y persuadido por su esposa, recibió el bautismo con tres de sus hermanos, y muchos señores lituanios. El pueblo tuvo mas trabajo en abandonar su envejecido culto. Adoraba selvas antiguas, en donde persuadia que residian los dioses tutelares de la nacion, y un fuego que creia perpetuo, porque los sacerdotes que lo guardaban, tenian gran cuidado de ocultar los medios de que se valian para suministrarle nuevo fomento; y para desengañarlo, fué menester destruir las selvas, apagar el fuego, sin que resultase daño á los que Jagellon encargó de hacer uno y otro. Entónces convencidos los lituanios de que habian adorado unos dioses sin poder, puesto que no sabian vengarse, consintieron en dar oidos á los sacerdotes polacos que habia llevado el rey para instruirlos. El mismo se hizo su apóstol, así como san Esteban lo habia sido de los húngaros en el siglo X.; y en muy breve tiempo fué christiana toda la nacion. La reyna Heduvigis coadyuvó al zelo de su esposo, dando á las nuevas iglesias vasos, libros, ornamentos, y todo quanto era necesario para la decencia del culto público.

Las iglesias de Dinamarca, de Noruega y de Suecia, fueron poco mas ó ménos en este siglo lo que habian sido en el antecedente. Trabajábase en ellas con zelo en la conversion de los gentiles, que quedaban todavía en bastante número, sobre todo en los campos distantes de las ciudades episcopales, y en las islas, cuyos moradores, mas feroces y mas groseros, estaban tambien mas obstinadamente apegados á sus antiguas supersticiones. Sin embargo, á fuerza de paciencia y de trabajo se conseguia desengañarlos unos despues de otros, y casi no pasaba año en que no se bautizase un crecido número. Pero estos nuevos christianos no quedaban bien fortalecidos; fluctuaban en algun modo entre el culto de Jesu-christo y el de sus ídolos, y muchos abandonaban el christianismo para volverse á sus antiguas prácticas, á las quales los arrastraba una inclinacion que el hábito y la educacion habian corroborado. Esta inconstancia debe atribuirse en parte al poco cuidado que se tenia de afirmarlos en los principios

de la fe, y de asegurarse de su disposicion ántes de admitirlos al bautismo. El deseo de su salvacion es el que hacia obrar de este modo; motivo respetable sin duda; pero aunque subsistiese en los primeros siglos respecto de los gentiles, á quienes los varones apóstolicos predicaba la fe; sin embargo, jamas obligó á la Iglesia á apresurarse á reducirlos á su gremio.

Quando Margarita, hija de Waldemaro III. reunió en su cabeza las tres coronas del Norte el año 1388; es á saber, la Dinamarca, la Noruega y la Suecia, llegaron al mas alto grado de su gloria. Esta princesa, que con tanta razon se ha llamado la Semíramis del Norte, tenia todas las prendas de los grandes reyes; y aunque ambiciosa quanto una muger puede serlo, no se achaca á su memoria ninguna de las acciones reprehensibles que hace cometer la ambicion. Rodeada de enemigos y de envidiosos, supo preparar los sucesos con tanta maña, y tomar en todo tan justas medidas, que vino á conseguir todos sus grandes proyectos; valiéndose para ello del crédito y autoridad del clero, contemplándolo con destreza en todas las circunstancias en que podia serle útil. Esta fué una de las principales máximas de su política. No se le escondia que nunca son mas dóciles los pueblos, ni los princípes mejor obedecidos, que quando la religion conocida y respetada hace que cada uno cumpla por motivo de conciencia con unas obligaciones, que de otro modo no cumpliria sino por miedo ó necesidad. La nobleza murmuró algunas veces de este favor que la reyna concedia al clero; pero las otras clases de las tres naciones unidas, que cogian el fruto de esta buena inteligencia, la aplaudieron siempre; y podemos asegurar por el testimonio de todos los historiadores del tiempo, que el reynado de Margarita fué la época mas feliz para los tres reynos que gobernó, y la mas gloriosa para el christianismo, el que protegió con todo su poder.

TABLA

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO QUARTO.

SIGLO XII.

SIGLO XIII.

SIGLO XIV.

